LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA ALTA EXTREMADURA

ANA M. MARTIN BRAVO

TESIS DOCTORAL

1995

INDICE GENERAL

INTRODUCCION 9

I. LA INVESTIGACION SOBRE LA EDAD DEL HIERRO EN EXTREMADURA 13

1. Historia de la investigación hasta 1900 13
2. Un nuevo enfoque: el marco de referencia 18
3. Metodología de prospección 21

II. EL MARCO GEOGRAFICO: LA CUENCA EXTREMAÑA DEL TAJO 31

1. El relieve y las zonas de paso 31
2. Clima, vegetación y aprovechamientos del suelo 37
3. Recursos mineros 41

III. LA ALTA EXTREMADURA DURANTE EL BRONCE FINAL 43

1. Introducción 43
2. Los poblados 44
3. Patrones de asentamiento en la cuenca del Tajo 71
4. La ocupación del territorio en las zonas colindantes 73
5. Organización interna de los poblados 75
6. Cultura material 77
   - La orfebrería 77
   - Objetos de bronce 80
   - Las relaciones de la cuenca del Tajo con el exterior vista a través de los objetos metálicos 100
   - Las cerámicas 104
   - Las estelas decoradas del Suroeste 107
7. Las bases económicas y sociales del Bronce Final 112

IV. EL HIERRO INICIAL 117

1. Los poblados del Hierro Inicial 118
2. Características del poblamiento 170
   - Cuestiones preliminares 170
   - Emplazamientos: situación, altitud absoluta y relativa 171
   - Accesibilidad 173
   - Visibilidad 174
   - Aproximación a las superficies de los poblados 177
   - Los poblados y el medio que les rodea entorno inmediato y lejano 179
3. Las construcciones de los poblados: arquitectura defensiva y doméstica 183
4. La cultura material: objetos metálicos y cerámicos 185
   - La orfebrería 185
   - La toréutica 191
   - Las cerámicas 197
5. La influencia orientalizante en la cuenca del Guadiana y su proyección hacia la Alta Extremadura 203
   - El poblamiento orientalizante en la cuenca del Guadiana 203
   - Las necrópolis orientalziates de la cuenca del Guadiana 210
   - Las bases de la economía y la transformación social 213
   - El final del sistema económico orientalizante 220
   - El proceso de "orientalización" en la cuenca del Tajo 221
   - La difusión de nuevas tecnologías y conocimientos 227
6. El Hierro Inicial en las áreas colindantes con la cuenca extremeña del Tajo y su interrelación 231
   - El Hierro Inicial en las tierras de Avila y Salamanca y surelación con la cuenca extremeña del Tajo 231
   - El Hierro Inicial en la cuenca media del Tajo 237
   - El Hiero Inicial en el centro de Portugal 238

V. EL HIERRO PLENO: LA CONSOLIDACION DE LA SOCIEDAD CASTREÑA 241

1. Poblados y necrópolis 241
2. Características del poblamiento 369
   - Emplazamientos: situación, altitud absoluta y relativa 369
   - Accesibilidad 371
   - Visibilidad 373
   - Superficies 374
   - Entorno inmediato y lejano de los poblados 378
   - Pautas de distribución de los poblados en el territorio 382

3. Arquitectura defensiva 385
4. Arquitectura doméstica 399
5. La cultura material 405
- La orfebrería 405
- Objetos de bronce 410
- Objetos de hierro 419
- La cerámica 429
- Representaciones en piedra 451
6. Numismática 455
7. Economía y sociedad 463
- Los cambios en la explotación del campo 463
- La sociedad 467
8. La religión 471
9. Evidencias linguísticas y el problema de la lengua 475
10. Relaciones con el exterior y personalidad del área altoextremeña: influencias meridionales y meseteñas detectadas en el registro arqueológico 478
11. El problema de la etnicidad 486

VI. LA PRESENCIA DE ROMA Y EL FINAL DE LA EDAD DEL HIERRO 490

1. El territorio extremeño en el marco de las contiendas militares cartaginesas y romanas 490
- Los cartagineses y la II Guerra Púnica 490
- La imposición del dominio de Roma 493
- La *deditio* de Alcántara 495
2. El poblamiento 497
- El surgimiento de los *oppida* 497
- La nueva estructuración del territorio: las ciudades romanas y los asentamientos rurales 499

VII. CONCLUSIONES: LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA ALTA EXTREMADURA 509

BIBLIOGRAFIA 525

LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA ALTA EXTREMADURA

ANA M. MARTIN BRAVO

Tesis Doctoral dirigida por el Profesor D. Martín Almagro-Gorbea, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid.

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Prehistoria - 1995.

INTRODUCCION

La Tesis doctoral que presentamos en estas páginas está dedicada a conocer la gestación y el desarrollo de las poblaciones de la Edad del Hierro en un amplio territorio que, en líneas generales, coincide con la Alta Extremadura, más una pequeña parte de la colindante área portuguesa.

La cuenca extremeña del Tajo ofrece la posibilidad de analizar un área geográfica bien delimitada por barreras naturales que confieren entidad al territorio que envuelven y, posiblemente, a las gentes que la habitaron, al contribuir a aislarla de otras zonas. Por otra parte, permite examinar una región situada entre la Meseta y Andalucía occidental, zona bisagra entre ellas y paso obligado en las relaciones Norte-Sur, tradicionalmente considerada área marginal en los estudios dedicados tanto al Suroeste como a la Meseta. Sin embargo, creemos que esa coyuntura geográfica ha sido tremendamente enriquecedora al beneficiarse del contacto con dos mundos distintos y actuar de puente entre ellos. Además, conocer su dinámica cultural proporciona pautas para entender algunos procesos vividos en las zonas colindantes.

No era posible analizar el desarrollo de la Edad del Hierro ignorando a las poblaciones que habitaron ese solar durante los siglos anteriores, sobre todo cuando el registro arqueológico nos ponía de relieve la profunda interrelación entre una y otra etapa. Por esa razón, el marco temporal abarca todo el último milenio a. C., porque el lento proceso de transformación económica, política y social que desembocó en la aparición de los poblados fortificados hunde sus raíces en el Bronce Final y no concluye hasta que Roma imponga su control sobre el territorio en el siglo I d. C.

Para poder examinar dicho proceso consideramos imprescindible conocer las formas de ocupación del territorio, la cultura material, los diferentes rituales documentados en cada época y los modos de subsistencia, parámetros que reflejan la realidad socio-económica y cultural de cada sociedad y, por tanto, aspectos

absolutamente inseparables. A pesar de ello, el estudio del poblamiento había permanecido relegado en la región frente a las demás facetas del registro arqueológico, por falta de datos. Por tanto, era necesario empezar este trabajo aumentando la información arqueológica, para lo cual se imponía realizar trabajos de prospección, que se llevaron a cabo durante las campañas de 1991 a 1994, previa autorización de la Junta de Extremadura. Hubiéramos querido enriquecer esa documentación realizando sondeos en algunos poblados, para tener bases estratigráficas en las que apoyar los datos observados en superficie, pero la Junta de Extremadura no accedió a su realización, por lo que los únicos trabajos que hemos podido llevar a cabo han sido el levantamiento topográfico de las murallas de algunos castros. La información obtenida se ha enriquecido y confrontado con los datos que proporcionan las excavaciones realizadas por otros autores, tanto en los poblados del Bronce Final del área portuguesa como en los castros extremeños.

A los datos obtenidos durante la prospección hay que añadir los que hemos reunido al revisar los fondos del Museo Provincial de Cáceres, básicamente material disperso, poco significativo, pero que al integrarlos en el conjunto de nuestro trabajo han aportado información de gran interés. Lo mismo hay que señalar respecto al pequeño pero interesante Museo Municipal de Marvão, donde están expuestos materiales inéditos que su excavador, Jorge de Oliveira, nos ha permitido citar.

Con estas nuevas evidencias pretendemos poder reflexionar sobre los mecanismos que posibilitaron la transformación de la sociedad durante el último milenio a. C. Durante esa época se asiste a un lento proceso de desarrollo de las fuerzas productivas que permitieron el crecimiento de las actividades artesanales y los intercambios, pero también el aumento de la población y la mayor presión sobre el control de la tierra. Además, el proceso de evolución interna será inseparable de la influencia que estarán ejerciendo sobre ella dos mundos culturales muy diferentes: primero, el mundo de la fachada atlántica y, posteriormente, el mundo mediterráneo.

El análisis de esos procesos mostraba cuatro amplias etapas en su evolución que hemos denominado con la terminología arqueológica en uso, amoldándola a la realidad que observábamos en la región, por lo que cada una de ellas se ha identificado respectivamente con el Bronce Final, Hierro Inicial, Hierro Pleno y el dominio de Roma.

Para poder exponer de forma coherente el desarrollo de cada una de ellas se ha optado por dedicar un capítulo a cada época, con el fin de observar los cambios que se producen en su estructura social y económica.

Ese planteamiento nos aconsejaba presentar la obra dividida en siete capítulos. El Primero está dedicado a reflexionar sobre la trayectoria seguida por los estudios sobre la Edad del Hierro en la región, enmarcando nuestra investigación en su contexto actual, haciéndonos eco de nuevos planteamientos ya experimentadas por diversos autores en otras áreas. Por otra parte, era necesario explicitar desde el principio la metodología desarrollada en los trabajos de campo, para que se pueda valorar la fiabilidad de los datos sobre los que se fundamenta nuestro estudio.

El segundo capítulo se dedica a ofrecer una necesaria visión de conjunto sobre las características geomorfológicas que definen a la región y le confieren entidad. Resultaba imprescindible conocer sus recursos naturales, el relieve y los ríos más destacados porque marcarán las pautas fundamentales de la estructuración del poblamiento.

El análisis de cada uno de los cuatro periodos en los que hemos dividido este milenio se aborda en los capítulos tercero al sexto. En cada uno de ellos se presenta toda la documentación arqueológica disponible, primero los poblados y las pautas de ocupación del territorio, después los elementos materiales y, al final del capítulo, aquellas evidencias que pudieran informarnos sobre los modos de subsistencia de cada sociedad. Ello ha permitido conocer los patrones de poblamiento, los rasgos fundamentales de su cultura, las relaciones con otros grupos humanos y las modificaciones de todo ello a lo largo del tiempo.

En el capítulo séptimo se concluye con una reflexión general sobre los cambios producidos en las sociedades del último milenio a.C. en esta región, intentando reconstruir cómo fue el proceso de transformación económica, social y cultural que culminó en la aparición de grupos fuertemente jerarquizados que se identifican con el castro donde residen.

En definitiva, en las páginas que siguen hemos querido proponer algunas hipótesis que permitan avanzar a la investigación sobre la Edad del Hierro en esta región, aunque somos conscientes de que futuros hallazgos enriquecerán el panorama actual de nuestros

conocimientos y permitirán esbozar nuevos planteamientos.

No queremos terminar esta introducción sin expresar nuestro agradecimiento a todos aquellos que han dedicado su tiempo y su experiencia a orientarnos por la difícil senda de la investigación prehistórica. Ante todo, al Dr. M. Almagro-Gorbea, que aceptó dirigir esta Tesis y supo ser paciente en los momentos en los que esta investigación parecía encallar en vías estériles. Además, numerosos profesores del Departamento de Prehistoria de la U. C. M. me han ayudado de una forma o de otra durante estos últimos seis años, especialmente el Dr. A. Jimeno, siempre dispuesto a escucharnos, cuyos consejos han sido fundamental para llevar a buen fin este trabajo; la Dr. F. Hernández, que nos permitió participar en sus excavaciones en Extremadura y nos tuvo informada de los últimos hallazgos que pudieran repercutir en nuestra investigación; la Dr. M. Ruiz-Gálvez, con la que hemos compartido largas conversaciones que han enriquecido este estudio; al Dr. V. Fernández, por sus importantes apreciaciones para plantear la metodología de prospección. Tampoco quiero olvidar a mis compañeros de investigación del Departamento de Prehistoria, por la importante dosis de paciencia y prudentes opiniones que me dieron mientras redactaba este Tesis, especialmente, el Dr. A. Lorrio, a J. Alvarez y a E. Galán, de quienes he recibo el aliento continuo para seguir trabajando.

Quiero agradecer las facilidades concedidas a los directores del Museo Provincial de Cáceres para estudiar los fondos, primero Dña. C. García-Hoz y posteriormente D. M. Garrido. Igualmente, al director del Museo Municipal de Marvâo, D. J. de Oliveira, que nos ha permitido citar materiales aún inéditos de sus excavaciones.

Nuestro agradecimiento también a los Dr. que desinteresadamente realizaron análisis que se incluyen en esta Tesis, tanto el Dr. S. Rovira, que realizó un análisis metalográfico a ciertas piezas de interés recuperadas en los castros, y al Dr. G. Trancho Gayo, analizó los huesos conservados en el enterramiento de Santa Cruz.

Por último, no queremos olvidar que esta investigación se ha realizado gracias a todos aquellos que han participado en los trabajos de campo, la tarea más ingrata pero también más fructífera de todas las realizadas para esta Tesis. A todos ellos, mi sincera gratitud, especialmente a Julián y Magdalena, mis colaboradores más constantes.

I.

LA INVESTIGACION SOBRE LA EDAD DEL HIERRO EN EXTREMADURA.

I.1.- HISTORIA DE LA INVESTIGACION HASTA 1990.

A comienzos de este siglo se generalizó la expresión de "citanias extremeñas" para referirse a los poblados prerromanos (Solano, 1901; Roso de Luna, 1901, 1904). A pesar de ello, la Edad del Hierro no cuenta con la tradición investigadora que caracteriza a otras áreas de la Península, debido a que los castros no despertaron la curiosidad de los primeros estudiosos interesados en las antigüedades de Extremadura. Ante la monumentalidad de las ruinas romanas o medievales, los "castillejos" pasaron desapercibidos.

Las primeras noticias recogidas sobre yacimientos prerromanos son breves alusiones que los eruditos intercalaron entre las descripciones de monumentos más llamativos. Con anterioridad al siglo XIX a penas existen (Francisco de Croia, 1608; Velázquez, 1755), salvando alguna noticia aislada en escritos de muy diferente naturaleza que insertan en el texto alguna curiosidad. A ello debemos la primera referencia al Castillejo de la Orden, al que se hace alusión Torres y Tapias en la Crónica General de la Orden de Alcántara (1763). A finales del XVIII y durante el siglo XIX aparecen obras que muestran cierto interés por recoger noticias sobre vestigios arqueológicos, pero en su mayoría son obra de viajeros que reúnen una información muy desigual en la que los restos romanos acaparan casi toda la atención (Ponz, 1784; Laborde, 1806 y 1808). Excepcionalmente se hace alusión a algún yacimiento de la Edad del Hierro, siendo digno de destacar la mención que P. Madoz (1850) hace de los Castillejos de Fuente de Cantos, que por avatares de la investigación científica se ha convertido hoy día en un yacimiento de referencia al ser uno de los pocos excavados en la región. Imaginativa y pintoresca es también la obra de V. Paredes Guillén titulada "Historia de los framontanos celtíberos", publicada en 1888 en Plasencia.

Hasta principios del siglo XX no empieza a ser notorio el interés por los poblados prerromanos y ello gracias a dos destacados eruditos de la región. En 1901 publica M. Carlos Solano, Marqués de Monsalud, un artículo en la Revista de Extremadura titulado "Citanias extremeñas" en el que estudia algunos importantes enclaves de la provincia de Badajoz, entre ellos Medellín y Alange, que excavaciones recientes han confirmado como lugares con una larga secuencia de ocupación. Casi al mismo tiempo, M. Roso de Luna (1901) publica en el Boletín de la Real Academia de la Historia con el llamativo título de "Poblaciones celto-lusitanas o citanias extremeñas", aunque ese mismo año publica en la Revista de Extremadura (1901b) otro artículo en el que abscribe estos poblados a la cultura ibérica, calificándolos de "Citanias luso-iberas de Logrosán, Santa Cruz y Solana de Cabañas". Estos trabajos tienen el mérito de ser pioneros porque iniciaron una línea de investigación que tardará mucho tiempo en consolidarse. Ya en ellos se plantean temas que serán objeto de futuros debates, como la abscripción étnica de los castros, que Roso de Luna no duda en considerar afines a los portugueses, sin decidirse a incluirlos en el área ibérica o la céltica. La única excavación realizada en los castros por este autor se llevó a cabo en Santa Cruz (Roso de Luna, 1902), donde recuperó sobre todo enterramientos medievales que lo desanimaron a proseguir excavando.

Por esa época, en la vecina región portuguesa Tavares de Provença (1910) escribe su "Arqueología do Distrito de Castelo Branco" una obra que, dentro del espíritu de su tiempo, recoge información de todo tipo que describe con detalle; a pesar de sus lógicas limitaciones, continúa siendo la única referencia que tenemos hoy día para ciertos enclaves de la Edad del Hierro en esa zona.

En 1925 se crea la Revista del Centro de Estudios Extremeños, que en 1945 pasará a denominarse Revista de Estudios Extremeños, importante foro de publicaciones científicas que permiten a los estudios prehistóricos abandonar su cariz romántico e imaginativo en favor de un enfoque riguroso. A pesar de ello, la protohistórica continúa sin despertar un interés especial.

Los primeros trabajos serios no verán la luz hasta los años 70, de la mano no sólo de estudiosos regionales sino de especialistas de fuera. La única excepción antes de esa fecha es el trabajo que Ramón Fernández-Oxea (1950: 71) dedica a los verracos, el primer análisis científico que se realiza de estas esculturas, valorando matices estilísticos

que le llevan a postular ya la confluencia de rasgos ibero-andaluces y meseteños en la región. Pero unos años después no aparece un estudio dedicado a los castros, casi olvidados desde principios de siglo; a pesar de ello no tuvo especial transcendencia porque fue un corto artículo que M. Murillo (1975) dedicó a describir minuciosamente tres poblados fortificados, sin mayores pretensiones que dar a conocer la riqueza arqueológica de la región, adjuntado su croquis, que son el primer intento de reconstrucción de la planta de los castros.

Sin embargo, hasta 1977 no aparece la primera obra seria dedicada a la protohistoria extremeña, de la mano de M. Almagro-Gorbea, dedicada a "El Bronce Final y Período Orientalizante en Extremadura". En la introducción se expresa de forma contundente cuál era el panorama que encontró al iniciar los trabajos, por lo que merece la pena recoger sus palabras: "hemos tenido en cuenta el gran vacío que ofrece nuestra Extremadura en cuanto se refiere a estudios científicos de su pasado prehistórico... Prácticamente se pude decir que antes de nuestros trabajos no existía un solo yacimiento de este sugestivo periodo debidamente excavado y publicado" (Idem, XXVI). En cualquier caso, esta obra no abordaba el Hierro Pleno por lo que señala que "tras el Periodo Orientalizante... los datos son muy escasos e insuficientes para dar una idea adecuada de la continuación del proceso histórico, abriéndose un largo paréntesis por falta de conocimientos que se extiende hasta las primeras referencias escritas que aparecen con la conquista romana" (Idem, 507).

Es decir, hasta finales de los años 70 se desconoce por completo la Edad del Hierro en la cuenca del Tajo, mientras en otras regiones vecinas al Norte del Sistema Central se tenía desde hacía años un rico bagaje de datos arqueológicos que permitió identificarlos con la etnia de los vettones (Cabré, 1930, 1932; Cabré et alii, 1950). Por ello, cuando se inicien los trabajos arqueológicos sobre los castros extremeños será recurrente la comparación e inevitable la identificación con ellos.

Las primeras excavaciones sistemáticas y rigurosas en castros se deben a F. Hernández, que inició a partir de 1969 una trayectoria dedicada a la Edad del Hierro que ha mantenido ininterrumpida hasta la actualidad, centrada en el castro de Villasviejas del Tamuja. A ella debemos las únicas referencias precisas a datos de excavación en castros y sus necrópolis en la Alta Extremadura (Hernández, 1989, 1991,

etc.), que permitieron establecer una secuencia que abarca desde el siglo IV al I a. C. A finales de la década de los 70, quizás impulsados por los resultados que estaba deparando Villasviejas, comienzan a aparecer noticias puntuales sobre otros castros de la provincia bien sobre el material de superficie (Rivero de la Higuera, 1974) o bien sobre el trazado de sus murallas porque se publica el primer levantamiento topográfico de las defensas de un castro, el de Sansueña (Sánchez Abal, 1979).

La creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura, con los Departamentos de Prehistoria e Historia Antigua, dio un impulso importante a los estudios dedicados a la Edad del Hierro. A ello se añadió la transferencia en materia de Arqueología de todas las competencias a la recién creada Junta de Extremadura, por Decreto 3039/83 de 21 de Septiembre, que en 1984 nombraba a la primera Directora General de Patrimonio Cultural de la Consejería de Educación y Cultural.

Ello provocó durante la década de los 80 la multiplicación de los trabajos arqueológicos en la región, incluso se escribe una Historia de la Arqueología en Extremadura (Ortiz, 1986); es en ese momento cuando por primera vez se constata un interés generalizado por los castros prerromanos tanto en la cuenca del Tajo como en la del Guadiana. En la provincia de Cáceres se empieza a excavar de forma continuada el castro y la necrópolis de La Coraja por miembros del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Extremadura y se hacen sondeos en la necrópolis del Castillejo de la Orden (Redondo et alii, 1991; Esteban, 1993), el castro Castillejo de Santigo del Campo (Esteban y Salas, 1988) o el del Castillejo de la Orden, esta vez por M.I. Ongil (1988), vinculada al Departamento de Prehistoria de dicha Universidad. Además, P. Bueno, de la Universidad de Alcalá de Henares, excavó en el castro del Jardinero (Bueno et alii, 1988 y 1991) y F. Hernández, de la U. Complutense, después de varias campañas de excavaciones en el castro, inicia a mediados de la década excavaciones en las necrópolis de Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1991; 1993). Al mismo tiempo, en la cuenca del Guadiana J. M. Fernández Corrales y A. Rodríguez comenzaban a excavar en Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández Corrales et alii, 1988), J. J. Enríquez Navascués y A. Rodríguez en la Sierra de la Martela (1988: 113-128), A. Rodríguez en la Ermita de Belén (Zafra) (1991a y 1991b) y en

Hornachuelos (1991c) y P. Ortiz en los recintos torres de la Serena (1991), todos ellos investigadores relacionados directa o indirectamente con la Universidad de Extremadura, y L. Berrocal en el Castrejón de Capote (1989, 1992, 1994), vinculado con la Universidad Autónoma de Madrid.

Por tanto, la década de los años 80 supuso una etapa de acumulación de datos; pero los estudios estuvieron dedicados en su mayoría al análisis de los materiales de las excavaciones en trabajos que se enfocaron exclusivamente como informes de excavación. Hasta el final de la década no aparecen los primeros intentos de interpretación y las síntesis generales. Ahora bien, ello sólo se ha llevado a cabo en la cuenca del Guadiana. El poblamiento prerromano fue estudiado por A. Rodríguez que fue pionero en abordar el sistema de ocupación del territorio de los castros de la Baja Extremadura, lo que le permitió establecer áreas diferenciadas en la región en función de la situación geográfica de cada zona y la cronología (1989: 219). La continuación de los trabajos de investigación en esa línea han permitido al autor identificar un territorio con identidad cultural y étnica en época prerromana, la Beturia Túrdula (Rodríguez, 1995).

Esa línea de investigación se ha consolidado gracias a las recientes aportaciones de L. Berrocal, cuyo estudio se ha centrado en la zona occidental de la provincia de Badajoz. El análisis del poblamiento y las demás manifestaciones culturales han permitido definir y caracterizar el solar de los pueblos célticos de la Beturia (1992, 1994d, 1995a).

En pocos años, la cuenca del Guadiana ha pasado de ser un vacío en la investigación protohistórica a convertirse en un territorio del que se conoce en profundidad su dinámica cultural. El análisis del poblamiento revelaba que existieron diferentes estructuras socioeconómicas y culturales que se pueden relacionar con los diferentes pueblos de los que nos hablan las fuentes escritas greco-romanas.

En la cuenca media del Tajo, en cambio, seguían faltando estudios territoriales que permitieran conocer la evolución de la población desde el subtrato del Bronce Final hasta la romanización. La única aportación de los últimos años ha sido la publicación de los nuevos datos sobre poblados y necrópolis que estaban siendo excavados, a lo que hay que añadir el espectacular hallazgo de la necrópolis de Villanueva de la Vera (González et alii, 1990, 1993) y algunas noticias sobre nuevos castros (Redondo y Esteban, 1992-93).

I.2.- UN NUEVO ENFOQUE: EL MARCO DE REFERENCIA.

El propósito de esta obra es profundizar en el conocimiento de las sociedades que vivieron en torno a la cuenca extremeña del Tajo durante el I milenio a. C. En ese amplio espacio de tiempo se suceden sociedades de muy diversas características, a las que la investigación ha denominado con el nombre de diversas edades que pretenden sintetizar esos cambios. Aunque en la actualidad esa terminología no resulte convincente, su larga tradición y el arraigo en los escritos sobre la Prehistoria nos aconsejan seguir utilizándolas. Por ello, adoptaremos el término Edad del Hierro para referirnos al marco temporal que se extiende desde el siglo VII al I a. C, diferenciando entre una primera etapa, el Hierro Inicial (siglos VII-V a. C.) y otra segunda, el Hierro Pleno (siglos IV-I a. C.).

Ahora bien, para entender cómo se gestó esa sociedad y cúando llegó a su fin creemos necesario adoptar una visión amplia que supere las limitaciones cronológicas que impone el estudiar la Historia por edades. Por esa razón, consideramos que este estudio debe abarcar a todo el I milenio a. C., porque durante el periodo anterior (el Bronce Final) se pusieron las bases que permitieron su desarrollo y, con la imposición del poder de Roma, se trastocó el orden socio-económico, político y cultural que había caracterizado a la etapa final de la Edad del Hierro.

Ahora bien, la sociedad es una realidad compleja resultado de la interacción de varios factores. Para tener una idea aproximada de esa realidad es preciso conocer las diferentes fuerzas que desempeñan un papel determinante en su evolución, unas acelerándola y otras frenándola. Algunas de esas fuerzas tienden a que la sociedad permanezca sin variaciones, actuando negativamente sobre los procesos de cambio, sobre todo 1. la tradición y 2. la ideología [1]. Pero otras fuerzas activas las contrarrestarán, sobre todo 3. la coyuntura histórica de cada etapa; 4. los contactos con el exterior; 5. los avances que permitieron la incorporación de nuevas tecnologías y un lento pero continuo desarrollo económico. Sin duda existieron otras, pero son más difíciles de conocer a

[1] Aunque en determinadas circuntancias históricas ésta pudo actuar de forma positiva, sobre todo cuando se adopta una nueva ideología para favorecer un cambio (p. e. en el caso de las élites indígenas que asumieron la ideología orientalizante).

través del registro arqueológico (Fig. 1).

Nuestro propósito es conjugar todas esas fuerzas positivas y negativas que fueron remodelando a la sociedad y vislumbrar el proceso de evolución que se vivió durante el I milenio, lentamente arrastrado por el crecimiento económico y reforzamiento del poder de las élites. La cuenca extremeña del Tajo, aislada del exterior por importantes barreras orográficas pero a la vez lugar ineludible de paso en las comunicaciones Norte-Sur, se vio afectada primero por el auge económico que se vivió en la fachada atlántica y posteriormente en el mediterráneo, en un proceso que culminó con la llegada de los romanos, beneficiándose de las innovaciones técnicas, la expansión comercial y los beneficios de la tierra. El registro arqueológico, es decir, los patrones de asentamiento y las evidencias materiales y los rituales serán el espejo donde veamos reflejado ese proceso. A medida que las fuerzas que inciden sobre la sociedad vayan remodelándola, la imagen que veremos reflejada en el registro arqueológico será también diferente porque cada época nos devolverá las formas esenciales de la sociedad que lo configuró.

En esta región, hasta ahora, la aproximación a las sociedades se había realizado casi exclusivamente desde el análisis de su cultura material y sus rituales. En este trabajo insistiremos, además, en el estudio de los patrones de asentamiento.

El territorio ofrece una gran variedad de formaciones geomorfológicas diferenciadas, de las que cada sociedad elige para asentarse las que mejor se adecuan a sus necesidades (Sanz, 1993: 240) en función de una serie de factores estratégicos, socio-económicos y culturales. Por ello consideramos prioritario en este estudio reconstruir las pautas cronológico-culturales que condicionaron la ocupación del territorio recurriendo a la lectura diacrónica del paisaje. Una visión conjunta del tipo de poblamiento existente en la cuenca extremeña del Tajo y las áreas circundantes permitirán determinar las peculiaridades zonales y los procesos de cambios que afectaron a la sociedad durante la Edad del Hierro. Ese proceso sólo puede entenderse si se aborda desde la amplia perspectiva temporal que hemos propuesto, porque en el periodo anterior se fraguaron muchas de las condiciones que posibilitaron los cambios posteriores (Hedeager, 1992: 4).

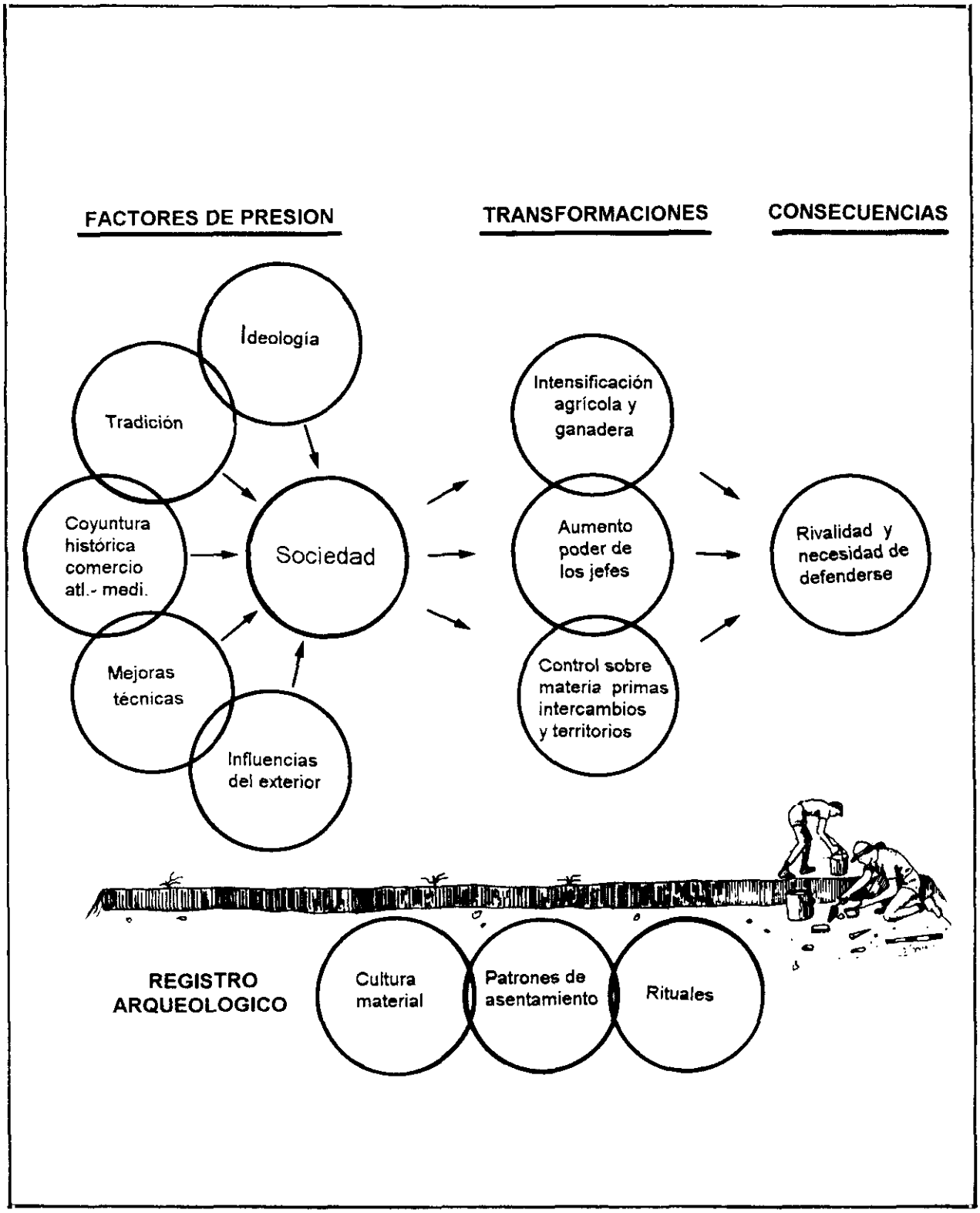


Fig. 1.- Representación en esquema del modelo de interacciones propuesto.

I.3.- METODOLOGIA DE PROSPECCION.

Para llevar a cabo este estudio se comenzó por reunir una documentación arqueológica que permitiera analizar los patrones de poblamiento durante el I milenio a. C. En primer lugar se examinó la bibliografía existente y revisamos los fondos del Museo Provincial de Cáceres, para lo cual solicitamos el consiguiente permiso a la Junta de Extremadura. Además, nos pusimos en contacto con el director del Museo Municipal de Marvão (Portugal), Don J. de Oliveira, quien nos ha permitido citar algunas piezas aún inéditas de dicho Museo; no pudimos hacer lo mismo en el Museo de Castelo Branco (Portugal) porque se encuentra clausurado en fase de remodelación. Los escasos datos conseguidos nos demostraron que la única forma de obtenerconseguir esa información era llevar a cabo trabajos de prospección que permitieran localizar los asentamientos y documentar los rasgos que lo caracterizan.

A lo largo de cuatro años, desde 1991 a 1994, se planificaron varias campañas de prospección con la autorización de la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura, a la que se le presentó un proyecto de prospección que pretendía abarcar en varias fases toda la provincia de Cáceres. La primera autorización se nos concedió en junio de 1991 y fueron renovadas anualmente, aunque sin ayuda económica conforme a lo establecido por la Consejería de Cultura y Patrimonio, que no contempla la posibilidad de subvencionar las prospecciones arqueológicas. Sin embargo, en la campaña de 1993 se nos concedió una ayuda de 430.000 pts. para llevar a cabo trabajos de topografía en algunos de los yacimientos localizados, con la cual se pudo realizar el levantamiento topográfico de 9 castros durante ese año.

Abarcar una región tan amplia y con formaciones de relieve tan diversas como la Alta Extremadura, planteaba de inmediato enormes dificultades para elaborar una estrategia de prospección adecuada. Ante esta situación, se optó por comenzar los trabajos centrándonos en una comarca natural en la que poder experimentar diferentes técnicas de prospección, con el fin de obtener la metodología más adecuada para conocer y dar solución a una serie de problemas y limitaciones derivados tanto de las características del paisaje como de la falta del necesario apoyo económico para este proyecto. Ante esta situación, se buscaron fórmulas que permitieran ajustar la relación

tiempo invertido/hallazgos y diseñar un conjunto metodológico eficiente para aplicarlo en el resto de la región.

La campaña de 1991 se dedicó a prospectar la comarca de Alcántara (Martín Bravo, 1994a), un espacio de penillanura bordeado por los cursos de los ríos Tajo y Salor, que se han encajonado abriendo profundos cauces. Debido a las abruptas características de ese ancho reborde era una zona óptima para el enclave de los castros de la Edad del Hierro, pero no resultaba fácil prospectarlo con un equipo de prospección intensiva convencional, ya que la vegetación (matorrales y jarales que superan con creces el metro de altura) condicionaba la visibilidad y ponía en peligro los resultados de la misma.

A pesar de ello, se intentó en un principio llevar a cabo una prospección intensiva de cobertura total sobre este terreno tan accidentado pero la práctica nos demostró que la relación tiempo invertido-resultados era poco rentable y los datos nada satisfactorios. Al no existir zonas de laderas, sino pendientes muy marcadas desde lo alto de los cerros hasta el fondo de la cuenca, los restos arqueológicos se hallan siempre en las zonas altas; por ello el tiempo necesario para recorrer minuciosamente todos los riberos resulta desproporcionado en relación al escaso número de hallazgos. Puede ser significativo anotar, por ejemplo, que fueron necesarias 3 horas para prospectar con tres personas una franja de 500 X 30 m. en la que se incluía el Cerro de la Torva (Carcavoso, Alcántara), después de las cuales sólo se había encontrado material arqueológico en el cerro mencionado y no en el resto de la franja.

Estos primeros tanteos sirvieron para ponernos en contacto con los problemas de la zona y así aplicar la metodología apropiada a las características geográficas y de visibilidad del terreno, tratando de encontrar soluciones a los condicionamientos que nos imponía el medio.

Todo ello nos llevó a elaborar y adoptar diferentes técnicas de prospección e información que han sido aplicadas a toda la región. El resultado es un conjunto metodológico múltiple, que nos permitió resolver las dificultades planteadas del modo más eficaz, garantizando la fiabilidad de los datos obtenidos.

Para realizar dicho trabajo se elaboró un proyecto de prospección siguiendo una serie de etapas, para lo cual ha sido de gran interés conocer los trabajos de prospección

sistemática que se estaban realizando en otras regiones (Ruiz Zapatero, 1983; Ruiz Zapatero y Burillo, 1988; Benito-López, 1991; Almagro-Gorbea y Benito-López, 1993a y b; San Miguel, 1992). Las fases establecidas fueron las siguientes:

- 1. **Selección del área a prospectar.**
- 2. **Recoger referencias a yacimientos mediante la bibliografía, la toponimia y la encuesta oral.**
- 3. **Planificación del trabajo de campo.**
- 4. **Realización del trabajo de campo.**
- 5. **Estudio de los materiales en el laboratorio e interpretación.**

1. La **Selección del área** que se prospectaría en cada campaña estuvo determinada por criterios geográficos, dedicando la primera campaña a la comarca de Alcántara; la siguiente a todo el occidente de la región de Cáceres; la tercera a la zona central de la provincia y la campaña de 1994 al área oriental.

2. La etapa dedicada a **recoger información sobre yacimientos** se realizó en dos fases: A) a través de la bibliografía, que fue muy parca en datos; B) mediante el análisis de la toponimia y encuesta oral, etapa que resultó ser laboriosa pero muy positiva. Por norma general, se seleccionan aquellos topónimos que pudieran darnos información sobre la existencia de asentamientos. Con ese fin se examinan primero las zonas a estudiar en el Mapa Topográfico Nacional, esc. 1:50.000, pues hay que lamentar el que no estén disponibles todos los mapas de escala 1:25.000, que hubieran resultado más útiles. Por ello, hubo que completar la recogida recurriendo a los archivos del Catastro de Rústica, que en pocas ocasiones añadieron más información útil.

Los topónimos seleccionados como posibles indicadores de yacimientos estaban todos relacionados con la familia castillo, castillejo, castillón, castejón, muralla o torres más los que aluden o hacen referencia a lugares situados en alto y lugares de moros.

Información complementaria se obtuvo a través de la encuesta oral a los habitantes locales, especialmente los agricultores, buenos conocedores del terreno, que nos indicaron topónimos relacionados con los que buscábamos, que no se recogen en las fuentes que habíamos consultado.

Dadas las peculiaridades de los yacimientos de la Edad del Hierro, la mayoría situados en cerros destacados y muchos de ellos con restos de recintos de muralla todavía visibles, son fácilmente identificables por los habitantes de los medios rurales y, por ello, la toponimia ha resultado ser una buena herramienta de trabajo como ya habían señalado otros investigadores (Ongil, 1985; Fernández Corrales, 1984). Por otro lado, hay que indicar que las encuestas orales nos ponían sobre la pista de otros muchos yacimientos cuyo topónimo no delataba la existencia de un castro y, en cambio, era conocido por los habitantes de los pueblos.

3. La **planificación del trabajo de campo** y 4.- **Realización de la prospección.** El trabajo planeó en tres fases que se llevaron a cabo generalmente con un equipo de 4 a 5 prospectores, que ocasionalmente pudo reducirse a 3 o aumentarse hasta 7 personas que fueron adquiriendo experiencia a lo largo de las cuatro campañas. Los datos recogidos se anotaban en fichas como la que se reproduce en la Fig. 2,A.

A) Primero se prospectaban las áreas seleccionada por sus topónimos. De los 46 **TOPONIMOS** relacionados con las familias señaladas, 40 resultaron corresponder a yacimientos de la Edad del Hierro y tan sólo 6 no lo fueron. Los 19 yacimientos localizados mediante las encuestas resultaron ser todos yacimientos de la Edad del Hierro.

Todo ello nos permitió ampliar el número de yacimientos inventariados y, además, conocer de forma aproximada el patrón de asentamiento de los poblados, puesto que la totalidad de los castros se asientan sobre lugares con buenas defensas naturales. En el reborde más abrupto, escogen siempre cerros de acusadas pendientes, rodeados por cursos de aguas, que los convierten en auténticos baluartes. En otros casos, se han localizado en cerros elevados, aislados dentro del paisaje, lo que les confiere un importante valor estratégico. En función de estos resultados, nos fue mucho más fácil orientar la prospección que realizamos en fases posteriores.

B) La fase siguiente estuvo orientada hacia una selección de áreas tanto en los rebordes de los ríos y como en las zonas altas, enclaves que se ajustaran a los parámetros de asentamiento que mostraban los yacimientos localizados hasta entonces, para lo cual se realizó un **MUESTREO DIRIGIDO**. Se procedió a hacer una selección sobre los

mapas topográficos de escala 1:50.000 y, en determinadas zonas, se recurrió a la consulta de fotografías aéreas, en concreto, del vuelo americano del año 1956, a esc. 1:30.000. Se prefirió esta serie a otras más actuales porque en aquellos años el campo estaba mucho más roturado y se ven mejor los yacimientos.

La comarca de Alcántara, que nos sirvió de zona experimental, fue intensamente prospectada mediante este sistema. Se seleccionaron 80 zonas en las que destacaba la presencia de algún cerro con buenas defensas naturales, generalmente situado en el reborde abrupto, aunque no se descuidaron las áreas más llanas. En la zona de riberos, con fuertes pendientes hacia los ríos, se prospectó en aquellas áreas que ofrecían posibilidad de ser ocupadas por asentamientos, puesto que las zonas de pendiente marcadas difícilmente pudieron serlo. En la zona menos abrupta de este reborde, en cambio, la selección se presentó más complicada. El terreno está formado por suaves colinas o pequeñas lomas, en las que tradicionalmente no se ha señalado que existan asentamientos de este periodo, pero que no quisimos "a priori" descartar. Los resultados obtenidos en la comarca de Alcántara durante esta segunda fase se limitaron a otros cuatro yacimientos hallados tras recorrer las 80 zonas que indicamos anteriormente. En el conjunto de la región, el muestreo ha proporcionado un 13, 6 % de los yacimientos localizados.

C) La tercera fase consisitió en la realización de un muestreo probabilístico, para evitar el sesgo que tanto los topónimos y las encuestas como la prospección dirigida podían ocasionar sobre los resultados obtenidos, puesto que se habían primado las zonas abruptas en perjuicio de la llanura. Para corregir los posibles errores, se decidió realizar un **MUESTREO PROBABILISTICO** (Ruiz Zapatero y Fernández, 1993: 91), que nos permitiera obtener unos datos representativos sobre la distribución de los poblados en el conjunto del territorio.

La zona sobre la que se realizó el muestreo constituye un amplio rectángulo de 99 km^2. situado en el centro de la comarca de Alcántara, abarcando una extensa zona de llanura que era la que resultaba peor conocida. Se cuadriculó en 99 cuadrados de 1 km^2 aprovechando las líneas de proyección U.T.M. Elipsoide Hayford del mapa del Servicio Geográfico del Ejército, hojas 10-27 y 9-27, Serie-L. Interesaba conocer si en esta zona de llanura se encontrarían yacimientos de la Edad del Hierro, por lo que se decidió

empezar prospectado una muestra del 10 % del total, que en principio se considera que es un porcentaje suficiente para recabar esta información. La técnica elegida fue el **MUESTREO ALEATORIO SIMPLE**, seleccionando las cuadrículas mediante la instrucción RND del lenguaje Basic en un ordenador PC compatible que seleccionó los núm. 8, 11, 13, 42, 49, 65, 73, 80, 87 y 95. La mayoría de los yacimientos localizados fueron de época romana, medieval, moderna y contemporánea (Martín Bravo, 1994a: 189), localizándose tan sólo un pequeño poblado abierto de la Edad del Hierro fuera ya de la llanura, justo en el reborde abrupto. Con esos resultados realizamos un cálculo estadístico de inferencia sobre la posibilidad de que existieran yacimientos de ese periodo en toda la zona de llanura. Para ello aplicamos la fórmula de Read (1986: 486), partiendo de los datos siguientes: área del cuadrado; número de ellos prospectados sin ningún resultado y posibilidad de error del 5% El resultado es que la densidad estimada de yacimientos de la Edad del Hierro en la llanura será de 0.0051 yacimientos por km^2 que arroja un total de 0.5 yacimiento en todo el área en la que se ha realizado el muestreo, lo cual ponía de manifiesto la escasa incidencia del poblamiento estable de la Edad del Hierro en estas zonas.

Por tanto, del total de 81 yacimientos de la edad del Hierro que serán estudiados en esta Tesis, 40 se localizaron mediante la búsqueda de los topónimos (49,4 %), 19 gracias a los datos de los informantes locales (23,5 %), 11 mediante la prospección guiada (13,6 %), 1 mediante la prospección intensiva (1,2 %), 7 mediante la búsqueda en la bibliografía especializada (8,6 %) y 3 a través de los materiales localizados en los fondos de los Museos (3,7 %)(Fig. 2,B).

Para concluir, queremos señalar que durante la última campaña dedicamos unos días a contrastar la hipótesis de que durante la Edad del Hierro existiera algún tipo de viviendas similares a las "majadas" de ramajes que han existido hasta nuestros días.

Para comprobar qué huella dejaba en el registro arqueológico esta forma de ocupación del suelo y tener algún parámetro que nos sirviera de referencia, diseñamos un muestreo experimental sobre 5 antiguos emplazamientos de "majadas" que nos indicaron los pastores que habían residido en ellas hace aproximadamente 25 años; según esa información, la familia había residido allí durante determinada estación del año al menos en más de una ocasión. Por tanto, la prospección no era en este caso un

instrumento para localizar posibles yacimientos sino para cuantificar de algún modo qué quedaba en el registro arqueológico al cabo de ese tiempo. Se trazó una cuadrícula sobre cada uno de los lugares señalados y el resultado fue el siguiente:

Majada 1. (Cuadrícula de 9x9 m.) 13 pequeñas piedras dispersas de la misma materia del entorno.

Majada 2. (Cuadrícula 13x9 m.) 1 guijarro de río y 1 pequeña laja de pizarra, materiales ajenos a la zona. Fuera de la cuadrícula, pero junto a la zona señalada, se encontraron 3 fragmentos de cerámica.

Majada 3. (Cuadrícula de 10x10 m.) Algunas piedrecillas sueltas y 3 fragmentos de cerámica.

Majada 4. (Cuadrícula 15x15 m.) Nada.

Majada 5. (Cuadrícula 12x12 m.) Se aprovechó para asentarse un afloramiento de granito con la superficie muy plana; en el centro se localizó una laja de pizarra.

Es decir, al cabo de dos décadas ninguno de los 5 casos deparó evidencias suficientes para testimoniar la presencia de las chozas, salvo las lajas de pizarra y el escasísimo material cerámico, por lo que parece evidente que este tipo de ocupación del suelo es difícilmente detectable en el registro arqueológico.

- 5. **Estudio de los materiales en el laboratorio e interpretación.** Todo el material de superficie recogido fue sometido a un proceso de lavado, clasificación e inventario, para lo cual se contó con los medios que nos proporcionó el laboratorio del Dto. de Prehistoria de la U.C.M. y la ayuda inestimable de sus profesores. Sobre esos datos se realizará en los capítulos siguientes el trabajo de valoración cultural e interpretación, además de haber realizado con ellos las fichas de la Carta Arqueológica de la Junta de Extremadura, según lo establecido en la normativa de concesión de permisos de prospección vigente.

En definitiva, el conjunto de los datos obtenidos revela que la metodología puesta en práctica permite obtener una información global del poblamiento durante la Edad del Hierro en esta zona, aunque no sea posible documentar formas de hábitat no permanentes similares a las "majadas" que se han utilizado hasta nuestros días, pues no dejan prácticamente evidencia arqueológica.

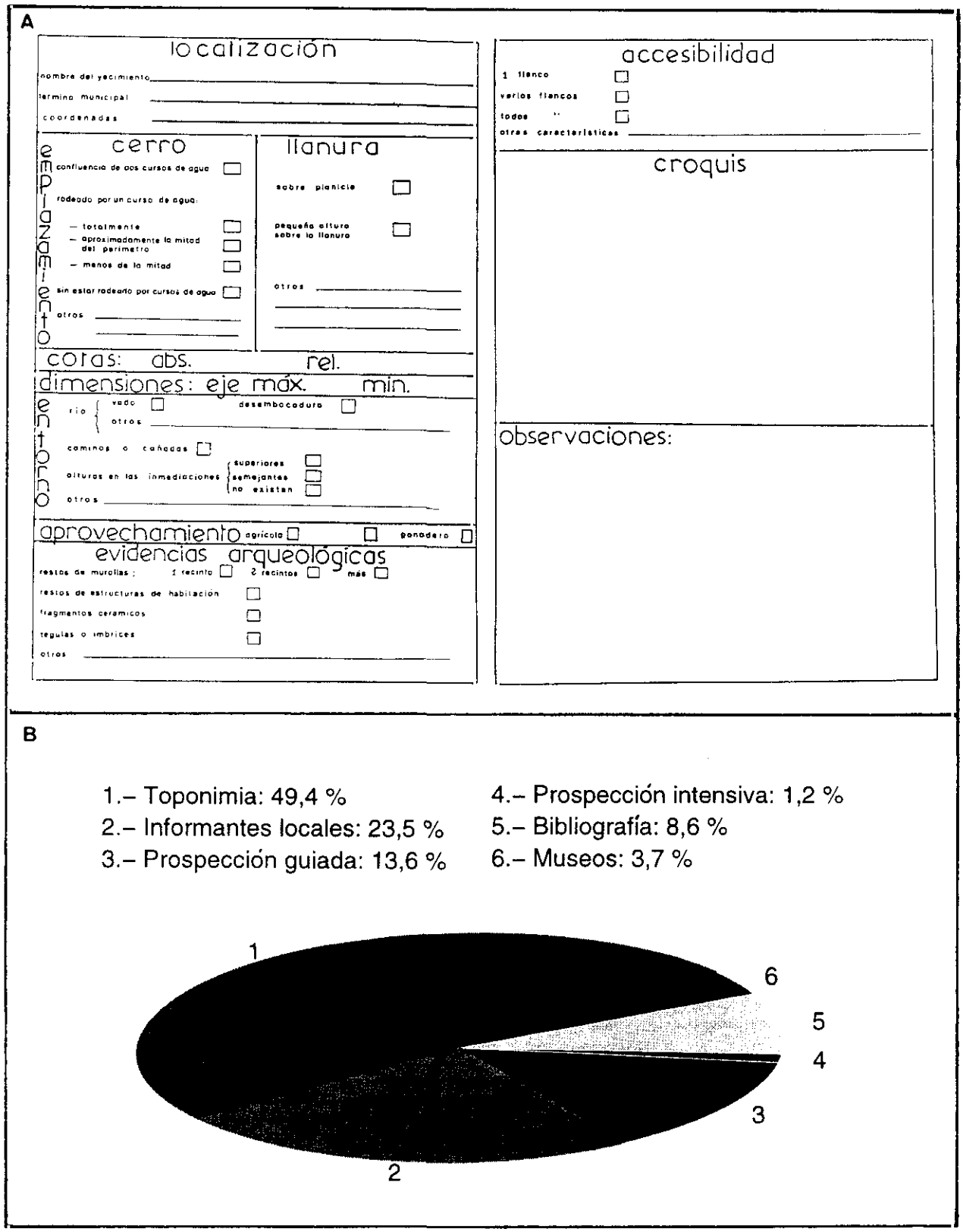


Fig. 2.- A. Ficha de catalogación de los yacimientos localizados. B. Porcentaje de yacimientos localizados según las diferentes técnicas de prospección.

II.

EL MARCO GEOGRAFICO: LA CUENCA EXTREMEÑA DEL TAJO.

Esta Tesis abarca el espacio que recorre el río Tajo desde Puente del Arzobispo (Toledo) hasta que entra en Portugal por Cedillo, más todo el territorio que envuelve a esa cuenca, delimitado por barreras orográficas que lo aíslan tanto de las cuencas del Duero y del Guadiana como del tramo medio del Tajo a su paso por la cubeta terciaria de Castilla y de su tramo litoral.

Al Norte, el Sistema Central es un límite claro de separación con las tierras castellano-leonesas al ser una barrera que se levanta más de 1000 m. sobre la penillanura. Por el Sur y Sureste, la Sierra de San Pedro, Sierra de Montánchez y el bloque de Garcíaz son un reborde elevado que encierra a esa penillanura aislándola de la depresión del Guadiana. Al Este esa alineación de sierras continúan con la Sierra de Guadalupe, Las Villuercas y Sierra de Altamira, marcando a través de la depresión de La Jara Toledana una diferenciación notable con la zona sedimentaria castellano-manchega. Tan sólo por el Oeste no existe ningún accidente orográfico que separe el área extremeña de la portuguesa, porque el borde del macizo paleozoico va desdibujándose hacia las Beiras portuguesas suavemente (Fig. 3).

Este territorio coincide en gran media con la llamada Alta Extremadura, porque esas barreras orográficas son una frontera natural que ha sido aprovechada para apoyar sobre ella la delimitación política de la región (Barrientos 1985: 15), salvo en la frontera con Portugal, donde una división política separa ambas zonas, ya que hasta el río Ponsul el territorio es idéntico al extremeño, de ahí que también se incluya en este estudio.

II.1.- EL RELIEVE Y LAS ZONAS DE PASO.

La Alta Extremadura ocupa la zona Oeste del viejo zócalo precámbrico-paleozoico, diferenciándose del resto de las tierras situadas sobre este zócalo porque en Extremadura predominan los terrenos paleozoicos mientras en la zona castellana existen terrenos arcillosos y margas terciarias que dan lugar a unos suelos y un paisaje de llanura diferentes.

Gran parte de ese territorio está formado por **pizarras** y **grauvacas** (complejo Esquisto-Grauváquico) que se originaron tras el depósito de sedimentos arcillosos y arenosos en los fondos marinos durante el Precámbrico y a lo largo de toda la Era Primaria. Posteriormente, los movimientos orogénicos hercínicos actuaron sobre este zócalo provocando, por un lado, su levantamiento hasta formar una cordillera cuyos pliegues están orientados hacia el Noroeste (García Sanz, 1987: 47); por otro, fueron los responsables de la aparición de los **granitos** en diversos puntos de la región, destacando la faja transversal que se extiende desde el Erjas hasta la falla de Araya, la cuenca superior del Alagón y diversos batolitos en zonas aisladas como Valencia de Alcántara, Plasenzuela, Trujillo o Logrosán (Mapa Geológico de España, 1986). Esa uniformidad geológica tan sólo está ligeramente enriquecida por la aparición de depósitos terciarios en la llanura de Navalmoral de la Mata y las formaciones cuaternarias de la Vega del Alagón (Idem) (Fig. 4,A).

La cordillera hercínica fue profundamente erosionada hasta quedar prácticamente arrasada. Pero la orogenia Alpina se encargó de rejuvenecer a este viejo zócalo endurecido, que no pudo adaptarse a las tensiones a las que se vio sometido, lo que provocó una fracturación desigual de los bloques existentes y un basculamiento general hacia el Oeste, que es el responsable de la actual orientación de los ríos en esa dirección. En esta zona más próxima a la franja litoral, los cursos de agua adquirieron una marcada fuerza erosiva que dará lugar a unos cauces abruptos. En el caso del Tajo, discurre encajonado en una cota que llega a ser casi 200 m. inferior a la penillanura, dando lugar a la aparición de un escalón brusco entre el río y el terreno circundante, formación que se conoce con el nombre de "riberos" (Barrientos, 1985: 20; 1990: 28).

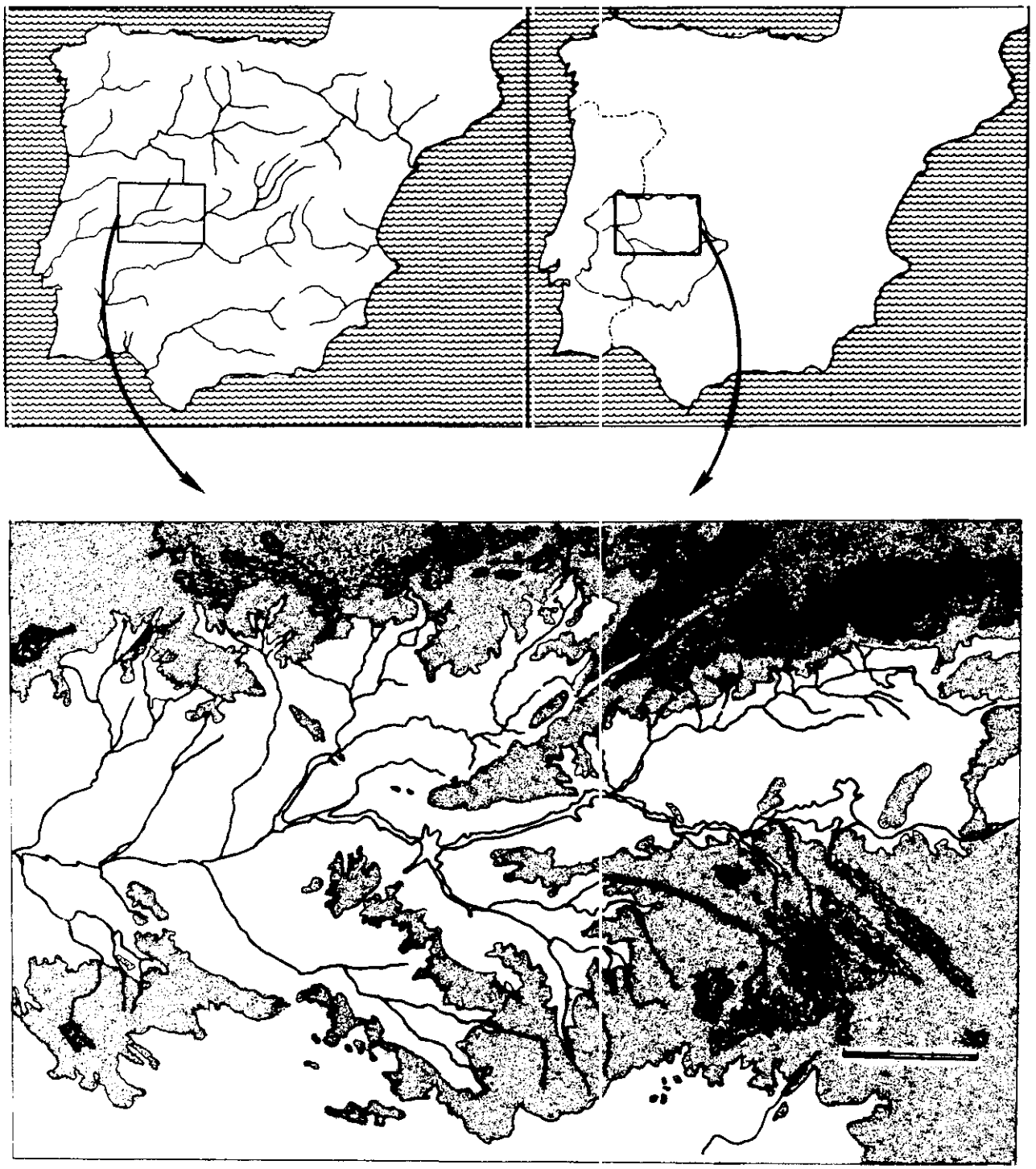


Fig. 3.- Localización del área de estudio y representación de sus principales accidentes geográficos.

Por ello, toda la cuenca extremeña del Tajo se caracteriza por estar hendida en ese macizo desde su entrada en Extremadura, tras pasar por Puente del Arzobispo, hasta la salida por Cedillo (Barrientos, 1990: 49), dando entidad a todo este tramo, radicalmente diferente del que le precede por las tierras de Castilla-La Mancha, por donde discurre ancho y con amplias vegas, y del tramo litoral que se inicia desde que entra en Portugal. Además, sus principales afluentes comparten ese carácter encajonado y abrupto de los cauces, sobre todo a medida que se acercan a la desembocadura, por lo que la red fluvial, que será un factor decisivo para la ordenación del poblamiento, tiene un carácter homogéneo, determinado por la ausencia de vegas salvo los casos excepcionales de algún tramo de los ríos Alagón, Tiétar y, en el Tajo, la de Alconétar y Talavera la Vieja.

Como resultado de todo ello, el relieve de la Alta Extremadura se caracteriza por presentar tres formaciones diferentes:

- una amplia extensión de penillanura;
- las sierras que la cruzan en dirección NW. a SE.;
- los "riberos", que no hacen más que añadir una dificultad más para atravesar de Norte a Sur esta región. De ahí la importancia de las zonas de puertos y vados que facilitan salvar esos obstáculos naturales, porque serán puntos en los que se concentren los caminos a lo largo de todos los tiempos.

Para llegar hasta la penillanura trujillano-cacereña viniendo del Sur, los mejores pasos son: el Puerto de San Vicente, en la Sierra de Altamira, que desemboca en la zona del vado de Azután; los puertos de Herguijuela y el de Santa Cruz, por donde se llega a Trujillo; el Puerto de las Herrerías, para llegar al centro de la cuenca y el Puerto del Clavín o el paso por Aliseda, en la Sierra de San Pedro, para dirigirse a la zona más occidental del tramo extremeño.

El paso del río resulta muy complicado en todo su recorrido porque discurre profundo y estrecho, por lo que apenas hay lugares que llegan a ser vadeables en verano. Donde mejor ha quedado reflejada esta realidad es en los numerosos proyectos de

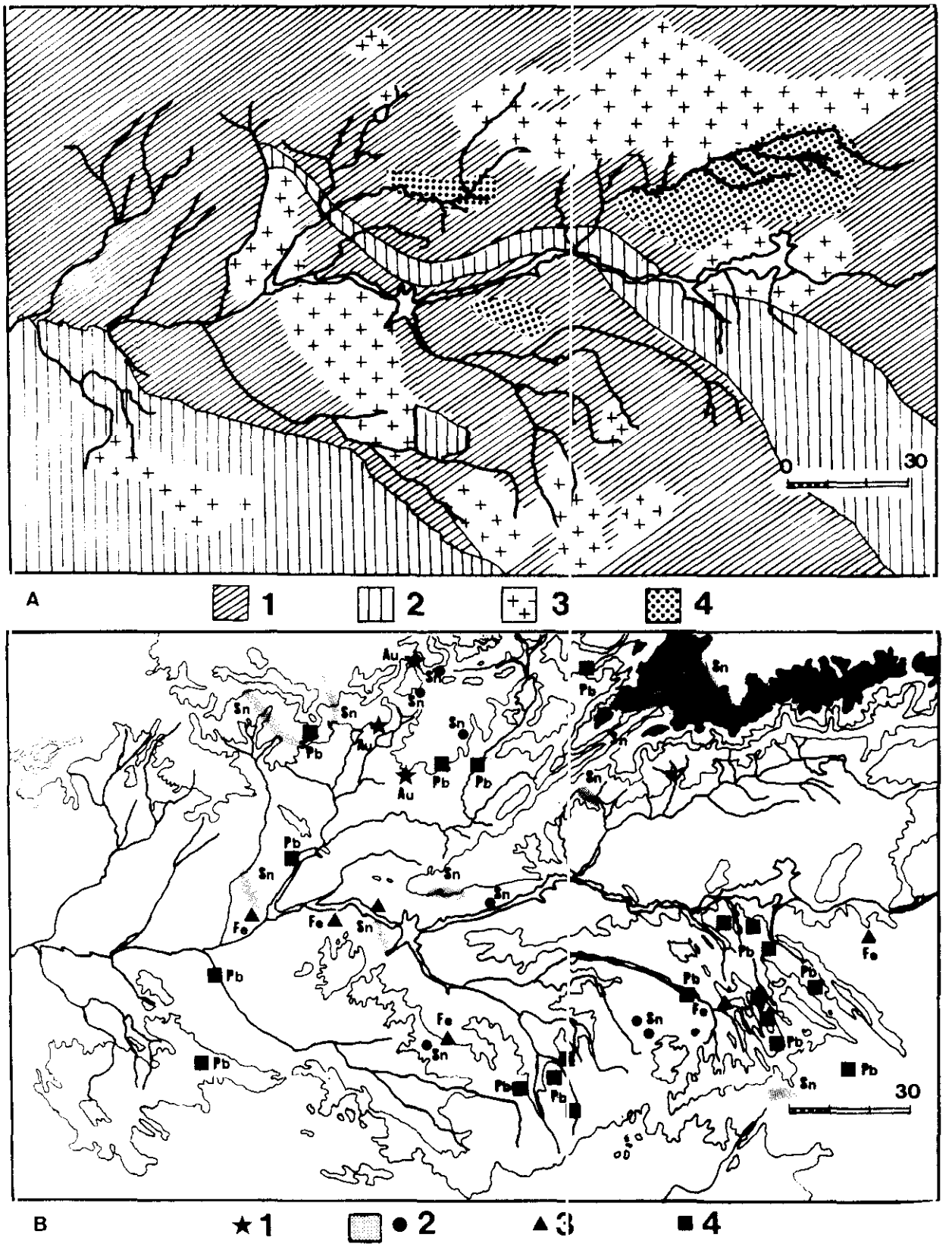


Fig. 4.- A. Mapa geológico de la Alta Extremadura: 1.pizarras 2.cuarcitas 3.granitos 4. materiales terciarios y cuartenarios. B. Recursos metalogenéticos más destacados: 1.Oro 2. Estaño 3. Hierro 4. Plomo.

navegación del río que se presentaron en la Corte desde el siglo XVI[1]. Uno de los que mejor recoge las dificultades que presenta este tramo es el que elaboró Cabanes en 1829. En él se destaca que el Tajo tiene durante todo el año profundidad suficiente para navegarlo, sin que los vados supusieran un obstáculo para ello[2]. Pero el río lleva una corriente muy fuerte desde Puente del Arzobispo, a lo que se suman "algunos pedriscos que tiene en el fondo, los cuales ocasionan chorreras, hervideros y estrecheces. Todo se podría arreglar con algunos quintales de pólvora y algunas cuadrillas de trabajadores" (Maestre, 1990: 79). Las dificultades que entraña y el coste que requiere nos da la clave para entender por qué nunca se llevaron a cabo estos proyectos de navegación a gran escala durante la Edad Moderna y, aun mucho menos, en la Antigüedad.

Estas referencias dejan patente la dificultad que entraña utilizar este río como una vía de comunicación y la necesidad de buscar lugares favorables para cruzarlo. Dada la escasez de auténticos vados, como acabamos de ver, se utilizaron como tales los puntos donde el cauce se estrecha de forma notoria, facilitando el paso.

En la cuenca extremeña se cuenta con los siguientes vados, (Hernández Giménez, 1967: 75), separados a una distancia media de unos 30 km. (salvo los dos primeros que están separados tan sólo por 8 km.):

- Vado de Talavera la Vieja, hoy bajo las aguas del pantano de Valdecañas, donde se sitúan las ruinas de la romana Augustobriga.

- Vado de Alarza, en las cercanías del actual puente de Bohonal de Ibor a Peraleda de la Mata.

---

[1]Proyectos de navegación: "Plan General de Navegación interior de Juan Bautista Antonelli" fechado en 1581.

Proyecto de Juanelo Turriano, fechado en 1582.

Proyecto de Esteban Garibay, fechado en 1585.

Cédula real de Felipe III, en 1600, "para el reparo de la navegación del Tajo, para los proyectos de Guajardo y del Dr. Guillén"

"Consulta sobre navegación interior" Ingenieros Carduchi y Martelli, 1626.

[2]"Comúnmente lleva más de dos varas de agua, y en algunos partes mucho más, así como en otros, muy pocos, llega a tener vados en verano, esto es, a menos de tres pies de agua" CABANES, F. J. de Memoria que tiene por objeto manifestar la posibilidad y facilidad de hacer navegable el río desde Aranjuez hasta el Atlántico. Madrid, 1829. Cit. en Maestre M. D. 1990: 79.

- Vado de Albalat, que se encuentra a 1.5 Km aguas abajo del Puente de Almaraz, por el que pasa la carretera Madrid-Badajoz.

- Estrechamiento junto al castillo de Monfragüe, del que existen referencias a su peligrosidad y poca facilidad de cruce (Hernández Giménez, 1967: 82).

- Vado de Alconétar, actualmente cubierto por las aguas del pantano de Alcántara.

- Zona de Alcántara, donde se encuentra un puente romano, construido allí aprovechando la existencia de un paso encajonado, dando carta de naturaleza a una zona de tránsito anterior (Liz, 1988: 111-112). 8 km. aguas abajo se encuentra una zona de más fácil tránsito (Bueno, 1991: 8).

Una vez salvado el obstáculo del río se levanta la barrera de una importante alineación cuarcítica (Gómez Amelia, 1985: 7) cuyas principales sierras son la del Arco, Santa Catalina, Mirabel, Corchuelas, Piatones y las prolongaciones de la Sierra de las Villuerca. Para atravesarlas destacan el Puerto de los Castaños, al Oeste, y el Puerto de Miravete, al Este.

Por último, para acceder a la Meseta Norte hay que atravesar la Sierra de Gredos por los valles del Tiétar, el del Jerte o el Puerto de Baños, y la Sierra de Gata a través del corredor de las Hurdes o el Puerto de Perales.

II.2.- CLIMA, VEGETACION Y APROVECHAMIENTOS DEL SUELO.

El clima de la Alta Extremadura se caracteriza por conjugar rasgos continentales, atlánticos y mediterráneos. Barrientos (1985: 22) señala que es una "región de frontera" entre el clima más continental de Castilla-León, el sub-tropical del Guadalquivir, el atlántico de la franja portuguesa y el clima de Castilla-La Mancha, donde ya no se percibe la influencia atlántica y es más acusada la mediterránea.

Ese carácter fronterizo está determinado en gran parte por estar en una zona sometida alternativamente a la influencia del anticiclón de las Azores y del frente polar. Las temperaturas y las precipitaciones responden a las imposiciones del clima

mediterráneo, puesto que la escasa altitud de la zona más los efectos del anticiclón de las Azores y la Corriente Fría de Canarias dificultan que penetren influjos atlánticos.

Como consecuencia de ello, los veranos son extremadamente calurosos y los inviernos suaves. Las precipitaciones más importantes aparecen entre noviembre y abril, pero presentan el inconveniente de ser "pocas, inoportunas e irregulares" (Barrientos, 1990: 39). Este autor considera que la cantidad de agua recogida, en torno a los 400 mm. anuales, no es suficiente para compensar la fuerte evapotranspiración potencial que sufre la zona; a ello se suma el inconvenientes de que las aguas suelen caer concentradas en fuertes aguaceros que dificultan la penetración en la tierra. El índice de aridez se sitúa en torno al 0,7, que corresponde a zonas semi-áridas (García Sanz, 1987: 49), exceptuando algunas comarcas al Norte con microclimas cuya pluviosidad alcanza una media de más de 1000 mm. (Barrientos, 1990: 38), característica de climas húmedos.

El rasgo más desfavorable de las precipitaciones es que no coinciden con el ciclo climático de las plantas, con las importantes repercusiones que ello origina en el aprovechamiento económico del medio. El año agrícola se inicia en el otoño, pero se interrumpe por la aparición de los fríos del invierno. A partir de febrero comienza de nuevo el ciclo biológico, que se corta en el verano por la aparición de la sequía. Esto determina que estas tierras obtengan la máxima rentabilidad de los pastos y cereales de invierno, crecidos con las aguas del otoño y la primavera (Barrientos, 1990: 44).

A la escasez de aguas recogidas de las precipitaciones hay que añadir el problema que representa la escasez de acuíferos subterráneos, que suelen aparecer en terrenos calizos, puesto que el zócalo antiguo pizarroso de esta región es totalmente impermeable (García Sanz, 1987: 50) y, además, la escasa profundidad del suelo le impide almacenar el agua. Ello explica la necesidad de buscar los escasos manantiales que existen para que las comunidades humanas se asienten junto a ellos.

Todo el área se engloba en el dominio climático de la asociación "Pyro-Quercetum rotumdifolia", donde predomina la encina (Quercus ilex rotumdifoliae). Es el asiento natural de un bosque de llanura que, a lo largo de los siglos, ha sido paulatinamente degradado (García Sanz, 1987: 66). Las consecuencias de ese proceso de deterioro han sido diferentes dependiendo de las distintas formaciones del relieve y los tipos de suelos:

- En las zonas de riberos, la desaparición del bosque ha provocado su colonización por el **matorral**. Las especies mejor representadas son las jaras, ahulagas, tomillos, cantuesos y retamas. Estos espacios tan solo pueden ser aprovechados como áreas de pastos para rebaños de cabras y ovejas, puesto que son los únicos que pueden acceder con facilidad a las tierras escarpadas y los riscos. A ello hay que añadir que este ganado aprovecha tanto la hierba corta como otro tipo de recursos que ofrecen las zonas de matorrales que no puede consumir el ganado vacuno. Durante los meses de verano, además, cuentan con el complemento que les proporciona las vainas de la retama (Retama sphaerocarpa), alimento muy apreciado por las cabras y que mantiene muy bien a los rebaños por su alto poder nutritivo[3]. El interés que tiene esta zona para nuestro estudio deriva del hecho de que en ella se localizan la mayor parte de los asentamientos de la Edad del Hierro.

- En las zonas de llanura con suelos profundos, la cobertura vegetal se fue eliminando para crear las **superficies de cultivo**, tradicionalmente dedicadas a la labor extensiva de cereales de secano.

Entre los dos marcos anteriores existe una amplia franja de transición donde encontramos terrenos desforestados junto a otros en los que el bosque no fue definitivamente eliminado. Las zonas sin arboleda se han convertido en amplios **pastizales**, cuyas cualidades varían en función del tipo de suelo sobre el que se asientan. Sobre el terreno arenoso del área de los granitos, crece un pasto de buena calidad, aunque presentan el inconveniente de agostarse con los primeros calores dada su escasa capacidad de retener el agua. Sobre las pizarras se desarrollan gramíneas y leguminosas de una calidad aceptable.

En todas ellas es el ganado bovino el encargado de aprovechar estos pastos de hierba alta; a partir de la primavera, los animales tiene que utilizar los pastos secos, porque no existen prácticamente zonas de prados naturales. Aún así, en un sistema de ganadería tradicional eran suficientes para mantener al ganado durante el verano, en espera de las primeras hierbas frescas del otoño.

---

[3]Información obtenida a través de la consulta a los ganaderos de la zona.

Alternando con las zonas desforestadas existen algunas manchas donde el bosque no ha llegado a desaparecer, aunque ha sido paulatinamente aclarado hasta quedar convertido en **dehesas**. Aunque prácticamente carecemos de estudios polínicos para esta región, los realizados en zonas con una cobertura vegetal parecida han puesto de manifiesto que el proceso de formación de la dehesa se inició hacia mediados del III milenio, con un fuerte incremento de la desforestación a partir del 500 a. C.; desde entonces se han mantenidos hasta la actualidad con algunos episodios de retroceso vinculados con etapas de desarrollo económico (Stevenson y Harrison, 1992: 242). Por otro lado, los análisis polínicos realizados en el área de la Beira portuguesa ponen de manifiesto la convivencia de cistáceas con especies de *quercus* entre el 1000-700 a. C., típica de "asociaciones mediterráneas degradadas" (Figueiral, 1995: 486). En estas dehesas conviven los árboles, sobre todo la encina, con un estrato de gramíneas y leguminosas. Interesa destacar que este ecosistema se caracterizan por permitir la coexistencia en equilibrio de animales silvestres y la ganadería (Parra, 1982).

- Por su parte, las **sierras** presentan suelos poco profundos donde se desarrolla únicamente el matorral montano, aprovechado únicamente por cabras y ovejas, soportando cargas ganaderas muy bajas (Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la provincia de Cáceres, 1983: 59).

Además de los tipos de aprovechamiento que hemos mencionado, existen otros que los complementan. Nos estamos refiriendo a las zonas de huertas que aparecen junto a los núcleos de población, de las que se obtienen una serie de recursos que se utilizan como base de la alimentación. En algunos casos, son de pequeñas dimensiones y se cultivan todavía siguiendo sistemas muy primitivos, abriendo pequeños surcos sin usar el arado, por lo que cabe imaginar que es una forma de subsistencia de larga tradición y origen ancestral.

II.3.- RECUROS MINEROS.

La Alta Extremadura encierra una gran variedad y cantidad de recursos metalogenéticos en el subsuelo (Fig. 4,B) que es necesario valorar dado el interés que pudieron despertar en las sociedades de finales de la Edad del Bronce y la del Hierro. Sin embargo, hay que precisar que en casi ninguno de los yacimientos mineros que se citarán se han documentado evidencias de explotación en la época que estudiamos, lo cual no implica que no lo fueran. Por ello, vamos a hacer una referencia escueta a lo que actualmente se considera que son los filones de minerales más ricos, destacando los de estaño y oro porque son los que pudieron ser más atractivo para las sociedades que estudiamos.

En la Alta Extremadura es relativamente importante la existencia de yacimientos de estaño que aparecen en forma de filones asociados a los afloramientos de granitos hercínicos (VV. AA., 1987). Una de las zonas más ricas es la del Puerto de los Castaños (Idem, 49-50), donde existen un importante conjunto de minas a pesar de que no es rentable actualmente su explotación por la irregularidad de los filones. En la zona de Garrovillas y Piedras Albas también abundan los filones de casiterita, en algunos casos incluso ésta se observa a simple vista; en el área de Piedras Albas hay indicios de explotaciones antiguas de los aluviones que contienen casiterita y alguna pepita de oro (Idem, 75). En la zona de Cáceres, destacan las minas de "El Trasquilón" y "Valdeflórez", cerca del Portanchito, el pico más alto de la sierra que está junto a Cáceres (Idem, 65). En Malpartida de Cáceres aparece la casiterita y oro (Idem, 41). En la zona de Almoharín destaca la mina de "La Parrilla", una de las más importantes de Extremadura, con filones de cuarzo en el que aparecen mineralizaciones de casiterita (Idem, 69). El batolito de Logrosán es otro importante yacimiento de casiterita que sí pudo ser conocido en la Antigüedad (Sos Baynat, 1977: 263; VV.AA., 1987: 73).

El oro aparece bien en mineralizaciones filonianas, como las de Descargamaría y Calzadilla, bien en placeres auríferos en los ríos, hasta el punto de que algunos autores los consideran suficientemente abundantes como para afirmar que Extremadura pudo tener un importante potencial minero en este metal (Almagro-Gorbea, 1977: 8; VV.AA.,

1984: 94). Por último, añadir que en la mina de "Mari Rosa" (Valencia de Alcántara) ha aparecido también oro nativo (Idem).

Otros minerales, como el hierro y las galenas de plomo, que contenían plata, aparecen más repartidos por la región (Fig. 4,B); éstas últimas parece que se explotaron en época romana en la zona de Plasenzuela (Barrientos, 1985: 34), donde el plomo es abundante, como lo es en la zona Oeste de la provincia. En cambio, el hierro no constituye una riqueza destacable en esta zona de Extremadura.

III.

LA ALTA EXTREMADURA DURANTE EL BRONCE FINAL.

III.1.- INTRODUCCION.

Los poblados fortificados de la Edad del Hierro con sus impresionantes murallas atrajeron la atención de los investigadores desde muy pronto, casi siempre cautivados por sus magníficas construcciones defensivas. Lo esencial era que las murallas estaban allí y pocos se preguntaron por el proceso que llevó a sus habitantes a "atrincherarse" en ellas. En cambio, no parecería lógico llevar a cabo un análisis de las ciudades altomedievales sin plantear antes cómo era la organización de la sociedad rural de la Baja Edad Media y cuál fue el proceso de nacimiento de los núcleos urbanos a lo largo de varios siglos de despegue económico, señalando las circunstancias que a mediados del siglo XI obligaron a construir murallas alrededor de monasterios y núcleos de población.

Ese mismo esquema debería seguirse al estudiar los castros, si bien es verdad que no tenemos las preciosas fuentes medievales que nos cuenten cómo era la estructura de la propiedad en función de la cuál se establece el orden social, ni los textos para informarnos de las incursiones de bandas de guerreros sembrando el pánico entre los campesinos. Pero al menos no podemos renunciar a intentarlo. Por eso creemos que el análisis de los castros debe empezar por conocer cómo era el mundo anterior, liberándonos de las estrictas compartimentaciones que se imponen en la Historia como si fueran barreras insalvables entre una época y otra. Debió existir un cúmulo de circunstancias que llevaron a que en un momento concreto existieran poblados estables bien defendidos y para determinarlas hay que mirar hacia atrás, antes de que ya hayan surgido. Somos conscientes de que nos es imposible conocerlas todas, pero estaríamos satisfechos si logramos apuntar algunas de ellas.

En este sentido, además, los últimos datos sobre la Prehistoria Reciente de la Alta Extremadura y la Beira portuguesa señalan la fuerte conexión de las poblaciones del Bronce Final con la aparición de elementos nuevos, como el hierro, por lo que parece

evidente que las transformaciones que desembocaron en el nacimiento de los castros se iniciaron en los últimos períodos de la Edad del Bronce. De hecho, resulta muy difícil diferenciar entre sus momentos finales y los inicios de la Edad del Hierro, hasta el punto de que algunos autores han considerado oportuno establecer un período caracterizado por la transición Bronce Final/Hierro Inicial, indicando que la adopción del hierro en las comunidades indígenas de esta zona supuso más un "enriquecimiento cultural que un cambio" (Vilaça, 1995: 37).

Con posterioridad a estos momentos de transición va perfilándose una Edad del Hierro en la que sí es posible reconocer ya cambios respecto al período anterior. Para poder apreciarlos nos parece imprescindible dedicar este capítulo al análisis de las evidencias de Bronce Final, integrando los datos obtenidos de las prospecciones con los ya conocidos de excavaciones antiguas o recientes.

Lo que sigue a continuación es una reflexión general sobre todo ello, en la que, junto a los datos inéditos, realizaremos una nueva valoración de lo ya conocido para establecer el umbral desde el que nos introduciremos en el mundo de los castros.

III.2.- LOS POBLADOS.

Las síntesis generales sobre el Bronce Final de la región insisten en que son pocos los poblados conocidos (Vilaça, 1995: 21; Galán, 1993: 53). Sin embargo, desde la primera visión global realizada por Almagro-Gorbea (1977) se han ido acumulando datos sobre los poblados que en conjunto permiten conocer el modelo general de asentamiento de estas gentes (Fig. 5). Con esta información se pretende desechar la errónea idea de que en estos momentos la población seguía aferrada a formas de vida arcaicas como los hábitats en cuevas, puesto que hasta ahora la mayor parte de las evidencias es verdad que procedían de cuevas o abrigos.

- Hábitats en cuevas:

Las primeras noticias sobre yacimientos encuadrables a fines de la Edad del Bronce se refieren a cuevas y algunas de ellas han tenido una gran trascendencia en la

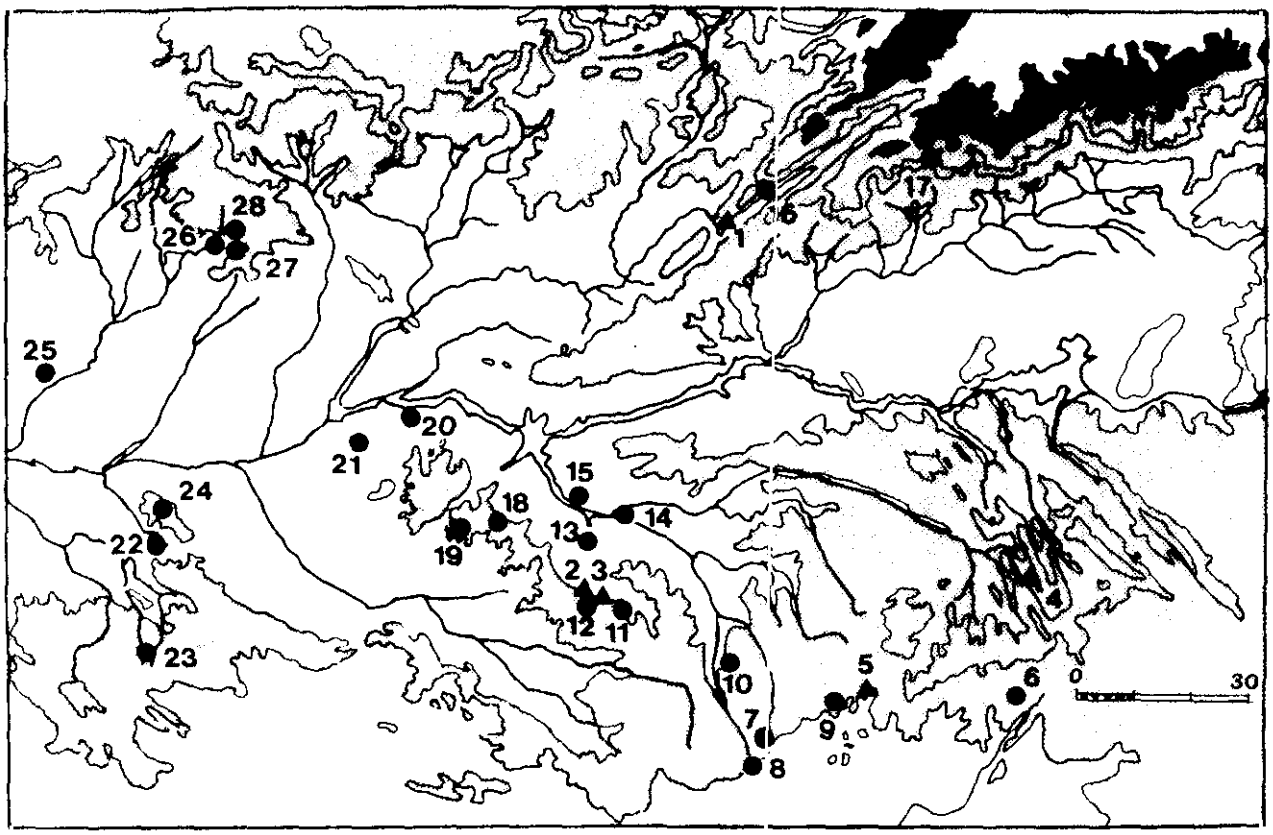


Fig. 5.- Yacimientos ocupados durante el Bronce Final: ▲cuevas ●poblados al aire libre.

investigación sobre la prehistoria en Extremadura, sobre todo el hallazgo de la cueva de Boquique (Bosch-Gimpera, 1915-20; Rivero, 1972-73; Almagro-Gorbea, 1977: 82), a la que se sumó en años posteriores la de Maltravieso (Callejo, 1958; Almagro-Gorbea, 1977: 74), el Escobar (Almagro-Gobrea, 1977: 99), el Conejar (Cerrillo, 1983) y la de la Era (Enríquez, 1990: 74). Para valorar esos datos resulta imprescindible detenernos en describir someramente cómo son cada una de ellas.

1. La cueva de Boquique en Valcorchero (Plasencia).

Las continuas referencias a este yacimiento y su cerámica desde que se dio a conocer a principios de siglo fueron, en parte, responsables de que se generalizara la idea de que a fines de la Edad del Bronce era habitual el uso de las cuevas en Extremadura como lugar de hábitat. Sin embargo, ya Almagro-Gorbea matizó que ésta no es una

auténtica cueva sino un abrigo entre bloques graníticos situados en la cima de la elevación de Valcorchero desde donde se domina el valle del Jerte, vía natural de penetración desde la cuenca del Tajo a la Meseta (1977: 82). Por tanto es un poblado al aire libre situado en alto y con un excelente control sobre una importante zona de paso; en él se aprovecharon los afloramientos naturales para apoyar las viviendas o los espacios libres bajo los grandes bolos graníticos, como es el de Boquique.

Los materiales procedentes de este yacimientos han sido publicados por diversos autores (Bosch Gimpera, 1915-20; Rivero, 1972-73) y posteriormente recogidos por Almagro-Gorbea junto a los que proporcionó la excavación que él realizó (1977: 84-98). Por ello no vamos a insistir en su descripción, limitándonos a reseñar que el grupo mayoritario lo constituyen las cerámicas toscas con las paredes sin trabajar (aproximadamente el 70 % de los materiales recogidos en el nivel II, el menos alterado); le siguen en importancia las cerámicas bruñidas (que representan aproximadamente un 25 % del total) destacando alguna decoración bruñida al exterior tipo Lapa do Fumo; el 5 % restante lo constituyen las cerámicas decoradas con motivos incisos, algunos cepillados y un ejemplar con pintura roja de tipo Carambolo. Entre las formas documentadas la más representativa es el vaso de carena baja y borde recto, con numerosas variantes, y los cuencos globulares con borde sin diferenciar.

Además de las cerámicas se localizaron dos moldes de fundición de barro para fabricar cabezas de agujas en forma de discos decorados con círculos concéntricos y otro para fabricar la aguja; los hallazgos líticos se reducen a dos molederas o alisadores (Almagro-Gorbea, 1977: 91).

Otro de los elementos que caracterizaba a este yacimiento era un conjunto de cistas localizado junto al poblado, aunque en ninguna de ella se ha recuperado material arqueológico (Almagro-Gorbea, 1977: 152) y sólo la proximidad al yacimiento anterior proporcionaba una referencia cronológica. Sin embargo, durante los últimos años se han excavado necrópolis de cistas en diversos puntos del Sur de Extremadura, entre ellos en Las Palomas y Villargordo (Villafranca de los Barros), Guadajira, Palacio Quemado (Alange), Las Mayas de Usagre, Los Villares de Feria, Puebla de Prior, Las Minitas de Almendralejo (Pavón, 1995: 42), etc. cuya cronología se remonta al Bronce Pleno (Idem; Gil-Mascarell et alii, 1986: 41).

2. La Cueva de Maltravieso (Cáceres).

Yacimiento situado en una de las numerosas cavernas que existen en las calizas que rodean Cáceres, cuya entrada actual está junto a la carretera de Cáceres a Miajadas C-520, aunque ya está integrada dentro del núcleo urbano de la ciudad. Se conoció a raíz de los trabajos en una cantera situada junto a la parte final de la cueva que provocaron una grieta por donde se pudo acceder a su interior, pues su entrada originaria se encuentra bloqueada. Fue dada a conocer en 1956 por Callejo y desde entonces todos los trabajos realizados sobre ella han insistido en las pinturas rupestres, sin que se haya excavado para documentar sus niveles de ocupación. Sin embargo se conoce un lote de cerámicas que podrían ser los últimos momentos de la Edad del Bronce (Sauceda y Cerrillo, 1985) y una punta de lanza de tubo largo con perforación en la base y hoja triangular poco desarrollada (Almagro-Gorbea, 1977:74) característica del Bronce Medio o Bronce Final I.

3. La Cueva del Conejar (Cáceres).

Esta es otra de las cuevas que existen en el Calerizo de Cáceres, relativamente cerca de la de Maltravieso. Aunque se conocía casi desde principios de siglo la existencia de un yacimiento en ella, no ha sido excavada y las únicas referencias fiables son los materiales publicados por Cerrillo (1983). Estas cerámicas fueron recogidas de la tierra extraída de la cueva y amontonada junto a ella, por lo que carece de contexto; sin embargo, su estudio sirvió para constatar la existencia de una ocupación del Bronce Final en el interior de la cueva puesta de manifiesto por las cerámicas incisas y bruñidas, éstas últimas mucho menos numerosas de lo que eran en Valcorchero (Cerrillo, 1983: 41). Entre los restos de fauna recuperados destaca la presencia de caballos, bóvidos, ovicápridos, cerdos, perros y abundante fauna silvestre, compuesta por ciervos, conejos, liebre, gato montés, tejón y zorro (Castaños, 1991: 23).

4. La Cueva del Escobar (Cabañas del Castillo).

Cueva situada al pie de la Sierra de las Villuercas de la que tan sólo se conocen algunos materiales fuera de contexto. Han sido estudiados por Almagro-Gorbea (1977: 99) y entre ellos se documentaron cerámicas bruñidas, decoradas a cepillo y 1 fragmento con decoración de retícula bruñida en el interior que avalan su ocupación durante el Bronce Final.

5. La Cueva de la Era (Montánchez).

Gruta abierta en el relieve montañoso de la Sierra de Montánchez, muy al Sur de la cuenca del Tajo, en una zona que actúa de barrera de separación entre ella y la del Guadiana. De aquí proceden materiales que sólo se conocen por alusiones indirectas, por lo que no podemos opinar sobre ellos. González Cordero y Quijada consideran que estuvo ocupada en época Calcolítica (1991: 55) y en ella existen algunos grabados rupestres (idem: 133). Pero además Enríquez señala que se han recogido cerámicas con decoración bruñida en el interior (1990: 74) que son un indicio seguro de que estuvo habitada también en el Bronce Final.

- Poblados al aire libre.

Muy poco se sabía de los poblados de este período porque no se han documentado en la región hasta fechas muy recientes; por ello la Alta Extremadura resultaba ser un caso anómalo comparada con otras áreas vecinas debido al conocimiento exclusivo de cuevas frente a la ausencia de poblados. Sin embargo, en los últimos años se han ido produciendo numerosos hallazgos de piezas de esa época y ninguna ha sido encontrada en cuevas. Aunque son vestigios aislados y difíciles de datar nos ayudan a reconstruir el mapa de los lugares de asentamiento, porque a través de esos hallazgos podemos conocer dónde estuvieron situados los poblados. En muchos casos se da la circunstancia de que son sitios donde posteriormente se construyó un castro, por lo que tenemos que hablar del mismo sitio al estudiarlos en otros capítulos, limitándonos ahora

a reseñar los rasgos que caracterizan a los emplazamientos y los materiales de Bronce Final. A estos datos se añaden las recientes excavaciones en poblados del área cacereña y la Beira portuguesa que ayudan a ir teniendo una visión de conjunto sobre este período.

6. San Cristóbal (Logrosán).

Es un monte-isla de unos 2 km. que se alza junto al pueblo de Logrosán desde el que se divisa un vasto territorio a su alrededor limitado por la Sierra de Guadalupe. Esta sierra es un inmenso batolito granítico rico en filones de cuarzo que contienen casiterita (Sos Baynat, 1977: 263). En este estratégico sitio se asentaron poblados de diversa cronología situados en puntos diferentes de la cima: en el extremo Este quedan en pie lienzos de la muralla de un castro prerromano (*vid. infra* Hierro Pleno), en el centro se localizan asentamientos tardorromanos y en el extremo Oeste un poblado con materiales del Bronce Final (aunque pueda remontarse su ocupación a época Calcolítica).

En él se recogieron abundantes cerámicas a mano de tonos obscuros, algunas con las superficies alisadas o bruñidas; la mayoría no tienen forma significativa aunque se conocen algunas cazuelas carenadas típicas del Bronce Final. También se localizó un molino barquiforme en granito de pequeñas dimensiones y molederas. A este material hay que añadir el recogido por Sos Baynat (1977: 263 ss.) durante los años en que estuvo dirigiendo la explotación de las minas de estaño, destacando un hacha plana del Tipo 11 A de Monteagudo (1977: 108, fig. 135); una punta de flecha triangular con pedúnculo y aletas y otra punta foliácea; un posible botón con apéndice superior cónico aunque el dibujo publicado no es bueno e impide confirmar ese dato y un cuenco de carena alta y labio recto. Estos y otros materiales recogidos por Sos Baynat más el localizado durante las prospecciones muestran que las estratégicas condiciones de este lugar fueron aprovechadas desde época calcolítica, lo que ha originado la alta concentración de material arqueológico de diversas cronología entre el que destaca el del Bronce Final.

7. Castillejo (Salvatierra de Santiago-Robledillo de Trujillo).

El cerro del Castillejo es un promontorio elevado más de 150 m. sobre la llanura que lo rodea, con empinadas laderas y desde donde se divisan unos 30 km. a su alrededor. En la ladera Sur se levanta un castro del Hierro Pleno (*vid. infra*, Cap. V), pero entre los materiales atribuidos a él que se encuentran en los fondos del Museo Provincial de Cáceres hemos localizado algunas piezas de clara filiación al Bronce Final (Fig. 6).

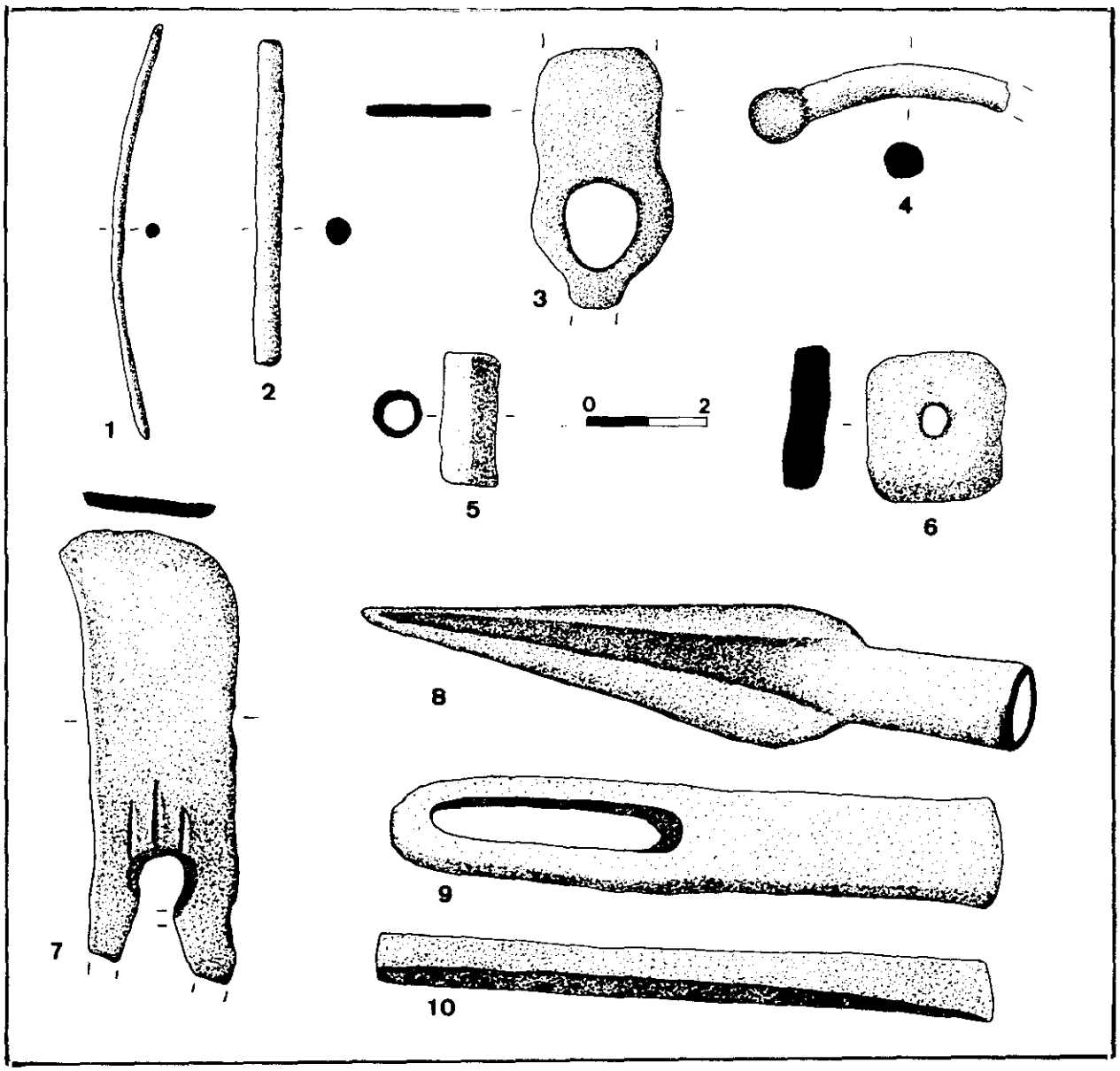


Fig. 6.- Materiales metálicos aparecidos en El Castillejo (Salvatierra de Santiago-Robredillo de Trujillo).

A ese momento cabría atribuir una aguja de bronce (Núm. inv. 2527); una barrita de bronce, de sección circular (Núm. inv. 2525); una pieza de bronce que quizás corresponda a un "tranchet" o "cuchilla de zapatero" de forma aproximadamente rectangular con un alvéolo circular (Núm. inv. 2523); otra cuchilla o "tranchet" mejor conservada aunque está partida por la zona del enmangue, con el borde ligeramente acampanado y un alvéolo circular (sin núm. inv.) y un pequeño cilindro de bronce de 2.2 cm. Hay que añadir tres objetos localizados en ese yacimiento actualmente en paradero desconocido pero de los que se conserva una fotografía, por lo que consideramos interesante documentarlos. Son una punta de lanza de bronce, de corto enmangue tubular y anchos alerones, similar a las que Fernández Manzano clasifica dentro del Bronce Final II (1986: 52), un escoplo y una pieza con una forma poco conocida que se asemeja a los escoplos pero tiene el extremo opuesto un alvéolo de forma elíptica para enmangar (Fig. 6, 9). Con todo este material podemos hablar de un momento inicial de ocupación a comienzos del I milenio a. C. sin que existan materiales posteriores hasta el Hierro Pleno.

8. San Cristóbal (Valdemorales).

El cerro de S. Cristóbal es una de elevación destacada de la Sierra de Montánchez, de difícil acceso debido a las empinadas y abruptas laderas; desde la cima se controla la cuenca del Guadiana y el camino natural que desde el vado de Medellín se dirige hacia la cuenca del Tajo, de ahí la importancia estratégica de este lugar. Este sitio está ocupado por un castro del Hierro Inicial (*vid. infra* Hierro Inicial), pero entre el material recogido en superficie aparecen también algunas cerámicas con la cara exterior bruñida y con formas carenadas que sin duda se fabricaron durante el Bronce Final. Como sucede en otros poblados donde se documentan estas dos épocas, no podemos saber si existió o no continuidad en el hábitat, pero al menos hay que dejar constancia de que el cerro estuvo ocupado durante esas dos fases. Hay que añadir que en la vertiente Sur del Cerro de S. Cristóbal apareció una estela decorada del Suroeste, ya en término de Almoharín, de donde toma el nombre (Galán, 1993: 99).

9. Sierra de Santa Cruz (Santa Cruz de la Sierra).

Monte-isla que alcanza los 843 m. de altitud en su pico más alto, elevado unos 400 m. sobre la penillanura que lo rodea. A sus pies discurre una importante zona de paso que permite acceder desde la cuenca del Guadiana a la del Tajo salvando la barrera de la Sierra de Montánchez. Estas inmejorables condiciones estratégicas determinaron que esta sierra estuviera ocupada reiteradamente desde el Bronce hasta época medieval, con importantes asentamientos de la Edad del Hierro (*vid. infra*, Cap. IV y V).

En el Museo Provincial de Cáceres hemos encontrado depositado material cerámico característico del Bronce Final que evidencia que este sitio fue ocupado ya desde esa época. La mayor parte son cerámicas donadas por Roso de Luna, quien excavó en la plataforma mayor y mejor protegida de la cima, a 743 m. de altura, es decir, 100 menos que el pico más alto, por lo que es de suponer que provengan de allí. En su mayoría son glabos de pared ancha con la superficie alisada o cuidadosamente bruñida; algunas conservan una carena alta desde donde arrancan labios rectos, todo ello con el Núm. 509 de inventario del Museo. En otro lote diferente, recientemente donado al Museo y sin número de inventario, se localizó la mitad de un hacha plana que corresponde a la zona del filo, ligeramente acampanado, de forma parecida al tipo 9A de Monteagudo (1977, Taf. 135). Este tipo de pieza pudiera hacer pensar en ocupaciones anteriores al Bronce Final, aunque no hay que olvidar que estas formas tan sencillas perduraron hasta esa época (Fernández Manzano, 1986: 43).

10. Castillejos (Plasenzuela).

Promontorio granítico donde se situó un poblado de la Edad del Cobre reocupado durante el Bronce Final como pone de manifiesto el regatón de lanza que procedente de allí (González Cordero, 1991: 19). Sin embargo, ese autor indica que la ocupación del cerro en ese momento debió ser muy esporádica puesto que no se documentó en los sondeos abiertos ningún nivel de esa época. Hay que señalar que se conservaba en los fondos del Museo Provincial de Cáceres un regatón de lanza, fruto de una donación fuera de contexto, que procede de este yacimiento (Fig. 12, 20) que quizás sea la misma

que cita González Cordero. Su tipo es similar al de otros regatones documentados en la región (Fig. 12), cuyos mejores paralelos se encuentran en el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz Gálvez, 1995: lám. 16) y Baiões (Ferreira da Silva et alii, 1984).

11. El Risco (Sierra de Fuentes).

La Sierra del Risco se encuentra en el extremo contrario de la misma alineación montañosa donde está La Montaña y, como ella, es un punto estratégico desde el que se divisan unos 40 km. a su alrededor. Allí existe un castro del Hierro Inicial (*vid. infra* Hierro Inicial) pero la ocupación de este sitio comenzó durante el Bronce Final (Rodríguez, 1994: 113), aunque no existen datos publicados que indiquen si estuvo o no habitado de forma continuada desde entonces. De todas formas es muy interesante el que se hayan podido documentar con datos de excavación estas dos fases porque las encontramos en otros muchos yacimientos pero sólo las podíamos documentar con el material de superficie. En cualquier caso, la memoria de la excavación está aún sin publicar y las únicas referencias que tenemos es que existió un "poblamiento disperso" en la cima del cerro (Idem), sin estratigrafías que muestren una ocupación continuada desde el Bronce Final a la Edad del Hierro.

En el Museo Provincial de Cáceres está depositado un lote de materiales metálicos procedentes del Risco entre los que se encuentran numerosas piezas adscribibles a los últimos momentos del Bronce Final (Fig. 7). Destacan 4 fragmentos de "cuchillas de zapatero" o "tranchets" con filo por una de las caras, dos de ellas muy fragmentadas por lo que se desconoce su forma, otra rectangular con un orificio en la zona superior y otra con el filo acampanado y un alvéolo rectangular rebajado pero sin estar hueco; 1 puñal de hoja triangular sin lengüeta y dos perforaciones para los clavos; 1 punta de espada de lengua de carpa; 2 anillas; 1 punta de lanza fragmentada con fuerte nervio central hueco del tipo Ría de Huelva; 2 puntas de flecha triangulares con pedúnculos y aletas y otra más lanceolada cuyos mejores paralelos también se encuentran en el depósito de la Ría de Huelva; 1 cincel; 1 punzón; 2 agujas; 37 barras de bronce fragmentadas de sección rectangular y 3 colgantes amorcillados macizos. Estos materiales apuntan una cronología avanzada dentro del Bronce Final que habría que situar en los

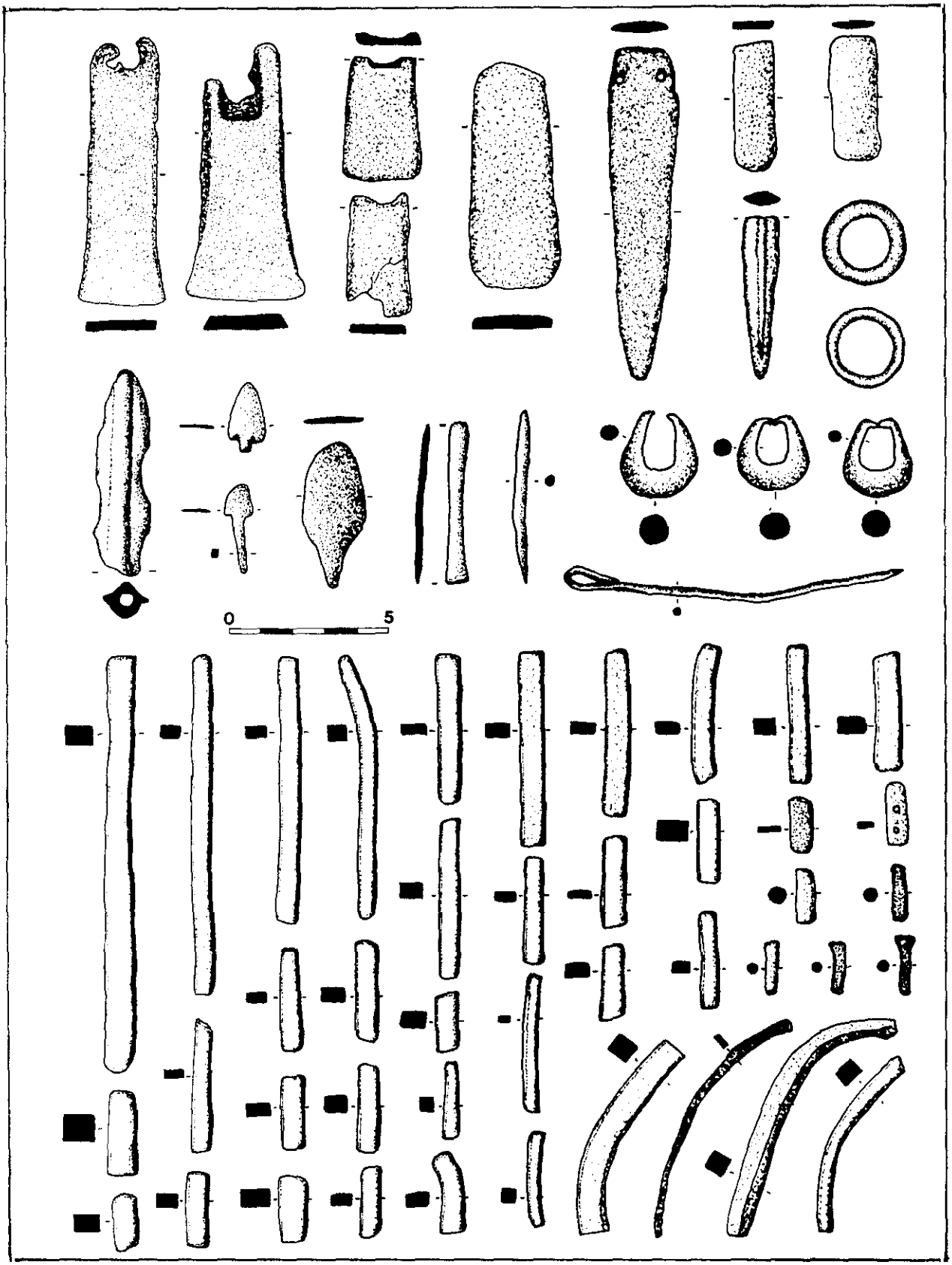


Fig. 7.- Materiales metálicos aparecidos en el Risco.

siglos IX-VIII a. C. a tenor de los paralelos con el depósito de la Ría de Huelva (Almagro, 1958; Ruiz-Gálvez, 1995). Otros materiales como los colgantes amorcillados estuvieron en uso desde el Bronce Final hasta los siglos VI-V a. C. (Gomes y Domingos, 1983: 292), pero en la mayor parte de los casos conocidos se asocian a elementos del Hierro Inicial[1].

12. La Montaña (Cáceres).

La Montaña ocupa un extremo de la Sierra de la Mosca que se caracteriza por ser un bloque residual sobreelevado con respecto a la penillanura y con la cima plana (Gómez Amelia, 1985: 212). Nunca se ha señalado la existencia de un asentamiento del Bronce Final en este lugar, pero en él apareció un escoplo característico de este período que mide 6,2 cm. de largo, es de sección cuadrangular y tiene filo recto con doble bisel (Núm. inv. del Museo 402). Por tanto, es posible que este cerro sirviera para asentar en él un poblado que aprovechara esas buenas condiciones de defensa natural y control visual sobre el entorno que le ofrece la sierra. Lamentablemente, todo este cerro está ahora ocupado por casas por lo que resulta difícil contrastar esa hipótesis.

13. Castillejo (Casar de Cáceres).

Este topónimo hace alusión al castro del Hierro Pleno situado en un meandro del río Guadiloba que lo protege por tres de los cuatro flancos (*vid. infra* Hierro Pleno). Sin embargo, el lugar debió estar ocupado con anterioridad pues entre los materiales depositados en el Museo Provincial de Cáceres procedentes del castro hay un fragmento de hacha de apéndices laterales (Núm. inv. 2522) que corresponde a la zona central del hacha pero del que no se puede indicar el tipo debido a su pequeño tamaño (Fig. 13,12). A pesar de ese indicio, no hemos localizado más evidencias de esta época quizás debido a que el abundante material cerámico de la Edad del Hierro "camufla" la ocupación

[1] Una de esas claras asociaciones es el hallazgo funerario de Lagoa, en el que aparecieron 2 pendientes amorcillados junto a 7 cuentas oculadas en blanco, 18 azules y 9 de color ámbar (L. Vasconcellos, 1919-20: 100).

anterior o bien a que el hacha fuera traida hasta aquí desde algún otro yacimiento.

14. La Muralla del Aguijón de Pantoja (Trujillo).

En este impresionante castro del Hierro Pleno situado en la desembocadura del Tamuja en el Almonte (*vid. infra* Hierro Pleno) han aparecido objetos metálicos y cerámica decorada característica del Bronce Final, algunas depositadas sin contexto en los fondos del Museo Provincial de Cáceres y otras recogidas al prospectar. Apareció una barrita de bronce (núm. inv. 2530) y un posible "tranchet" o "cuchilla de zapatero" con un extremo calado para enmangar y el otro en forma de lámina con filo ligeramente acampanado (sin núm. inv.). Se recogieron cerámicas a mano sin decorar y dos fragmentos decorados, uno con motivos incisos en forma de aspas (núm. inv. 2572) y otro con ángulos (núm. inv. 2570) (Fig. 8). Todo ello habla de un horizonte de finales de la Edad del Bronce después del cual parece ser que se abandonó este sitio hasta el Hierro Pleno.

15. Castillejo (Santiago del Campo).

Este sitio es conocido por las ruinas de un castro del Hierro Pleno situado en la orilla derecha del río Almonte, aprovechando un cerro aislado del entorno al estar rodeado por los regatos que van a desembocar al río (*vid. infra* Hierro Pleno). En la cima del castro se han excavado 12 cuadrículas (Esteban y Salas, 1988) que han proporcionado abundante material cerámico, en su mayoría de la Edad del Hierro, pero entre ellos se pueden reconocer fragmentos de cronología más antigua, especialmente algunas decoraciones de época Calcolítica (González Cordero, 1993: 253). Más difícil es reconocer cerámica del Bronce Final entre los fragmentos publicados, pero sí hemos podido documentarla entre los materiales recogidos en superficie al prospectar sobre el castro. Sin embargo, el elemento que con mayor precisión avala la ocupación de este lugar durante ese momento es un hacha de talón con una anilla lateral y filo acampanado, del tipo 33 A de Monteagudo, que procede de allí (Fig. 8,9).

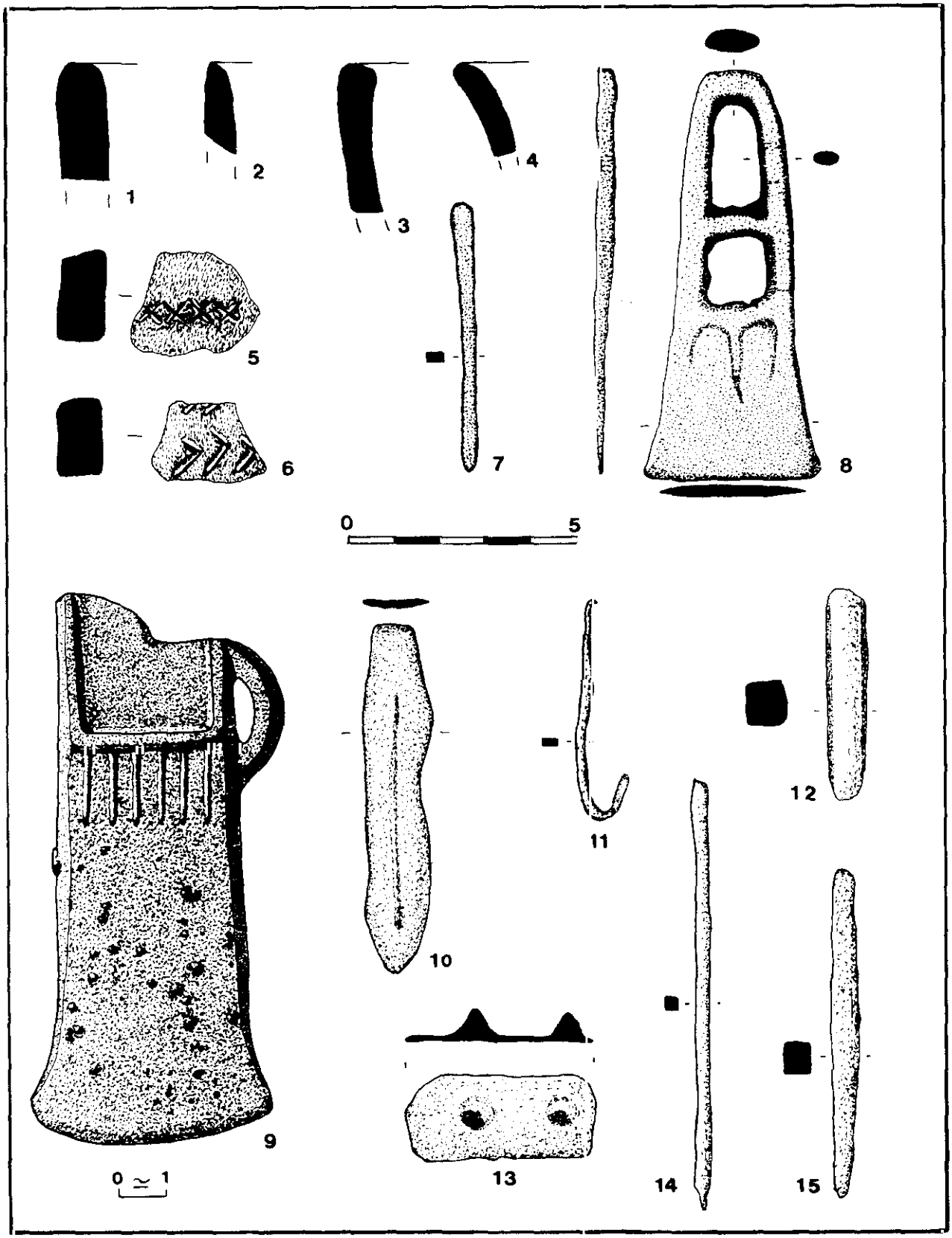


Fig. 8.- Materiales del Bronce Final aparecidos en La Muralla del Aguijón de Pantoja (1-8), el Castillejo de Santiago del Campo (9), el Castillo (Cabeza Bellosa) (10-12) y Guijo de Sta. Bárbara (13-15).

16. Castillo (Cabeza Bellosa).

Poblado situado en un cerro que forma parte de la cadena montañosa que bordea el Valle del Jerte por el Oeste; la accidentada topografía de este sitio le proporciona buena defensa al poblado, además de permitirle controlar la ruta natural que a través del valle cruza el Sistema Central y se adentra en la Meseta. En él han aparecido un puñal fragmentado (núm. inv. 2524) muy similar a otro hallado en el cerro de La Muralla, una barrita de sección rectangular de 2 mm. de anchura (núm. inv. 2530) y una barra o lingote de sección cuadrangular (núm. inv. 2531), todo ello característico del Bronce Final (Fig. 8, 10-12). Estos materiales están depositados en los fondos del Museo Provincial de Cáceres sin ninguna otra referencia a su hallazgo más que el nombre del cerro, por lo que únicamente nos sirve para señalar otro punto más de dispersión de poblados de este período.

17. Canchal del Moro (Guijo de Sta. Bárbara).

Poblado situado en las faldas del Sistema Central aprovechado la defensa natural que le proporciona este relieve de sierra. Suponemos que en ese cerro existió un poblado porque de él proceden una barrita de bronce de sección cuadrangular de 3 mm. de ancho (núm. inv. 2566), otra de 5 mm. de ancho (núm. inv. 2567) y una placa rectangular con dos remaches (núm. inv. 2568) depositados en los fondos del Museo Provincial de Cáceres (Fig. 8, 13-16). Aunque este material no es muy significativo, sí es semejante al documentado en los poblados del Bronce Final por lo que creemos necesario recoger esta información ya que con él son ya dos los poblados de esta época que conocemos sobre el reborde montañoso de la cuenca.

18. Pasto Común (Navas del Madroño).

En la parte más alta de la Sierra de Santo Domingo, a unos 8 km. de la Cabeza de Araya, existe una zona amesetada bien protegida por empinadas laderas donde se asentó un poblado durante el Bronce Final y, posteriormente, un castro del Hierro

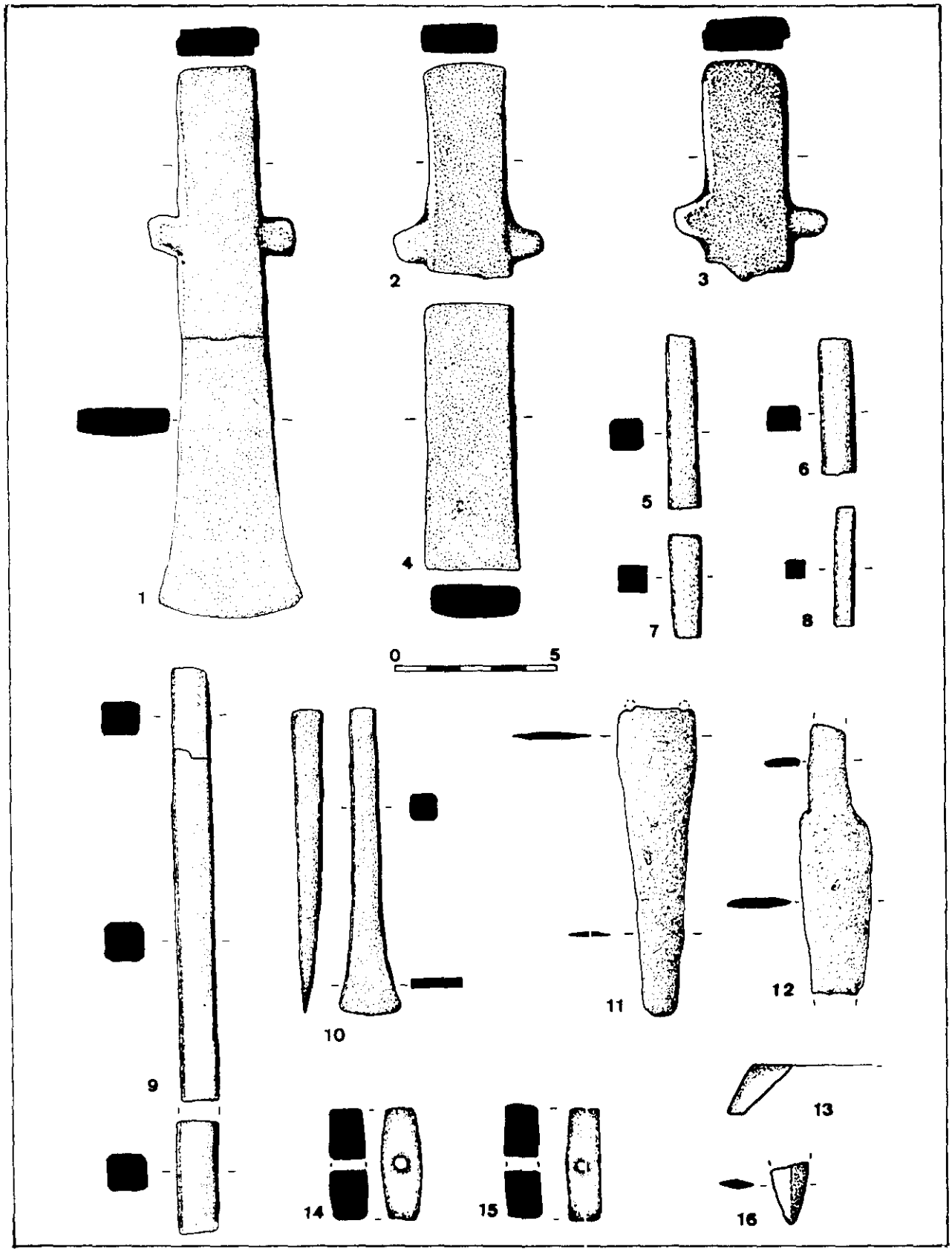


Fig. 9.- Instrumentos de bronce aparecidos en Pasto Común.

Inicial. Este sitio es uno de los puntos más altos de toda la zona y desde él se controlan visualmente unos 20 km. a la redonda (*vid. infra*, Cap. IV).

Aquí apareció un conjunto de metales que están depositados en el Museo Provincial de Cáceres (Fig. 9). Está formado por cuatro hachas de apéndices laterales (tipo 20 B de Monteagudo) partidas por la mitad, de las que sólo se conserva completa una de ellas, 1 hoja partida de un puñal posiblemente con dos perforaciones superiores para los remanches, otro puñal partido que conserva la lengüeta rectangular sin perforaciones, 7 fragmentos de barritas de bronce de sección cuadrangular, 1 cincel con el filo ligeramente acampanado y 2 piezas rectangulares de sección circular con una perforación en el centro, aunque por la información recogida no parece que formaran parte de un depósito. La prospección confirmó la ocupación de este sitio durante el Bronce Final porque aparecieron en superficie algunas cerámicas bruñidas características de ese período, aunque ninguno de los fragmentos recuperados tiene forma significativa, lo que impide conocer los tipos de recipientes a los que pertenecieron.

19. Cabeza de Araya (Navas del Madroño).

Es un cerro redondeado de pendientes no muy abruptas a pesar de que alcanza los 521 m. Está situado junto a la falla de Plasencia a su paso por Araya y desde él se dominan los llanos de Brozas y la penillanura cacereña hasta la Sierra de S. Pedro. Toda la superficie está cubierta de afloramientos graníticos que dejan pequeños rellanos libres. Hay que destacar que la cima no es homogénea debido a que entre los picos más altos existe una zona deprimida que es donde se concentra mayor cantidad de material arqueológico, quizás por ser la más protegida. No se han observado ningún tipo de construcciones defensivas.

Junto a uno de los afloramientos apareció el depósito publicado por Almagro (1961), al parecer sacado a la luz por unos conejos que había abierto allí sus madrigueras. En nuestras visitas al yacimiento tuvimos ocasión de observar que normalmente junto a los afloramientos se concentraba el material cerámico, incluso encontramos una punta de flecha foliácea y sin aletas junto a uno de ellos. Aunque no se han excavado se puede intuir que estas concentraciones se deben a que las viviendas

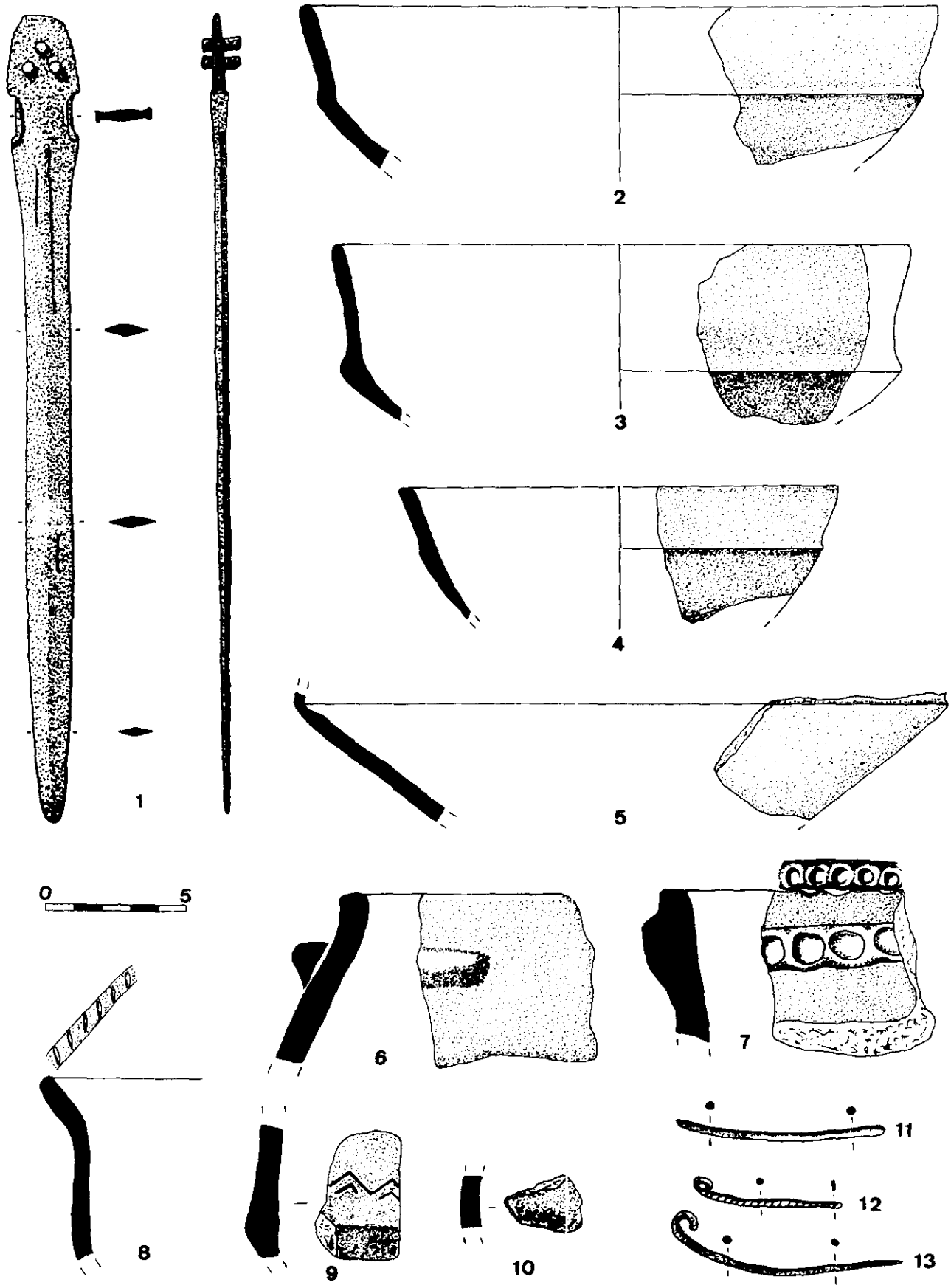


Fig. 10.- Puñal de tres remaches, cerámicas y agujas procedentes de La Cabeza de Araya.

se construyeron apoyadas sobre ellos, único modo de aprovechar el espacio disponible.

El material recogido en superficie está compuesto por cerámicas a mano, ricas en desgrasantes y de tonos negruzcos, algunas con las superficies bruñidas. Pero las más significativas son un lote recogido en el Museo Provincial de Cáceres en el que aparecen cuencos de pronunciadas carenas medias y ollas globulares (Fig. 10). Los motivos que las decoran son:

- digitaciones o ungulaciones sobre el borde o en cordones junto a él;
- motivos incisos que dibujan aspas o zigzag dobles);
- mamelones cerca del borde.

El material metálico es, sin embargo, el que mejor información cronológica aporta. Destaca el conocido depósito de objetos de bronce, con alguna pequeña pieza de oro, formado por 8 puntas de lanza foliáceas de tubo corto, 5 regatones de tipo Huelva, 1 sierra, 1 empuñadura calada de espada, 3 puntas de flecha foliáceas y sin aletas, 8 botones cónicos con una trabilla inferior, 12 aros de bronce, 3 cuentas y otras pequeñas piezas como vástagos, remaches, agujas y dos piezas de difícil adscripción que Almagro considera broches de cinturón (Almagro, 1961; Almagro-Gorbea, 1977: 63 ss.; Ruiz-Gálvez, 1984: 44,45). Su cronología se situaría hacia mediados o finales del s. IX a. C. pues la piezas son de tipos que se consideran contemporáneos o ligeramente posteriores al depósito de la Ría de Huelva. Además de estos materiales, en el Museo Provincial de Cáceres se han depositado con posterioridad al hallazgo del depósito, 3 agujas, dos de ellas posiblemente de fíbulas y un puñal de lengüeta redondeada con tres remaches en triángulo separada de la hoja por unos ricassos, de tipo Porto de Mos (Fig. 10,1).

20. La Muralla (Alcántara).

Este poblado se encuentra sobre una amplia meseta situada en la margen izquierda del río Tajo, en un espigón que origina la desembocadura del Arroyo de Vacas. Tiene fácil acceso desde el lado Sur, pero está protegida por los riberos del Tajo en el resto de los flancos; desde allí se controla una zona donde el río se ensancha y es más fácil cruzarlo. En este lugar existe un castro ocupado durante el Hierro Inicial (*vid. infra*, Cap. IV) pero también proceden de allí un importante conjunto de metales del Bronce

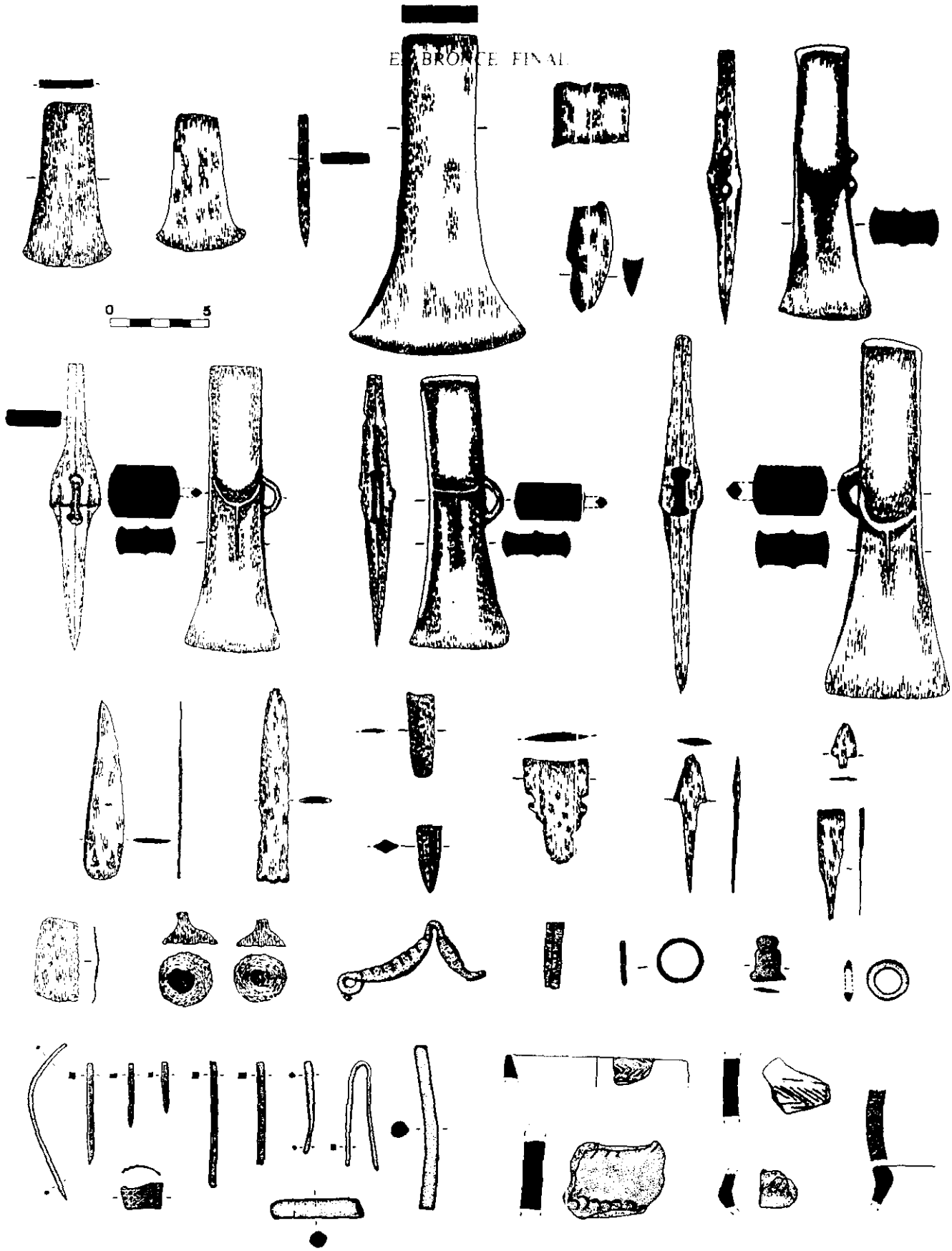


Fig. 11.- Elementos metálicos y cerámicas típicos del Bronce Final del yacimiento de La Muralla (Alcántara) (1-13, según Esteban, 1988).

Final fuera de contexto, al parecer extraído de diferentes puntos del poblado (Esteban, 1988: 266). Los metales y las cerámicas halladas en superficie demuestran que este sitio estuvo ocupado al menos desde finales del segundo milenio, sin que podamos saber si existió o no continuidad desde entonces hasta la Edad del Hierro.

El conjunto de metales lo componen 3 hachas planas de los tipo 11 A y C de Monteagudo (1977), 3 hachas de talón y una anilla lateral del tipo 30 D y 1 más del tipo 31 C de Monteagudo (1977), 2 puñales de hoja triangular y perforaciones en la parte superior para los remaches, otro puñal partido del que se desconoce la forma, 1 fragmento de espada, 1 punta de lanza, 2 puntas de flechas con pedúnculo y aletas y otra lanceolada, 1 sierra, 2 botones cónicos con trabilla inferior, 1 fíbula de codo asimétrica con el puente decorado con incisiones paralelas, 1 aro de oro y una laminilla enrollada del mismo metal (Esteban, 1988) (Fig. 11). También de este momento es un lote de 3 pequeños punzones de sección cuadrangular, barritas de sección cuadrangular y agujas de bronce depositados en el Museo Provincial de Cáceres con posterioridad al hallazgo principal. Los materiales más antiguos se remontarían a las últimas décadas del segundo milenio a. C. pero otras como los botones pueden fecharse a fines del siglo IX o durante el VIII a. C.

La prospección proporcionó abundante material cerámico de esta época caracterizado por las pastas negruzcas de buena calidad, muchas de ellas con las paredes bruñidas. La única forma documentada es un cuenco de carena alta. Las decoraciones son motivos incisos dibujando aspas, líneas oblicuas o espinas de pez; en algún caso se documentan unas impresiones que parecen hechas con caña y en los bordes aparecen ungulaciones (Fig. 11).

21. Castillejo (Villa del Rey).

Sobre un pequeño promontorio en la orilla izquierda del río Jartín con escasa defensa natural se sitúa un castro del Hierro Pleno (*vid. infra* Hierro Pleno) en el que se localizó el fragmento posterior de un regatón de lanza del tipo Ría de Huelva (Fig. 12,19). Aunque no contamos con más evidencias de ese período, sí es cierto que en superficie aparecían algunas cerámicas a mano de tonos negruzcos que son de cronología

anterior a la Edad del Hierro, por lo que parece probable que allí existiera un asentamiento del Bronce Final del que hasta el momento no conocemos más que esa pieza metálica.

22. El Cofre (Valencia de Alcántara).

Cerro de perfil cónico elevado unos 100 m. sobre la penillanura y envuelto por la rivera de Aurela; el sitio tiene buena defensa natural por todos sus flancos, aunque el acceso no es demasiado difícil y desde él se divisan entre 10 y 20 km. a su alrededor. En este lugar se ubicó un castro del Hierro Pleno al que sin duda se debe el nombre del cerro (*vid. infra*, Cap. IV), pero entre el material recogido en superficie aparecieron fragmentos cerámicos a mano de colores obscuros, de buena calidad y algunos con un excelente bruñido que proporcionaba un color negro brillante a las cerámicas. Aunque este grupo no fue muy numeroso, las formas y las características de estas vasijas señalan que el sitio estuvo ocupado durante el Bronce Final. Por último, hay que señalar que la ladera de este cerro y en sus inmediaciones aparecieron las tres estelas del Suroeste conocidas como de Valencia de Alcántara (Almagro, 1966: 110 ss.). En cambio, no parece que volviera a reocuparse hasta el Hierro Pleno, pues hasta el momento no han aparecido indicios de ocupación del Hierro Inicial.

23. Virgen de la Cabeza (Valencia de Alcántara).

Cerro situado sobre la Ermita de la Virgen de la Cabeza ocupando uno de los picos más altos de la comarca que reúne unas excelentes defensas naturales y buena posición para controlar un amplísimo territorio a su alrededor. En este sitio se asentó un castro del Hierro Inicial (*vid. infra* Hierro Inicial) pero la primera ocupación del cerro se remonta a finales de la Edad del Bronce a juzgar por los materiales encontrados en los fondos del Museo Provincial de Cáceres que proceden de aquí. El lote está formado por un regatón de lanza de tipo Ría de Huelva, quizás con el enmangue más corto, lo que los aproximaría a los de Cabeza de Araya (Fig. 12,1); dos fragmentos de láminas de bronce que parecen corresponder a la hoja de cuchillos o puñalitos (Fig. 12, 2-3); la

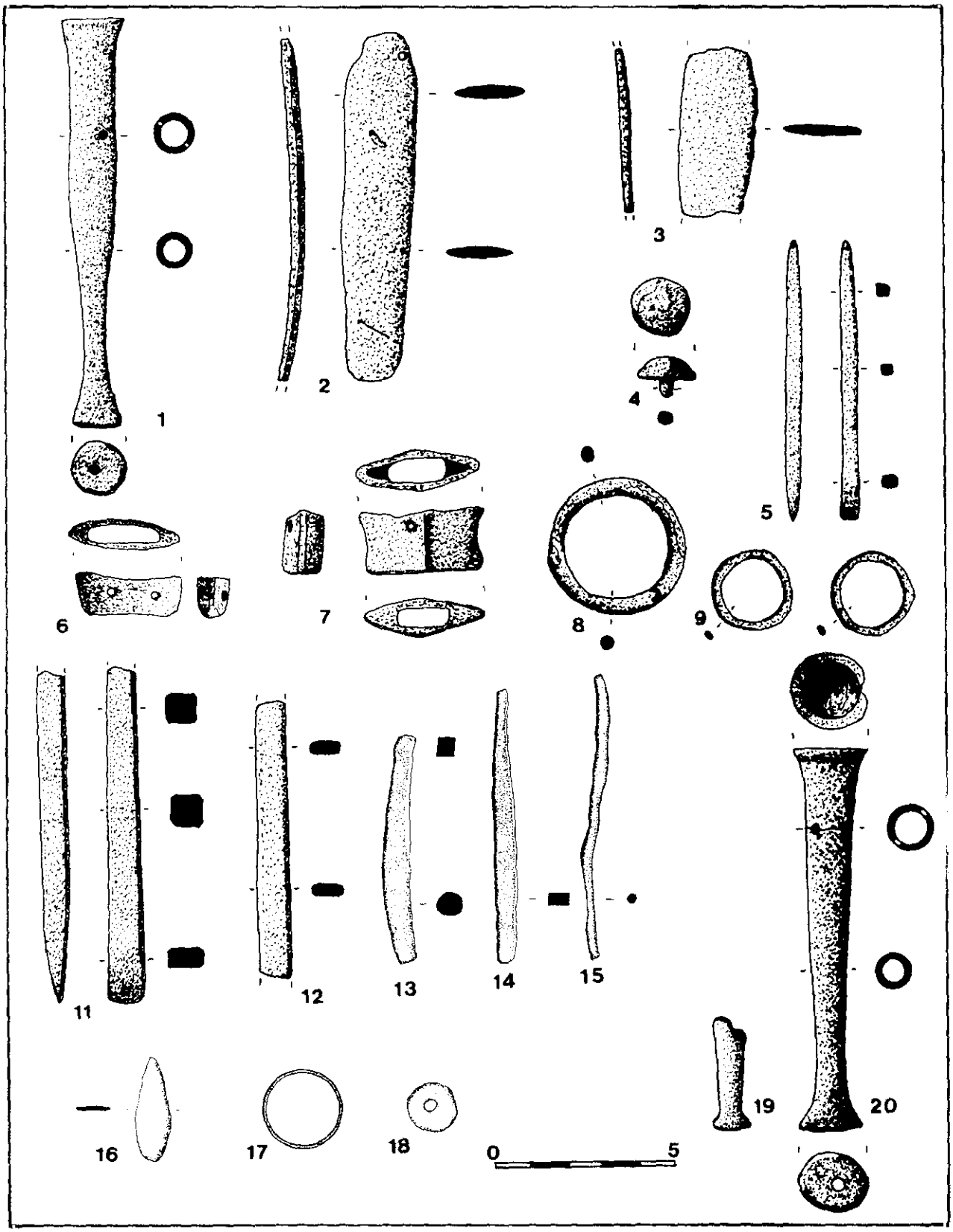


Fig. 12.- Diversos hallazgos metálicos de los yacimientos de Sta. María de la Cabeza (1-10), La Cabeza del Buey (11-18), Castillejo de Villa del Rey (19) y Castillejos de Plasenzuela (20).

cabeza de un remache (Fig. 12,4); un punzón biapuntado (Fig. 12,5); dos conteras de forma rectangular y sección losángica, una con dos perforaciones y otra con cuatro (Fig. 12, 6-7), semejantes a las encontradas en los poblados del Bronce Final excavados por Vilaça (1995: 337) y tres argollas de sección circular (Fig. 12, 8-10).

Otro interesante hallazgo ha sido un fragmento informe de bronce que según el análisis realizado por el Dr. Rovira[2] es un nódulo que se formaría al fabricar una torta de ese metal, lo cual indica que el proceso de fabricación se llevaría acabo en el yacimiento. No sabemos si ello se produciría ya en los últimos momentos del Bronce Final o en la época en que este sitio se convierte en un castro, porque en esta segunda fase sí está atestigüado que se realizaron en el poblado trabajos de fundición, aunque relacionados con el hierro.

24. La Cabeza del Buey (Santiago de Alcántara).

Con este nombre llaman los habitantes de Santiago al enorme crestón cuarcítico que se encuentra junto al pueblo, un bloque elevado que forma parte de la Sierra de Santiago. En la cima existe un castro del Hierro Inicial (*vid. infra*, Cap. IV) pero entre los materiales que proceden de allí existe un lote de 3 barras o lingotes de sección cuadrangular, una barrita de sección circular, un escoplo, una anilla y una punta de flecha lanceolada (Museo de Cáceres sin núm. de inv.) (Fig. 12, 11-18) que remiten al Bronce Final, por lo que hay que suponer que la primera ocupación del cerro se remonta a esa época. La cerámica de superficie está hecha toda a mano y, salvo algunos fragmentos decorados que son característicos del Hierro Inicial, el resto son difíciles de adscribir a un momento u otro, pudiendo ser de una fase de transición del Bronce al Hierro.

---

[2] Agradecemos al Dr. S. Rovira la gentileza de haber estudiado éste y otros materiales para incluir sus resultados en nuestra Tesis.

25. São Martinho (Castelo Branco, Portugal).

El cerro de S. Martinho es una elevación cónica que destaca sobre la gran llanura de Castelo Branco al ser el único punto alto de la zona. Es una especie de atalaya natural desde donde se puede divisar un amplísimo espacio a su alrededor debido a que no existe ninguna barrera hasta donde la vista alcanza a ver. Por eso es lógico que en este enclave aparezcan hallazgos de diversas épocas, entre ellos algunos atribuidos al Bronce Final, aunque nada se sabe de las características del poblado salvo las alusiones escuetas de Mendes Pinto (1987) en las que hace alusión a dos campañas de excavaciones realizadas en este sitio durante las cuales se documentó una ocupación de Bronce Final/Hierro Inicial (1987: 20). Es interesante añadir que en sus inmediaciones aparecieron tres estelas decoradas del Suroeste (Almagro, 1966: 32 ss.).

26. Alegrios (Idanha-a-Nova, Portugal).

Poblado situado sobre las estribaciones más occidentales del Sistema Central, ocupando un monte-isla granítico que emerge sobre la penillanura de CasteloBranco, recientemente excavado por R. Vilaça (1991, 1992 y 1995: 164 ss.). El lugar reúne unas extraordinarias condiciones de defensa natural y buen control visual sobre el territorio que lo rodea, ocupando el poblado la parte más alta del monte.

La superficie donde se instaló el asentamiento presenta abundantes afloramientos graníticos; entre algunos de ellos se formó un abrigo que fue ocupado como lugar de habitación, que se acondicionó preparando la zona de entrada con un empedrado. En el resto de la superficie del poblado se han documentado varios hogares, uno de los cuales estaba dentro de un círculo formado por cuatro agujeros de poste que delimitan la planta de una cabaña de forma aproximadamente oval (Vilça, 1991: 145 y ss.). Es interesante anotar que en uno de los extremos del poblado se construyó un muro que lo delimita por el extremo más desprotegido; aunque no es una construcción propiamente defensiva sí puede tenerse en cuenta a la hora de buscar los primeros indicios de delimitación artificial de los poblados.

El material recuperado durante las excavaciones muestra que el poblado se ocupó

durante el Bronce Final, aunque volvió a reocuparse durante el Hierro Inicial porque se ha encontrado una fíbula de codo pero de resorte bilateral que la autora fecha a inicios del s. VII a. C. (Vilaça, 1995: 342) a pesar de que sólo aparezcan materiales descontextualizados de esa fasa (Idem). La inmensa mayoría de la cerámica recuperada durante la excavación se adscribe al Bronce Final, agrupándose en dos categorías: la de aspecto tosco, a la que corresponden grandes vasijas de almacenaje y ollitas de tamaño mediano, y la cerámica fina, entre la que destacan los cuencos carenados y recipientes de cuello alto con carena en la panza. Esta cerámica fina presenta decoraciones de tipo "Lapa do Fumo", retículas bruñidas y decoración incisa postcocción de tipo "Boioes-S. Lucía" (Vilaça, 1991: 148; 1995: 200 ss.). Entre los fragmentos de metales recuperados destacan dos puntas de flecha de pedúnculo y aletas, un escoplo y una contera de tipo naviforme.

27. Moreirinha (Idanha-a-Nova, Portugal).

Este poblado se sitúa a tan sólo 1.5 km. del anterior y en un emplazamiento de características muy similares, sobre la misma cadena montañosa que le garantiza unas excelentes condiciones de defensa natural y visibilidad sobre el entorno (Vilaça, 1992: 9; 1995: 211). Sin embargo destaca el hecho de que este asentamiento corresponda a la fase de transición entre el Bronce Final y el Hierro Inicial, momento de sumo interés que hasta el momento no se había podido documentar en ningún poblado con datos de excavación.

Se han documentado varios hogares, uno asociado a un empedrado; no ha sido posible conocer la planta exacta de las viviendas aunque si se ha constatado que los materiales aparecen dispersos por un área de tendencia semicircular de unos 2 m. (Vilaça, 1992:16; 1995:230) lo que pone de relieve la escasa consistencia de las paredes de las viviendas, para las que ni siquiera se abrieron agujeros de postes. En cambio sí se observa un cuidado especial en acondicionar los interiores, incluso en una de ellas se preparó un suelo de cantos para rellenar el desnivel que existía entre los afloramientos (Idem). Dispersos por las diferentes zonas de hábitat y siempre en los alrededores de los hogares aparecieron los fragmentos de huesos de animales, de cerámicas y metales, entre

ellos 23 argollas, 10 varillas de sección rectangular, escoplos, varios fragmentos de brazaletes, un puñal con lengüeta trapezoidal y una perforación y fragmentos de un molde de fundición de un hacha. Pero lo que más nos interesa destacar es que ya son habituales los objetos de hierro, entre ellos un posible puñal y una sierra, datados por la autora hacia el siglo X-IX a. C. en fechas no calibradas (Vilaça, 1995: 349)

28. Monte do Frade (Penamacor, Portugal).

Este poblado se encuentra a unos 7 km. de los dos anteriores y está situado también sobre uno de los puntos más altos de la zona. En él se han excavado varias zonas datadas durante el Bronce Final, salvo un pequeño sector habitado en el Calcolítico (Vilaça, 1995:151). Han salido a la luz varios hogares y espacios empedrados, pero las evidencias de las cabañas son muy escasas y tan sólo en un caso han aparecido dos agujeros de poste que delimitan un espacio circular o elíptico que mediría 1.20 x 2 m. (Vilaça, 1995: 259). Las zonas de habitación están colocadas en los espacios libres entre los afloramientos; en una de ellas aparecía un pequeño espacio excavado en la roca a modo de "silo". Los restos mejor conservados son los hogares de arcilla de forma circular y delimitados por piedras. Junto a los hogares se concentraba la mayoría del material arqueológico, formado por cerámicas, desechos de animales, piezas de telar y objetos metálicos, destacando una "cuchilla de zapatero" o "tranchet", una pinza, un brazalete de bronce abierto y un puñal de lengüeta trapezoidal con perforación central (Vilaça, 1992: 11 y 13; 1995: 153).

La autora señala que existieron dos momentos de ocupación diferentes, ambos enmarcados en el Bronce Final; uno primero muy corto y otro posterior más duradero en el que es posible advertir un crecimiento de la población, un mejor dominio de las técnicas metalúrgicas y una mayor inversión de esfuerzo en la construcción de las viviendas (Vilaça, 1995: 153). Lo interesante es que dentro del mismo horizonte cultural se hayan podido documentar varios momentos porque indica que el lugar no fue ocupado de forma permanente sino en momentos sucesivos, cada vez con mayor duración.

III.3.- PATRONES DE ASENTAMIENTO EN LA CUENCA DEL TAJO.

Una buena parte de los poblados ocupados durante el Bronce Final se sitúan sobre sierras o, en su defecto, elevaciones destacadas dentro de su entorno. Son lugares estratégicos y de extraordinario carácter defensivo al estar protegidos por empinadas laderas que en algunos casos convierten el acceso al poblado en tarea francamente difícil. De hecho, muchos están sobre los crestones cuarcíticos más altos de la región, aunque en otros casos también se ocuparon relieves graníticos menos agrestes como la Cabeza de Araya, Pasto Común o Virgen de la Cabeza. Tienen la ventaja adicional de disfrutar de un excelente control visual sobre el territorio que los rodea o sobre zonas por donde se cruzan ríos o montañas. De los 26 poblados del Bronce Final conocidos, incluyendo las cuevas, 15 reúnen esas características, es decir, un 58 % del total.

Si hacemos un breve repaso de los emplazamientos elegidos veremos que el poblado de Valcorchero se sitúa sobre una elevación desde donde se controla el valle del Jerte y la importante ruta de comunicación natural que posteriormente se convertirá en una vía romana que hoy denominamos Vía de la Plata; un poco más al Norte está el Castillo de Cabeza Bellosa y el Canchal del Moro de Guijo de Sta. Bárbara, ambos sobre las últimas estribaciones del Sistema Central. La Cabeza de Araya es una serrezuela que se eleva entre los llanos de Brozas y la llanura cacereña. En la sierra de Santo Domingo, en el extremo del mismo batolito anterior, se asentó otro poblado en el cerro de Pasto Común, enclave desde donde se domina el curso del río Araya y el vado de Alconétar al fondo. La sierra de Cáceres es una elevación cuarcítica que, aunque no supera los 600 m. de cota, se recorta de forma destacada sobre la penillanura que la rodea, por lo que el pico de la Montaña y el del Risco, cada uno en un extremo de la sierra, se divisan y son divisados desde muchos km. a la redonda. El cerro de la Virgen de la Cabeza o el de la Cabeza del Buey también son poblados en montes abruptos elevados sobre su entorno. El Castillejo de Salvatierra de Santiago y S. Cristóbal de Logrosán son montes-isla de empinadas laderas fácilmente reconocibles desde bastante distancia. Esta misma característica define a los poblados de Alegrios, Monte do Frade y Moreirnha, enclavados en los relieves más destacados de su zona y en los que se ocuparon las plataformas más elevadas independientemente de que existieron otras más adecuadas

para el asentamiento a cotas inferiores (Vilaça, 1992: 9). El poblado de Sao Martinho (Castelo Branco) es otro buen ejemplo de monte-isla destacado sobre la llanura.

Un modelo diferente se observa en aquellos poblados situados en promontorios junto a los ríos, con buenas defensas naturales pero sin destacar sobre su entorno, muy distintos de los hasta ahora documentados en sierras. Es el caso de los yacimientos de Castillejo de Santiago del Campo, del Casar de Cáceres, de Villa del Rey, el Aguijón de Pantoja, La Muralla y Los Castillejos de Plasenzuela aunque se ocupara muy esporádicamente. En la mayoría de ellos los materiales o las estructuras de la Edad del Hierro dificultan notablemente el reconocimiento de la ocupación del Bronce Final puesta de manifiesto por los objetos metálicos. Sin embargo, estos metales señalan claramente que estuvieron ocupados en esa época, lo que nos ha permitido constatar la convivencia de los dos patrones de asentamiento, aunque éste último tan sólo representa un 25 % sobre el total de los poblados conocidos.

Sin encajar en uno ni en otro grupo encontramos el yacimiento de Cachouça situado en un promontorio de fácil acceso documentado en el área portuguesa (Vilaça, 1990; 1995: 408) y el del Cofre, quizás con ocupaciones más cortas que los poblados mejor defendidos y entre los que pudo existir alguna relación de dependencia, pero esto es mera conjetura hasta que no se documenten muchos más.

Por último habría que mencionar la ocupación de las cuevas, aunque ya hemos indicado que en algunas no son más que abrigos que están dentro de los poblado como sucede con la de Boquique en Valcorchero y la de Alegrios. Otras, como Maltravieso, el Conejar o la Era, son las únicas evidencias que se conocen de asentamientos en la llanura, pues no se ha documentado hasta el momento ningún poblado al aire libre ni en la zona extremeña ni en la Beira portuguesa, donde Vilaça insiste en el total desconocimiento de hábitats en llano después de haber estudiado esa zona (Vilaça, 1995: 410). Sin embargo, hasta que no se hayan realizado suficientes trabajos de prospección de cobertura total no se puede rechazar la idea de que existieran granjas dispersas por la llanura conviviendo con los hábitat de altura, tal y como se han podido documentar en otras zonas europeas intensamente prospectadas y excavadas (Brun y Pion, 1992: 121)

Lo dicho nos lleva a reflexionar y ser cautos a la hora de establecer los patrones de asentamiento de cualquier época, porque es evidente que no existe un modelo único.

Sí es cierto que analizando todo el conjunto se pueden conocer las preferencias de cada época, que en el Bronce Final se inclinan por los yacimientos en sierras que divisan y son divisados desde muchos km. a la redonda (58 %) y en menor media los cerros junto a los ríos (25 %), pero sin olvidar que no existen modelos estandarizados debido a que el comportamiento de los grupos humanos no se rige por pautas fijas.

III.4.-LA OCUPACION DEL TERRITORIO EN LAS ZONAS COLINDANTES.

Al Norte de Gredos, en las provincias de Avila y Salamanca, se van conocidendo cada vez con más detalle estos momentos finales de la Edad del Bronce, tradicionalmente atribuidos a la llamada Cultura de Cogotas I (Delibes y Romero, 1991-92: 236; Delibes, 1995: 63 ss.). En pocos yacimientos han sido localizados niveles procedentes de excavación, entre ellos El Berrueco (Maluquer, 1958a), Sanchorreja (Maluquer, 1958) o Las Cogotas (Cabré, 1930) y más recientemente en Ledesma (Benet et alii, 1991: 130), donde se superponen las cabañas del Soto I a los niveles de Bronce Final; de otros yacimientos proceden materiales aislados como en el Raso (Fernández, 1986). Tanto El Berrueco, Las Cogotas como Sanchorreja son emplazamientos en alto con buenas defensas naturales; sin embargo, en los últimos años se están conociendo asentamientos en terrenos llanos como los de Arévalo, Magazos, Mingorría o Cordovilla (Delibes, 1995: 80), que han sido interpretados como "ocupaciones estacionales", dependientes de los hábitats de alturas y dedicadas a la explotación de las tierras más productivas (Idem).

Se ha señalado que las mismas características que definen al "territorio nuclear" de Cogotas I se mantienen hasta la línea del Tajo (Delibes y Romero, 1992-92: 236), pero habría que matizar que tal afirmación sólo es extensible a la zona central de la Meseta (Blasco, 1992: 286) y no a la cuenca extremeña del Tajo porque en realidad al Sur de Gredos a penas se conocen elementos característicos de esa cultura y, además, están muy mezclados con los influjos que llegan desde el Sur, por lo que parece lógico pensar que de esta confluencia debieron surgir grupos diferentes a los meseteños.

En el centro de Portugal, las tierras entre el Duero y el Tajo se conocen bastante bien gracias al Programa de Estudio Arqueológico da Bacia do Medio e Alto Mondego, dirigido por J.C. Senna-Martínez. Yacimientos como N. Sra. da Guia, Baioes (Kalb, 1978), Santa Luzia (Silva et alii, 1985), Cabeza do Castro de S. Romão, Buraco da Moura de S. Romão o el de S. Cosme (Senna-Martínez, 1993) nunca superan las dos hectáreas (Ferreira Silva y Varela Gomes, 1992; Senna-Martínez: 1994, Cuadro 1) y ocupan lugares estratégicos situados en cerros desde donde se divisan las cuencas fluviales y principales zonas de paso (Senna-Martínez, 1994: 217). Este autor señala la existencia de una red de poblados situados en sierras, en cerros destacados o promontorios junto a los ríos desde donde controlan un amplio "territorio" delimitado por accidentes naturales (Ibidem); estos poblados se sitúan en lugares con buenas defensas naturales y buena visibilidad sobre el entorno siguiendo un modelo de distribución espacial similar al que se documenta en la cuenca del Tajo, y complementan su defensa construyendo muros de piedra unidas en seco (Senna-Martínez, 1992: 9).

En la cuenca del Guadiana, en cambio, se observa un modelo diferente de ocupación del espacio. Junto a los poblados situados en cerros de fácil defensa como el de S. Cristóbal (Badajoz), la alcazaba de Badajoz, castillo de Alange (Pavón, 1991-92 y 1995a), cerro de Nogales, cerro de la Oliva (Oliva de Mérida) (Enríquez, 1990:75) y castillo de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977) existen poblados de llanura cerca de algún curso de agua como son los de Sta. Engracia (Badajoz), Atalaya de Zarza (Palomas), los Corvos (Villagonazalo) y Sagrajas (Enríquez y Jiménez, 1989; Enríquez, 1990: 75), en los que destaca su especial interés por asentarse junto a las principales zonas de paso de la cuenca, controlando los vados. En estos poblados hay un alto porcentaje de materiales característicos de la órbita cultural del Bronce Final tartésico, materiales que son mucho más raros en la cuenca del Tajo. La diversificación del patrón de asentamiento y la ocupación de las llanuras podría ser fruto, por tanto, de esa mayor relación de la cuenca del Guadiana con el foco andaluz, como ya ha señalado algún autor (Enríquez, 1990: 77) que con el tiempo se irá reforzando.

III.5.- ORGANIZACION INTERNA DE LOS POBLADOS.

Si no resulta fácil establecer el modelo general de asentamiento, menos aún señalar cómo fueron las viviendas y su distribución dentro del poblado, sobre todo porque de la mayoría sólo conocemos las piezas fuera de contexto.

Las excavaciones realizadas en algunos de ellos han sacado a la luz los agujeros de postes que formarían la estructura de las cabañas, para las que se utilizó madera (de roble en algún caso), ramajes y barro (Vilaça, 1995 259 ss.). Fueron cabañas de poca entidad que apenas dejan huella en el registro arqueológico. En la mayoría de los poblados excavados las evidencias de las cabañas son tan escasas que no permiten reconstruir su forma, señalando la autora de la excavación que lo único destacado es su "simplicidad, modestia y rusticidad" (Vilaça, 1995: 262). Dentro de este panorama tan parco en información destaca la cabaña documentada en Alegrios que dibuja una planta oval de un diámetro aproximado de 3,60 m.. (Vilaça, 1991: 146; 1995: 260). En el poblado de Moreirinha se utilizó, en cambio, un murete construido alineando piedras que conforman una planta ligeramente elíptica (Vilaça, 1992: 11). En Monte do Frade los dos agujeros de poste excavados parecen delimitar un espacio de tendencia circular de 2,20 x 2 m. (Vilaça, 1995: 259). De todas formas también parece que se construyeron algunas estructuras con muretes de piedras que tuvieron una planta angulosa, como la excavada en Moreirinha (Vilaça, 1995: 261), que no debió ser un caso único pues en el cercano yacimiento del Berrueco también se documentaron viviendas con planta rectangular (Maluquer, 1958: 46 ss.)

Las cabañas de las sierra del Risco serían igual de frágiles que la mayoría de las documentadas en la Beira portuguesa, por lo que sólo han dejado en el registro arqueológico huellas de que existió una ocupación dispersa (Rodríguez, 1994: 113). Esa misma razón explica que no se han podido documentar evidencias de este período en las excavaciones de los Castillejos (Plasenzuela) a pesar de que su autor recogió algún material atribuido al Bronce Final (González Cordero, 1991). Del resto de los poblados no conocemos nada de las viviendas porque no han sido excavados.

Sí es interesante que se haya constatado durante la excavación de Alegrios que los afloramientos rocosos se aprovecharan como paredes para las cabañas, porque esta

hipótesis se había intuído en otros poblados no excavados de la zona, como Cabezo de Araya (Almagro, 1961) o Valcorchero (Almagro-Gorbea, 1977: 82), pero estaba sin confirmar. En otros muchos debió suceder lo mismo, puesto que la mayoría de los lugares escogidos para asentarse presentan grandes afloramientos rocosos que impiden una distribución homogéneas de las cabañas; construir las viviendas apoyadas sobre las rocas permite un mejor aprovechamiento del espacio disponible, a veces muy escaso, y ahorra esfuerzos en la construcción. Por tanto hay que decir que la topografía es la que está marcando las características de la distribución de las cabañas, acomodadas a los espacios que dejan las rocas.

Los hogares son de forma circular o elíptica de tamaños variados; los de mayores dimensiones alcanzan 140 x 90 cm., otros miden 85 x 90 cm. o no superan los 37 x 40 cm. y casi todos están construidos con placas de arcillas delimitadas con piedras (Vilaça, 1995: 263). Lo más importante es que en torno a ellos se acumulaban los restos de fauna y elementos metálicos, por lo que parece claro que la mayoría de las actividades domésticas se realizaron junto al fuego (Vilaça, 1992: 11 ss.), no siempre dentro de las cabañas pues en el poblado de Alegrios se constató que algunos estaban en el exterior (Vilaça, 1995: 200).

Los interiores de las cabañas se acondicionaron, a veces, con suelos empedrados que se extendían por una parte del hábitat; en algún caso su misión fue regularizar el nivel del suelo dada la abundancia de afloramientos (Villaça, 1992: 16); otras cabañas tenían un sencillo murete que podía separar espacios internos diferentes. Ello implica una mayor inversión de tiempo en la construcción de la vivienda, lo que ha sido interpretado por su excavadora como indicio de hábitats más permanentes (Vilaça, 1995: 153). Aunque este dato es insuficiente para hablar de asentamientos estables, sí estamos de acuerdo en que cuanto mayor es el esmero en la preparación de las cabañas más probable es que sus propietarios residieran en ellas durante un espacio de tiempo largo.

Nada conocemos de los hábitats en cuevas, pues en ninguna excavación realizada en ellos se han documentado estructuras salvo el empedrado de la zona de acceso a la de Alegrios. Es muy probable que la única que exista sea el hogar, que sería semejante a los utilizados en los poblados al aire libre.

En definitiva, los hábitats del Bronce Final en esta región se caracterizan por

presentar como únicas construcciones cabañas frágiles de forma aproximadamente circular que no superan los 4 m. de diámetro, a veces levantadas sobre los afloramientos rocosos o aprovechando el interior de algún abrigo. A pesar de que las escasas huellas dejadas por los postes nos llevan a imaginar unas viviendas de corto uso, la presencia de algunos suelos y muretes en el interior indican ocupaciones cada vez más estables.

III.6.- LA CULTURA MATERIAL.

- LA ORFEBRERIA.

En el área de la cuenca extremeña del Tajo han aparecido tesoros áureos en Berzocana, Valdeobispo y Monroy pero de todos se desconoce su contexto arqueológico. A pesar de ello, han sido estudiados en numerosas ocasiones por lo que remitiremos a las publicaciones de Almagro-Gorbea (1977), Perea (1991) y Pingel (1992) para los detalles técnicos de fabricación y composición de las piezas. Nos interesa en este estudio destacar, fundamentalmente, las relaciones culturales que se pueden entresacar del análisis de las piezas y su función social.

Uno de los primeros en conocerse fue el tesoro encontrado en el término municipal de **Berzocana**, dentro de un escondrijo abierto en uno de los numerosos afloramientos cuarcíticos que coronan el abrupto relieve de esta zona (Callejo y Blanco, 1960; Almagro, 1967; Almagro-Gorbea, 1977: 22; Perea, 1991: 100). Está integrado por un torques de oro macizo de sección circular ligeramente amorcillado acabado en botón que pesa 950 gr. y otro de 750 gr. de forma similar pero con los extremos abiertos; junto a ellos pudo existir un tercer torques que desapareció según se recoge en las primeras noticias sobre su hallazgo (Callejo y Blanco, 1960: 250). Los dos están decorados con motivos geométricos incisos a base de combinar rombos y triángulos, rellenos de líneas perpendiculares, retículas o espinas de pez. Aparecieron junto a una pátera de bronce de probable origen egipcio que Almagro-Gorbea fecha hacia el siglo VIII a. C. (1977:29), proporcionando un dato "ante quem". No hemos podido recuperar más información sobre

este hallazgo a pesar de que en el pueblo nos informaron de que se conocían piezas procedentes del lugar del hallazgo del tesoro, al parecer dos barras de bronce que en el pueblo llamaban "cortafríos", posiblemente escoplos, pero nos fue imposible conseguir más datos.

Muy parecido es el torques del tesoro al parecer encontrado en Valdeobispo, aunque las complicadas circunstancias del hallazgo no permiten conocer con seguridad el lugar de procedencia (Enríquez, 1991). También es de sección circular ligeramente amorcillado y rematado en botones a penas perceptibles. Su peso es de 375 gr. (Idem: 218) y está decorado con dos series de rombos rematadas en líneas transversales de donde arrancan triángulos rellenos de otros de menor tamaño y entre ambas series un sencillo motivo de líneas transversales con triángulos a los lados (Idem. fig. 1). Junto a él aparecieron cuatro brazaletes con idéntica forma a la del torques, uno de ellos con los extremos decorados con líneas paralelas y una serie de triángulos sobre ellas, que pesa 201 gr.; los otros tres pesan 198 gr., 193 gr. y 205 gr. (Idem).

En Monroy apareció otro brazalete de oro, pero tampoco se conocen las circunstancias del hallazgo. Es de forma circular y los extremos están ligeramente engrosados (Almagro, 1977: 25; Perea, 1991: 97).

Junto a estas extraordinarias piezas hay que incluir el hallazgo de pequeños fragmentos de oro en los poblados de Cabeza de Araya y La Muralla. Del primero procede una pieza fragmentada que parece corresponder a un brazalete de tipo Bodonal (Almagro-Gorbea, 1977: 59). En La Muralla se encontraron una laminilla de oro enrollada y un finísimo aro hueco de 2 cm. de diámetro (Esteban, 1988: 266).

El conjunto de torques y brazaletes hasta ahora conocido tiene forma y motivos decorativos similares y se integran en una tradición de orfebrería común a Extremadura, centro y Sur de Portugal que, a su vez, es receptora de una corriente que caracteriza a toda la fachada atlántica. De hecho los mejores paralelos para las piezas de la cuenca extremeña están en Baiões (Beira) y Sagrajas (Badajoz), pero además es importante anotar que la dispersión tanto del tipo de brazalete abierto como del torques con decoración incisa no sobrepasa el occidente de la Península, con algunos ejemplares hacia el Norte de Portugal.

La cronología de estas joyas suscita una fuerte polémica debido a que son objetos

aislados que hay que fechar por sí solos recurriendo a compararlos a otros o a establecer seriaciones tipológicas en las que ir encajando los diferentes ejemplares conocidos. Pero este sistema sólo permite establecer márgenes cronológicos muy amplios que varían según los autores como sucede con los torques de Berzocana que Almagro-Gorbea fechó entre los siglos XII-X a. C (1977:29) y Ruiz-Gálvez entre el IX-VIII a. C. (1984: 399). Los últimos estudios sobre la orfebrería de este período no hacen más que demostrar la debilidad de los argumentos utilizados para datar las piezas, pero no proponen nuevas soluciones aunque se insiste en que el período de fabricación fue corto (Perea, 1991: 137 ss.). Nosotros no hemos podido recuperar en nuestros trabajo de campo ninguna información sobre yacimientos cercanos que hubieran podido despejar alguna incógnita, porque casi todos estas joyas han aparecido en ocultaciones aislados que se habían interpretado como hallazgos fuera de contexto, pero que Ruiz-Gálvez interpreta como depósitos de marcado carácter ritual, en muchos casos vinculados con la proximidad de importantes zonas de paso (Ruiz-Gálvez, 1995: 22). La reciente publicación de otro tesoro áureo procedente del Olivar del Melcón (Badajoz) también del Bronce Final y localizado junto al Guadiana (Enríquez Navascués, 1995) añade otro hallazgo más, de joyas depositadas junto a zonas de alto valor estratégico.

Como reflexión a todo lo expuesto queremos concluir con las siguientes observaciones:

- La orfebrería que conocemos del Bronce Final en la región extremeña supone la aparición de grandes concentraciones de oro en forma de joyas, unos 1.700 gr. el tesoro de Berzocana sin contar con un posible tercer torques y 1.174 gr. el de Valdeobispo. Este fenómeno coincide con el desarrollo de un patrón de asentamiento en lugares destacados del paisaje, de muy difícil acceso y desde donde se controlan importantes zonas de paso. Por tanto, se observa que la necesidad de asentarse en lugares bien defendidos surge pareja al fenómeno de acumulación extraordinaria de riqueza.

- Al mismo tiempo que se están fabricando estas joyas están circulando numerosos objetos de bronce, en cantidades absolutamente desconocidas antes del Bronce Final, unos y otros con paralelos casi idénticos repartidos por toda la fachada atlántica. Junto a ellos aparecen otros objetos de gran valor por su rareza, como el ámbar de Moreirinha

(Vilaça, 1995: 228), todo lo cual muestra que se vive una coyuntura de espectacular enriquecimiento de las élites locales.

- Aunque tradicionalmente se ha considerado que la región extremeña era rica en oro, con su famoso *aurifer Tagus* (Estrabón, III, 3, 4), lo cierto es que tan sólo existen contadas minas de oro en la zona al Sur de la Sierra de Gata (Fig. 4,B) y algunas zonas con oro aluvial, por lo que no se puede establecer una relación causa-efecto entre yacimientos de oro y la aparición de las pesadas joyas de oro. Sin duda fueron más relevantes otro tipo de condiciones naturales que reúne la región, como la riqueza en casiterita (Fig. 4,B) o la posición de zona de bisagra entre el área meseteña y la andaluza, la zona litoral y el interior, lo que favoreció el enriquecimiento de las élites locales en un momento de intensificación de los contactos comerciales.

- No debe ser casualidad el hecho de que los tipos más parecidos a las joyas de Berzocana y Valdeobispo se encuentren en el centro de Portugal. Esta proximidad, que ya se había puesto de manifiesto al analizar el poblamiento, es interesante porque pone de relieve con qué áreas estuvo más conectada la cuenca del Tajo en este momento.

- Por último, recordemos que no se conocen poblados cerca de los lugares donde han aparecido algunos de estos tesoros, por lo que tal vez haya que buscar nuevas interpretaciones para estos escondrijos en la línea que propone Ruiz-Gálvez. Para esta autora las ocultaciones de joyas en la tierra y las armas arrojadas a las aguas son dos manifestaciones diferentes de un mismo ritual por el que se amortiza la riqueza sacándola de los circuitos de intercambio (1995: 23) y se reivindica el control sobre determinadas áreas, coincidiendo su aparición con zonas de paso o territorios fronterizos (Idem, 1988; Galán, 1993: 73). Ello no excluye que en otras ocasiones estas joyas sí aparezcan en los poblados como sucede en Sagrajas o Baioes.

- OBJETOS DE BRONCE.

Durante mucho tiempo fueron los mejores indicadores para reconocer las ocupaciones de Bronce Final y todavía hoy, a pesar de tener más datos sobre otros

elementos, continúan siendo los objetos más emblemáticos. Los aparecidos en la cuenca extremeña del Tajo y la Beira portuguesa han sido estudiados reiteradamente en las síntesis sobre la metalurgia atlántica (Coffyn, 1985; Ruiz-Gálvez, 1884) o sobre el Bronce Final en Extremadura (Almagro-Gorbea, 1977); recientemente E. Galán ha realizado una nueva aproximación desde una "perspectiva social y comercial" (Galán, 1993: 67 ss.) imprescindible telón de fondo para conocer el papel desempeñado por la región extremeña dentro de los circuitos de intercambio Norte-Sur de la fachada atlántica peninsular.

Por ello carece de interés realizar una descripción detallada de las piezas; creemos que un repaso rápido de los objetos conocidos y los que hemos podido localizar durante nuestra investigación bastará para tener presente todo el conjunto, dato necesario primero porque su dispersión complementa la información que ofrecen los poblados y, en segundo lugar, porque con ello veremos que se concentran en unas zonas determinadas. En primer lugar analizaremos las armas y a continuación el resto del utillaje.

1. ESPADAS:

- Vado de Alconétar (río Tajo, Garrovillas): espada de empuñadura maciza de sección rectangular que remata en un pomo romboidal plano; está fundida a la hoja mediante un empalme curvo con escotaduras arqueadas. La hoja es ligeramente pistiliforme y con nervio central (Almagro-Gorbea, 1977: 68; Ruiz-Gálvez, 1984: 43). La fecha de su fabricación la sitúa Almagro-Gorbea en el siglo XI a. C. y Ruiz-Gálvez señala que no existen argumentos para datarla con anterioridad o después de la Ría de Huelva (1984: 267).

- La Muralla (Alcántara): fragmento una espada decorado con líneas incisas paralelas a los bordes. Mide 3.5 cm. de anchura máxima (Esteban, 1988: 281); al llevar las incisiones en los bordes habrá que datarla entre las pistiliformes más modernas, a fines del Bronce Final II, aunque ya hemos dicho que es muy aventurado puesto que se conserva sólo un pequeño fragmento.

- Cabezo de Araya (Navas del Madroño): extremo de una empuñadura calada

(Almagro, 1961:14) que sólo conserva el remate superior del huso de perfiles paralelos. Es similar a las documentadas en la ría de Huelva, por lo que la fecha del siglo IX a. C. que se da a ese depósito sería también válida para este ejemplar.

- El Risco: fragmento de la punta de una espada de lengua de carpa; longitud conservada 5 cm.

La pieza de Alconétar se sitúa en el marco cronológico de lo que tradicionalmente se denomina Bronce Final II, momento en el que se fabricaron las espadas con hojas pistiliformes. Es la más interesante, debido además a que es la única completa, pues representa un modelo del que hasta ahora no se conocen paralelos ni en la Península ni fuera de ella; Ruiz-Gálvez la considera fabricada por artesanos locales (1984: 267) que han asimilado las tradiciones foráneas creando un modelo propio. El que apareciera en el río responde a una tradición bien documentada en toda la fachada atlántica de arrojar armas a las aguas (Ruiz Gálvez, 1982; 1984: 531; 1995: 31; Bradley, 1990) que pone de manifiesto que esta zona tan al interior (unos 200 km. de distancia a la costa) no sólo estuvo conectada con la fachada atlántica a través de los circuitos de comercio e intercambio sino que las poblaciones indígenas conocen y participan del transfondo ideológico y religioso común a toda ella.

El fragmento de La Muralla, pequeño y mal conservado, dice muy poco sobre las características del arma a la que perteneció. La empuñadura de Cabeza de Araya es bastante más significativa, pues se reconoce en ella el modelo de espada de lengua de carpa cuyos. Como sucede con otros materiales de ese depósito, hay que mirar hacia Huelva para encontrar modelos semejantes, por lo que la fecha de mediados del siglo X-IX a. C. de aquél depósito nos da una idea aproximada sobre el período de utilización de esta espada. Esa misma cronología aproximadamente tendría el ejemplar de espada de lengua de carpa del Risco.

2. PUÑALES:

- La Muralla: 2 ejemplares con hoja ligeramente triangular y dos perforaciones circulares en la parte superior para remachar la hoja a la empuñadura (Esteban, 1988:

269).

-Castillo (Cabeza Bellosa): ejemplar incompleto de lados rectos y un fino nervio central (Museo de Cáceres, núm. 2529).

-El Risco: ejemplar con la hoja triangular ligeramente redondeada en el extremo distal que lleva dos perforaciones circulares (Museo de Cáceres).

-Santa María de la Cabeza: dos fragmentos de hojas sin nervio, uno de los cuales conserva el arranque de una pequeña lengüeta (Museo de Cáceres).

-Cabezo de Araya: ejemplar casi completo al que sólo le falta la punta; tiene lengüeta redondeada con tres remaches en triángulo separada de la hoja por unos ricassos poco acentuados (Fernández, 1995: 48).

-Moreirinha: 6 fragmentos de puñales de los cuales uno corresponde a una lengüeta trapezoidal con tres remaches en triángulo y ricassos poco acentuados y el resto son fragmentos de las hojas inclasificables (Vilaça, 1995: 227).

-Monte do Frade: dos ejemplares con hoja ligeramente triangular que acaban en lengüeta trapezoidal con un orificio para el clavo de sujeción (Vilaça, 1995: 141).

Los puñales de La Muralla y el Risco son muy parecidos entre sí y se caracterizan por su hoja de forma triangular con el extremo distal redondeado con dos perforaciones para los clavos; parecido a ellos es el de Cabeza Bellosa aunque está partido y no conocemos la forma de sujeción. Esta forma es tan sencilla que se encuentra desde el Calcolítico hasta la Edad del Bronce casi sin variaciones. En cambio los puñales de la Beira portuguesa y el de Cabeza de Araya se caracterizan por tener lengüetas simples o trapezoidales con uno, dos o tres orificios para los clavos, por lo que tipológicamente hay que incluirlos en la familia de los llamados de "Puerto de Mos" (Vilaça, 1995: 335; Fernández, 1995) aunque el de Cabeza de Araya y el de Moreirinha tienen ricassos en lugar de las escotaduras laterales que suele caracterizar a los puñales Puerto de Mos. En cualquier caso, han aparecido bien en contextos de los siglos X-IX a. C. (en fechas no calibradas) o bien asociados a otros elementos característicos de esas últimas etapas por lo que tanto unos como otros coexistieron sin que se pueda atribuir a su forma más o menos simple carácter cronológico.

3. PUNTAS DE LANZA:

- Cueva de Maltravieso: es de enmangue tubular largo, con agujero para sujetarla al hastial y hoja triangular poco desarrollada (Almagro-Gorbea, 1977: 74; Ruiz-Gálvez, 1984: 242).

- Salvatierra de Santiago: ejemplar de enmangue tubular corto y hoja lanceolada con fuerte nervio central.

- Cabeza de Araya (Navas del Madroño): 8 ejemplares de enmangue tubular corto con hoja estrecha y alargada de fuerte nervio central (Almagro, 1961: 12).

- El Risco: fragmento de la punta de una lanza con enmangue tubular que se prolonga en un fuerte nervio central hueco.

- La Muralla: fragmento de la punta de una lanza con fuerte nervio central (Esteban, 1988: fig. 5)

Estas piezas resumen de forma bastante clara la evolución seguida por las puntas de lanza a lo largo del Bronce Final. Las más antiguas se caracterizan por tener tubos largos para enmangar (Fernández Manzano, 1986: 110) y hoja pequeña que irá desarrollándose y, por tanto, dejando cada vez menos parte del tubo exento, de tal modo que podemos apreciar en la de Maltravieso que el tubo sobresale de la hoja 8 cm. y en las de Cabeza de Araya tan sólo 3 cm. Siguiendo ese esquema evolutivo se ha fechado la primera a comienzo del Bronce Final I (Almagro-Gorbea, 1977: 74; Ruiz-Gálvez, 1984: 242) y esa misma fecha debe tener la de Salvatierra de Santiago, fecha que quedó bien atestiguada por el ejemplar que apareció en el depósito de Valdevimbre (León), fechado a mediados del siglo XIII a. C. (Fernández Manzano, 1986: 34). En cambio, las de Cabeza de Araya y la del Risco son similares a las que aparecen en el depósito de la Ría de Huelva, por lo que hay que situarlas hacia el siglo IX a. C. De todas formas conviene ser cautos si no se tienen más datos ya que se puede dar la circunstancia de que convivan ejemplares de uno y otro tipo en el mismo depósito como sucede en Castromocho (Palencia)(Fernández Manzano, 1986: 110).

4. REGATONES:

- Cabeza de Araya (Navas del Madroño): 5 ejemplares tubulares troncocónicos con remate en botón y una perforación en la zona del enmangue para sujetarlo al asta, cuyas medidas oscilan entre los 12,2 y 13,7 cm. (Almagro, 1961: 15).

- Castillejo de Villa del Rey: fragmento de regatón del mismo tipo que los del Cabeza de Araya, que conserva el remate en botón y el arranque del tubo (Fig. 12, 19).

- Santa María de la Cabeza: un regatón del mismo tipo que los anteriores (Museo Provincial de Cáceres, *sin número de inventario*) Mide 11,4 cm. y presenta una perforación en la base y otra en el tercio superior, para unirlo al asta (Fig. 12, 1).

- Castillejos (Plasenzuela): regatón del mismo tipo que los anteriores, más recto que el de la Virgen de la Cabeza, y por tanto, más parecido a los de Araya. Mide 10 cm. y también presenta una perforación en la base y otra en el tercio superior del cuerpo (Fig. 12, 20).

Hasta el momento sólo se conocían los regatones aparecidos en el depósito de Cabeza de Araya, pero ahora sabemos que no son raros en los poblados de la cuenca media del Tajo. Este tipo de regatón no aparece en la Meseta y, en cambio, está bien documentado en el depósito de la Ría de Huelva, donde están sus mejores paralelos, aunque los de Cabeza de Araya y Virgen de la Cabeza son más cortos por lo que Almagro los considera más modernos que los de Huelva (1961: 24). Por ello parece acertado fecharlos a finales del siglo IX a. C. o incluso comienzos del VIII a. C.

5. PUNTAS DE FLECHA:

-Cabeza de Araya (Navas del Madroño): 3 puntas con hoja lanceolada de diferentes tamaños (Almagro, 1961: 16) más 1 punta de rebordes casi rectos con pedúnculo cuadrangular y también sin aletas.

-La Muralla (Alcántara): 2 puntas con pequeña hoja triangular con aletas incipientes y pedúnculo muy desarrollado que va estrechándose desde la hoja hacia el extremo opuesto (Esteban, 1988: 289). 1 punta con los extremos casi rectos y pedúnculo cuadrangular que va estrechándose desde la hoja hacia el extremo opuesto (Esteban,

1988: 289).

-La Cabeza del Buey: 1 hoja lanceolada sin nervio, partida por la base.

-El Risco: 1 punta lanceolada cuya forma recuerda a las de tipo Palmela. 2 pequeñas puntas con hoja triangular sin aletas y pedúnculo de sección cuadrangular.

-Monte do Frade: dos puntas con hoja triangular, pedúnculo y aletas (Vilaça, 1995: 141).

-Alegrios: 2 puntas con hoja triangular, pedúnculo y aletas (Vilaça, 1995: 179).

Tres son los tipos de punta de flecha documentados hasta ahora: las que tienen la hoja foliácea, las que tiene la hoja con los bordes casi paralelos y las de pequeña hoja triangular con aletas. El primer tipo es el más arcaico pues deriva de las hojas de tipo Palmela que se remontan a tiempos campaniformes, incluso la del Risco se podría decir que es uno de los raros ejemplares que sobrevivieron hasta el Bronce Final, de igual forma que ocurre en Baioes (Silva, 1979: 519). A penas se conocen estas puntas en la Meseta, salvo la de Palmela que apareció en el depósito de Padilla de Abajo y que Fernández Manzano considera una "rara perduración" (1986: 94)). Las de forma triangular con aletas están presentes en el depósito de la Ría de Huelva (Almagro, 1958: E,1 39 (34); Ruiz-Gálvez, 1995: lám. 18) y, a falta de otros indicadores cronológicos, hay que situarlas a fines de la Edad del Bronce, hacia el s. IX a. C., como sugieren el conjunto de Huelva y los demás materiales del Cabezo. Las puntas encontradas en la excavación de los poblados de Monte do Frade y Alegrios confirman el uso de este tipo de flechas durante los últimos momentos de la Edad del Bronce.

De todas formas el número de flechas que se ha podido documentar en muy escaso si se piensa que el uso del arco necesita una cantidad elevada de ellas; hay que señalar al respecto que en las estelas de S. Martinho I y II aparece representado un arco (Almagro, 1966: 180) lo cual demuestra que efectivamente se utilizó este instrumento, por lo que hay que pensar que se emplearían flechas con la punta de madera endurecida que han desaparecido del registro arqueológico.

6. HACHAS DE TALON Y DOS ANILLAS:

-Origen dudoso, atribuido a los dólmenes del Garrote (Garrovillas) en el

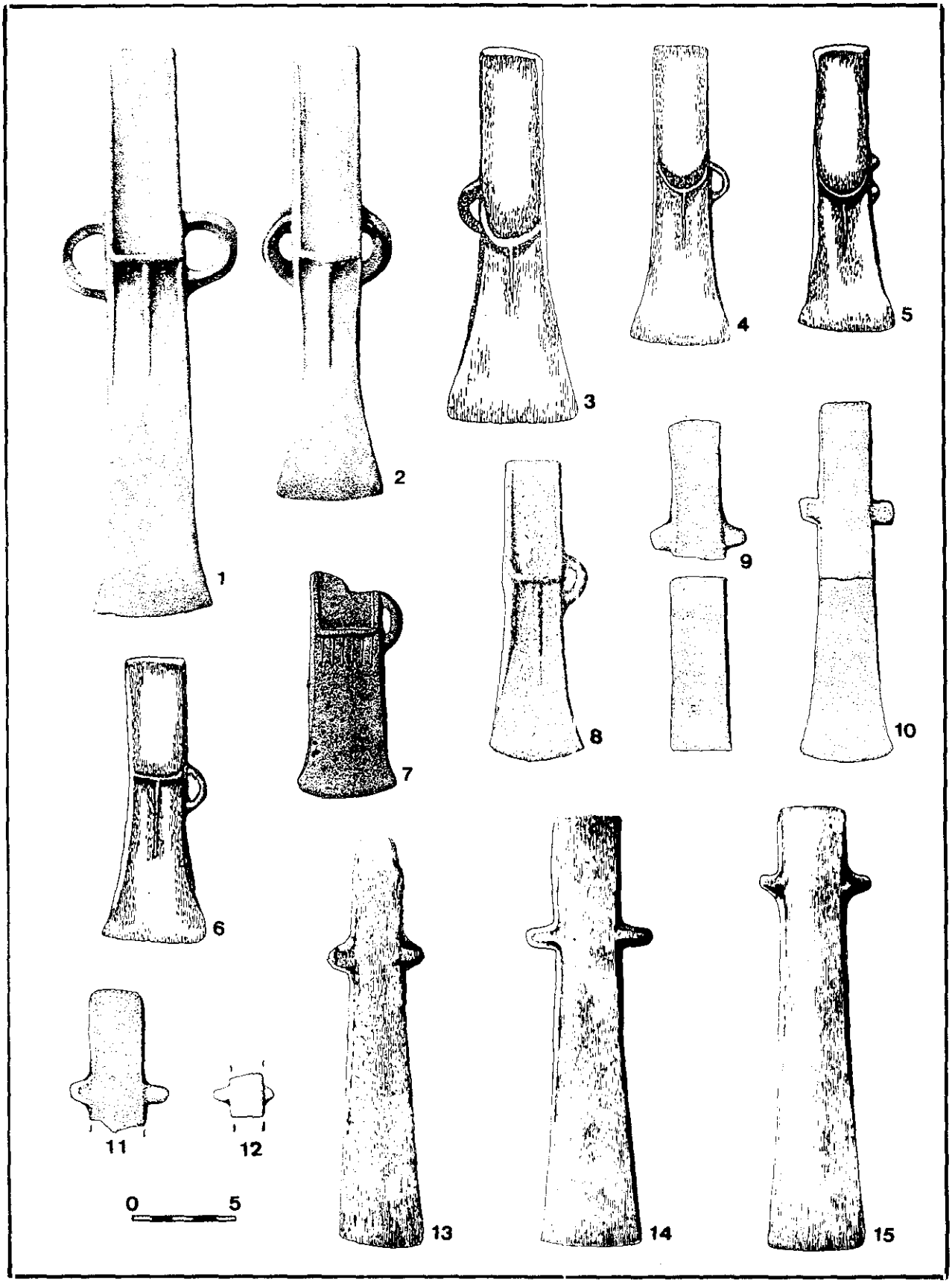


Fig. 13.- Hachas de talón con dos y una anilla y de apéndices laterales aparecidas en la provincia de Cáceres.

inventario del Museo de Cáceres (Núm. 394) y a Zarza de Granadilla por Siret (1913: 462, núm. 5), según información de su propietario: 1 ejemplar del tipo 35 A de Monteagudo (Almagro-Gorbea, 1977: 70), (Fig. 13,1).

-Dólmen del Guadancial (Garrovillas): 1 ejemplar del tipo 35 C de Monteagudo (Almagro-Gorbea, 1977: 70), (Fig. 13,2).

7. HACHAS DE TALON Y UNA ANILLA:

-La Muralla (Alcántara): 3 ejemplares del tipo 30 D de Monteagudo que se caracterizan por sus topes curvos y 1 del 31 C muy parecida a las anteriores pero con el tope prácticamente recto (Esteban, 1988), (Fig. 13, 3-6).

-Castillejo de Santiago del Campo, 1 ejemplar del tipo 33 A de Monteagudo, (Fig. 13,7).

-Descargamaría: 1 ejemplar del tipo 34 A de Monteagudo (Almagro-Gorbea, 1977: 70), (Fig. 13,8).

Las hachas de talón, bien sean de una o dos anillas, comienzan a fabricarse masivamente en la Península hacia el año 1000 a. C. y seguirán repitiéndose los mismos modelos hasta fines del siglo VIII a. C. (Coffyn, 1985: 252; Fernández Manzano, 1986: 62 y 126). La larga serie de hachas conocidas en la Península ha permitido distinguir dos grandes zonas caracterizadas por fabricar cada una tipos propios, dándose la circunstancia de que los de una no suelen aparecer en la otra. Esas dos áreas son por un lado el centro y Norte de Portugal y Galicia y, por otro, la Meseta Norte (Fernández Manzano, 1986: 62). Por ello es importante determinar en cuál de las dos zonas se integrarían las aparecidas en la cuenca media del Tajo porque ello nos ayudaría muchísimo a conocer sus relaciones con el exterior.

Los tipos 30 D y 31 C de Monteagudo se documentan exclusivamente en el centro y Norte Portugal. El tipo 33 A es muy raro y de él sólo se conoce un ejemplar idéntico procedente de la Beira Baja sin más localización (núm. 1280 de Monteagudo) y otro parecido de la Extremadura portuguesa. Los tipos 35 A y C se han localizado prácticamente todos en la Beira Alta y centro de Portugal, salvo algún ejemplar de la

Extremadura portuguesa. Ninguno de estos tipos, en cambio, han aparecido en la Meseta Norte (Fig. 15).

8. HACHAS DE APENCICES LATERALES:

- Pasto Común (Navas del Madroño): 3 ejemplares partidos por la mitad, de los que sólo uno está completo, que parecen del tipo 20 B de Monteagudo (Museo de Cáceres, sin núm. de inventario), (Fig. 13, 9-11).

- Castillejo del Casar de Cáceres: fragmento que sólo conserva la parte central con los apéndices (Museo de Cáceres, núm. 2522), (Fig. 13, 12).

- Villarreal de S. Carlos: hacha del tipo 20 B de Monteagudo (Almagro-Gorbea, 1977: 73), (Fig. 13,13).

- Villar de Plasencia: 2 hachas del tipo 20 B de Monteagudo (Almagro-Gorbea, 1977: 71), (Fig. 13, 14-15).

Este tipo de instrumentos se fabricaron durante el mismo período de tiempo que las anteriores aunque su dispersión es mucho más amplia ya que aparecen no sólo en Portugal y la Meseta sino también en el Valle del Duero y el Este de la Península. El tipo 20 B, sin embargo, aparece en un área mucho más reducida que se centra principalmente en torno a la cuenca media y final del Tajo, aunque hay algún ejemplar en el Sur de Portugal, la Meseta Norte (Coruña del Conde, Burgos) y la provincia de Granada. Respecto a la funcionalidad de estos útiles algunos autores aceptan que sirvieron como hachas (Fernández Manzano, 1986: 71), aunque otros se decantan por su utilización como azuelas (Almagro-Gorbea, 1992: 640). El hecho de que los ejemplares de Pasto Común aparecieran cuidadosamente partidos en mitades casi idénticas nos hacen pensar en su utilización como valor monetario que ya señaló Siret (1913, 362) y recientemente ha vuelto a proponer E. Galán para el conjunto de las hachas (1993: 72).

9. CUCHILLAS O "TRANCHETS":

- Aguijón de Pantoja: 1 cuchilla con la lámina del filo ligeramente acampanada y la parte superior con dos alvéolos, uno cuadrangular y oro rectangular, para enmangar.

- Castillejo de Salvarierra de Santiago: fragmento de una cuchilla con el filo partido aunque se observa que tuvo forma acampanada; tiene en la parte central de la hoja un alvéolo circular para el enmangue, de donde salen tres pequeños nervios. Otro fragmento de hoja con una perforación circular también pudo corresponder a otro tranchet.

- El Risco: 4 posibles cuchillas fragmentadas de diferentes formas y tamaños. Una de ellas tiene forma casi rectangular con un ligero ensanchamiento en la zona del filo y el extremo del enmangue redondeado con una pequeña perforación. Otra tiene forma trapezoidal con el filo acampanado y un alvéolo rectangular rebajado aunque no calado. Las dos más pequeñas a penas conservan el arranque del filo y se intuye en el extremo contrario un alvéolo.

- Monte do Frade: 1 ejemplar (Vilaça, 1995: 141) de forma subtrapezoidal con el filo recto y tres calados en la zona del enmangue.

Se han reunido en este apartado una serie de piezas poco conocidas debido a que no son usuales ni en los depósitos ni en los poblados. En Portugal se conocían dos en Baioes y otra en Castelo Velho de Caratao, esta última muy parecida a las extremeñas (Kalb, 1976: fig. 1). Los tipos conocidos hasta el momento varían en función del desarrollo del mango y la forma del filo, pudiéndose establecer los siguientes grupos (Fig. 14):

Tipo 1. Forma rectangular con los extremos del filo ligeramente acampanados; todo el cuerpo es macizo salvo una perforación irregular en el extremo distal. El único ejemplar conocido hasta el momento es el núm. 1 de las aparecidas en el Risco.

Tipo 2. Forma rectangular con el filo acampanado y en el centro una perforación circular de la que arrancan tres pequeños nervios. Está representado por el ejemplar del Castillejo de Salvatierra de Santiago.

Tipo 3. Forma trapezoidal con un alvéolo rectangular en la parte superior que está rebajado pero no calado. Está representado por el ejemplar núm. 2 del Risco.

Tipo 4. Forma trapezoidal con dos alvéolos calados, el inferior cuadrangular y el superior rectangular aunque uno de los lados se amolda a la forma curva del enmangue. Está decorado con tres pequeños nervios. A este grupo pertenecen el ejemplar de La

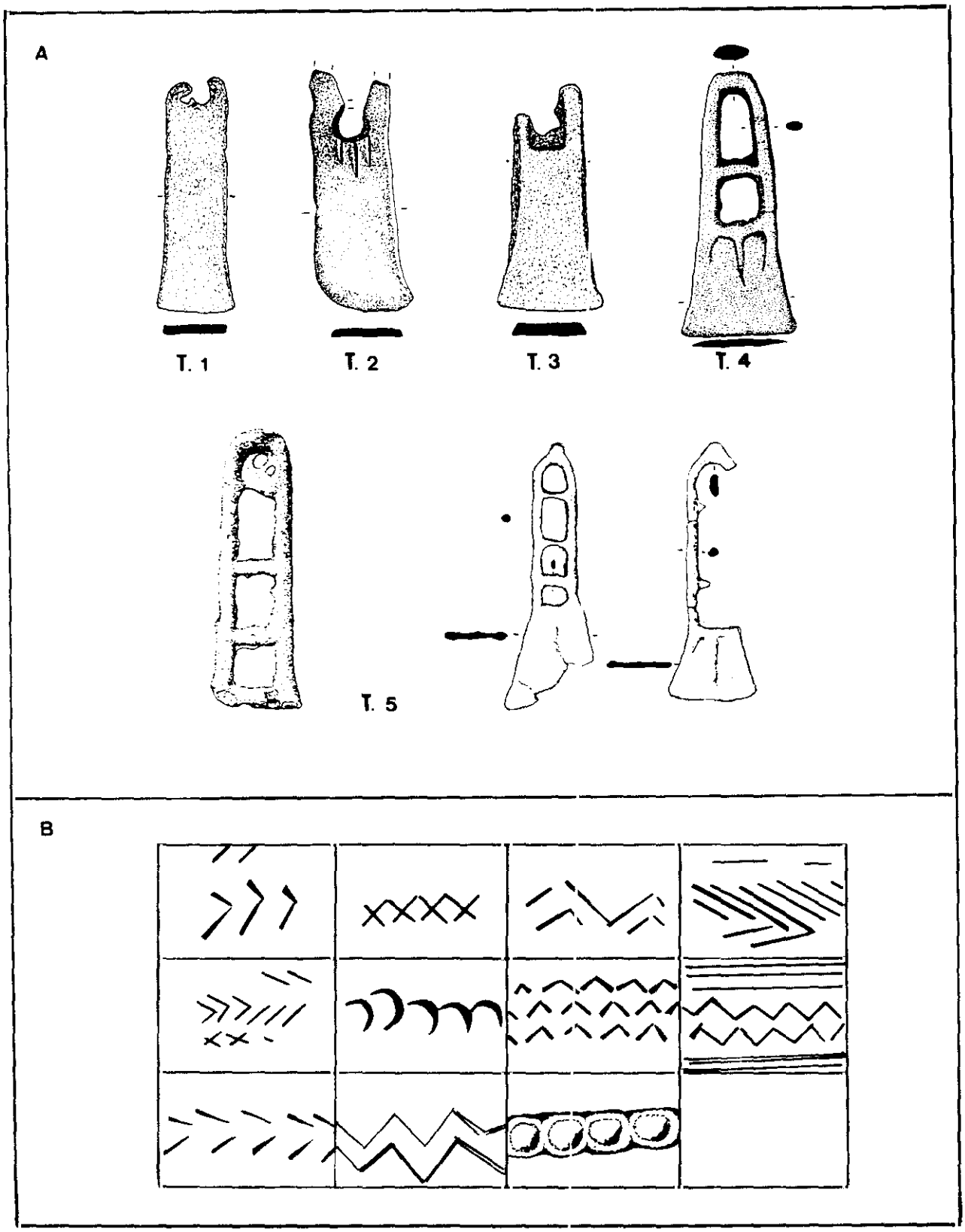


Fig. 14.- A. Tipos de cuchillas o "tranchets" conocidos. B. Repertorio de motivos decorativos de las cerámicas del Bronce Final de la región.

Muralla del Aguijón de Pantoja y, en Portugal, la de Castelo Velho do Caratao.

Tipo 5. Forma trapezoidal con la parte del filo marcadamente acampanado y la zona del enmangue muy desarrollada que presenta tres o cuatro alvéolos calados de forma rectangulares. Se incluyen en este grupo la de Monte do Frade y las aparecidas en Baioes.

Aunque la forma se parezca a los mangos de espejos y puñales señalados por Lo Schiavo (1991: fig. 2), no pueden considerarse lo mismo pues las aquí estudiadas son auténticas cuchillas con un cuidado filo. A falta de prototipos europeos, Ruiz-Gálvez las considera un tipo peninsular (1984: 287). Las únicas con contexto son las de Baioes y Monte do Frade, que revelan su uso en los últimos momentos del Bronce Final que Kalb fechó en el siglo VIII a. C. (1976: 204). En la Meseta no se conocen hasta el momento piezas que se parezcan a las descritas; de hecho Fernández Manzano (1986: 120) incluye en el grupo de los tranchet una cuchilla aparecida en Paredes de Navas, la única de toda la Meseta, que realmente nada tiene que ver con las aquí descritas y sí se parece a las europeas estudiadas por Roth (1974).

10. CINCELES O ESCOPLOS:

- Pasto Común: 1 con el cuerpo de sección cuadrangular y filo ligeramente acampanado con doble bisel. Mide 9,5 cm. de largo.

- Castillejo de Salvatierra de Santiago: 1 de sección rectangular con el filo ligeramente acampanado con doble bisel. Sólo se conoce una fotografía, por lo que no podemos precisar sus medidas.

- La Cabeza del Buey: 1 de sección cuadrangular, filo recto con doble bisel. Mide 9 cm. de largo.

- La Montaña (Cáceres): 1 ejemplar de sección cuadrangular y filo recto con doble bisel. Mide 6,1 cm. (Museo Provincial de Cáceres, núm. inv. 402)

- Alegrios: 3 ejemplares (Vilaça, 1995: 180), uno de ellos incompleto; el segundo es de sección heptagonal y filo recto con doble bisel que mide 7,4 cm. de largo; el tercero es de sección rectangular, tiene el filo recto con doble bisel y mide 8,7 cm.

- Moreirinha: 2 ejemplares (Vilaça, 1995: 227) ambos de sección rectangular con el

filo recto y doble bisel.

Aunque tradicionalmente a estas piezas se las denomina escoplos pensamos que se incluyen mejor bajo el calificativo de cinceles porque tienen el filo recto con doble bisel igual que los instrumentos metálicos a los que en la actualidad denominamos con ese nombre. Estas piezas tienen una forma tan sencilla que ha perdurado hasta nuestros días, siendo difícil establecer tipos y conocer su cronología. En cambio, la localización de varios de estos elementos en poblados excavados nos permite situarlos en el horizonte del Bronce Final y de transición a la Edad del Hierro, lo que pone de relieve la incorporación de los objetos de bronce al ámbito de las tareas cotidianas, en este caso el trabajo de la piedra y el metal. En este sentido es interesante recordar que el depósito de la cabaña Be2 del Berrueco que contenía uno de los conjuntos más antiguos de piezas de hierro (Maluquer, 1958: 48) incluía dos cinceles, lo que reafirma el afianzamiento que estos instrumentos metálicos habían adquirido. Parece lógico pensar que estos sencillos útiles se fabricaron en los poblados como se ha documentado en Sta. Luzia, donde se encontró el molde y las piezas que encajaban en ellas (Cortez, 1970: 395). Utiles semejantes también han aparecido en la Ría de Huelva (Almagro, 1958: 39-(36) 226) y otros depósitos como el de Mazarra (Granada) (Almagro, 1967 E18 2-4), poniendo de relieve la amplia difusión que alcanzaron estas piezas.

11. PUNZONES:

- La Muralla (Alcántara): 3 ejemplares de sección cuadrangular y un extremo con filo en doble bisel que miden 5.2, 3.2 y 2.7 cm. respectivamente de largo (Museo de Cáceres núm. 2557, 2558, 2560). Esteban (1988:272) hace referencia a otros 4 punzones de sección circular localizados en este yacimiento que miden entre 6,4 y 4,4 cm.

- El Risco: punzón de sección circular y los dos extremos en punta (Museo de Cáceres sin núm. de inventario).

- Santa María de la Cabeza: puzón biapuntado de sección cuadrangular (Museo de Cáceres).

- Alegrios: Punzón de sección cuadrangular y los dos extremos en punta (Vilaça, 1995: 195).

12. AGUJAS:

- Cabezo de Araya: 3 ejemplares, dos de ellos con cabeza enrollada que parecen el arranque de un resorte partido de fíbulas (Museo de Cáceres, núms. inv. 2280, 2287, 2290).

- La Muralla: 1 ejemplar de sección cuadrangular que hacia la punta se transforma en circular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2555).

-Castillejo de Salvatierra de Santiago: 1 ejemplar (Museo de Cáceres núm. inv. 2527).

-El Risco: dos agujas de secciones circulares, una de ellas con el extremo proximal doblado quizás para formar el ojo (Museo de Cáceres, sin núm. inv.)

-Valcorchero: fragmentos de moldes de fundición en barro de cabezas y el cuerpo de agujas (Almagro-Gorbea, 1977:91).

13. BARRITAS DE SECCIONES RECTANGULARES O CIRCULARES:

-La Muralla: 3 ejemplares de sección rectangular y 1 circular. 2 barras más anchas de sección circular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2550, 2551, 2553, 2554, 2556).

-La Cabeza del Buey: 1 ejemplar de sección circular, 2 rectangulares y 1 con un extremo de sección circular y el otro rectangular (Museo de Cáceres, sin núm. de inv.).

-Castillejo de Salvatierra de Santiago: 1 ejemplar de sección circular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2525).

-Aguijón de Pantoja: 1 barrita de sección cuadrangular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2530).

-Castillo (Cabeza Bellosa): 1 fina barrita de sección rectangular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2530) y un fragmento de otra más ancha (Museo de Cáceres, núm. inv. 2531).

-Canchal del Moro (Guijo de Sta. Bárbara): 2 ejemplares de sección cuadrangular (Museo de Cáceres, núm. inv. 2566, 2567).

-El Risco: 37 fragmentos de barras de sección rectangular de diferentes grosores y tamaños (Museo de Cáceres, sin núm. inv.), de las cuales es probable que algunas sean

de cronología más reciente debido a que su composición de bronces plomados se aleja del resto de los objetos de esta época y se asemeja a las del Hierro Inicial.

- En Alegrios y Moreirinha son relativamente abundantes (Vilaça, 1995: 347).

Estas piezas han resultado ser uno de los objetos más habituales de los poblados del Bronce Final, aunque desconocemos su funcionalidad. En algún caso pueden haber pertenecido a otras piezas mayores que se han fragmentado, como algún asador, pero ello no justifica su elevado número. Las de mayor tamaño pudieran ser lingotes lo que explicaría la uniformidad que tienen estas piezas en todos los poblados, pero otras es imposible considerarlas como tales dado que por su pequeño tamaño no sirven para almacenar metal. Lo cierto es que se debieron fabricar en los yacimientos porque en todos los que han sido excavados han aparecido moldes de fundición para estas barras (Vilaça, 1995: 347).

14. SIERRAS:

-Cabezo de Araya: 1 ejemplar en forma de segmento de arco, con un lado dentado (Almagro, 1961: 14).

-La Muralla (Alcántara): 1 fragmento de forma rectangular con un lado dentado (Esteban, 1988: 272).

Las sierras de bronce empezaron a fabricarse desde el Calcolítico y Bronce Antiguo en la Península, aunque su gran auge no llega hasta el Bronce Medio (Fernández Manzano, 1986: 44). Sin embargo, del Bronce Final no se conoce en toda la Meseta Norte más que el ejemplar de Valdevimbre que lleva una perforación en un extremo del que carecen las dos que estudiamos. Estas se deben fechar en relación al resto de los metales con los que aparecen, por lo cual se situarán en los últimos momentos del Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro.

15. BOTONES:

-Cabeza de Araya (Navas del Madroño): 10 ejemplares cónicos con apéndice en

la cara externa y anilla de sujeción interior (Almagro, 1961: 19).

-La Muralla (Alcántara): 2 botones del mismo tipo que los anteriores (Esteban, 1988: 272), con el pivote superior más desarrollado.

Como sucede con otros materiales encontrados en la Cabeza de Araya, los mejores paralelos para estos botones están en Huelva (Almagro, 1940: lám. 35; Ruiz-Gálvez, 1995: lám. 11) aunque los extremeños parecen más evolucionados (Almagro, 1961: 250) y por tanto es posible que se fabricaran a fines del siglo IX a. C. La función de estos botones es dudosa porque desconocemos las formas de vestir de la época y no podemos saber si se utilizaran en la indumentaria o para decorar otro tipo de objetos hechos con tiras de cuero, por ejemplo los arneses de los caballos. En favor de esta última hipótesis se puede argumentar el que los botones aparecen en algunas ocasiones junto a otros elementos que se han considerado propios de arreos de caballos tanto en el depósito de Cabeza de Araya como en la Ría de Huelva (Almagro, 1958 39-(37) 235 ss.; Ruiz-Gálvez, 1995: lám.18). Durante el período siguiente, ya en la Edad del Hierro, encontraremos botones semejantes aunque más evolucionados que también se asocian a elementos de arreos de caballos tanto en Cancho Roano como en el Risco, lo cual puede ser un argumento más en favor de esa utilización.

16. FIBULAS:

-La Muralla: 1 fíbula de codo a la que le falta la aguja. El puente se caracteriza por tener el codo cerca de los pies y estar decorado con incisiones transversales. El resorte es de una sola vuelta (Esteban, 1988: fig. 8).

Este ejemplar se caracteriza por la asimetría del puente y la falta de gallonamiento, lo que la diferencia de las 6 que se conocen en la Meseta (Fernández Manzano, 1986: fig. 42) que recuerdan a prototipos chipriotas y en cambio es más parecida a las de la Ría de Huelva, más similares a modelos sicilianos (Almagro-Gorbea, 1977: 182). En lo que se refiere a la cronología hay que tener presente que las fíbulas de codo más antiguas se fechan entre los siglos XI-X a. C. en la Península, entre ellas las de los cercanos yacimientos de Sta. Luzia (Viseu) y S. Romao (Seia), pero las de la Meseta se han fechado entre el 850 y 800 a. C. (Fernández Manzano, 1986: 130-131) y

en esa centuria se fechan también las de Huelva con las que tiene bastante parecido la de La Muralla, por lo que debe estar en ese mismo marco cronológico.

17. MOLDES DE FUNDICION:

De carácter excepcional es un molde de bronce con dos valvas para fundir varillas que procede del Cabezo de Araya, que sólo conocemos por una antigua fotografía recogida por el Dr. Almagro. Las dos mitades están provistas de un sistema de machiembrado para encajar una en otra, a base de 5 pivotes que se introducen en otros tantos orificios, cuatro en los laterales de la varilla y el último en la parte final. El extremo que no tiene pivotes presenta el habitual cono para introducir el metal. Dada la importancia del hallazgo tanto por la rareza de los moldes de bronce como para documentar la producción local de pequeños objetos de bronce, no queremos prescindir del dato a pesar de que no se conozcan las piezas. Este dato enriquece la visión que se tenía sobre la metalurgia local al proporcionar un ejemplo de molde de metal que no se conocían hasta ahora en la región, donde sí empiezan a ser habituales los moldes de piedras en aquellos poblados que son excavados como los de las Beiras portuguesa (Vilaça, 1995: 326) o Valcorchero (Almagro, 1977: 91).

18. VAJILLA DE BRONCE:

- Berzocana: Pátera de bronce batido con la base maciza indicada mediante un estrangulamiento y con el borde triangular vuelto hacia el interior, junto al que se han abierto dos perforaciones (Almagro-Gorbea, 1977:24). Este autor señala que recuerda a prototipos egipcios y a ejemplares aparecidos en Chipre y el mundo fenicio difundidos por el Mediterráneo hacia el siglo VIII, aunque otros autores lo fechan en momentos mucho más antiguos en sintonía con la fecha de los torques a los que se asocia (Schauer, 1983: 179). Sin embargo la datación de Almagro-Gorbea parece más acertada, coincidiendo con el momento de amortización de los torques.

- Posible procedencia de Madrigal de la Vera (aunque la pieza se recuperó en una sala de subastas de París): Taza troncocónica con borde saliente junto al que aparece un

asa unida con dos remaches. Se desconocen los detalles sobre su aparición al ser una donación fuera de contexto al Museo Provincial de Cáceres (sin núm. inv.).

19. TORQUES:

Hay que desatacar un conjunto de dos torques de bronce de forma similar a los conocidos torques áureos. Se encuentran depositados en el Museo Provincial de Cáceres y en su ficha de entrada figura que proceden del Berrocalillo (Plasencia). En dicho lugar y sus inmediaciones hemos constatado evidencias de ocupación de época calcolítica, posiblemente del Bronce Antiguo y del Hierro Pleno, pero ningún material corroboraba la existencia de un asentamiento del Bronce Final. Por ello es posible que este hallazgo corresponda a un depósito (E. Galán, comunicación personal) oculto en las proximidades de una importante zona de paso, como es el área de Plasencia, como parte de un ritual que Ruiz-Gálvez considera vinculados a actos públicos relacionados con el control de pasos estratégicos (1995: 23).

20. OTROS:

A parte de todas las piezas a las que ya hemos hecho alusión, existen otras piezas menores como cuentas de bronce, abrazaderas, vástagos circulares, anillas y pendientes anulares abiertos en los extremos, como los recogidos en el depósito de Araya (Almagro, 1961). Algunas de estas piezas tienen paralelos idénticos en otros yacimientos, como la cuenta de La Cabeza del Buey, pero la mejor muestra de todos ellos se encuentra en los poblados de Alegrios, Moreirinha y Monte do Frade donde las excavaciones han sacado a la luz numerosos piezas pequeñas de bronce como remaches, vástagos, barritas y piezas sin identificar (Vilaça, 1995: 343) que no incluimos en el catálogo aunque sí conviene tener presente que los pequeños objetos fueron más numerosos en los poblados de lo que hasta ahora se había supuesto y posiblemente conoceríamos muchos más si se hubieran realizado un mayor número de excavaciones arqueológicas.

Recapitulando sobre todo lo dicho anteriormente, hay que señalar que los

objetos mejor conocidos de la metalurgia de este período son el armamento y las hachas. A otros instrumentos relacionados con el trabajo como son las cuchillas, sierras, los punzones, agujas, los cinceles y otras piezas menores no se les ha prestado atención en las monografías sobre los objetos metálicos (véase p. e. Fernández Manzano, 1986; Coffyn, 1985). Es posible que una buena documentación de estas pequeñas piezas cambiara el panorama que hasta ahora se tiene de la metalurgia del Bronce Final, pues los poblados que han sido excavados o los depósitos conocidos más o menos completos revelan que la cantidad de pequeños objetos de bronce es mucho más importante de lo que cabría esperar si el metal se hubiera dedicado exclusivamente a la fabricación de objetos de prestigio. Ya hemos dicho que en el castro portugués de Sta. Lucía se encontró el molde para fabricar cinceles y los cinceles que encajaban en ellos, prueba de que los pequeños utiles más cotidianos se fabrican en los poblados (Cortez, 1970: 395), como vienen a demostrar también los moldes de Cabezo de Araya, Valcorchero, Alegrios, Moreirinha o Monte do Frade. Dentro de esa diversificación de objetos dedicados al trabajo del cuero, la madera, la piedra o el metal hay que descartar la ausencia de hoces en toda la región extremeña y centro de Portugal, quizás por falta de suficiente documentación arqueológica pero quizás también debido a un predominio de la economía ganadera sobre la agricultura, con el consiguiente escaso desarrollo del utillaje agrícola que sí se fabrica en otras regiones.

El que se conozcan cada vez más cantidad de objetos de bronce no implica que haya que deshechar la idea de que los objetos metálicos funcionaran más en la esfera de los bienes "raros" que en la de los "cotidianos" (de hecho, ya habíamos indicado en otra ocasión que nunca llegaron a desaparecer los útiles de piedra (Martín Bravo, 1993) y lo mismo indica Senna-Martínez en la zona del Mondego (1994: 223)). En cambio, sí creemos conveniente matizar que no todos poseen exclusivamente un "valor primario" porque quedarían sin explicar la gran cantidad de pequeños utensilios que salen a la luz en los poblados excavados y que debieron tener un "uso diario". Por tanto, se asiste durante el Bronce Final a un amplio desarrollo de la metalurgia que permitió la diversificación de la producción, a pesar de lo cual las piezas de gran tamaño, con gran cantidad de bronce, continúan siendo bienes escasos y apreciados. En esa categoría se incluyen las hachas y las armas que sí parecen haber circulado a través de las redes de

intercambio de objetos de prestigio (Galán, 1993: 61 y ss.). Son objetos de larga duración (Kristiansen, 1985: 254) y sus contextos no tienen porqué ser los poblados, porque de estos objetos sí podemos decir que tienen un valor simbólico además de funcional. Ese valor le viene concedido por la gran cantidad de metal que acumulan, por lo que su propietario tiene atesorado un bien escaso al que tienen acceso pocos individuos dentro de la comunidad. Ello explica que fueran las armas u otros objetos exóticos relacionados con el atuendo personal lo que se utiliza en el ritual de arrojar objetos a las aguas (Ruiz-Gálvez, 1982; 1984: 532; 1995: 135) o la aparición de las hachas enteras o partidas en puntos cruciales de las vías de comunicación quizás utilizadas en los intercambios como objetos de valor fijo (Galán, 1993: 72).

- Las relaciones de la cuenca del Tajo con el exterior vista a través de los objetos metálicos.

El repaso que hemos hecho de la metalurgia del bronce nos permite, además de conocer la importancia creciente de estos útiles en diversos aspectos de la economía como los intercambios o algunas faenas artesanales, entrever con qué zonas estuvo más en contacto la cuenca media del Tajo, siguiendo la huella de piezas semejantes que se hayan documentado en otros lugares de la Península.

Las hachas proporcionan interesantes datos al respecto. La única zona donde han aparecido tipos de hachas de anillas idénticos a los que se conocen en nuestra zona es el centro y Norte de Portugal y, más raramente, la cornisa cantábrica. Algunos tipos como el 30 D son muy raros y de hecho Monteagudo lo creó conociendo sólo un ejemplar encontrado en Diego Alvaro (Avila) (Monteagudo, 1977, Tf. 78), al que ahora se suman las hachas de La Muralla. El paralelo más cercano al tipo 31 C conocido en la provincia de Cáceres es el hacha 1164 de Monteagudo, que procede de la Beira Baja (1977: Tf. 79). Lo mismo se observa con las del tipo 33 A, muy escasas y localizadas la mayoría en Extremadura o las áreas portuguesas vecinas. La dispersión que señala Monteagudo de su tipo 34 A (Monteagudo, 1977: Taf. 138-39) se concentra en torno al

último tramo del Duero, prolongándose hacia la cuenca del Tajo, por lo que las hachas de la Beira y Cáceres son los ejemplares que llegaron más al interior (salvo algún raro ejemplar de la Meseta). Algo parecido ocurre con las hachas de apéndices laterales del tipo 20 B, las mejor representadas en nuestra zona, que se concentran en torno a la mitad occidental del Tajo (Fig. 15).

Más difícil es conocer qué dispersión tuvieron otros objetos de los que casi no existen paralelos. En el caso de los tranchet o cuchillas, realmente se conocen muy pocos en la Península y aparecen en el centro de Portugal (Kalb, 1976; Vilaça, 1995). La originalidad de estos tipos de cuchillas ya hemos indicado que llevó a afirmar a Ruiz-Gálvez que se trataba de un tipo creado en la Península (*vid. supra*, Tranchet) y, en cualquier caso, en el área extremeña y centro de Portugal se generalizó este tipo de instrumentos, con algunas variaciones locales que ya hemos analizado.

La espada de Alconétar es un tipo sin paralelos conocidos ni en el Atlántico ni el Mediterráneo por lo que Ruiz-Gálvez la considera también un modelo de fabricación local (1984: 267) lo que implica la madurez de los broncistas indígenas después de asimilar las innovaciones y conocimientos llegados desde fuera por diferentes vías.

La espada, puntas de lanza, de flecha y los regatones de Cabeza de Araya y otros yacimientos con idénticos tipos amplían su terreno de aparición hacia el Suroeste. De hecho, sus mejores paralelos se encuentran en el depósito de la Ría de Huelva. Por vía mediterránea también llegó el tipo de fíbula de codo representado en La Muralla y es posible que fuera a través de Extremadura por donde llegaron al Norte de la Meseta. Coincide que estos objetos se fechan todos a partir de mediados o fines del siglo IX a. C., es decir, ya en los últimas fases del Bronce Final.

El panorama expuesto nos permite apreciar que las hachas tienen sus mejores paralelos en el centro de Portugal, lo que evidencia que la cuenca media del Tajo estuvo abierta a las redes de intercambio por donde circularon los objetos de la metalurgia atlántica. Los mapas de dispersión muestran que, en realidad, esta zona se sitúa en el extremo más alejado del área con mayor concentración de hallazgos, por lo que creemos que se configura como el hinterland del importante núcleo que Coffyn llama taller o "grupo lusitano" del centro-norte de Portugal en vigor hasta el siglo VIII (Coffyn, 1985: 228). Sería interesante determinar si al mismo tiempo o quizás algo más tarde

comenzaron a llegar objetos desde el Suroeste, porque es posible que el paulatino auge de las influencias llegadas desde el Sur vaya en detrimento de las que llegaban desde la fachada atlántica. Ello explicaría que los objetos de cronología más antigua apunten hacia el Atlántico mientras que los de cronología más reciente sean los de tipo Huelva o los que apuntan a prototipos mediterráneos.

En este sentido es muy interesante recordar que en Extremadura existen algunas piezas de vajilla de bronce excepcionales, tanto por su rareza como por la información que nos proporcionan, que ponen de manifiesto que desde el cambio de milenio están llegando objetos de lujo traídos desde el Mediterráneo. Hasta fechas recientes se conocía sólo la pátera de Berzocana a la que ahora habría que añadir la taza posiblemente hallada en los alrededores de Villanueva. A estas piezas hay que sumar los cada vez más numerosos objetos de hierro en poblados del Bronce Final o la transición a la Edad del Hierro como los aparecidos en las Beiras que se une a los ya conocidos del Berrueco, Baioes o Chans de Tavares (Almagro-Gorbea, 1993). Todo ello nos permite terminar señalando que hacia los siglos IX-VIII a. C. la zona extremeña irá intensificando los contactos con el Suroeste, pasando de ser el hinterland del área atlántica a serlo del comercio mediterráneo. Es posible que la explicación de este fenómeno se encuentre en la abundancia de casiterita de la Alta Extremadura y, sobre todo, su privilegiada situación geográfica que la convierte en una zona de paso entre el Norte y el Sur, de la que se beneficiaron las élites locales.

Por último hay que precisar que toda la cuenca media del Tajo no se vio afectada de igual forma por las influencias llegadas de fuera; los hallazgos de metalurgia atlántica van disminuyendo progresivamente al alejarse hacia el Este, hasta el punto de que prácticamente no existen más allá del paso del Tajo por Monfragüe. Esto es importante porque empiezan a documentarse diferencias regionales que se plasman en la existencia de una zona occidental integrada en las redes de intercambio atlántica y otra oriental donde esas influencias atlánticas van debilitándose hasta que dejan de ser perceptibles. En cambio, los objetos llegados desde el ámbito mediterráneo aparecen en puntos de paso situados en el extremo Oeste de la región, lo cual anuncia un basculamiento hacia el Oeste de las rutas por donde se canalizarán los contactos con el comercio mediterráneo, que se consolidará durante el período siguiente.

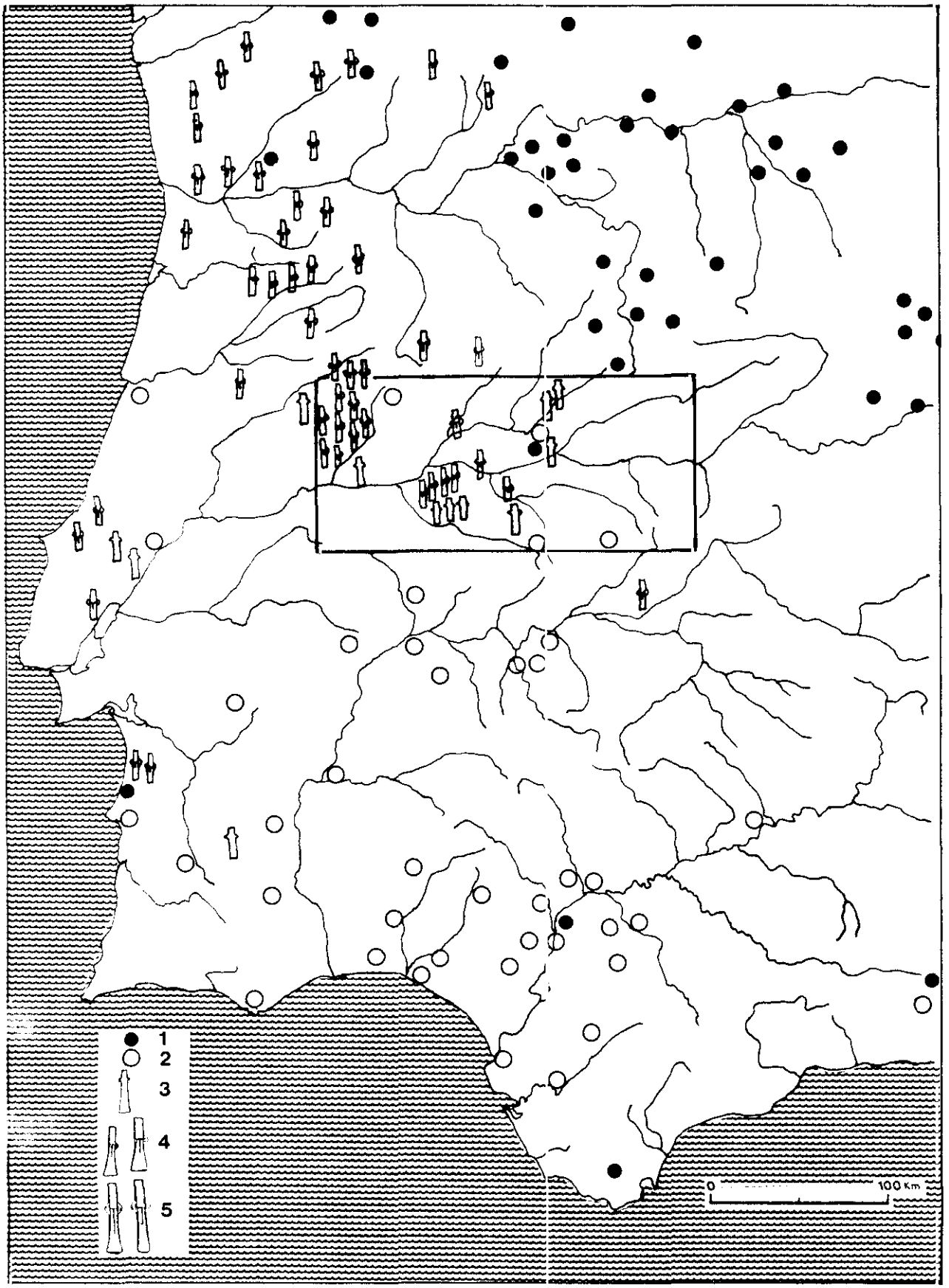


Fig. 15.- Mapa de dispersión de las cerámicas de Cogotas I (1), cerámicas con decoración bruñida en el interior (2), hachas de apéndices laterales (Tipos 20B de Monteagudo) (3), hachas de talón y una anilla (tipo 30D y 31C de Monteagudo) y de dos anillas (Tipos 35 A y C de Monteagudo) (5).

- LAS CERAMICAS.

Si hasta ahora la falta de datos de excavación la hemos suplido con los de las prospecciones o los materiales fuera de contexto depositados en el Museo de Cáceres, en lo que se refiere a la cerámica difícilmente podremos hacer lo mismo debido a que se necesitan conocer una gran cantidad de fragmentos cerámicos para realizar una tipología. Por otra parte, existe una notable desproporción entre los datos recientemente aportados por la excavación de los poblados de la Beira (Vilaça, 1995) y la escasa información conocida de la Alta Extremadura que se limita al poblado de Valcorchero y el material de superficie de los poblados de la zona de Cáceres. Con esta información tan desigual no se puede hacer una semblanza coherente de toda la cuenca del Tajo, pero sí apuntar sus características generales.

A falta de un repertorio amplio de formas nos vemos obligados a estudiar las cerámicas en función de las características de las paredes de los vasos. Siguiendo este criterio se pueden agrupar en cuatro categorías, según el grueso de las paredes y el acabado de las superficies:

1.- Cerámica de paredes gruesas y superficies generalmente sin tratar. La única decoración que se le aplica es el cepillado o los cordones con digitaciones; en los bordes pueden aparecer las ungulaciones. Suelen ser recipientes de gran tamaño, usados para almacenar alimentos o líquidos. El hecho de que tengan un gran tamaño dificulta enormemente que se pueda reconstruir su forma con el material de superficie o los sondeos, pero sí se conocen ejemplares con cuello ligeramente saliente y cuerpo globular.

2.- Cerámica de paredes gruesas pero con las superficies bruñidas. En este grupo se incluyen la gran cantidad de fragmentos bruñidos que pertenecen a recipientes de gran tamaño, quizás también de almacenaje, que permiten afirmar que esta técnica no fue un acabado exclusivo de la cerámica "de mesa". Tenemos las mismas dificultades para reconstruir sus formas que en el apartado anterior, destacando la presencia de vasijas con largos cuellos rectos de 9 ó 10 cm. y cuencos de carenas altas con cuellos rectos.

3.- Cerámica de paredes estrechas, fabricadas con pastas de buena calidad, pero las superficies están sin tratar o presentan un ligero alisado. A este grupo pertenecen recipientes de tamaño mediano y pequeño, compuesto por ollitas globulares de cuellos

rectos y cuencos de carena alta y cuello recto.

4.- Cerámica fina, de paredes estrechas y pastas bien decantadas, que se caracteriza por tener las superficies bruñidas lo que le confiere un aspecto de mucha mayor calidad. En él se incluyen la mayoría de los cuencos carenados que se han documentado, siendo posiblemente la vajilla destinada a comer y beber. Al ser formas de pequeño tamaño son las que mejor se conocen, destacando los cuencos de carenas medias y cuellos rectos.

Las cerámicas recuperadas en los poblados de la Beira confirman la existencia de estas cuatro categorías; los grandes recipientes de almacenaje presentan perfiles ovoides o troncocónicos, los de tamaño intermedio son cuencos hemiesféricos u ollitas carenadas y la cerámica fina integra en su mayor parte un variado repertorio de cuencos de carenas altas a los que se aplica la decoración bruñida (Vilaça, 1995, fig. 4, 8 y 12).

En las cerámicas del grupo Baioes-Sta. Luzia se ha constatado que los acabados bruñidos se aplicaban a unas formas cerámicas concretas, los cuencos carenados más o menos grandes; los alisados y cepillados, en cambio, aparecen sobre ollas o vasos de almacenaje (Senna-Martínez, 1993: 107). Ello nos indica que el tratamiento de las superficies está en cierta medida vinculado con la forma y funcionalidad de los recipientes. Por ello, aunque en nuestra zona sí se ha documentado el bruñido en grandes recipientes de almacenaje, también es posible que cada tipo de acabado se corresponda con unas formas concretas, por lo que la clasificación que hemos hecho no estaría reñida con la tipológica.

Las cerámicas decoradas son escasas tanto en los poblados prospectados como en los que han sido excavados, pues Vilaça indica que su porcentaje oscila entre el 1 y 5 % dependiendo de los yacimientos (1995: 277). La falta de decoraciones tal vez se deba a que el bruñido de las superficies tiene un sentido ornamental, ya que transforma la cara externa rugosa de las cerámicas en una superficie brillante. El mismo sentido pudo tener la decoración a "cepillo", aunque se busca el efecto contrario pues parece acentuarse el aspecto rugoso de la superficie pasando una brocha sobre el barro tierno para dejar sus huellas. Hay que indicar que, sin embargo, esta última técnica no se utilizó en los poblados excavados en la Beira. Estas dos técnicas alcanzan su máximo auge durante el Bronce Final, pero seguirán en uso durante el período siguiente.

En menor media están presentes las decoraciones bruñidas al exterior de los recipientes tipo "Lapa do Fumo". Vilaça (1995: 297) llama la atención sobre la existencia de algunas cazuelas donde aparecen juntas la decoración tipo "Lama o Fumo" con las decoraciones bruñidas interiores, pues ello representa la asimilación de los influjos externos que son transformados por estas gentes en nuevas fórmulas decorativas.

Otras técnicas utilizadas para decorar la cerámica son las incisiones, las impresiones o la aplicación de elementos plásticos como los cordones. El repertorio de motivos incisos es muy pobre, limitándose a las líneas rectas u oblícuas, las aspas, espigas o zig-zag más o menos grandes documentados en los poblados de La Muralla, Cabeza de Araya, Aguijón de Pantoja y Valcorchero, repertorio que no se amplia prácticamente con los datos de la excavación de los poblados de la Beira aunque en ellos el repertorio es, lógicamente, mayor (Vilaça, 1995: 279). Las digitaciones aparecen sobre el borde o la panza de las ollas, en este caso aplicadas a veces sobre cordones; las ungulaciones suelen aparecer sobre el borde, pero en algún caso también se decoró con esta técnica la panza.

No se han documentado ejemplos de decoraciones de excisión o boquique puesto que las del yacimiento que dio nombre a este tipo de decoración no corresponde a esta época (Fernández-Posse, 1982: 138). Es posible aventurar que algunos motivos incisos como las aspas o las espigas junto a los borde de los recipientes estén reflejando influencias de Cogotas I pues algunos de estos motivos recuerdan a los meseteños, transformados por el gusto local. Algo parecido se observa en yacimientos situados en la cuenca del Guadiana (castillo de Alange, por ejemplo (Enríquez y Jiménez, 1989: fig. 20) donde las decoraciones no son fiel reflejo de las cogoteñas pero sí muestran que se conocía su repertorio (Pavón, 1995: Lám. IB).

Los tipos de cuencos carenados con cuellos rectos que son mayoritarios en el registro arqueológico nos indican que faltan las amplias cazuelas carenadas típicas del Bronce Tartésico que aparecen en la cuenca del Guadiana; en cambio, sí se adoptaron las técnicas decorativas más características del mundo tartésicos, como son la utilización de pintura roja para ornamentar algunos de los recipientes que se ha documentado en Moreirinha (Vilaça, 1995: 288) y en Valcorchero (Almagro-Gorbea, 1977: 86).

En definitiva, las cerámicas conocidas hasta el momento son fruto de la

asimilación de estilos diferentes, como consecuencia de los contactos con distintas áreas, que son transformados por los grupos locales. El resultado es un producto con fuertes semejanzas tanto a las cerámicas del Sur, al grupo Baioes y a las meseteñas pero de evidente sabor local.

- LAS ESTELAS DECORADAS DEL SUROESTE.

Estas singulares manifestaciones del Bronce Final han sido objeto de repetidos estudios durante décadas (Almagro, 1966; Almagro-Gorbea, 1977: 159 y ss.; Bendala, 1977 y 1987; Barceló, 1988 y 89; Celestino, 1990 y 95 y Galán, 1993 entre otros muchos) enfocados al análisis tipológico, el origen de las piezas representadas, la cronología o la interpretación de las estelas. Nuestra intención no es repetir aquí lo dicho por otros autores anteriormente, sino ver cómo se distribuyen las estelas en la cuenca del Tajo de igual forma que hemos hecho con otros elementos representativos de este momento. En cambio, no se van a incluir en este apartado las estelas antropomorfas localizadas en torno a la sierra de Gata y las Hurdes, porque se engloban cronológicamente en el Bronce Antiguo y Medio (Almagro-Gorbea, 1977: 201; Sevillano, 1991: 115; Bueno, 1991: 94), aunque se consideren el precedente inmediato de las estelas decoradas del Suroeste (Almagro, 1972; Almagro-Gorbea, 1977: 198; Id. 1994a: 88).

En la actualidad se conocen 16 estelas de guerrero situadas en torno a la cuenca extremeña del Tajo que representan un 18.6 % del total de las estelas del Suroeste catalogadas hasta hoy, a las que hay que añadir las que se sitúan fuera de la cuenca pero próximas a zonas montañosas por donde se accede a ella, bien al Norte del Sistema Central en el área de Sabugal; al Sureste, en Alburquerque y al Suroeste por los pasos de la zona de Montánchez. Casi todas tienen en común que en ellas no aparece representada la figura humana, lo cual proporciona unidad al grupo en contraposición a las que aparecen en la zona del Guadiana y el Guadalquivir. Tan sólo se apartan de esa norma las aparecidas en la zona montañosa de la Sierra de Guadalupe-Las Villluercas, en la charnela de separación de la cuenca extremeña de los terrenos

terciarios de la cubeta de Castilla y de la cuenca del Guadiana, que comparten rasgos comunes con las estelas de la cuenca del Tajo y las del Guadiana.

La mitad de las que configuran el grupo del Tajo se caracterizan por tener representado el escudo en el centro enmarcado por la espada y la lanza; las otras añaden uno o varios elementos más por lo que se pueden establecer las siguientes agrupaciones:

- Grupo 1. Tiene representado el escudo flanqueado arriba por la lanza y abajo por la espada. Corresponde al tipo IIA establecido por Almagro-Gorbea (1977: 165) y las llamadas "estelas básicas" por Celestino (1990: 54). En este grupo se incluyen las estelas aparecidas en Baraçal, Foios y Meimao que están al Norte de la cuenca y Hernán Pérez, Carneril (Trujillo), Ibahernando, Robledillo de Trujillo y Almoharín.

- Grupo II. Conservan el mismo esquema de representación que las anteriores pero añaden un espejo en las estelas de S. Martín de Trevejo, Torrejón el Rubio IV y Alburquerque.

-Grupo III. Se caracteriza por tener representado, además del escudo, lanza y espada, algunos otros elementos como el carro, el casco, el peine, la fíbula o el arco y las flechas. A este grupo pertenecen las tres estelas de Valencia de Alcántara, la de Brozas, la de Torrejón el Rubio I y Sta. Ana de Trujillo.

Tanto el grupo II como el III se incluyen en la variante IIB de la tipología de Almagro-Gorbea (1977: 165).

- Grupo IV. En este grupo habría que incluir a las estelas de Las Herencias (Toledo), Zarza de Montánchez, Logrosán y Solana de Cabañas que se asemejan a las aparecidas en la cuenca del Guadiana porque incluyen la figura humana, aunque mantienen el esquema compositivo de las del Tajo.

Estos cuatro grupos en los que hemos señalado una progresiva complejidad compositiva han sido tradicionalmente considerados como estadios consecutivos dentro de la evolución cronológica de las estelas (Pingel, 1974; Almagro-Grobea, 1977: 186; 1994a: fig. 7; Celestino, 1990: 55 ss.; Id. 1995: 70), considerándose por ello más antiguas las del Grupo I, seguidas por el Grupo II y III al contar con la presencia de las fíbulas de codo y, en último lugar, el Grupo IV, aunque ningún argumento resulta definitivo en favor o en contra de esa evolución. Los elementos que en ellas aparecen representados se encuadran genéricamente en los últimos momentos del Bronce Final y la transición

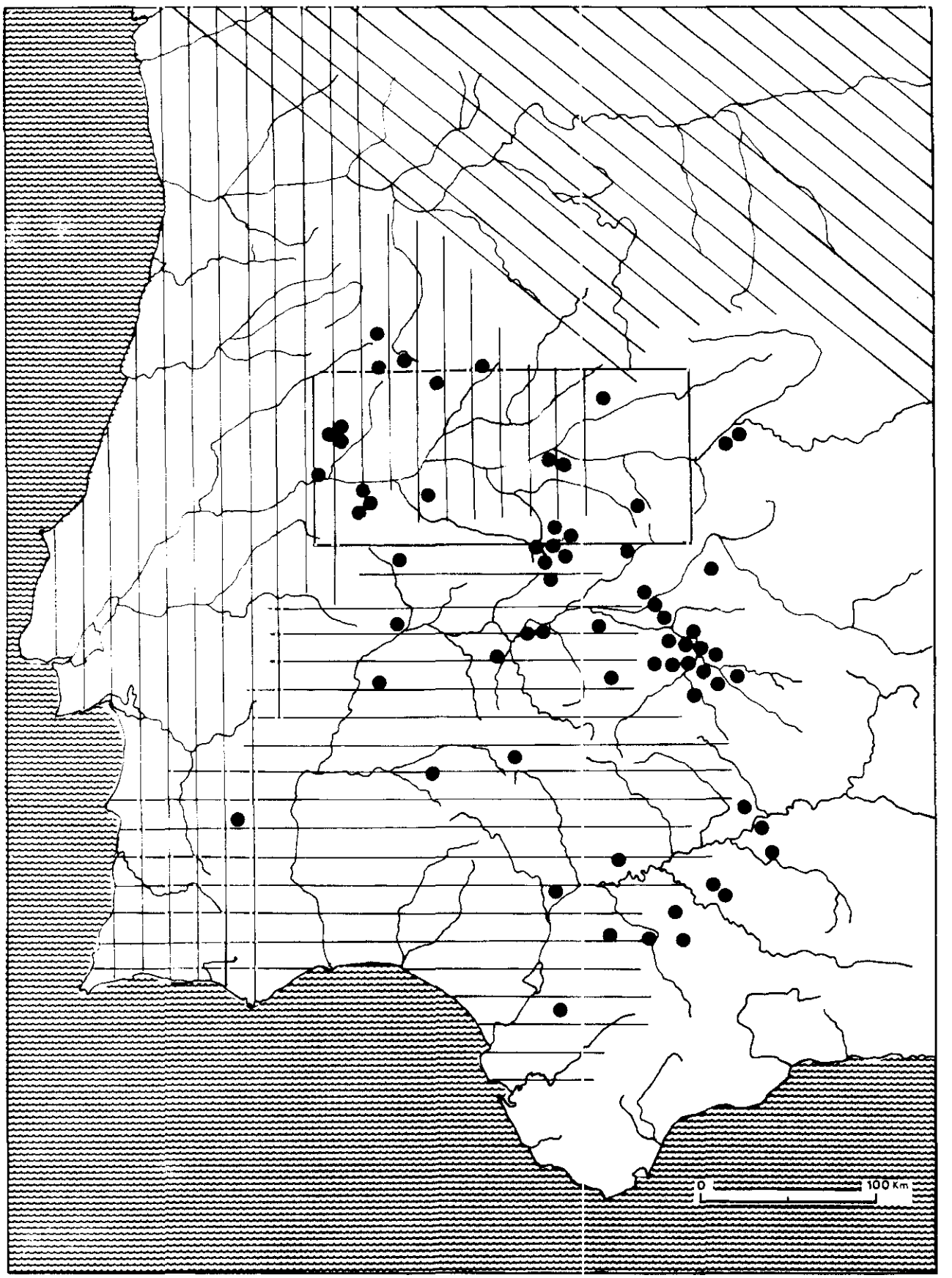


Fig. 16.- Mapa de dispersión de las estelas de guerrero, entre la fachada atlántica, la zona de Cogotas I y los grupos del Suroeste.

a la Edad del Hierro, siendo imposible ajustar más su cronología.

De todas formas puede resultar interesante relacionar algunas de las estelas con algún yacimiento a los que hemos aludido al comienzo de este capítulo. Ese es el caso de las tres estelas de S. Martinho, situadas junto al poblado con materiales del Bronce Final y el Hierro Inicial; las tres de Valencia de Alcántara, aparecidas en la ladera y las inmediaciones del poblado del Cofre donde existen cerámicas del Bronce Final. Una relación similar encontramos en la de Brozas, aparecida en las inmediaciones del poblado de la Atalaya, en este caso un asentamiento del Hierro Inicial aunque algunos de sus materiales se pueden remontar al Bronce Final. En el caso de la estela de Almoharín, se encontró en la ladera del Cerro de S. Cristóbal (Galán, 1993: 99) en cuya cima existió un poblado del Bronce Final y un castro del Hierro inicial. Estos 8 casos confirman la cronología ya propuesta aunque no ayudan a precisarla, a pesar de que por primera vez se señala la relación directa entre poblados y estelas.

Lo realmente interesante al analizar el conjunto de las estelas del Suroeste es el poder señalar la existencia de agrupamientos zonales, porque ello permite distinguir cómo la cuenca extremeña del Tajo presenta unos rasgos comunes frente a otras áreas, realidad que puede estar más vinculada a la existencia de un territorio con entidad geográfica que a diferencias cronológicas importantes.

Para analizar la relación de las estelas con el territorio resulta de gran interés el reciente trabajo publicado por Galán (1993). Su análisis de las agrupaciones de estelas le llevan a considerar como un grupo con entidad propia el formado por aquellas que aparecen en torno a la cuenca del Tajo, coincidiendo en ello con los autores que habían abordado el tema antes. Son las llamadas "estelas-panoplias del Valle del Tajo" (Galán, 1993:38 y ss.) y lo interesante de este estudio es que en él se aprecia que su distribución en ese espacio coincide con el de los accidentes naturales que delimitan nuestra zona de estudio. Esos límites geográficos están marcados por la Sierra de Gredos y de la Estrella por el Norte, la Sierra de las Villuercas por el Este, la Sierra de Montánchez al Sureste y cuenca del Guadiana al Sur, es decir, las barreras naturales que separan este tramo del Tajo de las áreas colindantes (Fig. 16).

Al profundizar en los lugares donde se ubican, Galán señala que aparecen en las zonas de vado por las que se accede desde el Guadiana a la cuenca del Tajo o en los

pasos de la sierra para ir desde ésta a la Meseta (1993: 39), puntos que ya hemos indicado que también atrajeron a los poblados, de ahí que en algunas ocasiones hayamos podido documentar la directa relación entre unos y otras.

De todo ello nos interesa destacar:

1. Las estelas aparecidas en torno a la cuenca del Tajo delimitan un territorio que está bien definido por las barreras naturales que lo envuelven, situándose en los mejores lugares para salvarlas (un fenómeno similar se había puesto de manifiesto al analizar la dispersión de los monumentos megalíticos en este mismo territorio (Galán y Martín, 1991-92).

2. Aunque únicamente en determinados casos su dispersión coincide con la del poblamiento, se observa el mismo interés por controlar zonas de paso o caminos naturales, además de puntos desde donde se divisan y son divisados amplios territorios.

3. Los objetos representados en ellas, al margen de que sean reflejo o no de una posesión real, ponen de manifiesto idéntica confluencia de corrientes culturales que también señalamos al estudiar, por ejemplo, los objetos metálicos y las cerámicas. Ese cruce no es exclusivo de la cuenca del Tajo, pero sí resulta evidente que, al Norte de Gredos, los influjos mediterráneos son en este momento todavía tenues y van debilitándose hacia el Norte. Lo mismo sucede con las influencias atlánticas, menos perceptibles cuanto más nos adentramos hacia el Este.

4. Es posible que sea, por tanto, una zona crítica, bisagra entre los grupos de la Cultura de Cogotas I (hoy se acepta que penetraron hacia el Sur en grupos pequeños buscado quizás pastos (Delibes y Romero, 1991-92: 242)), las poblaciones de la fachada atlántica y los que habitaron el Suroeste. De ahí que puedan entenderse como la respuesta de unos grupos locales, posiblemente sus élites, que se encuentran situados entre ámbitos culturales diferentes pero cada vez más interrelacionados, al producirse esa intensificación de los intercambios puesta ya de manifiesto por diferentes autores (Ruiz-Gálvez, 1990: 80; Galán, 1993: 61 y ss.).

En general, el área de dispersión de las estelas coincide con esa amplia franja, aunque el fenómeno se expanda hacia otros extremos; curiosamente, la proliferación de estelas con elementos mediterráneos hacia el Oeste de la provincia de Cáceres y la cuenca del Guadiana coincide con las zonas por donde posteriormente se canalizarán las

influencias tartésicas hacia la Meseta, frente al mayor distanciamiento que acusará el centro de la cuenca. En ese sentido no hay que olvidar que las estelas de la cuenca del Tajo son las de cronología más antigua, según han propuesto Almagro-Gorbea (1977: 186) y Celestino (1990 y 1995: 70) entre otros, en función de los objetos que en ellas se representan, extendiéndose con el tiempo hacia la cuenca del Guadiana y Guadalquivir, donde aparecen tipos más complejos (Almagro-Gorbea, 1977: 191; Celestino, 1990: 54), en un solar donde después van a surgir importantes enclaves orientalizantes que, en cambio, serán muy escasos en el centro de la cuenca del Tajo.

III.7.- LAS BASES ECONOMICAS Y SOCIALES DEL BRONCE FINAL.

Las mejores vías para llegar a conocer la economía y la sociedad de esta época son la observación del medio natural que rodea a los poblados, los débiles rastros dejados en el registro arqueológico por los animales y plantas consumidos, las escasas herramientas de trabajo que conocemos y las referencias indirectas que nos proporcionan fenómenos como los de atesoramiento de riqueza en oro o en productos exóticos.

El proceso de crecimiento económico que esas evidencias revelan no es un fenómeno que se iniciara en el Bronce Final de forma repentina, porque el desarrollo de los grupos humanos no es más que un *continum* con fases de aceleración y retrocesos. Pero es cierto que es a partir del siglo XII-XI a. C. cuando algunos individuos se preocupan por destacar su primacía sobre el resto del grupo mediante la ostentación de riqueza, plasmada en los impresionantes torques de oro o, en los últimos momentos del Bronce Final, la posesión de objetos tan raros como el ámbar (Vilaça, 1995: 228). Veamos cuáles son las bases económicas que lo sostenían.

En los últimos años se viene señalando que el espectacular desarrollo de la orfebrería en la fachada atlántica coincide con una fase de mejoras en la producción agrícola que tuvieron consecuencias inmediatas sobre el aumento de la productividad de los suelos y la consiguiente sedentarización de la población (Ruiz-Gálvez, 1992; De la Peña, 1993). Ese proceso de reorganización de la agricultura se conoce bien en Inglaterra y centroeuropa, donde se ha podido constatar la introducción de nuevas plantas como

el haba o un nuevo utillaje que permitió sembrar en tierras más productivas de lo que hasta entonces se había podido cultivar (Ibidem; Sherrat, 1993: 34 ss.). Pero no podemos utilizar abusivamente ese modelo que parece común a la fachada atlántica y aplicarlo a las tierras de la cuenca media del Tajo, donde faltan los análisis polínicos o las evidencias de campos cerrados que sí se pueden leer por ejemplo en el paisaje inglés.

La Alta Extremadura se caracteriza por un clima templado donde tiene su asiento natural el bosque mediterráneo de encinas y robles. Los únicos datos para reconstruir el medio ambiente de la época proceden de los yacimientos de la Beira, donde aparecen como era de esperar pólenes de encinas, pero mezclados con gran cantidad de herbáceas y de jaras (Cistus ladanifer) que evidencian la degradación del bosque (Vilaça, 1995: 370 y 390). Un poco más al Norte, en la Sierra de la Estrella, también se ha podido documentar que durante el Bronce Final se produjo una intensificación del retroceso del bosque (Senna-Martínez, 1994: 220). Idéntica degradación se ha documentado en yacimientos al sur del Guadiana, donde se constata el progresivo aumento de las especies de matorral junto al encinar (Pavón, 1995: 41).

Estos datos nos permiten ver que el bosque está siendo aclarado sistemáticamente y ello sólo puede ser consecuencia de la intervención del hombre para ganar terreno donde sembrar, lo que nos habla de un proceso de intensificación agrícola. Pero los claros se debieron abandonar pronto para dejar a la tierra descansar y recuperarse, lo que permite que las jaras inicien la colonización de las zonas abandonadas. El proceso debió ser aún más acentuado en las cercanías de los poblados de sierra, donde las pendientes favorecen el rápido deterioro del suelo una vez que desaparece la cobertura vegetal y sólo las especies de matorrales pueden prosperar.

Los escasos indicios para saber qué sembraran y, en consecuencia, qué comían estas gentes nos los proporcionan algunas semillas aparecidas esporádicamente en las excavaciones. En los poblados de la Beira se han recogieron granos de cebada (Hordeum vulgare L.) (Vilaça, 1992: 26), pero de momento no se ha documentado el haba, leguminosa que favorece la fijación del nitrógeno evitando que los suelos se agoten, que sí se cultiva en cambio en poblados al sur del Guadiana (Pavón, 1995: 41). No sabemos qué importancia tendrían en la dieta los productos cultivados, lo cierto es que también se recogían y se almacenaban en el poblado las bellotas (Vilaça, 1992: 26), que pudieron

ser una importante reserva alimenticia fácil de obtener. El dato es interesante porque este fruto se podría conseguir en las inmediaciones de los núcleos habitados sin obligar a sus habitantes a grandes desplazamientos, mientras que sembrar en las abruptas pendientes de gran parte de los poblados que conocemos no parece tarea fácil ni viable salvo en muy pequeños rellanos que habría que abandonar por otros nuevos cada año.

Los útiles de trabajo no parecen haberse modificado substancialmente en esta época; en los poblados hemos recogido dientes de hoz, láminas y azuelas de piedra, que junto a instrumentos de madera debieron constituir los únicos elementos empleados en las faenas del campo. La utilización del bronce en el instrumental agrícola debió ser muy reducido (no olvidemos que incluso en época medieval los arados seguía siendo de madera endurecida al fuego y los textos apenas recogen referencias de instrumentos de metal destinados a cultivar la tierra, Duby, 1985: 19).

No cabe duda de que la mejor manera de aprovechar el bosque o el matorral que rodea a los poblados es mediante la cría de ganados y en estas zonas de sierras o riberos el que mejor se adapta es el ovicaprino. Por ello son enormemente reveladores los análisis faunísticos de los huesos recogidos junto a los hogares de Moreirinha, Monte do Frade y Alegrios ya que nos informan de que los rebaños debieron tener un peso destacado en la economía del Bronce Final pues demuestran que los ovicaprinos, los bóvidos y los cerdos se consumieron de forma habitual en los poblados (Telles, 1992: 34; Vilaça, 1992: 24). La ganadería tiene la ventaja de no estar sujeta a la tierra ni depender tanto de ciclos climáticos; son una reserva de alimentos y riqueza; además, en el caso de bóvidos y ovicaprinos generan una serie de productos secundarios como los lácteos, la lana o el cuero que complementan la dieta o producen bienes que se pueden acumular para intercambiar (Sherrat, 1981; Harrison, 1993: 296). Sería interesante poder comparar el tamaño de los rebaños que se mantenían en los poblados del Bronce Final con los de épocas anteriores, porque así sabríamos si se produjo un incremento respecto a épocas más antiguas paralelo al de intensificación de la producción agrícola. A falta de ese dato tan sólo podemos indicar que la cabaña ganadera la componían animales domésticos de pequeño porte (Telles, 1992: 34 ss.) y que es significativa la ausencia de animales salvajes en los poblados excavados en la Beira (Idem).

La ausencia de vestigios de caza en los poblados se contradice con las

representaciones de escenas cinegéticas de una de las estelas de S. Martinho. De momento, habrá que esperar a que más datos arqueológicos ratifiquen o desmientan la ausencia de animales silvestres en los poblados de esta época.

En cualquier caso, el progresivo impacto de la acción antrópica sobre el paisaje es una clara muestra de que las fuerzas productivas, ganadería y agricultura, están en fase de crecimiento. A pesar de ello no conviene perder de vista que parte de los recursos consumidos se obtendrían de la recolección de todo aquello que el medio le ofrece, los frutos, tubérculos o plantas comestibles que no dejan huella en el registro arqueológico, pero podemos intuir porque cuesta menos esfuerzo conseguirlos cerca de los poblados que conocemos de lo que cuesta mantener una tierra cultivada.

Este desarrollo de las bases de subsistencia fue favorable para el crecimiento de otros sectores de la economía como el artesanado, que sin duda se vio favorecido por la existencia de unos excedentes que animaron los circuitos de intercambio y posibilitaron el desarrollo de la demanda de objetos de metal. Durante el Bronce Final hemos visto como proliferaron una variada tipología de instrumentos metálicos vinculados con la guerra y la ostentación pero también de pequeños hallazgos cotidianos que evidencian el despegue de la metalurgia del bronce. Junto a los objetos de metal se documentan, en contextos del siglo X-IX a. C. (no calibrados) los primeros objetos de hierro, sin duda llegados como piezas exóticas como lo hizo el ámbar, pero que son un claro síntoma del enriquecimiento de las élites que han tenido acceso a esos productos lejanos.

Como **conclusión** a todo lo dicho en este capítulo queremos destacar:

1. La cuenca extremeña del Tajo ocupó una posición marginal en las redes de intercambio atlánticas, en las que sólo se integró la zona más occidental.

2. A pesar de ser un territorio tan al interior, se convirtió en zona estratégica al ser paso ineludible para el tránsito Norte Sur, desde Andalucía a la Meseta y las zonas estanníferas y auríferas del Noroeste, lo que supuso un enriquecimiento cultural del que son reflejo todas sus manifestaciones materiales.

3. Los grupos locales se vieron favorecidos por esa coyuntura que permitió la

consolidación de una minoría que controla la riqueza. Son probablemente los "señores de la guerra", tal y como se representan en las estelas, aunque los verdaderos resortes del enriquecimiento se apoyen en el aumento de la productividad agrícola y ganadera y el poder controlar los intercambios de materias primas, entre ellos los minerales, y objetos de lujo.

4. El aumento de la riqueza trae consigo la necesidad de defenderla y desencadena la competitividad entre los diferentes grupos. Esa fue la causa que, sin duda, originó que los poblados se sitúen en lugares inexpugnables, puesto que no parece que únicamente el afán de divisar amplios territorios les llevara hasta allí, sobre todo cuando hemos constatado que el mismo dominio visual lo habrían podido ejercer desde sitios de más fácil acceso.

Están, por tanto, puestas las bases para que en esos mismos sitios comiencen a construirse las murallas que dan lugar a la aparición de los castros. Sin duda para ello fue necesario que a los factores expuestos se les sumaran las nuevas tensiones que originará la progresiva introducción del hierro, que comienza a ser habitual en poblados como Moreirinha o el Berrueco a partir del siglo IX, y la paulatina desmembración de las redes de comercio atlántico frente a la consolidación de la nueva influencia mediterránea. Pero con eso hemos flanqueado ya el umbral de una nueva época que trataremos a continuación.

IV.

EL HIERRO INICIAL

A partir del siglo VIII a. C. empiezan a aparecer rasgos que anuncian una nueva estrategia de ocupación del territorio, que será la evidencia arqueológica que mejor nos informe sobre los cambios que se están produciendo en la sociedad. Para poder apreciarlo es preciso que conozcamos en primer lugar las características de los nuevos asentamientos y los elementos de su cultura material. Después los confrontaremos con los poblados orientalizantes de la zona del Guadiana y el resto de las zonas colindantes, para poder determinar en qué medida la población se benefició de esas influencias y cómo respondió a los nuevos tiempos.

Ahora bien, antes es necesario precisar el significado del término "orientalizante". Con él queremos hacer referencia a un fenómeno cultural producido por efecto de la colonización fenicia del litoral de la Península Ibérica, semejante al ocurrido en otras áreas mediterráneas, que produjo la asimilación de influjos orientales entre la población indígena [1]. En el área del Guadalquivir, ello cristalizó en el desarrollo de una sociedad con un sistema socio-económico, ideológico y cultural muy característicos a la que se denomina "tartésica". Por tanto, el término "tartésico" lleva implícito no sólo un significado cronológico y cultural, sino geográfico. De ahí que cuando hablemos del proceso general de asimilación de influjos mediterráneos (como ciertos rituales, avances técnicos, representaciones, etc.) hablemos de "orientalizante", mientras que cuando esos influjos procedan directamente de la sociedad tartésica (como la escritura, la cultura material, la población, etc.) los señalemos expresamente con el calificativo de "tartésico".

Por otra parte, el término orientalizante alude a un fenómeno cultural que se inscriben en un marco cronológico determinado, desde el siglo VII al V a. C. A ese

[1] El término se viene aplicando casi desde comienzos de siglo para el Mediterráneo (Poulsen, 1912: 83), fundamentalmente en la Península Itálica (Pallottino, 1963: 223) e Ibérica, donde existe una amplia bibliografía en la que se discute el contenido del término orientalizante (Almagro-Gorbea, 1977, matizado por ejemplo en 1983 y 1991; Aubet (1977-78; 1989; 1994) o Bendala (1985) entre otros muchos).

espacio de tiempo nosotros lo denominamos Hierro Inicial, por lo que hay que insitir en que ésta es una terminología cronológica, necesaria para hacer referencia a una época, al margen de los procesos culturales acontecidos en ella.

Por ello conviene desechar la postura tradicionalmente adoptada en la investigación protohistórica extremeña de considerar sinónimas ambas terminologías [2]. Consideramos imprescindible limitar el uso del término orientalizante a fenómenos o manifestaciones culturales que reflejen la llegada de influencias desde el mundo mediterráneo, sin obviar que existió un mundo indígena que a penas se vió afectado por ellos, al que haremos alusión con el genérico apelativo de poblaciones del Hierro Inicial.

IV.1.- LOS POBLADOS DEL HIERRO INICIAL.

Comenzamos este capítulo describiendo aquellos poblados en los que las cerámicas y las evidencias constructivas muestran que estuvieron habitados durante el Primer Hierro. Algunos ya habían sido ocupados en el Bronce Final y se habló de ellos en el capítulo anterior, por lo que ahora tan sólo se mencionarán las estructuras que se encuadren en esta nueva fase.

Sería necesario tener cortes estratigráficos donde se documentara cuándo se empezaron a fortificar los poblados; más interesantes serían aún las excavaciones en área para conocer cómo fueron esos asentamientos y analizar sus diferencias respecto a los del Bronce Final. Pero no contamos ni con unas ni otras[3], por lo que nuestra información se limita a los datos documentados en superficie. Por ello creemos que la mejor manera de extraer la máxima información es analizarlos individualmente, deteniéndonos en la descripción de las construcciones y el resto del material arqueológico que aparece en superficie, porque de ello derivará el resto del estudio.

---

[2] Es significativo que en la Carta Arqueológica de Extremadura no se diferencien esas dos opciones y cualquier evidencia encuadrable cronológicamente en el Hierro Inicial se catalogue como orientalizante.

[3] Aunque se ha intentado, la Junta de Extremadura no contempla la posibilidad de realizar sondeos que complementen a las prospecciones.

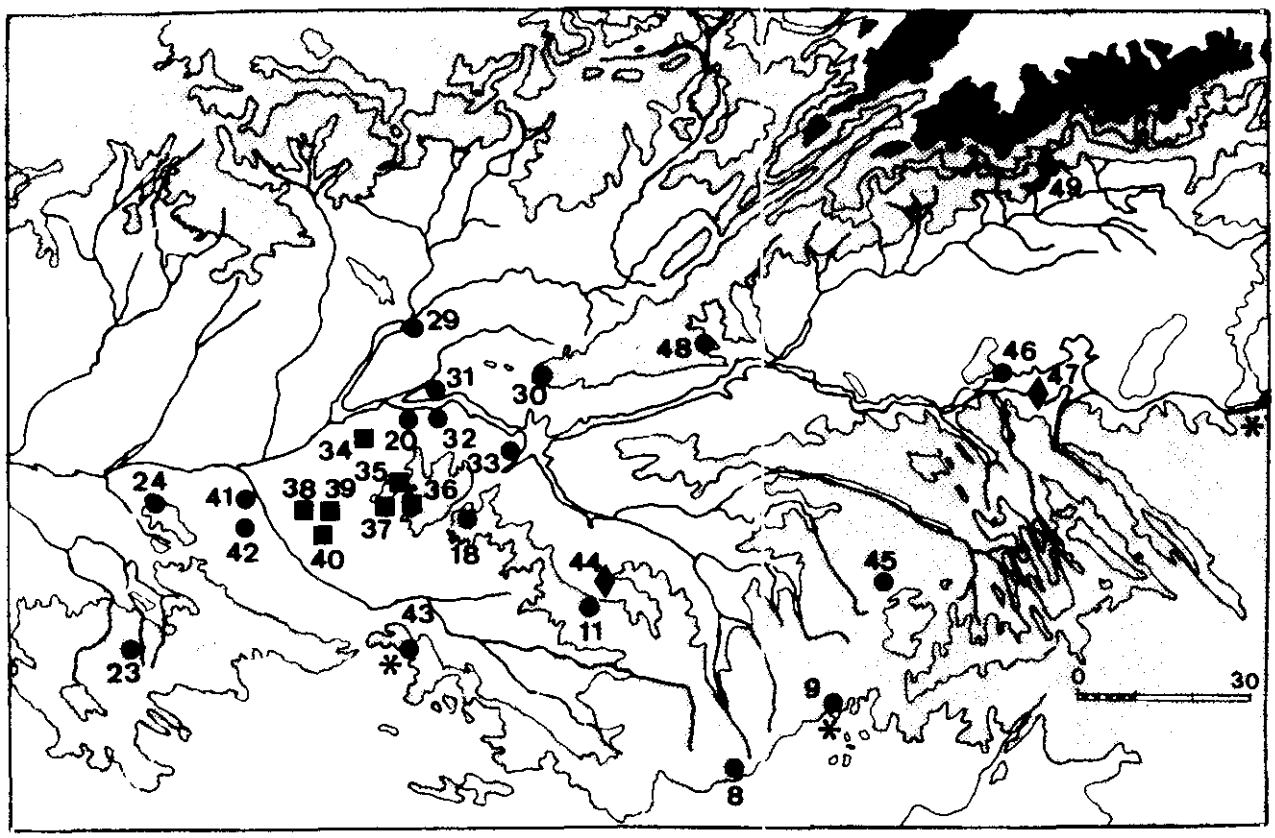


Fig. 17.- Mapa con la situación de los poblados del Hierro Inicial: (●) castros (■) poblados abiertos (◆) yacimiento orientalizante (*) enterramientos femeninos orietalizantes.

Para facilitar el acceso a la información y dar coherencia a todas las descripciones, siempre se va a seguir el mismo esquema de análisis tanto en estos poblados como en los del perito siguiente: se comienza con el nombre y las coordenadas del yacimiento, seguido de la situación, emplazamiento, visibilidad, entorno ambiental, descripción de las construcciones visibles y, en último lugar, el material recogido en superficie. La numeración de los yacimientos sigue un orden de distribución geográfico empezando por el extremo Noroeste para continuar donde termina la numeración del Bronce Final; en el caso de que el yacimiento ya haya sido citado, se mantiene el número que se le dio en el capítulo anterior (Fig. 17).

29.- EL Periñuelo (Ceclavín). (39° 53' N. 6° 44' 10''W.Greenwich. Hoja 621 I.G.N.).

Este yacimiento está enclavado en el extremo occidental de la Sierra de la Solana, situado en la última elevación de una cresta de cuarcitas que corona toda la sierra, a 500 m. s.n.m.A sus pies discurre el río Alagón encajonado en la cota de los 200 m. Por tanto, existe una diferencia de 300 m. de altura entre el castro y su entono, separado además por cortados casi verticales donde hacen sus nidos las águilas, lo que da una idea del valor estratégico y de fortaleza natural del sitio (Fig. 18,1).

Desde él se domina visualmente un amplísimo territorio, pues es uno de los puntos más altos de la comarca, por lo que la vista se pierde hasta alcanzar alguna de las sierras que la rodean, como la de Gata, al Norte, o Sta. Marina-Mirabel al Este.

El acceso al poblado es muy difícil por todos lados, pero como el extremo Oeste cae sobre el río, el único practicable es el del lado Este. Allí existe, delante del castro, un foso natural que pudo ser retocado para mejorar sus características, pues las paredes presentan cortes casi verticales. Además, todo el poblado está rodeado de muralla, de la que se conservan sólo los derrumbes de piedras de cuarcita. Detrás del foso aparecen acumulaciones de piedras mayores que las del resto del perímetro, que pudieron formar parte de un torreón que protegiera la entrada, hoy totalmente derruido. El resto de los paramentos también se conservan muy mal por lo que únicamente podemos apuntar que se utilizaron los bloques de cuarcita para construir las caras exteriores, con el interior relleno de abundante tierra.

Dentro del yacimiento se aprecian acumulaciones de adobes con algunas piedras que proceden de las viviendas. La cerámica no es muy abundante y aparece tan alterada que resulta difícil saber si realmente está fabricada a mano o ese aspecto es fruto del desgaste de la superficies. Tan sólo un fragmento presentaba decoración a cepillo, similar a las encontradas en yacimientos de Inicio de la Edad del Hierro. Otras cerámicas, en cambio, están fabricadas a torno y apuntan una cronología avanzada dentro ya del Hierro Pleno.

30.- La Silleta (Cañaveral) (39° 48' 20'' N. y 6° 24' 30'' W. Greenwich. Hoja 650 I.G.N.).

Pequeño castro situado en la zona más alta de la Sierra del Arco, a 823 m. de altura, ocupando un espacio amesetado bien delimitado por crestones cuarcíticos de paredes prácticamente verticales (Fig. 18, 2). El acceso es francamente difícil, resuelto actualmente por una pista forestal que lleva directamente al poblado, pues justo encima de él se han colocado hace pocos años varias antenas de radio y televisión que lo han semidestruido.

Desde este prominente emplazamiento en la cresta de la sierra se divisa todo el espacio comprendido entre la Sierra de Gata, al Norte, y la de San Pedro, al Sur, es decir, toda la penillanura que rodea a la cuenca del Tajo. Además, se controla el camino natural que desde el vado de Alconétar se dirige al Puerto de los Castaños, casi a los pies del poblado, para enfilar hacia el Norte siguiendo la falla de Plasencia.

El poblado está defendido por una muralla que arranca desde el extremo Norte de los afloramientos y vuelve a unirse a ellos por el Sur, delimitando un espacio de aproximadamente 0.6 Ha. Todo el flanco Este, donde están los crestones, carece de muralla. En algunos tramos se conservan las dos caras, de paredes rectas, donde se ha podido constatar que la anchura media es de 2.80 m. La puerta de acceso debió estar en la zona Este, justo en el tramo arrasado por las máquinas que han abierto el camino para acceder a las antenas.

El interior del poblado está totalmente alterado por las construcciones adosadas a las antenas y los desechos de ladrillos utilizados en ellas camuflan el material arqueológico de superficie, por lo que no se pudo recoger ningún fragmento.

31.- Peñas del Castillejo (Acehuche). (39° 46'20'' N. y 6° 41' 56'' W. Greenwich. Hoja 649 I.G.N.).

Este poblado se asienta en la orilla derecha del Tajo, separado 5 km. en línea recta del yacimiento de la Muralla y 3 km. del Castillón de Abajo, que analizaremos a continuación. Se eligió para situar el poblado una elevación de sólo 267 m. sobre el nivel del mar, cuando existen otros más altos un poco más alejados del río. La razón que

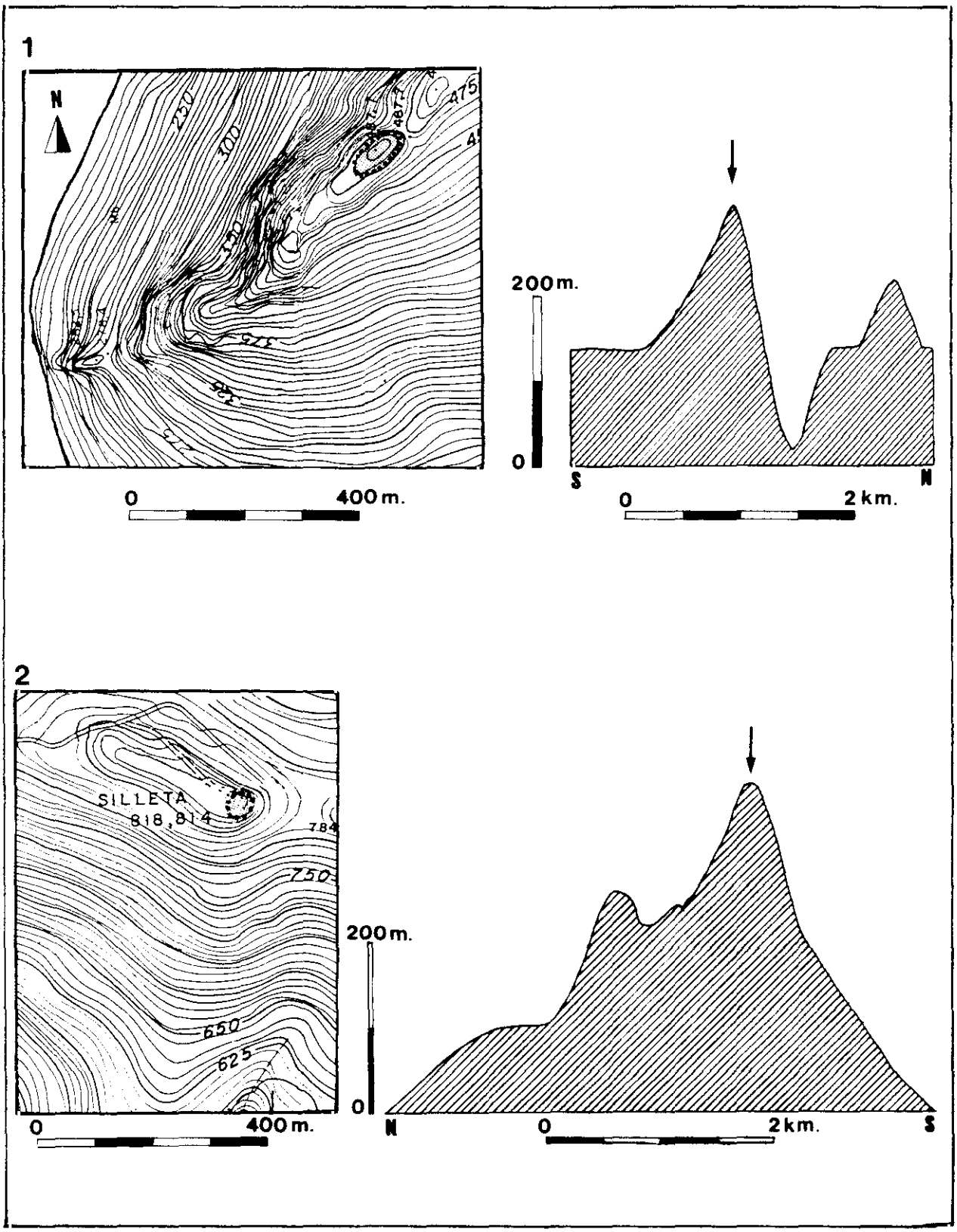


Fig. 18.- Croquis y perfil topográfico del castro del Periñuelo (1) y La Silleta (2).

justifica este emplazamiento es que la visibilidad que se ejerce desde las Peñas del Castillejo no se solapa con la de los otros dos yacimientos, pues desde aquí se dominan las "zonas obscuras" de los otros yacimientos. Al existir una diferencia de cotas tan grande entre los yacimientos anteriores y el nivel de las aguas, hay zonas desde las que éstas no se divisan; son precisamente esos tramos los que se ven desde este último (Fig. 19).

Los restos constructivos son escasos y difíciles de adscribir a un perito concreto. Aparecen muros realizados con bloques de granitos que se han conservado únicamente donde están bien protegidos entre afloramientos rocosos, que posiblemente rodearían el yacimiento. La cerámica es escasa, pero toda está realizada a mano, con pastas de tonos obscuros y superficies sin tratar, similar a la que aparece en los castros.

32.- El Castillón de Abajo (Alcántara). (39° 45' N. y 6° 40' 55'' W. Greenwich. Hoja 649 I.G.N.).

Es un yacimiento situado sobre una elevación formada por afloramientos de granitos, rodeado por los regatos de Castillones y de las Tres Fuentes, que vierten sus aguas al Alcalfe, afluente del Tajo (Fig. 19, 2). Frente a él existe una zona donde el cauce del Tajo se ensancha notablemente, formándose en el medio una gran isla que facilita el trasiego de una margen a la otra. Incluso hasta nuestros días se ha mantenido la importancia de este enclave como punto de tránsito; hasta la construcción del embalse de Alcántara existió aquí una barcaza que transportaba pasajeros de una orilla a la otra, que aparece señalada en la Hoja 649 del mapa 1:50.000 de I. G. C. como Barca de Ventura. Por tanto, parece que el interés del emplazamiento estaba en divisar este tramo del río y su vado, que coincide con el punto más lejano que se controla desde el yacimiento de la Muralla. El resultado es una perfecta adecuación para divisar todo este trecho del río desde los dos yacimientos (Fig. 19).

La prospección reveló la existencia de cimentación de muros en la parte baja del cerro, lo que permite intuir la presencia de un recinto de muralla que lo rodeaba. Pero estas escasas evidencias no son suficientes para que su trazado sea visible en las fotografías aéreas que estamos utilizando, por lo que no podemos reconstruirlo. A pesar

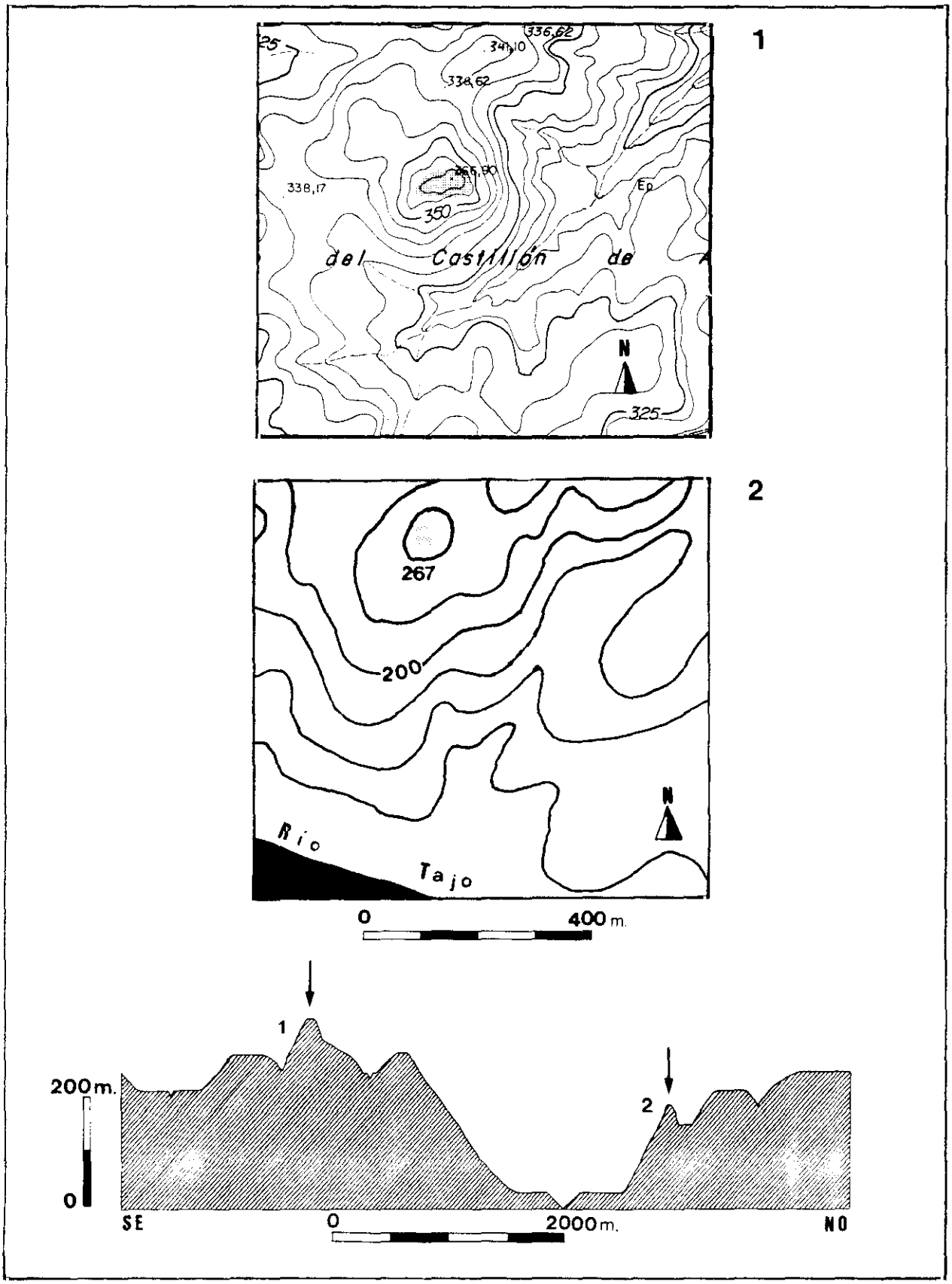


Fig. 19.- El Castillón de Abajo (1) y Peñas del Castillejo (2), situados en ambas márgenes del río Tajo.

de no tener un dibujo de la planta, por los trabajos de campo podemos señalar que la superficie que ocuparía este asentamiento es inferior a 1 Ha.

La cerámica de este yacimiento está hecha a mano y cocida en atmósferas reductoras. Las pastas, de tonos marrones, en algunos casos obscuros y en otros más anaranjados, tienen abundantes desgrasantes de cuarzo y mica.

20.- La Muralla (Alcántara). (39° 4' 30'' N. y 6° 44' 14'' W. Greenwich. Hoja 649 I.G.N.).

Este yacimiento ya vimos que estuvo ocupado durante el Bronce Final, indicando que se sitúa sobre una meseta que se encuentra en la confluencia del Arroyo de Vacas con el río Tajo. La parte más alta se sitúa a 353 m. sobre el nivel del mar, totalmente inaccesible por los flancos rodeados por el río, que discurría encajonado en la cota de 120 m. antes de que se construyera el embalse de Alcántara, por lo que existe una diferencia de cota que supera en algunos puntos los 200 m. (Fig. 20).

Todo el poblado se rodeó de una muralla de tres recintos; una acrópolis rodea la parte más alta del cerro, de ca. 0.25 Ha y a ella se adosa un segundo recinto de unas 0.40 Ha. La cantidad de piedra desplomada de estos lienzos es ingente, alcanzando el derrumbe los 10 m. de altura y un espesor que oscila entre 3.40 y 3.80 m. La muralla exterior marca una línea de defensa que rodea toda la meseta, situándose al borde de los cortados hacia el Arroyo de Vacas y El Tajo; en la parte Sur y Sureste, la más desprotegida, el talud artificial provocado por los derrumbes mide casi 7 m. de largo y alcanzan una anchura de 10.5 m.

La superficie total amurallada es de 12, 58 Ha. La técnica de construcción fue la superposición de bloques de granito sin formar hiladas regulares; las de mayor tamaño se colocaron en las caras exteriores del muro, utilizando las más pequeñas para acuñarlas. El interior presenta un relleno de piedras más pequeñas colocadas sin forma determinada y unidas con tierra, alcanzando un espesor de 1.50 m. en el extremo SE. del recinto de la acrópolis, donde se conserva un tramo con varias hiladas de piedras "in situ". Estos restos no son suficientes para mostrar si los paramentos se construyeron

rectos o en talud.

Los accesos al interior del poblado se sitúan en los flancos Sur y Sureste, los únicos que no están rodeados por cursos de agua. La entrada Sur es una puerta en esviaje, en la que el pasillo a que da lugar este tipo de puertas tiene una longitud de 18.5 metros (Fig. 20). La otra puerta se construyó abriendo un vano de 1 m. de luz en la muralla, que en este tramo lleva una anchura de 1.25 m.; a 10 metros de esta entrada se levanta un torreón de tendencia circular de 19 m. de diámetro y en el lado opuesto se observan los derribos de probablemente otro más pequeño y peor conservado.

Gran parte del material arqueológico recogido en superficie son cerámicas a mano y no tiene formas significativas, pero existen algunos fragmentos con pastas más claras hechos a torno, entre ellos un borde ligeramente exvasado y una ficha recortada en cerámica, que permiten documentar que el castro estuvo ocupado hasta comienzos del Hierro Pleno. El dato es importante porque el complejo sistema defensivo es característico de una etapa muy avanzada del Hierro Inicial, incluso de comienzos del Pleno, por lo que nos permite señalar que fue en ese perito de transición entre una y otra fase cuando se construiría.

33.- Los Castillones de Araya (Garrovillas). (39° 40' 20'' N. y 6° 30' 56'' Greenwich. Hoja 650 I.G.N.).

Castro sobre un cerro de pronunciadas laderas situado en la horquilla que dibuja un pequeño regato al desembocar en la Rivera de Araya (Fig. 21,1). Desde él se domina todo el vado de Alconétar, en el Tajo, a pesar de que se encuentre a unos 5 km. de distancia, divisándose al fondo el paso de la Sierra de Cañaveral por el Puerto de los Castaños.

Toda la cima está bordeada por una muralla de bloques de granito que envuelve una superficie aproximada de 0.9 Ha. Se construyó aprovechando los afloramientos rocosos para apoyarla, de modo que en algunos tramos lo único necesario fue tapar los huecos entre ellos con un muro. El flanco más desprotegido es el del SO., por lo que se reforzó adosando otra línea de muralla casi paralela a la muralla principal y separada de ella tan sólo unos metros.

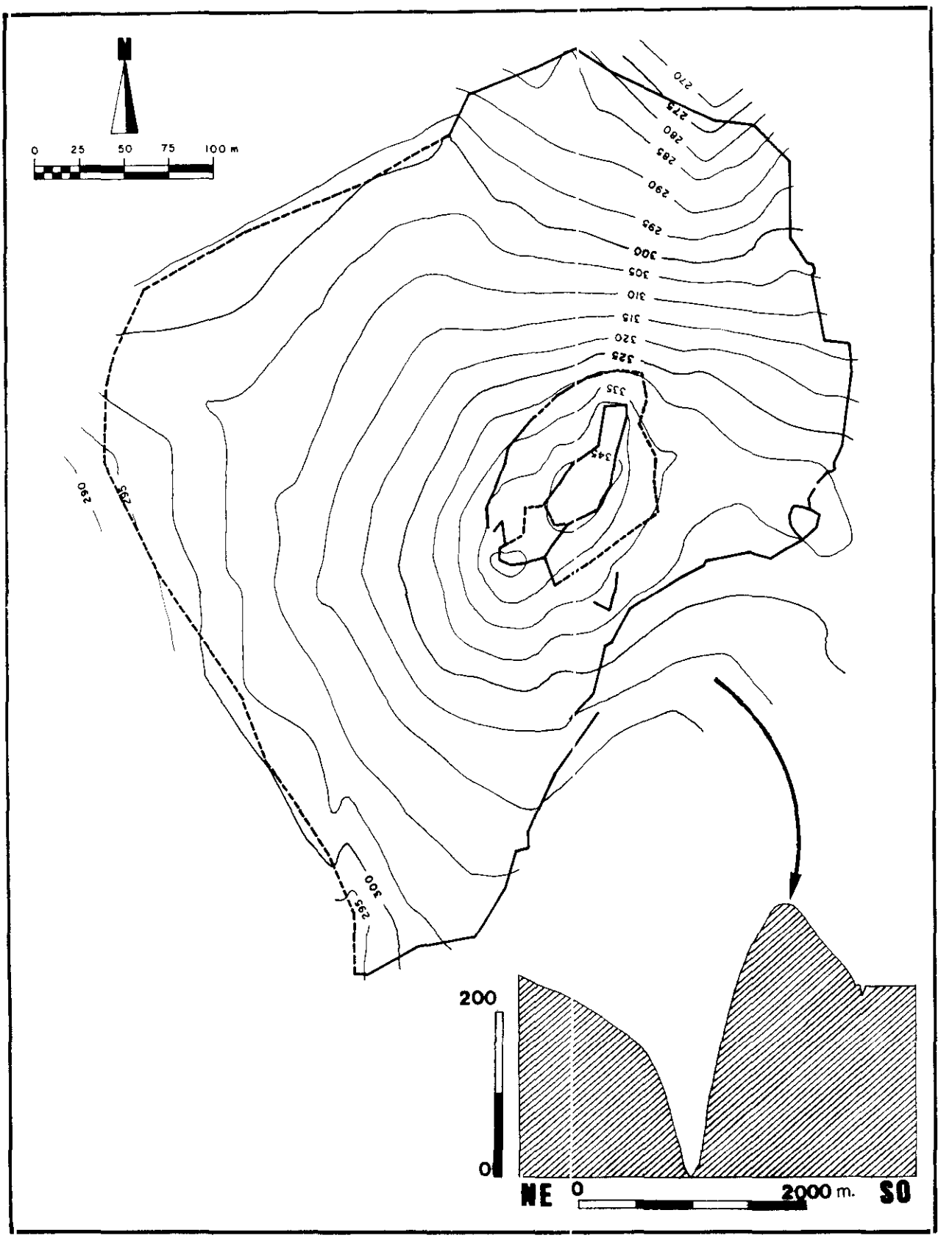


Fig. 20.- Levantamiento topográfico del castro de La Muralla de Alcántara y perfil de su emplazamiento.

El material arqueológico es muy escaso en el poblado y los únicos indicios de viviendas son algunos pequeños fragmentos de adobes. La cerámica se caracteriza por tener pastas groseras con abundantes desgrasantes, de tonos marrones o rojizos. Está fabricada a mano, aunque también apareció algún fragmento a torno, con la pared más fina y de color anaranjado.

18.-Pasto Común (Navas del Madroño). (39° 36' 20'' N. 6° 34' 30'' W. Greenwich. Hoja 677 I.G.N.).

Ya hicimos alusión a este yacimiento al hablar del Bronce Final. Se sitúa en la parte más alta de la Sierra de Santo Domingo, formada por un afloramiento granítico del Batolito de Araya que bordea la falla de Plasencia-Alentejo, a 9 km. del castro anterior. El poblado ocupa una pequeña meseta donde hoy se levanta el vértice geodésico de Pasto Común, a 519 m., rodeada por empinadas laderas (Fig. 21,2). Desde él se divisa la amplia penillanura cacereña, teniendo de fondo las Sierra de Cañaveral, al Norte, y de San Pedro, al Sur, donde también se localizan poblados fortificados.

El asentamiento está rodeado por una muralla de la que se conservan únicamente algunos derrumbes; en algunos tramos, incluso, la piedra ha sido utilizada para cercar terrenos por lo que se desdibuja su trazado. Todo el cerro presenta afloramientos de granitos que, como en otros casos, han sido aprovechados para apoyar sobre ellos la muralla.

La cerámica recogida está fabricada a mano, por lo general con las superficies sin tratar, aunque alguno lleva decoración a cepillo. También se localizaron dos molinos barquiformes en granito.

34.- Los Manchones (Mata de Alcántara). (39° 43' 40'' N. y 6° 47' 26'' W. Greenwich. Hoja 649 I.G.N.).

El rasgo más significativo de este yacimiento es que se sitúa sobre una pequeña elevación del terreno que apenas destaca sobre la llanura, a 360 m. sobre el nivel del

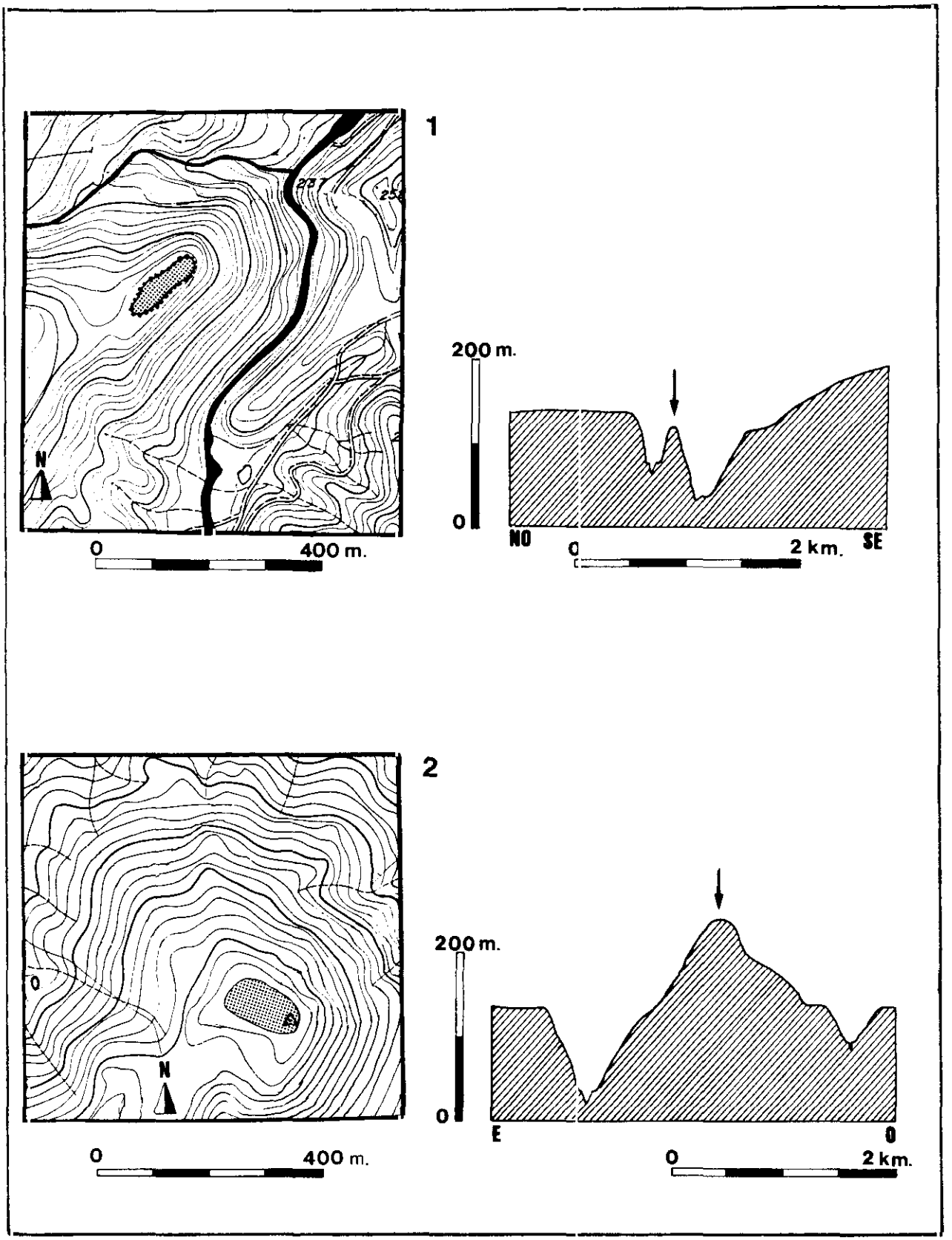


Fig. 21.- Croquis y emplazamientos de los castros de Los Castillones de Araya (1) y Pasto Común (2).

mar. Sin embargo, a sus pies se abre la cuenca de la Rivera de la Mata, que discurre por debajo de la cota de los 300 m., por lo que resulta ser un punto elevado sobre el terreno que tiene a sus espaldas. No existe ningún interés por contar con defensas naturales, ni se compensó esa carencia con defensas artificiales. La ventaja de este sitio es que cuenta con recursos de agua cercanos y se halla en un área en la que los suelos permiten tanto un aprovechamiento agrícola como el ganadero.

En este caso nos encontramos con problemas para identificar este enclave como un asentamiento, puesto que apenas aparecen en superficie restos arqueológicos que lo avalen. Los únicos vestigios localizados son un pequeño lote de fragmentos cerámicos hallados sobre una suave loma, donde no aparecían más huellas de la ocupación humana. Los fragmentos de cerámica que recogimos tienen la superficie exterior muy alterada, a pesar de lo cual se aprecia que están hechas a mano, con pastas poco decantadas y desgrasantes de gran tamaño. Las paredes son gruesas, de tonos marrones grisáceos, similares a las que aparecen en los poblados con muralla.

35.- Holguín (Brozas). (39° 37' 30'' N. y 6° 42' 25'' W. Greenwich. Hoja 677 I.G.N.).

En los cercados de ese nombre se localizó un yacimiento sobre una de las suaves ondulaciones del terreno que marcan la cota de los 400 m. No existe ningún resto de construcción ni nada que permita identificar el yacimiento salvo el que se encontraron algunas cerámicas en unos surcos recién abiertos por el tractor.

Los fragmentos recogidos están hechos a mano, son de aspecto tosco y tienen las paredes gruesas, aunque hay alguno más fino. Las pastas son de tonos marrones obscuros, tienen numerosos desgrasantes y son idénticas a las encontradas en los castros.

36.- Cerro de Mariperales (Navas del Madroño). (39° 38' N. y 6° 40' W. Greenwich. Hoja 677 I.G.N.).

En este lugar se encuentra el vértice geodésico llamado de Mariperales, de 462 m. sobre el nivel del mar; aunque su cima solo es unos 20 m. alta que el entorno su silueta es fácilmente divisable desde cualquier punto de alrededor. Por la misma razón,

desde lo alto de Mariperales se controla visualmente un amplio panorama.

Escasas evidencias de restos arqueológicos se encuentra sobre esta elevación; no se han podido documentar ningún tipo de estructura arquitectónica, ni defensiva ni doméstica. El único material arqueológico lo constituye la cerámica de superficie, relativamente abundante tanto en la parte alta como en las faldas del cerro. Toda está hecha a mano y sus pastas son de tonos marrones claros, con abundantes desgrasantes. Los tratamientos de las superficies están perdidos, pero en algunos fragmentos se aprecian restos del alisado y en otros un engobe marrón. Lo único que conocemos de las formas son los bordes, simples y redondeados sin diferenciar de las paredes.

37.- **Dehesa del Manzano (Navas del Madroño)**. (39° 38' 50'' N y 6° 40' 45'' W. Greenwich. Hoja 677 I.G.N.).

Sobre una pequeña elevación situada en la Dehesa de Manzano encontramos algunos fragmentos de cerámica en superficie, único testimonio de la existencia de un yacimiento. La escasa entidad del asentamiento, pues, puede estar relacionada con una ocupación no muy prolongado de este enclave, que pudo estar atraída por la existencia de fuentes de agua en las proximidades, ya que un regato corre muy cerca de ella y existe una fuente allí mismo.

El escaso material cerámico recogido, unido a la falta de cualquier otro vestigio arqueológico nos plantean serias dudas a la hora de estudiar este posible yacimiento. A pesar de ello, los pocos fragmentos mostraban idénticas características a los recuperados en otros poblados, lo cual es indicio suficiente para tenerlo en cuenta en el estudio. Son cerámicas a mano, de color marrón obscuro, con pastas poco decantadas que contienen abundantes desgrasantes de gran tamaño, lo que les confiere un aspecto tosco.

38.- **Lagarteras (Alcántara)**. (39° 35' 20'' N. y 6° 41' 25'' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Este yacimiento se encuentra en la finca llamada Lagarteras del Barco y Topete, sobre un montículo al borde del arroyo del Norejón, lo que le permite estar en un alto,

pero sin destacar excesivamente sobre el paisaje.

Tampoco presenta ningún resto de estructuras constructivas ni sistema de defensa, por lo que solo la cerámica de superficie nos reveló su existencia. Todos los fragmentos recogidos están hechos a mano, con pastas muy poco decantadas que contienen desgrasantes de gran tamaño. Los tonos de las pastas son marrones obscuros, aunque en algunos casos tienden hacia el anaranjado. Las paredes son gruesas y pocas veces se ha cuidado su aspecto exterior.

39.- La Atalaya (Brozas). (39° 33' 50'' N. y 6° 49'40'' W. Greenwich. Hoja 677 I.G.N.).

Como el nombre pone de manifiesto, el poblado se sitúa en un cerro que destaca sobre cualquier punto del entorno al elevarse la cima unos 30 m. sobre él. El enclave donde se asienta ofrece la posibilidad de ejercer un amplísimo control visual sobre la llanura que se extiende a sus pies, contando, además, con la garantía de estar protegido por las pendientes de la colina.

En el lado Norte existen restos de paramentos construidos con lajas de pizarras de mediano tamaño, asentadas sobre los afloramientos de la roca que podrían pertenecer a un recinto de muralla. En el resto de los flancos no se han conservado, lo que hace difícil su interpretación. En cualquier caso, envolvería a un poblado de pequeño tamaño, inferior a 0.5 Ha. de terreno.

La cerámica recogida está hecha a mano, con pastas poco decantadas con abundantes desgrasantes. Los tonos no son homogéneos, por lo que se puede observar toda la gama de marrones desde los más obscuros, incluso grisáceos, hasta casi rozar el anaranjado. Las superficies están alisadas en algunos casos; otras tienen restos de una aguada marrón claro. Desconocemos las formas de las vasijas, pues los fragmentos se reducen a la parte del borde, en su mayoría simples y redondeados. Las únicas excepciones son una olla globular de borde simple entrante y un plato poco profundo de borde simple recto. De todo el conjunto de cerámicas algunas parecen remontarse a la Edad del Bronce, aunque la mayoría se deben atribuir al Hierro Inicial, destacando incluso dos fragmentos hechos a torno más recientes. Las buenas condiciones estratégicas de este sitio justifican su reocupación en diferentes épocas.

40.- El Espadañal (Alcántara). (39° 36' N. y 6° 55' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Este poblado se asentó sobre un cerro que se alza unos 26 m. en medio de la amplia llanura de Brozas, pudiendo divisar su silueta desde varios kilómetros a la redonda, por lo que constituye un punto de obligada referencia en el paisaje.

No se han conservado evidencias del cerramiento del poblado mediante un recinto de muralla, aunque algunas lajas de pizarras todavía apoyadas sobre la roca madre en la ladera Norte permiten intuir su existencia. La extensión que ocupó este asentamiento es inferior a 0.5 Ha.; en superficie se ven abundantes fragmentos de adobes con improntas vegetales que testimonian la existencias de viviendas construidas total o parcialmente utilizando estos dos elementos. El empleo de la piedra debió limitarse a la muralla, puesto que solamente existen acumulaciones en la parte alta del cerro, donde los labradores han ido amontonándolas formando una "torruca"; no hay que olvidar que los afloramientos de la roca son poco importantes en las inmediaciones del yacimiento, donde predominan los suelos profundos.

Aparecen en superficie cerámicas hechas a mano, con pastas de tonos marrones claros, algunas anaranjadas, con abundantes desgrasantes de gran tamaño. Otras paredes, generalmente más estrechas, presentan pastas mejor decantadas y superficies cuidadas, alisadas y homogéneas. En algunos fragmentos se observan restos de engobe de color marrón claro; las únicas formas significativas son los bordes simples.

41.- El Castillón de Baños (Minas del Salor, Membrío). (39° 37' 30'' N. y 7° 01' 55'' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Es un poblado construido sobre un cerro de fuertes pendientes hacia los cauces del río Salor, del arroyo de Baños y otro pequeño arroyuelo, quedando un pequeño istmo al Sur que actúa de puente de unión con el entorno, único punto por donde se puede acceder a él (Fig. 22,1).

La posición que ocupa sobre el río le permite divisar unos 2 km. aguas arriba y abajo del yacimiento; sin embargo, la amplia visibilidad que existe sobre el cauce contrasta con la poca que se ejerce sobre las tierras de las que el yacimiento obtendría

los recursos de subsistencia. Esto se debe a que se halla sobre un punto que, aunque destaca en su entorno inmediato, está sumido en la depresión labrada por las aguas del río al encajonarse en el zócalo primario.

La muralla encierra una superficie de 1 Ha. aproximadamente, amoldando el trazado a la topografía del cerro. El espacio interior está compartimentado en dos recintos; el primero es de reducidas dimensiones y está separado del segundo mediante un tramo de muralla, con la finalidad de ofrecer una doble línea defensiva en la zona Sur, la de más fácil acceso, donde debió estar situada la entrada principal al poblado. El paramento externo, de perfil en talud, es el único visible; está construido a base de lajas de pizarra de mediano tamaño, muy desigualmente cortadas, unidas con barro. Las de mayores dimensiones se disponen en forma de pseudo soga y tizón, acuñadas por las más pequeñas, a fin de evitar corrimientos. Se cimentó sobre la roca en aquellos tramos donde ésta afloraba, preparada arrasando las desigualdades para que ofrezca una superficie lisa donde asentarla. Incluso se observa que se han rebajado verticalmente las caras externas a fin de hacer más inexpugnables los paramentos de piedra. En otros casos, la roca queda embutida en el propio muro, ahorrando esfuerzos en su construcción.

Existe una puerta pequeña en la parte Norte, de 0.50 m. de anchura, ligeramente en rampa, construida sobre una roca que se ha allanado para acondicionar el paso. La muralla tiene un espesor de 1.5 m. a ambos lados del vano y su ejecución es más cuidada en los dos paramentos que constituyen las jambas que en el resto de los lienzos. Prueba de ello es que el arranque de las esquinas está protegido con un bloque de pizarra hincado verticalmente y, al interior, las jambas se refuerzan apoyándolas contra un gran afloramiento pizarroso que quedó semiembutido en el muro. Sin embargo, la entrada principal estaría en el lado del istmo, donde existen importantes acumulaciones de derrumbes, posiblemente de algún bastión.

El material recogido en el interior del poblado se reduce a algunos fragmentos de cerámica hechas a mano, de aspecto muy tosco, pastas obscuras, en las que dominan los tonos marrones, con abundantes desgrasantes de gran tamaño. Las paredes no suelen presentar ningún tipo de acabado, salvo algunas superficies alisadas al exterior que contrasta con el interior rugoso.

Muy poco podemos decir respecto a las formas cerámicas, pues los únicos

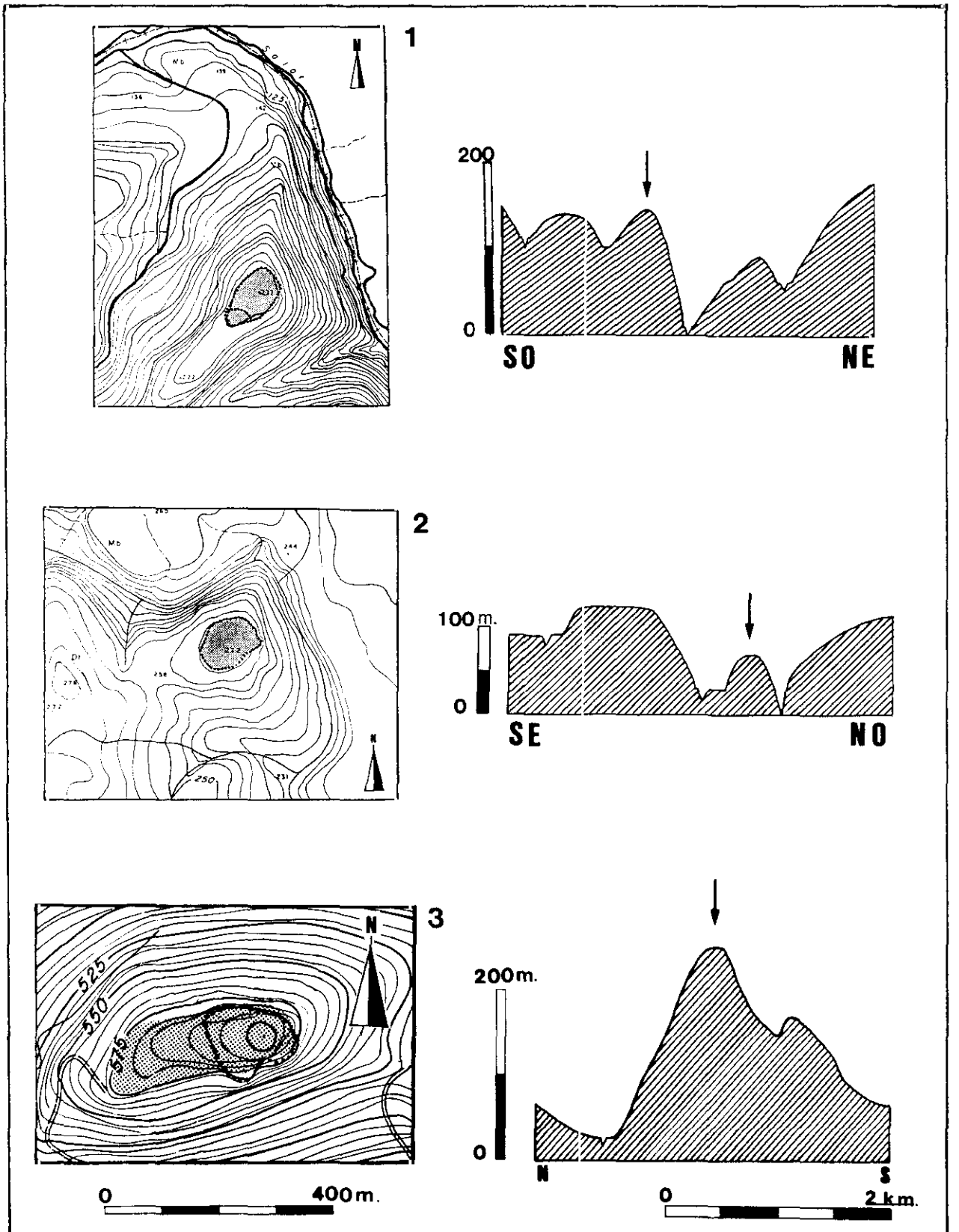


Fig. 22.- Castillón de Baños (1), La Natera (2) y La Cabeza del Buey (3) representados en croquis y con la sección de su emplazamiento.

fragmentos significativos se reducen a un borde simple con pared recta y un fondo plano. Tampoco conocemos las decoraciones, ya que solamente un fragmento de galbo, con la superficie exterior alisada, presentaba dos líneas paralelas incisas a modo de decoración. Algunos otros fragmentos parecen hechos a torno, por lo que el yacimiento pudo continuar habitado durante el Hierro Pleno y es probable que en un momento de transición entre una y otra fase se construyera su muralla.

42.- EL Castillejo de la Natera (Membrío). (39° 33' 50'' N. y 7° 02' 10'' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Este poblado está en la margen derecha de la Rivera de Membrío, afluente del Salor, en un recodo que dibuja su cauce, a unos 6 km. en línea recta del Castillón de Baños. Se sitúa sobre una pequeña elevación de 260 m. s. n. m. cuya ladera tiene más de cuarenta metros de cortado casi vertical hacia la rivera, que la envuelve prácticamente, aunque se accede a él fácilmente por el resto de los flancos (Fig. 22,2).

La muralla rodea totalmente al yacimiento, encerrando en su interior una superficie aproximadamente de 1 Ha. Está construida con la cara exterior en talud, a base de pizarras irregulares que en algunos casos llegan a ser verdaderos bloques más que lajas, unidos unos a otros con barro y piedras pequeñas. Se observa que los derrumbes son mucho mayores en la parte situada frente al istmo, pero no puede precisarse que existieran torreones.

Los escasos fragmentos de cerámica recogidos en este yacimiento pertenecen a recipientes fabricados a mano, con las superficies poco cuidadas y sólo un fondo a torno. Presentan paredes gruesas, de pastas poco decantadas, con abundantes desgrasantes generalmente de gran tamaño. Dominan los tonos marrones obscuros en las pastas, en algunos casos más grises en el interior, lo que implica cocciones en atmósferas reductoras. No conocemos el repertorio de formas de estas cerámicas, puesto que sólo hemos documentado fondos planos pertenecientes a vasijas de gran tamaño y un pie alto. Los materiales de este castro indican, igual que sucede en el yacimiento anterior, que estuvo ocupado también durante el Hierro Pleno. Por el tipo de emplazamiento, el de sus murallas y la aparición de algunos fragmentos ya a torno podemos situar este castro en

un momento de transición entre el Hierro Inicial y el Pleno.

23.- Virgen de la Cabeza (Valencia de Alcántara). (39° 20'15''N.y 7° 11' 35'' W. Greenwich. Hoja 701 I.G.N.).

Hemos denominado con este nombre al castro situado a escasa distancia de la ermita de Sta. María de la Cabeza, sobre una elevación granítica que alcanza los 662 m. de cota, en cuya cima se sitúa un vértice geodésico que lleva este mismo nombre. Se eligió para construir el poblado el cerro más abrupto y uno de los más altos de todos los que aparecen en el reborde Sur del batolítico granítico de Valencia en Alcántara, donde ya hicimos alusión a que existió un asentamiento del Bronce Final. Desde allí se divisa un vasto territorio, limitado a unos 20 km. al Suroeste y Oeste por la Sierra de S. Mamede y Sierra de S. Pedro respectivamente, pero que alcanza a divisar zonas situadas a unos 50 km. hacia el Noroeste y Sureste.

El sitio elegido para emplazar el castro tiene un acceso difícil, tanto por lo empinado de sus laderas como por la cantidad de afloramientos graníticos que dificultan el paso. En la cima, ligeramente amesetada, el número de afloramientos es aún mayor, lo que obligaría a construir las viviendas en los pequeños espacios libres que existen entre las rocas. Esa pequeña meseta se rodeó de una muralla levantada con bloques irregulares de granito, construida amoldando su trazado a la topografía y apoyando los lienzos sobre los bolos graníticos que quedan embutidos en la construcción. Es una obra cuidada, con especial esmero en las zonas donde la muralla gira para adaptarse a la forma del cerro, en las que se construyeron los lienzos bien cimentados sobre la roca, dejando incluso espacios preparados a modo de canalillos para el desagüe. En algunas zonas se conserva en pie todavía 0.5 m. de la cara externa y algo menos de la interna de los lienzos que son rectos y tienen aproximadamente 1.80 m. de anchura. Hacia la mitad del tramo Norte aparece un vano de 5 m., delimitado por bolos graníticos, entre los cuales aparecen un pasillo con piedras bien colocadas que pudiera ser una entrada empedrada para acceder al castro.

El material cerámico que aparece en superficie es abundante, concentrado sobre todo en las zonas de escorrentía de las aguas. Toda la cerámica está fabricada a mano,

de colores obscuros que van desde el negruzco a los tonos marrones. Aunque no aparecieron fragmentos con formas significativas, el conjunto de materiales señala que el poblado se ocuparía a finales del Bronce Final (*vid. supra*) y volvió a estarlo durante el Hierro Inicial, época en la que se construiría la muralla.

Quizás la pieza más importante de todo lo que se recogió fue un pequeño nódulo de hierro que confundimos a primera vista con escoria. Sin embargo, el análisis metalográfico que le realizó el Dr. Rovira ha permitido saber que no se trata de un residuo de fundición sino de metal ya listo para trabajar con él, aunque estos nódulos que se forman al preparar la torta se desechan. El dato es interesante porque es un indicio de que el proceso de transformación del mineral en metal se llevó a cabo en el yacimiento, donde posiblemente luego se transformaría en objetos. Por tanto, este testimonio suple la falta de datos de excavación y muestra que en estos poblados ocupados durante el Hierro Inicial se llevaba a cabo una metalurgia de hierro que continúa la tradición de talleres locales que se había iniciado en la fase anterior, como tuvimos ocasión de comentar al referirnos a los objetos de bronce y los nódulos de bronce que proceden de este yacimiento.

24.-Cerro de la Cabeza del Buey (Santiago de Alcántra) (39° 35' 10'' N. 7° 13' 30'' Greenwich. Hoja 675 I.G.N.).

Es uno de los múltiples crestones de cuarcita que se encuentran en las inmediaciones de la Sierra de Santiago de Alcántara, donde ya hicimos alusión a que existió un poblado de Bronce Final. Alcanza una cota de 591 m., existiendo otros puntos más altos en el entorno, pero ofrece la particularidad de tener dos plataformas amesetadas que, sin duda, favorecen el asentamiento de un poblado (Fig. 22,3).

Sobre las dos han aparecido numerosos fragmentos de cerámicas, aunque son mucho más abundantes en la plataforma superior. Esta zona está protegida por una muralla de lienzos rectos construida con bloques de cuarcita, que aprovecha los afloramientos para apoyarse en ellos. Su anchura alcanza 2.50 m. en los puntos donde todavía hoy se conservan bien los paramentos, medidos desde la cara exterior hasta la roca donde se apoya. En cambio, en la ladera Oeste no existen muros y la única defensa

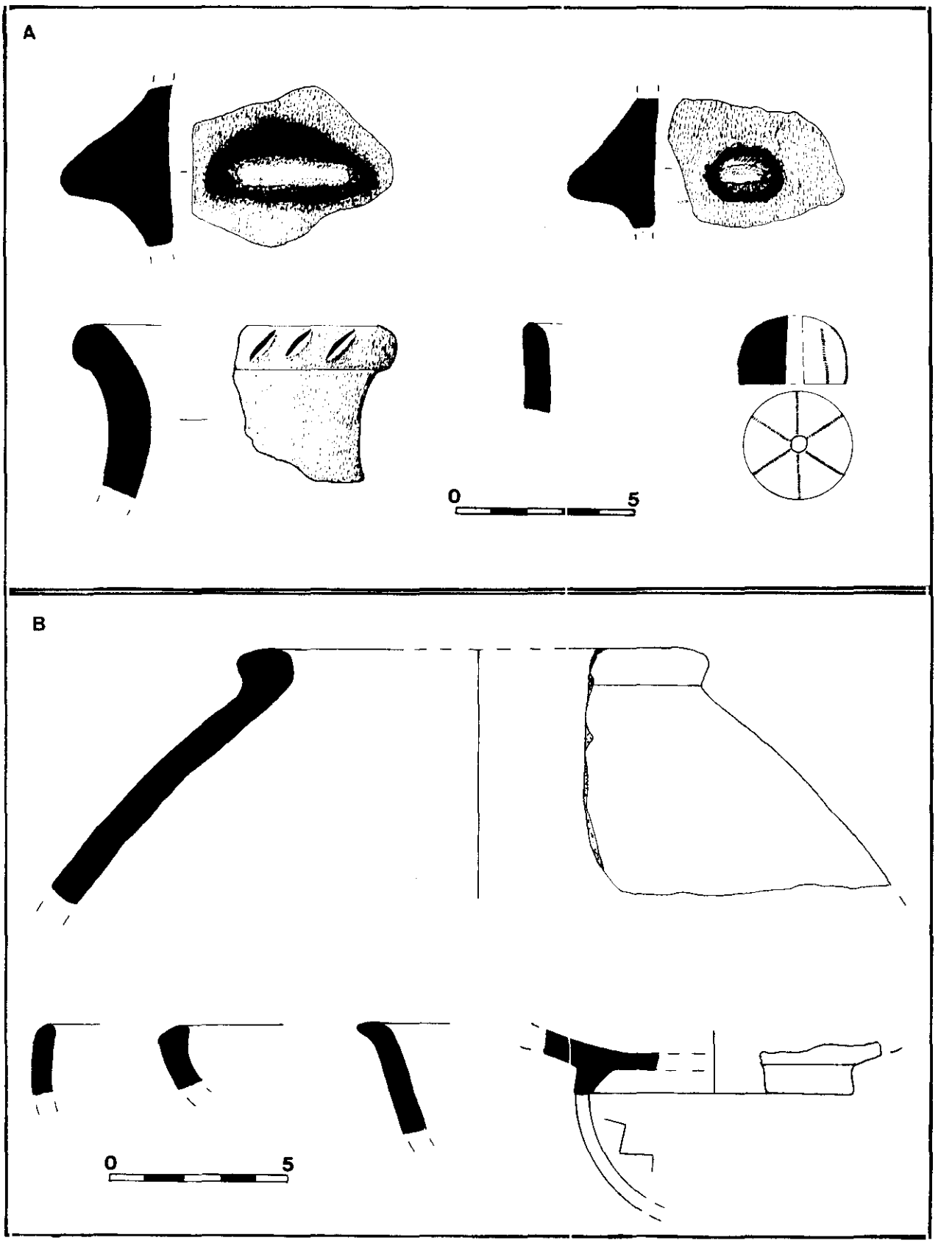


Fig. 23.- Cerámicas de La Cabeza del Buey (A) y el Aljibe (B).

son los cortados verticales de cuarcita, como sucedía en otros yacimientos similares. Aunque no podemos medir con precisión la superficie total rodeada por la muralla, ocupa una extensión entre 0.5 y 1 Ha.

Todos los fragmentos cerámicos aparecidos en superficie están fabricados a mano; entre ellos se recogieron dos grandes mamelones, dos fondos planos, un borde recto, otro ligeramente exvasado decorado con incisiones oblicuas y una fusayola decorada (Fig. 23, A). A pesar de que son escasos los fragmentos decorados, éstos son suficientes para situar al conjunto en un contexto de comienzos de la Edad del Hierro similar al documentado en otras regiones próximas a la extremeña (Blasco et alii, 1993).

43.- El Aljibe (Aliseda). (39° 25'N. 6° 42' 10'' W. Greenwich. Hoja 703 I.G.N.).

Es un poblado situado en uno de los extremos de la Sierra del Aljibe, una estribación de la Sierra de S. Pedro, justo a espaldas del pueblo de Aliseda. Ocupa la zona más alta de la sierra, donde se encuentra el vértice geodésico de 603 m.; pero, a su vez, aprovecha un amplio rellano que existe junto a los crestones para poder establecer el asentamiento.

Este punto es un lugar estratégico de primer orden, puesto que desde él se domina, hacia el Norte, toda la penillanura hasta la Sierra de Cañaveral; por el Sur, la Sierra de S. Pedro y los llanos que dan acceso a la cuenca del Guadiana. Por tanto es un enclave para divisar y, posiblemente, ser divisados desde muchos km. a la redonda.

Este poblado se rodeó de una muralla que por su construcción corresponde a la fase más moderna de su ocupación, ya durante el Hierro Pleno, aunque es posible que algunos tramos aprovechara otra anterior. El material cerámico es muy abundante por todo este cerro, donde pudimos recoger más de un centenar de fragmentos. Son numerosas las cerámicas a mano, algunas con superficies bien espatuladas y otras con la cara exterior cepillada. Aparecen también cerámicas a torno, algunas encuadrable en el Hierro Inicial (Fig. 23, B) y otras, con bordes vueltos y exvasados, ya típicas de la fase siguiente. Del conjunto nos interesa destacar la presencia de algunos fragmentos de platos grises de casquete esférico de tradición orientalizante. Por la forma del borde, uno de ellos puede clasificarse en el grupo 1C de la tipología elaborada por Lorrio (1988-89)

para los materiales de Medellín, lo que evidencia una fuerte relación entre este poblado y los enclaves orientalizantes de la cuenca del Guadiana.

Por su cercanía al lugar donde apareció el tesoro de Aliseda, en las faldas de este yacimiento (Mélida, 1921; Almagro-Gorbea, 1977: 204) es inevitable señalar que parte de las cerámicas recogidas parecen coetáneas. Si el famoso hallazgo forma parte de un enterramiento, es lógico pensar que el poblado al que se asocia sea el de la Sierra del Aljibe. Por ello conviene valorar de nuevo ese hallazgo a la luz que proporcionan los nuevos datos. En su momento fue considerado un enterramiento femenino por Almagro-Gorbea (1977:204), pero resultaba ser un caso excepcional y se desconocía el poblado. Hoy día, no sólo se puede asociar a un asentamiento sino que se conocen otros casos en la provincia de enterramientos femeninos según el ritual orientalizante, localizados en las faldas de un poblado indígena amurallado y en altura, como es el de Santa Cruz de la Sierra (*vid. infra*). En ambos casos, se da la circunstancia de que están junto a puertos que se convierten en excepcionales zonas de paso que se controlan desde dichos poblados, situados en las zonas de acceso a la cuenca del Tajo, de ahí la importancia de matrimonios mixtos entre los indígenas y los comerciantes tartésicos (Ruiz-Gálvez, 1992: 238), fenómeno ampliamente documentado en otras áreas de expansión del comercio mediterráneo (Coldstream, 1993).

11.- **El Risco (Sierra de Fuentes).** (39° 25'50''N. y 6° 17' W. Greenwich. Hoja 704 I.G.N).

Castro situado en el extremo Sur de la Sierra del Risco, aprovechando los escasos espacios amesetados que existen en aquella zona, en el mismo lugar donde con anterioridad se ubicó un poblado del Bronce Final. Aunque la construcción del Rádar Metereológico y la carretera que lleva hasta él ha alterado el poblado, todavía se aprecian los lienzos de muralla que cerraban al yacimiento.

El emplazamiento se caracteriza por ser un punto estratégico de primer orden, desde donde se disfruta de una enorme visibilidad sobre el entorno. A ello se suma la defensa natural que le proporcionan las empinadas laderas de este abrupto roquedo de muy difícil acceso.

La muralla está levantada con bloques de cuarcita unidos en seco, observándose cara al interior y exterior. Está construida entre los huecos que dejaban los afloramientos de cuarcitas, uniendo las crestas. En el flanco Este y Sur no parece que existiera muralla, pues los cortados verticales la harían innecesaria. En cambio, se conserva muy bien el trazado por el Oeste, el más vulnerable, donde las construcciones defensivas tienen gran envergadura; arranca cimentada en un crestón, continúa siguiendo la topografía del cerro hasta encontrar los afloramientos del lado Sur, donde se observa que se cimentó sobre las peñas hasta terminar en los grandes cortados donde interrumpe su trazado.

Las excavaciones realizadas en el poblado han confirmado que se ocupó durante el Bronce Final y el Hierro Inicial, documentándose estructuras de habitación de planta circular de esta última etapa (Rodríguez, 1994: 113 ss.).

Sin embargo, la mejor fuente de información sobre este yacimiento es un importantísimo lote de materiales de bronce depositados en el Museo Provincial de Cáceres. Aunque se desconoce su contexto, es imprescindible analizarlos porque estos objetos por sí mismos aportan una valiosa información sobre las relaciones del poblado con el exterior. El conjunto consta de las siguientes piezas (Fig. 24 y 25):

- Fíbulas: Se conocen 5 ejemplares, dos de doble resorte y otras tres anulares hispánicas. Ninguna de las dos fíbulas de doble resorte está completa; una tiene la aguja más uno de los resortes con cinco espirales y la otra, mejor conservada, el puente formado por un alambre de sección circular y parte de los dos resortes (Fig. 24, 1-2). Son idénticas a las documentadas en la Fase I de la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1991, fig. 7) y yacimientos orientalizantes de la cuenca del Guadiana, como la de Gargáligas o San Cristóbal de Badajoz (Enríquez, 1991, 182). En Medellín estas fíbulas se fechan entre el 625 y la primera mitad del siglo VI a. C. (Almagro-Gorbea, 1977: 413; Lorrio, 1988-89:309), por lo que éstas pueden tener una cronología similar. También en las necrópolis andaluzas como Setefilla (Aubet, 1975: 154) o Frigiliana (Arriba y Wilkins (1971: 197) son emblemáticas estas fíbulas que se fechan a comienzos del siglo VI a. C.

Las otras tres fíbulas son anulares hispánicas, de las que dos se conservan completas y la otra tan sólo tiene parte del anillo y del puente (Fig. 24, 4-6). Las dos que están completas son muy similares y se caracterizan por tener puente de cinta unido al anillo mediante un resorte de muelle del que arranca la mortaja y la aguja, mientras que

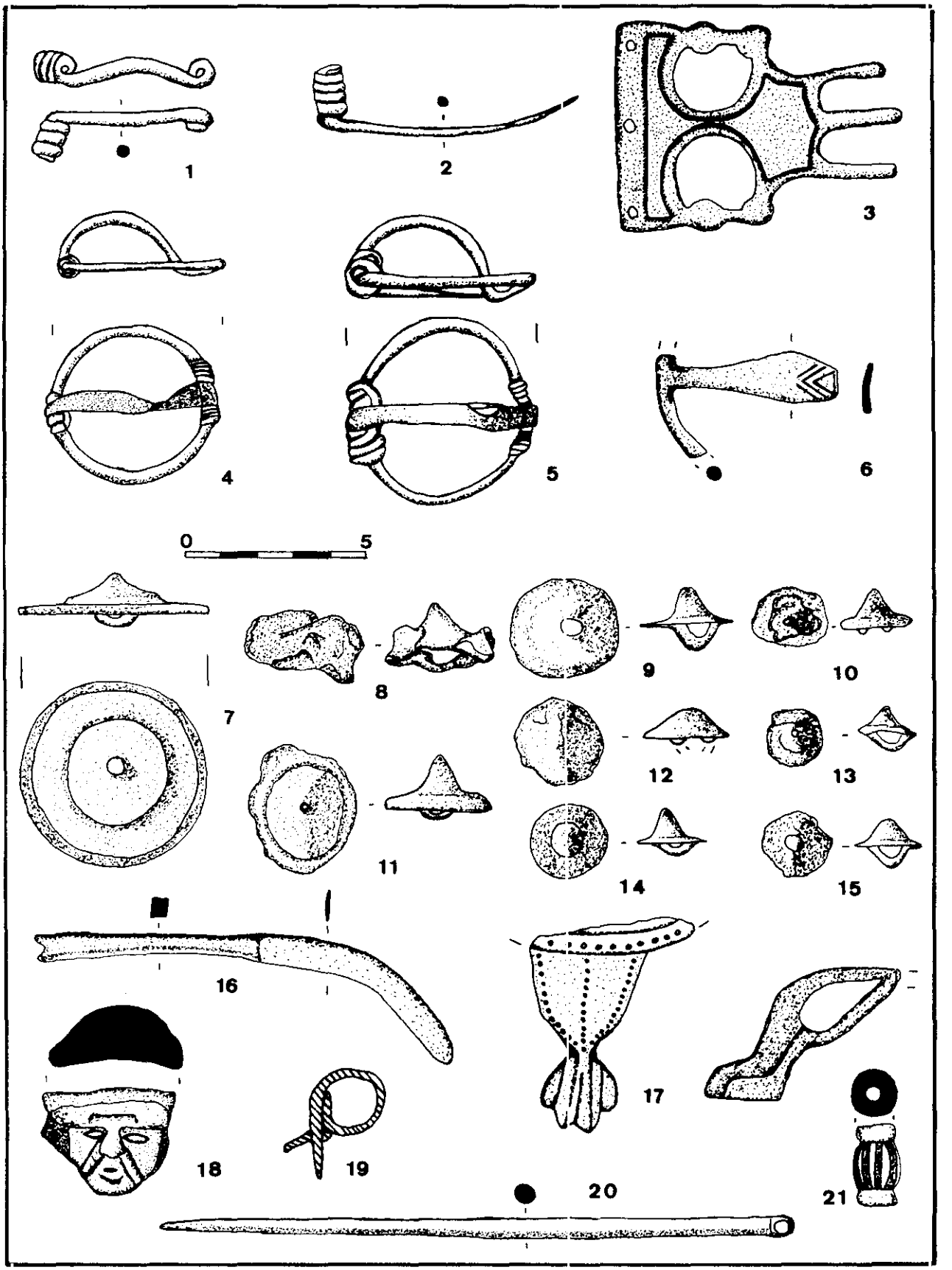


Fig. 24.- Materiales diversos procedentes del Risco.

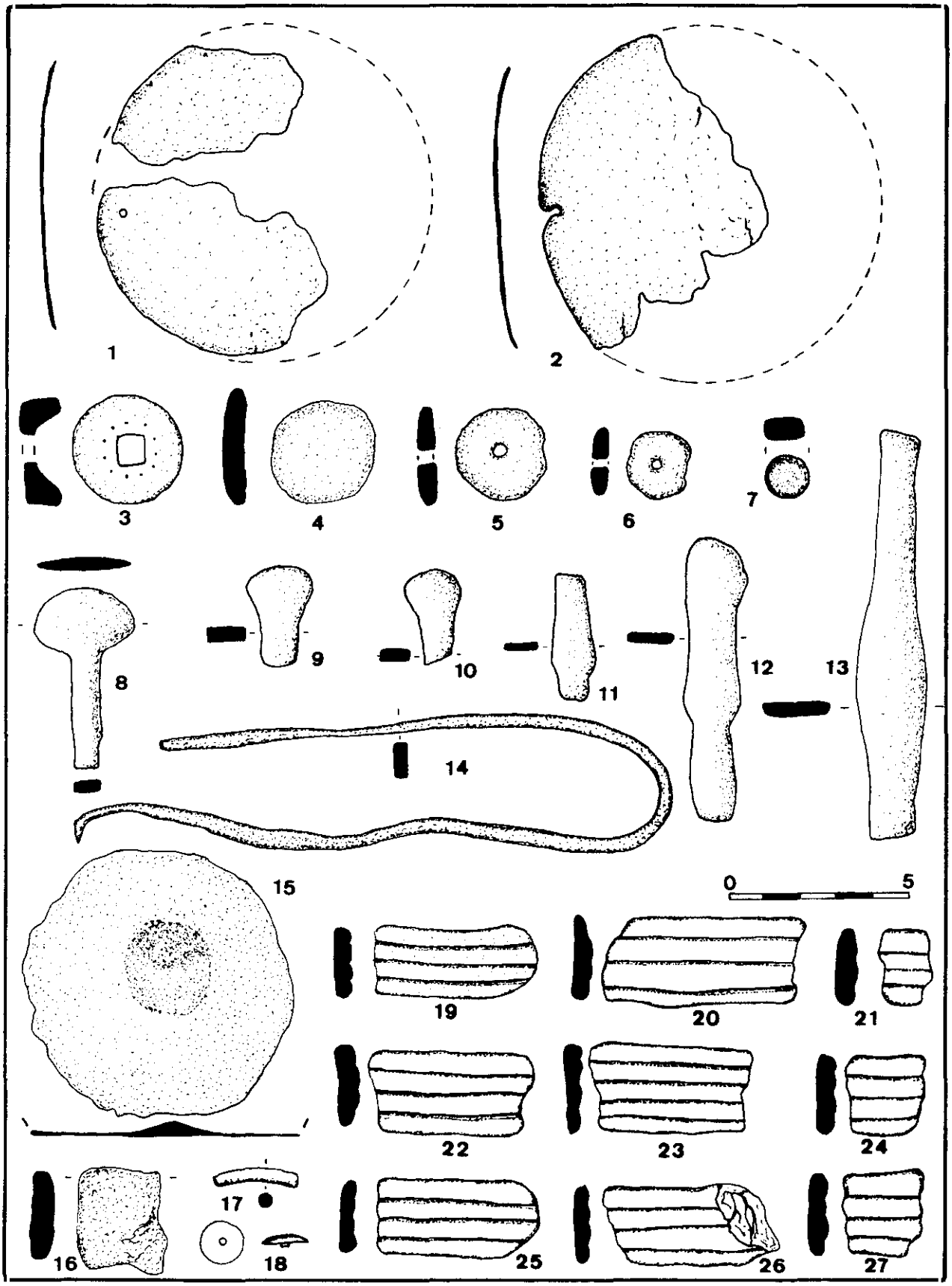


Fig. 25.- Platillos (1-2), ponderales (3-7), asadores (8-14), fondo de recipiente (15), lingote y elementos de plata (16-18) y fragmentos moldurados de bronce (19-27) del Risco.

en la tercera el puente forma una pieza única con el anillo y está fabricado con una chapita que se va ensanchando hacia el centro, donde lleva una decoración incisa a base de líneas oblicuas contrapuestas. Estos dos tipos de fíbulas se fechan durante el siglo V a.C. según Cuadrado (1957), aunque el parecido con las de Medellín lleva a situarla a comienzos de ese siglo (Almagro-Gorbea, 1977: 398) o finales del VI a C.

- Broche de cinturón: Se conoce tan sólo uno que está formado por una placa trapezoidal de la que arranca un cuerpo menor terminado en tres garfios (Fig. 24, 3). La placa tiene dos escotaduras laterales cerradas decoradas en los bordes de la placa con dos ensanchamientos circulares. Está adornada con una profunda línea incisa y un motivo sogueado junto a ella que contornea la parte interna de la placa y las escotaduras. En la base de la placa hay tres perforaciones circulares para unir el broche al cinturón.

La necrópolis de Medellín es el lugar más cercano donde aparecen estos broches, que se han podido datar allí a inicios del siglo V a. C. conviviendo con las fíbulas anulares hispánicas. El tipo de broche es parecido, aunque al estar incompleto el de Medellín no se pueden comparar con exactitud, pero sí hay que destacar que en el Risco se repite la misma asociación de materiales que en aquella necrópolis porque ello nos permite fecharlos en un momento similar y, además, intuir que estas fíbulas y el broche podrían proceder también de un contexto funerario, aunque sólo futuras excavaciones podrían confirmar tal supuesto.

- Posible fragmento de cuchillo de hierro del que sólo se conserva 1 cm. de la zona de transición entre la hoja y el enmangue, recubierta con una placa de bronce. Este tipo de pieza también es habitual en las necrópolis, lo cual refuerza la hipótesis de que parte de los hallazgos encontrados en el Risco tienen carácter funerario. La cronología de estos cuchillos es muy amplia, pero puede suponérsele una fecha contemporánea a las fíbulas y broches de cinturón, es decir, desde el siglo VI a principios del V a. C.

- Asadores de bronce: Se conocen 6 fragmentos de los que se conserva la parte proximal, bien el remate del enmangue o el cuerpo central del mismo, más otro del que se conserva el cuerpo del asador (Fig. 25, 8-14). Están realizados en una barra de sección rectangular que se ensancha en la empuñadura y, al final de la misma, remata en un apéndice plano de forma circular, tipo que se inscribe en el denominado grupo andaluz

por Almagro-Gorbea (1974: 378), aunque éstos son de un modelo simplificado en los que ya han desaparecido las aletas de la empuñadura (Fernández, 1982: 399). Como sucede con otros objetos de este yacimiento, son idénticos a los documentados tanto en el exterior del recinto de Cancho Roano (Celestino y Jimémez, 1993: 100) como en su interior (Maluquer, 1982). Estas piezas son características del ambiente orientalizante del Suroeste y su cronología es por tanto muy amplia, pero en el yacimiento deben fecharse entre el siglo VI e inicios del V a. C., en consonancia con la cronología que ofrecen otros objetos de este poblado y coincidiendo con la época de mayor difusión de estos instrumentos (Almagro-Gorbea, 1974; Celestino y Jiménez, 1993: 99), aunque Maluquer considera que pueden llegar hasta finales del siglo V (Maluquer, 1982: 192).

- Botones y discos: Han aparecido un total de 8 botones más un disco de forma similar pero de mayores dimensiones, algunos de los cuales estaban muy deformados al parecer por la acción del fuego, dado que están semifundidos (Fig. 24, 7-15). El disco tiene un diámetro de 53 mm.; le siguen en tamaño decreciente los botones de 35, 30, 22, 18 y 15 mm. de diámetro, todos con una forma cónica muy pronunciada en el centro y un estrecho reborde plano; en la parte inferior llevan una trabilla muy desarrollada por donde se fijaba el botón.

Estos botones y el disco son muy parecidos a los que se encuentran en Cancho Roano tanto en su forma como en el tamaño, (Maluquer, 1981: 66 ss.; Celestino y Jiménez, 1993: fig.29) hasta el punto de que parecen realizados en un mismo taller. Tradicionalmente han sido considerados como elementos de decoración de los atalajes de caballos y es posible que así sea, pero de momento no se conoce ninguna otra pieza en este yacimiento que se pueda relacionar con los arneses. En Cancho Roano estos botones están asociados en la habitación N-5 a cerámicas griegas datadas a finales del siglo V a. C. por lo que habría que datar los botones a lo largo de esa centuria, fecha que también pueden tener los del Risco.

- Ponderales: Existen tres piezas circulares de plomo, dos de ellas con perforación central, cuya finalidad pudo ser servir de pesas (Fig. 25, 4-6). Las dos que están perforadas pesan 7,7 gr. y 15,2 gr., es decir, una el doble que la otra. Hay que destacar, además, que estos pesos encajan perfectamente dentro del sistema metrológico que estaba en vigor por la misma fecha en Cancho Roano, ya que pesan aproximadamente

la mitad y la cuarta parte de la unidad de 31 gr. identificada por Maluquer (Maluquer, 1983: 84; Celestino y Jiménez, 1993: 106). Es interesante esta constatación porque parece ratificar el uso de un sistema de pesas y medidas común a los centros del periodo orientalizante en la región, que también se ha documentado recientemente en otros yacimientos como en el Turuñuelo (Jimenéz y Domínguez, e.p.).

Mayor interés tiene el hecho de que estos pesos cuadren con el sistema metrológico que presenta el shequel hispano-cartaginés, cuya unidad es de 7,5 gr. (Villaronga, 1979: 104). Esa unidad es básicamente la que caracteriza al sistema metrológico fenicio-púnico, con leves variaciones en todo el Mediterráneo desde Cerdeña (Zaccagnini, 1991: 344) hasta la Península Ibérica (Pellicer i Bru, 1982: 59).

Existe una tercera pieza discoidal que no está calada y pesa 25,2 gr., medida que no encaja con el sistema de valores anteriores.

Además de los ponderales se han recuperado 2 platillos de 8,5 cm. de diámetro hechos en una lámina de bronce muy fina y con dos perforaciones para sujetarlos, una frente a la otra (Fig. 24, 1-2). Las únicas piezas similares que conocemos proceden de Cancho Roano (Maluquer, 1981: 337, fig. 43) que Maluquer consideró platillos de balanza; por sus características y dado que ha aparecido el sistemas de pesas en el poblado, efectivamente podrían haber formado parte de una balanza de dos platillos.

A parte de los materiales mencionados, existen otras piezas de difícil clasificación por estar partidas o porque se desconoce su funcionalidad. Entre ellas destacan 9 fragmentos de placas rectangulares de 4 a 6 mm. de grosor, algunas muy deformadas por acción del fuego, que presentan una de las caras molduradas al llevar tres profundas acanaladuras que dejan en resalte 4 baquetones (Fig. 25, 19-27)). En principio parecen recordar a los remaches de manos que llevan algunos braseros de bronce orientalizantes, pero no parece que se amolden a ese tipo porque ninguno tiene el principio o el final que caracteriza a esas manos y porque resulta excesivo pensar que los 31 cm. que suman la totalidad de las placas podrían haber servido de remaches.

Apareció también un colgante formado por una esferilla central calada hecha con tiras de bronce que en los extremos se unen a una pequeña prolongación cónica por donde se ensarta la esferilla (Fig. 24). La forma del colgante es muy parecida a los aplique de suspensión que llevan soldadas en la parte superior las placas áureas de la

Sierra de la Martela, también de clara raigambre orientalizante. Debió ser una pieza pensada para ensartar en un collar o algún tipo de aderezo que desconocemos, sin duda llegado al poblado con las restantes piezas de adorno que hemos visto.

Se han encontrado también algunas argollas de bronce y de hierro, una especie de cuchillo de filo curvo en bronce (Fig. 24, 16), un lingote rectangular de plomo de 183,6 gr. y algunas pequeñas piezas de plata como un botón, un fragmento de argolla y un fragmento de lingote de plata informe (Fig. 25, 16-18), además de multitud de varillas de bronce que pudieron servir para acumular y transportar dicho metal.

En general estos materiales permiten conocer la intensidad de los contactos entre el castro indígena y el supuesto edificio orientalizante del Torrejo de Abajo que se encuentra en sus inmediaciones y otros enclaves redistribuidores como Cancho Roano. Como consecuencia de ellos se produjo la asimilación de las nuevas formas de vestir que introdujeron los comerciantes fenicios, plasmada en las fíbulas, broches de cinturón y otros adornos personales. Pero no sólo eso, si se confirma que estos objetos provienen de un contexto funerario supondría la asimilación de los rituales vinculados con el mundo de la muerte, al menos por algunos personajes destacados que se hacen acompañar de sus objetos de valor. Los asadores también parecen estar vinculados con algún tipo de ritual relacionado con la comida en común, como se comprueba en Cancho Roano (Celestino y Jiménez, 1993: 101) y en la mayoría de los hallazgos del Suroeste aunque no parece que estén asociados al culto a Hera como defiende Judice (1986: 37).

Sin embargo, es probable que las repercusiones más rápidas y profundas estuviera relacionadas con el mundo de la economía a raíz de la activación de los intercambios; en este sentido, la aparición de un sistema de medidas de peso que encaja con el utilizado en centros como Cancho Roano o el Turuñuelo ratifica la existencia de un sistema supraregional que se impuso desde los enclaves orientalizantes para facilitar el comercio, perdurando hasta finales del siglo V a. C., es decir, un siglo después de que el comercio tartesio hubiera desaparecido.

Estos datos coinciden con los obtenidos durante la excavación, en la que aparecieron cerámicas a torno de gran calidad que sus excavadores consideran de origen foráneo traídas a través del comercio (Rodríguez, 1994: 114). Toda esta información es de sumo interés porque ayudan a conocer la profunda interrelación que existió entre la

población indígena y los comerciantes llegados desde el mundo tartésico o su hinterland a la Alta Extremadura, donde hasta ahora a penas se había intuído la existencia de esos contactos. Además permiten ir perfilando la cronología de estos poblados del Hierro Inicial, bien datado aquí por los objetos orientalizantes durante el siglo VI y gran parte del V a. C. Sin embargo, sería de gran interés conocer cuándo se empezó a habitar este sitio después del Bronce Final o si hubo continuidad en la ocupación de este cerro.

44. El Torrejón de Abajo (Sierra de Fuentes). (39° 25' 42''N y 6° 12' 38'' W Greenwich. Hoja 704 I.G.N.).

A 6 Kms. en línea recta del castro del Risco se construyó el edificio del Torrejón de Abajo, fechado en el siglo VI a. C. (García-Hoz y Alvarez, 1991: 199). Está situado sobre una loma que se alza sobre la gran llanura cacereña-trujillana, en una zona de paso entre el vado de Medellín y el de Alconétar, por lo que los autores de la excavación han insistido en señalar que la ubicación del edificio en ese lugar pudo estar relacionada con el control de esa vía natural de penetración hacia el Norte (Gracía-Hoz y Alvarez, 1991: 203).

De este yacimiento se han excavado hasta el momento tres estancias rectangulares adosadas, a las que se accede por una entrada en codo precedida de una plataforma enlosada. La habitación más cercana a la puerta es la de mayores dimensiones y en ella apareció un lecho funerario que lleva en los extremos representaciones exentas de dos cabezas femeninas y dos prótomos de leones de tradición oriental (Ver infra, Toréutica). En las otras dos aparecieron grandes recipientes de almacenaje junto a cerámicas finas de importación.

El emplazamiento, la ausencia de construcciones defensivas, las formas arquitectónicas y los materiales que se encontraban en él son totalmente diferentes a los de los poblados indígenas. En cambio, recuerda al tipo de asentamiento orientalizante documentado en la cuenca del Guadiana (aunque de momento el único que presenta características similares es el de Campanario, que se encuentra en fase de excavación (Rodríguez, 1994: 114; Celestino, 1995: 81). Representa, por tanto, la llegada de comerciantes del mundo orientalizante a la cuenca del Tajo, si bien es verdad que es un

enclave muy concreto desde donde se controla una importante zona de paso en las comunicaciones Norte-Sur, por lo que sus excavadores consideran que el edificio estaría dotado de cierto carácter sacro (García-Hoz y Alvarez, 1991: 203) cuya misión pudo ser la de asegurar el desarrollo de una actividad comercial pacífica, como sucede en otros enclaves del área tartésica andaluza donde se ha podido constatar el importante papel desempeñado por los templos para poder desarrollar los intercambios en territorios que no están controlados políticamente (Aubet, 1990: 38).

9.- Sierra de Santa Cruz (Santa Cruz de la Sierra). (39° 19'35''N. y 6° 50' 35'' W. Greenwich. Hoja 731 I.G.N.).

Castro situado sobre el extremo Norte de la Sierra de Santa Cruz, aprovechando las inmejorables condiciones de defensa natural que le ofrecen los cortados verticales de los granitos (Fig. 26). Su cota es de 743 m., frente a los 843 m. que alcanza el pico más alto de la sierra, pero aunque no es el más destacado sí es el más resguardado y el que mejores condiciones reúne para el asentamiento de un poblado, pues su cima es bastante llana.

Santa Cruz es un "monte isla" (Gómez, 1985: 174) desgajado por el Este del macizo de la Sierra de Montánchez, que cierra la penillanura cacereña por el SE. Desde él se domina toda la llanura trujillana hacia el Norte y la depresión del Guadiana, hacia el Sur. Pero el interés fundamental de este sitio reside en que a sus pies está el Puerto de Santa Cruz, zona de paso hacia la cuenca del Guadiana por la desembocadura del Zújar, de ahí la importancia fundamental de este enclave controlando el paso hacia Andalucía.

Toda la ladera de la sierra se aprovecha actualmente para pastizal, pues los suelos están erosionados y no es factible otro tipo de aprovechamiento; en cambio, la parte baja está dividida en multitud de parcelas que estuvieron dedicadas al cultivo, lo que pone de manifiesto que existen suficientes recursos en el entorno del castro para mantener a una población estable. Tampoco existen problemas para el abastecimiento de agua, pues existen importante manantiales en lo alto de la sierra cuya agua incluso hoy día es utilizada en el pueblo.

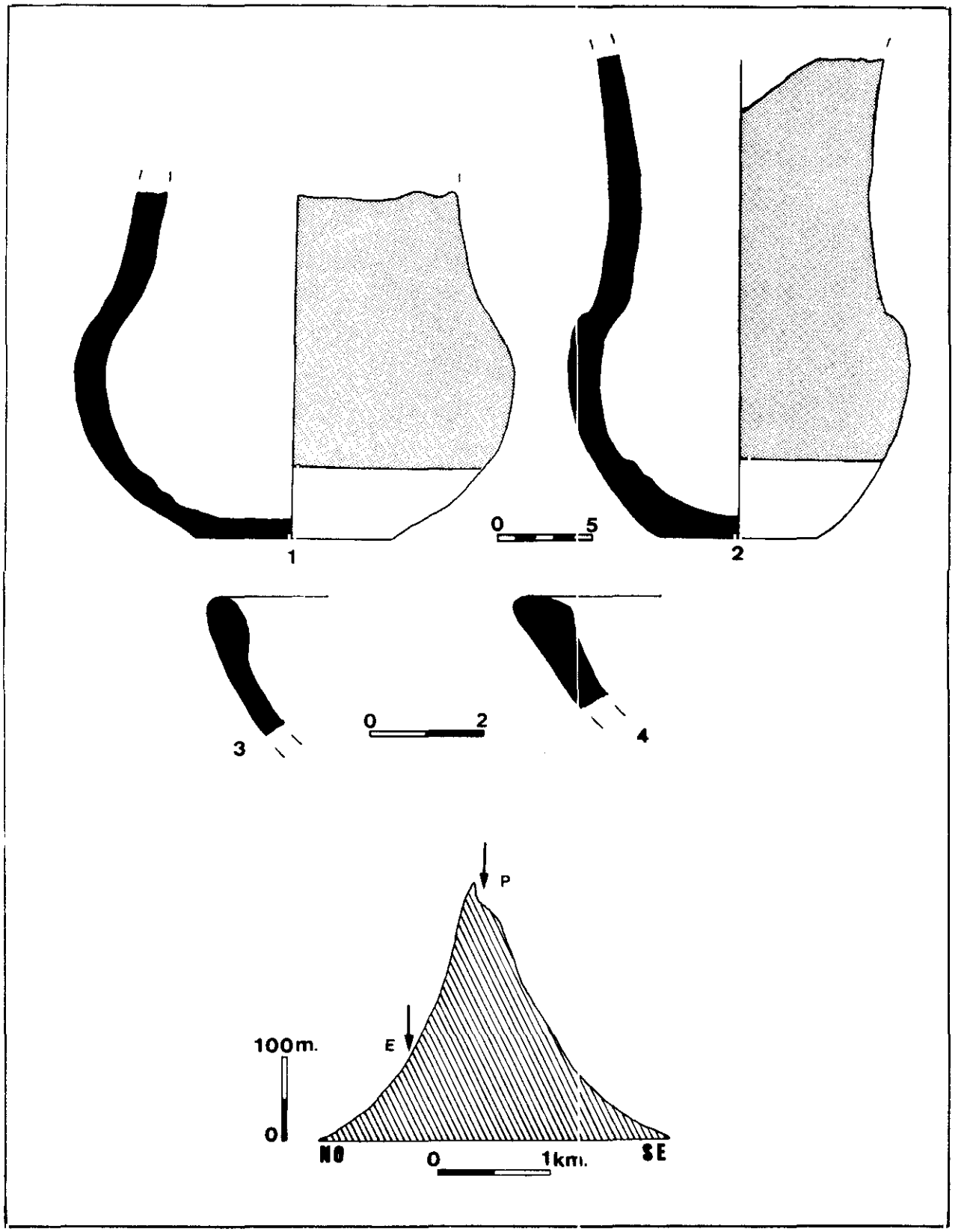


Fig. 26.- Urnas a torno de tipo "chardon" del enterramiento femenino de Santa Cruz de la Sierra (1-2), cerámica gris (3) y de barniz rojo (4) del mismo castro. Sobre el perfil topográfico se indica la situación del poblado y del enterramieto.

El lugar donde se sitúa el castro ha sido reutilizado con posterioridad, lo que origina la proliferación de restos arqueológicos de diversa cronología, destacando los del Hierro Pleno (*vid. infra*) y la Edad Media (Roso de Luna, 1902). A pesar de ello, se observa el trazado de una muralla construida con bloques muy irregulares aparejados en seco que protege una pequeña zona que se englobará posteriormente dentro de una fortificación mayor. Esta primera muralla tiene la particularidad de ser un sencillo parapeto que completa la defensa que proporcionan los escarpes casi verticales de esta sierra. De hecho, donde están los cortados desaparece la muralla. Su trazado arranca desde el Oeste cerrando los huecos entre los afloramientos y desde alli recorre todo el tramo Sur y Este del poblado, volviendo a morir a las rocas. No se conserva ningún lienzo en pie, tan sólo los derrumbes de granito. La superficie del castro pudo ser aproximadamente 0.5 Ha.

El material más significativo del castro está depositado en el Museo Provincial de Cáceres gracias a una donación de M. de Roso de Luna. Destacan un fragmento de plato gris de casquete esférico con el borde ligeramente engrosado en la parte interna y un suave cambio de dirección de la pared bajo él (Fig. 26,3), similar a los del tipo 1 C establecido por Lorrio en la necrópolis de Medellín (1988-89: 290), más un fragmento de plato de Barniz Rojo con un pequeño borde biselado (Fig. 26,4). Estos dos fragmentos estaban dentro de una bolsa con el Núm. 509 de inventario del Museo de Cáceres, mezclados con otros abundantes fragmentos de la Edad del Bronce.

Pero además se ha localizado un enterramiento de incineración en urna que avala la ocupación de este sitio durante el Hierro Inicial. Su hallazgo se produjo de forma fortuita en los años 50 en la ladera de la sierra, a los pies del castro (Fig. 26). Fue dado a conocer por Mena en 1959 y algunas de las urnas se encuentran actualmente depositadas en el Museo Provincial de Cáceres. Según Mena, el conjunto estaba formado por la base de una urna que contenía los restos de la cremación y otras dos más pequeñas colocadas a cada lado que formaban parte del ajuar (1959, fig. 1); al parecer, la urna grande estaba tapada con un plato y las pequeñas con lajas de pizarras. Las tres se habían depositado en un hoyo y cada una se sujetaba con piedras. La urna central y una pequeña figurita zoomorfa de arcilla no aparecen, en cambio, con el resto de los materiales depositados en el Museo. La segunda (núm. inventario 861) está fabricada a

torno, aunque es muy pesada, y se caracteriza por un cuello acampanado alto y panza ovoide separados por un marcado bisel, con toda la superficie cubierta por engobe rojo salvo en la zona de la base. La tercera (Núm. inventario 862) también está fabricada a torno y tiene una forma similar aunque la panza es más ovoide y no se marca el bisel, también cubierta por engobe rojo salvo en la zona inferior (Fig. 26, 1-2). Esas mismas formas aparecen en la necrópolis de Mengabril (Almagro-Gorbea, 1977: fig. 100) y recuerdan a los vasos "a chardon" que aparecen en algunas necrópolis fenicias de Andalucía, especialmente a las de Setefilla (Aubet, 1976) y la tumba 1 de La Joya.

Este tipo de urnas han sido estudiadas por Aubet quien las considera productos arcaizantes de algún taller del Bajo Guadalquivir (Aubet, 1976: 24) que las fabricaría en el siglo VI a. C., momento en el que ya estos vasos se han dejado de fabricar en todo el Mediterráneo, después de haber alcanzado un extraordinario éxito en el siglo VIII y empezar a ramificarse en el VII a. C. (Idem: 16). Las formas, el tipo de pintura y la pasta de las de Santa Cruz son muy parecidos a las de Setefilla, por lo que habría que imaginar que fueron fabricadas en el mismo área. Esa forma calciforme se imita en algunas urnas de la necrópolis de Mengabril (Almagro-Gorbea, 1977: 283), aunque ya sin pintura y de sabor local, también fechada en el siglo VI a. C. Por tanto, habría que considerar a las urnas de Santa Cruz como productos importados desde el Bajo Guadalquivir durante el siglo VI a. C.

El análisis que el Dr. G. Trancho Gayo ha realizado a los restos óseos conservados en el Museo de Cáceres han puesto de manifiesto que pertenecen a un enterramiento femenino, tratándose de una mujer madura aunque joven. Por tanto este enterramiento puede ser otro buen ejemplo de la llegada de mujeres que trasladan su residencia a las tierras del interior para ser casadas con jerarcas locales (Ruiz-Gálvez, 1992: 238). Estas mujeres son aceptadas en el seno de la población indígena y serán un vehículo de aculturación (Wagner, 1995: 117) al traer con ellas sus tradiciones, entre otras, el ritual funerario. Ello pone de relieve la fuerte influencia que esos grupos de comerciantes llegados desde el Sur están ejerciendo entre la población del hinterland tartésico y el interés en buscar alianzas de sangre con la élite local de zonas de paso y áreas fronterizas. En el caso de Santa Cruz debió influir la estratégica posición que este lugar ocupa, al estar junto a uno de los primeros puertos que hay que cruzar para

adentrarse en la Alta Extremadura.

8.- San Cristóbal (Valdemorales, Almoharín y Zarza de Montánchez). (39° 12'15''N. y 6° 02' 15'' W. Greenwich. Hoja 730 I.G.N.).

El cerro de S. Cristóbal (840 m.) es un bloque individualizado dentro de la Sierra de Montánchez; es una elevación granítica, con la cima amesetada protegida por pendientes del orden del 40%. Desde él se divisa un amplísimo territorio a su alrededor que alcanza a la cuenca del Guadiana, de ahí la importancia estratégica de este enclave situado en la divisoria de aguas de la cuencas del Tajo y Guadiana, que ya estuvo ocupado durante el Bronce Final.

Las buenas defensas naturales y el estratégico control de un territorio de paso (todavía hoy discurre a sus pies la carretera que va desde el vado de Medellín, en el Guadiana, hacia el Tajo) debieron favorecer la elección de este cerro para instalar un poblado fortificado de unas 4.5 Ha (Fig. 27, 1). La muralla lo rodea casi por completo siguiendo aproximadamente la cota de los 800 m., aunque en la ladera Oeste apenas debió contar con construcciones artificiales, pues existen unos afloramientos cortados sobre la ladera que se aprovecharon como defensa natural. La cima parece que se reforzó con un segundo recinto también muy mal conservado pero del que hemos observado algunos tramos que permiten afirmar que formaría una especie de acrópolis. En pocos sitios se observa la cara de la muralla, por lo que no podemos conocer ni su anchura ni la técnica de construcción; lo único reconocible es el talud artificial dejado por los derrumbes de piedra.

Toda la cerámica recogida está fabricada a mano, es de tonos negruzcos y aspecto tosco; apareció también un molino barquiforme y algunos fragmentos deformados de bronce y plomo encontrados en los agujeros dejados por los buscadores furtivos, más un fragmento de escoria de fundición de plomo que nos permite saber que ese metal se trabajó en el yacimiento. El poblado debió estar ocupado hasta un momento avanzado del Hierro Pleno, abandonándose quizás hacia el siglo V a. C.

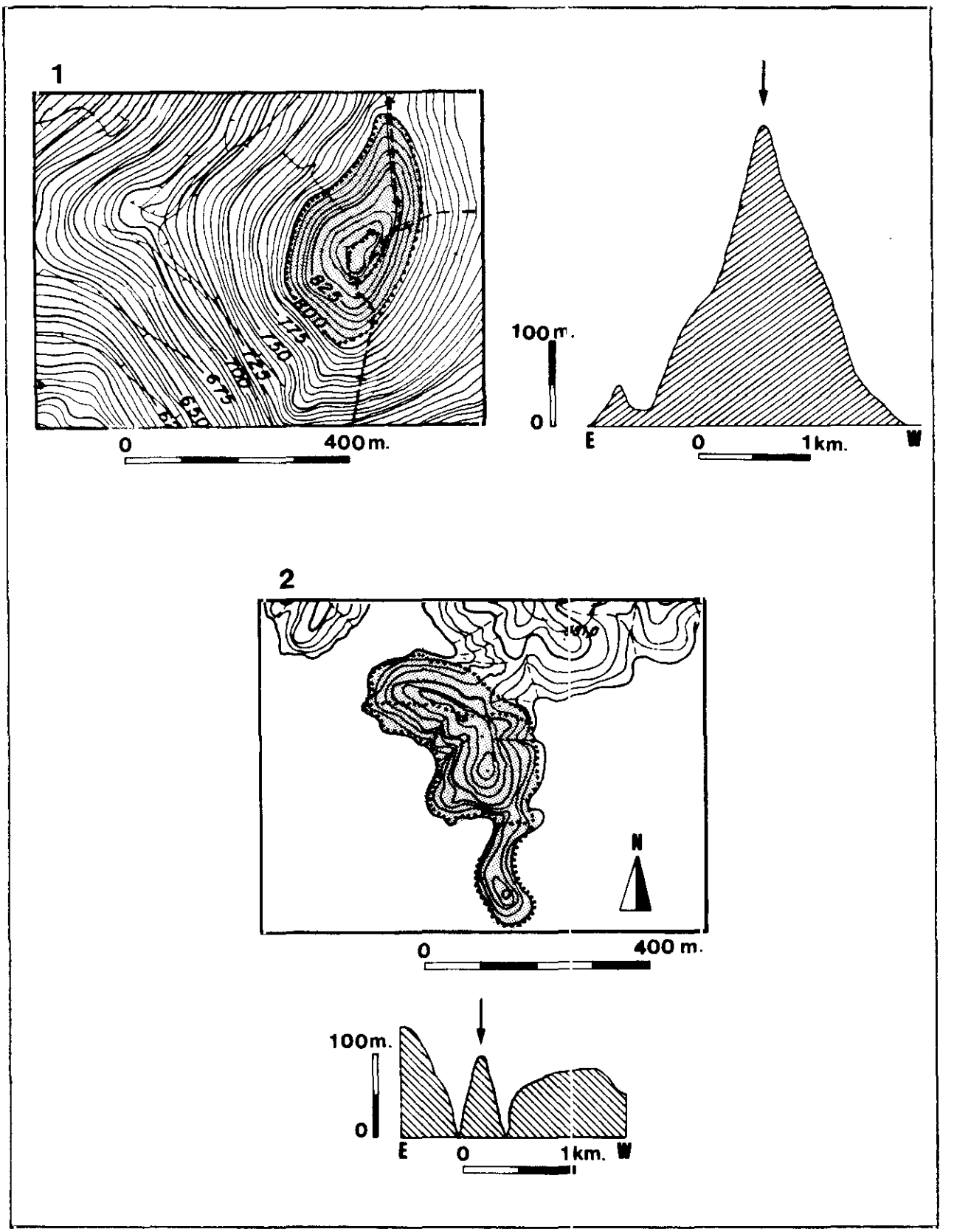


Fig. 27.- Croquis y perfil topográfico de S. Cristóbal de Vademorales y La Muralla de Valdhúncar.

45.- Almoroquí (Madroñera). (39° 30' 25''N.y 6° 43' W. Greenwich. Hoja 680 I.G.N.).

Castro situado en la zona occidental de la penillanura trujillana, asentado sobre una pequeña loma que destaca sobre la llanura que lo rodea. Ello le permite divisar una amplia zona delimitada por las Sierras de Montánchez, Guadalupe y las Villuercas.

El poblado se conoció a raíz del hallazgo de una losa con inscripción tartésica reutilizada en un majano que estaba en la parte alta del poblado (Beltrán, 1973: 88 ss.). Este autor describió el yacimiento señalando que está rodeado de una muralla que encierra una superficie de 100x120 m. y en él aparecen cerámicas todas a mano (Idem.) encuadrables en el Hierro Inicial. La aparición del epígrafe en el yacimiento permite documentar la fuerte asimilación de los influjos orientalizantes en un poblado que, sin embargo, responde a las características habituales de los asentamientos amurallados de tradición local. Esto no es extraño en esta zona occidental de la provincia de Cáceres, donde son varios los hallazgos de inscripciones tartésicas (Monfragüe, Cañamero o, ya en Badajoz, Siruela) y cada vez se conocen más elementos llegados desde el área tartésica tanto en poblados como en necrópolis.

46.- La Muralla (Valdehúncar). (39° 48' 20'' N. y 5° 30' 05' W. Greenwich. Hoja 653).

Castro situado en la margen derecha del Tajo, sobre un promontorio que avanza sobre el río en forma de cuña, lo que le garantiza un perfecto aislamiento de su entorno por casi todos sus lados. Este lugar se caracteriza por los grandes afloramientos de bloques de granito, tanto en la parte alta como en las laderas, que han sido utilizados para construir sobre ellos una muralla que acentúa la ya de por sí buena defensa natural de este sitio.

Este poblado se sitúa a unos 9 km. aguas abajo del vado de Talavera la Vieja, hoy bajo las aguas del pantano de Vadecañas; sin embargo, no se controla desde él ese importante paso del río.

La muralla rodea por completo al poblado cercando una superficie aproximada de 7.5 Ha. (Fig. 27,2). Existe un recinto exterior que arranca de la zona del istmo de entrada, donde debió estar la puerta; envuelve todo el promontorio discurriendo sobre

la cota de los 200 m., que es hasta donde hoy llegan las aguas del embalse, por lo que su construcción está muy deteriorada en algunos puntos. En la zona de acceso se observa que la ejecución de los paramentos es muy cuidada, con las caras exteriores rectas, levantadas con grandes bloques de granito, rellenando después con tierra y piedras menores. Su anchura oscila entorno a los 2 m. en todo su trazado, aprovechando siempre los bolos graníticos para ahorrar esfuerzos, limitándose a cerrar los huecos que quedan entre ellos.

Este gran recinto está compartimentado por dos murallas internas que lo atraviesan en sentido Este-Oeste. Ambas presentan un potente ensanchamiento en la zona central, que pudo hacer las veces de torreones para vigilar las puertas que permitían la comunicación de los recintos. La primera de ellas alcanza 2.80 m. de ancho, perdiendo grosor en cuanto se acomoda sobre los afloramientos. La segunda muralla transversal se colocó justo delante del último cerro de los que forman el promontorio del poblado, estrangulando su entrada; se accede a él por un pasillo al Oeste del gran torreón que defiende la puerta. Los derribos acumulados superan los 12 m. de altura.

El material de superficie se concentraba en las zonas lavadas por las aguas del embalse, donde aparecían cientos de fragmentos. Se recogieron al azar muestras en varias zonas del poblado, resultado en todas casi exclusiva la cerámica a mano, de tonos obscuros, cuya única forma significativa fueron los bordes rectos y alguna decoración junto al borde de ungulaciones. Aparecieron en mucha menor proporción cerámicas a torno, oxidantes; destacan algunas de muy buena calidad, con las paredes anaranjadas y el interior gris.

González Cordero y Quijada (1991: 107) identifican una fase de ocupación previa al castro prerromano que sitúan en época Calcolítica, caracterizada por su industria lítica y la decoraciones de puntillado impreso en la cerámica. Pensamos que, además, existen elementos característicos del Bronce Final, como las cazuelas carenadas y los acabados bruñidos, por lo que en este sitio también se observan continuadas reocupaciones a lo largo del primer milenio a. C. El poblado fortificado posiblemente se construyera en la transición del Hierro Inicial al Pleno, hacia el siglo V a. C., y debió abandonarse pronto ya que no llegó a ser habitual la cerámica a torno.

47.- Necrópolis del Vado de Talavera la Vieja (Embalse de Valdecañas). (39° 48' 20'' N. y 5° 24' 25''W.Greenwich. Hoja 653 I.G.N.).

Bajo las aguas del embalse de Valdecañas se encuentra sumergido el pueblo de Talavera la Vieja, construido sobre la romana Augustobriga; está situado en la margen izquierda del Tajo, aprovechando una amplia vega donde el río se ensancha dando lugar a la aparición de uno de los escasos vados que jalonan la cuenca del Tajo en Extremadura. Las aguas del embalse han inundado toda esa vega y hoy resulta imposible visitarlo, salvo casos excepcionales en los que el pantano desciende de cota de forma drástica. La sequía padecida durante 1995 ha provocado una de esas situaciones drásticas en las que ha emergido totalmente el pueblo hasta dejar al descubierto las casas más próximas al río. Las construcciones modernas se terminan donde el terreno llano comienza a descender hacia el curso del río, aproximadamente en la cota de los 280 m. En esa zona libre de construcciones romanas y modernas han aparecido abundantes cerámicas orientalizantes, muy fragmentadas pero que por su abundancia y calidad testimonian la existencia de un importante asentamiento.

Las cerámicas pertenecen en su mayoría a urnas grises y platos de casquete esférico de formas idénticas a las documentadas en la necrópolis de Medellín. Los materiales aparecían envueltos en una capa rojiza de arcilla, rodeados de abundantes carboncillos y algunos huesos calcinados y fragmentados, cubiertos por cantos de río, lo que corrobora su carácter funerario. Estas evidencias hacen pensar que se utilizara un ritual de incineración con deposición de los restos en una urna protegida por construcciones de arcilla y guijarros de ríos similares a los encachados documentados en la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: Lám.59 y ss.). En algunos casos se ha podido reconocer que los encachados tendrían formas rectangulares, aunque hubiera sido necesario una intervención arqueológica para confirmarlo debido a que los restos están justo en el borde de acumulación de derribos procedentes de la ciudad moderna, mezclándose unas evidencias y otras, por lo que resulta difícil a simple vista discernir

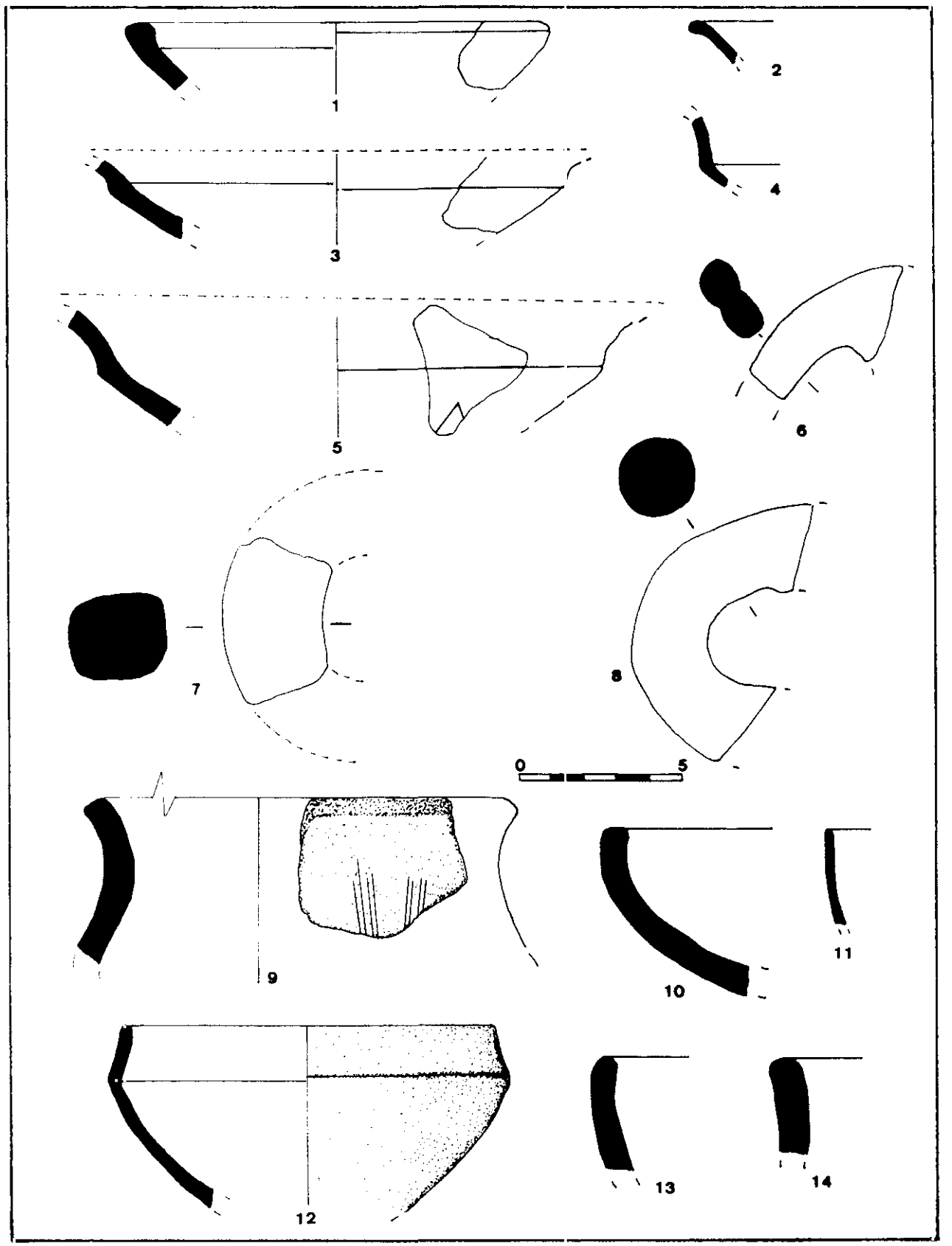


Fig. 28.- Cerámicas a torno (1-6, 8) y a mano (7, 9-14) de la necrópolis de Talavera la Vieja.

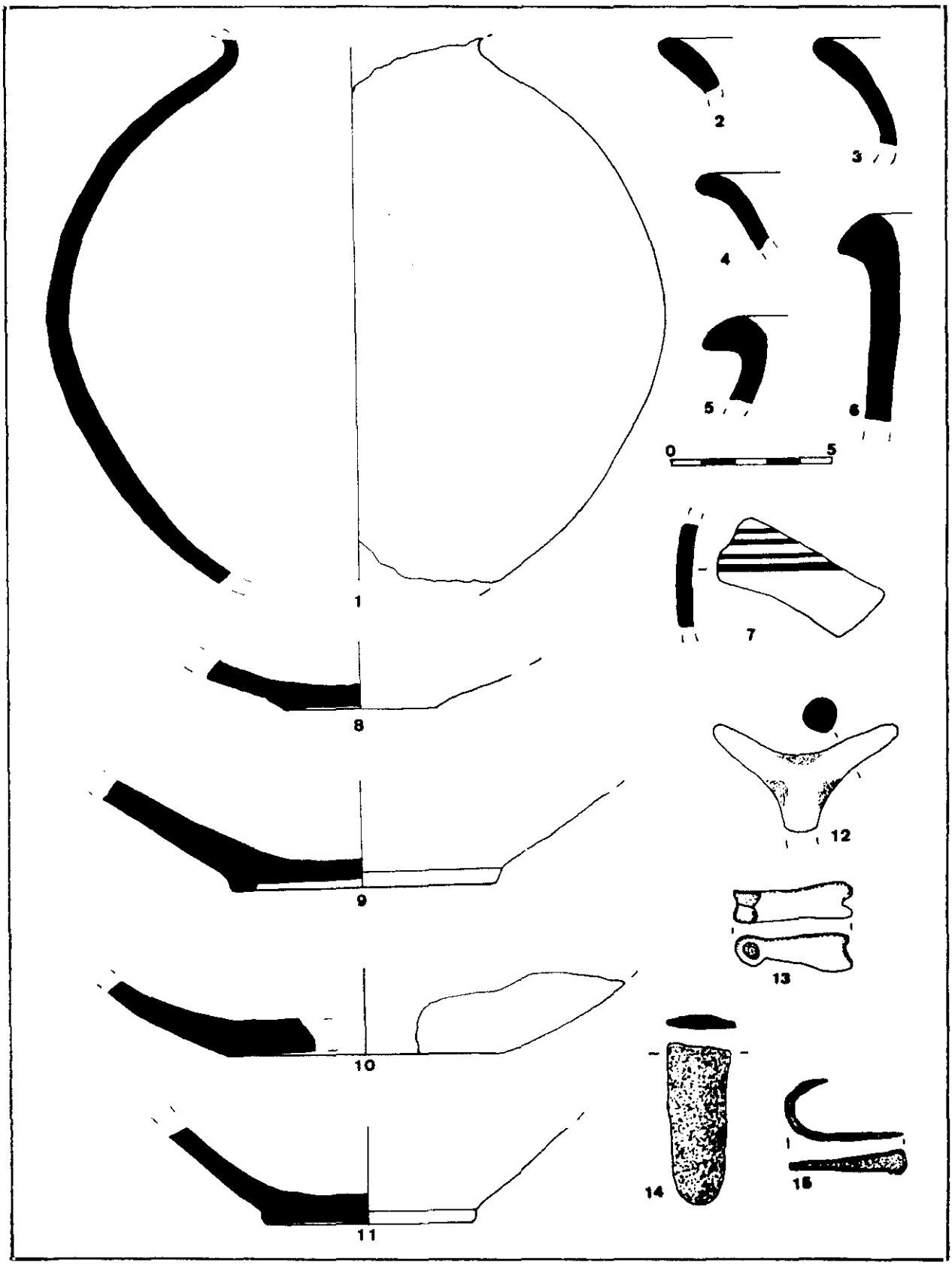


Fig. 29.- Urnas y ajures de la necrópolis de Talavera la Vieja.

entre el revuelto y el encachado [4].

El poblado debió estar en una cota superior, pero es imposible reconocerlo porque encima de él se construyó Augustobriga y posteriormente Talavera la Vieja cuyos restos cubren todo lo anterior. Tan sólo en la zona más próxima al antiguo curso natural del río, las aguas del pantano han trabajado como una piqueta y han dejado al descubierto una interesante estratigrafía en la que se observan las urnas orientalizantes en el nivel inferior; por cima aparecen impresionantes sillares y cornisas romanas y sobre ellas un empedrado de guijarros, una calle de la ciudad moderna.

El material recuperado está formado tanto por cerámicas a mano como a torno, aunque éstas últimas son mayoritarias. En el primer grupo se incluyen fragmentos de grandes vasijas de almacenaje, de aspecto tosco por los abundantes desgrasantes de gran tamaño de las pastas, de colores negruzcos; pero también aparecen fragmentos de cuencos de paredes extremadamente finas y de gran calidad que recuerdan a los fragmentos de las cerámicas de Tipo Medellín recuperadas en el yacimiento que les da nombre (Almagro-Gorbea, 1977: 454; Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 108) sobre todo por las peculiares características de sus pastas de buena calidad pero con numerosos desgrasantes y la superficie alisada; la forma corresponde a los habituales cuencos de borde casi vertical por lo que es inconfundible aunque no conserva pintura (Fig. 28,11). Más significativo si cabe es un cuenco de carena alta y borde recto (Fig. 28, 12) semejante a las aparecidas en el enclave de Portaceli de Medellín o en los niveles más antiguos de la estratigrafía de ese poblado (Almagro-Gorbea, 1977: 461) que se inscriben en el conjunto de cazuelas de tradición tartésica cuya cronología se puede remontar al siglo VII a. C.

El grueso de la cerámica corresponde a urnas y platos grises cuyos mejores paralelos se encuentran también en la necrópolis de Medellín; de hecho, las formas aparecidas en Augustóbriga encajan perfectamente en el cuadro de formas tipológicas establecidas en aquella necrópolis primero por Almagro-Gorbea (1977) y luego por Lorrio (1988-89). Entre los fragmentos de platos más significativos que hemos

[4] En septiembre de 1995 se informó a la Junta de Extremadura del expolio que estaba sufriendo el yacimiento y solicitamos una intervención arqueológica de urgencia que no fue concedida. Poco tiempo después, el agua del embalse de Valdecañas volvió a cubrir este sitio.

recuperado destacan uno del Tipo 1 C (Fig. 28, 1), otro del Tipo 2 (Fig. 28,3) y dos del Tipo 3 (Fig. 28,4-5) de Lorrio. Los fragmentos de urnas eran mucho más numerosos pero ha sido más difícil documentar formas completas dado lo disperso que estaba el material. Se ha podido reconstruir el perfil completo de alguna urna ligeramente ovoide con cuello estrangulado y borde saliente (Fig. 29, 1) que constituye el tipo más habitual en las necrópolis orientalizantes del Guadiana. Otro importante hallazgo es el asa geminada de una urna de tipo Cruz del Negro[5] (Fig. 28,6). Lo usual, sin embargo, ha sido encontrar tan sólo los fondos, lo que ha permitido documentar desde formas planas a pies destacados o anulares (Fig. 29, 8-11). Junto a una de ellas se recogió la punta de un cuchillo de hierro y un garfio de bronce (Fig. 29, 14-15).

De carácter más excepcional, debido a que sólo apareció un fragmento, es un asa de ánfora de sección circular de pasta anaranjada de tipo feno-púnico (Fig. 28,8). Es similar a las asas de ánforas encontradas en otros yacimientos extremeños como Cancho Roano (Celestino y Jiménez, 1993: 126; Guerrero, 1991), la alcazaba de Badajoz (Berrocal, 1994: fig. 9) o Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: 469; Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 111). En la estratigrafía de este último aparecen sobre todo a lo largo del siglo VI y principios del V a. C. (Idem) y en Cancho Roano a lo largo de todo el siglo V a. C (Celestino y Jiménez, 1993: 126), por lo que la encontrada en Talavera la Vieja habría que situarla en un amplio margen de los siglos VI-V hasta que se puedan precisar mejor sus tipos.

Por tanto, los materiales más antiguos parecen indicar que este lugar estuvo ocupado ya durante el siglo VII a. C., iniciándose una secuencia que arranca del Orientalizante Antiguo y termina en época prerromana, época a la que pertenecen algunas cerámicas aparecidas en superficie y los famosos verracos (López Monteagudo, 1989: 87).

[5] Queremos agradecer a A. Madrigal, que se encarga de estudiar las urnas de tipo Cruz del Negro de la necrópolis de Medellín (Badajoz), el haber confirmado la adscripción de esta pieza a dicho tipo.

48.- Cancho de la Porra (Mirabel). (39° 51' 50'' N. y 6° 10'W. Greenwich. Hoja 623).

Este castro se sitúa en el extremo Oeste de la Sierra Perdiguera, una serrezuela dentro de la cadena de Sta. Marina-Mirabel, aprovechando las defensas naturales que le brinda una pequeña meseta bien protegida por afloramientos cuarcíticos de paredes casi rectas (Fig. 30). Su cota es de 581 m., lo que le permite divisar toda la llanura que se extiende al Norte de la sierra; en cambio, hacia el Sur la Sierra de Santa Catalina tiene mayor altura y limita su visibilidad a 2 km. Los suelos, como es habitual en zonas de sierras, son delgados y su mejor aprovechamiento es el ganadero.

Los afloramientos rocosos aparecen en el lado Norte y Este de la meseta, protegiéndose el resto con dos recintos de muralla construida con bloques de cuarcitas. Arrancan los dos juntos del extremo Oeste del crestón, desde donde se van separando progresivamente; la más cercana al crestón delimita un espacio llano muy pequeño por exigencias de la topografía, ya que aprovecha las rocas para apoyar los lienzos sobre ellas. La segunda línea de muralla se trazó sobre la ladera y muere junto a unos afloramientos que son la prolongación natural del crestón. En definitiva, se aprovechan al máximo las defensas naturales que ofrece el emplazamiento, ahorrando esfuerzos en la construcción de lienzos donde las rocas sirven de parapetos. A pesar de ello, la cantidad de piedra necesaria para construir los dos recinto es ingente, pues los derrumbes acumulados al desmoronarse los muros alcanzan los 8 m. de anchura.

Como ya hemos señalado al describir castros de características parecidas, las viviendas se tendrían que levantar en los huecos que existen entre los afloramientos, quizás apoyándose contra ellos, resultando una ocupación desigual del espacio intramuros en función de los condicionamientos topográficos.

En superficie aparecen numerosos fragmentos de cerámica, toda hecha a mano, de tonos obscuros y aspecto tosco, salvo en los casos en los que se han alisado las superficies. Las únicas decoraciones documentadas son las incisiones en el borde y los zig-zag incisos en la panza (Fig. 30). Además de la cerámica, aparecieron en superficie dos fragmentos de molinos barquiformes de granito.

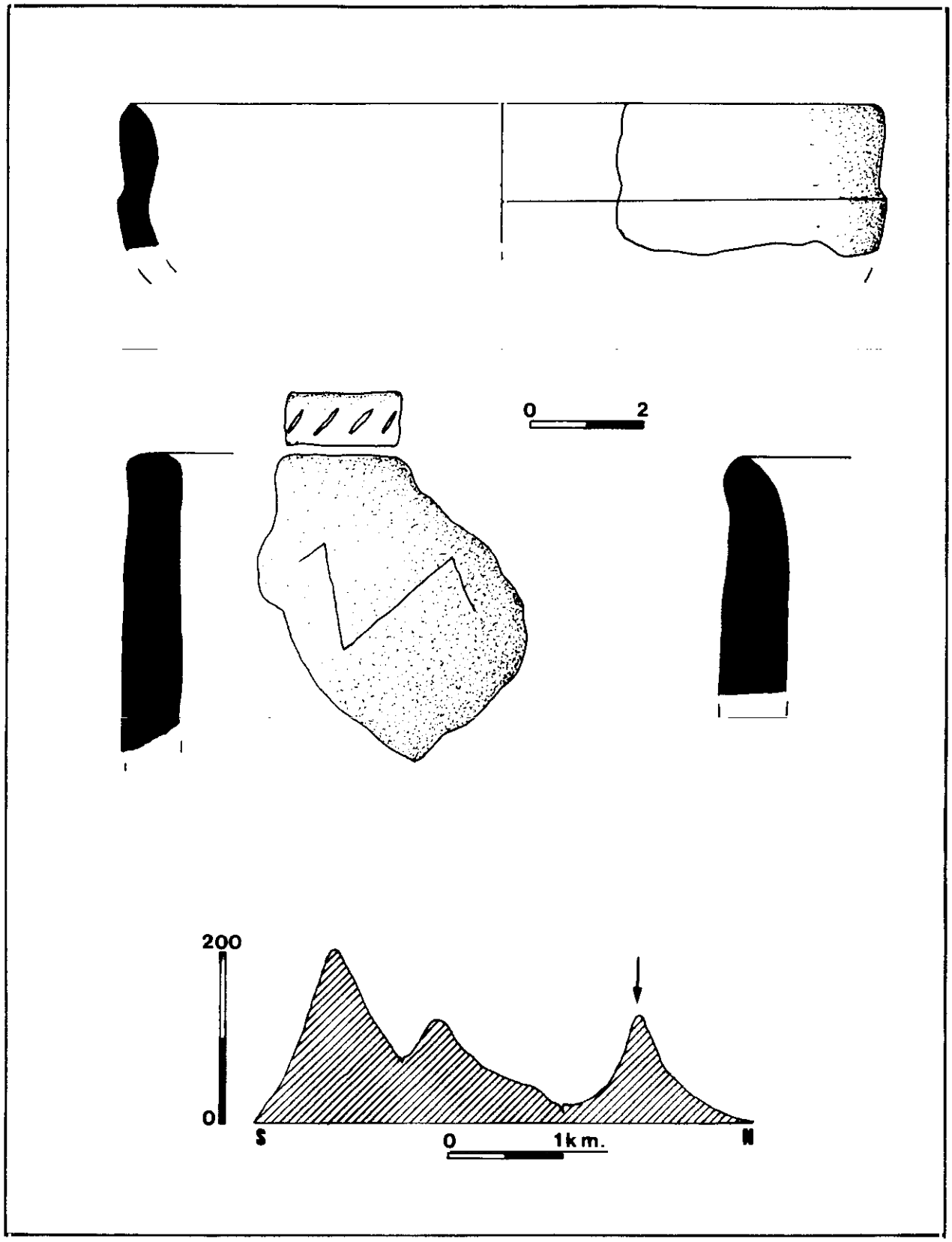


Fig. 30.- Cerámicas a mano del castro de La Porra y perfil de su emplazamiento.

49.- Necrópolis de Pajares (Villanueva de la Vera).

En la falda Sur de la Sierra de Gredos se encuentra el yacimiento de la Cañada de Pajares, caracterizado por la riqueza de materiales de diversa cronología procedentes de una zona con suaves elevaciones donde debieron situarse diferentes poblados desde el Bronce Final a la Edad del Hierro (González Cordero et alii, 1993: 250). Lo interesante de estos hallazgos es que aparecen en una zona por donde se accede desde Extremadura hasta las tierras de Avila; tanto Gredos como el Valle del Tiétar aíslan esta comarca por el Norte y el Sur, por lo que resulta ser un área de transición entre una y otra que actúa de bisagra entre ellas al estar en los confines tanto del valle del Tajo como de la zona avulense. En ese contexto interesa destacar la aparición de varias necrópolis en las que conviven elementos locales con otros de claro ambiente orientalizante. Los primeros tienen sus mejores paralelos en la zona de Avila y los segundos debieron llegar hasta allí a través de Extremadura.

Entre los materiales de carácter orientalizante destaca la presencia de braseros de bronce, thymiateria, fíbulas, cuentas de pasta vítrea (Celestino, 1995: 82; Celestino et alii, 1992: fig. 3) y diversas joyas de oro entre las que destaca una placa decorada con crecientes lunares y granulado en el anverso y prótomos y palmeteas en bulto redondo en el anverso, fechada a fines del s. VII o principios del VI a. C. (González Cordero et alii, 1993). Estos materiales están asociados a un poblado sin amurallar y una necrópolis de incineración en urna que su excavador sitúa en el s. VI (S. Celestino en declaraciones al Periódico Extremadura 11 y 15 de junio de 1993). La mayoría se encuentran en fase de estudio y hay que esperar a su publicación definitiva para conocer la totalidad de los datos sacados a la luz en los últimos años (Celestino, 1995), pero a la espera de ello podemos tener una idea aproximada de las característica de sus necrópolis a través de los conjuntos funerarios publicados.

Se conocen 10 enterramientos (González Cordero et alii, 1990) más otro procedente también de Villanueva de la Vera depositado fuera de contexto en el Museo de Cáceres (Núm. inv. 694-700). Todos tienen una urna a mano acompañada de algún objeto de ajuar, bien un plato, otra urnita, fusayolas o elementos de adorno personal como las cuentas azules de pasta vítrea (Idem, Lám. II). Las formas de las urnas son tan

similares a las aparecidas en la necrópolis del Raso que pueden englobarse en los tipos 1, 2, 4, 5 y 8 establecidos en ella (Fernández, 1986: fig. 465) y las decoraciones a peine también son idénticas a las de esa necrópolis. En dos ocasiones se utilizaron como urnas recipientes metálicos, costumbre que también se observa en otras necrópolis avulenses como la Osera (Cabré et alii, 1950: lám. 51-52) y posiblemente en el Raso aunque en éste último caso la urna metálica conocida se recogió sin contexto (Fernández, 1986: 741). El conjunto depositado en el Museo de Cáceres tiene una urna prácticamente igual a la que apareció en la tumba 2, con la misma forma de urna ovoide a mano con una pequeñísima base plana, cuello estrangulado y borde exvasado. Junto a ella aparece un soporte circular de forma acampanada y al menos 15 cuentas de pasta vítrea azules (Fig. 31).

Estos datos aún escasos son interesantes porque muestran la diferencia gradual que existió en la difusión y asimilación de las influencias orientalizantes desde los focos del Sur hacia las tierras del interior. Las necrópolis y poblados del valle del Guadiana dejan entrever que en esa zona del hinterland tartésico se produjo una profunda aculturación de la población indígena cuya influencia va extendiéndose a la cuenca del Tajo, movida por un especial interés en controlar los principales puntos de paso de las rutas que llevan hacia el Norte. Más allá de la línea del Tajo, Villanueva es un ejemplo de poblado indígena que controla una zona de tránsito hacia la Meseta y, por ello, de gran valor estratégico para el comercio tartésico. En esta zona, el contacto con los mercaderes del Sur no llevará consigo la sustitución de las tradiciones locales por las foráneas, sino la centralización en sus manos de las mercancías tartésicas. Estos preciados objetos pasarán a formar parte de los ajuares funerarios como elementos de prestigio, sin desplazar a la cultura material indígena, claro síntoma de que cuanto mayor es la distancia de separación con los focos orientalizantes menor es la repercusión que se ejerce sobre la población local.

Antes de terminar de analizar los poblados y necrópolis de esta fase queremos hacer alusión a un enterramiento femenino aparecido en el **Carpio de Tajo** (Toledo) y el ajuar de posiblemente otro enterramiento en **Las Fraguas** (Toledo), ambos ya en el terreno sedimentario de Castilla-La Mancha, pero a tan sólo 40 km. del poblado de

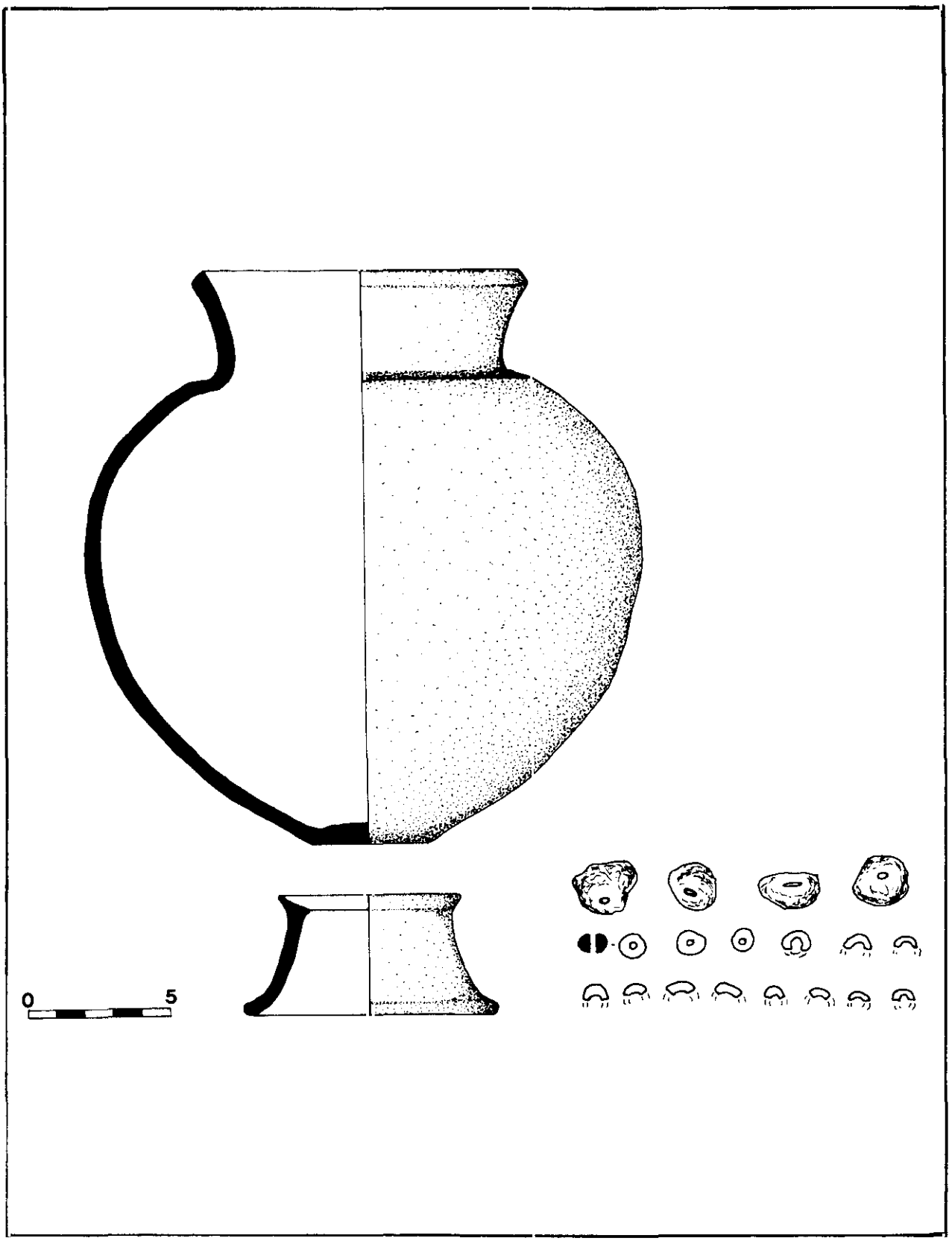


Fig. 31.- Urna y ajuar de cuentas de pasta vítrea azul de Villanueva de la Vera.

Talavera la Vieja, por lo que es imprescindible tener una visión conjunta de todos estos elementos.

El primero es una inhumación de una mujer y un niño depositados en una fosa escalonada. Junto a ellos se colocó un importante conjunto de ofrendas puestas en los escalones de la tumba, destacando un lote de vasos a mano pintados con motivos geométricos bícromos, seis grandes urnas que contenían anillos y brazaletes de bronce, vasijas que imitan a las de la zona andaluza, una de ellas con una jarrita dentro que está decorada con incrustaciones de botones de bronce, un pequeño recipiente que posiblemente se utilizara como ungüentario y entre las piezas metálicas, un garfio posiblemente de un broche de cinturón de tres garfios, un fragmento indeterminado de fíbula, una vasija de bronce, un vaso de plata y dos posibles cuchillos de hierro (Pereira y Alvaro, 1986; Pereira, 1989). Pereira considera que las cerámicas a mano bícromas son producciones indígenas, las grandes urnas y los jarritos que contenían son copias locales de modelos foráneos y los metales son importaciones (Idem, 1989; Fernández-Miranda y Pereira, 1992: 67 ss.). Puesto que se desconocen los rituales relacionado con la muerte del periodo anterior, habría que considerar que se trata de uno de los primeros ejemplos de adopción del ritual orientalizante en estas tierras (Fernández-Miranda y Pereira, 1992: 67) que, sumado a los citados enterramientos femeninos de Aliseda y Santa Cruz de la Sierra, nos ofrecen una reiterada documentación de enterramientos femeninos según el ritual orientalizante en la zona limítrofe entre las Vegas del Guadiana, profundamente aculturada, y las regiones del interior.

El otro hallazgo es un conjunto de piezas de bronce compuesto por jarro "tartésico", thimiateria y restos de un recipiente que posiblemente fuera un brasero de bronce, los tres de clara tipología oriental (Fernández-Miranda y Pereira, 1992: 63 y ss.). El jarro tiene forma piriforme, con la boca plana y el asa remata en tres cabezas de serpientes que apoyan en la boca del jarro. Su forma es muy similar a otro jarro aparecido en Villanueva, donde ya hemos hecho alusión a la necrópolis con material orientalizante. Actualmente el jarro de Las Fraguas se encuentra en paradero desconocido, aunque Fernández-Miranda y Pereira piensan que es el mismo que está depositado en el Metropolitan Museum de Nueva York (1992: 64). Del posible brasero sólo se sabe que aparecieron fragmentos de un recipiente de tipo caldero; pero dada la

frecuente asociación de jarros y braseros en enterramientos orientalizantes, como señalamos al hablar de Villanueva, no es arriesgado pensar que se trate de otro conjunto más de esos dos elementos (Ibidem). Menos usual es que se deposite junto a ellos un thimiateria para quemar perfumes, asociación que sólo se repite en la tumba 17 de la Joya (Garrido y Orta, 1978) aunque la aparición de al menos dos de estas tres piezas en enterramientos de cierta riqueza hacen pensar que fueron elementos con un importante papel de prestigio en el ritual funerario, por lo que se ha considerado que el lote de las Fraguas perteneció a una tumba "aristocrática" (Fernández-Miranda y Pereira, 1992: 66).

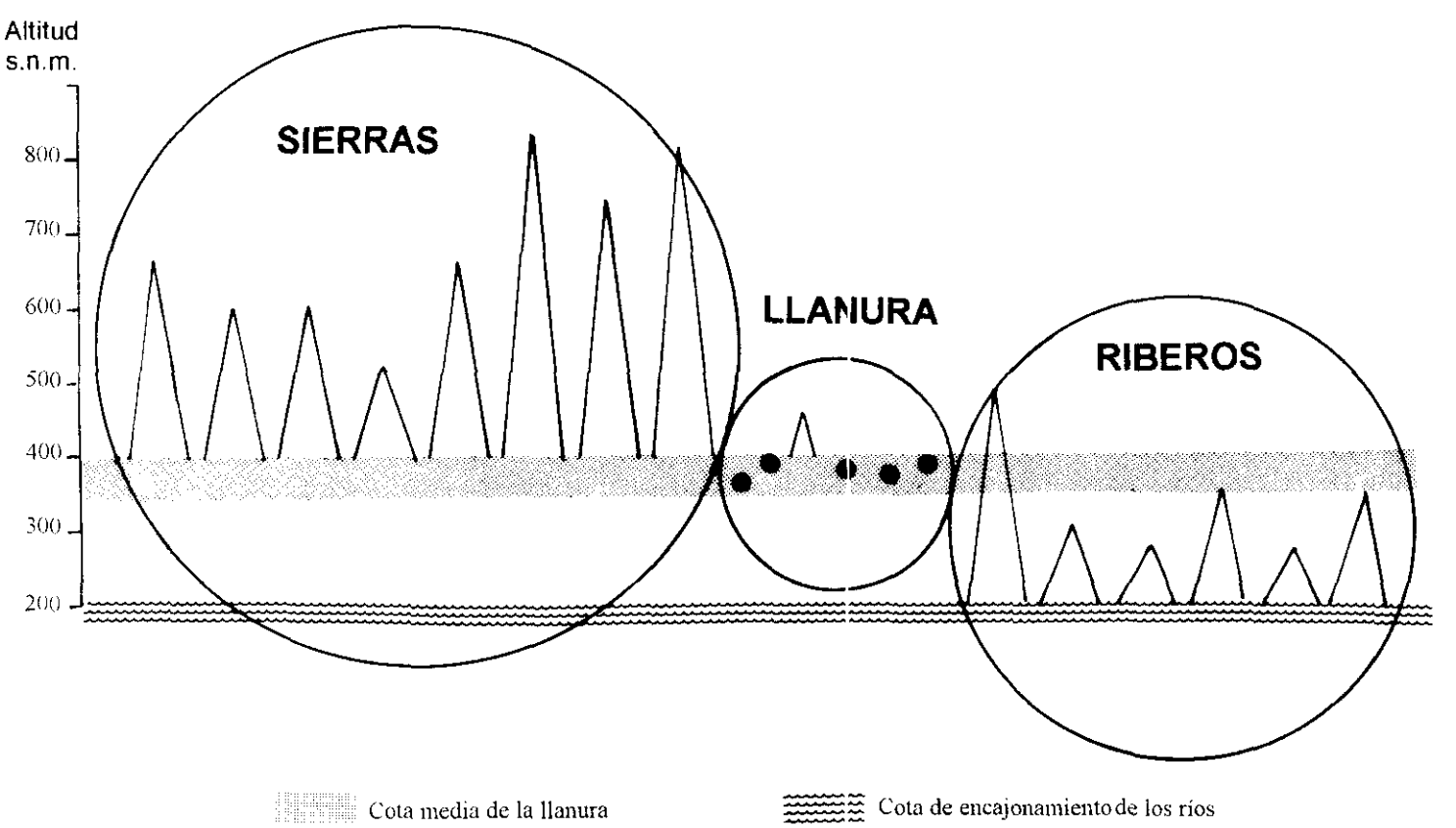


Fig. 32.- Emplazamientos y altitud de los poblados del Hierro Inical, donde se observa cómo destacan sobre la penillanura los castros sobre las sierras y cómo no se divisan los que están junto a los ríos.

IV.2.- CARACTERISTICAS DEL POBLAMIENTO

- Cuestiones preliminares.

Antes de adentrarnos en el análisis de los modelos de poblamiento nos parece necesario precisar que, como hemos visto más arriba, el conjunto de yacimientos ocupados durante los comienzos de la Edad del Hierro se caracteriza por conjugar dos tipos de asentamientos: el poblado abierto y el que está fortificado. Denominamos "castro" a este segundo tipo que reúne dos requisitos básicos, ubicarse en un lugar en altura con buenas defensas naturales y estar protegido por una muralla, que puede no rodearlo por completo si los accidentes naturales actúan de parapetos defensivos. Este concepto coincide con el utilizado otros investigadores (Almagro-Gorbea, 1994b: 15) y es independiente del tamaño del castro, los emplazamientos y los tipos de murallas, que irán variado a lo largo de toda la Edad del Hierro.

A su vez, al analizar los poblados abiertos hemos diferenciado aquellos de los que únicamente conocemos sus necrópolis orientalizantes de aquellos otros de evidente carácter local y sin evidencias de estar orientalizados.

En definitiva, nos encontramos con 28 poblados de los cuales 16 son castros, 9 son poblados abiertos y 2 son yacimientos claramente orientalizantes. Para poder analizar qué características definen a cada grupo y poder contrastarlos con los del período anterior y el posterior, hemos considerado que era necesario establecer una serie de parámetros que nos permitieran conocer los rasgos esenciales del poblamiento. Las variables seleccionadas han sido: situación, altitud absoluta, altitud relativa, accesibilidad (pendientes), visibilidad, entorno inmediato, área y características de la arquitectura de los poblados.

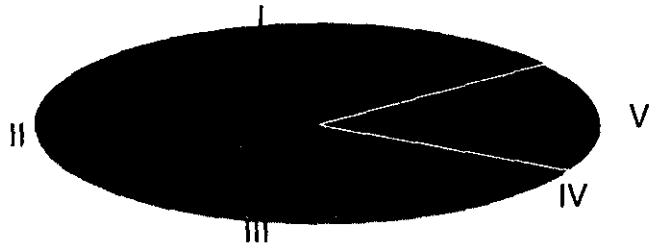
- Emplazamientos: situación topográfica, altitud absoluta y relativa.

Yacimientos	Situación	Altura Absoluta(m)	Altura Relativa(m)	Tipo
Periñuelo	Cresta	487	300	Castro
Silleta	Cresta	823	323	Castro
Muralla Alcántara	Espigón	353	200	Castro
Castillón de Abajo	Cerro río	366	40	P. Abierto
Peñas Castillejo	Cerro río	267	110	P. Abierto
Castillones Araya	Espigón	300	90	Castro
Pasto Común	Cresta	519	120	Castro
Manchones	Llanura	360	5	P. Abierto
Holguín	Llanura	400	5	P. Abierto
Mariperales	Llanura	462	20	P. Abierto
Manzano	Llanura	400	5	P. Abierto
Lagarteras	Llanura	300	5	P. Abierto
Atalaya	Cerro aislado	349	30	P. Abierto
Espadañal	Cerro aislado	347	25	P. Abierto
Castillón de Baños	Espigón	237	110	Castro
Natera	Espigón	272	40	Castro
Cabeza Buey	Cresta	591	250	Castro
Virgen Cabeza	Cresta	662	162	Castro
Aljibe	Cresta	603	200	Castro
Risco	Cresta	664	164	Castro
Torrejón de Abajo	Llanura	400	15	Orientalizante
San Cristóbal	Cresta	833	333	Castro
Sierra de Santa Cruz	Cresta	740	250	Castro
Almoroquí	Cerro aislado	580	15	Castro
Muralla Valdehúncar	Espigón	342	80	Castro
Vado Talavera la Vieja	Llanura	290	0	N. Orientalizante
Cancho Porra	Cresta	581	140	Castro
Pajares	Llanura	420	-	Necrópolis

Nos ha parecido interesante comenzar por estas tres variables porque definen con bastante exactitud los tipos de emplazamientos elegidos para los poblados del Hierro

Inicial. Ese análisis nos ha permitido agruparlos en 6 modalidades y determinar el peso específico de cada una de ellas en el conjunto:

I.	SIERRAS	35.7 %
II.	CERRO AISLADO	10.7 %
III.	LLANURA	28.6 %
IV.	CERRO JUNTO RIO	7.1 %
V.	ESPIGON FLUVIAL	17.9 %
VI.	MEANDRO	-



Hemos creído conveniente no separar la variable de la situación de la del tipo de yacimiento porque ellas dos proporcionan las claves para entender el poblamiento. Los castros hacen su aparición en las crestas o emplazamientos junto al río, mientras que la llanura queda exclusivamente para los poblados abiertos o los yacimientos orientalizantes.

I. El emplazamiento en cresta es el que eligieron 10 de los 16 castros estudiados. Se caracteriza por estar situados en la parte más alta de serrezuelas que se elevan entre 200 y 300 m. sobre su entorno inmediato, aprovechando los crestones cuarcíticos o los afloramientos de granitos que coronan los relieves más destacados de la región.

II. En el grupo de cerros aislados se engloban aquellas elevaciones situados en la llanura que destacan sobre el entorno al ser puntos elevados pero que carecen de las defensas naturales de las sierras o el ribero. Son un eslabón intermedio entre las sierras y la llanura, pues no dejan de ser punto dominantes pero a la vez permiten el aprovechamiento de las tierras más llanas. Presentan indicios de amurallamientos pero no llegan a ser auténticos castros.

III. La llanura estará ocupada únicamente por pequeños asentamientos que no han dejado ninguna evidencia constructiva en superficie y por los yacimientos de carácter orientalizante como el Torrejón de Abajo o el poblado de Talavera la Vieja.

IV. En el grupo de cerros junto al río englobamos aquellos poblados en las inmediaciones de un río pero sin estar totalmente rodeados por las aguas; es un tipo muy poco representado porque sólo se conocen el caso del Castillón de Abajo y el de las Peñas del Castillejo, éste último a medio camino entre este grupo y el anterior. También el tipo de poblado sobre ellos se encuentra entre los poblados abiertos y los castros, sin poder encuadrarse en uno o en otro debido a la precariedad de las estructuras defensivas

visibles.

V. El espigón fluvial es un cerro rodeado por cursos de agua por casi todos sus lados, normalmente debido a que están en la desembocadura de uno o más ríos en otro principal. Tan sólo 5 castros se ubicaron en estos cerros que se caracterizan por tener unas empinadas laderas en talud de unos 80-100 m. de altura sobre el río.

VI. El meandro fluvial es un emplazamiento que reúne condiciones muy parecidas a las de los espigones, diferenciándose en que en lugar de estar en la desembocadura de un río lo está en un recodo que dibuja el cauce. Sin embargo, no se asentó ninguno de los poblados de esta fase en un meandro fluvial.

Estas diversidad de emplazamientos las hemos sintetizado en la Fig. 32 en la que se observa fácilmente el contraste entre los emplazamientos en sierra, llanura y ribero que acabamos de describir. Hay que señalar que el emplazamiento en sierras fue uno de los más usuales durante el Bronce Final, por lo que representan la continuación del patrón de asentamiento característico del período anterior, y en él se incluyen poblados que raramente estuvieron ocupados más allá del Hierro Inicial, sin sobrepasar el siglo V a. C. En cambio, los castros sobre el ribero sí presentan evidencias de haber estado ocupados a comienzos del Hierro Pleno, abandonándose inmediatamente después. Los poblados de la llanura son más difíciles de fechar pero lo cierto es que no aparecen en ellos cerámicas a torno, por lo que debemos imaginar que dejarían de estar habitados antes del siglo IV a. C.

- **Accesibilidad**.

La dificultad para acceder a los poblados es el rasgo que verdaderamente se primó a la hora de situar un castro, porque garantiza la seguridad del poblado; el resto de las variables están supeditadas a ella. La forma más objetiva de medir el grado de accesibilidad nos ha parecido que era establecer el porcentaje de la pendiente que rodea al castro, aunque otros factores como los afloramientos rocosos o la vegetación, que ha podido variar desde entonces hasta nuestros días, puedan contribuir a aumentarlo y no sea posible cuantificarlo.

atención. Sin embargo, la gran influencia que la escuela anglo-sajona ejerce en los últimos años sobre los investigadores españoles ha llevado a poner el énfasis en aspectos que tienden a descubrir cuál fue en cada momento la relación entre el hombre y el medio que lo rodea. En ese sentido, Criado (1993) llamó la atención sobre las estrategias de cada grupo social por destacar o enmascararse en el paisaje, actitudes llevadas a cabo de una forma consciente para exhibirse u ocultarse (Idem, 46) que son, en definitiva, la plasmación de diferentes modos de relación con el entorno y con otros grupos sociales.

Por ello tiene importancia fijarse en el papel que la visibilidad desempeñó a la hora de escoger el lugar donde asentarse. Es obvio que los poblados situados en sierras se caracterizan porque ellos divisan y son divisados desde un amplio territorio a su alrededor, que se reduce notablemente en los asentamientos de la llanura y aún mucho más en los que están sobre los riberos de los ríos. Pero sería necesario conocer con exactitud ese espacio divisable para tener un elemento de comparación entre ellos; por ese motivo hemos tratado de tabular las distancias que se alcanzan a ver desde cada poblado, aún sabiendo que en algunos casos los datos pueden ser subjetivos (porque el ojo humano no distingue más allá de determinada distancia). Los resultados obtenidos son los siguientes:

Yacimiento	Distancia (km)	Yacimiento	Distancia (km)
Periñuelo	40-50	Atalaya	16
La Silleta	40	Espadañal	12
Muralla de Alcántara	10	Castillón de Baños	4
Castillón de Abajo	6	Natera	2
Peñas del Castillejo	8	Cabeza del Buey	60
Castillones de Araya	20	Virgen de la Cabeza	20-30
Pasto Común	30-40	Aljibe	50
Manchones	12	Risco	40-50
Holguín	4	Torrejón de Abajo	4
Mariperales	6	San Cristóbal	40-50
Manzano	4	Santa Cruz la Sierra	60
Lagarteras	3	Muralla Valdehúncar	2
Pajares	-	Vado Talavera la Vieja	3
Cancho Porra	30-40	Almoroquí	-

Lo interesante de esta tabla es observar cómo los poblados en sierra, además de ocupar los puntos más destacados del paisaje, son los que disfrutan de un campo visual mayor y están controlando importantes áreas de paso. Es el caso de S. Cristóbal de Vadelmorales y Santa Cruz de la Sierra, situados en la divisoria de aguas entre la cuenca del Tajo y Guadiana, controlan los principales puertos para pasar de una a la otra. Desde el Risco se divisa la zona de paso que desde el vado del Medellín se dirige a Alconétar. Desde la Silleta se divisa todo el tramo entre Alconétar y el Puerto de los Castaños y desde él hacia el Norte un amplio espacio que se continúa con el que se controla desde el Cancho de la Porra, desde donde se llega a ver la zona de Plasencia y Gredos al fondo. Aliseda es conocida como zona de paso desde donde se accede a la cuenca del Tajo por el Oeste; la Cabeza del Buey domina la amplia llanura portuguesa de Castelo Branco y desde Pasto Común se controla la cacereña. La intervisibilidad entre ellos es más difícil de precisar porque en algunos casos las amplias distancias impiden que el ojo humano los distinga con claridad, pero sí se puede decir que desde cada uno de ello se aprecia a lo lejos la sierra en la que se ubican los vecinos más cercanos.

Los poblados sobre el ribero reducen drásticamente su campo visual; si desde las sierras se controla un territorio que suele superar los 30 km., los que están junto al río tan sólo ven el espacio en torno a la cubeta debido a que están en puntos de bajísima cota respecto a la penillanura, por lo que el terreno va ganando en altura a medida que se separa del río. En algún caso esa disminución del campo visual está compensada con el control de algún punto estratégico de cruce del río, como sucede con el trío de poblados La Muralla, Peñas del Castillejo y Castillón de Abajo, que divisan el paso del Tajo por la Isla del Santo, donde hasta fechas recientes estaba situada la Barca de Ventura. Pero no siempre la elección de un punto sobre el ribero está condicionado por el control visual de una zona de paso, ya que de ser así el castro junto al vado de Talavera la Vieja no se habría asentado en el Cerro de la Muralla de Valdehúncar, desde donde no se ve la zona de paso, sino donde está el yacimiento orientalizante.

De todo lo expuesto podemos deducir que la elección de los emplazamientos en sierras estuvo relacionada con la búsqueda de los lugares más destacados del paisaje desde los que se divisan amplias zonas y son fácilmente reconocibles desde muchos km. a la redonda al ser auténticos hitos en el paisaje. Además, ocupan puntos neurálgicos en

el control del territorio porque desde ellos se tiene visibilidad tanto sobre importantes zonas de paso como sobre amplios espacios llanos de los que el castro podría obtener sus recursos. A ello hay que sumar también los factores de búsqueda de protección natural porque hemos constatado sobre el terreno que se podría haber conseguido divisar y ser divisados desde otros puntos situados a una cota más baja pero con menor defensa natural.

En el caso de los poblados en llano y los del ribero está aún más claro que no existe una relación directa entre el emplazamiento y la visibilidad. En éstos últimos parece más bien que la relación se establece a la inversa: los castros del ribero no se ven desde la penillanura y es difícil su localización hasta que prácticamente se está frente a ellos. Por tanto, se prefiere que el poblado no ocupe un lugar destacado del paisaje aunque ello lleve consigo la disminución de su campo visual. Con el tiempo, será esta estrategia la que termine imponiéndose.

- Aproximación al tamaño de los poblados.

Nos enfrentamos ahora al espinoso asunto de la medición de los poblados porque entraña múltiples dificultades. La primera es de tipo "conceptual" y se debe a que lo ideal sería conocer la superficie ocupada por las viviendas en cada uno de ellos que no siempre coincidiría con la superficie amurallada, pero es absolutamente imposible porque no existe ninguno excavado que nos sirva de término de comparación. Por tanto, tenemos que hablar siempre de superficies amuralladas dado que la muralla es el único elemento objetivo para comparar unos poblados y otros. La segunda dificultad es de índole "práctica", relacionada con los problemas que plantea determinar con precisión su tamaño sin haberlos medido sobre el terreno con los aparatos topográfico que se requieren.

Para salvar esas carencias hemos optado por restituir el trazado de la muralla sobre mapas de escala 1:10.000 partiendo de las fotografías aéreas y sobre ello calcular su tamaño con ayuda de una trama milimétrica. Pero en el caso de los poblados abiertos no tenemos ese indicador, por lo que no se puede señalar su extensión con objetividad; en esos casos hemos determinado aproximadamente el radio de dispersión del material de superficie, factor que se ha corregido contrastándolo con el de la topografía donde

las pendientes pudieran crear distorsiones a causa del rodamiento, lo que ha dado unas superficies que oscilan entre 0.1 y 0.3 Ha. En cualquier caso esa medida es sólo aproximada y no demasiado fiable, por lo que hemos preferido incluir todos los poblados abiertos en la categoría de inferior a la 0.5 Ha.

En algunos casos se han indicado dos cantidades debido a que no ha sido posible determinar su extensión porque no se conservan bien los recintos amurallados o no se han podido restituir sobre los mapas, por lo que hemos preferido indicar el máximo y mínimo calculado. Otro dato conflictivo es el del Aljibe, que no vamos a tener en cuenta pues ya hemos dicho que la muralla que ahora se observa debe ser de la última fase de ocupación del poblado y no sabemos si durante el hierro Inicial tendría o no el mismo tamaño. El resto de los poblados han dado las siguientes extensiones:

Periñuelo	0.5 Ha
La Silleta	0.6 Ha
Muralla de Alcántara	12 Ha
Castillón de Baños	1 Ha
Natera	1 Ha
Cabeza del Buey	1 Ha
Castillones de Araya	0.9 Ha
Virgen de la Cabeza	-
Pasto Común	0.5/1 Ha
Aljibe	- (2.4 Ha en el Hierro Pleno)
Risco	0.7 Ha
San Cristóbal	4.5 Ha
Santa Cruz la Sierra	0.7 Ha
Muralla Valdehúncar	7.5 Ha
Cancho Porra	0.5/1 Ha
Almoroquí	1 Ha

El análisis de estos datos muestra cómo la mayoría de los castros no superan 1 Ha. de extensión; son pequeños enclaves de tamaño uniforme aunque generalmente mayores que los poblados abiertos. Contrasta fuertemente en ese panorama las más de 7 Ha. de la Muralla de Valdehúncar y las 12 de la Muralla de Alcántara, dato que

Yacimiento	Pendiente (%)	Yacimiento	Pendiente (%)
Periñuelo	60	Atalaya	12
La Silleta	32	Espadañal	20
Muralla Alcántara	66	Castillón de Baños	44
Castillón de Abajo	10	Natera	20
Peñas del Castillejo	30	Cabeza del Buey	26
Castillones de Araya	50	Virgen de la Cabeza	20
Pasto Común	12	Aljibe	40
Manchones	0	Risco	33
Holguín	0	Torrejón de Abajo	0
Mariperales	0	San Cristóbal	40
Manzano	0	Santa Cruz la Sierra	25
Lagarteras	0	Muralla Valdehúncar	20
Pajares	0	Vado Talavera la Vieja	0
Cancho Porra	40	Almoroquí	-

Se observa que existe una marcada polarización del poblamiento en torno a los núcleos abiertos situados en el llano y los castros en zonas abruptas. El hecho de que éstos últimos aparezcan sobre sierras o en el ribero afecta muy poco al tema de la defensa natural del poblado, pues se sustituyen las empinadísimas laderas montañosas por las quebradas y bien protegidas pendientes del ribero. No hay que insistir más en que el denominador común es el difícil acceso, basta recordar que las pendientes señaladas en el cuadro anterior se engloban entre las escarpadas y muy escarpadas (García Sanz, 1987:45) que son auténticos cantiles en el caso de los crestones cuarcíticos y algunos cerros del ribero. Por tanto esta es una variable imprescindible para que exista un castro, pero al ser común a todos ellos no es discriminante.

- **Visibilidad.**

Este es un factor de enorme trascendencia en la evolución de las estrategias de control sobre un territorio, íntimamente relacionada con los parámentros de emplazamientos, a pesar de que hasta hace poco tiempo apenas se le ha prestado

permite señalar por primera vez de forma tajante la existencia de una jerarquización entre las poblaciones ya en la transición del Hierro Inicial al Pleno. Estos dos núcleos, en los que la cerámica a torno es realmente escasa, ocuparon una extensión que no volverán a alcanzar los poblados hasta muchos siglos después en la región. Sin embargo, estos dos grandes poblados y la mayoría de los otros más pequeños no continuaron ocupados durante el Hierro Pleno poniéndose de manifiesto que el orden y el equilibrio al que llegaron los grupos del Hierro Inicial se verá trastocado a pesar del alto nivel de desarrollo que se había logrado. La aparición de nuevos castros que alteran la estructura del poblamiento anterior son la prueba evidente de que se produjo un profundo cambio en la sociedad.

- Los poblados y el medio que les rodea: entorno inmediato y lejano.

Desde los años 70 los prehistoriadores han dedicado una especial atención al estudio del territorio que rodea a los poblados, a raíz de la enorme repercusión que tuvieron sobre el campo de la paleoeconomía los trabajos realizados por investigadores ingleses. Aunque los primeros estudios se centraron en poblaciones medievales, Chisholm (1968) demostró que esas sociedades explotaban un territorio radial en torno al asentamiento cuya extensión estaba determinada por la facilidad de acceder a ellos empleando aproximadamente una hora de camino. El resultado fue obtener un modelo teórico que fija en 5 km. el radio del terreno que explota una comunidad campesina. Poco después, Vitta-Finzi y Higgs (1970) estudiaron la potencialidad económica del terreno que rodeaba a los asentamientos de Monte Carmelo (Palestina) sentando las bases de un método de trabajo que denominaron "Site Catchement Analysis" que, desde entonces, ha sido aplicado en infinidad de estudios sobre los recursos que rodean a los asentamientos humanos.

En nuestro caso, resulta de gran utilidad conocer las características del entorno directo de los poblados del Hierro Inicial para poder contrastarlas con los que caracterizarán al período siguiente, puesto que es el único modo que tenemos para estimar si existió un cambio en las actividades de subsistencia.

Ahora bien, determinar con exactitud la superficie que explotó cada poblado es

una tarea difícil puesto que en ello influyeron gran cantidad de variables que no podemos conocer, como la capacidad técnica y económica de las sociedades, la competencia por el suelo, la presión demográfica (Hoder y Orton, 1976) y otro factor que creemos también importante como es el nivel de conflictividad entre los grupos que determina la elección de enclaves con buenas defensas naturales aunque sea pobre en recursos.

Para realizar el cálculo aproximado de la distancia que se recorre en 1 hora contamos con la ayuda de trabajos realizados en el Sur de Extremadura por L. Berrocal en la Betura Céltica (1992: 223, fig. 50 y 51) donde estableció los varemos siguientes:

Tiempo	Pendiente	Distancia
1 hora	0-10 %	5 Km.
1 hora	10-20 %	4 Km.
1 hora	20-30 %	3 Km.
1 hora	30-50 %	2 Km.

Estos valores fueron contrastados sobre el terreno y se pudo conocer que existía un alto grado de aproximación entre la distancia calculada con este criterio y la real, aunque existen gran cantidad de anomalías del terreno que contribuyen a aumentar o disminuir esa distancia (L. Berrocal, comunicación personal).

También nos servirá de orientación el modélico trabajo realzado sobre el castro de Las Cogotas (Avila) para conocer su territorio de explotación (Alonso, 1993) en el que se estimó que la distancia en torno al yacimiento que se puede recorrer en una hora oscila entre los 3 y 4 km., resultado que coincide aproximadamente con los parámetros de Berrocal según se puede apreciar por el cálculo de las pendientes que se observan en la fig. B de Alonso (Idem).

En cualquier caso, las medidas obtenidas son simples indicadores de cuál pudo ser el espacio real de explotación que en cada caso debe ser contrastado con las limitaciones que impone el paisaje como son las barreras naturales (barrancos, cantiles, cursos de agua); en otros casos, puede darse la circunstancia de que se exploten áreas más alejadas pero de fácil acceso o mayor riqueza de la tierra. Conjugando los tipos de emplazamiento con las pendientes resulta que en el caso de los yacimientos de la llanura, el territorio de explotación que puede ser recorrido en 1 hora es de aproximadamente

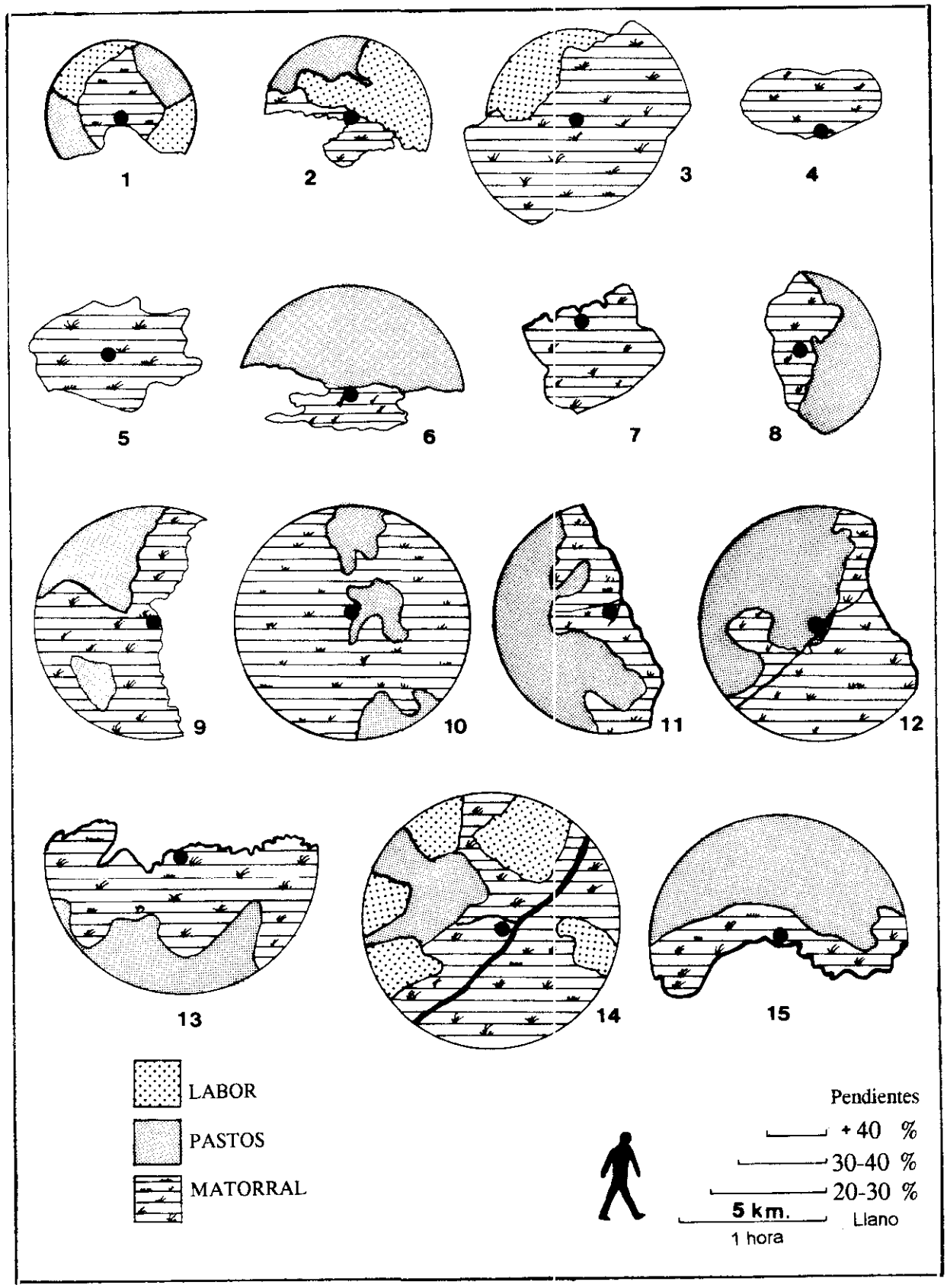


Fig. 33.- Territorios teóricos de explotación de los poblados del Hierro Inicial según el grado de las pendientes que los rodean: 1.La Cabeza del Buey 2.Aljibe 3.Pasto Común 4.Silleta 5. S. Cristóbal de Valdemorales 6. Cancho de la Porra 7.Periñuelo 8.Risco 9.Sta. Cruz 10.Virgen de la Cabeza 11.Castillón de Baños 12.Natera 13.Muralla de Alcántara 14.Castillones de Araya 15.Muralla de Valdehúncar.

5 km.; en los castros del ribero existen pendientes muy acusadas junto al río, pero se suavizan progresivamente y son inferiores al 10 % al alejarse 1 Km., por lo que hemos calculado que el modelo teórico se situaría en los 4 km.. En las sierras, los castros están rodeados por pendientes superiores al 30% por lo que en 1 hora se pueden andar tan sólo entre 2-3 km. (Fig. 33).

Ninguna razón de índole económica directamente relacionada con la explotación del entorno inmediato de estos sitios tan abruptos parece justificar la elección de esos lugares. De hecho, las tierras que los rodean se caracterizan por su bajo rendimiento económico. Son zonas sólo aptas para la cría de ganado ovicaprino, aunque no se excluye la posibilidad de que en pequeñas mesetas o rellanos cercanos al poblado se pudiera practicar algún tipo de cultivo. Por otra parte, si se compara el mapa de dispersión de yacimientos con el de recursos mineros resulta evidente que tampoco existen filones en las proximidades de los castros, salvo en el caso de la Silleta, cercana a las importantes minas de estaño de Santa María, situadas en la llanura, aunque ello no justifica que el castro se ubicara en lo más alto de la sierra.

En cambio existen motivos relacionados con el control del territorio que explican esa elección: si observamos sobre el mapa la distribución de los castros se aprecia cómo los primeros poblados fortificados hacen su aparición sobre los puntos más altos de la cuenca. Al combinar situación, emplazamientos y visibilidad resulta que desde ellos se domina un espacio a su alrededor de un radio que oscila entre los 30 y 40 km., limitado generalmente por otras cadenas montañosas. Entre todos prácticamente se puede controlar el territorio que se extiende desde Gredos hasta la Sierra de San Pedro. Ese interés por controlar visualmente un territorio lejano se pierde en los castros del ribero, desde donde sólo se divisa el entorno más inmediato al poblado.

IV.3.- LAS CONSTRUCCIONES DE LOS POBLADOS: ARQUITECTURA DEFENSIVA Y DOMESTICA.

Al describir cada uno de los poblados ya se habló de las construcciones que aparecen en ellos, por lo que aquí sólo recogeremos los rasgos comunes que caracterizan a ésta época. Hay que comenzar señalando que tan sólo se conoce una vivienda de esta fase, la cabaña excavada en el Risco (Rodríguez, 1994, fig. 3.A) de planta circular delimitada por una alineación de piedras clavadas en el suelo; no conocemos las dimensiones pero el autor señala que se trata de "grandes espacios" (idem: 114) por lo que es posible que en este momento superen el tamaño de las del Bronce Final (entre 2 y 4 m. de diámetro). Más importante es apreciar que si en el período anterior era difícil señalar la forma de las viviendas debido a las pocas evidencias que han dejado (tan sólo algunos agujeros de postes) ahora parecen haber ganado en solidez al contar con un murete de piedra sobre el que se levanta la cabaña.

Sin duda lo que mejor conocemos son las construcciones defensivas que rodean a los poblados. Para poder establecer un orden cronológico que aporte luz sobre su origen y evolución vamos a establecer una seriación en función de la cronología de los poblados.

I FASE.- Engloba a aquellos cuya ocupación termina en el Hierro Inicial pues sus materiales no sobrepasan el s. V a. C. (la Silleta, Pasto Común, la Cabeza del Buey, Virgen de la Cabeza, el Risco, S. Cristóbal, primer recinto de Santa Cruz y Cancho de la Porra). Las murallas de estos poblados no rodean totalmente al poblado sino únicamente las zonas más vulnerables. Se da la circunstancia de que aparecen siempre en crestas de sierras, desapareciendo las murallas en las zonas donde los cantiles rocosos forman una pared casi vertical infranqueable. El trazado está muy supeditado a la topografía, hasta el punto de que en muchos casos la muralla no es más que un simple relleno de piedra entre los grandes afloramientos. No se observan trabajos de cimentación de las murallas ni se rebajan las rocas para cimentar sobre ellas. En ninguna se observa que se construyeran torreones ni cualquier otro tipo de añadido que complemente la defensa. Los accesos no se conservan a simple vista, camuflados por los derrumbes, pero debieron ser sencillos vanos.

II FASE.- Se incluyen en él a los poblados que prolongaron su ocupación hasta el Hierro Pleno; en algunos casos las pocas evidencias de este período nos llevan a situarlos en un momento de transición entre ambos períodos, hacia el siglo V a. C., época en la que habría que fechar su muralla. Se engloban en este grupo la Muralla de Alcántara, Castillones de Araya, Castillón de Baños, Natera y Muralla de Valdehúncar. En este momento ya rodean por completo al poblado aunque su trazado todavía depende bastante de los condicionamientos del terreno porque se procuran aprovechar los afloramientos para cimentar sobre ellos allanado la roca o, incluso, para embutirlos en los muros sin trabajarlos, pero no se interrumpe la línea de muralla en ningún punto.

Por primera vez se construyen más de un recinto rodeando al poblado; ello da lugar a una variada tipología que se irá enriqueciendo con el tiempo y que en este momento la componen los siguientes tipos:

- Recinto único.
- Varios recintos. Dentro de estre grupo se engloban dos modalidades diferentes:

1. Recintos adosados, fácil solución que consiste en añadir un segundo lienzo de muralla que arranca y muere en la principal; suelen construirse en la zona de acceso al poblado para defender la entrada. En otros casos se optó por trazar un lienzo que cruza el poblado de un extremo a otro dando lugar a la aparición de más de un recinto mediante esta sencilla técnica.

2. Recintos independientes, unos incritos en otros. Es la solución más compleja porque implica la construcción de varios anillos de murallas al poblado, por eso no se generalizará hasta el período siguiente aunque la encontramos en poblados de transición, como la Muralla de Alcántara, ya plenamente desarrollada.

Se han documentado dos tipos de puertas en esta fase: el vano simple y la puerta en esviaje, ésta última conocida sólo en el castro de la Muralla de Alcántara. Es en este momento cuando aparecen por primera vez los torreones. Son de forma circular y de grandes proporciones, sobresaliendo con creces por una cara y otra de la muralla; los encontramos en el castro de La Muralla de Alcántara y la de Valdehúncar.

IV.4.- LA CULTURA MATERIAL: OBJETOS METALICOS Y CERAMICOS.

De igual modo que ha sido posible reconocer en el paisaje una evolución de las formas de asentamiento, que nos permite hablar de una nueva época a la que hemos llamado Hierro Inicial, también en otras evidencias se debería reconocer ese cambio, sobre todo en el conjunto de objetos utilizados por esas gentes a lo largo de este período. De hecho, lo habitual en la investigación es que se reconozcan esos cambios primero a través de los "objetos" y después en otros ámbitos de la cultura.

Sin embargo, nosotros nos encontramos con un problema diferente porque han sido los poblados y no lo que contenían los que nos han servido de guía para estudiar la evolución de la sociedad. La información que encierra cada uno de ellos sobre la vida diaria de sus habitantes habría que recuperarla mediante excavaciones ya que la prospección tan sólo permite recoger una mínima parte de esos datos.

A pesar de esas limitaciones, ha sido posible rellenar esa laguna gracias a una serie de materiales que se conocían desde hace tiempo y otros recientemente depositados en los fondos del Museo de Cáceres aún sin estudiar, todos procedentes de los poblados a los que nos hemos referido ya. Con ellos y con los que han deparado las prospecciones podremos tener una visión general del cambio producido en la fabricación de los objetos cotidianos y de lujo desde finales de la Edad del Bronce.

- LA ORFEBRERIA.

Frente al mundo de los poblados y los materiales que proporcionan, relacionados con el ámbito de lo cotidiano y las preocupaciones diarias por defenderse y subsistir, el oro se sitúa en el terreno donde se mezclan lo sacro con lo humano en forma de objetos cargados de simbología social y religiosa pero usados por una minoría que los utiliza para demostrar su supremacía. Si durante el Bronce Final se exhibía en forma de sencillos pero pesados torques, en este período el fenómeno se invierte porque aparece en preciosas joyas de gran barroquismo y escaso peso. El papel de la orfebrería no será el de atesorar el oro sino el de competir por la magnificencia de esos adornos que imitan modelos foráneos, lo que exige una cada vez mayor pericia técnica de los artesanos al

servicio de las élites. En esta época se amplia el repertorio de objetos fabricados en oro a las diademas, los cinturones, arracadas o diversos adornos del vestido que nos hablan de nuevos hábitos de exhibición de la riqueza paralelos sin duda a la transformaciones del concepto de poder.

Como es habitual en el mundo de la Aqueología, los hallazgos más espectaculares se realizan de forma fortuita y se carece de su contexto arqueológico. En la provincia de Cáceres destacan los conjuntos de Aliseda, Serradilla y Villanueva de la Vera que hay que ver sin separarlos de los aparecidos en la Baja Extremadura como los de Segura de León, Cogolludo y Medellín, además de hallazgos sueltos de los que se desconoce su procedencia. Todos ellos han sido reiteradamente estudiados durante los últimos años, desde los primeras referencias de sus descubridores, pasando por la visión de conjunto de Almagro-Gorbea y, recientemente, los trabajos sobre orfebrería de Nicolini (1990) y Perea (1991). Por ello vamos a continuar la pauta iniciada con la orfebrería del Bronce Final de no detenernos en la descripción minuciosa de las joyas, que no aportaría nada nuevo, sino en la valoración global de los hallazgos.

- El tesoro de Aliseda.

El conjunto más espectacular es el de **Aliseda**, porque reúne casi trescientas piezas de oro. Se encontró en 1920 junto al pueblo de Aliseda, situado en las faldas de la Sierra del Aljibe, en cuya cima se encuentra el poblado de época orientalizante. Apareció a 1 m. de profundidad y estaba situado junto a un murete, encontrándose las joyas y diversos objetos cerámicos repartidos en un radio de 1 o 2 metros cuadrados (Mélida, 1921; Blanco, 1956: 359 ss.; Almagro-Gorbea, 1977: 204 y ss.). Está integrado por 1 diadema articulada, 2 arracadas fusiformes con crestería de flores y pájaros, 2 brazaletes, 1 cinturón decorado con escenas de lucha del león y hombre, 1 torques de extremos vueltos, 57 piezas de collar en forma de estuches portaamuletos, estuches planos, cuentas, esferillas, 1 colgante en forma de cabeza de serpiente, crecientes y cuentas fusiformes, 1 sello giratorio de amatista, 1 sello giratorio de cornalina, 1 sello giratorio de jaspe obscuro, 2 sortijas con sello de oro, 2 anillos con dos escarabeos de pasta de vidrio, 1 anillo con cuatro escarabeos, 1 colgante con dos esferillas, 194 apliques

en forma de palmeta, 2 piezas de filigrana (posibles adornos de vestiduras), 2 cadenillas de oro, 1 extremo triangular de pieza sin identificar, posiblemente una diadema, 4 esferillas, 7 pasadores y fragmentos de hilo de oro y 1 cuenco de oro. Algunas de las piezas que forma parte de este conjunto tienen una fecha del s. VIII-VII (por ejemplo el vaso de vidrio de origen sirio (Almagro-Gorbea, 1977: 216)), pero por las características técnicas de las arracadas o la diadema, su fecha debe situarse a fines del VII (Almagro Gorbea, 1977:220) o principios del VI (Perea, 1991: 211).

Los estuches del collar son de origen fenicio y los escarabeos y la botella de vidrio que acompaña a las joyas son de origen sirio-fenicio también (Almagro-Gorbea, 1977: 219); sin embargo, las piezas más destacadas del conjunto como son la diadema, las arracadas, quizás el cinturón y algunas piezas de colgantes debieron estar fabricados en un taller cercano, pues se alejan de los prototipos fenicios y muestran un gusto por el barroquismo que las asemeja a las joyas de Villanueva, Serradilla y las de Segura de León (Perea, 1991: 202).

- Placas de la necrópolis de Pajares.

Otro importante hallazgo de joyas ha sido dado a conocer en 1993, aunque se ha publicado sin ningún otro elemento de contexto arqueológico; proceden de La Cañada de Pajares, **Villanueva de la Vera**, un yacimiento con una secuencia que abarca desde el Bronce Final a la Edad del Hierro (González et alii, 1993). Las joyas proceden de una necrópolis de incineración en urna de fuerte carácter local en las que se depositaron ricos objetos de origen orientalizante (Celestino, 1995: 82).

La pieza más destacada es una estrecha placa rectangular con extremos redondeados, adornada por las dos caras. Una de ellas lleva crecientes lunares troquelados dibujando una cenefa; los crecientes forman grupos de cuatro unidos por sus extremos, resultado rectángulos de lados cóncavos (en forma de lingotes chipriotas), con la particularidad de que dos llevan disco solar y los otros dos son simples. El resto de la placa lleva una profusa decoración de granulado ocupando toda la superficie, como también aparece en el cinturón de Aliseda. El reborde va rematado por filigrana de tres hilos; el central es de bocel torsionado y los dos laterales son lisos. La otra cara está

decorada con la representación exenta de una cresta de palmetas, 38 pares de flores de loto y, flanqueando todo ello, dos remates compuestos por cabeza con peinado hathórico montadas sobre una moldura rectangular de lados cóncavos (que González et alii identifican con un capitel eolio (1993:252)) y vástago decorado con estrías. Recientemente se ha dado a conocer otra pieza idéntica procedente del mismo lugar (Celestino, 1995: 74) que formaría pareja con ella. No se conocen piezas como ésta en la Península, por lo que es difícil determinar su funcionalidad. Sí son conocidos los motivos utilizados, tanto los crecientes (colgante del collar de Aliseda, por ejemplo), como las palmetas y las flores de loto (arracada de Aliseda, p. e.); la representación de cabezas también aparece en otras joyas orientalizantes extremeñas, aunque el peinado con bucles de ésta nada tiene que ver con las de Serradilla o La Martela, estando más próxima del llamado Bronce Carriazo (Maluquer, 1957) o la del peine de marfil de la necrópolis de Medellín.

En la misma necrópolis se encontraron diversas piezas de oro, entre ellas un pendiente anular con los extremos adelgazados para anular, una plaquita rectangular con un grifo y otra con una representación de cabeza humana muy esquemática (González et alii, 1993: fig. 2). Otros objetos como los braserillos de bronce y cuentas de pasta vítrea oculadas (Celestino, 1995: 82) se inscriben en ese mismo ambiente orientalizante de las piezas de oro y repiten la asociación de braserillo y joyas que aparece en Aliseda. Estas joyas, por el contexto de la necrópolis donde se hallaron, se han fechado a fines del s. VII y principios del VI (González Cordero et alii, 1993); son, por tanto, contemporáneas a las de Aliseda, lo que explica la similitud de los motivos empleados.

- El Tesoro de Serradilla.

La **joyas de Serradilla** se encontraron casualmente en 1965, dentro de una vasija cerámica enterrada en unos canchales del olivar Chorlito, por lo que carece de contexto arqueológico. Está compuesto por 2 arracadas circulares; 2 con creciente y apéndice triangular de glóbulos formando racimo; 2 con creciente más ancho y apéndice similar las anteriores; 2 cadenas; 1 fragmento decorado con cordoncillos; 1 fragmento de oro retorcido; 1 cilindro de oro y 7 placas trapezoidales fragmentadas, una de ellas decorada

con cabeza sobre doble prótomo de ave, las otras con motivos circulares y en forma de bellota (Almagro Gorbea, 1977: 221 y ss.). Llevan en el borde superior medias cuentas caladas o un tubo hueco para ensartar las placas (Perea, 1991: 156). Todo el conjunto se caracteriza por la fragmentación de las piezas, algunas a medio fundir, por lo que se ha interpretado como un atesoramiento de productos de desechos guardados para refundirlos y aprovechar sus 103 gr. de oro (Perea, 1991: 155), escondido a unos 3 km. del poblado contemporáneo más cercano que conocemos. Las joyas partidas y rotas que contenía parecen estar . La recargada decoración de filigrana y granulado que presentan estas piezas, las semiesferas rematadas en gránulo de los apéndices de las arracadas o el motivo de ondas del creciente son detalles que apuntan hacia un momento avanzado del mundo orientalizante, que Almagro Gorbea sitúa a fines del s. VI o el s. V (1977: 230), ratificado posteriormente por Perea (1991: 212).

El paralelo más cercano a estas placas son las tres que se encontraron en 1984 en un castro del Sierra de La Martela, al sur de Extremadura. La forma trapezoidal, el remate ondulado del borde inferior y el sistema de engarce de las placas son muy similares; la decoración esencial de las de La Martela son cabezas repujadas decoradas con filigrana, tema que también aparece en Serradilla. Aunque el contexto arqueológico en el que se ocultaron estas piezas es del siglo IV a. C. (Enríquez y Rodríguez, 1988: 128), sus características técnicas son más propias del siglo V a. C, poco posteriores a las de Serradilla.

Recientemente se ha interpretado esta pieza como fruto de la asimilación de influjos célticos, indicando que el motivo de Serradilla de cabeza entre prótomos supondría el inicio de una larga serie de representaciones características del arte céltico peninsular (Almagro Gorbea y Lorrio, 1992: 422). A pesar de ello, hay que considerar que el motivo de las cabezas está bien documentado en joyas orientalizantes extremeñas o de otras áreas como las de Gaio o la diadema del cortijo de Ebora en una fecha tan temprana como es el siglo VI a. C., por lo que las piezas extremeñas no son casos aislados. Se ha señalado que la ejecución de las cabeza de la Martela responde a cánones del arte celta, buscando paralelos en las representaciones de cabezas en la necrópolis de Hallstatt y en la toréutica alpina (Berrocal, 1992: 145). Más bien pensamos que la similitud entre estas cabezas orientalizantes y las centroeuropeas se justifica por las

influencias mediterráneas en el arte celta, sobre todo porque al surgir un arte celta figurativo se nutrió de la tradición orientalizante (Kruta, 1993: 432). Por ello, las representaciones de Serradilla y La Martela deben considerarse piezas técnicamente orientalizantes, aunque la selección de ese motivo iconográfico responde a una tradición más afin al mundo indoeuropeo que a la oriental (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 435).

- Joyas de Monsanto de Beira.

No queremos terminar esta visón global sin aludir a una arracada y un colgante aparecidos en Monsanto de Beira, porque ayudan a tener una visión completa de la dispersión alcanzada por estas joyas. La arracada es circular y acaba en un apéndice, con crestería y alveolos (Cardozo, 1956; Blanco, 1957; Almagro Gorbea, 1977: 233). Es semejante a la de Serradilla, por tanto se debe datar a fines del VI o el siglo V a. C. De la misma época o ligeramente más moderno es un colgante reutilizado en una tumba romana del siglo I d. C.; lleva dos placas circulares opuestas unidas por un carrete de suspensión decorado con rosetas; en la parte de arriba, tres triángulos invertidos de granulado apoyados en una fila de granulado que recuerdan la decoración de las placas de Serradilla (Almagro-Gorbea, 1977: 232).

En relación con estos hallazgos áureos hay que preguntarse quiénes eran los orfebres encarcados de transformar el oro en esos sofisticados aderezos. Ya hemos dicho que las semejanzas observadas entre las joyas recuperadas en Extremadura han llevado a plantear la existencia de un único taller que abasteciera a esta zona (Perea, 1991: 202; Celestino, 1995:74). Aunque es cierto que se observa en este área una afinidad estilística que permite aventurar un origen muy próximo para todas ellas, no nos parece que ello sea un indicio de que tuviera que existir un centro único donde se elaboran las joyas. Nos parace más acertado pensar que existieron unos pocos especialistas familiarizados con las técnicas de la orfebrería orientalizante que se encargaron de atender la demanda de las personas más destacados de la sociedad indígena, desplazándose de unos lugares a otros, lo que da lugar a que se cree ese sabor regional.

En Villanueva se han documentado útiles relacionados con el trabajo del oro en el poblado, pero se limitan a materiales recogidos en superficie; además, este yacimiento

tienen la particularidad de estar ubicado en una zona de paso desde el Tajo a la Meseta, lo que explica la confluencia de elementos típicos del Sur con otros meseteños. Por ello es más fácil que estas piezas llegaran hasta aquí fruto de los intercambios a que sean de manufactura local.

- Joyas de plata.

Contrasta el amplio repertorio de joyas de oro con la escasa utilización de la plata en este período. Los únicos objetos conocidos en ese metal son los jarros que acompañaban al tesoro de Aliseda, tan fragmentados que ha sido imposible reconstruir su forma, aunque parecen vasijas de perfil en S (Almagro-Gorbea, 1977: 213). Sin embargo, hemos podido documentar en el poblado del Risco el uso de la plata, pues proceden de allí un fragmento de lingote y varios pequeños objetos (*vid. supra*), lo cual prueba que se debieron fabricar en el poblado algunos elementos de adorno.

- LA TOREUTICA

- Recipientes de Bronce.

Hasta el momento tan sólo están publicados dos recipientes llegados hasta la cuenca del Tajo, el braserillo de Aliseda, con un asa en omega rematada en manos de seis dedos, fechado a fines del VII (Almagro Gorbea, 1977: 242) y el jarro de Villanueva, de cuerpo ovoide, largo cuello y asa rematada en tres cabezas de serpientes que se apoyan en el borde, fechado en el siglo VI a. C. (García y Bellido, 1960; Almagro-Gorbea, 1977: 240). A ellos hay que sumar los braseros de esa misma necrópolis pero aún inéditos y otros bronces todavía sin publicar del Terral (Berzocana) (González Cordero et alii, 1993: fig. 1).

Lo interesante es que aparecen juntos jarros y braseros, en una asociación típica del ritual funerario orientalizante que se repite en Aliseda y Villanueva. Ello indica que estos objetos exóticos llegaron hasta aquí cargados de todo su transfondo ideológico; no es raro puesto que no se han documentado en la región enterramientos desde el Bronce Pleno, lo cual quiere decir que los que se enterraron en Aliseda o Villanueva están

transplantando desde la zona orientalizante tanto la costumbre de depositar al muerto con su ajuar como el ritual que lo acompaña.

Son pocos los ejemplos de recipientes orientalizantes documentados al Norte de Extremadura, destacando el jarro de Coca (Segovia) y el brasero de manos de Sanchorreja, del mismo tipo que el de Aliseda (González-Tablas et alii, 1991-92: 321). La existencia de una vía natural que permite llegar a esos enclaves a través del valle del Jerte, donde se sitúa el yacimiento de Villanueva, permite intuir que los yacimientos extremeños desempeñaron un papel importante en la difusión de los objetos orientalizantes hacia la Meseta. Ya hemos señalado la convivencia en este enclave de piezas orientalizantes con otros típicos de la zona de Avila, por lo que su aparición aquí no es casual sino vinculada a esta zona de paso.

- **Pie de thimateria con forma de pata de león**. Se conoce un fragmento procedente de El Risco que está decorado con círculos troquelados, que recuerda a otro ejemplar de la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: 410) que este autor fecha a principios del siglo V a. C.. Su parecido es aún mayor con el pie de un thimiateria de bronce procedente de Villagarcía de la Torre (Badajoz) (De la Bandera y Ferrer, 1994: fig. 5 y 6), ya que tiene idéntica forma de garra de león con un travesaño en la parte interna para reforzarla. Por tanto, no estamos hablando de piezas aisladas, sino de una producción de objetos suntuarios relativamente importante cuyo taller de fabricación pudo estar en alguno de los edificios monumentales de carácter redistributivo que se están conociendo en la Baja Extremadura.

- **Asadores**:

Un interesante conjunto de 7 asadores se ha localizado en el poblado del Risco; aunque están partidos, se reconoce en ellas que pertenecen al llamado grupo andaluz (Almagro-Gorbea, 1974) y sus enmangues son idénticos a los aparecidos en Cancho Roano (Maluquer 1981; Celestino y Jiménez, 1993: 100); algunos aparecieron asociados a cerámicas áticas datadas a finales del siglo V a. C. por lo que también los del Risco habría que datarlos a lo largo de esa centuria. Es interesante el hallazgo porque hasta ahora no había aparecido ninguno en la Alta Extremadura, aunque sí se conocía uno en

el Berrueco (Almagro-Gorbea, 1974: 381). Con ello no sólo se ratifica el papel de intermediaria que desempeñó esta zona en la dispersión de objetos orientalizantes, sino también de nuevos rituales que serán adoptados por las élites locales como demuestran los asadores, porque parece estar ampliamente documentado que estos ganchos se utilizaron en ceremonias asociadas al consumo de alimentos (Judice, 1986). En este sentido, el reciente hallazgo en Cancho Roano de dos asadores junto a restos de fuego y huesos de animales (Celestino y Jiménez, 1993: 101) son la evidencia más cercana de que desde los enclaves orientalizantes se difundieron estas prácticas a la población indígena.

- **Representaciones figurativas.**

Destacan en este grupo los bronces aparecidos en el Torrejón de Abajo, posibles remates de un "klinos" o lecho funerario (García-Hoz y Alvarez, 1991: 202). Son 10 cilindros huecos, preparados para encajar unos en otros formando ángulos rectos, delimitando el contorno del lecho. Las cuatro esquinas están decoradas con representaciones de cabezas humanas; la parte delantera lleva, además, cabezas de felino formando ángulos rectos con las humanas y la parte trasera lleva, en cambio, palmetas.

La cabezas representan figuras femeninas tocadas con un velo. Los rasgos de la nariz, orejas y barbilla están bien resaltados; los grandes ojos almendrados y la boca, por el contrario, están marcados con una suave incisión. Van adornadas con collares de tres vueltas, representados de forma esquemática mediante líneas paralelas y en ziz-zag. En ellos se apoyan las manos, reducidas a la representación de los cinco dedos mediante líneas paralelas.

Las cabezas de felino llevan destacados las orejas y el hocico y los demás rasgos marcados mediante suaves incisiones. Van tocados con una diadema semejante al collar de las cabezas femeninas, los ojos también son almendrados y lleva la cara decorada con incisiones paralelas y en zig-zag.

Aunque no se conocen otros ejemplares idénticos a este mueble, el uso de lechos funerarios parece documenentrse en la cercana necrópolis de Medellín (Almagro Gorbea, 1991: 161). Los rasgos de las figuras, además, recuerdan a otras aparecidas en la región como la cara del guerrero de Medina de la Torres o las del vaso de Valdegamas, por lo

que se han considerado obra de un taller peninsular indígena que los fabricó a fines del siglo VI a. C. (García-Hoz y Alvarez, 1991: 203).

Otra figura, en este caso femenina, ha aparecido en superficie en el castro del Aljibe, Aliseda, aunque se desconoce su paradero actual. Por las referencias orales que tenemos de ella se puede señalar que es una pieza cilíndrica, de la que sobresalen los brazos, que están mutilados. La parte superior de la cabeza y la zona inferior de la figura también se han perdido. Es una representación de aspecto tosco, peinada con dos trenzas que le caen hasta la altura de los brazos y ataviada con una túnica y engalanada con una"rolea" y un collar del que penden ocho colgantes en forma de bellota, todo ello marcado mediante una fina incisión (Almagro-Gorbea, comunicación personal). Algunos rasgos de esta imagen aparecen en otras representaciones contemporáneas, como el tocado de dos trenzas, similar al que lleva la cabecita femenina del jarro de Valdegamas; el collar recuerda a los colgantes de oro en forma de bellota aparecidos en Aliseda o La Martela. Por ello, esta figura pudo haber representado a alguna divinidad femenina que asimilara algunos rasgos orientales, aunque su carácter tosco apuntan hacia una realización indígena, si bien no se puede precisar más la información por no haber visto la pieza.

Un grupo muy distinto de figuras de bronce lo constituyen las representaciones de cabras del Museo Provincial de Cáceres, 3 de Torrejoncillo y 1 de Aliseda. Resulta problemático datar estas piezas, por su falta de paralelos en el mundo oriental, aunque diversos autores se inclinan a encuadrarlas dentro de la tradición orientalizante (Blázquez, 1962; Almagro Gorbea, 1977: 253), aunque se trate de creaciones indígenas posiblemente fabricadas en la transición del Hierro Inicial al Pleno.

- Objetos de adorno personal.

Al mismo tiempo que circulaban estos objetos debió existir una producción de sencillos elementos de adorno más fáciles de conseguir que las joyas de oro pero que se usarían con idéntico afán de imitar a los personajes orientalizante, luciendo sus mismos adornos. Destacan en este grupo las fíbulas y los broches de cinturón, vinculados con cambios en la indumentaria siguiendo las nuevas formas de vestir de la sociedad tartésica.

1. Las fíbulas.

Hasta el momento se conocen 5 fíbulas que proceden todas del poblado del Risco. A pesar de que su número es escaso pertenecen a los tipos más usuales de este período que se engloban en dos grandes grupos:

- Fíbulas de doble resorte. Se conocen dos ejemplares pero ninguno de ellos está completo; una conserva únicamente cinco espirales del resorte y la aguja y la otra tiene el puente filiforme de sección circular acabado en dos resortes que están partidos y sólo conservan cuatro espirales. La cronología y la dispersión de estas fíbulas es muy amplia porque abarca desde fines del siglo VIII a. C. hasta el siglo VI tanto en necrópolis de Campos de Urnas del Noreste peninsular (Palol, 1985: fig. 189; Ruiz Zapatero, 1985: 952) como en las necrópolis fenicias u orientalizantes del Sur como Frigiliana (Arribas y Wilkins, 1971: 197), Setefilla (Aubet, 1975: 147), etc. En Extremadura aparecen durante la fase I de la necrópolis de Medellín que Almagro Gorbea fecha desde finales del siglo VII hasta mediados del VI (1977: 480). A través de Extremadura es posible que llegaran a las tierras de Avila y Salamanca, donde han aparecido en el castro de Sanchorreja (González-Tablas et alii, 1991-92: fig. 2), Salamanca (Martín Valls et alii: 1991: 139) y Ledesma (Benet et alii, 1991: 130), de ahí la importancia de documentarlas en un castro de la provincia de Cáceres, al ser un punto intermedio entre la cuenca del Guadiana y la Meseta.

- Fíbulas anulares hispánicas. Han aparecido tres, dos de ellas completas, muy similares y caracterizadas por tener puente de cinta unido al anillo mediante un resorte de muelle del que arranca la mortaje y la aguja. En la tercera, en cambio, el puente forma una pieza única con el anillo y está fabricado con una chapa que se ensancha en el centro, aunque no sabemos como fue su resorte porque está perdido.

Las fíbulas anulares hispánicas se fechan durante el siglo V a.C. según Cuadrado (1957), aunque el parecido con las de Medellín lleva a situarlas a comienzos de ese siglo (Almagro-Gorbea, 1977: 398). Se inicia con ellas una larga serie de fíbulas anulares que estarán en uso durante todo el Hierro Pleno, aunque con variaciones significativas en los puentes y los resortes, con algunos ejemplares muy parecidos a los del Risco en necrópolis como la de Alcántara ya de finales del siglo V o principios del IV a. C.

- Broches de cinturón.

Se conoce un ejemplar también del Risco formado por una placa trapezoidal con escotaduras laterales cerradas y terminada en tres garfios. Los laterales de las escotaduras llevan ensanchamientos circulares que sirven de decoración y el interior de la placa lleva una línea incisa y un motivo sogueado contorneando las escotadura y el borde de la placa. Este tipo de broche ha aparecido en la necrópolis de Medellín en un momento contemporáneo a las fíbulas anulares por lo que hay que pensar que se depositaron junto a ellas también a principios del siglo V a. C., posiblemente formando parte de ajuares funerarios.

- Botones

Otro interesante hallazgo que ha proporcionado el castro del Risco es una colección de 8 botones y 1 disco de perfil cónico con trabilla en la parte inferior para sujetarlo. Volvemos a encontrar los mejores paralelos para estas piezas en Cancho Roano, hasta el punto de que parecen haber sido realizados todos "en serie" dado el parecido de unas piezas y otras, por lo que habría que fecharlos hacia el siglo V a. C. como sugiere el contexto de la habitación N-5 en la que se encontraron los de Cancho Roano (Celestino y Jiménez, 1993: 103). Estos botones parecen haber sido utilizados para decorar los arneses de los caballos y aunque está clara su filiación con elementos orientalizantes, los botones cónicos tienen precedentes semejantes en algunos materiales del Bronce Final de la zona como son los del poblado de Cabezo de Araya y La Muralla. Celestino y Jiménez (1993: 103) también han insistido en el parecido de los botones de Cancho Roano con los de la Ría de Huelva, lo que en definitiva sirve para demostrar los fuertes contactos que la región Extremeña tuvo desde entonces con el Suroeste que permitió la rápida difusión de materiales y la aparición de los mismos tipos sin a penas variantes locales.

- Colgante con forma de cascabel:

En los fondos del Museo de Cáceres se ha depositado una pieza, sin contexto, de forma circular con la pared calada por gruesas ranuras que permiten ver el interior hueco. Pende de una argolla por el que iría sujeto a alguna correa de cuero para

adornar.

Se conocen otras dos piezas similares en la Península, depositadas en el Instituto de Valencia de D. Juan, también sin contexto (Schüle, 1969: 203). Según este autor, estas piezas se conocen en Europa oriental, los Balcanes y Grecia (Schüle, mapa 14), donde aparecen en contextos de Hallstat D hacia el siglo VIII-VII a. C. (Schüle, 1969: 50), generalmente asociadas a piezas de arreos de caballos.

Paralelamente a la producción de bienes de prestigio se fabricarían objetos de uso cotidiano que sólo podríamos conocer si se excavaran los poblados. Esas piezas e incluso las imitaciones de objetos importados una vez que se conocen bien los modelos sí es probable que las fabricaran los artesanos locales que en algunos casos podrían ir desplazándose para atender las necesidades de los diferentes poblados. De hecho, en algunos castros como el Risco o en la Virgen de la Cabeza han aparecido nódulos de bronce que ponen de manifiesto que existía una importante actividad metalúrgica cuya producción no se limitó al bronce sino que también fabricaba objetos en hierro, plomo o plata como demuestra la aparición de nódulos o lingotes de esos metales.

- LAS CERAMICAS.

Lo primero que destaca al analizar los materiales cerámicos de esta fase es el hecho de que sea necesario diferenciar entre aquellas que provienen de los poblados y las que han aparecido en contexto funerario. El rasgo común a todas las cerámicas halladas en los asentamientos es el estar hechas a mano, mientras que los escasos enterramientos que conocemos, al ser de carácter orientalizante, contenían cerámicas a torno cuyos mejores paralelos están en yacimientos del Sur de Extremadura y la Baja Andalucía.

- CERAMICAS A MANO:

Las cerámicas a mano son herederas de las del Bronce Final, hasta el punto de que muchas veces es difícil distinguir unas de otras en aquellos poblados que estuvieron ocupados tanto en una como en otra fase. Por lo general se aprecia que van

desapareciendo los tonos negros siendo más usuales las pastas marrones y rojizas; las superficies bruñidas prácticamente dasaparecen y las alisadas no son tan numerosas como lo fueron durante el Bronce Final, donde alcanzaban proporcione en torno al 80 % del total de la producción. En el conjunto de cerámicas recogidas en poblados del Hierro Inicial dominan las superficies sin ningún tipo de tratamiento por lo que su aspecto es más tosco que el de las cerámicas del Bronce Final.

Estas escasas variaciones en el aspecto de las cerámicas se deben a que se siguieron utilizando las mismas técnicas de fabricación por lo que el resultado final tan sólo es diferente en la forma. Se aprecia que desaparecen los cuencos carenadas del Bronce Final aunque se siguieron fabricando recipientes que mantienen el gusto por las carenas altas. Sin embargo, las formas más representadas son las ollas de formas sencillas que al no tener ningún rasgo morfológico destacado son difíciles de identificar cuando el material cerámico está fragmentado. A pesar de ello se puede establecer unos tipos básicos que configuran el repertorio de formas cerámicas localizadas hasta el momento en los poblados, que futuras excavaciones contribuirán a enriquecer (Fig. 34).

1. Ollas de paredes casi verticales.
2. Ollas globulares rematadas en un pequeño cuello recto.
3. Ollas de perfil de S.
4. Cuencos de carena alta y borde recto.
5. Cuencos de carena alta y borde entrante.
6. Cuencos semiesféricos o con la pared casi recta.

En pocas ocasiones estas cerámicas están decoradas y cuando lo están se utilizaron sistemas decorativos que recuerdan bastante a los que aparecían en el Bronce Final. Las únicas técnicas documentadas hasta ahora son las incisiones y las ungulaciones. Según el lugar donde parecen las podemos clasificar en:

A. Situadas en los bordes; pueden aparecer bien en la parte superior del labio o bien en la zona saliente si el borde es ligeramente vuelto. Esta forma de ornamentación tan sencilla colocada sobre los bordes era también la más característica del fase anterior, ya que por ejemplo suponía más del 90 % del total de las decoraciones documentadas en los poblados excavados en la Beira por Vilaça (1995: 279), pero no debemos caer en el error de considerarlas exclusivas de esa época porque no sólo continuaron en uso

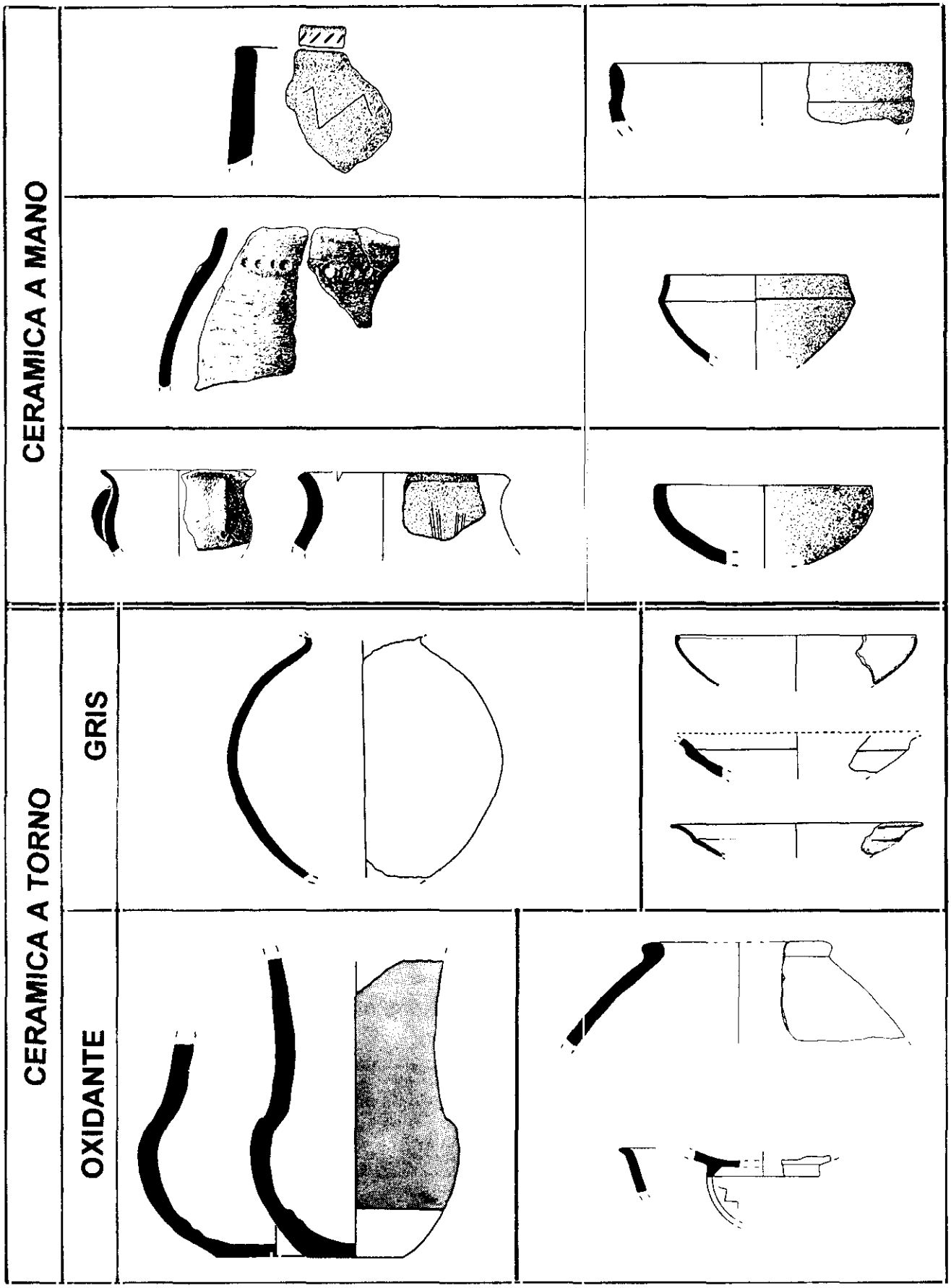


Fig. 34.- Tabla tipológica de la cerámica del Hierro Inicial, elaborada a partir de los datos de prospección.

durante el Hierro Inicial sino que perdurarán incluso en las cerámicas a mano del Hierro Pleno. El lugar más cercano donde aparecen inequívocamente adscritas a un contexto del Hierro Inicial es la estratigrafía realizada en el poblado de Medellín, en la que se documenta este tipo de decoración en cerámicas del estrato 8 de la Cata Este del Teatro, que se fecha entre el 625-600 a. C. (Almagro-Gorbea, 1977: 427).

B. Otro lugar preferente para colocar las decoraciones fue el cuello o la parte superior de la panza de las vasijas. En esas zonas encontramos:

B.1 Motivos incisos realizados con un instrumento punzante sobre el barro tierno. El más sencillo es de las líneas paralelas horizontales que recorren toda la panza; tan sólo en un ejemplar encontramos otro motivo diferente, a base de una línea que dibuja un amplio zig-zag.

B.2 Motivos incisos trazados con un peine de cuatro púas. El único tema que conocemos es muy sencillo, a base de líneas paralelas verticales en forma de haz. Su forma es totalmente distinta a la decoración a peine característica de la zona avulense por lo que no creemos que exista ninguna relación entre este motivo y aquellas barrocas cerámicas a peine.

B.3 Digitaciones alineadas en una banda que recorre la parte superior de la vasija.

B.4 Cordones aplicados con decoración digitada que se suelen colocar en el cuello o zona superior de la panza.

A pesar de todas las limitaciones que impone trabajar con cerámicas recogidas tan sólo en superficie, el poder adscribir una serie de tipos y decoraciones a esta fase que hasta ahora no se conocían nos permite saber cómo evolucionan las tradiciones locales, al margen de las influencias orientalizantes. Estas formas tan arraigadas no desaparecerán con la introducción del torno y durante el Hierro Pleno seguirán fabricándose cerámicas que son herederas de las que acabamos de estudiar. Ello es importante porque se puede documentar la línea de cambios seguida por estas cerámicas durante toda la Edad del Hierro sin tener que buscar un origen foráneo.

- CERAMICAS A TORNO.

Lo esencial de las cerámicas fabricadas a torno durante el Hierro Inicial en la Alta Extremadura es que suponen una producción al margen y bien diferenciada de las

cerámicas a mano fabricadas en los poblados. Son una producción extraña al mundo de los castros, por ello aparecen sobre todo en poblados de claro carácter orientalizante. Cuando están en los castros se encuentran o bien en los escasos enterramientos documentados o bien como raros productos de importación. El conjunto de cerámicas a torno está compuesto por:

1. Cerámicas grises. Han aparecido en la necrópolis de Talavera la Vieja, en el castro de Santa Cruz de la Sierra y en Aliseda tanto en el castro como junto al famoso tesoro. Hay que destacar que son vasijas de formas estandarizadas que repiten siempre los mismos modelos, resultando una tipología homogénea en la quese engloban, en líneas generales, gran parte de las producciones con independencia del sitio donde aparecen. Los tipos básicos son:

- Los platos. Se han diferenciado tres variedades: de casquete esférico y borde simple; de carena alta y borde exvasado; de carena media y amplio borde exvasado. En este caso es evidente que son formas importadas porque esos mismo tipos se documentan en Medellín, el yacimiento orientalizante mejor conocido en Extremadura hasta la fecha, encajando perfectamente con los tipos establecidos allí por Almagro-Gorbea (1977: 402 ss.) y Lorrio (1988-89: 285 ss.). Futuros análisis deberán encaminarse a estudiar las pastas cerámicas para poder discernir si además de importar las formas se importaron los objetos o, por el contrario, se fabricaron en los poblados.

- Urnas. Tan sólo han aparecido en la necrópolis de Talavera la Vieja y a penas se han podido documentar vasijas completas por lo que tan sólo se puede indicar que son formas globulares con bases planas o con el pie indicado y los bordes salientes. En esa misma necrópolis se ha documentado un asa geminada de tipo Cruz del Negro fabricada con las pastas de las cerámicas grises, que no es el único caso conocido en Extremadura pues también en la necrópolis de Mengabril se conoce otro ejemplar (Almagro-Gorbea, 1977:281).

2. Cerámicas oxidantes. En este grupo hay que distinguir entre platos, urnas y ánforas, aunque el repertorio es bastante menos nutrido que el de la cerámica gris.

- Platos. El único ejemplar documentado tiene forma de casquete esférico con borde biselado y se cubrió con Barniz Rojo. Platos de Barniz rojo con bordes biselados se conocen también en el yacimento de Montemolín (Sevilla) (Mancebo, 1991-92: fig. 3);

sin embargo, no son habituales en los poblados orientalizantes extremeños.

- Urnas. Han aparecido tanto en la necrópolis de Talavera la Vieja como en el enterramiento de Santa Cruz de la Sierra. Del primer sitio no ha sido posible reconstruir sus formas por lo que la tabla tipológica queda incompleta hasta que existan datos de excavación. En Santa Cruz se documentan dos variantes que derivan de las urnas denominadas "a chardon"; una tiene cuello acampanado y cuerpo ovoide separado por una marcada carena y en la otra la transición entre la panza y el cuello alto es más suave, sin llegar a formar carena. Las dos tienen la superficie cubierta por engobe rojo, salvo en la zona de la base. Urnas muy similares han aparecido tan sólo en la zona del Bajo Guadalquivir, como Setefilla o un ejemplar en la tumba 1 de la Joya, por lo que Aubet (1976: 24) las considera productos arcaizantes fabricados en algún taller de esa zona en el siglo VI a. C., a pesar de que en esa fecha ya se habían dejado de producir en el resto del Mediterráneo (Idem, 16).

- Anforas. Se incluyen en este grupos grandes recipiente para transportar y almacenar alimentos. La única de la que conocemos la parte superior procede del Aljibe (Aliseda) y recuerda a las ánforas aparecidas en Cancho Roano (Guerrero, 1991) o Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: 469; Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 111), aunque el borde no corresponde exactamente a ninguno de los documentados en esos yacimientos. Por otra parte, en Talavera la Vieja apareció una gruesa asa semicular que imita tipos feno-púnicos conocidos en Andalucía (Rodero, 1991: 277). Por las pastas y la forma parecen ánforas de fabricación local que imitan los modelos fenicios.

En definitiva, la producción a torno de esta fase está totalmente supeditada a los modelos de influencia colonial, por lo que los mismos tipos documentados en la Alta Extremadura aparecen en la cuenca del Guadiana y el área andaluza. Con ello se marca de forma clara la diferencia que existe entre la cerámica a mano, cuyos tipos evolucionan lentamente desde el Bronce Final sin incorporar ningún cambio brusco, y la producción a torno que supone un cambio radical respecto a las tradiciones locales.

IV.5.- LA INFLUENCIA ORIENTALIZANTE EN LA CUENCA DEL GUADIANA Y SU PROYECCION HACIA LA ALTA EXTREMADURA.

Frente al mundo de los castros de la cuenca del Tajo, que a penas ofrece variación desde el Bronce Final, en la cuenca del Guadiana se vivía un proceso de cambios que son un reflejo de los se estaban produciendo en el mundo tartésico. Las influencias orientalizantes acentuarán la diversidad cultural que caracterizaba a Extremadura desde la Edad del Bronce, o incluso antes, como consecuencia de la diferente situación geográfica, la tradición cultural y los contactos de cada zona. El resultado será que en la cuenca del Guadiana, la influencia orientalizante calará sobre una población vinculada geográfica y culturalmente con el Suroeste (Pavón, 1995: 81), mientras que la cuenca del Tajo esa relación fue mucho menos profunda.

Hay que pensar que los responsables de la llegada de las influencias orientalizantes a la zona del Tajo fueron las comunidades vecinas de la cuenca del Guadiana. Por ello es necesario conocer cuáles eran las características de esas poblaciones que actuaron de filtro entre el área tartésica del Guadalquivir y las poblaciones indígenas del Tajo para poder entender la graduación del fenómeno orientalizante desde el Sur de Extremadura hacia el Norte.

- El poblamiento orientalizante de la cuenca del Guadiana.

Al analizar las últimas etapas del Bronce Final ya se puso de manifiesto el fuerte vínculo entre la zona de la depresión del Guadalquivir y las vegas del Guadiana Medio (Almagro-Gorbea, 1977; Enríquez, 1990: 74), desde donde se difundieron a otros puntos de la cuenca del Tajo algunas influencias del Bronce Final tartésico. A partir de entonces ese fenómeno no se interrumpe, siendo cada vez más fuertes los lazos con el mundo del Bajo Guadalquivir, hasta el punto de que Extremadura quedaría englobada dentro del ámbito lingüístico (Almagro-Gorbea, 1991:89), cultural y socio-económico del mundo tartésico, ciertamente conservando una personalidad diferente a la de la zona tartésica nuclear.

A raíz de estos contactos, desde el siglo VII a. C. comienzan a proliferar poblados

de nueva planta y necrópolis de ritual orientalizante idéntico al de los enclaves tartésicos de Andalucía. Ello fue posible gracias a un proceso de profunda aculturación de la población local (Pellicer, 1993: 191), en el que debieron jugar un papel fundamental la llegada de pequeños grupos de población desde el área tartésica que se asentaron en la vega del Guadiana, atraídos por el potencial de excedentes que podría proporcionar el área extremeña y la facilidad para extender los intercambios hacia una región con la que ya existían previamente estrechas relaciones. Ese proceso provocó que se configurara un núcleo tartésico periférico, cuya evolución se entiende mejor desde la óptica de un área independiente, aunque interaccionada con el núcleo tártésico del Guadalquivir, que desde la visión tradicional que la consideraba exclusivamente una zona de aprovisionamiento de recursos para abastecer al área tartésica (Aubet, 1990: 41).

A este proceso Almagro-Gorbea lo califica de "colonización interna" (Almagro-Gorbea, 1991: 107 ss.; e. p.) rechazando la propuesta de Wagner y Alvar de una posible "colonización fenicia", que ciertamente parece mucho menos viable para el área extremeña, aunque ello sí pudiera suceder en áreas próximas a la costa. A la zona del Guadiana no debió llegar población fenicia sino tartésica, como pone de manifiesto la epigrafía y la cultura material, eso sí, mezclándose con la población local y facilitando la asimilación de influencias recíprocas tal como propone Wagner que hicieron los fenicios (Wagner, 1995: 124), utilizando los matrimonios mixtos como fórmula para integrarse en la sociedad (Idem: 117).

Donde mejor se observa ese proceso es en los poblados de Medellín y alcazaba de Badajoz, los únicos excavados hasta el momento, que a lo largo de varios siglos de ocupación dejan ver cómo se transformó el subtrato local incorporando las tradiciones orientalizantes. No es un fenómeno que afecte sólo a las élites sino que, desde ellas, se extendió a toda la población y todos los ámbitos de la vida cotidiana del poblado.

Medellín es uno de los yacimientos que ofrece indicios para conocer el proceso seguido. No han aparecido en ese lugar materiales anteriores al Período Orientalizante (Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994, fig. 22) a pesar de ser un cerro estratégico de primer orden pues a sus pies se encuentra uno de los mejores puntos para vadear el Guadiana, situao en el centro de las fértiles campiñas de las Vegas Altas del Guadiana (Almagro-Gorbea, 1977: 287; e.p.). Las evidencias más antiguas de

ocupación del cerro son de fines del siglo VIII o inicios del VII a. C. y ya desde el comienzo los materiales más significativos indican que este núcleo estuvo estrechamente conectado con el área del Guadalquivir (Almagro-Gorbea, 1977: 476). Por tanto, no sería descabellado considerarlo como prototipo de asentamiento que surge fruto de la llegada de población tartésica, aunque se puede suponer que parte de sus habitantes serían gentes de origen local que se trasladan a este sitio atraídos por la pujanza del enclave orientalizante. A mediados del siglo VII a. C. sus habitantes ya se enterraban según el ritual orientalziante, fabricaban las cerámicas de uso cotidiano y las funerarias imitando a las de aquellos y habían adoptado la escritura del suroeste, clara revelación de la asimilación de la influencia tartésica.

Los cortes estratigráficos abiertos en el poblado muestran que su ocupación ya no se interrumpiría en adelante (Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 111 ss.). A través de ellos ha sido posible establecer una secuencia que se inicia con una fase Orientalizante Antigua (700-650 a. C.) caracterizada por las cerámicas de retícula bruñida y pintadas de tipo Carambolo; continúa con una fase Orientalizante Plena (650-600 a. C.) en la que se imponen las producciones a torno y comienza la población a enterrarse en la necrópolis según el rito orientalizante; le sigue una fase Orientalizante Tardía (600-500 a. C.), etapa boyante para el asentamiento en la que disminuyen drásticamente las cerámicas a mano, se imponen las cerámicas grises y son abundantes las cerámicas fenicias o formas que la imitan, como los barnices rojos o las ánforas. El final de esta fase coincide con un momento de destrucción o reestructuración en las construcciones del poblado que provocaron que se acumularan niveles de arrastres de adobes en las laderas del cerro.

Se inicia a continuación una etapa Post-orientalizante (500-450 a. C.) una vez que ha desaparecido el mundo tartésico. No por ello se interrumpieron los lazos con el mundo del Sur, de donde llegarán ahora cerámicas ibéricas. Sin embargo, empieza a apreciarse un retroceso de las cerámicas grises más típicas de la tradición orientalizante y el desarrollo de una producción de cerámicas reductoras y oxidantes que son herederas de las anteriores, pero con un fuerte sabor local. Este paulatino cambio de la cultura material traduce el que se está produciendo en otros ámbitos de la sociedad, que como es lógico también vemos reflejado en el mundo funerario. Lo cierto es que la necrópolis

orientalizante se abandona tras doscientos años de uso ininterrumpido, prueba evidente de que la metamorfosis por la que está pasando esta población afecta a todos los ámbitos de la vida, incluido el relacionado con las creencias y rituales de la muerte. Después del 450 a. C. se observa que se diluyen las tradiciones orientalizantes y se desarrolla una cultura local, a pesar de que continúan llegando importaciones de cerámicas griegas desde el Sur. En Medellín se la ha denominado Cultura de los Oppida (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 114), apelativo bajo el que subyacen subáreas culturales diferentes y que, por ejemplo, no es extensible a la cuenca del Tajo.

En el cerro de la alcazaba de Badajoz se debió vivir un proceso muy similar al documentado en Medellín; a diferencia de éste, el sitio ya se había ocupado en época calcolítica (Celestino, 1989: 320) aprovechando que reúne extraordinarias condiciones de defensa natural y permite controlar una zona donde confluyen varios caminos (Berrocal, 1994b: 144). Será a partir del siglo VII a. C. cuando se instale el poblado orientalizante (idem: 179), que inicia su andadura en un momento contemporáneo al Orientalizante Antiguo. Las fases siguientes aún no se conocen por estar los materiales pendientes de su publicación, aunque cabe suponer un desarrollo parecido al de Medellín, con idéntica llegada de cerámicas de gran calidad, algunas de las cuales se ha pensado que estaban destinadas a las élites (idem: 180). A comienzos del siglo V a. C. llegaron al yacimiento cerámicas áticas, prueba de que no se han roto los vínculos con el comercio mediterráneo, pero se asiste a un proceso de cambios graduales que desembocan en la sustitución de los gustos orientales por nuevos elementos locales (idem: 180); por ello a partir del 450 a. C. puede darse por finalizada la etapa orientalizante también en este poblado.

El conocimiento que tenemos de la secuencia cultural de estos dos poblados contrasta con el desconocimiento casi absoluto de sus características. Nada sabemos por ejemplo de las viviendas, por lo que no podemos apreciar si el impacto orientalizante también provocó una lógica evolución en la arquitectura doméstica o el urbanismo. Ignoramos si hubo una arquitectura defensiva, aunque en Medellín se ha supuesto que existió una muralla hipotéticamente de adobes debido a que se encontraron en los sondeos niveles de acumulación de este material (Almagro-Gorbea, 1977: 421 y 480), a pesar de que no se ha podido localizar en el curso de las excavaciones, salvo los

vertederos teóricamente situados extramuros (Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 117). De momento, lo único que nos permite intuir la existencia de esos niveles de acumulación de adobes es que las construcciones domésticas se levantaron con ese material, importante cambio frente a las cabañas de ramajes utilizadas a fines de la Edad del Bronce.

Del resto de los poblados tan sólo conocemos el emplazamiento y los materiales de superficie. Son pequeños asentamientos en llano en tierras de clara vocación agrícola, de los que se desconoce su extensión precisa. No se amurallaron ni se dotaron de ningún tipo de sistema defensivo, hasta el punto de que las evidencias dejadas son tan escasas que dificultan enormemente la localización del asentamiento aún cuando se conoce la necrópolis, como sucede con la situada en la desembocadura del río Aljucén.

Llama la atención el hecho de que los yacimientos documentados hasta ahora se concentren en las proximidades de los principales vados del Guadiana: junto al de Badajoz están los poblados de S. Cristóbal, Sta. Engracia o el del cerro de la Alcazaba (Enríquez y Domínguez, 1984); junto al vado de la desembocadura del Aljucén está la necrópolis orientalizante; Medellín está al lado de otro importante vado y junto al de Orellana la Vieja se levantó el poblado de Cogolludo (Aguilar y Guichard, 1993: 37). En otros casos, poblados sobre cerros estratégicos como Alange continuaron ocupados desde el Bronce Final debido a su privilegiada posición (Celestino et elli, 1992: 316).

Diferente es el caso de Cancho Roano, lejos de la cuenca del Guadiana, pero bien situado en una zona de alto potencial agrícola. Es un edificio de adobes en el que se han documentado tres fases de ocupación (Celestino, 1995: 76); el edificio que se conserva está levantado sobre una plataforma ataludada de piedra y tiene forma de U envolviendo un patio por donde se accede al edificio que tiene 11 habitaciones en su interior. Dos de ellas se sitúan a ambos lados del patio; la parte central es una larga estancia en forma de pasillo por donde se accede a esas dos habitaciones y a las demás, que se sitúan distribuidas simétricamente a ambos lados de una gran sala que se encontró vacía (Maluquer, 1981, 83, 87; Maluquer et alii 1987; Celestino y Jiménez, 1993; Celestino, 1995). Su planta y características constructivas son de clara raíz oriental (Almagro-Gorbea et alii, 1990: 295) lo que reforzaría el carácter emblemático frente a la población indígena de este edificio que surge como auténtico centro aglutinador de actividades

comerciales y agrícolas, por lo que ha sido interpretado como un palacio (Almagro-Gorbea et alii, 1990; Almagro-Gorbea y Domínguez, 1988-89) impregnado de carácter sacro (Celestino y Jiménez, 1993: 156; Celestino, 1995a: 80) que es necesario para garantizar el buen funcionamiento de los intercambios (Aubet, 1990:34). Infrapuesto al edificio que ha llegado hasta nosotros existe otro anterior que conserva un altar en forma de lingote chipriota (Celestino, 1985b: 154) que denota el fuerte componente ideológico orientalizante de este lugar, remontándose la fecha más antigua de utilización de estos edificios al siglo VII a. C. (Celestino y Jiménez, 1993: 123).

La importancia de este singular edificio radica en el papel que desempeñó como lugar donde se centralizan las mercancías tanto agrícolas como de manufacturas. Que allí se almacenaron productos agrícolas queda demostrado por el alto número de ánforas encontradas en él, incluso algunas estancias se dedicaron específicamente a almacenarlas (Maluquer et alii, 1987: 137 y 231). Sin embargo, el cálculo de las cantidades depositadas en el edificio cuando fue destruido han llevado a Almagro-Gorbea (1991: 105) a afirmar que no se traba de una importante reserva de alimentos, pues ni siquiera serían suficientes para mantener a los habitantes del poblado durante un año. Lo destacado es que estos productos serían manipulados y transformados en el yacimiento, como indican el elevado número de molinos barquiformes de granito y molederas aparecidos en él, que excede a los que se necesitarían para el consumo interno. Además de estos productos del sector primario se almacenaban en Cancho Roano objetos de lujo importados como las más de 300 copas griegas (Celestino y Jiménez, 1993: 159). En otros casos lo que se importó fue la materia prima para elaborar manufacturas en el yacimiento como el marfil (Celestino, 1995: 74) o el bronce para fabricar la gran cantidad de objetos de este metal que aparecen almacenados en él (Celestino y Jiménez, 1993: 85 ss.). La producción de textiles también está atestiguada en el yacimiento, donde han aparecido más de mil fusayolas (Almagro et alii, 1990) y telares (Celestino, 1995: 80) por lo que el comercio de telas también pudo ser una próspera actividad.

Interesa destacar que las últimas investigaciones están poniendo de manifiesto que Cancho Roano no fue el único enclave monumental que ejerció esas funciones, existiendo otros lugares de parecidas características que aún están en fase de excavación. Entre ellos hay que mencionar el recién descubierto complejo de la Mata junto a

Campanario que pudo desempeñar un papel similar. Este yacimiento, todavía en fase de estudio, tiene también un edificio de adobes al que se asocia una necrópolis orientalizante (Rodríguez, 1994: 114; Celestino, 1995: 81). Otra edificación de adobes de gran embergadura se ha localizado en el Turuñuelo (Mérida), de donde proceden un importante conjunto de ánforas similares a las de Cancho Roano, copas griegas de barniz negro de tipo Cástulo, marfiles, instrumentos de hierro relacionados con las faenas del campo y un ponderal cuyo peso es similar al sistema de pesas de Cancho Roano, cuyos materiales más recientes apuntan hacia finales del siglo V a. C. (Jiménez y Domínguez, e. p.), por lo que los citados autores lo consideran un ejemplo más de la implantación de "centros de poder" en la cuenca del Guadiana durante ese siglo (Idem).

En definitiva, esta red de poblados evidencian una planificada estrategia para aprovechar las óptimas condiciones de explotación que ofrecían las Vegas del Guadiana, controlando las mejores vías de acceso a ella. Asentamientos y necrópolis testimonian el carácter tartésico de gran parte de estos enclaves y ponen de manifiesto que no fue una zona marginal dependiente del área del Guadalquivir. En cambio, cabe pensar que, como consecuencia del desarrollo que experimentó la sociedad tartésica, se produjera un movimiento de expansión hacia el Guadiana, zona con la que existían importantes contactos desde varios siglos antes. Ello supuso la implantación de un sistema territorial estructurado en función de los poblados vocación agrícola a los que hemos hecho alusión, que no buscan lugares con buenas defensas naturales sino aprovechar las tierras más fértiles, productivas y mejor situadas sobre los caminos; parece ser que algunos de esos enclaves alcanzaron mayor protagonismo que el resto, como pudo ser el caso de Medellín o la alcazaba de Badajoz. Dentro de ese sistema hay que destacar el desarrollo de unos centros redistribuidores de aspecto monumentales, cada vez mejor conocidos, que alcanzan su máximo espledor al final del periodo, interpretados por Almagro-Gorbea como manifestación de la existencia de un sistema palacial presidio por una monarquías sacras (1991b: 108; e.p a y b).

Esta forma de organización socio-económica se distancia de forma notable de la que estaba vigente en la cuenca del Tajo. La diferencia fundamental entre ellos radica en que no existe inseguridad y competencia entre los grupos sino una planificada explotación del territorio con el fin de conseguir los excedentes dedicados al comercio.

- Las necrópolis orientalizantes de la cuenca del Guadiana.

La incorporación de las Vegas del Guadiana al área tartésica supuso bastante más que la simple integración en sus redes comerciales o el cambio en las estrategias de subsistencias. Las élites locales debieron iniciar pronto un proceso de emulación de la sociedad tartésica con el fin de identificarse con aquellos que controlan el acceso a la riqueza. Es posible que al principio se iniciara imitando sólo las formas de adorno personal o de vestir, pero terminaron transformando todos los ámbitos de su vida hasta el punto de que se adoptaron incluso creencias y rituales funerarios. Nos vamos a detener en analizarlos para poder compararlos con las necrópolis que hemos documentado en la cuenca del Tajo, porque no sólo nos permiten conocer el ritual funerario y los elementos más característicos de su cultura material, sino el grado de aculturación de la población local.

Desconocemos cúales eran las costumbres funerarias tradicionales, porque no existen huellas del mundo de los muertos hasta que se generalizó el ritual orientalizante. El hecho de que se difundiera no presupone la llegada de un gran número de personas foráneas, porque bastaría con matrimonios mixtos para que se introdujeran los nuevos rituales, que son transmitidos a la siguiente generación. Las élites locales imitarían el nuevo ritual para tratar de identificarse con los jerarcas de la sociedad tartésica. Ese fenómeno de adopción de nuevos rituales funerarios para reafirmar la posición de las élites como jefes locales es un hecho también constatado en diferentes zonas europeas interiores situadas en puntos nodales para el comercio (Kristianse, 1992:149).

Conocemos varias de estas necrópolis, pero la que mejor nos informa sobre la adopción y evolución de las formas de enterramiento es la de **Medellín** por ser la más extensamente excavada (Almagro-Gorbea, 1977: 287 ss.; Lorrio: 1988-89). El estudio de estos enterramientos mostró que a partir de mediados o último tercio del siglo VII a. C. se empezaron a depositar los restos de la incineración del cadáver en urnas que eran metidas en un hoyo, se sujetan con algunas piedras y, en algunos casos, cubiertas con empedrados. La función de éstos no se ha podido determinar porque no estaba clara la relación directa del enterramiento y su empedrado (Almagro-Gorbea, 1977: 300), siendo aún más problemático discernir si tuvieron alguna misión como elemento diferenciador

de la posición social del enterrado. Las urnas utilizadas para recoger los restos de la cremación, una vez limpios y sin cenizas, fueron las de tipo "Cruz del Negro", las urnas grises y en menor medida urnas fabricadas a mano, tapadas unas y otras con platos grises de fondo plano en la mayoría de los casos, todas ellas fabricadas con el mismo tipo de pastas locales (Lorrio, 1989-90: 307). Junto a los restos de la cremación se depositaron algunos elementos de adorno personal como las fíbulas de doble resorte y los broches de cinturón de tres garfios; en otros casos se depositaron cuchillos afalcatados de hierro, introduciéndose así una costumbre que perdurará incluso durante el Hierro Pleno.

Hacia mediados del siglo VI a. C. ese ritual evolucionó sustituyéndose las deposiciones en urna por los *busta* (Almagro-Gorbea, 1977; Lorrio,1988-89: 311; Almagro-Gorbea, 1991: 161). Consiste en realizar la cremación dentro de una fosa rectangular del tamaño de una persona y recubierta con arcilla, dentro de la cual se colocan la pira de madera, el lecho funerario y las ofrendas que el difunto se lleva al más allá; los restos de la combustión son tapados con tierra y sólo en contadas ocasiones se construía sobre ellos un pequeño túmulo. Entre las ofrendas que se depositaron continúan apareciendo los platos grises pero con fondos umbilicados o con pie anular y son mucho más numerosos que antes los de barniz rojo (Lorrio, 88-89: 309); los adornos personales son ahora fíbulas anulares y broches con escotaduras y tres garfios y algunas piezas de marfil (Almagro-Gorbea, 1977: 409).

A mediados del siglo V a. C. ya no se utilizaba esta necrópolis. Esta interrupción coincide con una fase de importantes cambios también en el poblado, incluso de posibles destrucciones de edificios a fines del siglo VI y niveles de incendio durante la primera mitad del V a. C. (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 114) con las que termina el período orientalizante. La zona de necrópolis debió trasladarse a un nuevo lugar que pudo estar en alguno de los sitios en los que han aparecido cerámicas orientalizantes evolucionadas (Idem, fig. 24 (11) y 25).

El resto de las necrópolis contemporáneas se conocen peor porque en ellas a penas se han exhumado más que unos pocos enterramientos, aunque suficientes para constatar la amplia difusión de este tipo de necrópolis en la cuenca del Guadiana. Entre ellas están la de **Mengrabil** (Almagro-Gorbea, 1977:280), con enterramientos en urnas semejantes a los de Medellín y cubiertos en ocasiones por empedrados de cantos de río.

Se excavó uno de ellos y se recogieron materiales de al menos otros siete más, pues se recogieron otras tantas urnas y platos. Es contemporánea a la Fase I de Medellín, por lo que se situaría en la primera mitad del siglo VI; la urna con forma de ánfora, considerada más moderna, podría fecharse también en esa época según los datos de la estratigrafía del Corte 2 de Medellín donde son numerosos esos recipientes (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 105).

En la **desembocadura del río Aljucén** se excavaron 6 enterramientos en urnas (Enríquez, 1991: 175 y ss.). Estaban depositadas en hoyos, sujetas con piedras y tapadas por platos con idéntico ritual al documentado en la Fase I de Medellín. Las urnas grises, los platos grises de fondo plato, los vasos a mano y el ajuar metálico que las acompañaba, fíbulas de doble resorte, broches de cinturón de tres garfios y cuchillos afalcatados, son muy similares a las de aquella necrópolis, por lo que cabe atribuirlas a una misma fecha de fines del siglo VII o principios del VI a. C.

En el paraje de **Los Tercios**, en Orellana la Vieja, apareció otra necrópolis junto al río Guadiana con las mismas características que las anteriores, pero estaba prácticamente arrasada por lo que únicamente se recuperaron platos grises y una fíbula de doble resorte (Enríquez, 1991: 181), que también estaría en uso durante la primera mitad del siglo VI a. C. Recientemente, González Ledesma ha estudiado una docena de enterramientos de esa necrópolis, documentándose el rito de inhumación y el de la cremación, aunque los resultados todavía no han salido a la luz (e. p. citado en Aguilar y Guichard, 1995: 28).

Junto al pueblo de **Gargáligas** se recogieron materiales orientalizantes a orillas del Guadiana, destacando un broche de cinturón de tres garfios y una fíbula de doble resorte, además de cerámica y huesos (Enríquez, 1991: 182), por lo que hay que suponer que existiría allí una necrópolis contemporánea a las anteriores. Otra necrópolis también arrasada se localizó junto a **Usagre**, de la que sólo se han salvado algunos broches de cinturón de tres garfios (Idem).

El esquema de ubicación de estas necrópolis es siempre similar, todas junto al río; el hecho de que estén cerca de vados o caminos no es más que lógica consecuencia de la predilección de los asentamientos por esos enclaves, resultado de la estrategia de ocupación de las Vegas del Guadiana. Por lo demás, en todas se observa la práctica del

mismo ritual de cremación depositando los huesos con algún elemento de ajuar en una urna y, en algunos casos, cubriéndolas con empedrados de cantos de río.

Ello indica que a finales del siglo VII toda la cuenca media del Guadiana estaba integrada en el mundo tartésico, después de más de un siglo de estar intercambiando productos, aunque los contactos se remontan al Bronce Final. Por tanto, ese largo período de llegada de influencias favoreció la expánsión tartésica hacia este área. Ello provocó un cambio en los patrones de asentamiento y la generalización de su ritual de la muerte, como consecuencia del lógico afán de identificación de los dirigentes locales, y después el resto de la comunidad, con la pujante sociedad tartésica porque, a su modo de ver, esta forma de enterrarse caracterizaba a la élite de un mundo rico y poderoso del que se importaban objetos de lujo. Ninguna de ella estará en uso después de mediados del siglo V a. C.

- Las bases de la economía y la transformación social.

A finales del siglo VIII a. C. ya existía un fluido contacto entre la cuenca media del Guadiana y la zona tartésica. Por tanto, el estímulo del comercio no es un fenómeno nuevo; desde el Bronce Final se produjo una fuerte intensificación de los intercambios que continuaría acentuándose durante dos siglos, alimentado por la necesidad de materias primas de las comunidades del Bajo Guadalquivir y de objetos de prestigio de las élites locales (Aubet, 1990).

Pero a medida que la zona del Guadiana se integraba en la órbita de aprovisionamiento del mundo tartésico mayor es la necesidad de adaptar la economía local a las exigencias de los nuevos tiempos que demandan mayores excedentes para poder intercambiar por productos de lujo o inexistentes en la zona. Este mismo esquema de desarrollo se vivió primero en el área tartésica (Aubet, 1987, 1990, 1995) y en otras zonas en contacto con el comercio mediterráneos de Italia (Torelli, 1981) o centroeuropa (Wells, 1988; Frankenstein y Rowlands, 1978; Rowlands, 1987; Sherrat y Sherrat, 1993), aunque ha sido contestado por algunos autores (Bintilff, 1984). A pesar de ello, sin caer en modelos generales aplicables a cualquier grupo humano, sí es cierto que en todas estas relaciones subyace una atracción mutua entre dos sociedades: la que está en fase

de expansión, porque necesita materias primas a cambio de dar salida a sus manufacturas, y la sociedad menos desarrollada, porque sus élites se reafirmarán en su status gracias a estas nuevas fuentes de aprovisionamiento de riqueza.

- El comercio:

Los datos que nos proporcionan las necrópolis nos informan de que se están asumiendo las tradiciones tartésicas. Pero transplantar los modos de existencia orientalizantes a estas zonas del interior exigía mantener contactos con los centros de proveedores de objetos de lujo. Existe un amplio abanico de piezas llegadas de fuera como los escarabeos, marfiles, algunas cerámicas fenicias, griegas, objetos de bronce y oro, etc. (Almagro-Gorbea, 1977: 204 ss.; 1991: 162; Maluquer, 1981: 345 ss.; Celestino y Jiménez, 1993: 85 ss.), auténticos símbolos de prestigio tanto por el valor de las piezas en sí, traídas de lejos, como por el mensaje que traslucían de asimilación a esa cultura foránea.

En la cuenca del Guadiana, los citados enclaves de Medellín o Badajoz, pudieron centralizar esa actividad de intercambios, siendo auténticos intermediarios entre la población local y las del Bajo Guadalquivir, de donde llegarían gran parte de los objetos suntuarios documentados en Extremadura. De todas formas, es posible que algunas de estas se fabricaran en la región, aunque hasta el momento sólo han aparecido indicios seguros de producción local en el caso de Cancho Roano, donde ya dijimos que se debieron fabricar manufacturas de marfil, bronce y telas.

Lo cierto es que se ha documentado en ese yacimiento el uso platillos de balanza y ponderales que certifican el importante desarrollo de las actividades de intercambio. La unidad metrológica identifcada en Cancho Roana es de 31 gr. (Maluquer, 1983: 84; Celestino y Jiménez, 1993: 106). Este sistema es coherente con los pesos de los ponderales localizados en otros enclaves de la región como el Risco (*vid. supra*) y el Turuñuelo (Jiménez y Domínguez, e. p.), siendo más aún interesante constatar que cuadra con el sistema metrológico fenicio-púnico en uso por esa época en gran parte del Mediterráneo (Zaccaginini, 1991: 344), cuya unidad oscila entre 7,5 ó 7,75 gr.

Ahora bien, el dasarrollo del comercio sólo pudo producirse porque existían unas

élites locales muy consolidadas que reforzarían su autoridad a medida que aumentaba su poder económico controlando los intercambios (Aubet, 1990: 33; 1995:233). El caso de Cancho Roano, un edificio palacial que gozaba de carácter sagrado (Almagro et alii, 1990: 281; Celestino y Jiménez, 1993: 160), pone de manifiesto que en algunos casos esas élites se transformaron en auténticas monarquías que pudieron tener carácter sacro (Almagro-Grobea, 1990: 105; e.p. b).

La existencia de esas élites explica también que llegaran en el siglo VI a. C. objetos tan apreciados como la kylix de Medellín, en la que se representó una divinidad oriental extraña al mundo griego (sólo se conoce otra representación similar (Almagro-Gorbea, 1977: 356) pero que sí podía sintonizar con las creencias de las población a la que iba dirigida, por lo que habría que entenderlo como un ejemplo de regalo "de embajada" a alguien de alto rango, destinado a alimentar los lazos de amistad necesarios entre las élites locales y el mundo tartésico para el buen desarrollo de un comercio fluido (Aubet, 1990: 33).

- La explotación del campo:

A medida que el comercio de objetos de lujo fue creciendo se produciría una transformación paralela de las bases de la economía de las poblaciones de las Vegas del Guadiana, que ahora dedicarán parte de su esfuerzo a la producción de excedentes; son materias perecederas difíciles de documentar en el registro arqueológico, cuyo rastro hay que buscar a través de referencias indirectas. Entre esas referencias hay que considerar la producción local de ánforas y grandes jarros de almacenaje documentada en Cancho Roano (Maluquer, 1987; Celestino y Jimenéz, 1993, Almagro-Gorbea, 1991; Almagro et alii, 1990), Medellín (Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 111) o el Turuñuelo (Jiménez y Domínguez, e. p.) que parecen claramente destinadas a almacenar y transportar cereales (como evidencian los análisis carpológicos de los jarros de Cancho Roano (Celestino y Jiménez, 1993 Apéndice I) y substancias sólidas o líquidas como el vino y el aceite (Maluquer, 1987: 231 y 249). Incluso la utilización de un ánfora en la necrópolis de Mengabril (Almagro-Grobea, 1977: 281) con función funeraria puede deberse a la ritualización de aquello que simboliza al comercio.

ANA M. MARTIN BRAVO

MAMIFEROS SALVAJES						
Jabalí		2				
Cabra Montés	1	1				
Conejo	1	2			1	
Liebre	1	2				
Lobo			1	2		
Lince			1			
Ciervo	4	5	1		1	
AVES						
Sisón		1				
Perdíz		1				
Gallina						1?

Uno de los aspectos más significativos de los análisis realizados que no se puede reflejar en este cuadro es la presencia de animales de gran tamaño en los momentos más antiguos que van siendo sustituidos por ejemplares de menor talla a medida que pasa el tiempo (Morales, 1994: 132), lo que se puede interpretar como consecuencia de influjos llegados desde el Sur (Idem, 133) y la manipulación humana sobre las especies domésticas. Ello puede ser un indicio de que se fueron seleccionando los ejemplares que mejor se adecuaban a las necesidades de esa comunidad y es una prueba de que el hombre está actuando directamente sobre los recursos adaptándolos para su mejor explotación y quizás mejorar los rendimientos.

Otro dato interesante que avala la transformación de la ganadería durante ese período es que los niveles más antiguos contienen bastantes más restos de ganado vacuno y con ejemplares de mayor tamaño que los más recientes. Aunque estas evidencias son muy parciales, lo que nos obliga a ser cautos, es posible que realmente se produjera una especialización en la cría de ganados que primó el desarrollo de la cabaña bovina durante el período orientalizante, hecho que Almagro-Gorbea relaciona con el importante papel socio-económico desempañado por este ganado en el mundo tartésico, que quedó plasmado en la tradición mítica (e.p. a), aunque al final del Período Orientalizante esta ganadería irá derivando hacia un predominio de las ovejas y cabras frente a las vacas.

El cerdo también parece reducir su presencia en la dieta cárnica consumida, pero se mantuvo presente en cantidades semejantes a la de los bóvidos. En relación con la cría de este animal resulta interesante la observación realizada por Morales sobre una pieza fabricada en hueso cuyo parecido con los tradicionales "catajamones" resulta sorprendente (1994: 131), lo cual puede ser el primer indicio conocido de que las carnes de éste o cualquier otro animal se sometieron a un proceso de curación para conservarlas permitiendo, así, su almacenamiento y comercialización.

Los équidos (no se puede diferenciar bien entre caballo y asno, aunque parece que éste no se introdujo hasta finales del siglo V a. C.) están representados desde los niveles más antiguos a pesar de que los fragmentos de huesos que se encuadran en el siglo VII son tan escasos que resultan dudosos (Morales, 1977: 517). En cualquier caso, su presencia es mínima en todos los estratos porque es un animal que no se dedica al consumo, sino para el tiro o para montar. Pero su existencia es irrefutable porque este animal está documentado en Extremadura ya desde la Edad del Bronce, como demuestran los restos óseos de la Cueva del Conejar (Castaño, 1991: 43).

El resto de las especies que completaron la dieta cárnica fueron mamíferos y aves silvestres. Lo interesante es poder constatar que su consumo fue disminuyendo en el poblado desde el siglo VIII hasta el IV a. C., dato que apunta hacia una mayor independencia de los recursos naturales del entorno en favor de aquellos otros que son directamente "controlados" por el hombre, además de una posible degradación del medio boscoso que rodeaba a los yacimientos de las Vegas del Guadiana, quizás como consecuencia de la extensión de la agricultura. Prueba de ello es que en los niveles del siglo VII la fauna silvestre representa un 15 % del total y entre los animales cazados aparecen una variada gama de especies que incluye al jabalí, conejo, liebre, cabra montés, ciervos, sisón y la perdiz. Ese porcentaje irá descendiendo a medida que avance el tiempo; durante el siglo VI ha bajado al 5,6 % reduciéndose a la caza del lobo, lince y los ciervos. En el siglo V a. C. prácticamente no se documentan restos de animales silvestres, salvo la reducida presencia de algún conejo y ciervo.

Lo que interesa destacar no son los porcentajes concretos sino el hecho de que esa tendencia a la disminución de los animales cazados coincide, efectivamente, con una progresiva especialización de la ganadería y la agricultura. Todo ello nos habla de que

estas gentes cada vez recurren menos a los recursos faunísticos que proporciona el bosque. Sería interesante documentar si también la agricultura desplazó a los productos tradicionales de recolección como la bellota una vez que se implantaron los cultivos de cereales.

- **El final del sistema económico orientalizante:**

Las alteraciones que sufrió el mundo tartésico durante el siglo VI a. C. repercutieron también en el proceso de desarrollo de las Vegas del Guadiana; prueba de ello nos proporciona la estratigrafía del Corte 2 de Medellín, donde a partir del 500 a. C. desaparecen las ánforas fenicias (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 111). Sin embargo, ello no supuso el colapso de la economía sino que se debió producir un reajuste que benefició a los centros redistribuidores del interior, como Cancho Roano, que durante el siglo V a. C. parece alcanzar su máximo apogeo construyéndose el edificio que conocemos sobre los dos anteriores (Celestino, 1995: 81). El Corte 2 de Medellín muestra cómo durante ese siglo continuó siendo importante la producción local de ánforas cuyos mejores paralelos están en el tantas veces citado Cancho Roano (Guerrero, 1991), lo cual es un indicio del buen funcionamiento de las redes de intercambio regionales. Quizás ahora las élites locales alcanzaron su máximo poder, al desaparecer el núcleo tartésico del Guadalquivir, por lo que el siglo V fue uno de los de mayor esplendor de todo el Hierro Inicial. Basta recordar que es en este momento cuando alcanza su máximo apogeo el enclave monumental de Cancho Roano y surgen nuevos centros también de carácter excepcional, aún en fase de estudio, como el de la Mata en Campanario, Torrejón de Abajo o el Turuñuelo (Celestino, 1995: 81; Rodríguez, 1994; Jiménez y Domínguez, e.p.). Ello posiblemente fue consecuencia del reforzamiento de los jerarcas del área extremeña tras el desmembramiento de la estructura comercial tartésica, porque favorecería el desarrollo de los poderes locales que hasta entonces habrían dependido de las redes de intercambio tartésicas.

En cualquier caso, al hablar de los poblados y las necrópolis ya señalamos que esta etapa del siglo V a. C. supuso el abandono de la necrópolis de Medellín mientras

el poblado sufrió fuertes destrucciones. Por tanto, fue un siglo de desarrollo de unos centros y transformación de otros, cambios que no impidieron que a fines de la centuria se produjera una profunda recesión en todos ellos, provocando el abandono violento de los más importantes, como Cancho Roano y posiblemente los restantes núcleos redistributivos. La estratigrafía de Medellín muestra que continuó la llegada de objetos de prestigio (ahora representado por las cerámicas griegas), pero no la de ánforas, es decir, se han transformado las bases de una economía en la que el intercambio desempeñó un papel importante. Ello no puede desvincularse de un proceso paralelo de transformación de los patrones de asentamiento y la llegada de nuevas influencias que borran la huella de las orientalizantes. En definitiva, a partir de mediados del siglo V a. C. había concluido la etapa orientalizante, sobre cuya herencia se desarrollará posteriormente el mundo túrdulo.

- El proceso "orientalizante" en la cuenca del Tajo.

Hasta ahora hemos insistido en que la integración en estas redes de intercambio provocó la intensificación de la producción agrícola y la consiguiente alteración del modelo de asentamiento en favor de las mejores tierras agrícolas y los nudos de comunicación. Pero, además, otros hallazgos de esta época de los que desconocemos sus contextos de aparición, entre ellas las estelas con inscripción (como la de Medellín, Almagro-Gorbea, 1991c: 163), los jarros tartésicos, representaciones de divinidades y demás hallazgos aislados, ponen de relieve que la interrelación entre los indígenas y el mundo tartésico provocó una fuerte aculturación de los primeros. Conviene señalar que no estamos hablando de simple "pacotilla" sino de objetos vinculados al ámbito de la religión, los rituales funerarios, la adopción de la escritura, que hablan de la asimilación de no sólo del ritual sino también de su transfondo ideológico.

Ahora bien, este proceso no afectó por igual a toda la región, porque ya hemos visto que los núcleos de carácter orientalizante raramente sobrepasan la línea del Guadiana. Hacia el Norte, se limitan a determinados enclaves situados junto a puertos, vados o zonas de paso de la mitad oriental de la cuenca del Tajo, cuya misión pudo ser

la de facilitar la difusión de los intercambios hacia la Alta Extremadura, que se convirtió en el área de expansión de la activa zona de las Vegas del Guadiana. Sin embargo, hay que precisar que la mitad oriental, que había estado volcada hacia el centro de Portugal y la fachada atlántica durante el Bronce Final, las evidencias son mucho más escasas y siempre aparecen en poblados de claro carácter indígena, totalmente diferentes a los de la cuenca del Guadiana. Por ello, es necesario precisar que solamente se ha aplicado el calificativo de orientalizante a aquellos yacimientos donde se documente un ritual funerario o unos poblados de características similares a las señaladas en los principales yacimientos de la cuenca del Guadiana.

Es posible que la zona oriental de la cuenca del Tajo fuera más permeable a estos contactos que las tierras que habían estado en conexión con la fachada atlántica. Recordemos que los hallazgos de bronces de tipología atlántica se concentraban en la zona Oeste de la provincia de Cáceres y la zona portuguesa, mientras que más allá de Monfragüe casi no aparecen. A este factor cultural se añade otro de carácter geográfico: para cualquiera que quiera llegar a la Meseta a través de la Alta Extremadura es preferible hacerlo por los pasos orientales de la cuenca y desde allí dirigirse hacia Talavera de la Reina o bien hacia los puertos de Gredos que desembocan en las tierras de Avila. Todo ello sin duda favoreció que la influencia orientalizante fuera desigual entre el área oriental y la occidental.

Si se observa con detenimiento esa zona destaca la fuerte diferencia en el número de hallazgos entre un área y otra (Fig. 35). La razón que lo explica está en que la influencia orientalizante se canalizó siguiendo los principales puntos de paso en las vías de comunicación Norte-Sur, lo que originó un modelo de penetración lineal diferente al que tradicionalmente se concibe de forma radial desde el centro a la periferia, porque en estas zonas tan alejadas del mundo tartésico se observa que al margen de esas rutas naturales las influencias a penas calaron en la sociedad indígena.

Para poder mantener abiertas las rutas de viaje Norte-Sur era imprescindible contar con establecimientos intermedios y, sobre todo, tener facilidad para cruzar los puertos y los vados. Ello explica que los tartésios se interesaran por establecer fuertes vínculos con las poblaciones indígenas que controlaban esos pasos o, caso de no existir un poblado, crearan algún asentamiento junto a ellos. La mejor prueba que nos ha

dejado el registro arqueológico de esos contactos es la aparición de enterramientos femeninos según el ritual orientalizante precisamente en esas zonas de paso, como prueba de que las relaciones no se limitaron al intercambio de productos sino a establecer alianzas con los poderes locales, imprescindibles en cualquier empresa comercial con tierras lejanas (Wagner, 1995: 117)[1].

El más cercano a la cuenca del Guadiana es el enterramiento femenino de la Sierra de Santa Cruz (*vid. supra*), especialmente interesante porque está junto a un puerto de vital importancia para adentrarse en la Alta Extremadura desde Andalucía (de hecho todavía hoy discurre por allí la carretera N-630 de Sevilla a Gijón). Este enterramiento corresponde a una mujer joven probablemente llegada desde el Bajo Guadalquivir, como testimonian las urnas "a chardon" idénticas a las de Setefilla (Aubet, 1976: 24), que se instaló a vivir en el castro pero mantuvo sus tradiciones funerarias. El hecho de que sea una mujer revela que la extensión del comercio tartésico necesitaba previamente establecer vínculos de sangre con la élite local, fenómeno que se ha observado en otras zonas del mediterráneo que también estuvieron dedicadas al comercio (Coldstream, 1993), lo cual evidencia una convivencia más que esporádica entre indígenas y el mundo tartésico.

El mismo fenómeno revela el rico ajuar femenino de Aliseda, interpretado por Ruiz-Gálvez (1992: 91) como ejemplo de intercambio de mujeres para sellar pactos de amistad con reyezuelos locales, pues sitúa junto a una zona de paso para acceder a la penillanura cacereña viniendo desde el Sur.

Por esa razón tienen una especial relevancia los enterramientos de la Casa del Carpio y Las Fraguas (Fernández-Miranda y Pereira, 1992: 63 y ss.). En la tumba de la Casa del Carpio también se repite el caso de que la enterrada es una mujer, con un recién nacido, posiblemente otro ejemplo de esa política de intercambio de mujeres. El enterramiento de la Casa del Carpio y el de las Fraguas están muy cerca del vado de Azután y en una zona por donde es fácil cruzar el Tajo justo antes de encajonarse en el

[1]En otras épocas protohistóricas también se ha podido documentar la política de matrimonios como fórmula para garantizar alianzas. El caso más evidente es los Bárquidas, ya que Asdrúbal y Anibal se casaron con hijas de destacados jefes ibéricos para ganarse su adhesión (Ruiz-Gálvez, 1992: 148).

terreno extremeño. Si a ello se suma la proximidad de la necrópolis orientalizante junto al vado de Talavera la Vieja se observará que todos los pasos del Tajo por la zona colindante entre las actuales provincias de Cáceres y Toledo resultan ser puntos neurálgicos de las comunicaciones Norte-Sur de este momento, porque desde allí es fácil acceder a la Meseta, lo que explica la concentración de tan extraordinarios hallazgos en una zona tan al interior (Fig. 35).

En definitiva, existe una reiterada aparición de mujeres, posiblemente tartésicas, llegadas a estas tierras trayendo consigo el ritual orientalizante. Es fudamental destacar que, en los tres casos claramente documentados hasta la fecha, se da la circunstancia de que aparecen junto a importantes zonas de paso que interesaba controlar para extender el comercio tartésico hacia las tierras del interior.

Diferente caso es el poblado del Risco y el singular edificio construido a 4 km. frente a él (*vid. supra*), situados en el centro de la penillanura cacereña. El poblado responde a los prototipos de castros indígenas de la época pero en él han aparecido, además de cerámicas de importación (Rodríguez, 1994: 114), un rico conjunto de bronces de carácter orientalizante sin contexto arqueológico entre los que destacan fíbulas y broches de cinturón que podrían haber formado parte de un ámbito funerario. Aunque no se puede confirmar el dato, podría ser un caso de enterramientos según el ritual y los objetos que contienen son importados del mundo orientalizante. A ello hay que añadir que en sus inmediaciones se construyó un edificio cuya arquitectura contrasta fuertemente con la indígena, en el que se guardaban grandes recipientes de almacenaje y los remates de bronce de un excepcional lecho (García-Hoz y Alvarez, 1991). Sin embargo, lo realmente destacado del edificio no son los objetos que contenían sino su presencia en medio de la penillanura cacereña, conviviendo relativamente cerca de un poblado indígena, porque es obvio que el desarrollo del comercio tartésico necesitaba de puntos nodales intermedios que centralizaran las actividades de intercambio y permitieran la fluidez de las relaciones con la población local. Para ello se debió construir ese edificio que, sin duda, estuvo impregnado de cierto carácter sacro que favoreciera el desarrollo pacífico del comercio, pero también de carácter político para poder acaparar mercancías y redistribuirlas.

Otro destacado enclave orientalizante existió en Talavera la Vieja, la romana

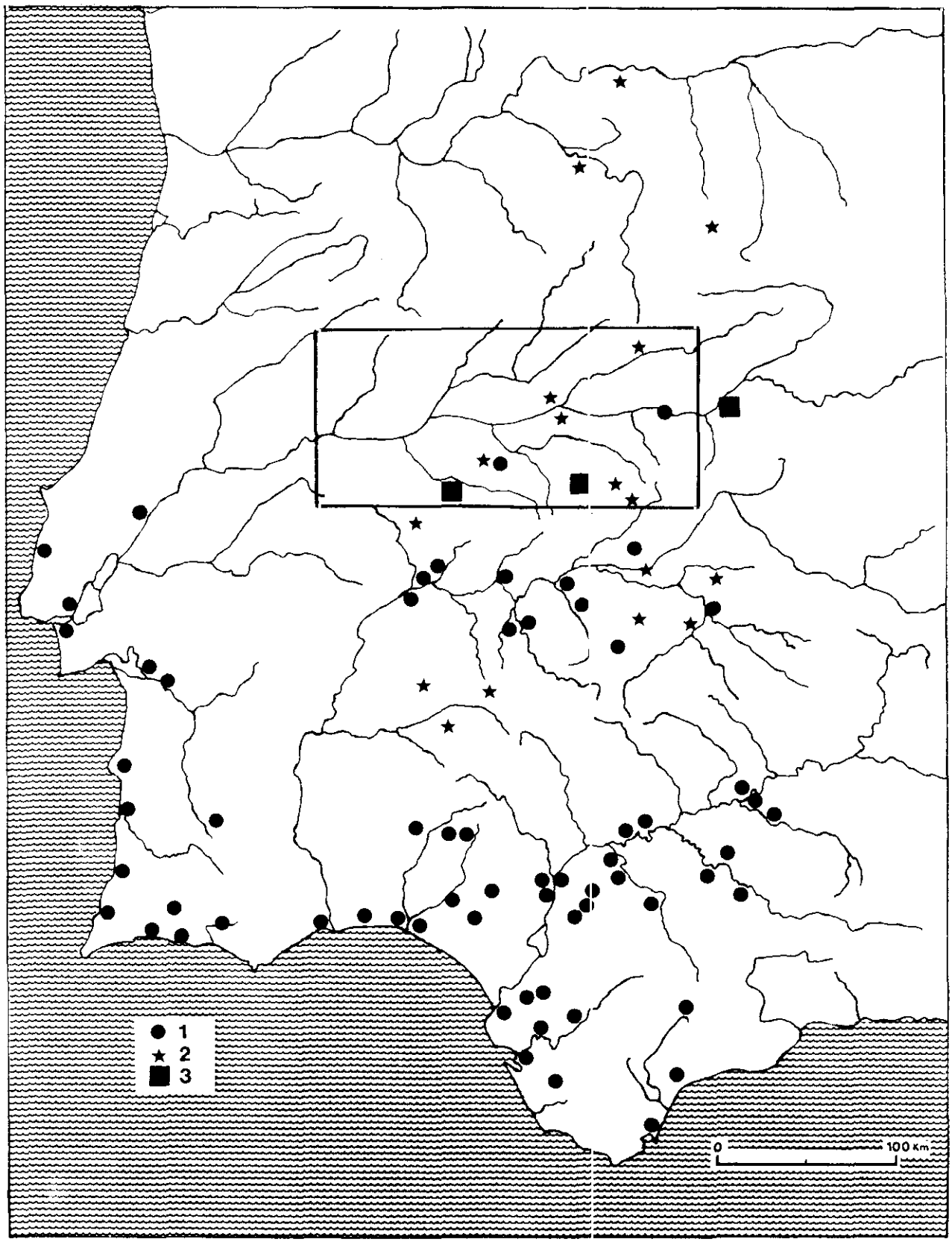


Fig. 35.- Mapa de distribución de los poblados orientalizantes (1), objetos de influencia oriental (2) y enterramientos femeninos con elementos orientalizantes aparecidos junto a poblados indígenas (3).

Augustobriga, a orillas de uno de los más importantes vados del Tajo a su paso por Extremadura (*vid. supra*). Ese lugar no reúne las condiciones de defensa natural que buscan los poblados indígenas por lo que prefirieron situar el castro a 10 km. aguas abajo del vado. En cambio, el sitio es de lo más adecuado para la población orientalizante puesto que se repiten aquí las mismas características que tienen los grandes poblados instalados junto al Guadiana: una amplia vega cerca de un río y la proximidad del vado. Así se explica que aparezca una necrópolis muy similar a las que conocemos junto al Guadiana y que existan materiales cuya cronología se remonta al siglo VII a. C., es decir, esta zona empezó a ser "visitada" por población tartésica al mismo tiempo que surgen los poblados orientalizantes del Guadiana.

Por último hay que referirse a la necrópolis de Villanueva de la Vera, situada en el pasillo que comunica la Alta Extremadura con las tierras de Avila a través de Gredos. Interesa destacar que en ella aparecen ajuares orientalizantes (aún sin publicar) en urnas de tradición local, poniendo de manifiesto la graduación del fenómeno orientalizante a medida que avanza hacia el Norte. La mayoría de los objetos conocidos de esta necrópolis tienen rasgos propios de la zona al Norte de Gredos (González Cordero et alii, 1991; Celestino, 1995: 82) destacando por su personalidad las decoraciones cerámicas a peine que las asemeja a la necrópolis del Raso y las de la provincia de Avila, distanciándola de los enterramientos orientalizantes de la cuenca del Tajo. Tan sólo se asemeja el ritual de incineración y los objetos importados, que en algunos casos son prácticamente iguales a los de otras necrópolis orientalizantes cercanas, como sucede con el jarro de Las Fraguas y el de Villanueva. Por último, hay que hacer alusión a la figurita estrusca aparecida en el Raso (Fernández, 1986: 479), a tan sólo 10 km. de Villanueva.

Por tanto, el comercio tartésico penetró entre diferentes pueblos establecidos a lo largo de la ruta natural de comunicación desde el Suroeste hacia la Meseta a través de Extremadura, siguiendo caminos que estaban siendo explorados desde el final de la Edad del Bronce. Con él se difundieron, además de los objetos de prestigio depositados en las tumbas, nuevos conocimientos que según la intensidad de los contactos transformaron las formas de vida de la población indígena. La cuenca del Guadiana se convirtió en una prolongación del territorio tartésico y desde ella se fueron abriendo camino a lo largo de la Alta Extremadura para poder alcanzar las tierras de la Meseta.

Sin embargo, más allá de Gredos sólo encontramos ricos objetos de origen oriental en poblados claramente indígenas, como en Sanchorreja, incluso la aparición de cerámicas pintadas similares a las de Medellín en tierras salmantinas (Benet et alii, 1991: 129) o zamoranas (Santos Villaseñor, 1990), pero desaparecen poblados y necrópolis auténticamente orientalizantes (Fig. 35).

De todas formas, no olvidemos que también existieron zonas en la Alta y Baja Extremadura, en teoría más cercanas a los centros orientalizantes, que a penas transformaron sus formas de vida, limitándose a incorporar los objetos de prestigio y algunas innovaciones técnicas. Por eso queremos terminar insistiendo en que la dispersión de poblados y necrópolis orientalizantes confirma ese modelo de penetración lineal siguiendo vados y puertos de la zona oriental de la cuenca extremeña del Tajo.

- La difusión de innovaciones técnicas.

Una de las más importantes repercusiones que produjo la llegada del comercio tartésico fue la propagación de nuevos conocimientos desde los enclaves orientalizantes hasta las tierras del interior, destacando por encima de todo la difusión de nuevas tecnologías entre los pueblos directa o indirectamente en contacto con ellos, lo que supuso que se produjeran cambios culturales parecidos entre grupos diferentes desde la costa hasta la Meseta. Las innovaciones mejor conocidas son **el torno alfarero y la metalurgia del hierro**, sin duda porque son más fáciles de detectar en el registro arqueológico.

Los datos que nos proporcionan los poblados prospectados señalan que durante el Hierro Inicial se estuvo fabricando hierro porque aparecen en ellos desechos del trabajo de este metal; en cambio, en esos mismos poblados no aparece cerámica a torno. Hay que pensar, por tanto, que uno de los primeros préstamos que las poblaciones indígenas tomaron fruto de los contactos con el Suroeste fue la metalurgia del hierro, mientras que el torno parece que no se utilizó en los castros extremeños hasta finales del siglo V a. C. Este desfase hay que entenderlo como consecuencia del largo período de tiempo que llevaban los pueblos indígenas familiarizados con objetos de hierro, como

demuestra su aparición en poblados de la transición del Bronce Final al Hierro como Morerinha (Vilaça, 1995: 349) o incluso en poblados del Bronce Final como el Berrueco (Maluquer, 1958: 48), objetos que Almagro-Gorbea (1993) considera que llegaron a través de los contactos con el mediterráneo incluso antes de que se fundaran colonias fenicias. Es posible que al conocer las ventajas de este nuevo metal estuviera el terreno preparado para su rápida aceptación y fabricación por la población indígena. La divulgación de la metalurgia del hierro no parece anterior al siglo VII a. C. en Andalucía (Almagro-Gorbea, 1993: 91), a principios de la centuria siguiente ya aparecen cuchillos de hierro depositados en la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: 392) y en esa misma centuria en la necrópolis de Augustobriga y el enterramiento del Carpio, junto al Tajo. Desde estos focos orientalizantes es lógico que se difundiera rápidamente el hierro a los poblados indígenas puesto que conocían este metal desde el siglo IX a. C. (en fechas no calibradas), a pesar de que fuera de forma esporádica.

En cambio, los primeros objetos a torno no debieron llegar hasta finales del siglo VII o el VI a. C., fecha en que se documentan por primera vez en la cuenca del Tajo tanto en poblados como en necrópolis. El desfase entre la primera llegada de objetos de hierro y la de los productos a torno se traduce en que también fue desigual el tiempo transcurrido entre la aceptación de una y otra técnica, intervalo que aumenta a medida que nos alejamos de los núcleos orientalizantes.

Pero además de que existan motivos relacionados con la mayor o menor rapidez con la que se conoció una y otra técnica, lo cierto es que se produjo el mismo desfase en otras áreas de la Península Ibérica que también estuvieron en contacto con el comercio colonial como es el Noreste, donde el fenómeno ha sido bien analizado por Ruiz Zapatero (1992) que considera que si las poblaciones indígenas fueron más reaccionarias a fabricar con el torno alfarero fue porque ello no les reportaba ventajas que consideraran substanciales (idem: 114). Esta argumentación no desentona con los datos que conocemos en Extremadura porque la estratigrafía del poblado de Medellín muestra que se necesitaron más de 200 años, desde principios del siglo VII hasta mediados del V a. C., para desplazar la producción a mano desde un 80 % a un 8,6 % del total, siendo esporádica a partir de ese momento.

En la **agricultura y la ganadería** también se debieron producir cambios

importantes como consecuencia del contacto con el mundo orientalizante. Aunque los habitantes de los castros del Primer Hierro mantuvieran sus formas de subsistencia no cabe duda de que sí adoptaron nuevas técnicas metalúrgicas por ser más ventajosas que las tradicionales también pudieron incorporar nuevas formas de cultivo, nuevo instrumental, nuevos cultígenos o especies ganaderas. Cancho Roano testimonia la existencia de una agricultura especializada en producir cereales como el trigo, la cebada o las habas y por ello lo realmente interesante sería constatar si las especies cerealísticas terminaron por desplazar a la bellota en la dieta alimenticia indígena, cosa que no parece que ocurrió ni siquiera durante el Hierro Pleno, salvo en las élites. Donde sí se produjeron cambios fue en la ganadería, como se observan en el yacimiento de Medellín (*vid. supra*), porque se ha podido documentar a lo largo de todo el Período Orientalizante una evolución de las especies criadas desde unos tipos grandes bastante parecidos a sus agriotipos a otros de menor talla y la aparición de nuevos animales domésticos, como el asno o la gallina, llegados hasta aquí a través del contacto con las poblaciones fenicias de la costa (Morales, 1994: 133) que con el tiempo aparecerán en los poblados indígenas.

Sin duda se produjeron otras muchas innovaciones que son más difíciles de reconocer. En relación con la **arquitectura** hay que señalar que los primeros edificios de planta rectangular documentados hasta la fecha en Extremadura son de origen orientalizante. El Torrejón de Abajo, con sus estancias rectangulares adosadas, fue contemporáneo de las frágiles casas circulares que aparecen en el Risco (Rodríguez, 1994: 114). No sabemos cómo evolucionaron después las técnicas edilicias en el tiempo que separa a las cabañas del Risco de las casas rectangulares de mampostería de los castros del Hierro Pleno, pero todo apunta a que a principios del siglo IV a. C. ya se habían sustituido las plantas circulares por las rectangulares porque los muros de las fases más antiguas documentadas en los castros son rectos. En ese proceso fue fundamental la observación directa de los edificios orientalizantes que sirvieron como modelos, lo que contribuyó de forma decisiva a que desapareciera la planta circular antes que en otras regiones meseteñas.

En otro tipo de actividades artesanales también se debió sentir la repercusión de la influencia orientalizante, pero si en las que acabamos de aludir ya es difícil rastrear

su grado de repercusión, en otras que dejan menos huella en el registro arqueológico es casi imposible. A pesar de ello no queremos terminar sin aludir a las **actividades textiles** porque la fabricación de vestiduras es una necesidad básica para las comunidades por lo que cualquier mejora en sus medios de producción es bien acogida. Se ha constatado que desde principios del I milenio a. C. están llegando desde el mundo mediterráneo nuevas formas de vestimenta (Almagro-Gorbea, 1991b: 576; Ruiz-Gálvez, 1995: 139) que terminaron calando entre la población indígena como demuestra la amplísima aceptación que tuvieron en el Período Orientalizante las fíbulas y los broches de cinturón de origen mediterráneo. El gusto por estos complementos es inseparable de la aparición de nuevos tipos de telas que también se comercializarían como objetos de lujo, lo que explica que en un centro dedicado a la producción y comercio de bienes de prestigio como Cancho Roano aparezca una cantidad ingente de fusayolas. Lo cierto es que a partir del Hierro Inicial las fusayolas y los elementos de telar empiezan a ser frecuentes en los poblados, cosa que no sucedía con anterioridad, por lo que hay que pensar que los sistemas utilizados en las colonias para fabricar telas también terminaron siendo aceptados por la población indígena.

Quizás el elemento que mejor denote la profunda aculturación que ejercieron los enclaves orientalizantes es la aparición de **la escritura** en algunos poblados de la provincia de Cáceres, entre ellos las estelas de Almoroquí y la inscripción de la cueva de Monfragüe (Beltrán LLoris, 1973: 88 ss.). Suele suceder que cuando una sociedad toma prestado un sistema de escritura lo hace para utilizarlo primero con fines administrativos, generalmente vinculada a un sistema de control de las actividades económicas por parte de los sectores que acaparan el poder (Almagro-Gorbea, 1991b: 587). El uso de la escritura está documentado en enclaves orientalizantes del Guadiana, como Medellín desde el siglo VII (Almagro-Gorbea, 1977: 263; 1991c: 163) desde donde llegaría a la zona del Tajo, para utilizarla en inscripciones pétreas de gran tamaño para ser contempladas desde lejos, lo que denota la carga ideológica que llevan implícitas, aunque en ciertas ocasiones puedan estar revestidas de sentido religioso. En definitiva, la escritura fue en estas tierras del interior un emblema de prestigio utilizado por una élite que conoce las tradiciones orientalizantes, que utilizará al servicio de su propaganda personal.

IV.6.- EL HIERRO INICIAL EN LAS AREAS COLINDANTES CON LA CUENCA EXTREMEÑA DEL TAJO Y SU INTERRELACION.

Desde el inicio de este trabajo venimos insistiendo en que la cuenca extremeña del Tajo, a pesar de ser un espacio bien delimitado por barreras naturales, es una zona de paso. A través de ella se canalizaron las comunicaciones entre el Suroeste peninsular y la Meseta occidental y, con menor intensidad, las de sentido Oeste-Este. Ello nos obliga a no perder de vista el desarrollo que siguieron las comunidades que vivieron en esas zonas colindantes, porque muchos de los rasgos que caracterizan a unas y otras se comprenden mejor en el amplio marco de las interrelaciones que existieron entre ellas. Por esa razón debemos dedicar unas páginas a conocer el desarrollo de este período al Norte del Sistema Central y en la cuenca media del Tajo a su paso por Toledo, tal como hemos hecho antes con la cuenca del Guadiana, porque sólo así podremos entender la personalidad cultural de la Alta Extremadura frente al mundo meseteño y el orientalizante, aunque existan rasgos comunes. No podemos hacer lo mismo con la zona del centro de Portugal, debido a que existe un vacío de documentación que impide conocer cómo se desarrolló este período y comprender las relaciones que pudieron tener lugar desde las costas atlánticas hasta el interior.

- El Hierro Inicial en las tierras de Avila y Salamanca y su relación con la cuenca extremeña del Tajo.

Las últimas investigaciones realizados sobre algunos yacimientos de Salamanca nos ayudan bastante a conocer el desarrollo del Primer Hierro en el Suroeste de la Meseta. En este sentido han sido de gran interés las excavaciones abiertas en el yacimiento de Ledesma y la propia ciudad de Salamanca, cuyos resultados completan los datos ya conocidos desde hace años de otros poblados de Avila o Salamanca como el Picón de la Mora, el Berrueco o los Castillejos de Sanchorreja. En nuestro caso estos yacimientos resultan particularmente interesantes para conocer las relaciones que existieron entre las gentes que vivieron al Norte y Sur del Sistema Central y hasta qué punto fueron importantes para el desarrollo de esos pueblos.

Las excavaciones de urgencia realizadas en Ledesma, cerro bien defendido junto al río Tormes[1], han sacado a la luz una estratigrafía en la que se documentaron 5 fases de ocupación que abarcan desde el Bronce Final hasta el Hierro II (Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991: 117 y ss.). Los niveles más antiguos se conservaban mal, aunque pudieron abscribirse sin problemas a los últimos momentos de Cogotas I. Sobre ellos se asentó un poblado característico del grupo de Soto de Medinilla, con casas circulares construidas con doble hilera de adobes sobre zócalos de piedras; en el interior aparece el hogar en el centro y un banco corrido adosado a la pared que se decora con estucos pintados en rojo sobre blanco. Durante todo el período que abarca el Primer Hierro se superpusieron tres cabañas de idénticas características, en cada una de las cuales, a su vez, se habían ido añadiendo sucesivos pavimentos para reacondicionar los interiores. La cerámica de este período está toda fabricada a mano, es de pastas negruzcas, con las superficies algunas veces alisadas y decoradas con ungulaciones o digitaciones; destaca un grupo de cazuelas de paredes muy finas decoradas con motivos pintados en rojo y amarillo o también con blancos y azules. Los objetos metálicos más significativos son algunos fragmentos de hierro aparecidos en niveles donde también están presentes las fíbulas de doble resorte. Los últimos niveles de la secuencia estaban revueltos pero en ellos aparecieron cerámicas decoradas a peine, un fragmento a torno con semicírculos pintados en rojo y cerámicas romanas y medievales con las que se terminaba la estratigrafía (Idem.)

Esta excavación ha permitido constatar la implantación hacia la primera mitad del siglo VII a. C. de un poblado de tipo Soto sobre el mismo solar donde había existido otro anterior de Cogotas I, aunque entre ambos parece que no existió continuidad (Idem: 131). Por otro lado, sus excavadores llaman la atención sobre el carácter orientalizante de algunos elementos que aparecen durante el Primer Hierro, sobre todo las cerámicas pintadas, cuyos mejores paralelos están en Medellín o las fíbulas de doble resorte; a ello, quizás, habría que añadir el hierro.

[1] Donde posteriormente se ubicaría la ciudad de *Bletisama*, según se deduce de las inscripciones que delimitan los límites de su territorio (Maluquer, 1956: 69).

En la ciudad de Salamanca [2] también se han venido realizando excavaciones en diferentes puntos que nos permiten saber que su ocupación inicial se remonta al Primer Hierro gracias a los materiales recuperados en el Cerro de S. Vicente (Martín Valls et alii, 1991: 149 y ss.). Los más antiguos son un lote de cerámicas características del grupo Soto y asociada a ellas apareció una fíbula de doble resorte; también se han recogido algunos fragmentos de cerámicas pintadas de influencia meridional (Benet et alii, 1991: 134). Sin embargo no se han encontrado en el cerro las casas circulares de adobe que caracterizan al grupo Soto.

En el cerro del Berrueco (Avila-Salamanca) han aparecido también materiales del Primer Hierro, pero la falta de excavaciones impide conocer las características del poblado. La revisión de los materiales de superficie realizada por J. F. Fabián (1986-87: 279 y ss.) le permitió localizar en el yacimiento de las Paredejas el lugar donde se ubicó el asentamiento entre los siglos VII al III a. C. El sitio escogido es una zona llana justo en las faldas del cerro y sin ningún tipo de defensa natural, que no se dotó tampoco con ninguna construcción defensiva. Entre el material recogido en este yacimiento se encuentran abundantes cerámicas a mano decoradas a peine, junto a algún fragmento pintado con colores rojo y amarillo. Proceden de aquí, además, algunas fíbulas de doble resorte, remaches radiales que pertenecen a braserillos, un prótomo de caballo y cuentas de collar de pasta vítrea, materiales de clara influencia orientalizante (Idem, 283). En definitiva, este lugar resulta de gran interés porque en él se documenta el abandono de la zona más alta del cerro, que había estado ocupada durante el Bronce Final, en favor de la zona llana. Por otro lado, destaca la abundante presencia de materiales orientalizantes que podrían haber llegado hasta allí desde Extremadura a través del valle del Jerte, vía natural que permite salvar la barrera del Sistema Central y desemboca muy cerca del yacimiento, que controla esta estratégica vía de comunicación.

Otro yacimiento al que tenemos que hacer alusión es al de Los Castillejos de Sanchorreja, por tratarse de un poblado que nada tiene que ver con los poblados de tipo Soto como el documentado en Ledesma y por parecerse, en cambio, a los de la cuenca del Tajo. Se sitúa sobre un cerro amesetado en el extremo de una serrezuela, pero

[2] La *Salmantica* citada en las fuentes escritas.

separado de ella por profundos cortados que garantizan la seguridad del poblado (Maluquer, 1958; González-Tablas, 1990). Como es habitual en los emplazamientos en sierras, el poblado tiene la ventaja de divisar un amplio territorio a su alrededor.

A pesar de ser un yacimiento conocido desde hace varias décadas, los datos que tenemos de él son controvertidos y problemáticos. Maluquer, en las primeras excavaciones que se realizaron en el poblado, determinó que estuvo ocupado durante el Primer Hierro y que se amuralló en el siglo V a. C. (1958: 96). Posteriormente ha vuelto a excavar en él González-Tablas quien ha dado a conocer algunos avances de los cortes estratigráficos realizados dentro del poblado (1983 y 1989), los resultados de la excavación de una zona considerada necrópolis (1990) y un importante lote de objetos metálicos fuera de contexto (1991-92). Todo ello le ha llevado a establecer situar la Primera Edad del Hierro (Sanchorreja II) desde inicios del siglo VII a. C. hasta el V a. C., cuyos elementos más representativos son las cerámicas con pintura bícroma, las que llevan motivos a peine y las fíbulas de doble resorte, retrotrayendo la fecha de construcción de la muralla a la primera mitad del siglo VI a. C. (González-Tablas, 1990: 73).

Nos interesa destacar el hecho de que este poblado tiene unas características de situación y emplazamiento muy parecidas a los castros contemporáneos de la Alta Extremadura y, además, también se amuralló en un momento impreciso del Primer Hierro. Algunos de los materiales aparecidos en él, sobre todo los braseros de bronce y las fíbulas de doble resorte, también recuerdan a los encontrados en Extremadura. No olvidemos que braseros orientalizantes se han localizado en Aliseda y, sobre todo, en el yacimiento de los Pajares de Villanueva de la Vera que se encuentra en una zona de paso hacia la Meseta a tan sólo 50 km. del castro de Sanchorreja. En cambio, otros elementos característicos de este castro, como son las cerámicas a peine, no han aparecido en Extremadura salvo en el citado poblado de Villanueva.

Con los datos expuestos apenas alcanzamos a entrever cómo fue el mundo del Primer Hierro en las zonas del Suroeste de la Meseta. A pesar de esas limitaciones, nos permiten conocer que los poblados de casas circulares de adobes característicos del valle medio del Duero se extendieron hasta el valle del Tormes, pero no aparecen en la penillanura salmantina ni abulense (Martín Valls, 1986-87: fig. 3; Delibes y Romero,

1992: fig. 8). En estas zonas, algunos poblados continúan con la tradición del período anterior de asentarse en sitios prominentes o en sierras, aunque otros como el del Berrueco rompen con ella para buscar lugares en el llano. Sería necesario ampliar los datos de excavación sobre las viviendas de estos últimos y todo su repertorio de materiales domésticos, entre ellos las cerámicas, que hasta ahora sólo conocemos a través de materiales de superficie o excavaciones antiguas, para poder afirmar con contundencia que ya en estos tempranos momentos empiezan a individualizarse los grupos que con el tiempo darán lugar a la conformación de las étnias que conocemos en época histórica. De momento, a falta de esos datos, sólo se puede afirmar que la zona próxima al Sistema Central y la zona del valle del Duero presentan diferentes formas de arquitectura doméstica (Martín Valls, 1986-87: 65) y ubicación de los poblados que permite intuir la existencia de distintos grupos locales (Delibes y Romero, 1992: 245). En cualquier caso, también es cierto que en estos momentos existen importantes lazos de unión entre las poblaciones del grupo Soto y las que viven en la zona de Avila y sur de Salamanca como pone de manifiesto la rápida difusión de las decoraciones a peine sobre la cerámica y, sobre todo, la existencia de ciertos objetos cerámicos y una metalurgia muy semejantes (Delibes y Romero, 1992: 245).

Por encima de los rasgos particulares de cada una de estas áreas, lo que realmente nos parece interesante destacar es que cada vez son más los investigadores que insisten en las importantes relaciones que existieron entre los yacimientos meseteños y el mundo orientalizante (Benet et allii, 1991: 134; Delibes y Romero, 1992: 251; Romero y Jimeno, 1993: 199). Dichos autores consideran que algunos de los rasgos más emblemáticos de los poblados del grupo Soto como el uso del adobe, las plantas circulares de las casas, la pintura de los enlucidos interiores, las cazuelas carenadas con borde almendrado y bruñidas, la decoración pintada en esas cerámicas o algunos elementos metálicos como las fíbulas de doble resorte, pudieran estar informándonos de que existieron contactos con el Sur de la Península que podrían haber llegado hasta el occidente de la Meseta a través de Extremadura. Sin embargo, un análisis detallado del registro arqueológico obliga a ser cautos.

Es cierto que ya durante el Bronce Final habíamos señalado que a través de Extremadura debieron llegar a la Meseta las fíbulas de codo, pero en ese momento tanto

la zona meseteña como la Alta Extremadura parecían estar más volcadas hacia el centro de Portugal y la fachada atlántica que hacia el Sur. La paulatina desmembración de las redes atlánticas y el auge del foco del Suroeste, sobre todo a partir del asentamiento de los fenicios en Cádiz el siglo VIII a. C., alteraron el orden de relaciones existentes y, como consecuencia, se produjo un notable incremento de los contactos Norte-Sur. Esta coyuntura favoreció a la zona extremeña, vía natural de paso entre el Suroeste y la Meseta occidental.

Tán sólo de algunos objetos, como las fíbulas de doble resorte, jarros, braseros o las cerámicas pintadas, se puede conocer su vía de llegada a la Meseta siguiendo los pasos naturales de Extremadura. Objetos similares están documentados en Medellín, en el Risco, Villanueva de la Vera, el Berrueco, Sanchorreja y demás poblados de la cuenca del Duero. Son elementos de pequeño tamaño que pudieron llegar hasta el interior de la Meseta a través del intercambio o del comercio, aunque con posterioridad se fabricaran en los poblados imitando los modelos traídos del Sur. De hecho, el que surgieran algunos poblados fuertemente vinculados al comercio tartésico junto a los principales zonas de paso de la cuenca del Tajo (como el vado de Talavera la Vieja) o puertos importantes del Sistema Central (como Villanueva de la Vera) son indicios seguros de que existió un especial interés por controlar aquellos lugares por donde se canalizarían las comunicaciones Norte-Sur y, por tanto, los intercambios.

Más problemático resulta documentar si el uso del adobe en murallas y casas del grupo Soto también se debe a una influencia meridional llegada a través de Extremadura. Los potentes niveles de acumulación de adobes del poblado de Medellín hacían suponer que este material se utilizó en los edificios del poblado, aunque se desconoce la forma de las casas. En cambio, en la cuenca extremeña del Tajo no se ha documentado, si bien es cierto que resulta más fácil obtener la piedra, tónica que se mantiene en los poblados de Avila y Sur de Salamanca. En el valle del Duero y la Vega del Tormes, por el contrario, el uso del adobe es uno de los elementos más emblemáticos del grupo Soto, que se utiliza incluso en poblados como Ledesma, situado sobre un berrocal granítico donde sería más fácil utilizar la piedra. Además, el uso del adobe está vinculado al modelo socio-económico y cultural desarrollado por las poblaciones del grupo Soto desde sus inicios, estando documentado desde fines del siglo VIII a. C. (Benet

et alli, 1991: 133), época en la que la influencia meridional apenas habría tenido repercusión, como sucede en la Alta Extremadura.

- El Hierro Inicial en la cuenca media del Tajo.

A penas podemos esbozar los rasgos que definen al poblamiento del Primer Hierro en la cuenca media del Tajo antes de encajonarse en la zona extremeña. Los pocos estudios realizados en la provincia de Toledo se limitan a integrarla en los rasgos generales que caracterizan a la submeseta Sur, sin duda debido a la falta de información sobre poblados y necrópolis que ayuden a precisar sus peculiaridades. A pesar de esas carencias se puede señalar que la cuenca media del Tajo no tiene nada que ver ni geográfica ni culturalmente con la Alta Extremadura. Ello se debe a que más allá de Puente del Arzobispo el río discurre por una cubeta terciaria salpicada de amplias vegas que permite una ocupación del espacio distinta a la extremeña; al no existir importante barreras naturales que la aíslen del resto de la Meseta se asimilaron rasgos culturales tanto meridionales como de la Meseta Norte dependiendo de la pujanza de cada área en las distintas épocas.

Desde el siglo VIII a. C. se fueron sustituyendo los elementos de Cogotas I por nuevos influjos llegados desde el Sur (Blasco, 1992: 288), aunque desde el Bronce Pleno existían contactos fluidos con las regiones "periféricas" (Blasco, 1987: 24). De todas formas, casi se desconocen cómo fueron los nuevos poblados porque de momento sólo podemos contar con la información obtenida en los trabajos de prospección realizados por K. Muñoz (1993) en la desembocadura del Jarama, un área más afín a las zonas de Cuenca, Guadalajara o Ciudad Real que a Extremadura, por lo que no resulta extraño que no aparezcan los poblados amurallados en sierras o cerros característicos de la zona de Cáceres. Las formas y decoraciones cerámicas de influencia orientalizante que aparecen hay que imaginar que llegaron allí desde el Suroeste a través de los vados del Guadiana, el portillo del Cíjara y desde allí a la cuenca media del Tajo, sin que a penas existieran contactos entre la zona toledana y la extremeña pues el río no favorece las comunicaciones Este - Oeste.

Como consecuencia de ello, el modelo de asentamiento que existe a un lado y otro son muy diferentes a tenor de los escasos poblados que se conocen. En el área extremeña tan sólo hemos localizado el castro de la Muralla de Valdehúncar, aguas abajo del vado de Talavera la Vieja, fortificado con varios recintos de murallas y con torreones en la acrópolis. En la zona toledana próxima a los enterramientos citados se conoce el poblado de Arroyo Manzanas (Moreno, 1990 y 1995), un asentamiento en altura que carece de cualquier tipo de fortificación, como tampoco la tienen algunos de los poblados en cerros que hemos podido visitar en esa zona (como el del Royo en Puente del Arzobispo) donde aparecían en cambio cerámicas orientalizantes grises y de barniz rojo.

Por tanto, habría que señalar que los terrenos terciarios de la zona toledana estuvieron integrados en una dinámica cultural diferente a la extremeña, aunque también le estén llegando influjos meridionales cuya mejor expresión son los enterramientos del Carpio de Tajo y posiblemente las Fraguas, que no pueden desvincularse del hecho de que existiera un poblado orientalizante en Talavera la Vieja, a tan sólo unos 40 km. de distancia hacia el Oeste. Como consecuencia de la diferente asimilación de esas influencias se produjo un desarrollo diferenciado según las áreas que pudo desembocar en el surgimiento de grupos locales diferentes aún mal conocidos. De momento sólo se puede indicar que en la zona occidental de la provincia de Toledo predominan los rasgos de influencias meridional y faltan, por ejemplo, las decoraciones incisas en las cerámicas tan típicas de otras zonas de la provincia (Pereira y Alvaro, 1990; Muñoz, 1993: 330). En cambio, el centro se emparenta directamente con la zona madrileña donde aparecen las cerámicas con decoraciones a la almagra o el escobillado y la zona más al Oeste se asemeja al área de Guadalajara donde no suelen aparecer ninguno de esos dos motivos (Muñoz, 1993: 330).

- EL Hierro Inicial en el centro de Portugal.

Si para los últimos momentos de la Edad del Bronce en el centro de Portugal existe una abundante documentación arqueológica que permite conocer el desarrollo de la metalurgia atlántica y sus redes de intercambio, con el decaimiento de ésta se pasa a un período en que también "decae" la información arqueológica disponible. De hecho,

la zona comprendida entre el Tajo y el Duero es un enorme vacío del que ignoramos prácticamente todo frente al cada vez mejor conocido Primer Hierro de la zona Sur de Portugal (Beirao, 1986; Varela Gomes, 1992; Margarida, 1993) o de la zona Norte (Ferreira da Silva, 1986 y 1990; Martins, 1990; Oliveira Jorge, 1986).

Los poblados ocupados en la Beira y centro de Portugal durante el Bronce Final se abandonan hacia finales del siglo IX a. C. (Vilaça, 1995: 375; Ferreira da Silva, 1992: 43). Estos sitios tan abruptos no se vuelven a ocupar posteriormente, salvo casos como el de Alegrios, que volverá a estar momentáneamente ocupado en el siglo VII a. C. (Vilaça, 1995: 342), pero desconocemos dónde se fue a asentar la población después. Tampoco existen referencias a hallazgos, aunque sean aislados, de tumbas o de objetos suntuarios de este período que nos ayuden a saber si esta zona del interior portugués estuvo afectada por los influjos y el comercio orientalizante. Sin embargo, hay que decir que esas zonas del interior no parecen propicias para que se canalizan a través de ella unas relaciones Norte-Sur, pues es mucho más fácil que ello se llevara a cabo desde la línea de costa. Quizás esto explique la total ausencia de objetos orientalizantes en estas tierras frente a su concentración en la zona litoral. En ese sentido apuntan los datos arqueológicos más recientes que permiten ir conociendo que el comercio orientalizante se canalizó hacia el Norte de la Península a través de la costa atlántica, surgiendo asentamientos de carácter orientalizante a lo largo de todo el litoral, especialmente en las desembocaduras de los principales ríos. Entre ellos destacan los poblados de Castro Marín (desembocadura del Guadiana), Rocha Branca (río Arrade), Alcácer do Sal y Setúbal (desembocadura del Sado), Almada, Amadora, Oeiras, Lisboa y Santarén (estuario del Tajo), Santa Olaia y Conímbriga (en el Mondego) (Margarida, 199: 44), o el hallazgo de Baiaô (Porto, en la desembocadura del Duero), la arracada de Paços de Ferreira (a unos 30 km. de la costa), el castro de coto da Peña (desembocadura del Miño) y los asentamientos de la costa gallega como la Lanzada o Neixón (Ferreira da Silva, 1990).

Estos datos y los que conocemos del área extremeña permiten intuir que las influencias orientalizantes se difundieron bien a través de la costa atlántica, desde donde pudieron llegar a las tierras del interior siguiendo el último tramo de los principales ríos, bien a través de las rutas que cruzan Extremadura a través de los principales vados del

Guadiana y los pasos orientales del Tajo y el Sistema Central. Tanto el occidente extremeño como el área de las Beiras debieron continuar su proceso de evolución un tanto al margen de esas influencias que debieron llegar muy tenuemente. Destaca el hecho de que toda esta zona, que había sido el centro de lo que Coffyn llamó el "taller lusitano" durante el Bronce Final, se encuentra ahora lejos de los focos más activos del nuevo período y fuera de las rutas por donde se difundieron sus influencias.

En ese momento se debió producir un fenómeno de regionalización similar al que se intuye al Norte de Sistema Central o en el centro de la Meseta. Las áreas más cercanas a la zona litoral sin duda se vieron afectadas por el pujante comercio tartésico que posiblemente buscara el aprovisionamiento de metales. En el interior, en cambio, cada región evolucionaría de forma diferente según la tradición anterior y el grado de asimilación de las distintas influencias llegadas tanto de la costa como desde la Meseta, pero sin un buen conocimiento del registro arqueológico es imposible concretar cuál fue el proceso seguido. No se pueden extrapolar los modelos conocidos en la zona española porque no olvidemos que cambian las condiciones geográficas del espacio y, además, significaría obviar la importancia y personalidad de los procesos locales.

V.

EL HIERRO PLENO: LA CONSOLIDACION DE LA SOCIEDAD CASTREÑA

Desde mediados del siglo V a. C. se aprecia un profundo cambio en los poblados más directamente relacionados con la órbita orientalizante que se materializa en el abandono de sus antiguas necrópolis, como sucede en Medellín o Talavera la Vieja. Al mismo tiempo, la mayoría de los castros surgidos durante el Hierro Inicial dejan de estar habitados y van siendo paulatinamente sustituidos por otros nuevos. Donde mejor se aprecia el cambio es en los poblados fortificados en altura, porque prácticamente ninguno alcanzó el siglo IV a. C., como ponen de manifiesto sus materiales metálicos y cerámicos. En cambio, aquellos otros surgidos junto a las márgenes abruptas de los ríos, camuflados en su medio natural gracias a que no se divisan desde la llanura, no fueron tan rápidamente abandonados porque se adaptaban bien a las estrategias de ocupación del espacio de los nuevos tiempos.

Este cambio de los patrones de asentamiento coincide con el final de la influencia orientalizante pero no es consecuencia directa de ello, sino de su propia dinámica de evolución. Ya vimos cómo de forma progresiva se dejaron de ocupar los puntos más prominentes del paisaje en favor de sitios que no destacan sobre su entorno, pero con unos sistemas defensivos cada vez más complejos. A partir del siglo V a. C. esa tendencia estará ya plenamente consolidada. El final de las influencias orientalizantes no hizo más que dinamizar el cambio porque favoreció la llegada de nuevos influjos que llegarán bien desde Andalucía, bien desde la Meseta.

La Alta Extremadura, que durante tres siglos había sido zona de canalización de innovaciones y mercancías desde el Suroeste hacia el Norte, se convertirá ahora en área receptora de influencias meseteñas que se extenderán hasta el Suroeste. Sin embargo, hay que destacar que seguirá manteniendo ese carácter de zona bisagra entre los pueblos de la Meseta y los de la zona Sur de la Península, que le confiere personalidad.

V.1.- POBLADOS Y NECROPOLIS.

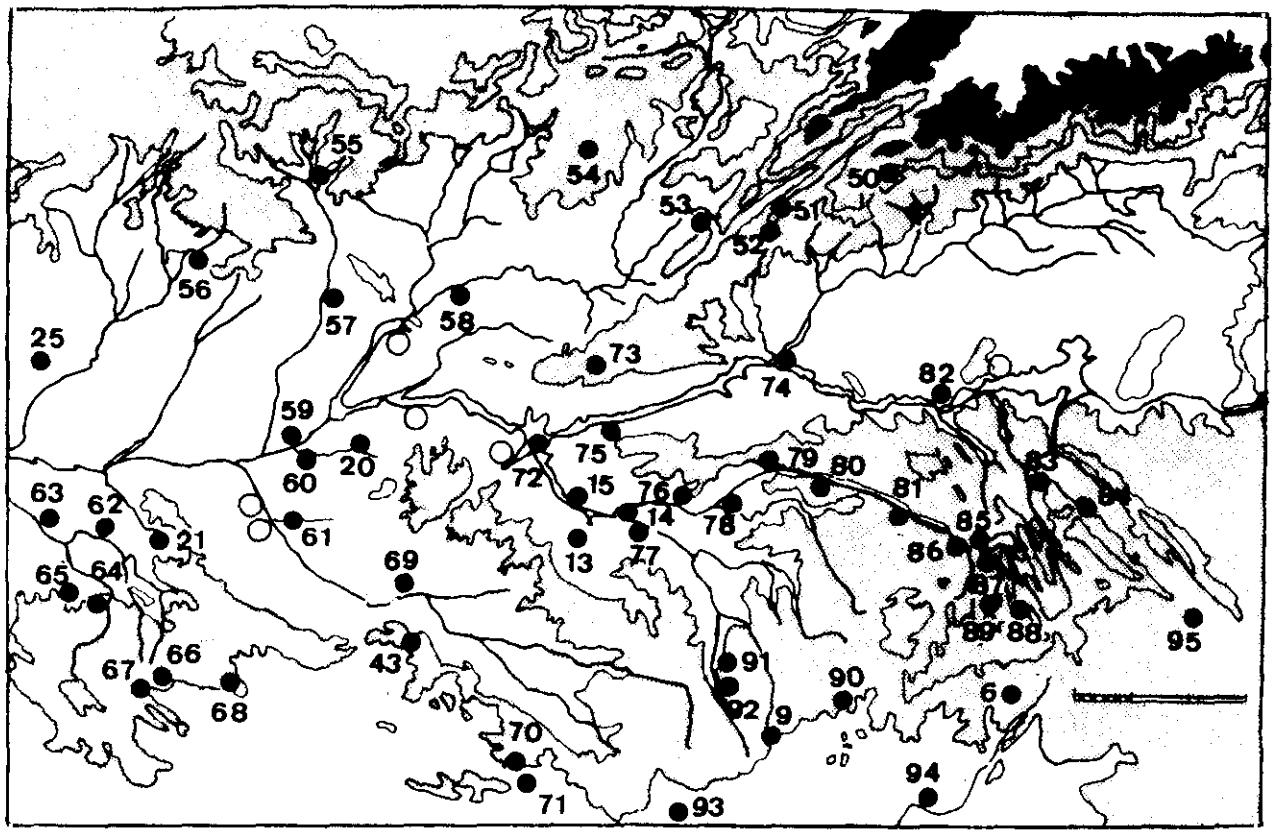


Fig. 36.- Mapa de distribución de los castros ocupados en la transición del Hierro Inicial al Pleno (○) y durante el Hierro Pleno (●).

Resulta imprescindible conocer las características de los castros de esta etapa para poder apreciar la evolución respecto a la fase anterior. Por ello se analizan a continuación todos los que estuvieron ocupados durante el Hierro Pleno, insistiendo en las características de los emplazamientos, sistemas defensivos y cultura material, siguiendo el esquema utilizado al estudiar los castros del Hierro Inicial. La numeración es correlativa, por lo que nos ha parecido más acertado que la ordenación continuara el orden geográfico establecido en aquel capítulo, por lo que el número 49 es el yacimiento más cercano al último de los citados del Hierro Inicial, continuando después hacia el Oeste, el Sur y el Este.

En el caso de que algún yacimiento hubiera estado ocupado en una fase anterior, se mantiene el número con el que se le citó por primera vez (Fig. 36).

50.-El Castillejo (Aldeanueva de la Vera). (40° 07' 10'' N. y 5° 41' 30'' W. Greenwich. Hoja 599 I.G.N.).

Castro situado sobre una pronunciada elevación en forma de pirámide truncada que forma parte de la Sierra de Gredos, a 1.5 km. hacia el Sur de Aldeanueva. Se eligió como lugar de asentamiento un cerro aislado a los pies de la sierra propiamente dicha, que reúne buenas condiciones de defensa natural y control del entorno pero, a la vez, evita las duras condiciones de vida que supondría habitar en las zonas más altas.

El sistema defensivo de este castro consta de dos grandes recintos separados por un muro divisorio intermedio de trazado recto y una sencilla puerta que sirve para comunicarlos. En el extremo Suroeste del segundo recinto se adosó una acrópolis de forma casi circular de unos 55 m. de diámetro (Fig. 37). La superficie total que encierran las murallas es de 3,18 Ha. No se han documentado ni torres ni bastiones, ni hemos podido localizar las puertas de acceso aunque se intuye que estuvieron en las zonas dibujadas en el plano con trazo discontinuo en la parte Norte del castro (Fig. 37).

Toda la construcción está levantada con bloques sin desbastar de granito unidos con piedrecillas; los paramentos tienen las caras rectas y en algunos casos se han cimentado sobre la roca tallada verticalmente. El ancho de los paramentos oscila entre los 2 y 2.10 m., con derrumbes que alcanzan 8 m. en la parte Norte.

La ladera Oeste y Este están bastante alteradas por la construcción de paredes paralelas a la muralla, levantadas con la piedra de los derrumbes, que forman pequeños aterrazamientos para cultivar, semejantes a los que existen en los demás cerros en torno a Aldeanueva. A pesar de ello, su construcción se diferencia sin dificultad de la muralla, que conserva todo su trazado original.

El material de superficie es muy abundante pero está muy alterado; se recogieron al azar 60 fragmentos de cerámica de las que 56 eran a torno toscas, dos anaranjadas de tipo ibérico y dos a mano, una de ellas con un mamelón. Aparecen también algunas tégulas que indican que este lugar se reocupó posiblemente durante el Bajo Imperio. Se encontraron varios molinos circulares construidos con la misma piedra que brinda el entorno.

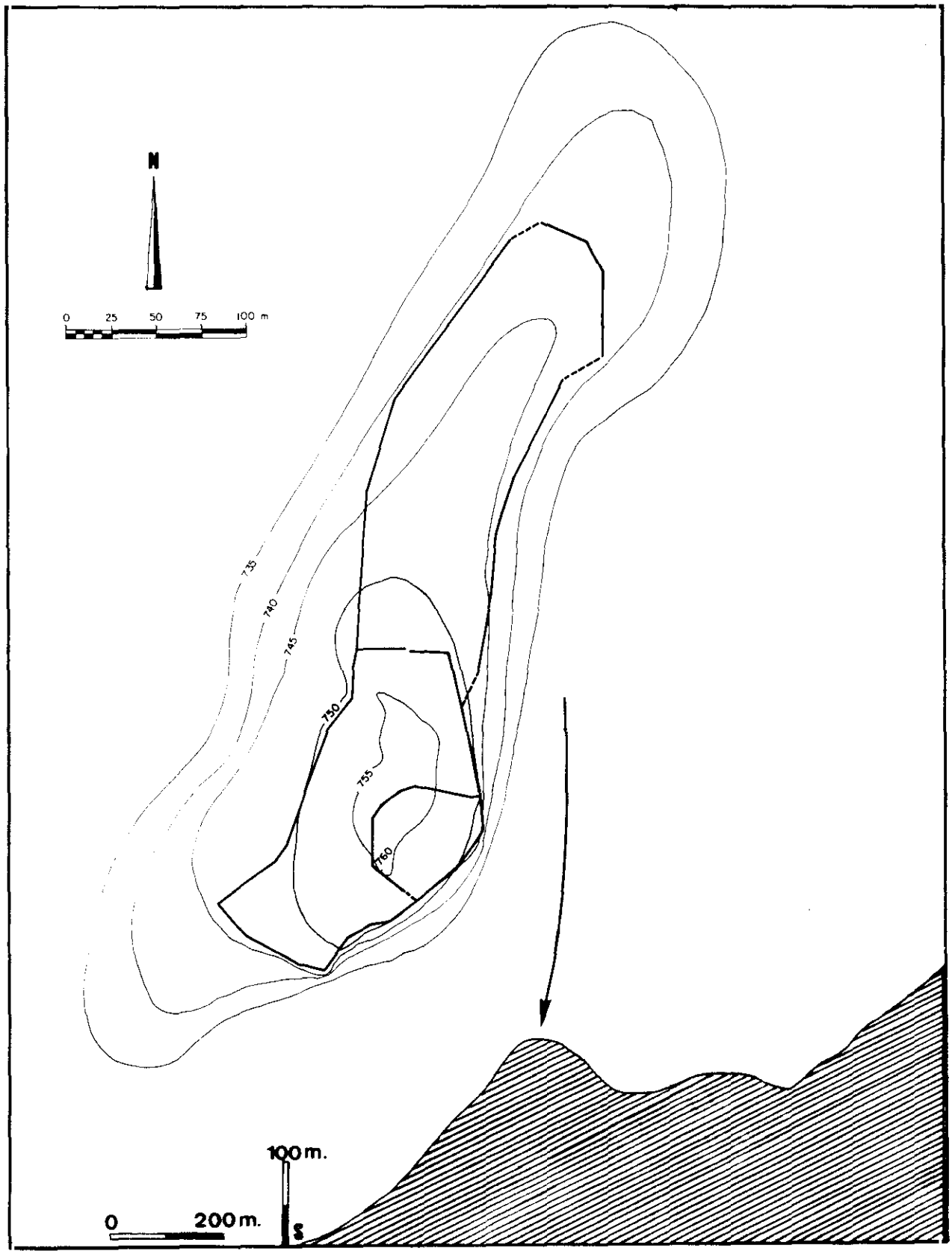


Fig. 37.- Levantamiento topográfico del Castillejo de Aldeanueva de la Vera y perfil de su emplazamiento.

51.- Villavieja (Casas del Castañar). (40° 04'N.,5° 57' 52'' W. Greenwich. Hoja 598 I.G.N.).

Castro situado en el punto más alto de la Sierra Bernabé del Piornal y Tonmantos, a 913 m. de altitud, desde donde se divisa gran parte del valle del Jerte. Es un típico emplazamiento en lo más alto de una sierra, caracterizado por presentar una plataforma llana protegida por escarpadas vertientes que la convierten en inexpugnable.

El medio que rodea al yacimiento ofrece un fuerte contraste entre el terreno abrupto donde se ubica el poblado, dedicado al pastizal, y las fértiles tierras del valle que se divisan al fondo. Por ello, es lógico suponer que la elección de este enclave esté determinada por la facilidad que ofrece de controlar tanto las mejores tierras del valle, como esta ruta natural de penetración hacia la Meseta que es el Valle del Jerte.

A pesar de que un emplazamiento como éste parece no necesitar defensas artificiales, el poblado se protegió construyendo una muralla que tiene un recinto externo y, en el interior, una acrópolis fortificada. Esta se levantó en la zona Noreste, la más alta y la única con afloramientos rocosos, donde las defensas se trazaron al borde mismo de los cortados, cimentándose sobre las rocas. El resto de la construcción bordea la amplia meseta siguiendo la curva de nivel que marca la ruptura entre la meseta y las vertientes. La superficie total del castro es de 40 Ha., el mayor de toda la cuenca extremeña del Tajo y absolutamente excepcional dentro de ella, pero en cambio parece estar en consonancia con el tamaño y las características topográficas del emplazamiento de algunos "oppida" del otro lado de la Sierra de Gredos, sobre todo con el de Ulaca.

No se conserva ninguna otra estructura en el poblado y el material de superficie es sumamente escaso, únicamente se pudieron recoger algunos fragmentos cerámicos hechos a torno. Hay que reseñar que existen dos cazoletas labradas en unos afloramientos rocosos que aparecen en la falda de la acrópolis, una redondeada y otra en forma de uso, muy próximas entre si, que no hemos querido pasar por alto puesto que en el castro avulense de Ulaca también aparecen labradas en la roca tres concavidades, aunque son de mayor tamaño que las de Villaviejas y formando parte de un monumento de posible carácter sacro (Martín Valls, 1985: 117; Alvarez-Sanchís, 1993: 275) de mayor envergadura.

52.- El Camocho (Malpartida de Plasencia). (40° 03'05''N. y 5° 58'35''W. Greenwich. Hoja 598 I.G.N.).

La Sierra del Camocho es la última estribación de la Sierra de Bernabé del Piornal y Tormantos, que bordea la margen derecha del Valle del Jerte. Hacia el Norte destacan por encima de ella las crestas de las sierras más altas, entre ellas la del castro de Villavieja; pero vista desde el Sur resulta una elevación cuyo perfil de pirámide truncada (681 m. de cota máxima) destaca sobre la amplia llanura que se extiende a sus pies, por debajo de los 500 m. de cota.

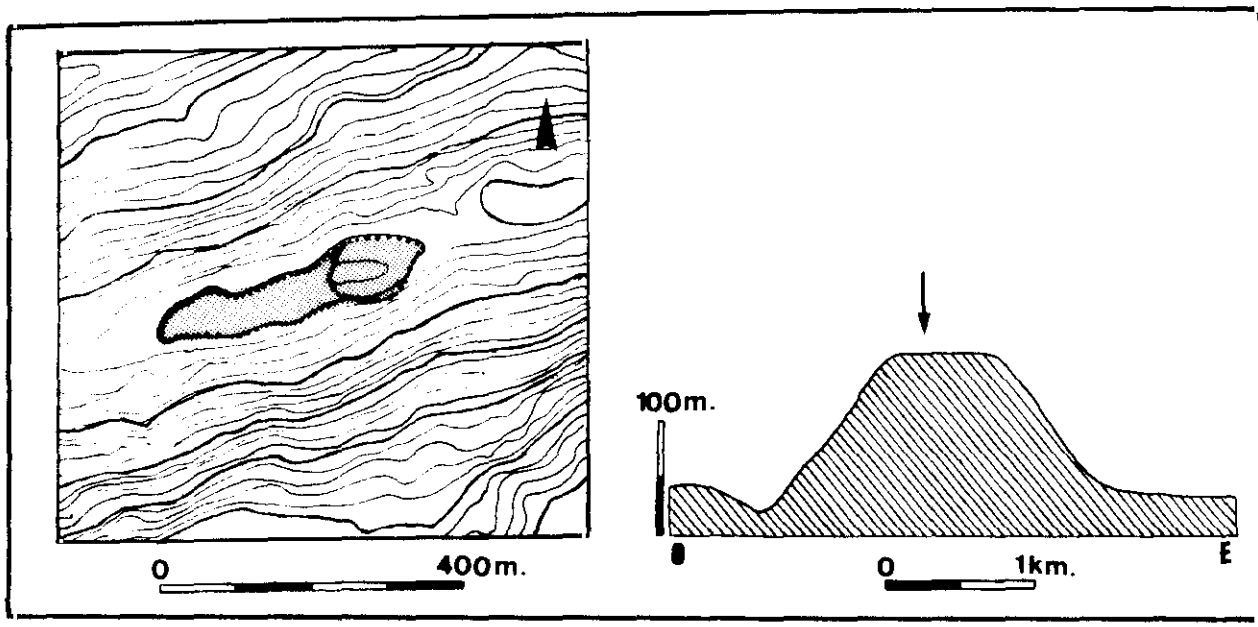


Fig. 38.- Croquis y emplazamiento del castro del Camocho.

La cima es una amplia meseta de unos 800 m. de larga y 100 m. de ancha. En ella se asentó un poblado defendido por una acrópolis y un segundo recinto que rodea toda la meseta y se prolonga por la ladera Sur, envolviendo una superficie de aproximadamente 1,7 Ha. (Fig. 38, 1). La muralla está construida con bloques de cuarcita trabados con tierra, con la cara exterior en fuerte talud. La cara interna está prácticamente cubierta por sedimentos, por lo que no se aprecia. La anchura de la muralla varía de unos puntos a otros del poblado, en función de las necesidades defensivas; en los sitios más vulnerables alcanza 2.75 m.; en cambio, en otros puntos no supera 1.60 m.

Todo el cerro está cubierto por robles y arbustos que dificultan la visibilidad hasta el punto que tuvimos que desistir de realizar su levantamiento topográfico después de llevar a cabo todos los preparativos para ello. A esta dificultad se suma la existencia de una espesa capa de hojarasca cubriendo toda la cima que impide obtener resultados positivos al prospectar. Por ello, fueron muy escasos los materiales que pudimos recoger en superficie, de los que únicamente podemos decir que son un conjunto homogéneo de fragmentos cerámicos a torno, algunos rematados en bordes vueltos característicos del Hierro Pleno.

Mayor precisión para datar el asentamiento nos proporciona un lote de 11 piezas depositadas en el Museo Provincial de Cáceres, formado por las siguientes piezas (Fig. 39):

- Dracma ampuritana partida por la mitad, de 2,49 gr. Se observa la línea trazada para dividir la pieza en dos mitades semejantes, aunque al partirla la parte superior se desvió ligeramente de la línea. La mitad que ha llegado hasta nosotros tiene en el reverso la grupa, patas traseras del Pegaso y el remate de las alas, con la primera letra de la leyenda griega, que a penas es legible dado que está muy poco marcada, todo ello enmarcado en una gráfila lineal muy desdibujada. El anverso corresponde al peinado de Perséfone-Arethusa, aunque casi no se distingue ningún trazo, posiblemente porque ya el cuño estuviera muy gastado (Fig. 39,1).

A pesar de su estado, es posible clasificar la moneda en un tipo de la serie séptima u octava de Guadán (1968), que corresponden a los llamados Pegaso-cabiro, o en el tipo II de Amorós (1933). Estas monedas datan de fines del III y principios del II a. C. y su presencia en el yacimiento nos habla de la inclusión de esta zona en la órbita de influencia del ejército romano con motivo de la II Guerra Púnica.

- Una fíbula de torrecilla que sólo conserva la torre y el arranque del puente, sin estar unidos, todo ello profusamente decorado con líneas de granete de excelente calidad.

- Una fíbula de disco con dos travesaños de unión del pie con el puente, que ha perdido el disco, la parte final del puente y la aguja.

- Fíbula zoomorfa a la que sólo le falta la aguja y el extremo del puente donde iría enrollada.

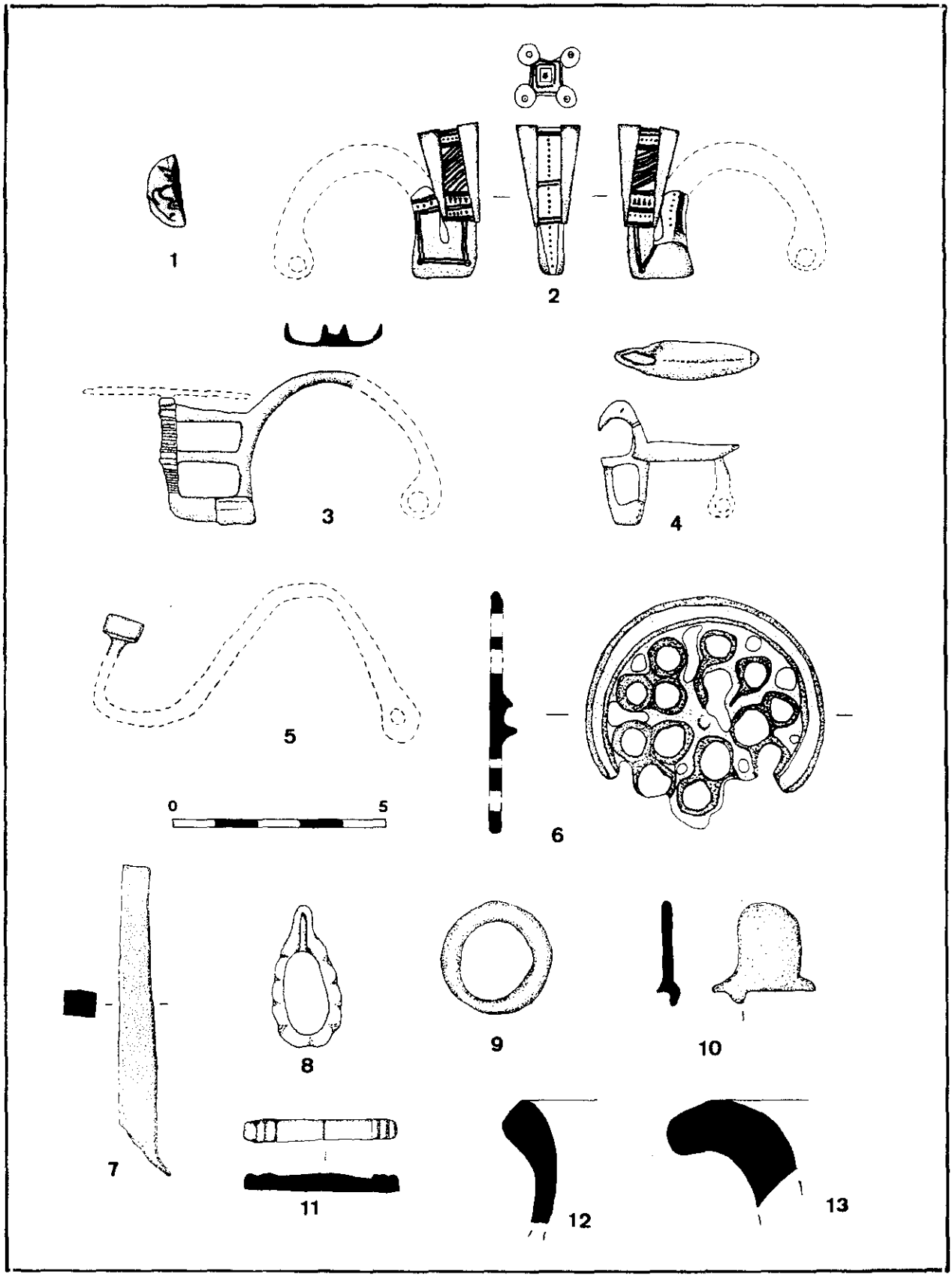


Fig. 39.- Objetos procedentes del Camocho: dracma ampuritana, fíbulas, piezas de bronce y cerámicas.

- Botón terminal de una cuarta fíbula, totalmente perdida, de "pie vuelto".

- Disco calado con argolla partida en el reverso, posiblemente un adorno para las riendas de un caballo.

- Lingote de sección rectangular, cortado transversalmente en uno de sus extremos.

- Argolla elíptica adornada con unos ligeros 'lóbulos", terminada en pico en uno de los extremos.

- Anilla circular.

- Barrita de bronce decorada con acanaladuras en los extremos.

La cronología de estas piezas es muy amplia, siendo la más antigua la fíbula de pie vuelto, aunque al estar partida no podemos fijar su datación; las restantes fíbulas se fechan en los siglos III, II y alcanzan el I a. C. (Argente, 1990; Jimeno - Morales, 1994: 256).

53.- **El Berrocalillo (Plasencia).** (40° 03'45''N. y 6° 06'22''W. Greenwich. Hoja 598 I.G.N.).

Es un poblado situado en la margen derecha del río Jerte, sobre un montículo a penas destacado en el paisaje pues se encuentra a mucha menor cota que el terreno de los alrededores. Tan sólo por el lado que cae sobre el Jerte está bien protegido por las pendientes; en el resto de los flancos el terreno es casi llano, existiendo tan sólo una suave vaguada entre este cerro y los de enfrente.

Todo este espacio es rico en afloramientos graníticos que obligan al Jerte a encajonarse entre enormes roquedos, aunque lo habitual aguas arriba y abajo es que corra ancho y formando amplias vegas que se cultivan intensivamente. Al estar situado sobre un punto más deprimido que el entorno, la única visibilidad que se ejerce desde el poblado es la del cauce del río hasta Plasencia, a 3 kms.

El poblado cuenta con dos recintos, uno adosado al otro, separados por un muro que sirve de medianil; éste es de menor envergadura, de 2.50 m. de ancho y está peor conservado que el resto de la construcción pudiendo ser, incluso, de cronología posterior.; entre los dos envuelven una superficie total de 5,10 Ha. (Fig. 40).

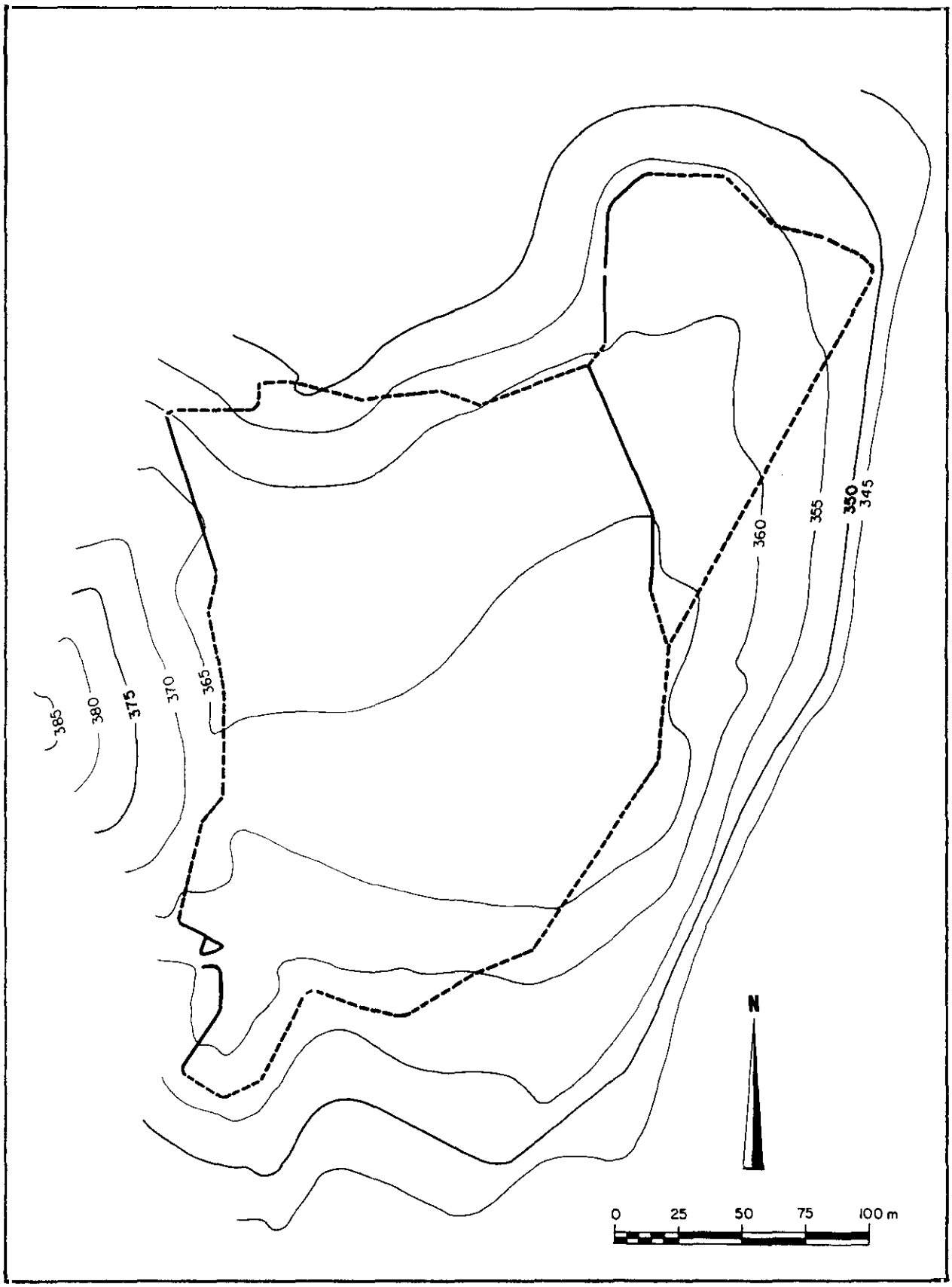


Fig. 40.- Levantamiento topográfico del castro de El Berrocalillo.

La muralla tiene la particularidad de estar trazada con lienzos totalmente rectos que giran formando ángulos donde es necesario ir adaptándose al terreno, como se observa en el levantamiento topográfico. El lado Norte arranca desde un promontorio granítico y continúa hacia el Este con bastante independencia de las imposiciones del terreno; en cualquier caso hay que señalar que es poco accidentado, lo que permitió construir unos potentes lienzos de muralla que llegan a alcanzar los 5 m. de anchura en las zonas junto a la puerta de acceso al recinto más pequeño, puerta que es un simple vano de 2.80 m. Este tramo recto termina sobre un gran afloramiento granítico en el que se cimenta la muralla y, desde él, sigue un trazado curvo paralelo a la vaguada que lo separa del entorno. De ahí y por todo el flanco Este y Sureste está muy mal conservada y tan sólo es posible reconocer su trazado por las acumulaciones de piedras que están sobre los afloramientos, pues se tuvo especial cuidado en aprovechar las rocas para embutirlas en el muro. En muchos puntos la construcción está arrasada y las piedras han rodado hacia el río, a pesar de lo cual es indudable que todo el perímetro estuvo amurallado.

La puerta principal está abierta en el flanco Suroeste. Está ligeramente retranqueada respecto al resto de la muralla para defenderla mejor y consta de un pasillo protegido por un bastión con planta aproximadamente triangular. Prueba de que los tramos de muralla que protegen tanto esta puerta como la del lado Norte se levantaron con mayor esmero que el resto de la construcción, es el hecho de que actualmente se conservan mejor.

Las únicas estructuras que aparecen dentro del recinto son muretes que afloran en superficie, construidos con bloques de granitos en los que se observan las esquinas rectas, sin que se llegue a conocer la relación de unos con otros y, por tanto, su urbanismo.

La cerámica recogida fue muy escasa; todo el lote está fabricado a torno, con pastas de tonos anaranjados o marrones, con abundantes desgrasantes, que les confiere un aspecto tosco; las únicas formas significativas son un fondo plano y dos bordes vueltos. A este material hay que añadir un importante lote de objetos de bronce depositados en el Museo Provincial de Cáceres (sin núm. de inv.) que nos permiten conocer mejor el horizonte cultural en el que se inscribe el poblado. Se conserva un

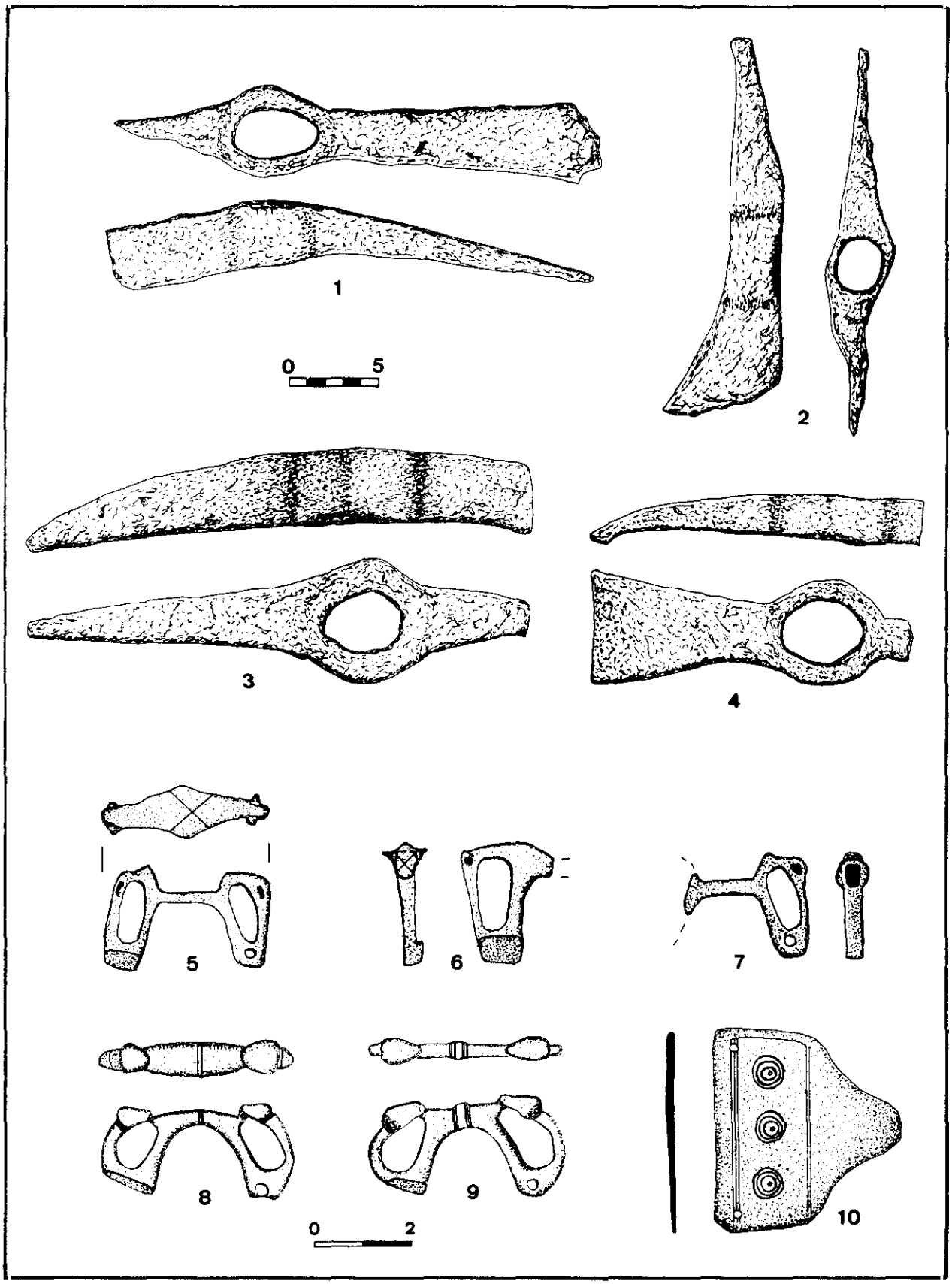


Fig. 41.- Alcotanas (1-2), picos de cantero (3-4), ffbulas simétricas (5-9) y placa (10) de El Berrocalillo.

interesante grupo de 4 herramientas de hierro: 2 se parecen a las actuales alcotanas, con un extremo en forma de hacha y otro en forma de azuela; los otros dos son picos de cantero (Fig. 41). En bronce se fabricaron los elementos de adorno: 5 fíbulas simétricas, dos de ellas con prótomos de aves, otras dos con bóvidos y la otra con prótomos indefinidos, más 1 placa decorada con círculos concéntricos troquelados (Fig. 41). El Dr. Rovira ha analizado la composición de estos bronces, resultando las siguientes composiciones:

- Placa: 82.44 Cu, 0.10 As, 10.40 Sn, 0.139 Sb, 6.92 Pb.
- Fíbula: 69.11 Cu, 0.37 As, 11.36 Sn, 0.430 Sb, 18.45 Pb.
- Lingote:71.01 Cu, 0.47 As, 0.47 Sn, 0.091 Sb, 20.42 Pb.

La existencia de lingotes de bronce en el yacimiento son un indicio de que se fabricaron objetos de ese metal allí, aunque la variación que sufre al ser sometido a un proceso de transformación en objetos impide determinar si los elementos de adorno son fruto de la fabricación local o vienen de fuera, dato que no podrá comprobarse hasta que no existan muchos más análisis para realizar una comparación.

De carácter excepcional es la aparición de joyas de plata, aunque sólo haya llegado hasta nosotros un fragmento de cadenita de 4 eslabones, así como también dos fragmentos de lingotes de plata de forma irregular. Todo ello nos permite saber que el poblado estuvo ocupado hasta una fecha avanzada que sin duda alcanzó el siglo I a. C.

54.- El Castillejo (Santa Cruz de Paniagua). (40° 10' 45'' N. y 6° 20' 10'' WGreenwich. Hoja 574 I.G.N.).

A los pies del pueblo de Santa Cruz de Paniagua se levanta una sucesión de cerros encadenados en cuyo extremo Norte se sitúa este castro. Su cota es de 673 m. frente a los 450 m. que tiene el terreno de su entorno inmediato, que lo convierte en un punto elevado del paisaje. Sin embargo, no es el cerro más alto de estos entornos, dominados por el picacho de Dios Padre, al Oeste del yacimiento, y por el telón de fondo de las Sierras de Gata-Hurdes.

Como todos los emplazamientos en alturas, se caracteriza por un buen control visual sobre toda la penillanura que lo rodea, hasta Gredos, y por estar bien protegido

por las laderas. Cuenta, además, con la ventaja de que el terreno junto al cerro tiene unos buenos suelos que permiten su dedicación al cultivo.

El castro tiene una acrópolis fortificada y un recinto rodeando el cerro; la muralla está construida con bloques de cuarcita unidos con piedrecillas pequeñas, sin que se vea ningún paramento en pie, totalmente cubiertos por los derrumbes que en la cara Este alcanzan los 16 m. de potencia.

La acrópolis es la zona mejor defendida por las construcciones, donde aparecen las mayores concentraciones de derrumbes; tiene forma aproximadamente circular, adaptándose a la topografía, y mide unos 50 x 28 m. De los extremos de la acrópolis arranca el recinto exterior, aprovechando la zona de afloramientos para unir los dos recintos. El trazado de la muralla va cortando la ladera a media altura, descendiendo de cota hasta doblar en la zona del istmo y volver a juntarse con la acrópolis, dibujando una forma elíptica de unos 150 m. de eje máximo desde ella hasta el istmo.

A pesar de lo espectacular del sistema defensivo, la prospección no deparó material arqueológico porque toda la superficie está cubierta de matorrales y hojarasca.

55.- La Muralla de Salvaleón (Valverde del Fresno). (40° 06' 20'' N. y 6° 56' W. de Greenwich. Hoja 595 I.G.N.).

Con este nombre se conoce a un poblado rodeado por una impresionante muralla que conserva en pie hasta 3.10 m. de altura con las dos caras exentas. Las peculiaridades constuctivas la diferencian del resto de los castros prerromanos que conocemos hasta el momento, aunque su emplazamiento sobre la confluencia de dos riveras, el tipo de recinto y algunas de las cerámicas de superficie le asemejen a ellos, por lo que vamos a incluirla en este estudio para conocer las últimas manifestaciones de la tradición castreña.

El yacimiento consta de dos recintos; uno más pequeño, de 37x80 m. aproximadamente, rodeado por un foso de 5 ó 6 m. de ancho tallado en la roca y adosado a la muralla. Junto a él se construyó un segundo recinto, sin duda de cronología posterior pues su muralla corta y pasa por encima del primer foso para poder unirse a la muralla, sumando entre los dos un perímetro total de 800 m. Este segundo recinto

también se rodeó de un foso de similares características al anterior. Los muros del primer recinto miden unos 2.60 m. de ancho, mientras los del segundo tienen una anchura 3.10 m., alcanzando 3.60 m. en un tramo acodado (Fig. 42, 1).

El material de superficie es poco significativo; a ello hay que sumar la presencia de una pequeña estructura rectangular de pizarra construida en el primer recinto de la que posiblemente provienen los numerosos fragmentos de tejas encontrados. La cerámica recogida es de dos tipos; un grupo, con pastas anaranjadas, ofrece dos bordes de cerámica común romana. El único fragmento con cronología segura es uno de T. Sigillata Hispánica tardía. El resto presenta pastas poco decantadas, de tonos marrones, y en él la única forma significativa es un borde exvasado con el labio plano; el parecido con las encontradas en los castros puede ser un indicador de que estas cerámicas representan la continuación de las tradiciones alfareras de los pueblos prerromanos en época imperial.

56.- Alto del Moro (Idanha-a-Velha). (39° y 7° 10' 22' W. Greenwich. Hoja 25-A I.G.C. de Portugal).

Castro situado sobre un meandro del río Ponsul, a unos 4 km. de la ciudad de Idanha-a-Nova y justo en el borde del actual pantano de Idanha. El emplazamiento es el habitual de ribero, situándose en un cerro rodeado por casi todos sus flancos del río que le proporciona unas inmejorables condiciones de defensa natural. Tan sólo por uno de los lados se accede con facilidad al cerro, existiendo una especie de istmo que lo une con su entorno mediante una suave ladera, donde se situará la puerta de acceso y un foso para defenderla.

Desde el castro no se divisa más que la cuenca del Ponsul, debido a que su cota máxima es de 300 m. siendo de 375 la cota media de la penillanura que rodea la cubeta del río. Sin embargo, hacia el Norte destaca el perfil de la Sierra de Monsanto delimitando la llanura. Todo el escarpado entorno del poblado está cubierto de encinas y monte bajo, vegetación que no ha debido variar sustancialmente desde la Edad del Hierro hasta la actualidad, por lo que la ganadería constituye la mejor forma de explotar esos terrenos.

El poblado se rodeó de una potente muralla levantada con lajas de pizarra,

aunque en la primera hilada se colocaron a veces piedras de granito para reforzar la base de la construcción. La anchura media de la muralla es de 1.80 m. y en algunos tramos conserva todavía más de 2 m. de altura, lo que permite observar con claridad que los paramentos tienen las caras exteriores rectas. La puerta principal se abre en la zona Sureste, la única que no está rodeada por el río. Está protegida por unos potentes bastiones construidos mediante la sencilla fórmula de ensanchar los lienzos de la muralla hasta alcanzar una achura de 5.80 m. junto a la entrada. En la zona Oeste se abrió otra puerta más pequeña, una poterna que tendría la finalidad de facilitar bajar al río sin tener que salir por la puerta principal y, en caso de sitio, permitiría un mejor acceso al agua. Desde la puerta principal hasta la poterna se construyó una segunda línea de muralla que refuerza el flanco Sur del castro, separada de la principal tan sólo 5 m.; confluyen las dos en la puerta principal que de ese modo se configura como un pasillo de 6 m. de largo y 3 m. de ancho, protegido además por los bastiones. Frente a la puerta se talló un foso y se construyó un terraplén de tierra y piedras.

El material de superficie no era abundante, por lo que se recogió todo. En total aparecieron 26 fragmentos de cerámica a torno, prácticamente todos oxidantes, con pastas mal decantadas y aspecto grosero. Destacan dos bordes exvasados y vueltos, un galbo decorado con un motivo segeado inciso y otro de pasta gris con la superficie cuidadosamente alisada.

25.- São Martinho (Castelo Branco). (39° 48' 21'' N. y 5° 20' 10'' W. Greenwich).

Monte-isla situado a 3.5 km. al SE. de Castelo Branco, destacando su perfil cónico de 435 m. de altitud sobre la inmensa penillanura; de este enclave proceden algunos materiales del Bronce Final a los que hicimos alusión y vuelve a estar ocupado durante el Hierro Pleno, época en la que se construye un castro en la cima.

En superficie se observaban algunas estructuras rectangulares adosadas a la muralla, posiblemente viviendas tal como sucede en otros castros de la Alta Extremadura. Abundaban también los fragmentos de cerámicas a torno similares a las de los castros extremeños. Más significativa es una fíbula de pie alto de las llamada de tipo transmontano, a la que le falta la aguja y parte del pie (Leitão, 1988: 409); tiene un

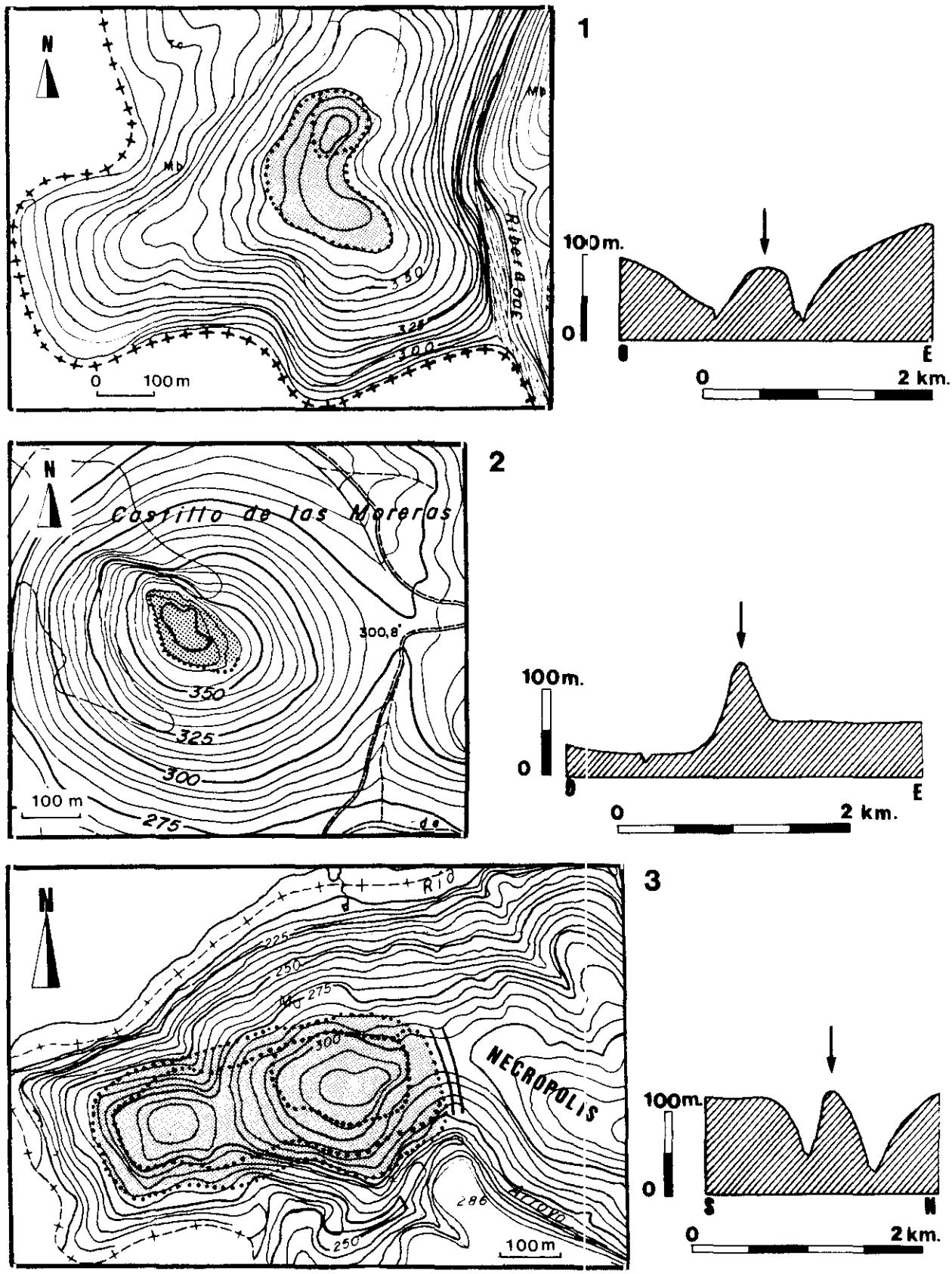


Fig. 42 Situación y emplazamiento de los castros de La Muralla de Salvaleón (1), Castillo de las Moreras (2) y Zamarrril (3).

arco peraltado de sección semicircular con una moldura en la parte superior y está decorado con 8 líneas paralelas en la zona próxima al resorte. El castro debió estar ocupado al menos hasta el cambio de Era como ponen de manifiesto las inscripciones romanas aparecidas en este lugar (García, 1976 y 1979; García y Leitâo, 1982).

57.- Castillo de las Moreras (Zarza la Mayor). (39° 59'45'' N. 6° 51' 50'' W. Greenwich. Hoja 620 I.G.N.).

Es un poblado que se sitúa sobre un cerro destacado en su entorno, aunque relativamente cerca se extiende la silueta mucho más impresionante de la Sierra de Caballos. El poblado está protegido exclusivamente por las empinadas laderas, puesto que en este caso ningún curso de agua bordea el yacimiento. El regato del Castillo de las Moreras discurre a sus pies, pero es de tan escasa entidad que no actúa de defensa (Fig. 42,2).

Una muralla recorre la parte alta del cerro, construida con grandes bloques de cuarcita (70x28 cm. uno de ellos), con las caras bien desbastadas y unidos en seco. Está construida levantando los dos paramentos externos y rellenando el interior con piedras más pequeñas, acuñadas unas con otras, aprovechando los roquedos para apoyarla. En algún caso se observa que se ha rellenado el espacio entre los afloramientos con piedra pequeña para macizarlo, quedando integrados en la muralla a modo de bastión. En aquellos donde son visibles la cara externa e interna se ha podido ver que su anchura oscila entre los 3. 50 y 2.90 m. En el flanco Norte afloran unos crestones de cuarcita que originan unos cortados verticales totalmente inaccesibles; allí no aparecen evidencias de muralla, puesto que las rocas actúan de parapeto.

A media ladera, en el lado Sur, existen importantes concentraciones de derrumbes probablemente de otra línea de muralla que defendería este lado, mucho más accesible que el Norte. Esta muralla, posiblemente, iría ascendiendo hasta juntarse con la línea superior y formar otro recinto, pero dada su mala conservación y lo impracticable del terreno no podemos confirmarlo.

El material de superficie es sumamente escaso y tan sólo puede señalarse la presencia de algunos fragmentos a torno. En cambio, son muy abundantes los restos de

revestimiento con improntas extendidos por toda la superficie del castro. No hay que descartar que este sitio haya tenido reocupaciones posteriores a la Edad del Hierro, dada su estratégica situación, a pesar de que el escaso material de superficie no permita documentarlas.

58.- EL Zamarril (Portaje). (39° 56' 30'' N. y 6° 0' 16'' W. de Madrid. Hoja 621 I.G.N.).

El lugar elegido para construir este castro es un promontorio rodeado por el río Alagón, el Arroyo de la Fuente del Oro y el del Zamarril, que le proporciona unas buenas defensas naturales a todo el poblado salvo por el flanco Este. El emplazamiento es similar al de otros castros que ya hemos visto, situado en un espigón fluvial dentro de la cubeta deprimida de los riberos. Por tanto, tiene la visibilidad limitada al entorno inmediato del yacimiento, pero ello le permite pasar inadvertido desde la penillanura.

Todo el poblado está rodeado por 3 líneas de murallas ataludadas construidas con lajas de pizarras unidas con barro, con la cara externa en suave talud; la superior rodea la parte más alta del cerro, formando una amplia acrópolis. Las otras dos dibujan un trazado casi paralelo a lo largo de todo el recorrido, una a media ladera y la otra en la parte baja del cerro. La intermedia es la más débil y peor conservada, a pesar de lo cual todavía se observa una puerta de 1.85 m. en el lado del Alagón. Aunque resulta difícil medir la superficie exacta encerrada por la muralla, un cálculo aproximado permite suponer que alcanza las 12 Ha. (Fig. 42,3).

El acceso al poblado se encuentra en el istmo que une el espigón con el entorno, defendido por un foso que tiene 6 m. de ancho en la parte tallada entre las rocas. Detrás se abren las puertas, protegidas por unas potentes construcciones que todavía hoy impresionan por su tamaño. La primera se forma al ascender el recinto más externo hasta encontrarse con el intermedio, flanqueando entre ambos una entrada; el acceso al último recinto está constituido por un engrosamiento de los muros que forman una especie de bastiones de 2.85 m. de anchura, para defender una puerta de 3 m. de vano.

A unos 200 m. frente a la entrada del castro hemos localizado numerosos fragmentos de cerámicas, distribuidos sobre un cerrito por donde necesariamente hay que pasar para acceder al poblado. La pieza más interesante encontrada en este lugar es la

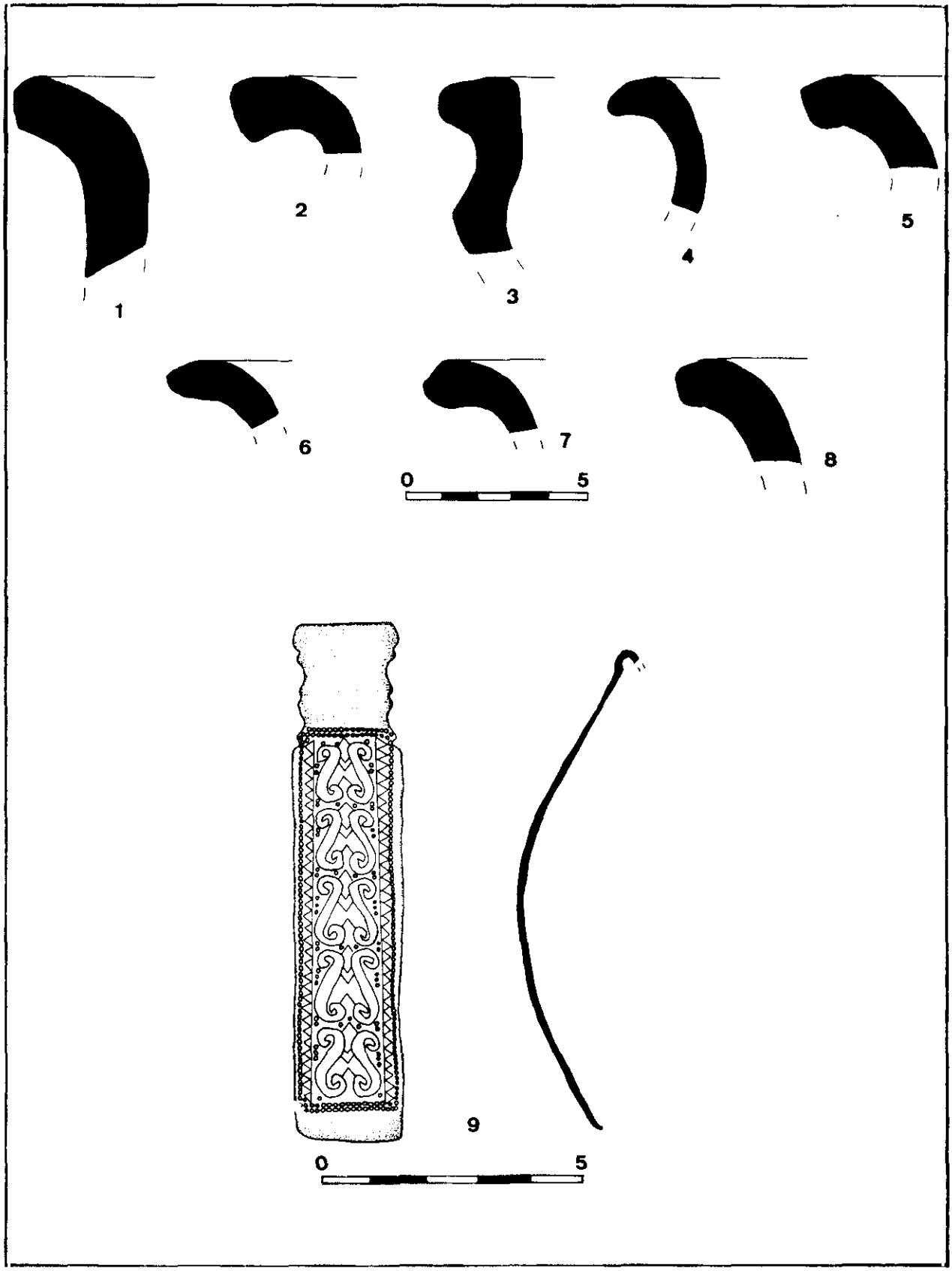


Fig. 43.- Cerámicas y pinza de bronce decorada con damasquinados en plata del Zamarril.

mitad de una pinza de depilar en bronce, decorada con nielados de plata (Fig. 43), que sin duda debió formar parte de un ajuar funerario. Por tanto, en esta elevación debió situarse la necrópolis del poblado, siguiendo el patrón característico que ofrecen las necrópolis conocidas de los castros extremeños como en Villasviejas del Tamuja, el Castillejo de la Orden o La Coraja (Hernández, 1991; Esteban et alii, 1988; Rodríguez, 1991).

De esa necrópolis podría proceder un conjunto que está depositado en el Museo Arqueológico Provincial de Cáceres, del se desconoce todo su contexto (Fig. 44). Lo componen una urna oxidante a torno que ha perdido la parte superior (Núm. inv. 725) y su ajuar, formado por 6 piezas de hierro, pero no hay ningún fragmento de hueso. Los elementos del ajuar son: 1 pieza con los dos extremos puntiagudos, uno es más corto para embutir posiblemente en un mango de madera, cuyo tope lo constituyen unos ensanchamientos longitudinales; el otro extremo es de sección rectangular pero remata en punta (Núm. inv. 724); una punta de lanza con el enmangue de sección rectangular macizo y la hoja triangular (Núm. de inv. 720); un cuchillo afalcatado (Núm. inv. 721 y 723); un fragmento de cuchillo más pequeño que el anterior que conserva parte de las cachas, también de hierro, unidas a la hoja por un remache (Núm. inv. 719); un clavo de sección cuadrangular con la cabeza cónica, que está doblado formando un ángulo recto (Núm. inv. 722) y una anilla de hierro (Núm. inv. 723).

No se conocen paralelos a estas piezas en las necrópolis extremeñas. Los cuchillos no son los habituales en la necrópolis del Castillejo de la Orden o en La Coraja; el paralelo más cercano a este tipo de cuchillo es uno encontrado en el poblado del Raso en la casa C3 (Fernández, 1986: 359) aunque difieren en que el del Raso presenta una forma zoomorfa en la unión de la empuñadura con la hoja; en este mismo poblado se han encontrado clavos casi idénticos al del Zamarril. Estos paralelos sugieren una fecha avanzada para el enterramiento, posiblemente entorno al siglo II a. C.

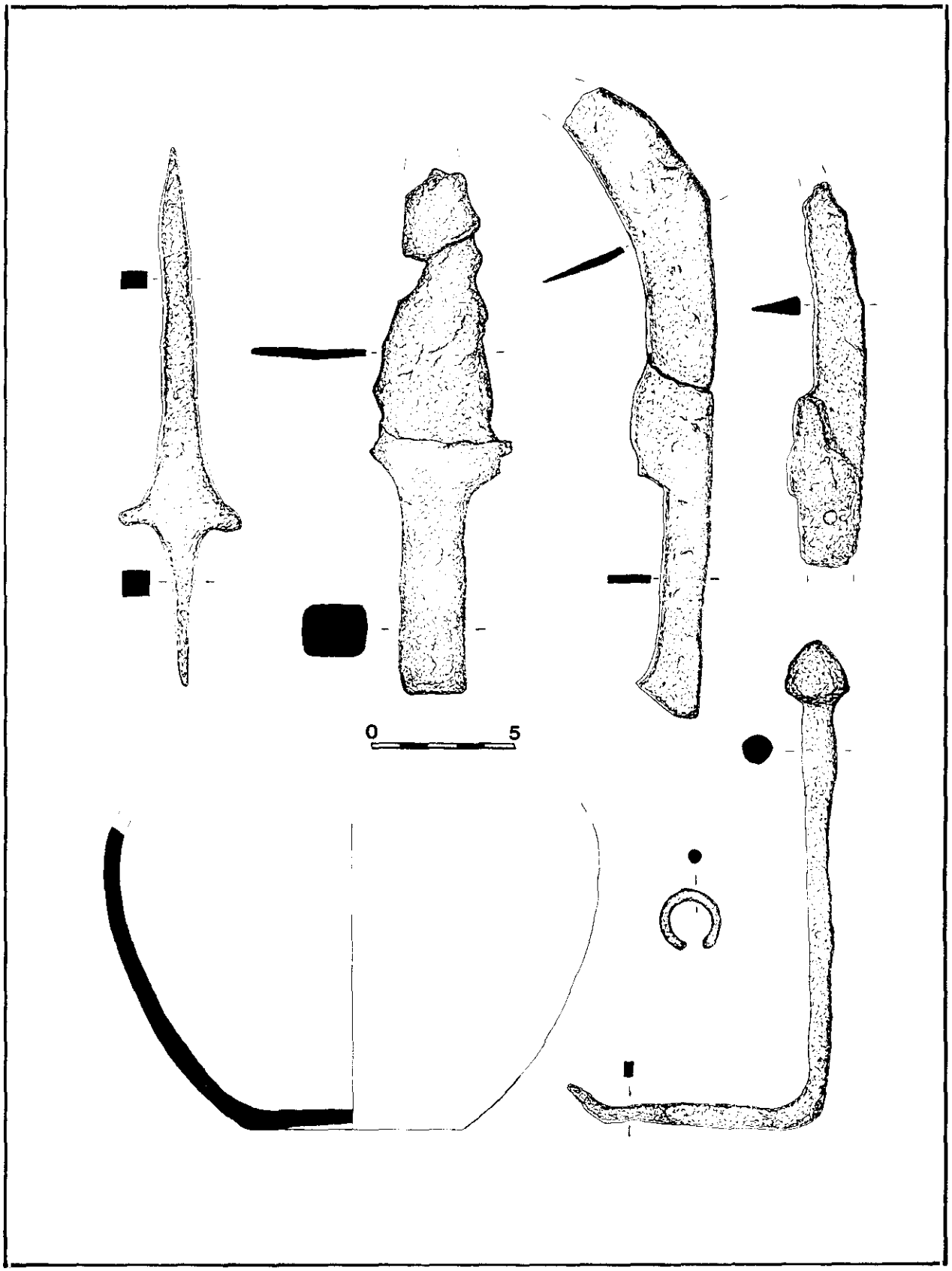


Fig. 44.- Urna y posible ajuar procedente del Zamarril.

59.- Morros de la Novillada (Alcántara). (39 ° 41' 15'' N. y 6° 57' 25'' W. Greenwich. Hoja 648 I.G.N.).

Castro situado junto a la desembocadura del Arroyo Cornejo en el Tajo, frente al castro del Castillejo de la Orden, flanqueando la margen derecha del vado que se sitúa entre ambos. Presenta la peculiaridad de que se conservan murallas en dos cerros, separados por el arroyo Cornejo. En la orilla derecha del arroyo se levanta el menos accesible y mejor amurallado, situado sobre el espigón que describe Cornejo al desembocar en el Tajo. Aunque su cota máxima es de 198 m. sobre el nivel mar, está rodeado por profundos cortados que marcan un salto de cota de casi 100 m. entre la parta alta del cerro y el río, que lo convierten en un enclave francamente inexpugnable. El cerro de la margen contraria tiene una situación menos privilegiada desde el punto de vista de la defensa natural y sus murallas tienen menor entidad (Fig. 45).

A cada uno de estos dos recintos los hemos denominado con una letra. El recinto A es el que está sobre el Tajo y es más inaccesible que el de enfrente. A pesar de sus buenas defensas naturales, todo el poblado se rodeó de una muralla que cercaba una superficie aproximada de 2 Ha. Los paramentos de la muralla se construyeron a base de lajas de pizarras superpuestas y unidas con barro. Tan sólo conocemos la cara exterior de los muros, de marcado perfil en talud, pues los sedimentos han colmatado la parte interna. En algunos tramos, las hiladas superiores están al descubierto, lo que nos ha permitido conocer que la anchura de estos muros no supera los 75 cm. en algunos puntos. Como en el resto de los castros ya estudiados, el trazado de la muralla se va adaptando a la topografía del cerro, cimentándola sobre la roca madre allí donde era posible.

El recinto B tiene la muralla mucho peor conservada, hasta el punto de que a veces se pierde su huella. En los puntos donde se conserva hemos podido documentar dos líneas de defensa. Una rodea la parte más alta, constituyendo una acrópolis, y la segunda recorre el cerro a media altura. A pesar de su mal estado se observa que no existen diferencias substanciales en la técnica de construcción de este recinto y el de enfrente.

La cerámica hallada en los dos recintos presenta idénticas características. Pertenecen, en su mayoría, a recipientes fabricados a torno, con pastas decantadas de tonos

anaranjados y marrones con abundantes desgrasantes de cuarzo y mica, cocidas en fuegos oxidantes, aunque en algunos casos los interiores grisáceos nos hablen de cocciones mixtas. Las superficies raramente presentan algún tipo de tratamiento, ya que tan solo un fragmento tiene la cara externa alisada, sin que hayamos podido documentar ningún tipo de decoración. La única pieza metálica que hemos podido documentar es una fíbula de bronce prácticamente completa que sólo ha perdido la aguja; es de tipo La Téne I, del Grupo III de Cabré y Morán (1979: 14) con el pie unido casi unido al puente pero sin estar fundido y el apéndice caudal adornado con molduras cilíndricas y periformes decoradas con pequeñas incisiones longitudinales; el puente es de arco peraltado con cresta dorsal y la cabeza perforada para enrollar en ella el resorte y la aguja.

El material recuperado permite suponer que los dos recintos fueron coetáneos o estuvieron ocupados con poca diferencia de tiempo, pudiendo suceder que las mejores condiciones estratégidas del recito A motivaran la ocupación definitiva de ese cerro, abandonándose el B.

Por otro lado, la semejanza entre las cerámicas de este castro y el del Castillejo de la Orden permiten suponer que ambos estuvieron habitados contemporáneamente, probablemente hasta el cambio de Era.

60.- El Castillejo de la Orden (Alcántara). (39° 41' N. y 6° 55' 56'' W. Greenwich. Hoja 648 I.G.N.).

El yacimiento se sitúa sobre un cerro de 288 m. sobre el nivel del mar en alguno de sus puntos, bordeado por las aguas del Jartín, que discurren encajonadas en la cota de los 190 m., abriendo un foso natural que separa al poblado de su entorno por medio de cortados prácticamente verticales, cuya profundidad supera los 100 m. Tan sólo es accesible por el lado Sur, donde existe una suave vaguada entre el poblado y los terrenos de alrededor (Fig. 45, 2).

Desde el castro se divisa el último tramo de recorrido del Jartín, aunque no se alcanza a dominar la desembocadura de éste en el Tajo debido a que los numerosos meandros originan zonas obscuras no divisables desde el yacimiento. Sin embargo, sí se ven los terrenos de la orilla derecha del Tajo, donde está el yacimiento de Los Morros

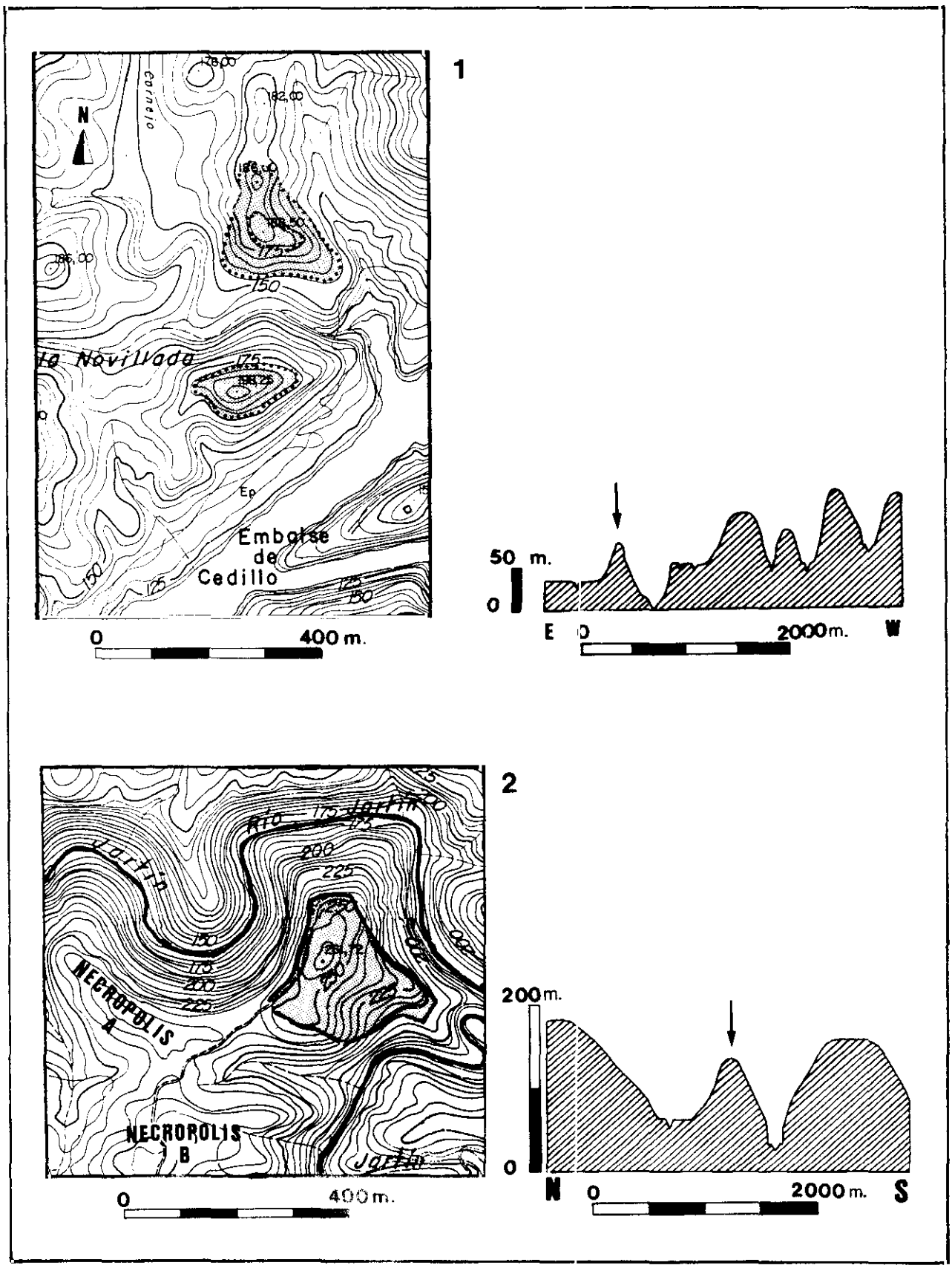


Fig. 45.- Planta y sección de los castros de Los Morros de la Novillada y Casrillejo de la Orden.

de la Novillada. Justo en ese tramo del Tajo existe una zona de paso del río, por donde se ha señalado que pasaba una ruta natural NO-SE que vadeaba el Tajo a unos 6 km. aguas abajo del puente romano (Bueno, 1991: 8).

No existe, en cambio, una amplia visibilidad sobre los terrenos de alrededor, por lo cual parece claro que el interés que prevaleció al elegir este emplazamiento fue el de situarse sobre un punto que ofrece unas inmejorables condiciones de defensa natural y la proximidad del vado.

En este yacimiento se han realizado diversas intervenciones arqueológicas, fruto de las cuales han visto la luz las publicaciones de López et alii (1984), Ongil (1988), Castaños (1988) y Esteban et alii (1988). Como cada cual se centra en aspectos concretos del poblado, nos parece importante hacer una descripción general del castro, deteniéndonos en los aspectos menos tratados.

Como en los castros que hemos visto más arriba, se realizó un potente muro en talud que cercaba por completo al poblado adaptando el trazado a la topografía del cerro. Esta muralla consta de un paramento cuya anchura oscila entre 1 m. en la zona mejor defendida por los escarpes del río y 5 m. en el flanco de más fácil acceso donde se sitúan la puerta de entrada al recinto.

Los lienzos están construidos a base de grandes lajas de pizarras superpuestas, algunas de un metro de longitud. Estas grandes piedras se colocaron en la parte inferior de los muros, para asegurar la sustentación de las hiladas superiores. El relleno no difiere de la técnica empleada en las caras de fuera, construido todo él por idéntica superposición de lajas de pizarras, acuñadas por otras más pequeñas y unidas con barro. En algunos puntos, se intercalaron bloques de granito con la misión de reforzar la construcción, impidiendo el corrimiento de las hiladas de pizarras.

El lienzo que flanquea el acceso al castro se construyó de forma distinta. Presenta un basamento, de dos metros de altura, sobre el que se eleva un muro 1 m. más estrecho que el basamento. Parece lógico pensar que esta solución se adoptara para corregir la pronunciada inclinación del terreno en ese tramo, pues de no haberse construido el basamento más ancho, existiría una descompensación enorme entre el escaso grosor de la parte baja y el que llega a alcanzar en la superior, lo que hubiera provocado su derrumbe.

La excavación realizada por M.I. Ongil para ver la cara interna de la muralla (Ongil, 1988: 106) permite observar que las pizarras están colocadas horizontalmente pero sin presentar una cara trabajada. En ese tramo, el muro tan sólo tiene una anchura que oscila entre los 90 y 106 cm., quizás por ser uno de los mejor protegidos por los escarpes naturales.

A 78 cm. de ella, existe otro muro a una cota inferior construido con piedras de mediano tamaño; no parece que tenga ninguna relación con el recinto de defensa, pues en el perfil se aprecia todavía que entre ellos sólo existe un relleno de tierra, idéntico al que aparece en el resto de la cata. Aunque Ongil considera que forma parte del interior de la muralla, nos inclinamos a pensar que se trata de una estructura de habitación. Así se entiende que aparezca junto a ese murete un pavimento de adobe echado sobre una capa de piedrecillas pequeñas y la abundancia de restos óseos y escoria que se encontraron allí. En el dibujo publicado por Ongil (1988; Fig. 2) aparecen entre estos dos muros, a una cota inferior, piedras dispuestas irregularmente; forman una plataforma de nivelación sobre la que se construyó la vivienda, a la vez que proporciona solidez a este tramo tan estrecho de la muralla.

El acceso al poblado se realizaría por el lado Sur, el único que no está rodeado por el Jartín, donde se abre una puerta estratégicamente situada al borde mismo del talud hacia el río, aunque pudieron existir otras más pequeñas para facilitar la bajada al río que hoy día son difícilmente reconocibles. La puerta principal se conserva mal, aunque todavía se observa que estuvo flanqueada por dos bastiones. El del lado Sur se construyó girando el muro en ángulo recto hacia el interior del recinto, quedando perfectamente encajado en la estructura de la muralla. En el dibujo del levantamiento topográfico (Esteban et alii, 1988: fig. 2) aparece una estructura semicircular junto a este bastión, que corresponde a un desplome de la muralla; por ello, es más acertado en este punto el levantamiento publicado con anterioridad (López et alii, 1984) donde, efectivamente, no aparece ese semicírculo.

Del bastión Norte sólo queda la cimentación de dos muros, de 75 cm. de anchura, unidos formando esquina. Uno es perpendicular y otro paralelo al flanco exterior de la muralla, conformando entre los tres una estructura cuadrangular de unos 5 m. de lado. El espacio entre los dos bastiones es de 3 m., por donde pasa el camino de entrada.



Fig. 46.- Placa de bronce con la *deditio* del 104 a. C. y algunas cerámicas del Castillejo de la Orden.

La arquitectura doméstica a penas se conoce, salvo un muro, de 60 cm. de ancho, bien construido con aparejo de pizarra, sacado a la luz en las excavaciones realizadas en el castro, junto al que apareció un pavimento de adobe y tierra muy bien apisonada que continúa bajo tres de los lados de la cata (Ongil, 1988: 106). La prospección eléctrica que hemos realizado en esa ladera ha revelado la existencia de muros rectos formando habitaciones por lo que todo el área debió estar ocupada por casas.

Con estas noticias y los restos que se observan en superficie tan sólo podemos hablar de la existencia de viviendas de planta rectangular en las que, al menos el zócalo, se construyó con piedra. En el interior, suelos muy cuidados se documentan en las dos casas exhumadas en el castro. La cubrición se debió realizar con elementos vegetales unidos con barro, como todavía se continúa haciendo en la zona, pero no tenemos evidencias de ello.

El material cerámico recogido en el interior del castro se caracteriza por la abundancia de fragmentos a torno frente a la cerámica a mano, de la que también se recogieron algunos ejemplares. Las superficies están cuidadas, aunque las pastas siguen teniendo abundantes desgrasantes, pero son de mediano o pequeño tamaño, salvo en las paredes gruesas de vasijas grandes. Estas cerámicas se han cocido en atmósferas oxidantes, lo que confiere a las pastas tonos anaranjados. La mayoría de los bordes recogidos son exvasados o vueltos, alguno en forma de pico de ánade (Fig. 46, 6); en algún caso se intuyen los perfiles globulares de las vasijas. Las bases recogidas son todas planas, algunas muy gruesas y de gran tamaño en consonancia con las grandes bocas de recipientes documentadas, que superan en algunos casos los 30 cm. de diámetro. Además, se recuperaron fragmentos de la cerámica romana, su mayoría Terra Sigillata Hispánica. Los únicos fragmentos significativos son un borde probablemente de una forma 24/25 (Mezquiriz, 1961) y un fondo con pie anular de sección rectangular que conserva parte del sello, pero en el que tan sólo es legible una X.

Otro hallazgo importante que ha proporcionado el castro es el llamado "Bronce de Alcántara" (López et allii, 1984) o "Tabula Alcantarensis" (Richardson, 1986: 199; García Moreno, 1987: 67). En él se escribió una *deditio* entre los romanos y el pueblo de los Seano[], fechada en el 104, a. C., documento de interés jurídico excepcional al ser

el primero que se conoce en la Península de estas características (Fig. 46)[1], que nos permite conocer las dificultades con las que se encontró Roma para conquistar un territorio en el que no existen una estructura de grandes ciudades, sino pequeños núcleos independientes, a los que sería sumamente costoso someter.

- Las necrópolis:

La mayor parte de la información que se conoce de este poblado procede de sus necrópolis, ya estudiadas por los que la excavaron (Esteban et alii, 1988), por lo que nos limitaremos a englobar esos datos con los obtenidos en la prospección.

Las 15 sepulturas excavadas representan una mínima parte del total de enterramientos que deben existir en un poblado habitado durante varios siglos. Sin embargo, corresponden a un momento sumamente interesante para nuestro estudio. Las tumbas se localizan en dos mesetas que existen en las elevaciones próximas al castro (Esteban et alii, 1988: 15). En la llamada Zona A se localizaron la mayor parte de los enterramientos excavados, concentradas en la zona más alta de esta meseta según se deduce de las indicaciones que aparecen en los dos levantamientos topográficos publicados (Esteban et alii, 1988: fig. 2; López et alii, 1984: 289). Corresponden a enterramientos con ajuar metálico tradicionalmente asociado a la panoplia de guerrero. Las únicas excepciones son las tumbas 8 y 9, halladas casi en superficie, completamente arrasadas y de las que únicamente se conservaban algunos fragmentos de las urnas, por lo que los excavadores consideran que el arado habría arrastrado el ajuar (Esteban et alii, 1988: 42); por tanto, no pueden considerarse excepcionales dentro del conjunto (Fig. 47).

Sin embargo, la prospección que realizamos sobre la parte menos elevada de la meseta, a los pies de la anterior, nos proporcionó fragmentos de cerámica que quizás hayan sido arrastrados de la zona alta. No obstante, nos inclinamos a pensar que no sean simples arrastres, pues se hubieran acumulado también en cualquiera de las otras

[1]Agradecemos al Dr. Javier de Hoz el haber supervisado el calco sobre fotografía de la Deditio y sus interesantes comentarios sobre este bronce.

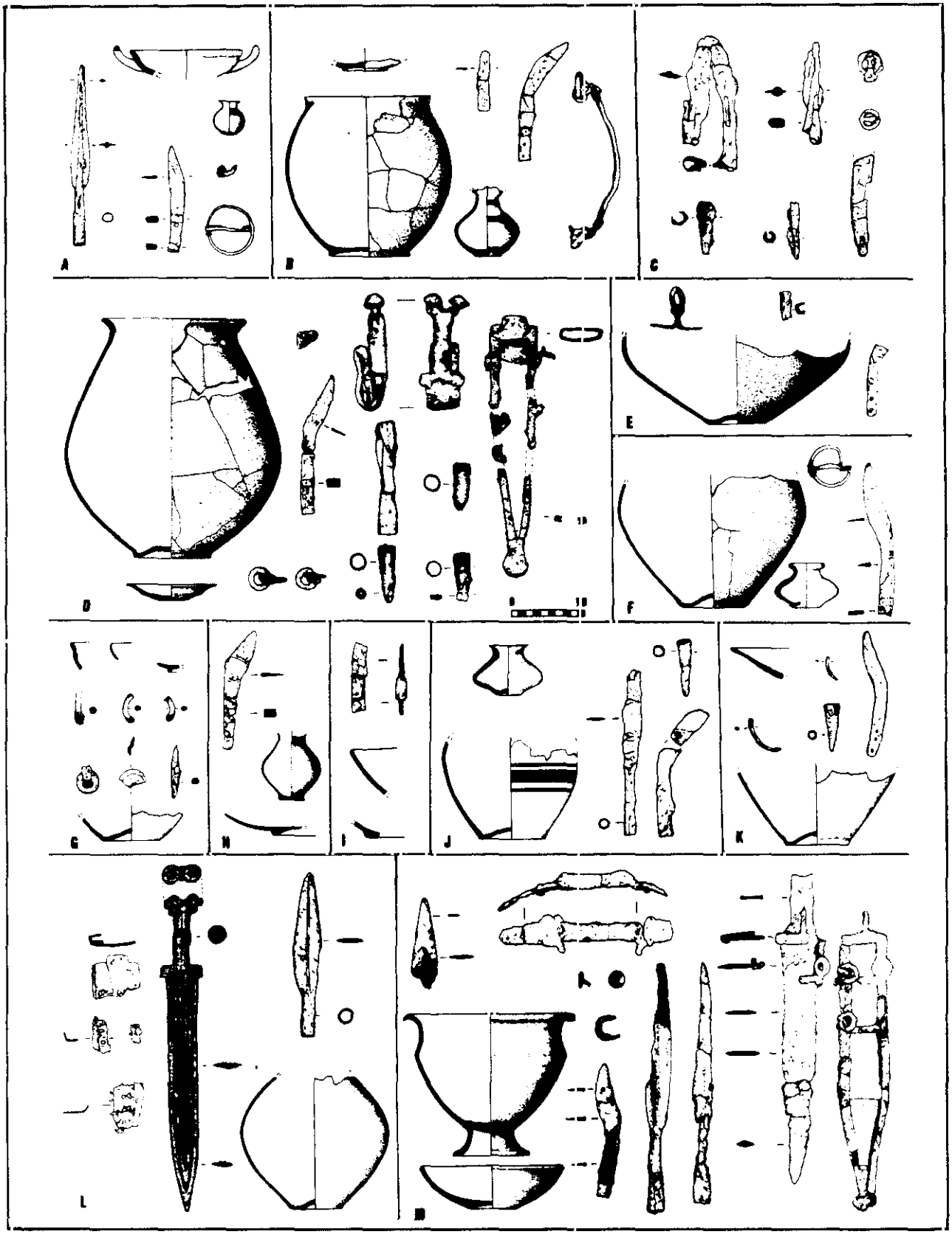


Fig. 47.- Tumbas excavadas en la necrópolis del Castillejo de la Orden (según Esteban *et alii*, 1988).

vertientes del cerro, sino que se trate de la continuación de la necrópolis hacia esta zona.

Aunque únicamente la excavación nos permitiría conocer estos supuestos, cabe aventurar que sea un área de enterramientos si pensamos que las 14 tumbas localizadas en la zona alta representan un número muy bajo tanto por la larga ocupación del yacimiento como por las concentraciones que se documentan en necrópolis de idénticas características en la misma provincia (Hernández, 1991: 262; Rodríguez, 1991: 283).

Los datos de superficie no nos aportan mayor información, pero sí podemos reflexionar sobre el carácter de esta zona de la necrópolis fijándonos en la huellas que, desgraciadamente, los saqueadores furtivos con detectores de metal han dejado en toda la meseta y el castro. Son numerosísimas las remociones de tierras que éstos han realizado con el objeto de extraer objetos metálicos; los propios excavadores tantas veces citados, señalan en el prólogo que su actuación allí estuvo motivada por la urgencia de salvar unas tumbas amenazadas por dichos furtivos, por lo que parece lógico que su excavación se centrara en esa zona más alterada. De hecho, en el Museo Provincial de Cáceres se conservaba el ajuar de un enterramiento expoliado de este castro (Fig. 48, 11-12).

Sin embargo, no encontramos huellas de ello en la parte más baja de la meseta a pesar de los restos cerámicos que sí aparecen en superficie. Por ello, cabría pensar que se trata de un área de enterramientos sin ajuar metálico, posiblemente de aquellos individuos que no ostentaron la categoría de guerreros.

La segunda necrópolis, llamada Zona B, se localizó en otra de las mesetas cerca del poblado, según indican los propios autores (Esteban et alii 1988: 15). Las tareas de prospección nos han permitido localizar catas de excavación en un cerrito frente al castro, a unos 250 m. de él y 200 de la necrópolis anterior (Fig. 45,2). Los cortes aparecen en la zona alta de la meseta, junto al camino que une el yacimiento con la casa de esta finca, y por todo ese cerro aparecen fragmentos de cerámicas que corroboran la existencia de las tumbas. La particularidad de esta segunda necrópolis es que sólo ofreció un enterramiento, cuyo ajuar es uno de los más ricos de todo el conjunto.

La cronología propuesta para estas tumbas es el siglo IV a. de C. (Esteban et alii 1988: 96), basada en la aparición kylikes griegos, de espadas de antenas y de frontón, materiales que, efectivamente, apuntan a comienzos de ese siglo.

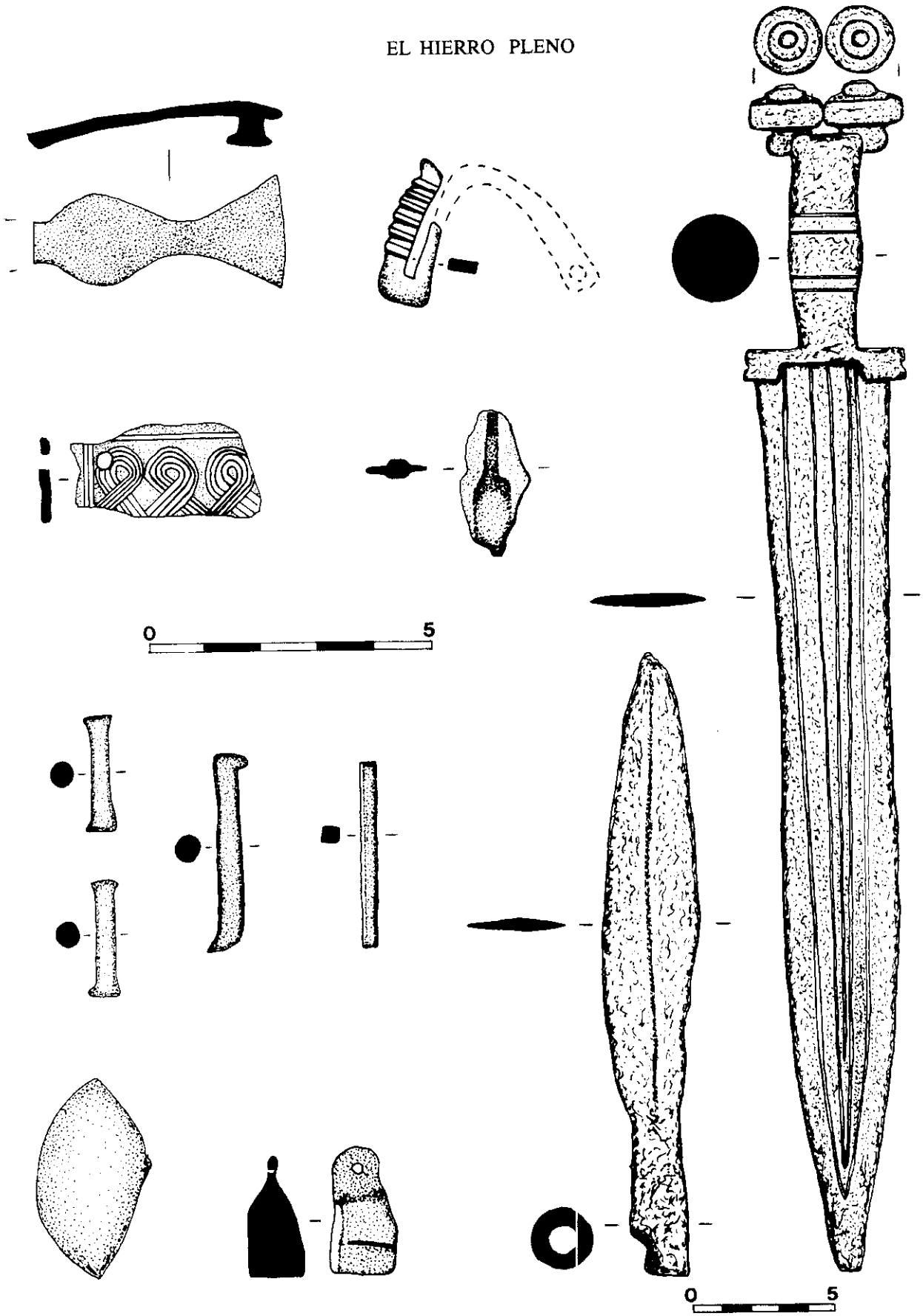


Fig. 48.- Diversos objetos metálicos procedentes del Castillejo de la Orden.

En definitiva, los datos expuestos nos hablan de la existencia de dos necrópolis diferentes que corresponden a un mismo poblado. Ello puede ser traducción de su pertenencia a grupos clánicos distintos o, más probablemente, de la existencia de varias necrópolis con diferente cronología como sucede en Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1991). En cualquier caso, los localizados hasta ahora debieron detentar una posición privilegiada dentro de esos grupos, dados los elementos de ajuar que acompañan sus cenizas.

- Camino de acceso:

Habitualmente, no poseemos indicios suficientemente claros para señalar los caminos que unirían los poblados con el exterior. Sin embargo, el terreno situado en el entorno del Castillejo de la Orden, al aflorar la roca abundantemente, nos ha dejado huellas de caminos para carros.

Las huellas van dibujando un camino que se dirige desde la puerta occidental del castro hacia el Sur, salvando las pendientes del terreno al discurrir por las lomas menos accidentadas. Al llegar a la zona más llana se pierden esta huellas debido a que desaparecen los afloramientos. En su lugar, aparecen los caminos de tierra actuales. Cerca de allí discurre la Cañada, que viene desde el Salor cruzando los llanos de Brozas para dirigirse hasta Alcántara. Evita, sin embargo, cruzar junto al yacimiento, pues supondría un esfuerzo innecesario el pasar este cerro tan agreste. Por ello, pensamos que las huellas localizadas pertenecen al camino en uso por los habitantes del poblado que se dejó de practicar al abandonarlo.

Para determinar la longitud de los ejes de los carros que circularon por allí, hemos medido las carriladas en los cinco tramos donde mejor se conservan, siguiendo las pautas aplicadas por Broncano y Alfaro en su trabajo sobre los caminos de ruedas (1990: 194). Ellos establecen la longitud máxima que podrían tener los carros midiendo la distancia entre los extremos de fuera de las rodadas; la mínima resulta de la distancia entre los puntos más próximos de las carriladas, más 10 cm. que equivalen al ancho de las yantas.

Según este procedimiento, las distancias mínimas que tendrían los ejes oscilan

entre los 90 y 105 cm.; las máximas, sin embargo, son más difíciles de establecer, pues la anchura de las rodadas varía sensiblemente de unos tramos a otros. En los que el paso está libre de tope en los laterales por pasar los carros sobre afloraciones pizarrosas amplias y prácticamente planas se observa que la anchura de la rodada alcanza hasta los 52 cm., por lo que las máximas obtenidas de 162, 170 y 180 son poco significativas. En cambio, en las inmediaciones del poblado el paso es más difícil y los carros se vieron obligados a no desviarse de las rodadas existentes, estrechándose las carriladas hasta los 12 cm. Estos tramos son los que nos proporcionan medidas más precisas sobre la longitud de los ejes, que oscilan entre los 105 cm. de máxima y 91 de mínima.

Carriladas de dimensiones semejantes se han localizado en otros yacimientos de la Península adscribibles al mismo período histórico. Destacan por su parecido las halladas en Inestrillas, donde también oscilan entre 90 y 105 cm. En Camino Hondo (Ayora, Valencia) Broncano y Alfaro señalan que los ejes de los carros oscilan entre 100 y 143 cm.. Las encontradas entre Aspe y Elche tendrían un eje de 98 a 100 cm. (Broncano y Alfaro, 1990: 195).

20.- EL Castillejo (Villa del Rey). (39° 40' 20'' N. y 3° 08' 20'' W. de Madrid. Hoja 649 I.G.N.).

El castro del Castillejo se encuentra en la margen izquierda del río Jartín, muy cerca del pueblo de Villa del Rey, en un emplazamiento inusual puesto que no se buscó un cerro bien defendido, sino una pequeña elevación rodeada por una gran llanura agrícola. Su cota es de 343 m., mucho más alta que la de los poblados situados en el ribero, pero la altitud relativa es de poco más de 20 m. respecto al paisaje donde se inserta, a pesar de lo cual destaca suficientemente en su entorno (Fig. 49).

Muy poco es lo que puede decirse del sistema defensivo del poblado, porque tan sólo se ven en superficie algunas acumulaciones de derrumbes en los alrededores del cerro. Es posible que la piedra que se utilizó al realizar el dique de contención del embalse de los Molinos de Cabra, que está junto al yacimiento, se sacara de las fortificaciones. Así se explicaría la ingente cantidad de piedra pequeña empleada en el dique, idéntica a las

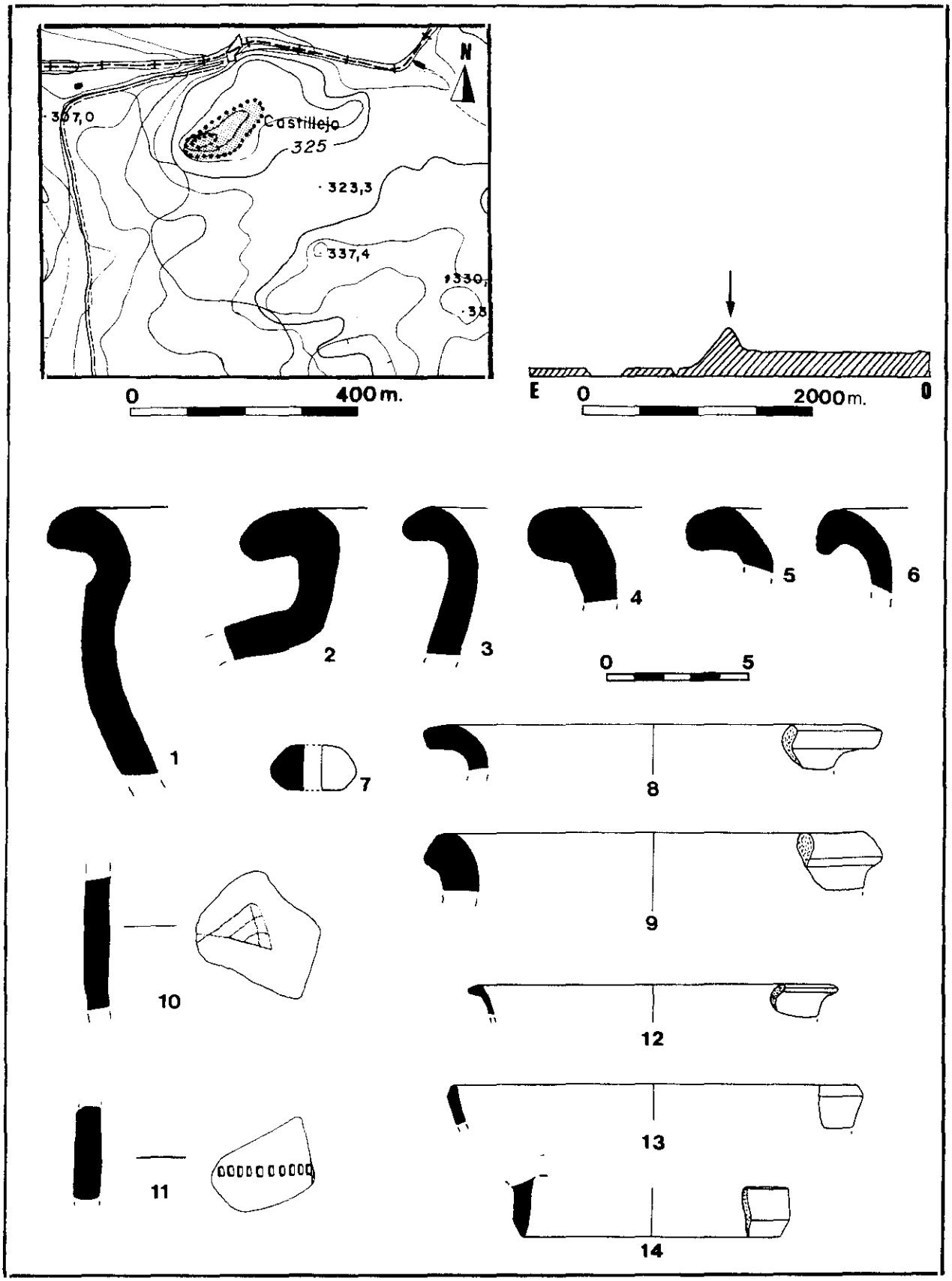


Fig. 49.- Castillejo de Villa del Rey y cerámicas procedentes de allí: oxidantes (1-11), sigillatas (12-14).

que todavía se conserva en el poblado, dadas las facilidades de su obtención al pie de la obra.

El trazado de la muralla se adapta a las características del relieve, envolviendo una superficie de 1,5 Ha. cuyo eje longitudinal tiene una orientación SW-NE. También aquí los afloramientos graníticos se aprovechan para embutirlos en el muro, ahorrando trabajo en la construcción.

El recinto exterior de la muralla sólo ha conservado algunos bloques de la primera hilada, construida con grandes piedras, sin apenas trabajar, que permanecen todavía alineados. Ello nos permite observar que el arranque se construyó con piedras de mayor tamaño que el resto del muro, lógicamente para asegurar su solidez, pues las piedras de los derrumbes son pequeñas y medianas.

El flanco Sur se dotó de un sistema defensivo más potente que el resto. Se observan aquí dos líneas de acumulación de derrumbes, muy mal conservadas al tratarse de una zona que se ha estado labrando hasta fechas recientes. A pesar de ello, todavía en algunos puntos la anchura de la muralla alcanza 3.10 m.

En la línea exterior, existen restos de una puerta de acceso construida haciendo girar bruscamente la muralla hacia el interior del poblado, dibujando un codo curvo, cuya anchura es de 3 m. No sabemos como cerraría, pues no se conserva el otro lado; sólo se puede indicar que hay dos bloques cuadrangulares alineados que podrían haber pertenecido a él, en cuyo caso la anchura de la puerta sería de 2.80 m.

La zona mejor conservada es el recinto de la acrópolis que rodea la parte alta del cerro. Permanecen en pie cuatro hiladas formadas por bloques de gran tamaño, alguno de los cuales alcanza los 65 cm. de ancho por 20 cm. de altura. Solo está visible la cara exterior de este muro, sensiblemente ataludado, del que se conservan unos 65 cm. de su alzado original.

En el interior del recinto se distinguen restos de muros de piedra de trazado rectangular. El que mejor se aprecia es uno construido muy cerca de la muralla de la acrópolis. Aflora en superficie la esquina y uno de los lados de un muro de dirección Este-Oeste, cuya anchura máxima es de 67 cm., construido con piedras de mediano tamaño en las caras exteriores y otras más pequeñas en el relleno interior de idénticas características a los que se han encontrado en yacimientos similares (Esteban y Salas,

1988: 138). Se trata del zócalo de piedra de una edificación posiblemente levantada con adobes, pues existen abundantes fragmentos de ellos en el derrumbe.

En la zona amesetada del cerro, al exterior de la acrópolis, también afloran restos de estructuras de piedra construidas allí aprovechando que esa planicie está más libre de afloramientos rocosos. Destaca una estructura rectangular de 3.10 m de ancho y 1.80 m. de longitud conservada en superficie, pero sin vestigios del cierre. Su construcción es menos cuidada que la estructura anterior, porque sus muretes están aparejados con una sola línea de piedras con la cara trabajada al exterior. Sí parece cuidada, en cambio, la elección del emplazamiento pues la habitación se sitúa entre dos afloramientos de granito en los que se apoyan los muretes.

Las cerámicas aparecidas en superficie están en su mayoría fabricadas a torno, aunque algunos pocos fragmentos pertenecen a recipientes hechos a mano. La cerámica a torno tiene las pastas depuradas, aunque en algunas continúa siendo abundante el número de dasgrasantes. Los tonos son rojos y anaranjados resultado de cocciones oxidantes. El material recogido nos ilustra muy poco sobre los tipos de los recipientes; tan sólo conocemos las formas de los bordes, todos exvasados o vueltos, tanto de grandes vasijas como de ollitas más pequeñas (Fig. 49). Las decoraciones se limitan a un motivo realizado con una incisión muy superficial y un sencillo estampillado a base de diminutos rectángulos.

Un grupo diferente lo constituye la cerámica romana, de la que se han recogido un galbo y un borde de paredes finas y dos pequeños bordes y un pie de Terra Sigillata subgálica (Fig. 49, 12-14).

61.-El Castillejo de Gutiérrez (Alcántara). (39° 34' 20'' N. y 6° 58' 15'' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Poblado situado sobre el cerro del Pico del Aguila, bien protegido en casi todos sus flancos por el regato del Castillejo y el río Jumadiel que confluyen a los pies del cerro dibujando un profundo espigón fluvial. Los dos cursos de aguas discurren muy encajonados resultando ser auténticos fosos naturales que aíslan al cerro de su entorno salvo por una estrecha zona que sirve para acceder más cómodamente al castro.

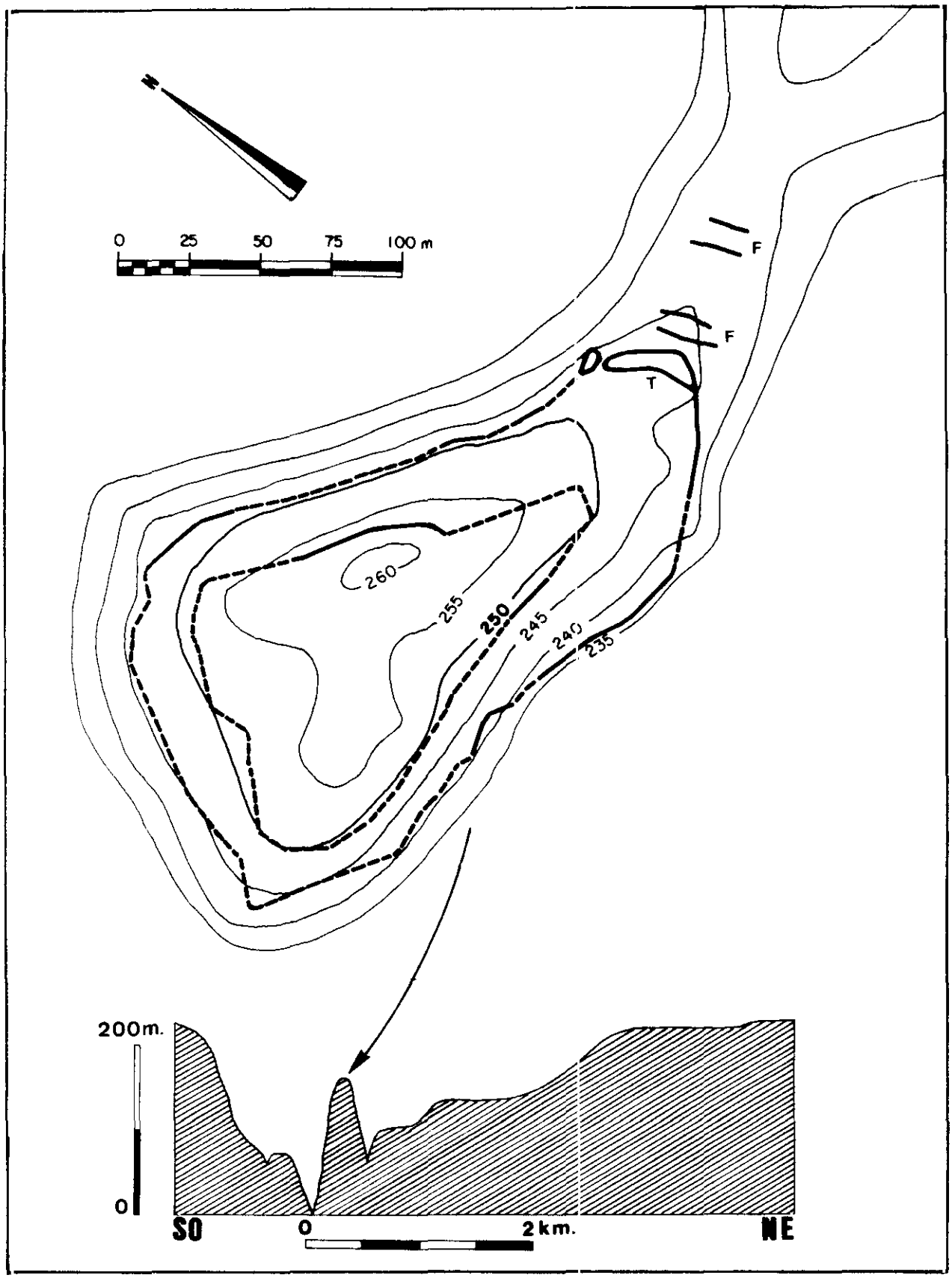


Fig. 50.- Levantamiento topográfico de las murallas del Castillejo de Gutiérrez. T = Torreón F = Fosos.

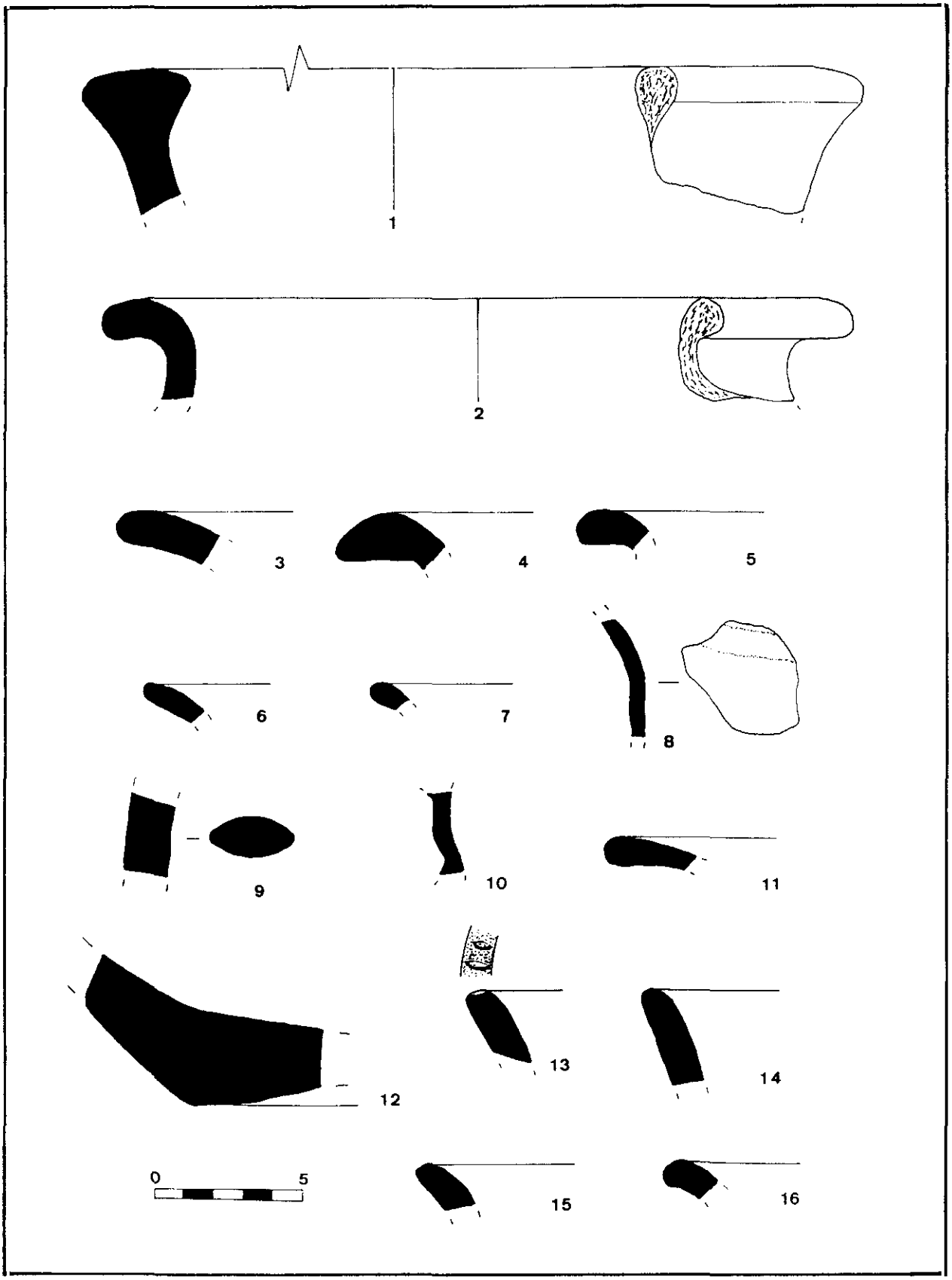


Fig. 51.- Cerámicas del Castillejo de Gutiérrez. A torno (1-9), sigillatas (10-11) y a mano (12-16).

Dos recintos de muralla concéntricos rodean al yacimiento, encerrando una superficie 2,11 Ha. (Fig. 50). Está construida con lajas de pizarra unidas con barro, utilizando la materia prima que proporciona el entorno.

La puerta principal para acceder al poblado se sitúa en el lado Este, la única que no está rodeada por los ríos. Está protegida por dos potentes bastiones construidos ensanchando la muralla; el bastión principal tiene forma ligeramente acodada para adaptarse mejor al terreno, comose observa en el levantamiento topográfico (Fig. 50), construidos por entero con lajas de pizarras acuñadas por otras más pequeñas y unidas con barro. Delante de este paramento se abrieron dos fosos. El primero de ellos tiene aproximadamente 4 m. de anchura y el segundo, situado justo delante del paramento de muralla, no supera los 2.65 m., aunque al estar semicubiertos por la vegetación y los sedimentos, es imposible conocer con exactitud las dimensiones originales de profundidad y anchura sin antes excavarlos.

La presencia de estos dos fosos en el istmo, garantizando el aislamiento total del cerro, pone en contacto al poblado con la tradición de sistemas de defensa complementarios típicos de la Meseta (Martín Valls, 1987; Romero, 1991) que también se han observado en algunos castros de la provincia de Cáceres, como es el caso de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: fig. 3) y La Coraja (Redondo et alii, 1991).

La muralla en ningún punto ha conservado más de un metro de su alzado original, suficiente para mostrar que los lienzos externos están ataludados. No se ha buscado la regularidad de las hiladas de piedras, empleándose lajas de diverso tamaño en la construcción sin cuidar el desbastado; sí se aprecia, en cambio, una cuidada disposición de los bloques de mayor tamaño a modo de tizones, apoyados en otros colocados en forma de soga, para garantizar una buena trabazón de las piedras.

El material de superficie está compuesto por cerámicas a mano y a torno. Al primer grupo pertenecen aquellas de aspecto más tosco, con pastas poco decantadas de tonos obscuros de las que sólo conocemos los bordes simples o ligeramente exvasados, sin diferenciar de las paredes casi rectas (Fig. 51, 13-16). La única decoración que presentan es la de ungulaciones en el borde.

Las cerámicas a torno son el grupo más numeroso. Las pastas continúan estando poco decantadas, aunque el número de desgrasantes es menor y las paredes son menos

gruesas; los tonos de estas cerámicas oscilan entre los rojizos y los anaranjados, conseguidos mediante cocciones oxidantes. Los pocos fragmentos recogidos con formas significativas son suficientes, no obstante, para acreditar una mayor variedad en los tipos de recipientes (Fig. 51, 1-7).

Por último, existe un grupo de cerámica de cronología muy posterior, entre las que destacan las sigillatas tardías, fechables a partir del siglo IV d. C. (Fig. 51, 10-11), que testimonian una reocupación del yacimiento en el Bajo Imperio, época a la que deben pertenecer las tégulas e ímbrices que aparecen en superficie. En cambio, no han aparecido cerámicas romanas encuadrables a fines de la República o el Alto Imperio.

21.- El Cofre (Valencia de Alcántara). (39° 34' 30'' N. y 7° 27' 30'' W. Greenwich. Hoja 676 I.G.N.).

Castro situado sobre un cerro de perfil triangular, al que ya hicimos alusión por haber estado ocupado durante el Bronce Final. Está rodeado por un meandro de la Rivera Aurela que le proporciona buenas defensas naturales por tres de sus lados, siendo más fácil acceder a él por el flanco Oeste, desde donde se aprecia mejor el perfil cónico del cerro destacando sobre el entorno (Fig. 52,1). Esta situación le permite divisar un amplio territorio semiaplanado de vocación agrícola, aunque hoy se dedique prácticamente a la obtención de pastos. Ya hicimos alusión a este sitio al hablar de los poblados ocupados durante el Bronce Final, aunque volvemos a insistir en que las únicas evidencias de esa época son algunos fragmentos cerámicos aparecidos en superficie.

El poblado está totalmente rodeado por una muralla que encierra una superficie aproximada de 1.3 Ha. Está construida con bloques de cuarcita sin desbastar unidos con tierra, con el paramento exterior ligeramente ataludado. El flanco Norte, el más abrupto, es el que mejor se conserva; allí los afloramientos de cuarcitas han sido regularizados, alisándoles la cara, para embutirlos en la muralla. En otros puntos, la roca fue utilizada como cimentación. No conocemos la anchura de los lienzos, pero en la parte Sur todo el armazón de piedras de la muralla ha quedado al descubierto al abrir los animales multitud de galerías para madrigueras y se observa que la anchura originaria debió ser de, al menos, 2.50 m.

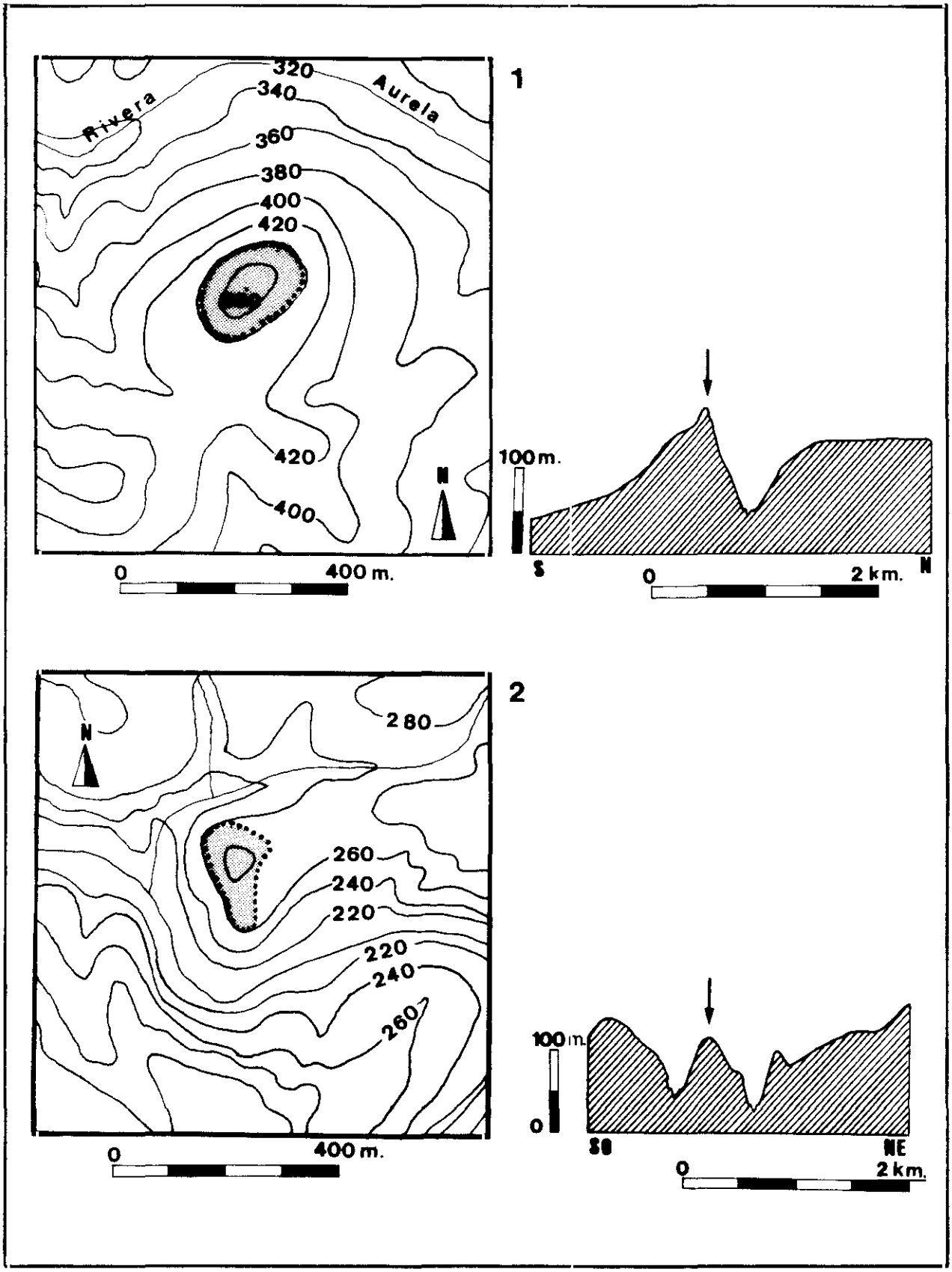


Fig. 52.- Croquis de los castros de El Cofre (1) y El Alburrel (2).

La cerámica es relativamente abundante en superficie, fabricada generalmente a torno, de cocciones oxidantes, con formas globulares rematadas en bordes vueltos característicos del Hierro Pleno. De época posterior es un fragmento de Terra Sigillata Hispánica Tardía que testimonia que el poblado se reocupó durante el Bajo Imperio.

62.- El Alburrel (Valencia de Alcántara). (39° 32' 10'' N. y 7° 18' 30'' W. Greenwich. Hoja 675 I.G.N.).

Poblado fortificado que se sitúa junto a un meandro del río Alburrel, en un punto donde confluye un pequeño regato que forma un espigón fluvial que reúne unas buenas condiciones de defensa natural gracias a las fuertes pendientes de las laderas hacia los ríos (Fig. 52,2). Como consecuencia del encajonamiento en la cubeta del río, el campo visual que se ejerce desde el poblado se limita a su entorno más inmediato.

Conserva en pie casi todo el perímetro de amurallado, que encierra una superficie aproximada de 1,2 Ha. La muralla se construyó en talud, a base de lajas de pizarras unidas con barro, pero desconocemos su ancho porque sólo se observa la cara externa. Como es habitual en este tipo de emplazamientos, las defensas más sólidas se construyeron en el único tramo donde el poblado no cuenta con la protección de los cortados al río. Allí sí se constata que la muralla tiene cara trabajada al interior y exterior, alcanzado los 5 m. de ancho, con la finalidad de que sirvieran de bastiones. En el extremo SE. de ese bastión se abre una puerta en esviaje de 3,50 m. de ancho, abierta justo sobre el cortado del cerro hacia el río Alburrel. Con ello se consigue tener más controlado el acceso, al conducirlo por un pasillo que tiene a un lado la fuerte pendiente y al otro la muralla.

Delante se levantó un gran terraplén de tierra y piedras, trazado en forma de codo, que luego se une a la muralla formado un pequeño recinto. Este terraplén se encuentra a una cota 20 m. inferior, lo que permite defender mejor ese lado de suave ladera y, en segundo lugar, el escalonamiento acentúa el aspecto de fortaleza del poblado.

En superficie se han recogido algunos fragmentos de cerámicas a mano, rematadas en bordes simples redondeados; pero la mayoría son cerámicas a torno, con pastas

anaranjadas, de paredes gruesas y, más excepcionalmente, fragmentos de paredes finas muy bien decantadas.

63.- Los Castelos (Herrera de Alcántara). (39° 34' 30'' N. y 7° 27' 30'' W. Greenwich. Hoja 675 I.G.N.).

Castro situado en la desembocadura del regato Aguas Blancas en el Sever, ocupando una península sólo accesible por el lado Sur. El poblado se rodeó en todo su perímetro por una muralla que refuerza las ya de por sí buenas defensas naturales de este emplazamiento (Fig. 53). Sin embargo, la cota en la que se encuentra el cerro es tan sólo de 220 m., estando todos los cerros que lo rodean por encima de los 230 m., por lo que desde el poblado tan sólo se divisa la cuenca de los dos ríos; a cambio, tiene la ventaja de estar camuflado en el paisaje y pasar desapercibido hasta que no se llega muy cerca de él.

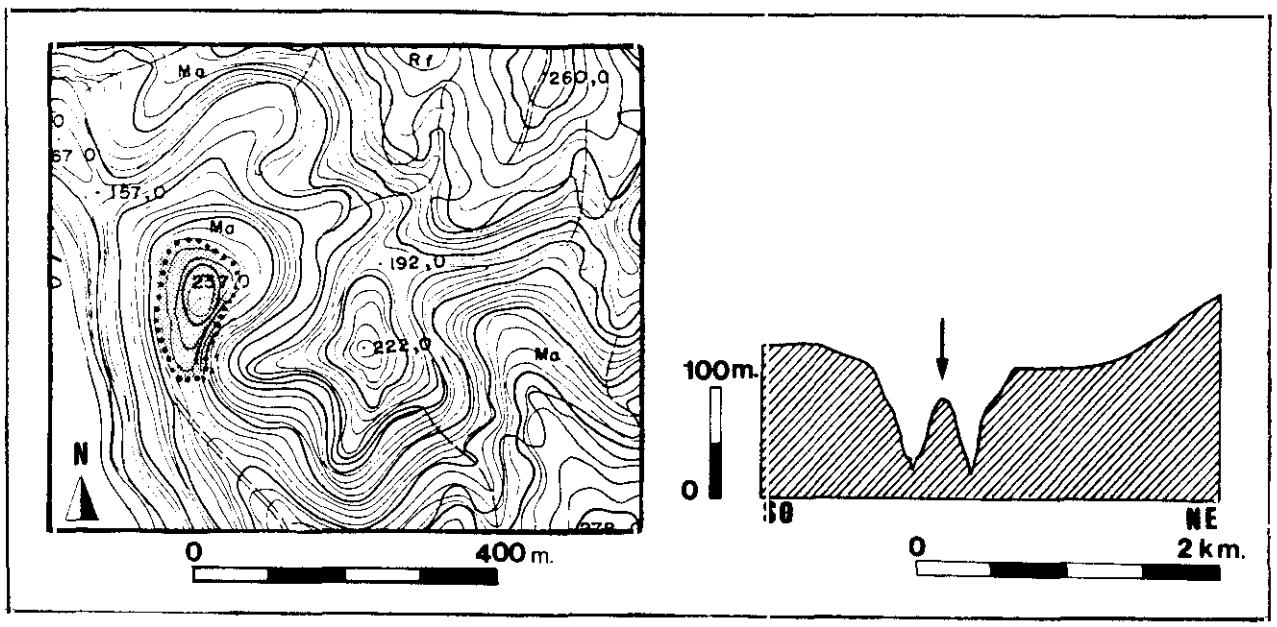


Fig. 53.- Situación y emplazamiento del castro de Los Castelos.

La muralla no se conserva bien, pero aún se puede reconocer cuál fue su trazado; está levantada con lajas de pizarras unidas con barro, apoyándose sobre los afloramientos para cimentarse. Las construcciones más cuidadas son las del lado Sur, donde aparece un gran bastión, totalmente derruido, levantado en la zona central del istmo que une el

poblado con el exterior. A sus dos lados tan sólo queda una estrecha franja de terreno al borde de la abrupta pendiente hacia el río, con lo que se consigue crear unos "pasillos" por donde se entra al interior del yacimiento. Allí se situarían las puertas, bien protegidas por la muralla y la escarpada ladera.

El resto de la construcción está peor conservado ya que apenas queda en pie algún paramento, salvo la parte más alta del cerro, rodeada totalmente por un recinto que forma una acrópolis.

El material de superficie recogido se reduce a fragmentos de grandes recipientes fabricados a torno, de tonos marrones y anaranjados, con pastas decantadas aunque con numerosos desgrasantes, sin que aparecieran fragmentos con formas significativas. El único objeto metálico que hemos podido recoger en superficie es un cincel de hierro.

64.- Castelo de Vidago o Vidais (Beria, Portugal).(39° 26' 50''N. y 7° 18'30'' W. Greenwich. Hoja 701 I.G.N.).

Pequeño poblado situado sobre un promontorio granítico, a 1 km. de la orilla izquierda del río Sever que delimita la frontera entre España y Portugal. El emplazamiento no es el habitual de los castros extremeños, pues se ha elegido una pequeña elevación sobre la llanura, sin defensas naturales. Está defendido con una muralla de bloques de granito y lajas de pizarras, con las caras rectas, construida sobre los bloques de granito que le sirven de cimentación, rodeando una superficie aproximada de 0.2 Ha.

En la parte más alta se han realizado remociones de tierra que han dejado al descubierto algunos muretes rectos, posiblemente de viviendas; en esa zona era abundante la cerámica, prácticamente toda realizada a torno y en su mayoría perteneciente a grandes vasijas de almacenaje rematadas en bordes vueltos.

De las excavaciones realizadas en este poblado por el Dr. J. Oliveira [2] procede un conjunto de cerámicas depositadas en el Museo de Marvao. Entre ellas destacan

[2] Agradecemos a D. J. Oliveira la gentileza de permitirnos citarlas a pesar de estar todavía inéditas.

especialmente platos de color gris con pie alto y vasitos grises de forma cónica fabricados todos a mano; sin embargo, la mayor parte de la cerámica está hecha a torno, destacando las grandes vasijas de almacenaje con bordes vueltos y las cerámicas decoradas con rosetas estampilladas. La pieza más significativa del conjunto es un fragmento de Campaniense B, que pertenece al pie de un vaso de la forma 3 de Morel (1981), similar a otro aparecido en Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1993, fig. 4,2) y otros de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: lám. 43, 513).

Dos conclusiones queremos extraer de este tipo de poblados: primero, que a medida que nos alejamos de la cuenca extremeña del Tajo varía el tipo de poblado fortificado y, en segundo lugar, que a pesar de ello existen fuertes semejanzas entre la cerámica de unos y otros.

65.- Alto do Corregidor (Beira, Portugal). (39° 27'10''N.y 7° 23'30''W.Greenwich. Hoja 701 I.G.N.).

Poblado fortificado que se sitúa a unos 5 km. del yacimiento anterior, aunque no existe intervisibilidad entre ellos. El tipo de emplazamiento es similar, pues se escogió un cerro suavemente elevado sobre la llanura, con afloramientos rocosos en la parte superior, pero de fácil acceso. Se rodeó con una muralla de paramentos rectos, construida con pequeñas piedras y cimentada sobre las rocas; consta de un recinto único que envuelve una superficie inferior a 0.5 Ha.

El material de superficie lo forman abundantes fragmentos de cerámicas a torno, en su mayoría de aspecto tosco, pertenecientes a grandes vasijas de almacén. No queremos pasar por alto la información que recogimos sobre el terreno de informantes locales que nos dijeron que de allí procedían varios denarios republicanos, sin que podamos precisar más esos datos.

66.- El Jardinero (Valencia de Alcántara). (39° 23' N. y 7° 10' 30''W.Greenwich. Hoja 702 I.G.N.).

Castro situado en uno de los extremos del gran batolito granítio de Valencia de

Alcántara, sobre una pequeña elevación situada en las inmediaciones del km. 6 de la carretera que une Valencia con San Vicente de Alcántara.

El cerro sobre el que se asienta consta de una plataforma amesetada que se alza unos 20 m. sobre la llanura. El poblado está sobre la meseta, rodeado por laderas suaves en casi todos los flancos que no le proporcionan una buena defensa natural. La ventaja de este enclave es que está rodeado por unas tierras de suelos profundos de vocación agrícola altamente productivas, por lo que resulta un emplazamiento atípico en el conjunto de los castros de la cuenca del Tajo, similar a otros que se sitúan en las tierras próximas a la cuenca del Guadiana como Madrigalejo o Los Castellanos. Desde él se divisa una extensa superficie que se extiende hacia la cuenca del Guadiana, hacia el Sur, y la Sierra de S. Pedro, hacia el Norte.

El poblado se rodeó de una muralla construida con bloques de granito, hoy casi cubierta por los sedimentos y la vegetación. Las excavaciones realizadas en el yacimiento desde comienzo de los años 80, dirigidas por los Drs. P. Bueno y R. Balbín, han sacado a la luz varios tramos construidos con diferentes técnicas. En algunos puntos la anchura oscila entre los 5-6 m. porque en ellos aparecen superpuestos varios lienzos de entre 1,5 y 2 m. de anchura (Bueno et alii, 1988: 98), aunque en otros puntos que se conservan al descubierto hemos observado un sólo lienzo que no superaba los 2.5 m.. Unos tramos están construidos con piedras de granito y pizarra de forma y tamaño irregulares cimentados sobre los afloramientos de la roca; otros se levantan con sillares bien escuadrados en los paramentos externos, unidos con otras piedrecillas o lajas de pizarra y el interior se rellenó con piedras más pequeñas (Ibidem). Esas diferencias constructivas podrían deberse a que las obras se llevaron a cabo en distintas épocas, quizás para reparar los tramos en mal estado o para reforzarla en los puntos donde fuera preciso, como apuntan sus excavadores, dato muy interesante para constatar la larga vida de estos sistemas defensivos.

Sin embargo, carecemos de cualquier dato que ayude a fecharla puesto que la muralla está cimentada directamente sobre la roca madre o sobre una potente capa estéril (Bueno et alii, 1988: 91), lo que impide conocer la fecha de su construcción. El único material arqueológico relacionado con ella proviene de las casas adosadas a la cara interna de la muralla, sacadas en el Corte MAI, que pudieron ser coetáneas o posteriores

a la edificación de las defensas. En cualquier caso, el material localizado tampoco es significativo para la datación pues se reduce a varios útiles de labranza de hierro, entre ellos 1 podón, 1 horquilla de cinco puntas de enmangue tubular, 1 martillo, 1 pieza plana fusiforme y 3 hoces de diferente tamaño, además de 1 puente de navecilla de fíbula anular hispánica, cuya amplia cronología no ayuda a fechar el conjunto. Sí se puede señalar que las casas adosadas a la muralla no debieron construirse en la primera fase de ocupación del castro porque en ellas se reutilizaron fragmentos de molinos.

Casas adosadas a la muralla se intuyen en otros castros extremeños, como el Castillejo de la Orden o el del Santiago del Campo, pero en ningún caso se habían excavado por completo. Las del Jardinero son de planta rectangular, construidas con zócalos de piedras de unos 60 cm. de ancho. En el interior se han documentado hogares que pueden ser exentos o estar adosados a una pared; son de forma rectangular y están delimitados por lajas de pizarra colocadas verticalmente o con piedrecillas alineadas (Bueno et alii, 1988: 98).

La cerámica recogida en las excavaciones está fabricada mayoritariamente a torno, documentándose grandes vasijas globulares con bordes exvasados junto a recipientes más pequeños de tipología similar. Las decoraciones varían según el tamaño de los recipientes; en los grandes aparecen motivos acanalados de líneas paralelas con ondas intercaladas; los más pequeños se decoran con motivos estampillados circulares, con cruces o aspas inscritas, o con grandes palmetas colocadas horizontalmente. Los motivos plásticos se reducen a algún mamelón o cordones bajo el borde. La decoración pintada tan sólo representa un 0,04 % pues de los 8728 fragmentos recuperados en la excavación únicamente 4 llevaban pintados filetes horizontales o semicírculos rojos (Cabello, 1991-92: 106), dato muy interesante para contrastarlo con el alto porcentaje de pintadas que aparecen en los castros del otro extremo de la cuenca como La Coraja o Villasviejas del Tamuja.

La cerámica a mano es minoritaria y de mala calidad, realizándose únicamente pequeñas vasijas. Las decoraciones asociadas a ellas son las incisiones en el borde o haces verticales en el cuello y las impresiones de ovas en los pequeños recipientes (Bueno et alii, 1988: 95).

Los pocos datos conocidos de este yacimiento son insuficientes para datar el

período de ocupación, al menos sin conocer la publicación definitiva de los resultados en una memoria. Los autores señalan que no han aparecido materiales romanos salvo una fíbula de omega hallada en superficie, lo cual parece indicar un abandono antes del siglo I a. C.

Sí resulta interesante el documentar en el mismo emplazamiento un nivel Calcolítico infrapuesto, que también aparece en otros poblados de la región como el Castillejo de Santiago del Campo, Castrejón de Plasenzuela (González et alii, 1991: 17) o de Badajoz como los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández et alii, 1988), superposición que de no documentarse explícitamente puede generar problemas de adscripción de las cerámicas poco significativas.

67.- Cerro de la Mina (Valencia de Alcántara). (39° 22' 50'' N. y 7° 10' 20'' W. Greenwich. Hoja 702 I.G.N.).

Poblado situado a unos 500 m. hacia el Sureste del castro del Jardinero, sobre un cerrete de similares características ya que forma parte del mismo batolito granítico.

En la parte alta del cerro aparece abundante cerámica que procede de unos cortes abiertos con una máquina para realizar un camino. En el perfil que dejaron se observan muros de posibles viviendas, construidos con granito y pizarra; junto a ellos se concentran los fragmentos de grandes recipientes cerámicos, rematados en bordes vueltos y algunos decorados con acanaladuras semejantes a las del Jardinero.

No se observa una verdadera muralla protegiendo al poblado, aunque existen algunas acumulaciones de piedras cerrando huecos entre los afloramientos graníticos quizás para reforzar en algunos puntos la defensa natural que le proporcionan las laderas.

En el Museo Provincial de Cáceres existe un pequeño lote de materiales metálicos formado por unos pocos fragmentos de bronce, nada significativos; destaca un puente de fíbula de un tipo similar al que se documenta en el campamento de Cáceres el Viejo **, una aguja de fíbula, dos fragmentos de barras de bronce, un botón con apéndice inferior perforado, una concha de bronce y la mitad de una moneda de bronce totalmente ilegible. Todo él se puede adscribir a un momento muy avanzado que debe encuadrarse

hacia el siglo I a. C., posiblemente coincidiendo su creación con el abandono del castro del Jardinero.

68.- El Torrejón (Valencia de Alcántara). (39° 19'58''N.y 7° 04'48''W. de Greenwich. Hoja 727 I.G.N.).

Poblado situado sobre un cerro de relieve suave, con laderas poco pronunciadas, pero cuya altura (491 m.) destaca sobre el resto del paisaje, que se encuentra en la cota de los 400-420 m. Tiene un fácil acceso desde la carretera N-530, a la altura del km. 16.5, pues el yacimiento está a unos 300 m. hacia el Este.

Hemos podido reconocer dos yacimientos casi juntos: uno se encuentra en el cerro donde está el vértice geodésico, donde aparecen en la vertiente Sur del cerro, a media ladera, restos de una construcción levantada con bloques de cuarcita bien aparejado. Está prácticamente cubierta por sedimientos de tierra y los densos matrorrales, por lo que sólo se entreveen algunos sillares. No rodea al cerro, por lo que no es una muralla sino una edificación de tipo fortín casi arrasado.

En el cerro que está junto a él existe un asentamiento protegido por una muralla construida por un talud de tierra. Las piedras son muy escasas, aunque algunas que todavía quedan dispersa pueden indicar que también se utilizaron, al menos en la cara externa.

La existencia de estos dos yacimientos tan cercanos, aunque diferentes, permiten pensar que existió un poblado donde se conservan las murallas de tierra que sería posteriormente sustituido por un enclave defensivo quizás ya en relación con los intereses de Roma.

El material de superficie testimonia una ocupación en época prerromana, a la que pertenecen las cerámicas amarronadas y las formas globulares de borde vuelto documentadas. Otro grupo diferente lo constituyen las cerámicas de tonos naranjas y superficie rugosa, que en ocasiones presentan un engobe marrón en la cara exterior de cronología muy posterior que hay que relacionar con los fragmentos de tejas que también aparecen en superficie.

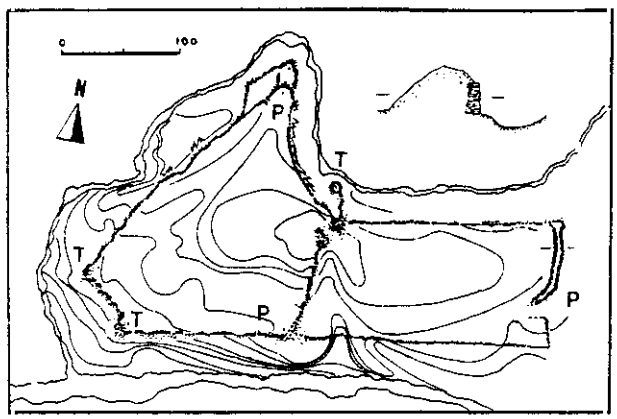
69.-Castillejo de Sansueña (Cáceres). (39° 27' 50'' N. y 6° 41' W. Greenwich. Hoja 703 I.G.N.).

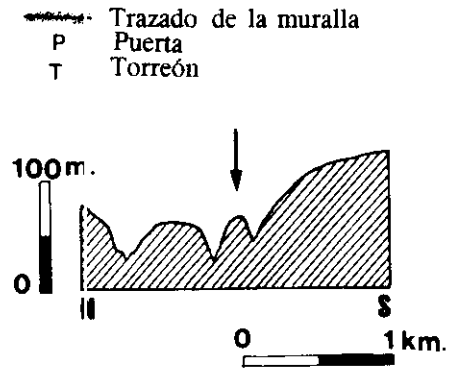
Castro situado en la margen derecha del río Salor, aprovechando un espigón fluvial que origina el Arroyo Sansueña al desembocar en el río. Su emplazamiento no destaca en el paisaje que lo rodea, pues se ha elegido un cerrito encajonado en la cubeta del Salor (Fig. 54). Ello determina que la zona que se divisa desde él sea el cauce del río y los terrenos más cercanos, teniendo de fondo la Sierra del Aljibe (Aliseda), donde existe otro castro que inicia su ocupación en el Hierro Inicial pero llegaría a ser contemporáneo del de Sansueña.

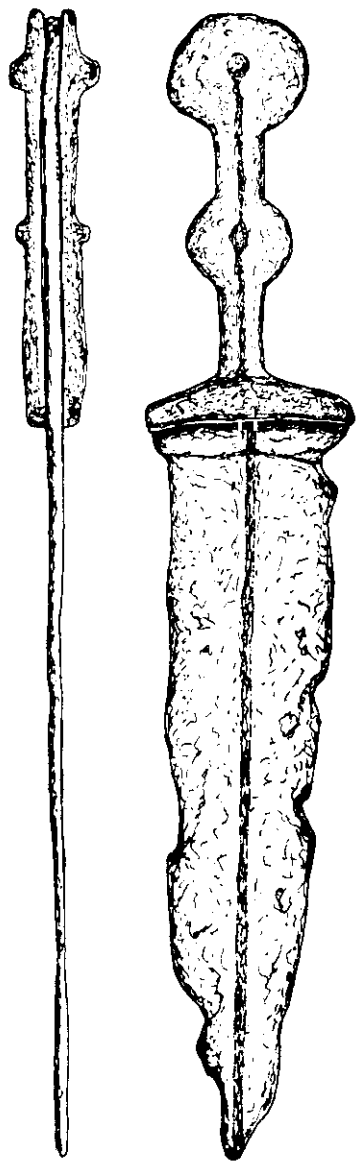
A pesar de estar rodeado por cursos de agua en casi todos sus flancos, las laderas no son excesivamente abruptas y el acceso al poblado no resulta difícil. Quizá por ello se protegió con una potente construcción defensiva que ha estudiado Sánchez Abal (1977).

El poblado consta de dos recintos de muralla, uno adosado al otro. Tienen la peculiaridad de estar trazados con lienzos prácticamente rectos que giran formando ángulos pronunciados en lugar de ir amoldándose a la topografía del cerro. Uno de los recintos es de forma poligonal y rodea la parte más alta del cerro; los tres puntos principales donde la muralla gira se reforzaron con torreones trabados a la muralla. Tan sólo en la zona Norte del castro, justo donde se unen los dos recintos, se construyó un torreón circular despegado de la muralla unos 25 m. y unido a ella mediante un lienzo recto. El otro recinto dibuja una forma rectangular y se conserva mucho peor, sobre todo donde los tajos hacia el río son más verticales y las piedras se han deslizado; sin embargo, está protegido en la zona de acceso por un foso y un potente bastión que defiende la puerta principal (Fig. 54).

Existen, además, otras tres puertas. Una se abre en el lienzo que separa a los dos recintos y su misión es comunicarlos. Las otras dos están abiertas en el recinto poligonal para facilitar bajar al río sin tener que ir hasta la puerta principal. De estas dos, la que abre al Norte es una simple interrupción de la muralla para abrir una portezuela de 1.25 m. de ancho y 1.80 de largo, sin ninguna protección destacada y desde donde se baja cómodamente al río. Lo más destacado es la forma de rampa, rebajada en la roca.







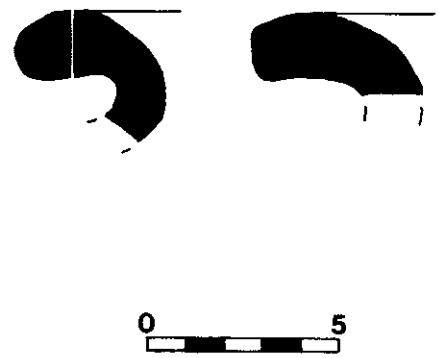






Fig. 54.- Planta y emplazamiento del castro de Sansueña (según Sánchez Abal, 1997, modificado) y materiales que proceden de allí.

La puerta Sur está peor conservada aunque es mayor que la anterior, pues tiene un vano de 2.25 m.

Por lo que se refiere a la técnica de construcción, los lienzos son prácticamente rectos, con una suave inclinación pero no ataludados. Un corte abierto en el tramo Este permite observar que el interior se construyó con lajas de pizarra colocadas horizontalmente; destaca la existencia de numerosos bloques de granito traídos desde lejos para dar consistencia a la obra, pues los afloramientos más cercanos están a 2.5 km. del yacimiento. En el tramo Sur se observa cara al interior y exterior, con 4 m. de anchura. Este engrosamiento de los muros, doble que en el sector Norte, coincide con la zona donde los escarpes naturales son menos abruptos.

Restos de viviendas aparecen amontonados por toda la superficie del poblado, incluso una de ellas ha sido sacada totalmente a la luz por lo que podemos saber que tiene planta rectangular; mide 13.10 m. de largo y está dividida en dos estancias separadas por un muro de 80 cm. de ancho; una de las estancias mide 6.10 y la otra 6.20 de largo. El muro exterior es de 1.05 m. de ancho y conserva una altura máxima de 1.20 m. en algunos puntos, realizado con un buen aparejo de pizarras perfectamente trabadas. Junto a la casa han aparecido abundantes tégulas e ímbrices. En otros puntos también son visibles estructuras formadas por dos estancias y por toda la superficie del poblado son muy numerosos los molinos circulares de granito, aunque también se han documentado 2 barquiformes. En algunos cortes abiertos en el terreno se ven grandes fragmentos de adobes, algunos de forma rectangular, con improntas vegetales, que debieron formar parte del alzado de las casas.

El conjunto de cerámicas recogidas en superficie lo forman fragmentos a torno, cocidos en atmósferas oxidantes; son numerosas las paredes gruesas de grandes recipientes de almacenaje, a las que corresponden grandes bordes exvasados; también aparecen fragmentos de pastas muy cuidadas y paredes finas de color naranja (Fig. 54, 2-8).

El único elemento metálico procedente de éste poblado es un puñal biglobular de hierro que se conserva en el Museo Provincial de Cáceres (Núm. de inv. 5730) (Fig. 54, 1). Mide 30,3 cm. de longitud y 5.4 cm. de anchura máxima en la guarda. Está fabricado con un alma de hierro que forma la hoja y se prolonga bajo la empuñadura, forrada en

esa zona por finas láminas de bronce. Esta zona se protege colocando sobre ella las cachas biglobulares que le dan la forma característica a este tipo de arma.

Puñales de este tipo se documentan también en un contexto funerario en la necrópolis del Romazal de Villasviejas del Tamuja (Botija), fechada en los siglos III-II a. C. (Hernández, 1991: 263 y 266). Más alejados los encontramos en el poblado del Raso, donde han aparecido 5 ejemplares dentro de las viviendas, que se diferencian del de Sanueña porque estos llevaban madera entre las cachas, situándose su cronología en los s. II y primera mitad del I a. C (Fernández, 1986: 452 y 520).

A falta de otros indicadores más precisos, este arma nos da un elemento de cronología relativa en torno al siglo II a. C. para el poblado. Las tegulas parecen indicar que su ocupación debió continuar en época romana pero no podemos establecer en qué momento se abandonó.

43.- El Aljibe (Aliseda). (39° 25'N. 6° 42' 10'' W. Greenwich. Hoja 703 I.G.N.).

De este castro situado en la parte más alta de la sierra del Aljibe ya habíamos hablado al estudiar el poblamiento del Hierro Inicial, época a la que se remonta su primera ocupación. Sin embargo, tenemos que volver a detenernos en él porque prolongó su ocupación durante el Hierro Pleno, quizás debido a la importancia estratégica de este enclave.

La muralla que actualmente se observa (Fig. 55) debió levantarse durante esta época más reciente, dato que corroboran las características de su construcción. A diferencia de las murallas del Hierro Inicial, la de este poblado rodea por completo al asentamiento incluso donde los crestones cuarcíticos son una pared natural que la haría innecesaria. Todo el flanco Sur del castro está delimitado por esos crestones que se reforzaron construyendo un lienzo de muralla adosado a ellos en la cara que da al interior del poblado. Así se cubrieron todos los huecos entre los picos y no se dejaba ningún tramo supeditado a la defensa natural, marcando una importante diferencia respecto a las murallas típicas de la fase anterior (Fig. 55).

El sistema defensivo de este castro cuenta con una pequeña acrópolis construida sobre una plataforma más alta que el resto del poblado y otro gran recinto adosado a la

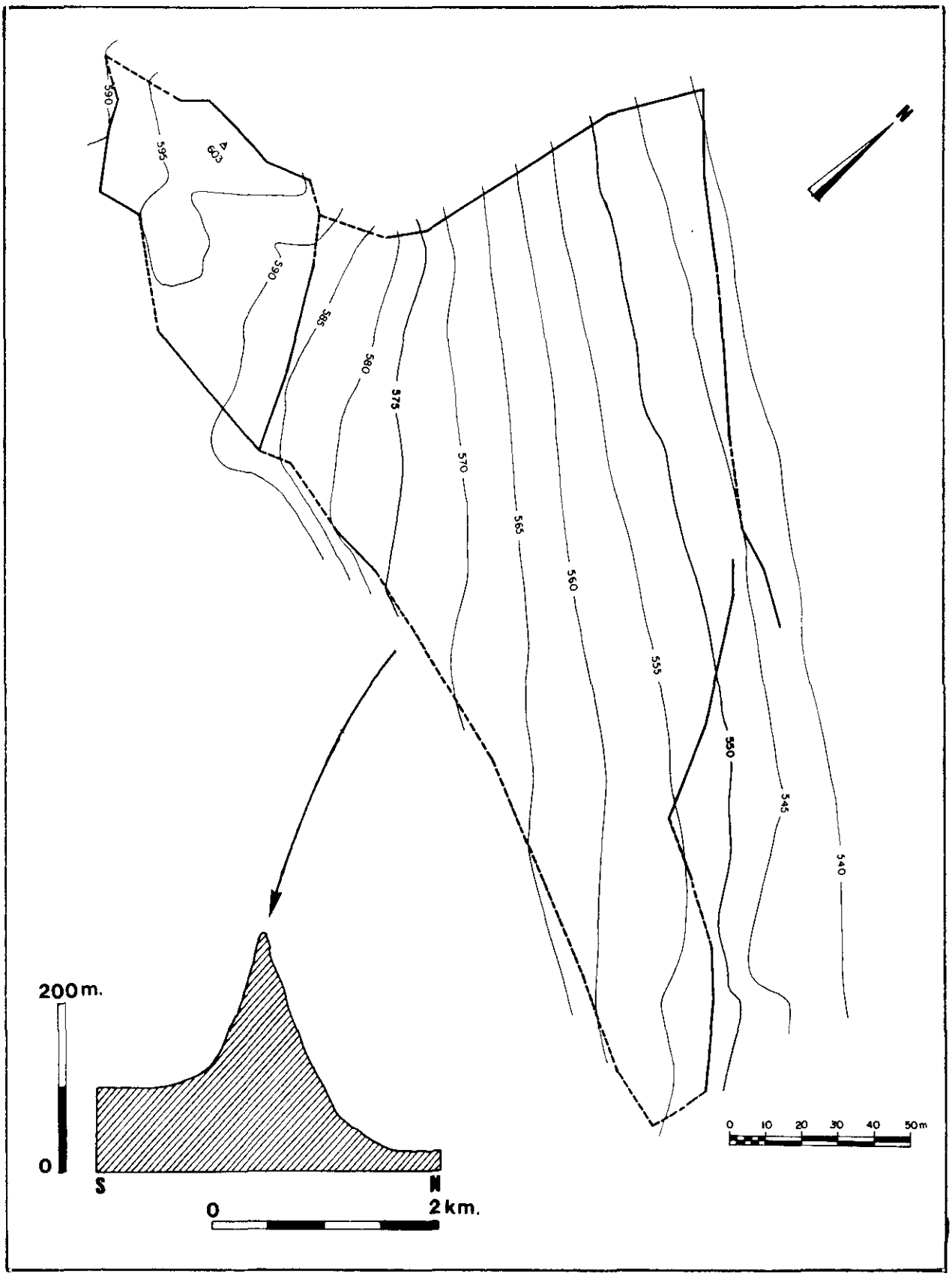


Fig. 55.- Levantamiento topográfico de las murallas del castro del Aljibe (Aliseda).

acrópolis. Según los datos proporcionados por el levantamiento topográfico, la superficie que envuelven entre los dos es de 2,40 Ha. El trazado de los lienzos se ciñe estrictamente al de la orografía en la zona Sur, donde están los crestones, pero no en el lado Norte donde dibuja una forma triangular para tratar de envolver la zona más apta para construir las viviendas. El acceso al castro se realiza por la zona Norte, donde existe una puerta en esviaje con forma de embudo. Toda la construcción se realizó con bloques de cuarcita unidas con barro, con la cara externa en talud.

El material cerámico que corresponde a esta etapa es muy abundate por toda la superficie del castro, por lo que se procedió a seleccionar aquel que ofrecía forma significativa. Está integrado por producciones a torno, casi todas cocidas en atmósferas oxidantes. La mayoría son grandes vasijas de almacenaje u ollitas, casi todas con bordes vueltos o exvasados. Hay que añadir la presencia de alguna tégula romana hallada en superficie y algunas cerámicas que pueden ser atribuidas a época republicana.

70.- Castillejo de Estena (Cáceres). (39° 12' 20'' N. y 6° 28' 20'' W. Greenwich. Hoja 729 I.G.N.).

Este yacimiento se ubica sobre el punto más alto de una sierra formada por varios cerros encadenados, últimos accidentes geográficos hacia el Suroeste de la Sierra de San Pedro (Fig. 56). La alineación de crestas de la serrezuela alcanza el punto más alto en su extremo Sureste, donde está el castro, y se interrumpe de forma brusca por una falla trasversal, por lo que el emplazamiento resulta inexpugnable. La importante visibilidad y control del territorio que se ejerce desde allí ha determinado que se construyera en su cima un puesto de vigilancia contra el fuego que ha destruido gran parte del yacimiento prerromano. Todavía pueden verse lienzos de muralla, levantada con bloques de cuarcita, que ha sido cortada para construir el camino que lleva a la caseta del guarda forestal.

Su privilegiada altura de 677 m. permite que desde allí se divise, hacia el Sur, la ciudad de Mérida y el valle del Guadiana, a 32 km. en línea recta; hacia el Norte, Trujillo, a unos 50 km., y Cáceres, a 30 km. aproximadamente. Igual sucede mirando al Este, hacia donde se domina la Sierra de Montánchez, y al Oeste, alcanzando a divisar

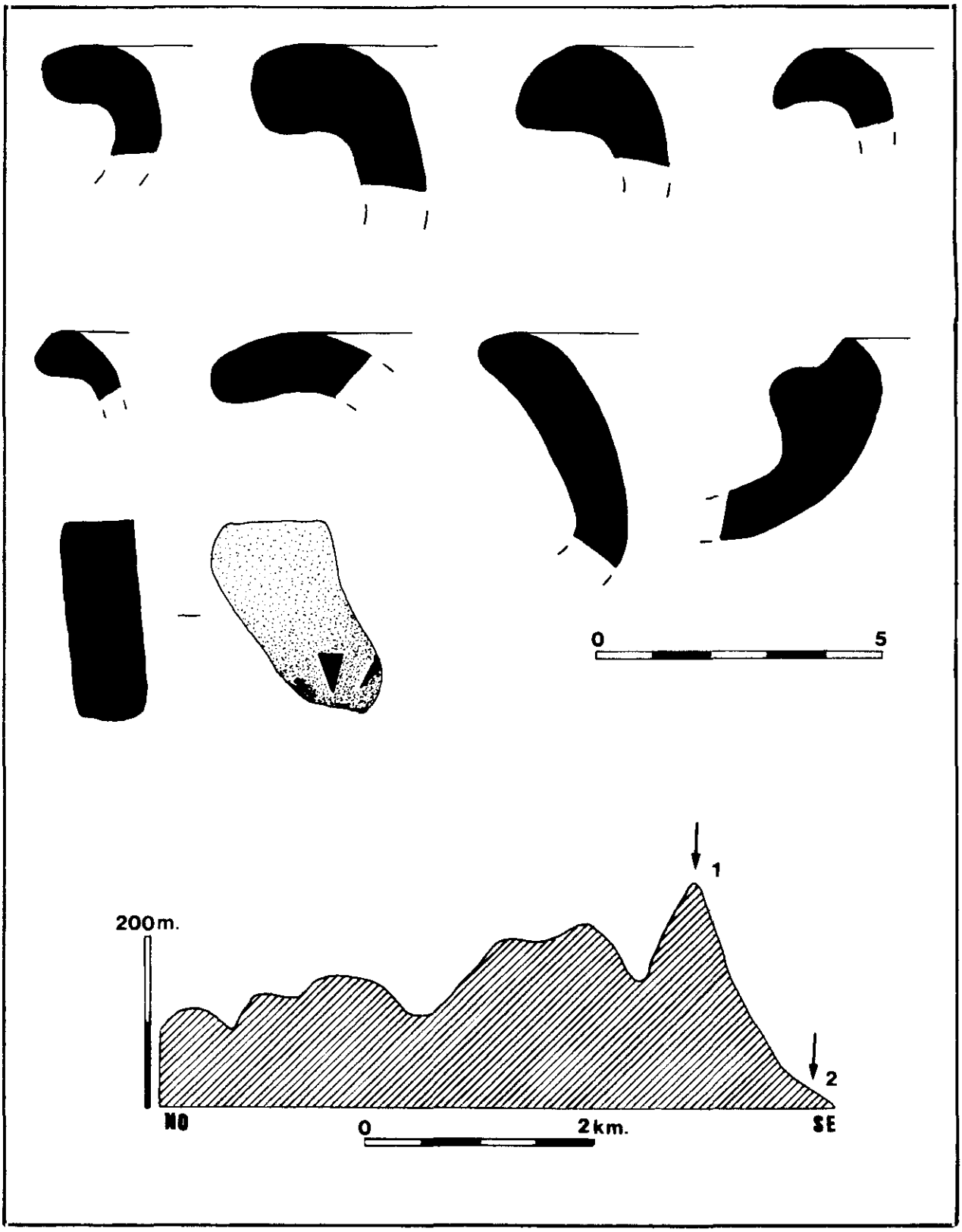


Fig. 56.- Cerámica del castro de Estena. Perfil topográfico con el emplazamiento de Estena (1) y Los Castellanos (2).

las tierras de Portugal, a más de 50 km. de distancia.

Pese a tan excepcionales condiciones de visiblidad y defensas naturales que reúne este enclave, el yacimiento no es de gran envergadura, sin sobrepasar la hectárea de extensión. Su mala conservación impide describir su trazado, a pesar de lo cual se intuye la existencia de una pequeña acrópolis en la cima y otro segundo recinto; en cambio, sí son muy abundantes los restos cerámicos, sacados a la superficie por las remociones de terreno. Se recogió aleatoriamente una muestra de unos 100 fragmentos de los que 91 eran galbos, todos a torno pero de aspecto tosco, aunque hay que tener en cuenta que las superficies están muy alteradas por la erosión. Las pastas son de tonos marrones o rojizos, con abundantes desgrasantes y sólo en dos casos estaban alisadas. Uno de ellos está decorado con una estampilla de motivo radial compuesto por impresiones triangulares (Fig. 56). Las formas más significativas son 7 bordes vueltos, 5 fondos planos, 1 fondo con pie indicado y 2 asas. Aparecieron también "glandes" de plomo, quizás debido a alguna escaramuza con los romanos, y 2 fragmentos de Terra Sigillata Hispánica Tardía, lo que evidencia que el sitio se volvió a ocupar a fines del Imperio.

71.- Los Castellanos (Cáceres). (39° 12' N. y 6° 28' 10'' W. Greenwich. Hoja 729 I.G.N.).

Sobre la misma estribación de la Sierra de S. Pedro donde aparece el castro de Estena existe otro poblado fortificado, a 500 m. en línea recta del anterior, pero situado en la parte baja de la sierra (Fig. 56). Los dos poblados están construidos sobre la misma línea de afloramiento de cuarcitas, pero si Estena aparece sobre la cima de los 677 m., el de Los Castellanos está al otro lado de la falla que rompe el crestón, a tan sólo 450 m. de altitud y aprovecha la suave ladera de transición a la llanura.

Aunque este emplazamiento pierde indudablemente buena parte de la visibilidad y defensas naturales que caracterizan a Estena, el lugar reúne mejores condiciones de habitabilidad. Por otro lado, su entorno inmediato está rodeado por un inmenso alcornocal sobre tierras profundas de mucho mayor potencial económico que la sierra.

El lugar elegido tiene una plataforma amesetada alta, formada por bloques elevados de cuarcitas rodeada por un rellano en suave pendiente. El sistema de defensa

aprovechó la zona alta para conformar una acrópolis cerrando los huecos que existen entre los cortados; desde ellos arranca una muralla que envuelve al poblado. Dentro de la acrópolis se construyó un torreón, a modo de fortín, de planta rectangular. Mide 29,80 x 8,20 m., con la salvedad de que el lado Este dibuja una cremallera a los 9 m. desde la esquina NE., quizás para dividir el fortín en dos espacios, ya que el Norte está totalmente colmatado de piedras y parece observarse una estructura circular inscrita en él. Los muros están levantados con bloques de tendencia rectangular muy bien aparejados, colocando sillares en la cara externa y piedras más pequeñas en el exterior. Ni la planta del fortín ni su técnica de construcción es característica de la Edad del Hierro.

Desde el torreón se observa cómo la muralla arranca desde los afloramientos sobre los que él está cimentado, continuando a media ladera hasta encerrar todo el poblado. Un camino bordea la zona más accesible y pasa por lo que fue la puerta de acceso, situada en el lado Oeste, cuya parte izquierda está destruida. Los tramos mejor conservados son los que están más cerca de la parte alta, algunos cimentados también sobre los afloramientos; del resto tan sólo es visible el talud artificial originado por los derrumbes colmatados por tierra. El eje máximo de poblado desde el recinto externo hasta el torreón es de 190 m.; el ancho del recinto desde la puerta de acceso al lado contrario es de 125 m., resultando una planta aproximadamente elíptica que encierra una superficie ligeramente inferior a las 2 Ha. La forma de estos recintos sí parece heredada de la de los castros de la Edad del Hierro.

En la parte baja del poblado se observan varias estructuras de planta rectangular, algunas posiblemente adosadas a la muralla, que parecen ser los zócalos de las viviendas; como el resto de las construcciones, están levantadas con bloques de cuarcita unidos con piedrecillas más pequeñas.

El material cerámico recogido en superficie fue muy abundante dentro de la acrópolis y más escaso en el resto. Se recogieron aleatoriamente un lote formado por 51 galbos, 2 asas (una circular y la otra de cinta) y 6 bordes (rectos, vueltos o el habitual de dolium), además de documentar la existencia de numerosos fragmentos de ladrillos. Toda la cerámica está fabricada a torno y se caracteriza por presentar unos tonos anaranjados diferente a la de los castros; sin embargo, las formas parecen derivar de ella.

Es difícil conocer la cronología de este yacimiento donde se aúnan tradición prerromana con nuevas técnicas defensivas como es el fortín. Lo cierto es que se observa cierto parecido entre el fortín y los construcciones de recintos torres fechados en el s. I a. C. en el resto de Extremadura.

72.-Alconétar (Garrovillas). (39° 42' 10'' N. y 6° 28' W. Greenwich. Hoja 650 I.G.N.).

En la horquilla que dibuja la desembocadura del río Almonte en el Tajo se situó un castro prerromano, aprovechando las buenas defensas naturales del promontorio rocoso que existe en la confluencia de ambos ríos, sobre el que posteriormente se construyó la torre medieval de Floripes. Toda esta zona se encuentra hoy bajo las aguas del Embalse de Alcántara, por lo que las únicas evidencias son las noticias antiguas y algunos materiales que han llegado hasta nosotros.

La importancia del enclave se debe a que Alconétar es uno de los escasos vados de la cuenca extremeña del Tajo, por lo que es una zona de paso obligada para toda la red de caminos desde la AntigÜedad. Ello ha favorecido el asentamiento de población y la existencia, por tanto, de restos arqueológicos de diversa cronología superpuestos. Las evidencias más antiguas son los megalitos situados en las inmediaciones del vado (Leisner, 1956), una "mansio" romana, una basílica paleocristiana (Caballero, 1970: 119) y el castillo medieval. Actualmente, pasan por allí la vía del ferrocarril y la carretera N-630, la vía de comunicación más importante que une el Norte con el Sur, desde Sevilla a Gijón.

Por aquí pasaba la vía romana *Iter ab Emerita Asturicam*, que cruzaba el río Almonte y luego el Tajo. Roldán explica la existencia de dos puentes tan seguidos por la necesidad de comunicar a algún poblado que existiera en aquel lugar, pues de lo contrario hubiera sido más fácil trazar la vía en línea recta y ahorrar la construcción del puente sobre el Almonte (Roldán, 1971: 115). Este emplazamiento no es el habitual de los poblados romanos, por lo que hay que pensar que si los romanos se situaron en ese enclave debió ser porque que ya existía en ese punto un asentamiento anterior.

En ese cerro, en las faldas del castillo medieval, se localizó un dracma ampuritano que avala la existencia del núcleo prerromano (Martín Bravo, 1995).

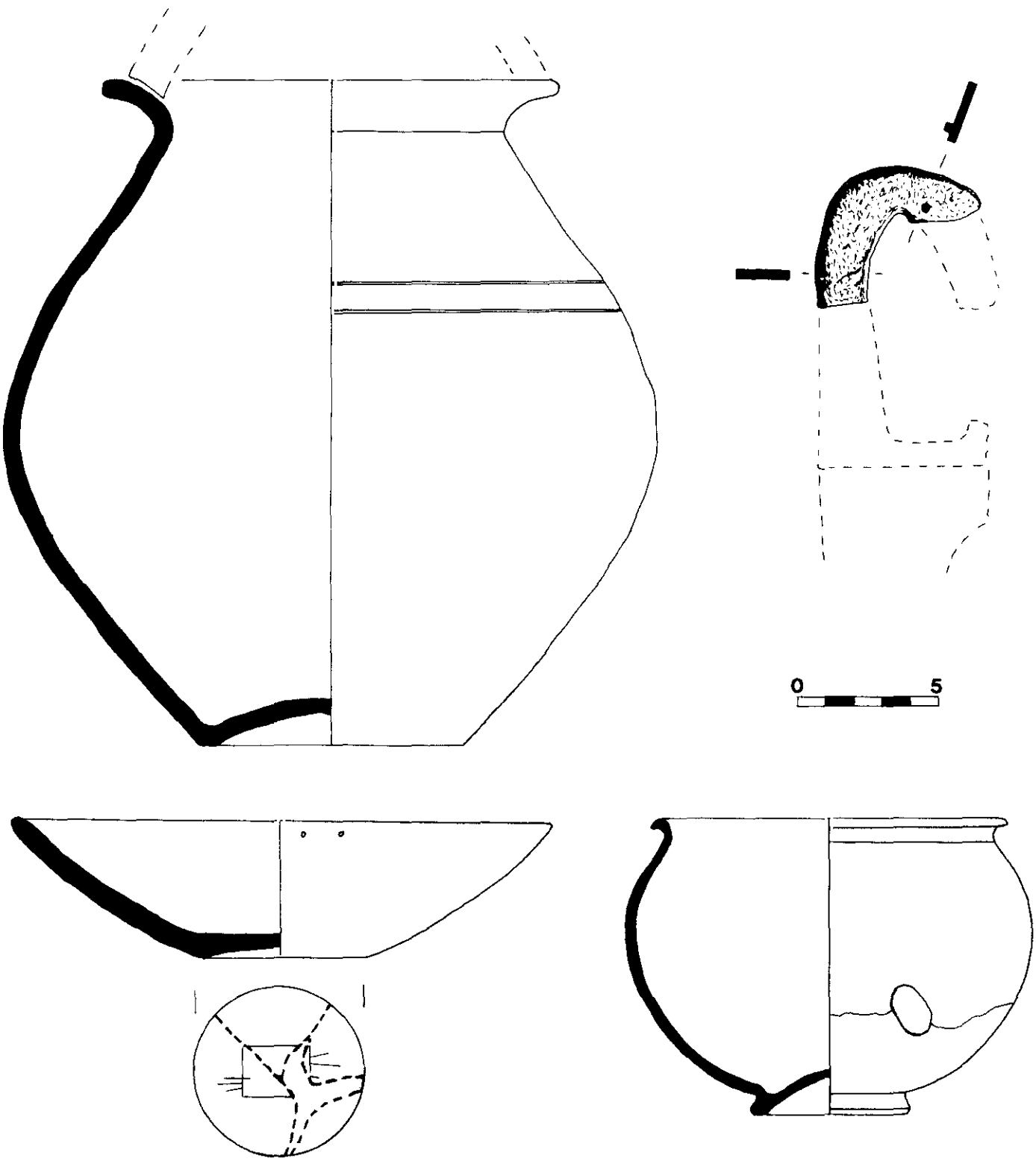


Fig. 57.- Urna y ajuar del enterramiento de la necrópolis de Alconétar.

En una elevación que se encuentra a unos 200 m. frente al cerro del castillo se localizó un enterramiento que hemos podido estudiar en los fondos del Museo Provincial de Cáceres. A él pertenecen una urna oxidante a torno de perfil ovoide con fondo rehundido y borde exvasado que se caracteriza por tener pegado a la parte interior del labio un asa de tipo "cesta"; al unir ambos se presionó el labio hacia el interior de la urna, consiguiendo que la boca tuviera una característica forma de 8; está decorada con dos finas acanaladuras incisas en la parte superior de la panza (Núm. inv. 6275). La acompañan un plato de casquete esférico oxidante, con fondo ligeramente rehundido decorado con un motivo rectangular inciso en su parte exterior; en el borde lleva dos perforaciones para poderlo colgar (Núm. inv. 6274). Junto a ellos apareció otra urnita globular con el pie bien marcado y el fondo muy rehundido, cubierta por un engobe marrón (Núm. inv. 6276); tiene en la panza una rotura de forma elíptica que debe ser de antiguo y se observan restos de óxido de hierro pegado a la pared que debió dejar la pieza fragmenta de hierro que completa este ajuar. A pesar de que se conserva sólo un fragmento de esta pieza, por su forma tan característica parece seguro que pertenece a una empuñadura de falcata (Fig. 57).

La prospección sobre el cerro que está en frente del supuesto castro proporcionó sobre todo cerámicas medievales, como era lógico que sucediera dada la importante ocupación del enclave en esa época. Sin embargo, también se encontraron fragmentos correspondientes a cerámicas anaranjadas, de pastas decantadas y paredes finas similares a las aparecidas en los castros y algún fondo de urna conservado todavía entre los entalles de la pizarra, además de numerosos huecos rebajados en la pizarra de forma redondeada idénticos a los que aparecen conteniendo las urnas en las necrópolis del Castillejo de la Orden o Villasviejas del Tamuja, lo que confirma la ubicación de la necrópolis prerromana en este sitio.

73.- Cáceres Viejo (Sierra de Sta. Marina, Cañaveral). (39° 49' 20'' N. y 6° 20' 40'' *Greenwich. Hoja 650 I.G.N.).*

Poblado situado sobre una serrezuela que forma parte de la cadena de sierras de Cañaveral-Mirabel; su situación es especialmente ventajosa al abrirse a sus pies el Puerto

de los Castaños, una de las pocas zonas de paso por donde se puede salvar esta barrera montañosa.

Esta sierra está provista de empinadas laderas, pero tiene una amplia cima amesetada que facilitó la construcción allí de un asentamiento. Toda esa cima está rodeada de una muralla que corre paralela a la cota de los 745 m. (Fig. 58). Algunos tramos están muy deteriorados debido a que ha sido destruida por las máquinas que construyeron los terraplenes para plantar eucaliptus, pero puede seguirse su trazado por gran parte del recorrido. La superficie que encierra es de unas 10 Ha. aproximadamente.

Hay que señalar que a pesar de la enorme superficie que encierra la muralla, el material prerromano tan sólo apareció en el extremo Este. Es posible que ese fuera el núcleo originario del castro prerromano que, posteriormente, se convirtió en un auténtico *oppidum* debido a las buenas características estratégicas que reúne este enclave.

Ese fenómeno no se puede desvincular de la existencia de importantes evidencias de época romana, destacando una estructura cuadrangular construida con bloques de cuarcita bien tallados. A ellos debe referirse Alonso (1988, 55) al hacer alusión a la presencia de un *castellum* romano en este enclave, dada la importancia del sitio para vigilar la Vía de la Plata. Lo cierto es que las cerámicas romanas sí ocupan toda la superficie rodeada por la muralla, por lo que hay que pensar que el recinto fortificado que se conserva actualmente debe ser de cronología avanzada, bien de los últimos momentos de la Edad del Hierro o, incluso, ya de época romana.

La cerámica prerromana recogida en la cima está hecha a torno; se caracteriza por sus pastas marrones y rojizas, abundantes desgrasantes y aspecto tosco, de las que sólo conocemos sus bordes exvasados y vueltos.

74.- Desembocadura del Tiétar en el Alagón (Mirabel). (39° 50'30''N.y 6° 0'30''W. Hoja 623 I.G.N.).

La desembocadura del río Tiétar en el Alagón configura un profundo espigón que reúne unas extraordinarias condiciones de defensa natural para asentarse. Por ello se eligió para colocar allí un castro, no donde confluyen los dos ríos sino en un cerro rodeado por un meandro que dibuja el río Tiétar justo antes de desembocar. Toda esa

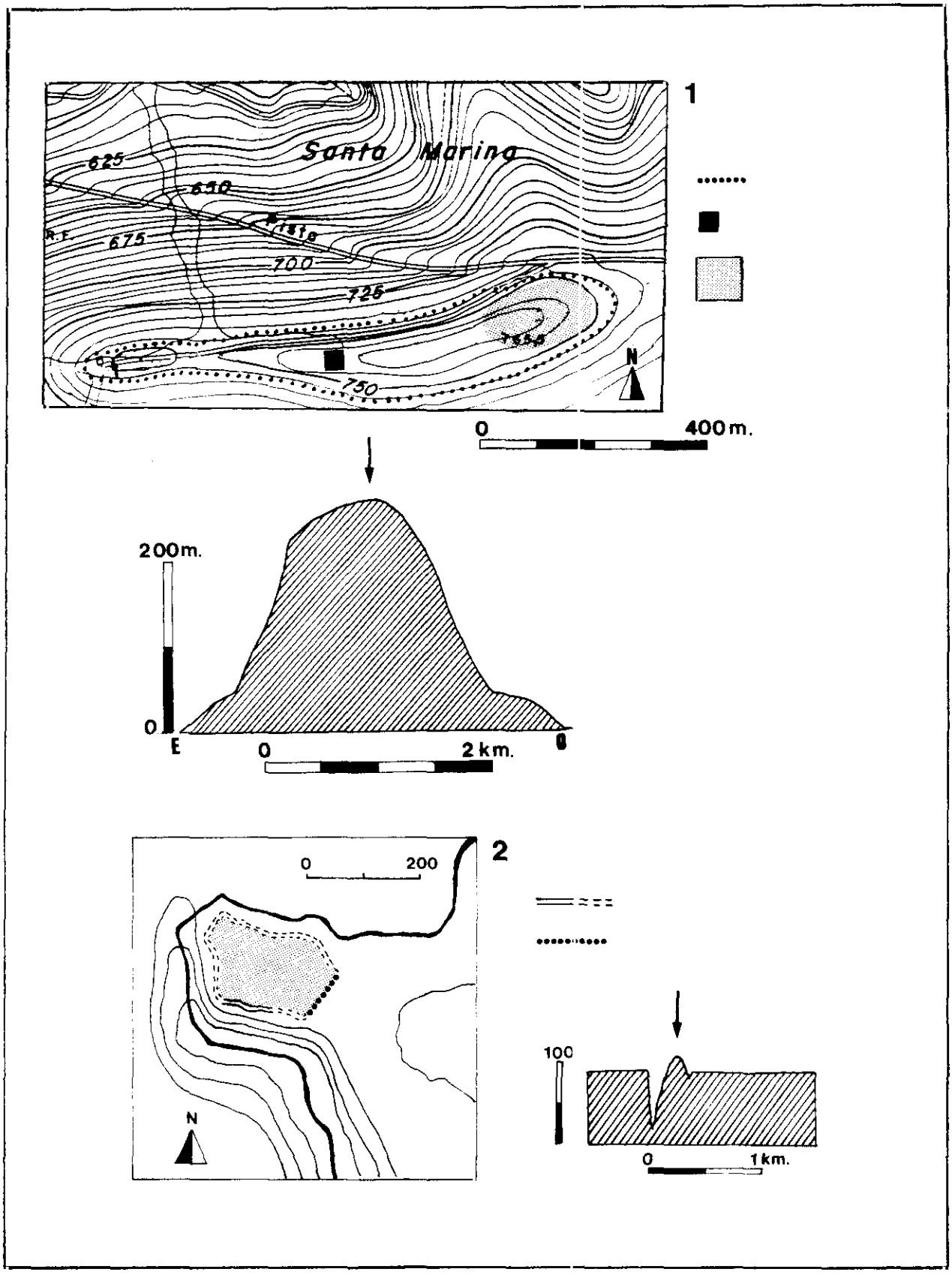


Fig. 58.- Esquema topográfico de los castros de Cáceres Viejo (Cañaveral) y Castrejón de Sta. Ana.

zona está afectada actualmente por el embalse de Torrejón-Tiétar, que tiene el dique de contención construido justo a la entrada del epigón por lo que no nos ha sido posible visitarlo. En cualquier caso, tenemos constancia del castro por las numerosas referencia de los informantes locales, destacando la existencia de una muralla rodeando al poblado y algunas cerámicas a torno recogidas en él.

75.- Cerro del Castillo (La Torrecita, Talaván). (39° 44' 30'' N. y 6° 18' 30'' W. Grenwich. Hoja 650 I.G.N.).

Junto a la desembocadura del arroyo de Mayas en el río Tajo se sitúa un poblado fortificado con tres líneas de muralla. El difícil acceso, acentuado hoy día por la densa vegetación de jaras, y los profundos cortados hacia los ríos garantizan el aislamiento y la seguridad del castro (Fig. 59).

Los tres recintos amurallados tienen un trazado concéntrico; el primero y segundo arrancan desde una puerta situada en el flanco Oeste, separándose progresivamente aunque en algunos puntos la distancia entre ellos no supera los 8 m. El tercer recinto envuelve por completo a los dos anteriores, a tan sólo 11.5 o incluso 10.5 m. del segundo. Se conservan lienzos de 2 m. de altura, construidos sobre pizarras cortadas verticalmente que superan el metro de altitud lo que contribuye a resaltar su carácter defensivo.

Se entra al poblado por el flanco Oeste, el único que no está rodeado por ríos. La primera puerta que hay que cruzar es la del tercer recinto, formada por un pasillo de 2.20 m. de ancho y 1.30 de largo. Casi enfrente se abre otra donde convergen el segundo y primer recinto; es una puerta en ligero esviaje de 3.70 de ancho y 8.60 m. de pasillo, protegida por un torreón a cada lado. El mejor conservado es el que está sobre el lado del Tajo, con planta cuadrangular de 6 m. de lado; el torreón opuesto no conserva ningún lado en pie, por lo que no conocemos su forma. Debieron existir otras puertas menores que permitieran el paso de unos recintos a otros desde el interior del poblado, pero el mal estado de la muralla, sobre todo en el flanco Sur, impide reconocerlas. El material de superficie no es abundante, por lo que se procedió a recoger prácticamente todo lo que aparecía. Está formado por 23 galbos a torno oxidantes, uno decorado con un sogueado inciso, 1 fondo plano, 3 bordes vueltos a torno (Fig. 59) y 1 galbo a mano.

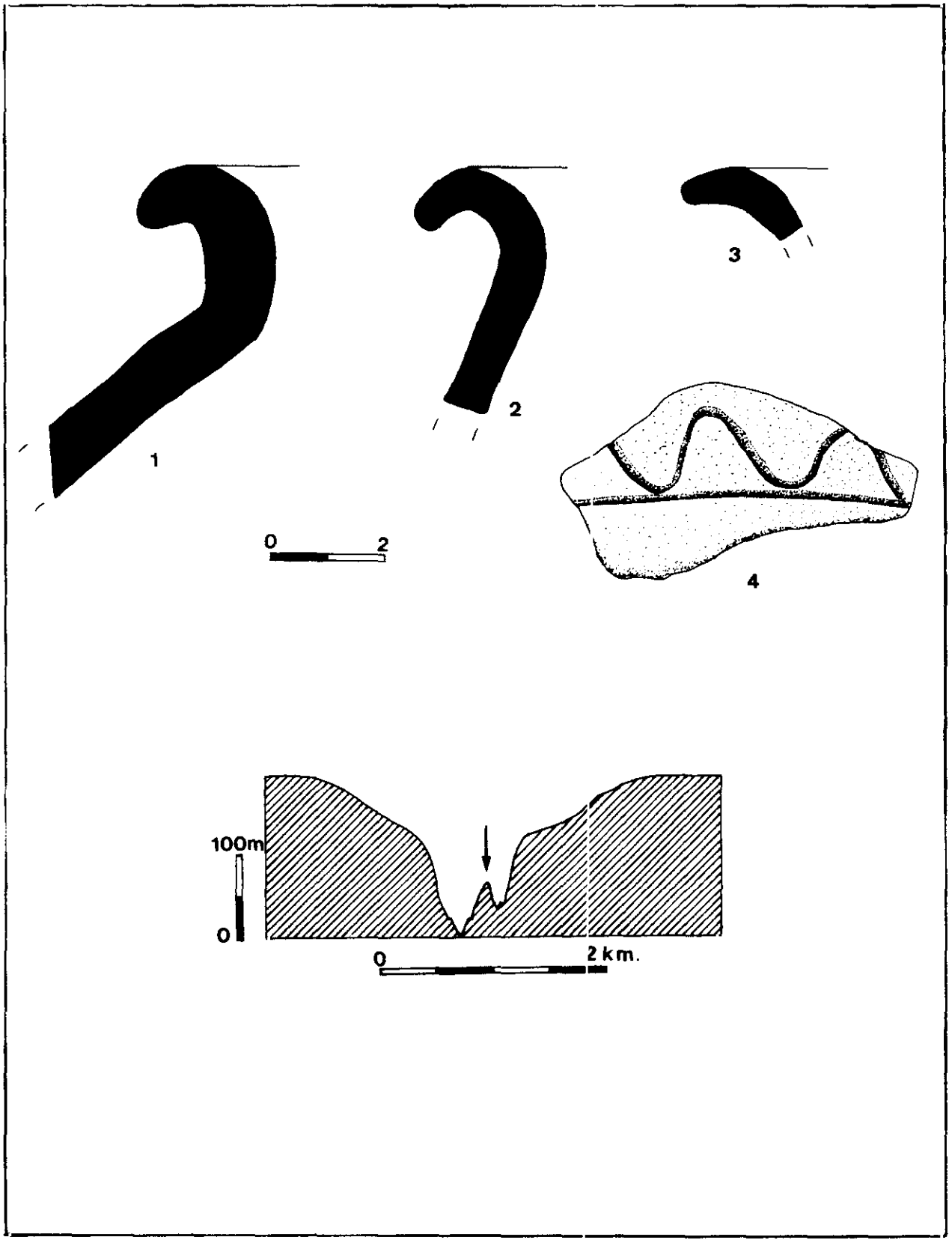


Fig. 59.- La Torrecilla. Cerámicas recogidas en superficie y emplazamiento.

76.- Cerca del Castrejón, Santa Ana (Monroy). (39° 37' 30'' N. 6° 11' 22'' W. Greenwich. Hoja 678 I.G.N.).

Frente a la ermita de Sta. Ana discurre un regato que dibuja un meandro en medio del cual se asentó un poblado. Todo ese espacio lo ocupa actualmente una cerca rodeada de un muro de piedra que en algunos puntos está construida sobre una fortificación anterior (Fig. 58, 2). Parece que el trazado actual aprovecha el de la muralla del castro, aunque serían necesarios trabajos de desescombro para confirmarlo.

El material cerámico es muy abundante en superficie y corresponde a dos momentos distintos de ocupación del poblado. El más antiguo lo representan fragmentos de pastas marrones o rojizas, a torno todos salvo 1 a mano, con abundantes desgrasantes, de paredes generalmente inferiores a 1 cm. de grosor, pero de aspecto tosco y superficies sin tratar; a este grupo pertenecen 5 bordes vueltos y 3 simples con pared recta, 4 fondos planos y 1 asa de cinta, materiales que se pueden abscribir a una etapa avanzada de la Edad del Hierro.

De cronología muy posterior es otro lote de galbos de tonos naranjas que testimonían una reocupación en el Bajo Imperio, momento al que pertenecen los numerosos fragmentos de tegulas e ímbrices que aparecen diseminados por toda la superficie.

13.- EL Castillejo (Casar de Cáceres). (39° 35' 5'' N. y 6° 20' 25'' W. de Greenwich. Hoja 678 I.G.N.).

Castro situado en medio de un amplio meandro del río Guadiloba que le proporciona buenas defensas naturales por dos de sus tres lados. La protección del poblado se reforzó con una potente muralla levantada con lajas de pizarra, reforzada en los tramos más vulnerables con bloques de granito, que tiene los paramentos exteriores construidos en pronunciado talud (Fig. 60).

El sistema defensivo cuenta con un foso de 60 m. de largo en la única zona que no está rodeada por el río y, detrás de él, un potente ensanchamiento de la muralla que se configura como un enorme bastión rectangular casi tan largo como el foso y de 20 m.

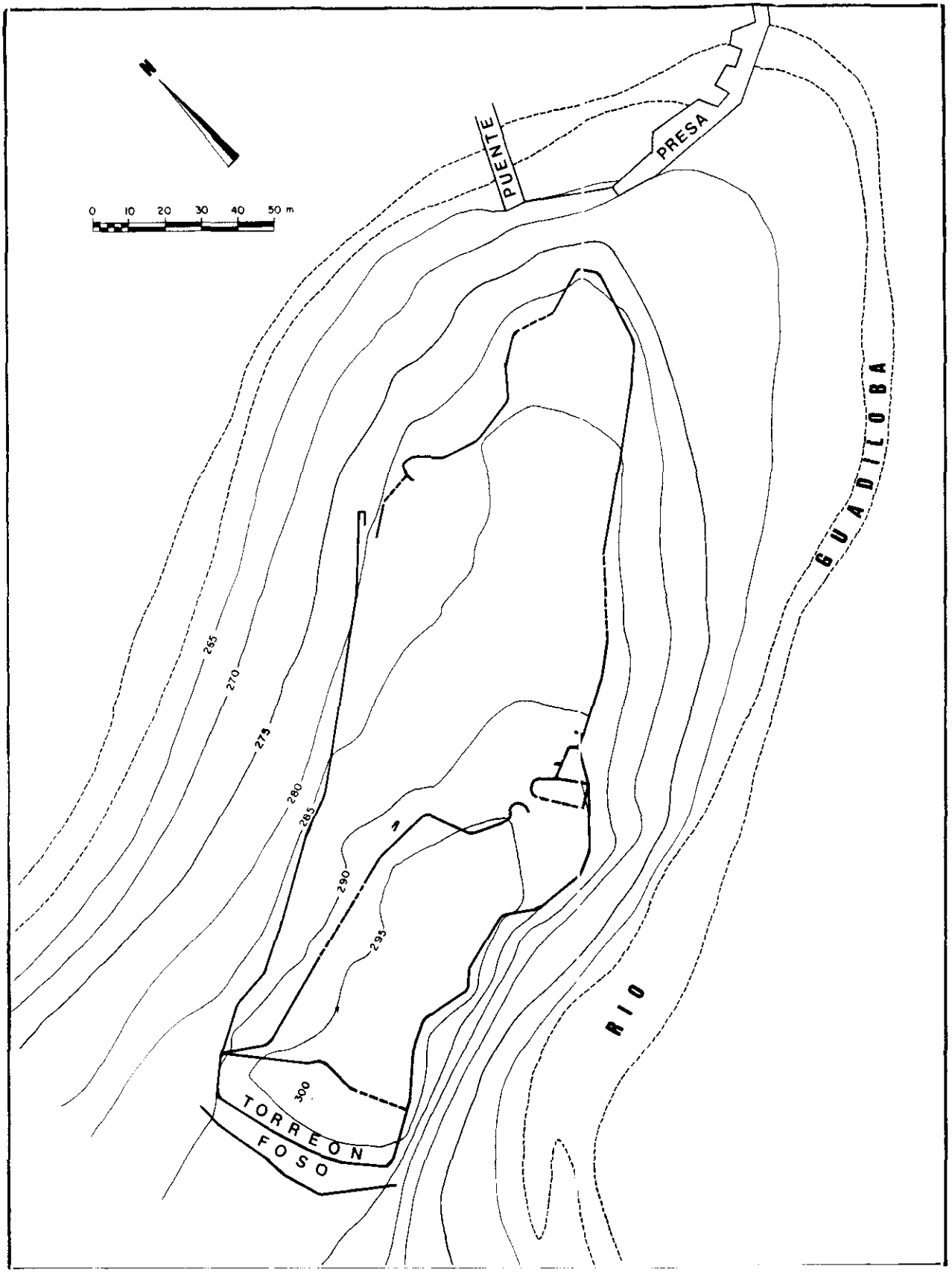


Fig. 60.- Levantamiento topográfico de las murallas del Castillejo del Casar de Cáceres.

de anchura; todavía hoy impresiona la mole de piedras y tierra que se levantó allí, con bloques de granito en su cara externa, materia ajena al entorno, lo que da una idea de la magnitud de esta obra con la que se consiguió que la única zona de fácil acceso al poblado estuviera bien defendida. De cada uno de los extremos del bastión arranca la muralla que envuelve toda la cima del meandro, concretamente una superficie de 1,42 Ha. Dentro de ese recinto se construyó un lienzo de muralla que divide el espacio interno en dos, resultando así una acrópolis inscrita en el recinto grande (Fig. 60).

La entrada al castro no se abrió junto al torreón sino en el lado Norte, estratégicamente situada sobre el río para defenderla mejor; ello está pensado para que el acceso desde el exterior no se realice directamente a la acrópolis, que debe ser la zona mejor protegida del poblado. Tiene forma en esviaje y está defendida por un bastión de forma casi circular. El acceso a la acrópolis se realiza a través de una puerta de 4 m. de ancho construida con esmero, flanqueada por dos torreones semicirculares, comose observa en el plano.

Un corte abierto en la muralla, quizás por buscadores de "tesoros", deja ver que el espesor es de 2,50 m. La técnica de construcción se basa en levantar la cara externa a base de grandes lajas de pizarra colocadas a seudo soga y tizones y detrás un relleno con mucho barro uniendo lajas de pizarras más pequeñas.

Poco conocemos de la urbanística del poblado, salvo que se observan edificios adosados a la cara interna de la muralla. Un muro de 70 cm. de ancho se trazó perpendicular a ella; otros muros afloran en superficie cerca de éste, por lo que parece que pertenecieron a viviendas. Destaca por su forma una construcción de forma triangular que cierra el escaso espacio libre entre la muralla y el torreón que protege la puerta de la acrópolis, cuya finalidad pudo ser la de servir de contrafuerte al torreón.

Es importante señalar que a los pies del castro existe un puentecillo de 3 ojos sobre el Guadiloba y un camino muy bien construido, abierto en ocasiones sobre la roca, con un firme de lajas de piedras y con el extremo que da al río rematado con piedras. Todo este camino se dirige desde el puente hacia el castro y pasa por la puerta. Aunque es de cronología posterior al yacimiento, es un indicador de que ese punto es un lugar adecuado de cruce del río, lo que pudo haber influido en la elección de ese emplazamiento para el poblado.

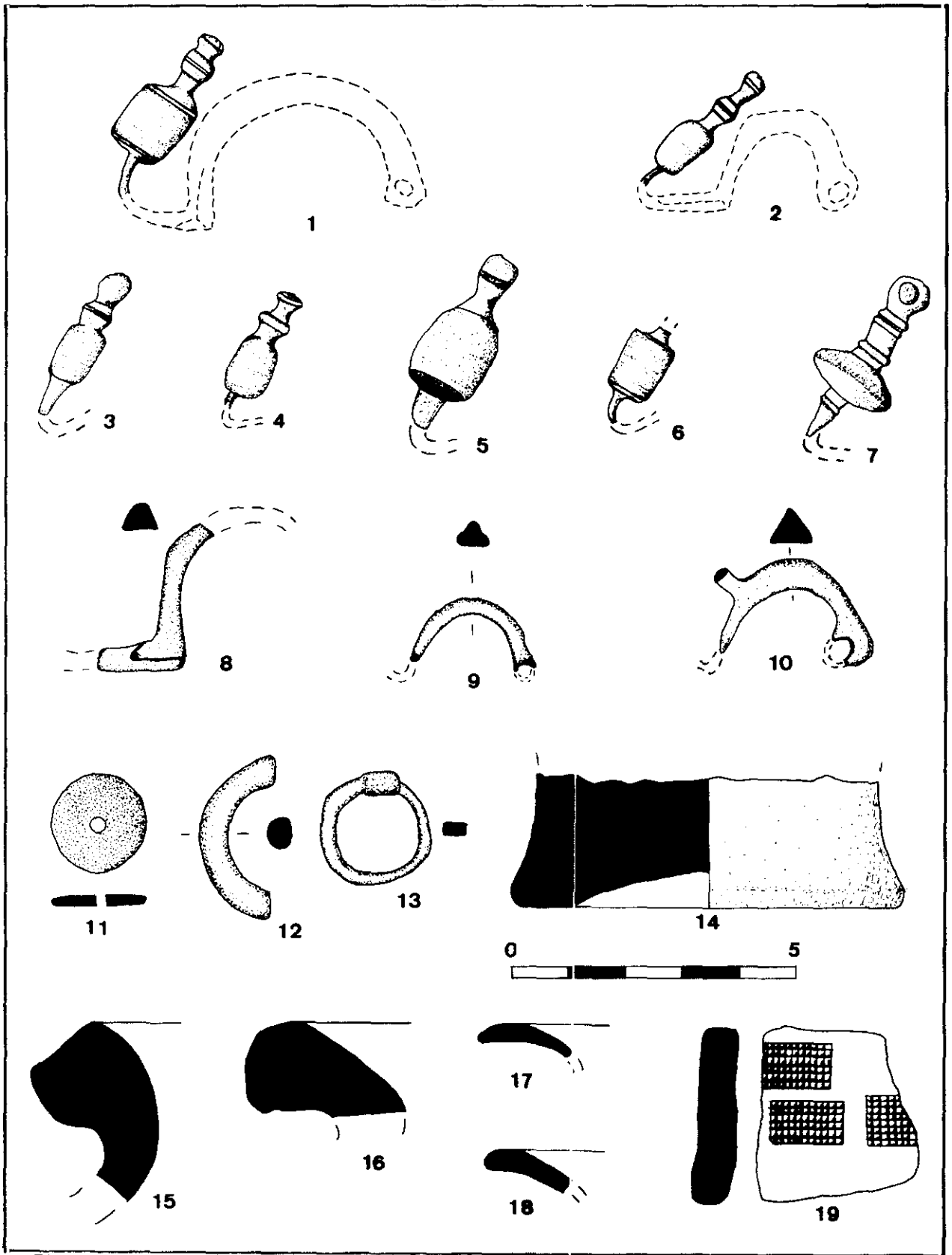


Fig. 61.- Diversos objetos procedentes del Castillejo del Casar de Cáceres: fíbulas (1-10), cuenta, anilla y anillo (11-13), cerámica a mano (14) y a torno (19).

En superficie aparecen numerosos fragmentos de cerámica, la mayoría fabricada a torno. Destaca un lote con las pastas muy bien decantadas y paredes finas, de color naranja el exterior y el interior gris (Fig. 61, 17-18); el resto tienen pastas con abundantes desgrasantes y son de aspecto tosco, que pertenecen a grandes ollas rematadas en bordes vueltos. La única decoración documentada son estampillas cuadrangulares de retícula (Fig. 61, 19). Abundan por toda la superficie del castro las tegulas y los ímbrices que indican que el lugar se reocupó posiblemente durante el Bajo Imperio; también se encontró escoria de hierro en la parte Norte.

En el Museo Provincial de Cáceres está depositado un conjunto de materiales de diversa cronología sacados de este poblado. Destaca una argolla circular de bronce de sección rectangular, con 2 cm. de diámetro máximo (Núm. inv. 707); un fragmento de aro de bronce de sección circular (Núm. inv. 706). Un lote de 12 fragmentos de fíbulas de La Tene (Fig. 61, 1-10) formado por 1 fragmento de puente peraltado que conserva el arranque de la mortaja (Núm. inv. 705); 1 puente peraltado con cabeza perforada para sostener el resorte (Núm. inv. 713); 8 apéndices caudales del pie rematados en adornos de bulto entero (Núm. inv. 2533, 2534, 2535, 2536, 2537, 2538, 2539 y 7091); 1 apéndice similar que, además, lleva un remate de incrustación (Núm. inv. 708); 1 puente peraltado que conserva el remate del pie adherido a él (Núm. inv. 2540). A parte del bronce existen 4 "cuentas" de plomo (Núm. inv. 2541, 2542, 2543, 2544).

La mayoría de las fíbulas pertenecen al tipo La Téne I y sólo el puente núm. 2540 al tipo La Téne II, que aportan una cronología de los siglos III-II a. C., cuyos mejores paralelos en la provincia se encuentran en la necrópolis de La Coraja (Esteban, 1993).

14.- La Muralla del Aguijón de Pantoja (Trujillo). (39° 35' 34''N. y 6° 18' W. de Greenwich. Hoja 678 I.G.N.).

La desembocadura del río Tamuja en el Almonte dibuja un pronunciado espigón en el que se asentó un poblado que aprovechó las buenas defensas que le proporcionaban tanto los cortados verticales de las ladera como la anchura de los dos ríos, que sirvieron de fosos naturales. Las zonas más vulnerables se defendieron con murallas de lajas de pizarra que todavía hoy resultan impresionantes.

Las defensas más importantes se levantaron en el flanco Oeste, el único que no está bordeado por los cursos de agua; allí se sitúa la puerta, protegida por un enorme bastión de forma irregular del que arrancan dos líneas de muralla que rodean al poblado (Fig. 62). Ese bastión está construido de tal forma que actúa de parapeto detrás del cual está la puerta en forma de embudo, a la que se accede por un camino perfectamente empedrado con pizarras clavadas en el suelo que discurre a lo largo de todo el poblado.

Las dos líneas de muralla que arrancan de la puerta discurren casi paralelas resultando un recinto inscrito en el otro. En la zona más alta del recinto interno se levanta un gran torreón de unos 18 m. de diámetro y 5 m. de altura conservada. Este torreón no es macizo puesto que encierra una serie de estructuras rectangulares distribuidas a ambos lados de un muro central que lo divide en dos mitades; las habitaciones se construyeron mediante muros que cortan trasversalmente al muro central, formando un entramado de líneas rectas perfectamente organizado. Algunas de estas habitaciones están parcialmente excavadas (aunque ninguna excavación autorizada se ha llevado a cabo en este yacimiento), por lo que se puede saber que uno de esos muros trasversales mide 15 m. de longitud, 55 cm. de anchura y una de las estancias construidas tiene un ancho de 4 m.. El muro que conforma el torreón tiene una anchura doble que los interiores, para servirles de contención (Fig. 62).

El recinto interno rodea totalmente al torreón. Tiene dos puertas: una en esviaje en el lado Norte y otra sencilla junto al torreón, que lo comunican con el externo. No ha sido posible documentar la planta completa de este recinto ya que resultaba muy difícil seguir su trazo dado la extrema fragilidad de las construcciones, que han desaparecido en muchos puntos. Hemos podido observar que por el flanco Norte se prolonga su trazado para envolver otros dos cerros más, por lo que la superficie total del castro es de 2 Ha.; en cambio parece quedar interrumpido por el flanco Sur, lo cual resulta ilógico. Es posible que las defensas de este lado estén perdidas pero que efectivamente existieran en su momento, aunque al no haberlas documentado hemos preferido no reflejarlas en el levantamiento topográfico (Fig. 62).

Ello nos lleva a reflexionar sobre la forma de construir las defensas de los castros, ya que se observa el sumo cuidado que se pone en las zonas de acceso y las partes más vulnerables descuidando aquellas otras bien protegidas por cantiles y las pendientes,

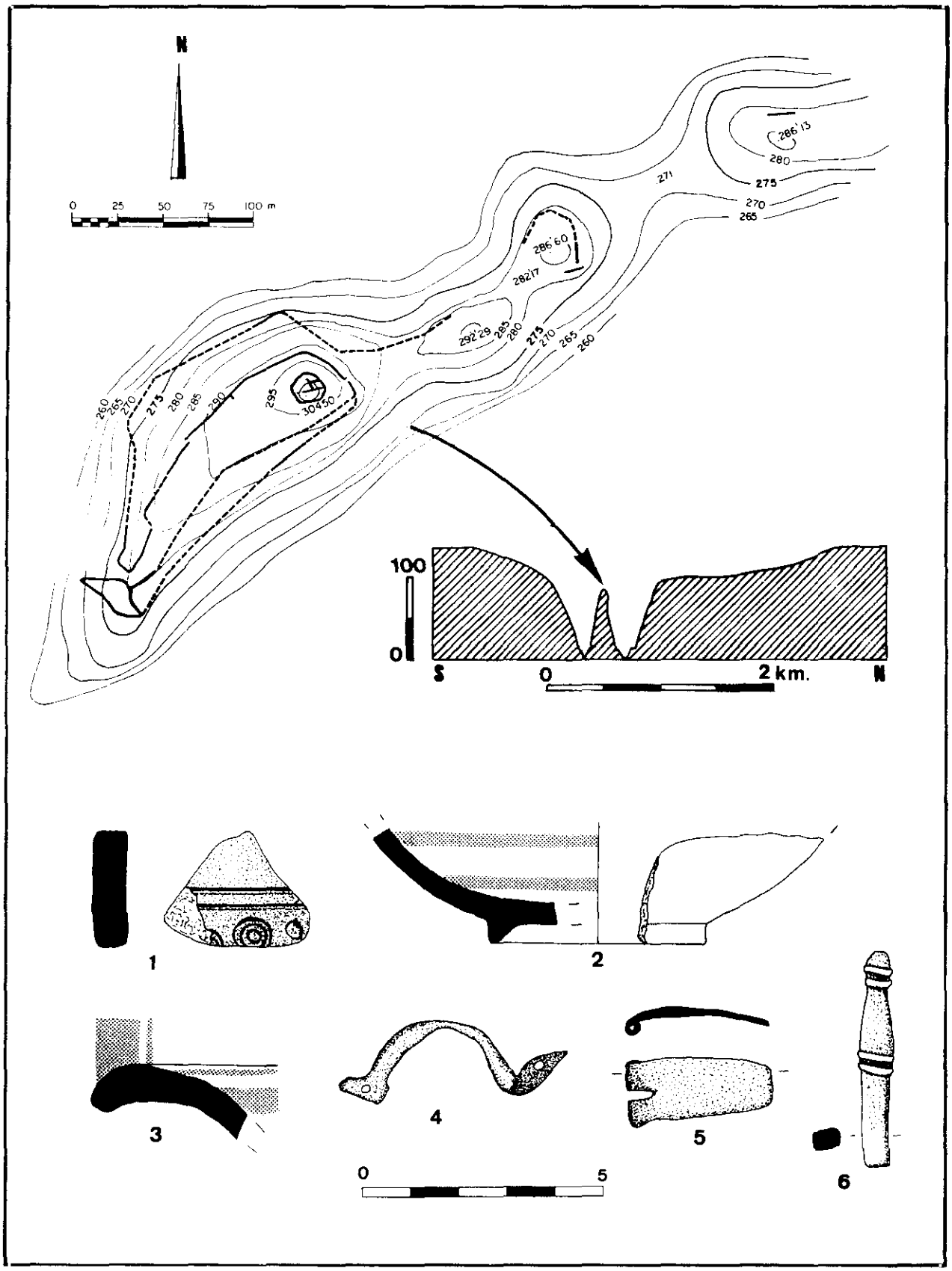


Fig. 62.-Levantamiento topográfico de La Muralla del Aguijón de Pantoja y materiales que proceden de allí.

donde las murallas desempeñaron un papel más disuasorio que de protección real. El conjunto de este castro, por ejemplo, visto desde lejos con el enorme torreón central impresiona por la sensación de inexpugnabilidad que ofrece. Además, en algunos puntos se ha observado el arranque de muros trasversales a la muralla, probablemente viviendas adosadas a su cara interna, que contribuirían a reforzar la sensación de solidez.

El material procedente de la prospección más algunos pocos fragmentos depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Cáceres se agrupa en dos lotes bien diferentes. Uno lo integran los materiales a mano, en el que destacan 4 galbos con la superficie exterior bruñida; 2 fragmentos decorados con aspas y líneas quebradas incisas (Núm. inv. 2572-3) y el borde decorado con digitaciones y cordón ungulado, materiales abscribibles a la Edad del Bronce.

El resto están todos hechos a torno; se recogió en superficie de forma aleatoria un lote de 80 galbos, entre los cuatro sólo hay que destacar 4 bordes vueltos. Las pastas son las características de las cerámicas de los castros, algunas anaranjadas de muy buena calidad pero la mayoría ricas en desgrasantes, de tonos marrones que oscilan entre el negruzco y el rojo. Destaca en este lote un fondo con pie anular decorado en el interior con líneas rojas; un borde exvasado decorado con líneas y bandas rojas y un fragmento de galbo decorado con estamplillas circulares concéntricas, los tres con el mismo número de inventario (Núm. inv. 2571) (Fig. 62), temas bien representado en castros como La Coraja o Villasviejas del Tamuja.

Por último, la presencia de 2 glandes de plomo indican que el castro estuvo ocupado al menos hasta el siglo I a. C.

15.-Castillejo (Santiago del Campo). (39° 37' 8''N.y 6° 23' 15''W.de Greenwich. Hoja 678 I.G.N.).

Este castro se encuentra sobre un cerro bordeado por el río Almonte y el arroyo de Santiago, que describe pronunciados meandros en el último tramo de su recorrido. Ello contribuye a que el espigón de terreno situado entre los dos ríos tenga un difícil acceso por todos sus flancos, salvo por un estrecho pasillo que lo une con su entorno (Fig. 63). La cota máxima de este emplazamiento es de 292 m., siendo de 299, 323 y 302

m. la de los cerros que lo rodean y asciende en cuanto se alejan del Almonte; por ello, el castro no se divisa hasta casi llegar él. Como consecuencia, desde el poblado sólo se controla visualmente la zona de la cubeta del río.

Tiene una línea de muralla bordeando la parte alta del cerro; se conserva mal por haber sido aprovechada la piedra en la construcción de bancales para plantar olivos, manteniéndose en pie tan sólo en los flancos Oeste y Sur. Está levantada con lajas de pizarra perfectamente trabadas, unidas con otras más pequeñas y con barro. Generalmente, se cimenta sobre la roca, aunque donde los afloramientos son muy irregulares se ha preparado una superficie de apoyo mediante una capa de unos 40 cm. de tierra. La puerta principal se encuentra situada en el lado Norte, justo sobre la pendiente que cae hacia el río; está prácticamente arrasada, pero como se talló sobre las rocas todavía se observa perfectamente el rebaje que se tuvo que hacer para abrir el paso.

En 1984 se realizó una campaña de excavaciones en el interior del castro que permiten conocer algunos detalles de las contrucciones. Existe una cata de excavación en el tramo Sur (Esteban y Salas, 1988: 136) que deja al descubierto la cara interna, construida de forma similar a la cara externa, y permite comprobar que estas defensas son sumamente endebles, ya que no superan el metro de anchura. Se han documentado muros adosadas a la parte interior, probablemente de habitaciones. Debido a que la cata es pequeña se desconoce la forma de esas estancias, aunque se observa que el muro dibuja una línea oblicua respecto a la muralla (Esteban y Salas, 1988: fig. III,a) de forma idéntica a la de las viviendas adosadas al torreón del castro de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: fig. 17).

En la zona más alta del poblado se han excavado varias habitaciones construidas con paredes de lajas de pizarra de unos 50 cm. de ancho, cimentadas sobre la roca. El trazado de los muros es, según sus excavadores, "confuso debido a la proximidad inexplicable entre ellos y a la gran acumulación de piedras" (Esteban y Salas, 1988: 130).

Es posible que ello se deba a la existencia de varias fases de ocupación del castro con la consiguiente remodelación de las viviendas; pero la poca profundidad del suelo, ya que aflora en superficie la roca madre, impide que exista una superposición vertical de los niveles de ocupación, pudiendo existir, en cambio, una estratigrafía horizontal. Las

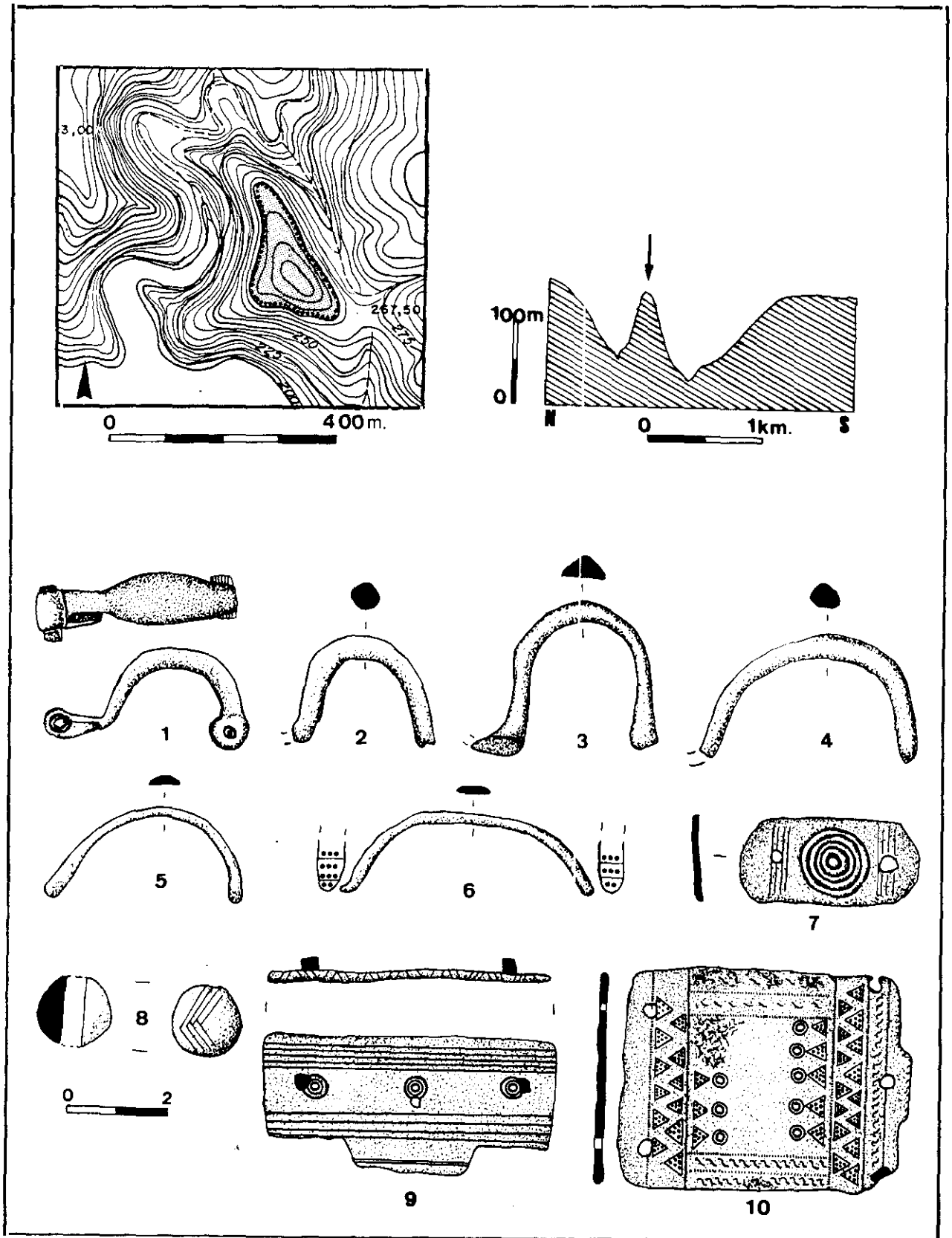


Fig. 63.- Situación y emplazamiento del Castillejo de Santiago del Campo. Fíbulas, cuenta, placas y broche de cinturón procedentes de allí.

estructuras sacadas en la cata 2, 8 y 9 dibujan tres estancias rectangulares paralelas; las de las catas 8 y 9 están adosadas y pudieron formar parte de la misma casa, mientras que la de la cata 2 es otra habitación independiente. En cambio, en las catas 5-7 y 11 aparece un muro de orientación diferente que no cierra ninguna estancia y cuyo extremo parece interrumpido bruscamente, por lo que pudiera tratarse de una casa en desuso al construirse las viviendas antes descritas, cuyos muros y material de derribo se dejaron para aterrazar o igualar el terreno. En cualquier caso, sólo los datos de excavación aclararían ese supuesto.

El material arqueológico de este yacimiento lo conocemos por las descripciones publicadas donde, no se indica cuáles están fabricados a mano o a torno. Sin embargo, por las descripciones y algunos de los dibujos podemos intuir que existen dos lotes totalmente diferentes. Uno está integrado por las cerámicas que deben estar fabricadas a mano, de tonos obscuros, marrones o negros, de bordes simples, con algunas formas carenadas y mamelones; las decoraciones asociadas son las incisas y pastillas repujadas (Esteban y Salas, 1988: fig. I, 3 y 7). Todos estos materiales, como ya ha constatado Gónzalez Cordero (1993: 253), testimonian una ocupación durante el Calcolítico Final y la Edad del Bronce. El otro grupo lo integran las cerámicas a torno, de tonos anaranjados, con formas globulares rematadas en bordes exvasados característicos de la Edad del Hierro.

La prospección ha confirmado esos supuestos, pues la cerámica recogida indica la existencia de esas dos fases de ocupación. Un lote lo componen las cerámicas a mano, de las que se recogieron 14 galbos y 12 bordes, todos rectos y simples; destaca la presencia de 2 mamelones, 1 de ellos perforado y de un fragmento de galbo carenado con pequeñas incrustaciones de bronce sobre la carena. En cambio, la cerámica mayoritaria era a torno de muy diversa calidad. Del total de la muestra recogida aleatoriamente, 114 fragmentos son de cerámica de aspecto tosco de tonos rojizos obscuros; 43 son anaranjados y de ellos sólo 9 son de aspecto cuidado y pared inferior a 0.5 cm. de grosor. Los 24 bordes recogidos de estas cerámicas son todos vueltos; las decoraciones asociadas a ellas son las líneas pintadas de color vinoso y acanaladuras horizontales enmarcando ondulaciones (Fig. 64).

Destacan en este grupo 2 fragmentos de cerámica gris (Fig. 64, 20-21), uno de

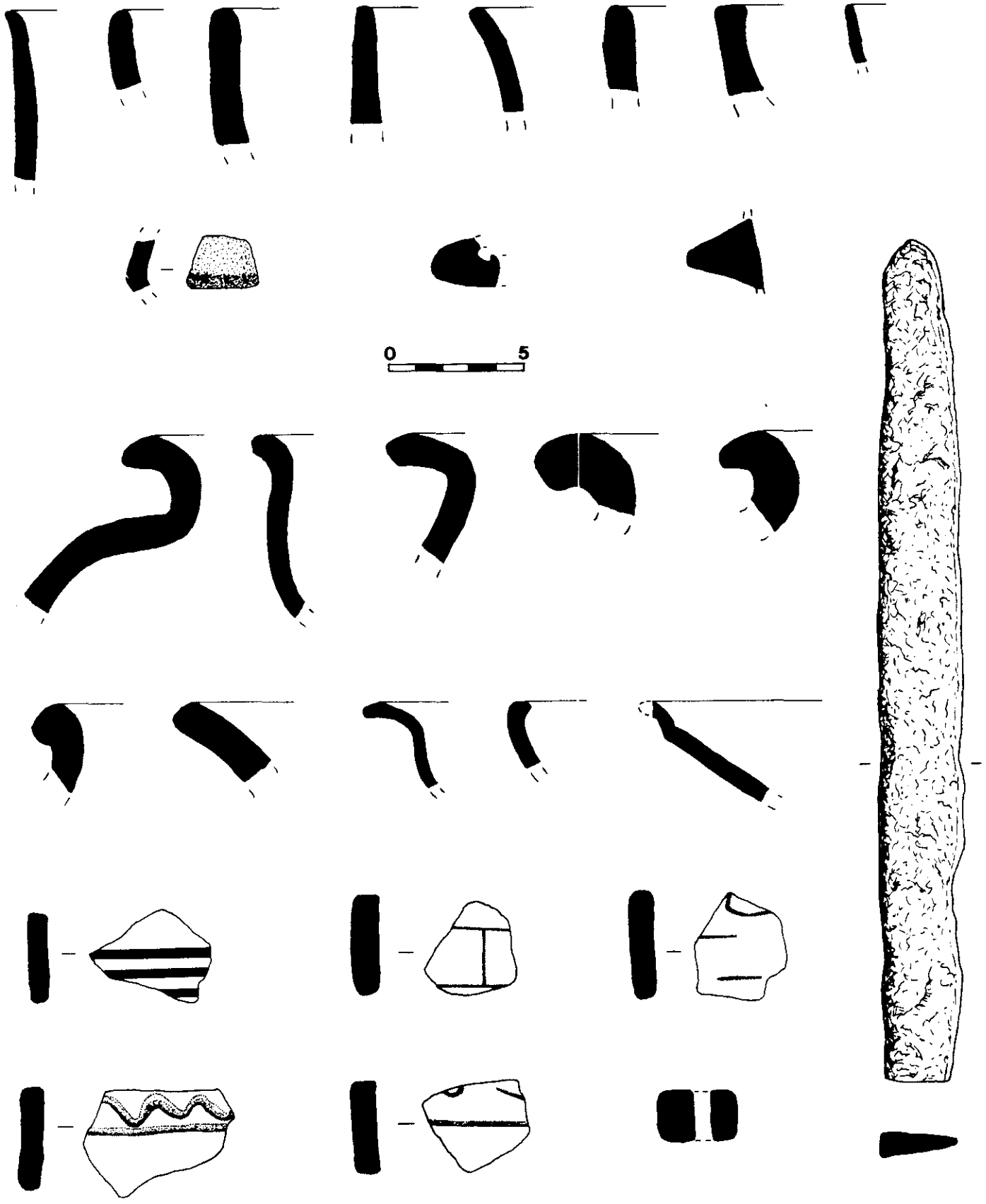


Fig. 64.- Cerámicas del Castillejo de Santiago del Campo: a mano (1-11), torno oxidantes (12-20), grises (21), decoradas (22-26), fusayola (27) y cuchillo de hierro (28).

plato de casquete esférico con borde engrosado al interior y un plato de carena alta y labio exvasado, derivados de los tipos orientalizantes documentados en Medellín (Lorrio, 1988-89). También aparecieron 6 fragmentos de cerámica oxidante de un color marrón claro, espatulada, semejante a la que también se documenta en Medellín a finales del Período Orientalizante (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 94). En este contexto no queremos pasar por alto un asa de sección oval citada por los excavadores (Esteban y Salas, 1988: 134) porque su pasta anaranjada en el interior y marfil en el exterior recuerda a las ánforas orientalizantes.

También son numerosos dentro del poblado los fragmentos de escoria de hierro, aunque el único útil que hemos documentado en este yacimiento es una hoja recta de un cuchillo de hierro depositado en el Museo Arqueológico Provincial de Cáceres (Núm. inv. 2581) (Fig. 64, 28). En bronce, se conocen los puentes de 6 fíbulas que pudieran ser del tipo La Téne I, tres de puente peraltado y otras tres de arco rebajado; 1 placa de cinturón decorado con triángulos rellenos de puntos, círculos concéntricos y SS troquelados; 2 placas decoradas con círculos concéntricos y una cuenta decorada con líneas incisas (Museo de Cáceres, sin núm. de inv.) (Fig. 63).

Sin embargo, ninguno de estos materiales aporta una cronología precisa; al margen de la primera ocupación del cerro, podemos atisbar el comienzo de la ocupación de la Edad del Hierro hacia el fines del siglo V o comienzos del IV a. C, pues las cerámicas grises guardan gran parecido todavía con las orientalizantes. El final alcanzaría el siglo I a. C.,como evidencia el denario aparecido en una de las casas (Esteban y Salas, 1988: 130) y la semejanza de algunos de estos materiales, como las fíbulas y la placa de cinturón, con los de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: 217).

77.- Cancho del Buho (El Mato, Cáceres). (39° 34' 25'' N. y 6° 14' 10'' W. Greenwich. Hoja 678 I.G.N.).

Con ese apelativo se designa a un gran peñón que se encuentra en la finca El Mato, encajonado en los últimos meandros que dibuja el Arroyo del Mato antes de desembocar en el Tamuja. Como su nombre indica, este lugar es un enorme afloramiento que parece tener la finalidad de servir de puesto de vigilancia, pues incluso el bloque de pizarra está labrado en forma de cubo a modo de torre emergente del río, bien defendido por unos cortados verticales que caen sobre las aguas.

Sobre el peñón se construyó un recinto fortificado con una muralla de lajas de pizarra unidas con barro y piedras de menor tamaño, con las caras exteriores rectas. La planta es de tendencia rectangular y su eje más largo mide tan sólo 40 m.; su anchura oscila en función de la accidentada topografía, siendo de 13 m. en el Suroeste, la zona de más fácil acceso. Por el Sur, la construcción acaba en los cortados, que actúan de pared defensiva.

La puerta de entrada al recinto está en el flanco Norte; tiene forma de codo de 1.60 m. de profundidad y un vano de 1.20 m. En la parte más alta del recinto, separada tan sólo 4.80 m. de la puerta y 3.20 m. del extremo NO. de la muralla, aparece una construcción rectangular que corona el cerro de igual aparejo que el resto de la muralla. Todo el conjunto resulta ser, por tanto, una torre inscrita en otra estructura rectangular más grande. Ningún material de superficie ayuda a fechar la construcción, que por sus características se asemeja a las torres fortificadas del siglo I a. C. (Ortiz, 1991; Moret, 1991).

78.- Villasviejas del Azuquén de la Villeta (Trujillo). (40° 36' 35'' N., 6° 05' 55'' W. Greenwich. Hoja 769 I.G.N.).

La desembocadura del río Tozo en el Almonte dibuja un meandro que deja en medio un profundo espigón fluvial, bien defendido por las pendientes hacia los ríos. Las buenas condiciones de este sitio determinaron que se ocupara en diferentes épocas aunque la mejor representada hoy día es la de época medieval. Sin embargo, la existencia de material cerámico más antiguo, atribuible a la Edad del Hierro, nos lleva a pensar que aquí pudo existir un castro cuyas defensas serían reutilizadas y transformadas primero en el Bajo Imperio y luego en la Edad Media. Las características del emplazamiento y parte del trazado es lo único que nos informa sobre el antiguo castro (Fig. 65).

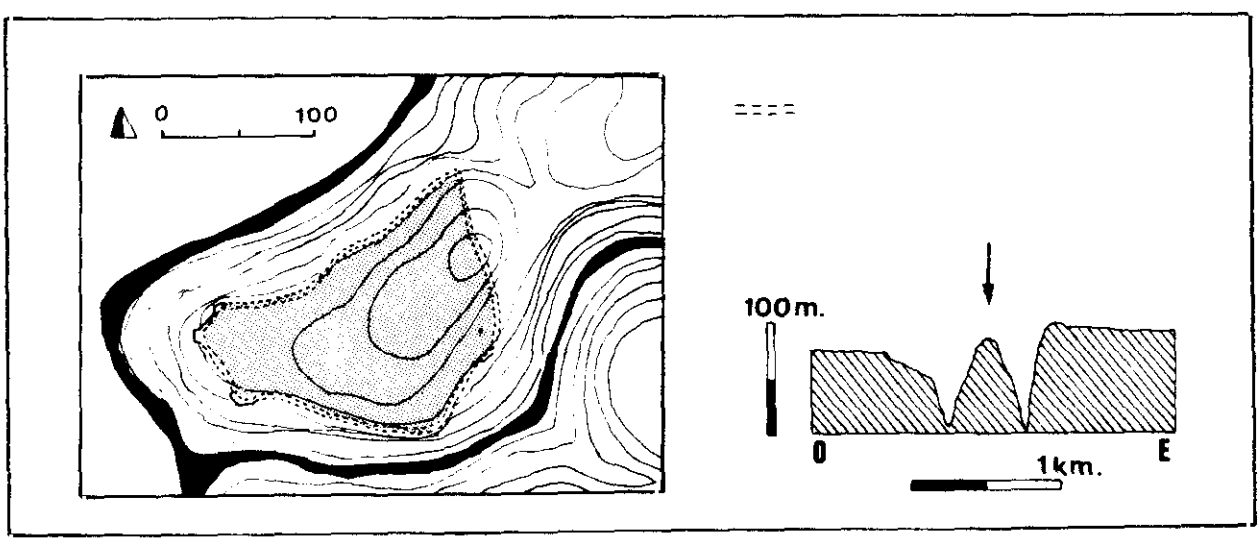


Fig. 65.- Esquema topográfico de las murallas de Villasviejas del Azuquén de la Villeta.

Desde él sólo se divisan los terrenos que forman la cubeta de los ríos, pues, como es habitual en este tipo de emplazamientos, están más hundidos que el entorno. Hay que destacar que el Almonte es fácilmente vadeable en ese tramo y prueba de ello es que por la inmediaciones del poblado pasaba un antiguo camino que se dirigía a Monroy.

A pesar de que el cauce de los ríos es abrupto, las tierras que los rodean tienen suelos en fase normal que permite el desarrollo de una agricultura extensiva, rasgo poco

habitual en los emplazamientos castreños.

La muralla que rodea al poblado es prácticamente toda de la Edad Media, caracterizada por rasgos constructivos que la diferencian de las documentadas en los castros. La planta del recinto fortificado presenta cierta autonomía respecto a la topografía del cerro, trazando muros rectos que giran formando marcados ángulos. Se levantó con lajas de pizarras unidas con barro, colocando las de mayor tamaño en los paramentos exteriores, que son totalmente rectos. Su anchura oscila entre 2 y 2.50 m. Lo habitual es que las lajas se colocaran horizontales, para que apoyen mejor; pero, a intervalos regulares de 1 m. aproximadamente, aparecen dos hiladas con las lajas verticales colocadas en forma de espina de pescado. Por medio de ellas discurre una acanaladura cuya misión pudo ser la de sujetar alguna estructura de madera encastrada en el muro.

El exterior se reforzó construyendo bastiones macizos trabados al muro, que son meros contrafuertes colocados, sobre todo, en los puntos donde la muralla gira bruscamente. Alguno de ellos tiene forma de pirámide truncada, con 9 m. de base en la cara externa, construida en ligero talud. Todo este sistema es ajeno a las técnicas cosntructivas de los castros.

Las zonas de acceso son las más alteradas, por lo que no se conserva la puerta, que debió estar situada en el flanco Este; delante de este flanco debió existir un foso, hoy prácticamente cubierto, que protegería este lado más vulnerable del poblado.

En una loma frente a la zona de acceso existen numerosos agujeros con remociones de tierras provocadas por los buscadores con detectores de metales, que han sacado a la luz dos cistas construidas con lajas de pizarras. Una de ellas está totalmente saqueada, siendo sus dimensiones 2.10 x 0.80 m. Por tanto, parece lógico suponer que en esta zona se encuentre una necrópolis que, por las características señaladas, es posterior al castro aunque ese mismo lugar pudo haber sido utilizado también en época prerromana.

El material de superficie que se recogió fueron 36 fragmentos cerámicos a torno y 8 a mano. La cerámica a torno es mayoritariamente de tonos anaranjados, con superficies cuidadas; algunas, en cambio, presentan las paredes rugosas típicas de época medieval. Las únicas formas significativas son un borde exvasado y otro recto de labio

simple. La cerámica a mano es de aspecto tosco, tonos marrones, abundantes desgrasantes y, en algún caso, la superficie exterior muy bien alisada. Abundan también por todo el yacimiento los fragmentos de tegulas e imbrices que testimonian la ocupación en época romana, así como los revestimientos con improntas vegetales. En cualquier caso, sería necesario al menos un corte estratigráfico para confirmar las diferentes fases de ocupación de este sitio que apuntan los materiales de superficie.

79.- La Burra (Torrejón El Rubio). (39° 39' 55'' N. y 5° 58' 25'' W. Greenwich. Hoja 679 I.G.N.).

Castro situado en la margen derecha del río Almonte, sobre uno de los cerros mejor protegidos por los cortados del río. Aunque el Almonte sufre un fuerte estiaje en verano, al menos en la actualidad, delante de este cerro no llega a secarse nunca debido a que su profundo encajonamiento ha dado lugar a una gran poza que retiene el agua. El paisaje que rodea al poblado es el típico de ribero, con un terreno ondulante cada vez más abrupto hasta caer cortado verticalmente sobre la cuenca del río. Al estar a menor cota que la llanura no se divisa desde ella, lo que permite al poblado pasar casi desapercibido.

Se ha elegido este enclave porque reúne unas condiciones excepcionales de defensa natural, pues está rodeado al Sur por el Almonte y al Norte por un arroyo que desemboca en él. Se forma entre ambos un espigón fluvial de forma triangular, desprotegido únicamente por el flanco Oeste. La forma del castro se amolda a la del terreno, pues la muralla se construyó al borde mismo de los cortados, aprovechando la roca como cimentación y el cauce del río como foso natural.

Toda la construcción defensiva se levantó con lajas de pizarras unidas con barro, aunque en algunos puntos se colocaron bloques de cuarcíticos en la cimentación. La cara exterior de la muralla está ataludada en unos tramos y es recta en otros.

La muralla dibuja un complicado sistema de recintos adosados, posiblemente resultado de varios añadidos sucesivos. Tiene una acrópolis (recinto 1) en la zona Oeste, la más desprotegida, por lo que se reforzó la muralla con potentes bastiones que se construyeron sencillamente ensanchando la muralla en la zona de acceso; delante se

tallaron dos fosos, el exterior de 2.80 y el interno de 3 m. de ancho, separados por una terraplén intermedio de tierra y piedras. Esta alternancia de fosos, terraplén y bastiones tiene la misión de proteger una de las zonas de entrada al poblado; delante de los fosos se conservan las huellas dejadas por las ruedas de carro en la roca, que confirman que esa era una zona de acceso.

Desde el flanco Norte de la acrópolis arranca un segundo recinto que discurre paralelo al cauce del arroyo, gira en la desembocadura de éste y luego va paralelo al Almonte durante un largo trecho, hasta girar en ángulo recto al llegar de nuevo a la altura de la acrópolis, hacia la que se dirige siguiendo una línea casi recta hasta unirse a ella por el flanco Sur. Este recinto es el mejor conservado de todos, alcanzando en algunos puntos 3.60 m. de altura; se observa la cara interna en algunos tramos, pudiendo constatar que su ancho es de 1.70 m. La única torre que tiene se encuntra al Sur de la acrópolis; es de planta rectangular, de 15.5 m. en su lado más largo y el otro ligeramente inferior, que no pudimos medir pues ha perdido las esquinas. Entre este torreón y la acrópolis se conserva el arranque de un lienzo de muralla que parece dirigirse al extremo opuesto del castro, pero está prácticamente perdido.

La defensa del castro se completó adosando dos recintos más en el flanco Oeste; el más externo (recinto 3) es continuación de la muralla que bordeaba al Almonte, por lo que inicia su recorrido donde aquélla giraba para dirigirse a la acrópolis. El trazado continúa sobre los cortados del río durante 155 m. y allí gira también en ángulo y se dirige a la puerta de la acrópolis; la anchura de la muralla oscila alrededor de 2.50 m. El recinto intermedio (recinto 2) describe una forma similar pero a media ladera; es mucho más pequeño que el de fuera, pues gira a 115 m. buscando también la puerta.

Aunque hemos dicho que la entrada al poblado se situaría en la zona de los fosos, la gran cantidad de derrumbe acumulado en esa zona dificulta su localización. En cambio, se han conservado perfectamente cuatro puertas más, una de ellas tapiada. Esta se abrió en el flanco Norte del castro, frente al arroyo; es un sencillo vano protegido ensanchando la muralla hasta alcanzar 6.50 m.; tan sólo conserva uno de los laterales, por lo que no conocemos el ancho del vano. Esta puerta debió quedar en desuso, por lo que se tapió con un muro de idéntico aparejo al de la muralla; la causa de ello debe estar en la construcción en ese mismo flanco de otra gran puerta mucho más

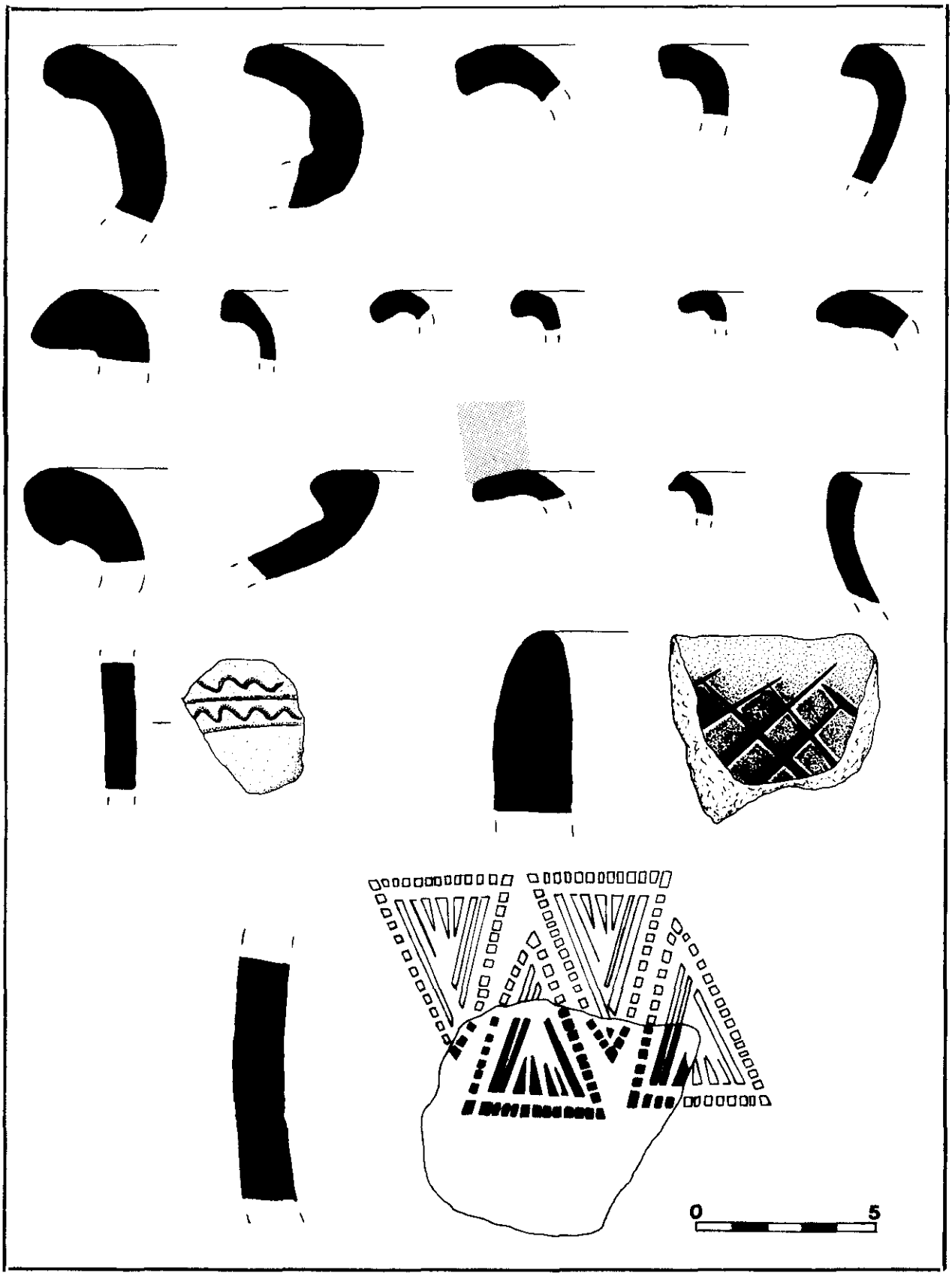


Fig. 66.- Cerámicas recogidas en superficie en el castro de La Burra.

monumental. Esta segunda es también un vano, en este caso de 5.80 de ancho, protegido ensanchando la muralla hasta los 12.80 m. de grosor, dando lugar a un pasillo de acceso que está en ligera rampa. La altura conservada de los muros que conforman la puerta es de 2.15 m. por lo que resulta en hoy absolutamente espectacular.

Otra puerta se abre justo en el extremo del espigón. Se eligió el lugar donde cambia de dirección la muralla por lo que el lienzo que discurre paralelo al arroyo y el que va sobre los cortados del Almonte no se unen; entre ambos se dejó un vano de 1.95 m. que se dotó de un torreón rectangular de 8.50 x 7.30 m. en el lado del Almonte.

Existe otra puerta que sirve para la comunicación interna de los recintos. Se sitúa próxima a la zona de unión del recinto tres con el dos. El vano es de 2.25 de ancho y el pasillo que se forma ensanchando la muralla tiene 5.30 de largo.

La prospección realizada fue selectiva, pues en este castro sí era abundante el material de superficie; se recogió una muestra de 75 fragmentos de los cuales se cogieron al azar 50 fragmentos. Todos, salvo 3, estaban fabricados a torno y cocidos en atmósferas oxidantes; 10 correspondían a cerámicas finas anaranjadas con el interior gris, una con pie anular. El material significativo se recogió todo resultando un lote formado por 1 asa de cinta, 1 fondo plano tosco y 20 bordes, la mayoría vueltos, uno de los cuales está decorado con una banda de pintura roja. Aparecieron 3 galbos decorados: 1 con un motivo de cenefa a base de triángulos estampillados; 1 con decoración de líneas ondulantes enmarcadas en otras rectas y otra de líneas incisas formando retícula (Fig. 66).

El resto del material arqueológico lo componen los abundantes fragmentos de tegulas e imbrices; varios molinos circulares de granitos, dos conservados parcialmente y el resto muy fragmentados y 1 fragmento de escoria de hierro. Además de este material, se conoce un As de Tamusia que procede de este castro (García Jiménez, 1989: 140), todo lo cual indica que el sitio estuvo ocupado hasta el siglo I avanzado a. C.

- Camino de acceso:

Se han conservado en algunas zonas las huellas dejadas por las ruedas de los carros sobre los afloramientos de pizarra; la que mejor nos ilustra sobre las dimensiones de las carriladas es un tramo cercano a los fosos del poblado. Allí la pizarra ha sido intencionadamente cortada para abrir un pasillo que facilite el trasiego, pues el terreno

es muy abrupto; al ser un sitio estrecho y sin posibilidad de desviación, las ruedas han dejado un surco profundo que permite conocer la longitud de los ejes; la anchura máxima (distancia entre los puntos más externos de ambas rodadas) es de 1.60 m.; la mínima (distancia entre los puntos más próximos de las carriladas) es 0.80m.,a lo que habría que sumar el ancho de las llantas.

80.- EL Castejón del Pardal (Trujillo). (39° 39' 13'' N. y 5° 52' 55'' W. Greenwich. Hoja 679 I.G.N.).

Castro situado en la margen izquierda del río Almonte, sobre un cerro bordeado al Este y Oeste por pequeños regatos que discurren bastante encajonados. A pesar de ello, el terreno que rodea al poblado no es abrupto sino al contrario, es una amplia dehesa que va perdiendo cota suavemente hacia la cubeta del río. Por ello no se divisa hasta que no se está prácticamente a sus puertas; desde él se obtiene una espléndida visión del Almonte y los terrenos inmediatos a su cuenca, que en este tramo es amplia al haberse formado una pequeña vega en sus dos márgenes.

El emplazamiento es el habitual en espigón fluvial, rodeado por cursos de agua en todos sus flancos menos uno, el que le comunica con el entorno. Las laderas no garantizan la defensa natural del poblado, que se rodeó de una potente muralla construida con las caras exteriores de lajas de pizarra, rellenando el interior fundamentalmente con tierra debido a que la piedra escasea en los alrededores, mientras junto al río se obtiene fácilmente la tierra (Fig. 67).

En pocos tramos se conservan las caras de la muralla, observándose únicamente grandes acumulaciones de tierra que superan los 10 m. de potencia. En los escasos puntos donde se observan las dos caras se ha podido comprobar que su anchura es de 4 m. A lo largo de su recorrido aparecen tramos resaltados a modo de torreones cuadrangulares: 8 en el flanco Oeste y al menos otro en el Norte. La que mejor se conserva es una torre cuadrangular de 14.50 m. de ancho y 7.70 m. largo que refuerza el cambio de dirección de la muralla desde el Oeste hacia el Norte. Es posible que enfrente se encontrara otra similar, pero no se conserva tan bien; lo que sí se aprecia es que entre ambas pudo existir un segundo tramo de muralla que protegía ese flanco.

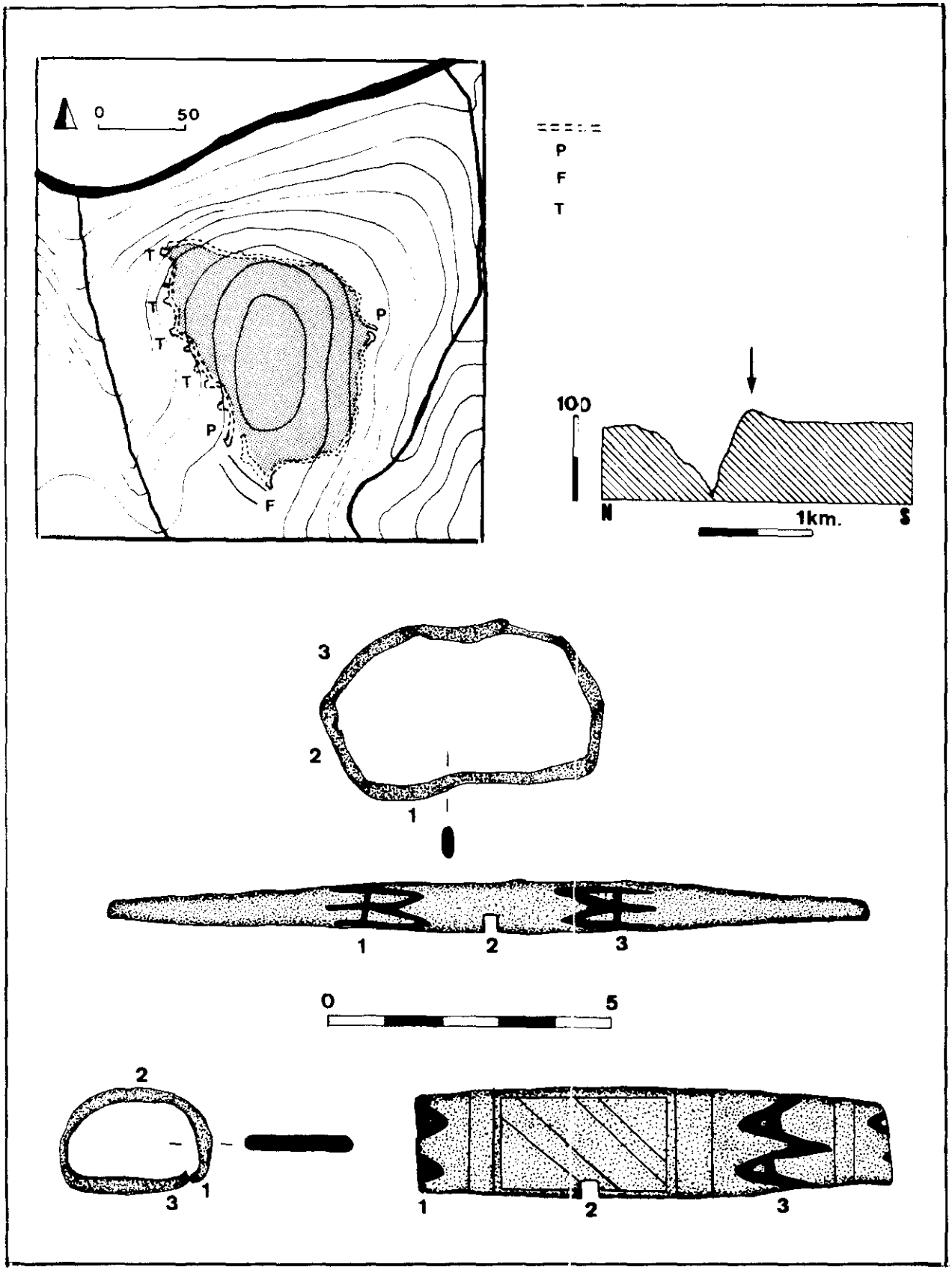


Fig. 67.- Esquema topográfico del Castrejón del Pardal y brazaletes aparecidos en ese castro.

Tanto ese refuerzo como la muralla principal conservan las hiladas inferiores "in situ", apreciándose que las caras son rectas.

Existen dos puertas, una al Sur y otra al Este. La oriental está protegida por dos bastiones, el Oeste mal conservado y el Este perfectamente visible de forma semielíptica. La puerta occidental dibuja una forma de embudo con los tramos de muralla posiblemente más anchos que el resto de la construcción pues los derrumbes son mayores, con un foso tallado delante de ella.

El material de superficie es muy escaso, limitándose a cerámicas muy rodadas a torno cuya única forma significativa son los bordes exvasados y vueltos. Aparecieron también 2 molinos barquiformes de granito, material totalmente extraño en esta zona pizarrosa porque la cantera más próxima se encuentra a unos 13 km. al Sur del castro. En el Museo Provincial de Cáceres está depositados un brazalete completo (Núm. inv. 2528) y un fragmento de otro (Núm. inv. 2527) de bronce decorados con signos incisos, ambos con una pequeña muesca rectangular en uno de los laterales de la zona más ancha. El que está completo lleva el mismo signo repetido a los dos lados de la muesca. El fragmentado conserva la parte central, decorada con un rectángulo inscrito en otro y en el interior 4 líneas trasversales; a ambos lados aparece una línea que separa este motivo del siguiente, dos símbolos en forma de A que también se repite idéntico en los dos lados; otra línea lo separa del motivo que le sigue a continuación, del que sólo se conserva el arranque. No conocemos paralelos para estas piezas, aunque su decoración incisa parece ser heredera de los motivos del Bronce Final (Fig. 67).

81.- El Castillejo de la Coraja (Torrecilla-Aldeacentenera). (39° 36' N. y 5° 40' 40'' W. de Greenwich. Hoja 680 I.G.N.).

Este es uno de los pocos castros de la provincia de Cáceres excavados, por lo que hemos venido haciendo referencia a él desde que comenzamos este trabajo. Durante seis campañas de excavación, realizadas por los miembros del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Extremadura, se han sacado a la luz varias viviendas del poblado y parte de su necrópolis. Aunque no se ha publicado la memoria de excavación, los datos publicados hasta el momento son fundamentales para conocer la Plena Edad

del Hierro en la Alta Extremadura.

El poblado se sitúa en un espigón que dibuja el arroyo del Moro al desembocar en el Almonte, encerrando entre ellos un espacio a modo de península. Los ríos y las escarpadas laderas lo protegen prácticamente por todos los lados, salvo por un pequeño istmo que permite acceder al poblado con alguna facilidad. Una muralla de lajas de pizarra que alcanza los 3 m. de ancho en algunos puntos, con la cara exterior en talud, lo rodeó por completo encerrando una superficie de 1,67 Ha. (Redondo, Esteban y Salas: 1991, Fig. 1 y 2). En su interior se construyó otro recinto más pequeño, a modo de acrópolis, que tan sólo conecta con el recinto exterior por las puertas de acceso al poblado, como se observa en la planimetría del casco (Esteban, 1993; Redondo et alii, 1991) (Fig. 68).

Como es lógico, las puertas se abren en el único lado que no está rodeado por los cursos de agua. Al ser el flanco más desprotegido, se defendieron construyendo un inmenso bastión macizo de unos 19 m. de anchura a cuyos dos lados se abren las puertas: una es un estrecho pasillo por el que se entra al recinto mayor; la otra permite acceder a la acrópolis por una especie de embudo formado por el bastión y un potente lienzo de muralla en cremallera. Delante de ellas se abrieron dos fosos paralelos. Otra tercera puerta se abrió en la muralla para comunicar la acrópolis con el resto del poblado, sin necesidad de tener que salir y volver a entrar desde el exterior.

El análisis del sistema defensivo que realizan los que lo han excavado habla de la existencia de bastiones protegiendo los giros de la muralla, aunque ninguno de éstos está reflejado en la planimetría por lo que cabe conjeturar que tal vez se trate de engrosamientos de la muralla en esos puntos más débiles del trazado.

Las excavaciones se centraron en sacar a la luz varias casas situadas en la acrópolis (Esteban, 1993: fig. 2). Es muy interesante que se hayan podido documentar dos fases de construcción en el poblado. El momento más antiguo lo representa la llamada "Cabaña I", de planta rectangular dividida longitudinalmente en dos estancias, con un porche delante de la puerta cubierto con un voladizo que apoyaría en tres pies derechos de los que se conservan las basas de granito (Ibidem) (Fig. 68).

En una segunda fase se adosan a esta casa nuevas construcciones, orientadas en sentido inverso, que inutilizan el porche anterior. Se conocen de este momento tres

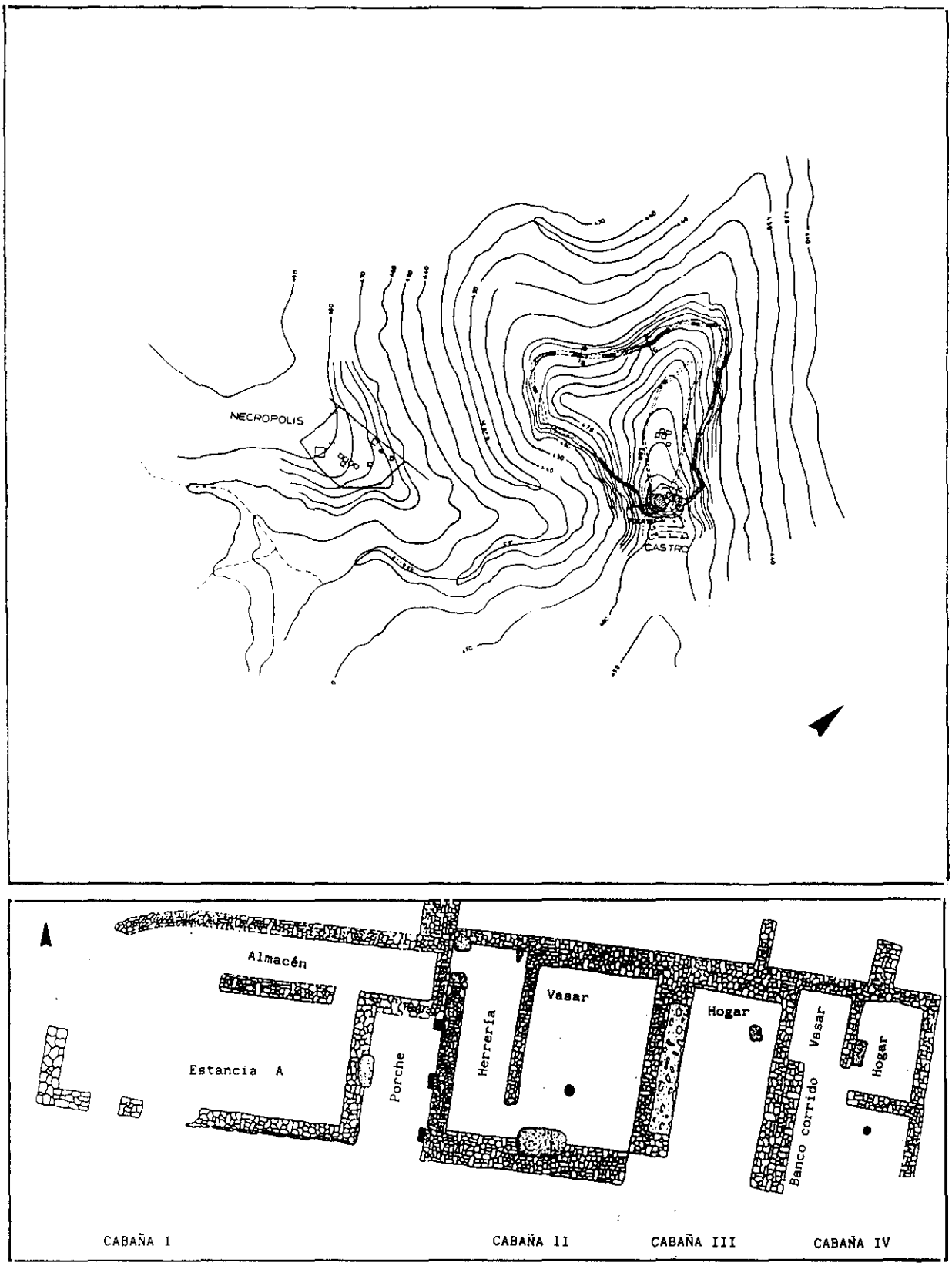


Fig. 68.- A. Levantamiento topográfico del Castillejo de La Coraja. B. Viviendas excavadas en su acrópolis.

viviendas unidas por muros medianiles entre ellas y a otro grupo de casas adosadas a sus espaldas; son de tamaño ligeramente inferior a la más antigua y no parecen tener porche delante de la puerta. No existe un modelo único de vivienda, aunque todas son rectangulares y suelen tener el espacio interior compartimentado en pequeñas habitaciones. Dos de ellas cuentan con un banco corrido, siempre en el lado más largo de la vivienda. En dos casas se ha documentado el hogar, cada uno en un sitio diferente de la estancia. En otras dos casas se ha conservado el basamento de piedra del pie derecho que sostendría la cubierta.

Todas las casas se levantaron con muros de pizarras recrecidos con adobes y cubiertos con ramajes entrelazados; la techumbre apoyaría en un pie derecho que descansaba en las basas de columnas localizadas en el interior de la vivienda, pero desplazadas del centro.

Poco puede señalarse del urbanismo del poblado, pues lo excavado no llega a ser ni una manzana; pero sí es suficiente para conocer que el modelo en uso fue el de casas alineadas, adosadas entre sí por los flancos laterales, abiertas por un extremo a la calle y, en el extremo contrario, adosadas a otra alineación de casas.

- La necrópolis.

Está ubicada en una meseta frente al castro, separada unos 200 m. de él, pero el acceso directo desde el poblado a ella resulta complicado debido a los accidentes del terreno (Esteban, 1993: 71). Se han excavado al menos 70 enterramientos, pero no se ha publicado todavía ninún conjunto completo por lo que sólo podemos hacer una valoración global de los elementos que han aparecido en ella.

Desconocemos la superficie total excavada, por lo que no podemos indicar la densidad de tumbas; en cuanto a su organización interna, los excavadores indican que existen zonas con gran densidad de enterramientos separadas por otras vacías. El ritual documentado consiste en depositar los restos del cadáver incinerado dentro de una urna y enterrarlos en un hoyo. En numerosas ocasiones la urna se tapaba con un plato y se depositaban junto a ella elementos de ajuar, generalmente platos con ofrendas, ungüentarios y algún elemento de adorno personal.

Prácticamente no se documentan armas en esta necrópolis, tan sólo cuchillos afalcatados y las puntas de lanza. Ello la asemeja a la necrópolis del Mercadillo de

Villasvijeas del Tamuja, pero la diferencia de la del Castillejo de la Orden y la del Romazal de Villasviejas del Tamuja.

Las breves noticias que tenemos de estos enterramientos arrojan, sin embargo, alguna luz sobre las peculiaridades de la cultura material de estas gentes. Llama la atención el alto porcentaje de cerámica a mano documentado, entorno al 60 % según sus excavadores (Esteban, 1993: 74). Sin embargo, habrá que esperar a la publicación definitiva para constatar ese dato, pues posteriores revisiones del material publicado inicialmente como urnas a mano han revelado que se trataba de urnas a torno grises o ibéricas con pintura roja (Civantos, 1993).

Prescindiendo por tanto del porcentaje, nos interesa destacar que en esta necrópolis no se han localizado cerámicas pintadas similares a las halladas en el poblado. En cambio aparecen dos piezas que son interesantísimas para entender la confluencia de influjos que se dan cita en la Alta Extremadura: por un lado, aparece una urna de pie alto con forma similar a otra encontrada en Alcántara pero decorada con motivos a peines similares a los que se conocen en la necrópolis vettonas; por otro lado, aparecen vasos calados similares a los de la Beturia céltica (Berrocal, 1994: 190), todo ello en unas fechas del siglo IV-III a. C.

Cronologías más avanzadas señalan algunas de las fíbulas que se han publicado, entre ellas las de esquema de La Téne II, las de torrecilla o la de caballito con jinete, elementos que indican que la necrópolis estuvo en uso hasta fines del siglo II o principios del I a. C. Estas fíbulas tienen sus mejores paralelos en las necrópolis meseteñas, especialmente en la Celtiberia en el caso de la fíbula de caballito, dato que será necesario relacionar con la información que proporcionan otras necrópolis comtemporáneas excavadas en la provincia,como la del Romazal, donde también son evidentes los fuertes influjos celtibéricos en algunos de sus elementos de ajuar, especialmente en el armamento.

82.- Los Castillejos de Valdecañas (Almaraz). (39° 47' N. y 5° 38'W. de Greenwich. Hoja 652 I.G.N.).

Este es uno de los escasos poblados asentados sobre el borde mismo del Tajo y

posiblemente su aparición se deba a que existe un importante vado muy cerca de él. El castro se levanta sobre una meseta rodeada al Norte y el Sur por dos regatos que desembocan en el Tajo que discurre al Este. Entre los tres delimitan una gran plataforma casi triangular con las laderas recortadas hacia los cursos de agua (Fig. 69). La altura máxima de este emplazamiento es de 432 m. y la mínima en la base del cerro es de 290 m., por lo que resulta ser una altura considerable respecto a su más inmediato entorno; sin embargo, la Sierra de Almaraz se alza justo al otro lado del regato que corre al Norte, por lo que este cerro no es el punto más destacado del paisaje.

El acceso al poblado se realiza por la vertiente Noroeste, la única llana. Para defender este punto vulnerable se levantó un inmenso torreón circular, macizo, de 50 m. de diámetro máximo en la base, evidentemente muy acrecentada por la acumulación de derrumbes, construido con bloques de tamaño mediano de bloques de cuarcitas. Desde el torreón arranca una línea de muralla que envuelve totalmente al poblado, encerrando una superficie de 10 Ha. aproximadamente. Se conservan bastante bien algunos lienzos, en los que se observa un esmerado cuidado en la ejecución de la cara exterior, de trazado recto o en muy ligero talud, con las lajas bien aparejadas tanto de piedras cuarcíticas como calizas unidas con barro (Fig. 69).

El material de superficie es muy abundante en todo el castro. Como es habitual en otros poblados, la mayoría de la cerámica está fabricada a torno aunque existen muy diversas calidades. Un lote presenta aspecto tosco debido a la utilización de pastas ricas en desgrasantes, suelen tener paredes anchas de color amarronado, destacando 8 bordes exvasados y vueltos, 1 fondo plano, 1 fondo con pie anular y 1 galbo decorado con estampillas rectangulares de reticulados profundos. Otro grupo destacado lo componen las cerámicas finas de tonos anaranjados, a veces con el interior gris, de paredes estrechas fabricadas con pastas bien decantadas y desgrasantes pequeños, entre los que se encuentran 5 bordes exvasados y vueltos, 1 fondo umbilicado y 1 galbo decorado con un motivo reticulado impreso (Fig. 70).

Un conjunto significativo de materiales procedentes de este yacimiento lo publican González y Quijada (1991: 160-1), entre los que interesa mencionar un lote de cerámicas pintadas con líneas paralelas o cuartos de círculos concéntricos de color rojo obscuro o violeta; más destacados son un conjunto de tres calderos de bronce, una fíbula de

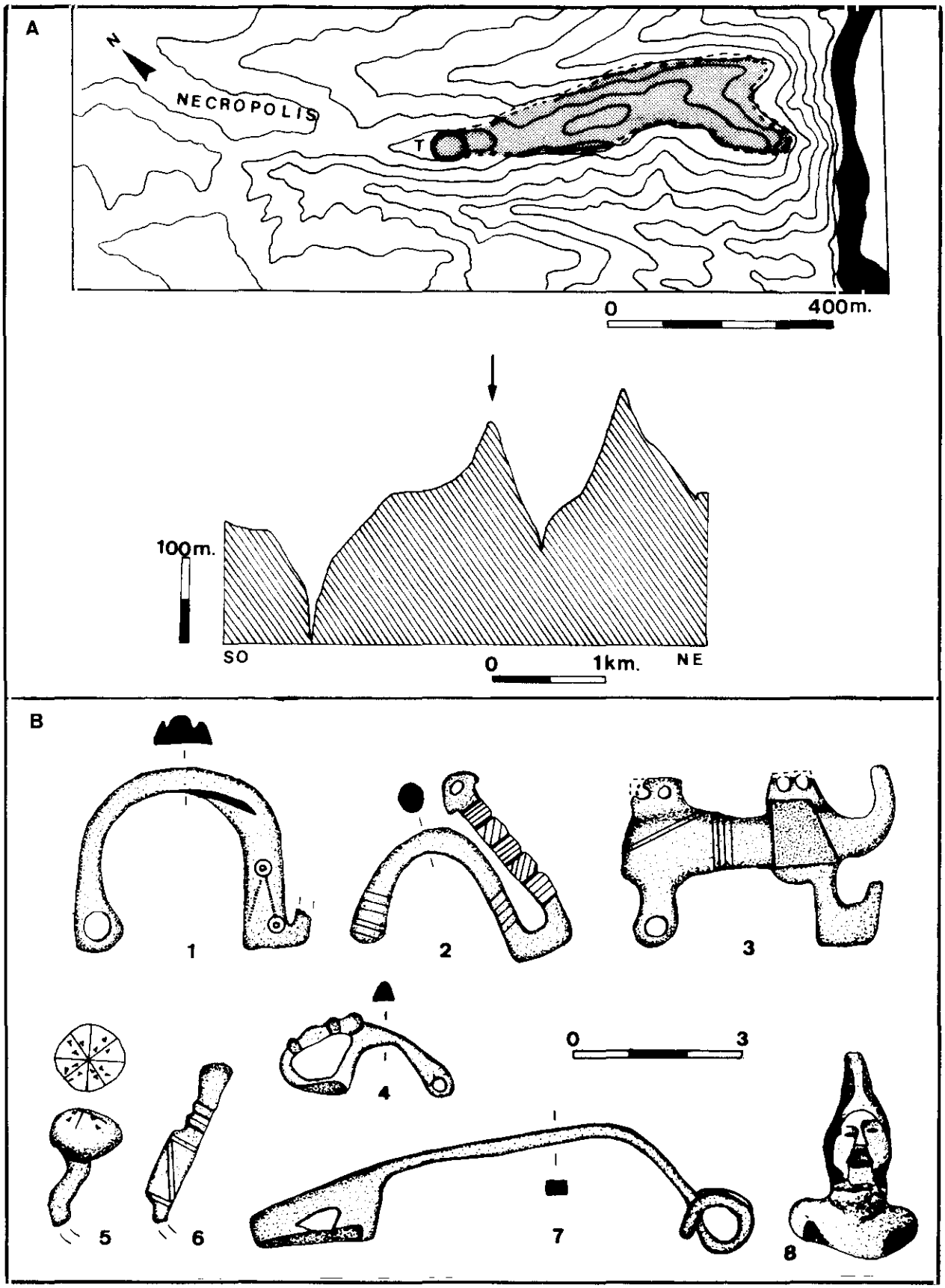


Fig. 69.- A. Esquema topográfico del Castillejo de Valdecañas. B. Fíbulas aparecidas en él.

torrecilla, diversas placas de bronce y un glande de plomo que en conjunto evidencian que el castro estuvo hasta una época avanzada que podría alcanzar el siglo I a. C.

En una suave loma situada a unos 200 m. frente a la zona de acceso al castro, se encuentra la necrópolis totalmente expoliada con los detectores de metales, pues hemos hallado más de cien agujeros distribuidos por toda la cima. Como consecuencia de ello, es muy abundante la cerámica de superficie, toda fabricada a torno pero de aspecto tosco. Lo más significativo es que de los 10 fondos recogidos, 8 son planos y sólo 2 tienen un pie anular; aparecieron también 3 bordes anaranjados de urnitas y cuencos y 1 de plato de pasta grisácea, además de numerosas piezas metálicas dejadas por los expoliadores, entre ellos pequeños vástagos, clavos, plaquitas, fragmentos informes de hierro y 1 glande de plomo.

Lo más destacado, sin embargo, es un conjunto materiales de bronce muy fragmentados que se encuentran en el Museo Provincial de Cáceres (Figs. 69, 70, 71) integrado por 12 fíbulas: 1 de La Téne I, 5 de torrecilla, 1 transmontana, 1 zoomorfa de elefante, 1 La Téne II, 1 La Téne III tipo Nauheim, el apéndice y el puente de otras dos. El resto son placas de bronce decoradas de distintos tipos: 2 circulares con motivos estrellados o círculos concéntricos incisos, 2 rectangulares con remaches de hierro, decoradas con líneas incisas, formando en algunos casos bandas rellenas por incisiones oblícuas o triángulos, círculos o SS troquelados. Aparece también una placa de cinturón rectangular con el contorno decorado a base de triángulos troquelados contrapuestos rellenos de puntos, idéntica a otra aparecida en Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: 217). Existe otra placa rectangular arqueada con los laterales decorados con líneas incisas rellenas por puntos troquelados o incisiones oblícuas; lleva dos remaches de hierro en la parte superior quizás para sujetarla a un tahalí de hierro. Otros materiales que integran el lote son: 1 busto con cabeza varonil de bulto redondo, plano en el reverso, quizás parte de un aplique o el remate de un asa (Museo de Cáceres, sin núm. de inventario). La mayoría de estos materiales apuntan a que la necrópolis estuvo en uso durante el siglo II y alcanzó probablemente el I a. C., pero lo más destacado es la riqueza de ajuares que se puede intuir a partir de estos pequeños objetos desechados por los saqueadores clandestinos, además de que estos objetos permiten documentar fuertes influencias llegadas del área celtibérica.

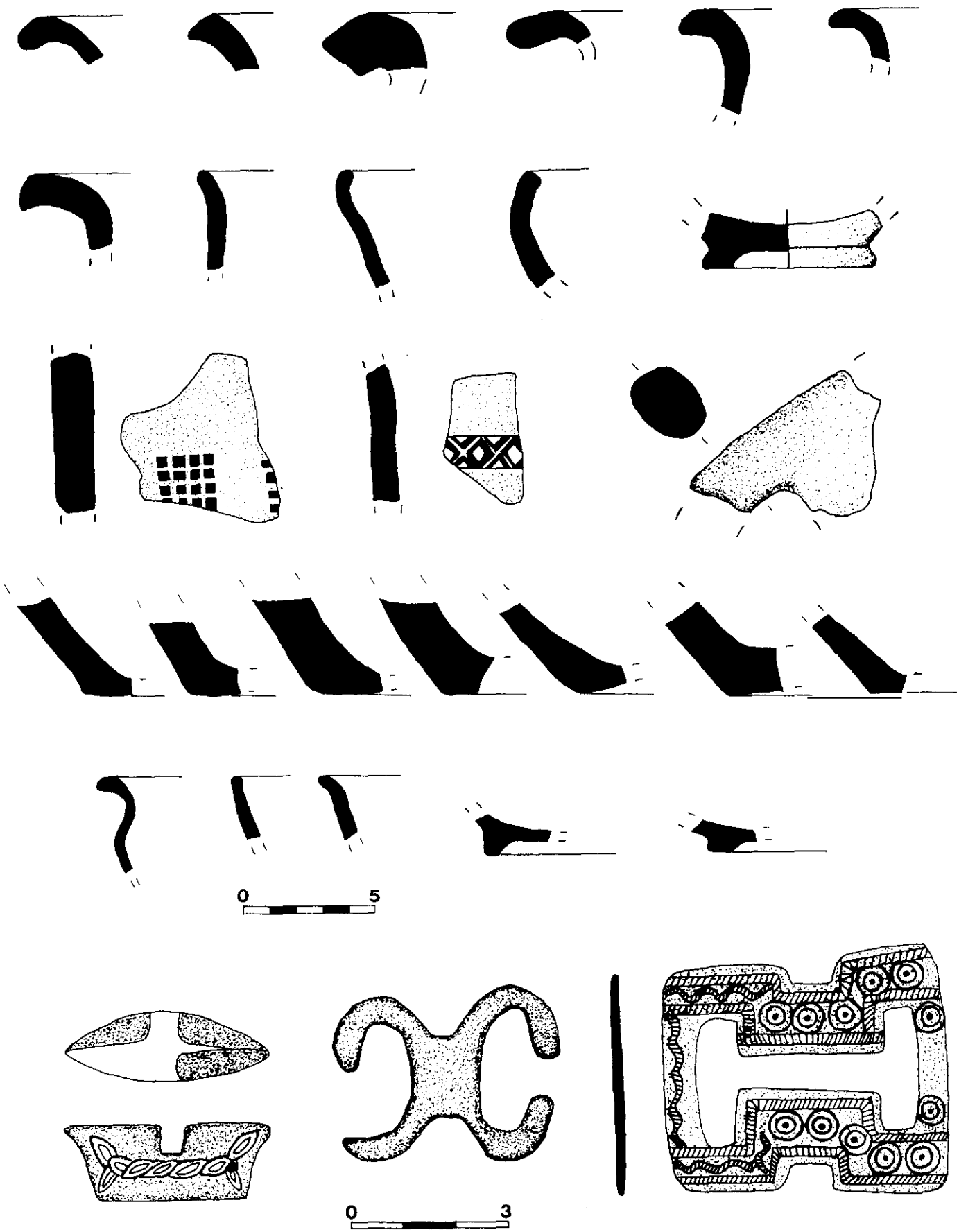


Fig. 70.- Cerámicas del Castillejo de Almaraz (1-14), fondos, bordes y metales de su necrópolis (15-29).

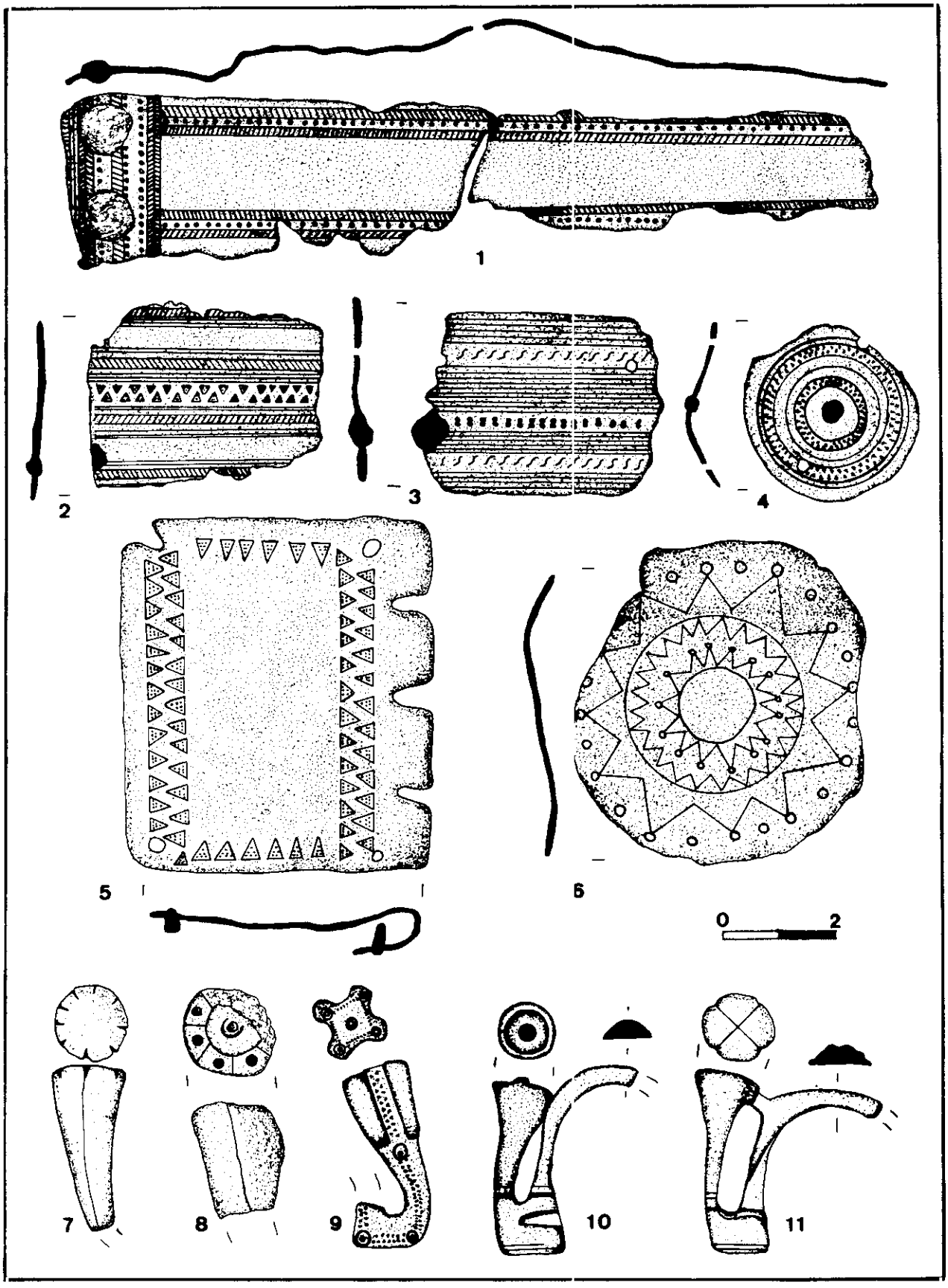


Fig. 71.-Tahalí (1), placas (2-4,6), broche de cinturón (5) y fíbulas de torre (7-11) del Castillejo de Almaraz.

83.- El Castillejo del Castañar (Castañar de Ibor). (39° 38' 20'' N., 5° 24' 50'' W. Greenwich. Hoja 681).

Este es otro de los castros situados en el extremo oriental de la provincia de Cáceres, en las sierras que separan la cuenca extremeña del Tajo de la de Toledo. No se eligió ninguna de las alturas que coronan estas serretas, que superan la cota de los 1000 m.; se prefirió un cerro que es prolongación de ellas pero que, sin duda, reúne mejores condiciones de habitabilidad. De todas formas, también está protegido por empinadas laderas en todos sus flancos y el acceso resulta complicado, al menos actualmente debido a la maleza.

La cima del cerro está coronada por una muralla de bloques de cuarcita que encierra una superficie aproximada de 0.5 Ha. Su trazado está en estrecha conexión con la topografía, pues se construyó cerrando los huecos entre los numerosos afloramientos. La mayoría de los lienzos se han derrumbado, pero en algún caso se conservan en pie algunas hiladas de la cara interna y externa, siendo su anchura 1.75 m.

En el interior del recinto no se pueden distinguir estructuras arqueológicas, dada la abundancia de maleza que lo ocupa y lo alterado que se encuentra; aparecen importantes socavones en el terreno y concentraciones de piedras, en algunos casos sacadas de esas remociones. Lo único destacado es un muro que divide al poblado en dos, pero que parece de cronología posterior.

El yacimiento se encuentra totalmente cubierto por hojarasca, maleza y piedras que, además de dificultar notablemente el desplazamiento en su interior, han hecho imposible localizar material cerámico en superficie, por lo que únicamente las características de las murallas nos permiten asegurar que corresponde a un castro de la Edad del Hierro.

84.-Castillejo de la Navilla (Navatrasierra). (39° 36' 40''N.,5° 15' 08''W. Greenwich. Hoja 681 I.G.N.).

Este poblado se sitúa en las estribaciones de la Sierra de Altamira, una de las barreras naturales que separan las tierras toledanas de las de Cáceres. Se eligió para

emplazarse una de las numerosas alturas que existen en la zona, a 823 m. de altitud, bien protegida por las pendientes. Sin embargo, no es el punto más alto del entorno, puesto que hacia el Este y al Oeste las crestas de la Sierra de Altamira y la del Hospital del Obispo superan con creces los 1000 m.

Desde el Castillejo se dominan los pequeños valles que existen entre las sierras y este punto es, al mismo tiempo, fácilmente divisable desde el entorno; de hecho, existe un vértice geodésico en su cima. El pueblo actual se sitúa a los pies del castro, por lo que tan sólo ha existido un traslado del poblamiento desde la altura a la zona baja, posiblemente porque esta sea la mejor área para situar un núcleo de población.

Una muralla rodea todo el poblado, encerrando una superficie de aproximadamente 0,5 Ha. Está construida con bloques de cuarcita de forma irregular, de la que sólo son visibles los derrumbes, que alcanzan 4.50 m. en el flanco Oeste. En otros puntos de su recorrido, ha sido aprovechada como cerramiento, por lo que está muy alterada; incluso, la piedra se ha utilizado para construir pequeñas estructuras para guardar ganado en el interior del yacimiento.

Esta alteración que sufre el castro hace muy difícil que se localice en superficie material arqueológico, por lo que la prospección tan sólo deparó 2 fragmentos de cerámica, realizadas a torno.

85.-Cerro de la Torre (Retamosa). (39° 33''20''N. y 5° 32' 50''W.de Greenwich. Hoja 680 I.G.N.).

La desembocadura del río Berzocana en el Almonte dibuja un profundo espigón fluvial en cuyo centro queda un espacio de terreno de forma triangular con las laderas que caen hacia los ríos muy empinadas. En cambio, el flanco que no está rodeado por los cursos de agua es una amplia meseta sin interrupción hacia el Oeste que carece, por tanto, de defensa natural. En ese espigón se asentó un castro que aprovecha la defensa natural que le proporcionan dos de los lados del espigón y contrarresta la falta de ella en el tercero con la construcción de una potente muralla.

Todo el terreno que rodea al castro se caracteriza por ser una zona no demasiado abrupta pero compartimentada por los profundos cortes que los ríos han abierto en el

terreno. Los cauces del Almonte, Berzocana y Garciaz son auténticos delimitadores del territorio que incluso hoy sirven de linde entre términos municipales. Ello puede explicar la asombrosa cercanía entre los castros de esta zona, que no se repite en ninguna otra de la cuenca del Tajo. En concreto este castro está a tan sólo 2.5 km. del castro de la Dehesilla y a unos 5 km. de ambos está el Castillejo de la Hoya, aunque entre ellos discurre siempre uno de estos ríos.

Todo el territorio que rodea al castro es una zona de encinar que se dedica actualmente a la cría de ganado. En la época en que estuvo habitado este poblado el encinar debió ser todavía más denso y su aprovechamiento no debió ser muy diferente del actual. Además, tiene la ventaja de que a los pies del castro, el Almonte ensancha su cauce dando lugar a una pequeña vega donde pudieron sembrar lo necesario para complementar su dieta alimenticia.

El poblado se protegió construyendo un potente sistema defensivo a base de varios recintos que tienen una estructura muy peculiar. Consta de un anillo externo que envuelve la cima de la meseta y dos murallas trasversales en el interior que lo cruzan de Norte a Sur compartimentando el poblado en tres espacios independientes; desde la puerta hasta el primero de ellos hay unos 37 m.; desde éste al segundo, que es de mayor embergadura, hay unos 53 m. y desde él al extremo final del castro unos 100 m.. Este último muro trasversal conserva su puerta que mide 2.60 m. y tiene los laterales reforzados a base de ensanchar la muralla, pero sin llegar a ser torreones.

Toda la construcción defensiva está realizada en pizarra; las caras exteriores están construidas en suave talud, levantadas con lajas ordenadas unas encima de otras, aunque sin ningún esmero, y el interior lleva un relleno de piedra y tierra. Su anchura oscila en torno a 1.55 m. en la mayoría de los tramos del anillo externo. En cambio la zona de la puerta se protegió aumentando el espesor de los lienzos dado que esta zona es la más vulnerable de todo el poblado. Por ello, delante de la puerta se colocaron dos fosos que cruzan de extremo a extremo la zona del istmo. Se construyeron excavando en la pizarra el fondo y elevando las paredes laterales con muros de pizarra, por lo que el conjunto debió ser francamente impresionante. El primero mide 6.30 m. de anchura y el segundo 5 m., estando separados ambos por un espacio de 14 m.

La puerta tienen 3 m. de anchura y no está en el centro del istmo sino desplazada

hacia el Sur hasta quedar casi al borde de los cortados hacia el río Berzocana. No tiene torreones propiamente dichos sino que se recurrió a ensanchar la muralla hasta el punto de que los lienzos que configuran el vano de entrada se convierten prácticamente en bastiones. El que delimita el lado sur de la puerta mide 3.50 m. de anchura y el del lado norte dibuja una forma casi circular de 11.5 m. de ancho, a modo de bastión que va progresivamente estrechándose hasta reducirse al ancho normal de la muralla.

El material recogido en superficie está formado por cerámicas fabricadas a torno, de colores rojizos y aspecto tosco. La única forma documentada es una vasija globular con el borde vuelto, sin que hayamos podido documentar ningún fragmento con decoración.

86.- Castillejo de la Hoya (Aldeacentenera). (39° 31' 10'' N. y 5° 18' 80'' W. Greenwich. Hoja 680 I.G.N.).

Como su nombre indica, este poblado aparece sobre un terreno que se encuentra hundido en relación a su entorno, en un paisaje típico de ribero; en él la cuenca del río se ha ido encajonando desde la cota de los 600 m. que tiene la penillanura hasta los 460 m. a que discurre el río. Se eligió como asentamiento una colina rodeada por el cauce profundo y sinuoso del Río Garciaz y la desembocadura del Arroyo del Pez. Este emplazamiento le proporciona buenas defensas naturales por tres de sus cuatro flancos y, además, la ventaja añadida de pasar desapercibido, ya que no se divisa el castro hasta que prácticamente no se llega a él.

El poblado se rodeó de dos recintos de muralla que encierran una superficie aproximada de 1,5 Ha. descritos ya por M. Murillo (1975: 472), por lo que sólo nos detendremos en lo que nos parece esencial. El interior defiende la parte más alta del cerro y el segundo se sitúa en la rompiente de la zona amesetada hacia las laderas más abruptas, ambos amoldando su trazado a la topografía. Por ello, en algunos tramos discurren casi paralelos, separados únicamente unos 20 m., dando la impresión de ser recintos casi concéntricos.

La entrada al poblado se realizaba por el flanco Oeste, el único que no está

rodeado por los ríos. Se accede a través de una puerta en esviaje que tiene 3.60 de anchura; la puerta del recinto interno se encuentra desviada de esta primera, para garantizar mejor su defensa. Además, se protegió con un torreón del que sólo se observan sus derrumbes.

Las murallas se construyeron con lajas de pizarras unidas con barro, con la cara exterior en marcado talud; la interna casi siempre está cubierta por sedimentos, salvo en la zona de acceso, donde se observa que es recta. La anchura de los muros varía según lo requieren las necesidades defensivas, oscilando entre los 2.70 m. que tienen junto a la entrada del recinto más externo a los 3.20 que miden en el recinto interno.

Todo el castro está cubierto por una densa vegetación de jaras y monte bajo que dificultan enormemente el tránsito y la visibilidad. Ello ha protegido a las defensas hasta la actualidad, por lo que se conservan bastante bien en muchos tramos. Sin embargo, para mejorar el acceso tanto de los dueños de la finca como para el ganado, se han abierto recientemente unos caminos que cortan la muralla en algunos puntos, sobre todo en el lado Este.

La cerámica de superficie está fabricada en su mayoría a torno, aunque existe un grupo minoritario hecho a mano; entre éstas destacan un galbo decorado con digitaciones. Las cerámicas a torno presentan un aspecto tosco, con paredes gruesas y abundantes desgrasantes; entre ellas los únicos fragmentos significativos fueron un borde exvasado; un galbo decorado con una fina acanaladura que dibuja una línea horizontal y bajo ella un aspa; un galbo decorado con ungulaciones; un fragmento de plato con carena alta y un fondo plano, todo ello característico de la Plena Edad del Hierro. Hay que anotar que también aparecieron en superficie fragmentos de molinos circulares de granito, material cuyos afloramientos más próximos están a unos 20 km. del yacimiento, así como un alisador con uno de sus extremos muy desgastado por el uso.

87.- La Dehesilla (Berzocana). (39° 32' 12'' N. y 5° 31' 50'' W. Greenwich. Hoja 680 I.G.N.).

Castro situado en el llamado Cerro de la Torre, que aprovecha el espigón fluvial que originan las desembocaduras de dos pequeños regatos en el río Berzocana que le

garantizan una buena protección natural por el flanco Norte y Este, ya que este río lleva un cauce estrecho pero profundo. Sin embargo, por los demás lados el relieve no es excesivamente abrupto; de hecho se accede a él por un terreno prácticamente llano donde está construida la casa de la finca, sin que destaque en absoluto la silueta del cerro. Resulta interesante este hecho puesto que es una de las pocas zonas llanas que existen en toda esa comarca cercana a las Villuercas en la que dominan las crestas de las sierras. Se rehuyó intencionadamente cualquier emplazamiento en altura buscando esa franja de tierra quizás más productiva y camuflada en el paisaje (Fig. 72).

El yacimiento tiene varios recintos inscritos unos en otros que envuelven una superficie total de 1,01 Ha. y está precedido por dos fosos, uno inmediatamente junto a ella, que mide 6.30 m. de ancho, y otro separado 5.50 m. del anterior, cuya anchura máxima es de 6.70 m.. La peculiaridad de los fosos es que tienen las paredes levantadas con aparejo similar al de la muralla, con las caras en talud.

La forma de construir los recintos es peculiar de este castro, porque es el único que conocemos que tiene tres recintos semiconcéntricos y el último presenta en los laterales murallas longitudinales que aislan una franja de terreno en los flancos Este y Oeste, dando lugar a nuevos espacios independientes, como se observa en la perimetría (Fig. 72). Hemos dicho que los recintos son semiconcéntricos porque el lado Sur es común a los cuatro recintos; el primero de ellos y más pequeño se configura como una pequeña acrópolis de forma casi circular con el flanco Sur en pronunciado talud que sirve también de pared al foso. El segundo recinto envuelve al primero (salvo por el flanco Sur), pero tiene un trazado a base de muros rectos dibujando una amplia cremallera que no es habitual en los castros, casi sin supeditarse a la topografía. Está construido con grandes bloques de cuarcita en la base y lajas de pizarra unidas con barro encima, con las caras rectas; en el Suroeste se reforzó con un torreón rectangular adosado a la muralla de 5.50 m. de largo y 2.10 m. de ancho, hoy convertido en zahurda.

El resto del castro cuenta con una muralla construida a base de lajas de pizarra perfectamente trabadas para dar solidez a los lienzos y, a diferencia del segundo recinto, no llevan bloques de cuarcita en sus muros y sí presenta los lienzos en ligero talud. El trazado de la muralla se amolda tan perfectamente a la orografía que sigue casi sin desviarse la curva de nivel de los 545 m., aunque en el lado Oeste describe un amplio



Fig. 72.- Levantamiento topográfico del castro de La Dehesilla.

zig-zag de ángulos rectos que llegan casi al arroyo, prolongándose regato arriba y volviéndose a juntar con el segundo recinto en el torreón. En los lados Este y Oeste se optó por trazar unos lienzos casi paralelos al recinto exterior que aislan una franja de terreno a cada uno de los lados y configuran espacios independientes con un mínimo esfuerzo constructivo (Fig. 72).

Por tanto, coexisten en el mismo castro técnicas de construcción tan diferentes como son los lienzos de pizarras en talud y los lienzos rectos, el trazado supeditado a la orografía y el que se libera de ella para dibujar tramos rectos con ángulos marcados. Ello pudiera deberse a la diferente cronología de unas y otras; es posible que en un principio el castro sólo contara con el recinto más amplio y, posiblemente, la pequeña acrópolis defendiendo la entrada; en un momento posterior debió añadirse el segundo recinto, el torreón y se construyeron los recintos laterales, aunque en este caso el muro que corre paralelo al regato es el que debe ser más moderno que el que está en el interior, tanto por la técnica de construcción que presenta como por el trazado con ángulos casi rectos. Es posible que los impresionantes fosos también se retocaran en este segundo momento. En cualquier caso estas apreciaciones las deducimos de la mera observación de la muralla pero están supeditadas a futuras excavaciones que las confirmen o rechacen.

En superficie aparecían numerosos fragmentos de cerámica. La mayoría están fabricados a torno, aunque son de aspecto tosco; las pastas son anaranjadas o marrones y ricas en desgrasantes. Los fragmentos más significativos fueron 1 borde ligeramente exvasado, 4 bordes vueltos, 1 fondo plano, 2 galbos con decoraciones de estampillas circulares concéntricas y 1 borde decorado con estampillas en forma de hojas contrapuestas (Fig. 73, A).

88.- EL Castrejón (Berzocana). (39° 28' N. y 5° 32' 40'' W. Greenwich. Hoja 706 I.G.N.).

Poblado enmarcado en el paisaje abrupto que caracteriza a las últimas estribaciones de la Sierra de Guadalupe. No se ha buscado un emplazamiento en cerro destacado sobre el entorno, sino una pequeña elevación con laderas que descienden sin brusquedad hacia el Arroyo de la Hoyuela. En sus alrededores existen elevaciones de

cota superior que dificultan que el poblado se divise desde lejos; tan sólo desde el cauce de los arroyos que lo rodean se aprecia el resalte sobre el que se asentó el poblado.

Un fuerte sistema defensivo palía esas carencias de protección natural; dos anillos de murallas encierran una superficie aproximada de 1,5 Ha. Uno rodea la parte alta, a modo de acrópolis, y el otro envuelve el resto de la cima del cerro existiendo entre ambos una distancia de 5 m. en la zona de acceso que se va ampliando hasta los 7.5 m. y 10.5 m.. La entrada al poblado se encuentra en el flanco Este, único prácticamente llano; por ello, además de que las dos líneas de murallas están muy próximas, se abrieron dos fosos. Uno adosado a la muralla, de forma que ésta configura el lado interno del foso, que tiene 3.60 m. de anchura máxima y prácticamente rodea todo el poblado. A 10.30 m. se abrió un segundo foso en forma de media luna que protege únicamente la zona de acceso, pero de mayor anchura que el otro, pues alcanza 5.50 m. de ancho. Como complemento de estas defensas, la acrópolis se reforzó en esta zona de entrada construyendo un bastión acodado y macizo, que en realidad es un potente ensanchamiento de la muralla, de al menos 6.70 m. de anchura. A pesar de que se conservan mal estas construcciones, todavía hoy impresionan al acercarse al poblado ver esos dos anillos de murallas con sus fosos.

La piedra utilizada en la muralla es la pizarra, pero no en lajas estrechas como sucede en los cercanos Valdeaguno, El Castillejo de la Hoya y La Dehesilla, sino en bloques sin desbastar unidos con barro; por ello las piedras aparecen menos cohesionadas en la cara externa de los paramentos, que son rectos. La cara interna aparece casi siempre cubierta y sólo en algunos puntos se observan las piedras superiores, que nos permiten conocer que el ancho de los lienzos se sitúa entorno a los 2.70 m.

El material de superficie está compuesto por cerámicas a torno de aspecto tosco, de tonos amarronados o rojizos, salvo algunos fragmentos más finos anaranjados. Destacan 1 fondo con pie indicado, 1 borde vuelto y 1 engrosado decorado con líneas incisas oblicuas (Fig. 73,B).

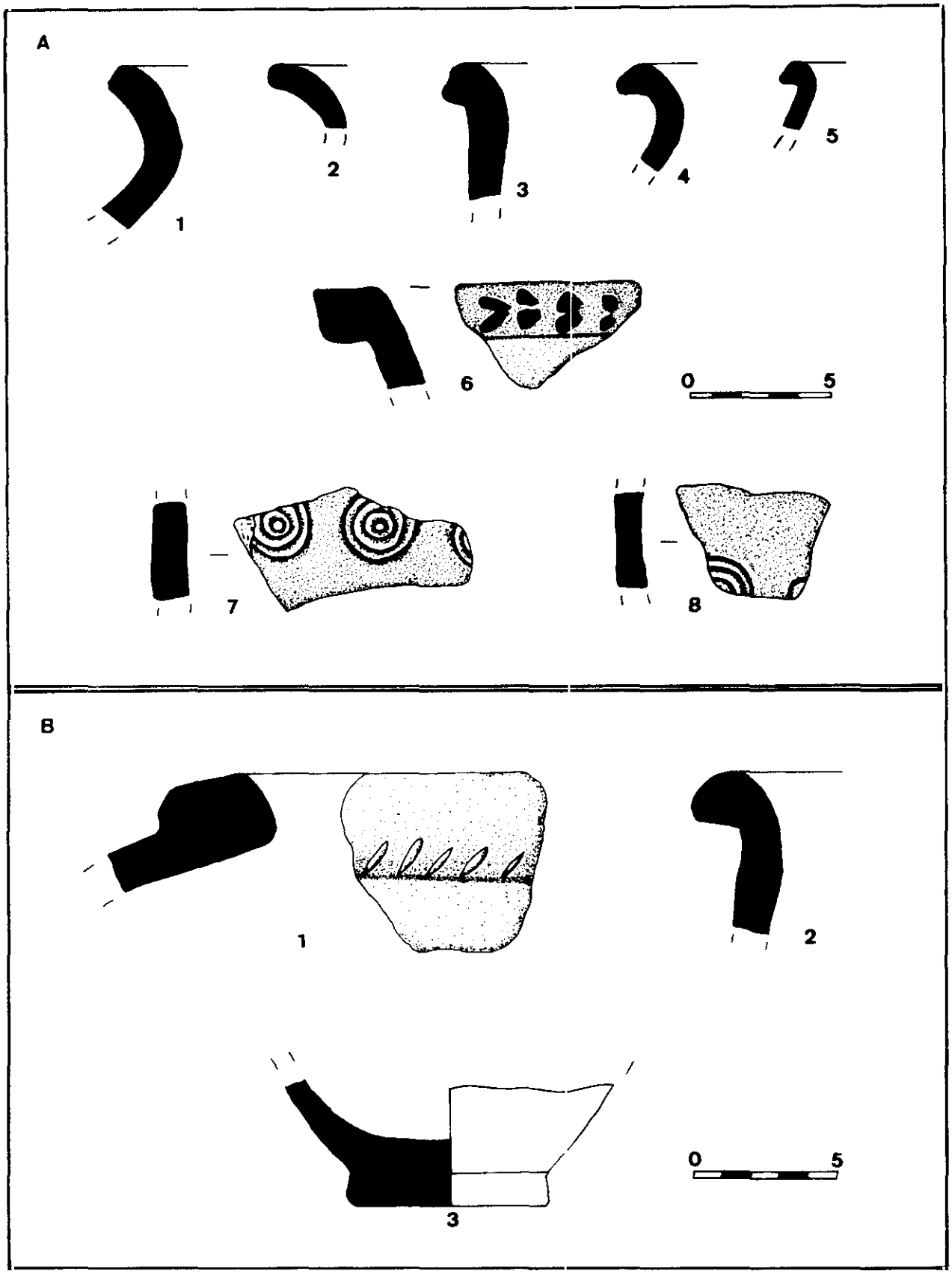


Fig. 73.- A. Cerámicas a torno del castro de La Dehesilla. B. Cerámicas a tono del Castrejón de Berzocana.

89.- Valdeagudo (Garciaz). (39° 28' 25'' N. y 5° 32' 35'' W. Greenwich. Hoja 706 I.G.N.).

Este poblado eligió como lugar de asentamiento un cerro de marcado perfil cónico que se alza a unos 200 m. de altura sobre el nivel del río Garcíaz, que discurre a 500 m. hacia el Norte. Aunque su altura de 785 m. no es la máxima del entorno, su especial fisonomía de montículo puntiagudo aislado por casi todos los flancos le convierte en un enclave fácilmente defendible y con unas extraordinarias posibilidades de divisar el entorno, pues se alcanzan a ver las Sierras de Gredos y Guadalupe.

El paisaje que rodea al yacimiento se caracteriza por estar suavemente ondulado hacia el Norte, pero se va transformando hacia el Sur, surgiendo pequeñas cadenas de cerros, últimas estribaciones de la Sierra de Guadalupe. No hay que olvidar que el marco geográfico en el que este poblado se inscribe es el reborde montañoso que separa la cuenca del Tajo de la del Guadiana.

El asentamiento está protegido por un recinto que lo envuelve totalmente y una pequeña acrópolis situada en la zona más alta y adosada al recinto principal, del que Redondo y Esteban han publicado un levantamiento topográfico (1992-93: 168) (Fig. 74, 1) aunque describiremos nuestras propias apreciaciones sobre el sistema defensivo. La muralla está construida con lajas de pizarras unidas con barro y los lienzos tienen las caras rectas, tanto al interior como al exterior. Se intentaron colocar las lajas de mayor tamaño en la parte inferior de los muros para sujetar mejor el peso, apareciendo numerosas piedras de más de 1 m. de longitud, incluso algunas alcanzan los 2.20 x 80 m.

La acrópolis es de reducidas dimensiones, con planta paracircular de unos 40 m. de diámetro. El ancho de la muralla es de 2.10 m. y conservan en algunos tramos 2.70 m. de altura. En el flanco mejor protegido por las pendientes del cerro aparece un torreón reforzando las defensas, que tiene planta aproximadamente rectangular de 6.50 m. de ancho y 11.40 m. de largo; no parece que estuviera defendiendo una puerta, aunque los derrumbes dificultan su observación. El resto de la acrópolis está reforzada por contrafuertes adosados a la muralla, el mayor de los cuales mide 2.80 m. de ancho y 3.80 m. de largo. Por lo que se refiere al resto de la construcción se observa que todo el trazado de la muralla está bastante supeditado a la orografía, aprovechando los

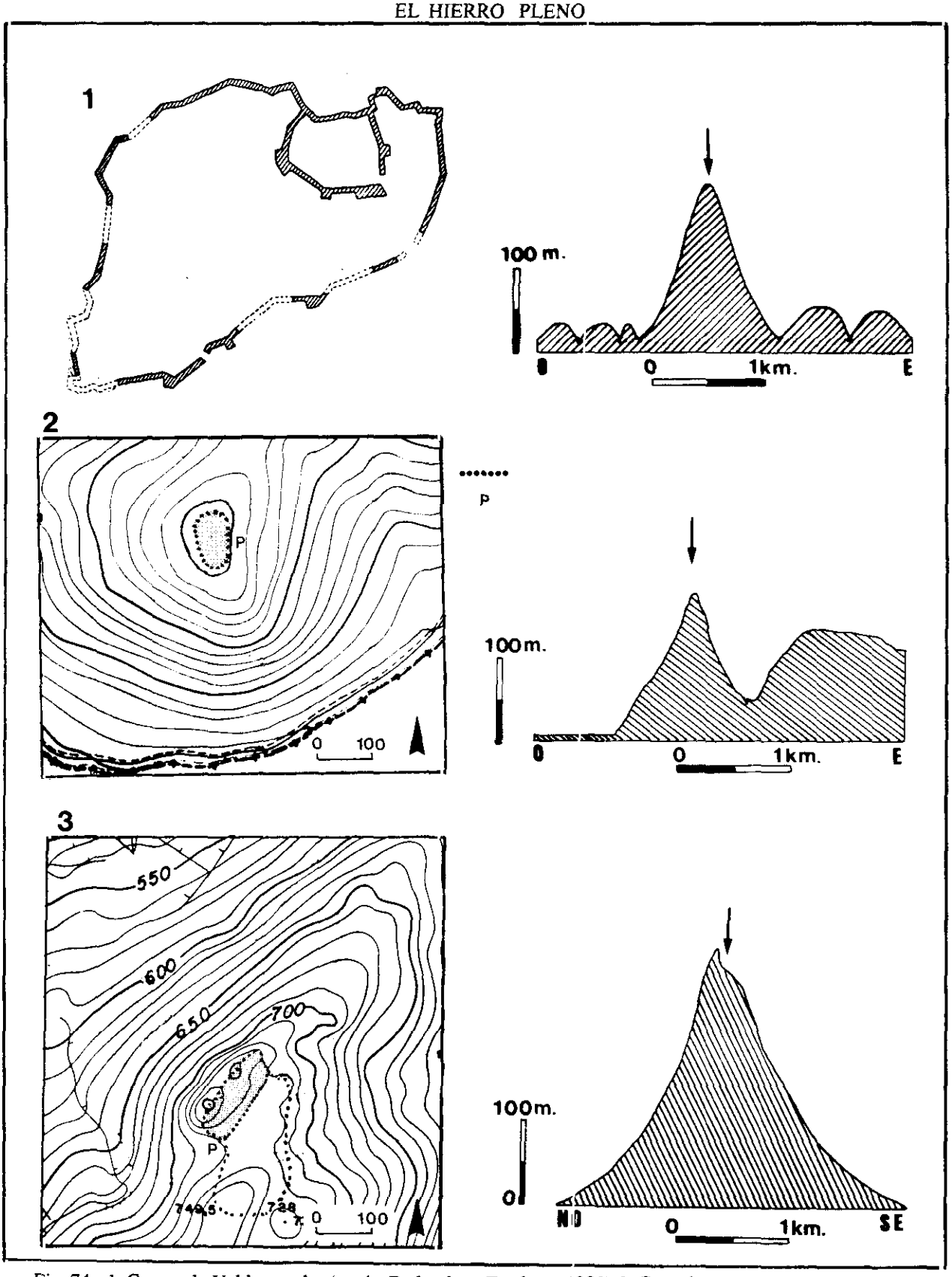


Fig. 74.- 1. Castro de Valdeaguado (según Redondo y Esteban, 1992) 2. Croquis del Castillejo de Herguijuela y 3. Sta. Cruz de la Sierra.

afloramientos de las rocas bien para cimentar sobre ella la muralla bien para embutirlas en el muro.

Toda la cerámica recogida en superficie está fabricada a torno y cocida en ambientes oxidantes, lo que confiere un color rojizo a las pastas. La mayoría de los fragmentos pertenecen a galbos de paredes anchas, con abundantes desgrasantes, de superficies poco cuidadas y sin decorar, que pertenecerían a grandes vasijas de almacenaje, destacando la presencia de numerosas asas de cinta.

90.- Castillejo (Herguijuela). (39° 22' 45'' y 5° 42' 10'' Greenwich. Hoja 706 I.G.N.).

Es otro de los poblados que se sitúan en el entorno de la Sierra de Guadalupe, sobre uno de los numerosos cerros que aparecen en ese paisaje. Está bordeado en tres de sus cuatro flancos por los Arroyos de Menense y Carrasquillo, éste último además marca la separación de términos municipales entre Herguijuela y Conquista de la Sierra.

Los lados por donde se han encajonado los regatos presentan unas empinadas laderas que aislan al poblado de su entorno, efecto que se incrementó levantando una muralla de grandes lajas y bloques de pizarras que parecen unidos en seco. Consta de un recinto único de forma paracircular de pequeñas dimensiones (aproximadamente 0.5 Ha) (Fig. 74, 2). La puerta no se sitúa en el Norte, el lado sin pendientes, sino en el Noroeste, quizás para defenderla mejor. Es un simple vano con las jambas construidas mediante lajas entorno a 1.20 m. de largas, clavadas en el suelo, configurando un pasillo de entrada de 2.53 m. de largo y 1.65 m. de ancho. Las caras exteriores de la muralla están construidas en ligero talud; las interiores no se observan salvo en raros puntos, donde se constata que el ancho de los muros oscila entorno a 1 m.

La gran cantidad de arbustos y maleza que invaden el castro hizo que, lamentablemente, después de prospectar el cerro no se hubieran recogido ningún fragmento de cerámica.

9.- Sierra de Santa Cruz (Santa Cruz de la Sierra). 39° 19'35'' N. y 6° 50' 35'' W. Greenwich. Hoja 731).

Este impresionante monte-isla ya vimos que estuvo ocupado por un pequeño

castro durante el Hierro Inicial. En ese mismo sitio se asentó otro castro de mayores dimensiones durante el Hierro Pleno, aunque no podemos saber si existió continuidad o no entre las dos fases. Lo que sí parece cierto es que las extraordinarias condiciones de defensa natural de esta sierra y, sobre todo, el poder divisar desde allí las tierras de la cuenca del Guadiana y la penillanura de Trujillo, más el camino natural que desde el Guadiana conduce a la cuenca de Tajo, convirtieron a este lugar en un enclave idóneo para situar un castro, siendo uno de los escasos sitios donde se documenta ocupación tanto del Hierro Inicial como el Pleno.

Los restos conservados permiten observar que se construyó una muralla de bloques de granito con la cara exterior bien desbastada. De ella se conservan en pie algunos lienzos, aunque estas construcciones sufrieron una importante transformación en épocas posteriores. Se accede a él por una puerta formada por un sencillo vano de 2.20 de anchura. Los tramos de los cortados, que no debieron estar amurallados en el castro anterior, cuentan ahora con un lienzo trazado delante de los afloramientos (Fig. 74, 3).

Todo el yacimiento está bastante alterado debido a su reocupación en época musulmana, momento en el que se construyó allí una plaza fuerte. Son numerosas tanto fuera como dentro del recinto las cistas rectangulares construidas con lajas de granito aunque al estar saqueadas es imposible conocer su datación; algunas de ellas fueron excavadas a principio de siglo por Roso de Luna (1902: 253 ss.) siendo probable que pertenezcan a la reocupación de este lugar en época medieval.

El material de superficie se limita a fragmentos cerámicos a torno, sin formas significativas salvo un fondo con pie anular característico del Hierro Pleno. Mucho más significativas son las cerámicas depositadas en los fondos del Museo Provincial de Cáceres, entre las que destacan un fragmento de vasija globular con borde vuelto, otro de olla de cuerpo hemiesférico que remata en un borde saliente (Núm. inv. 2079), dos grandes fragmentos de vasijas fabricadas con pastas de muy buena calidad, decoradas con semicírculos concéntricos de color rojo vinoso y otro en el se asocian la decoración de líneas rojas con motivos estampillados rectangulares en retícula (Núm. inv. de las 3 piezas 2077). Hay que añadir un pequeño recipiente con una base marcada de la que prácticamente arranca ya un borde saliente (núm. inv. 2085), quizás imitando a torno los pequeños vasitos a mano que aparecen en el yacimiento (Fig. 75, 11).

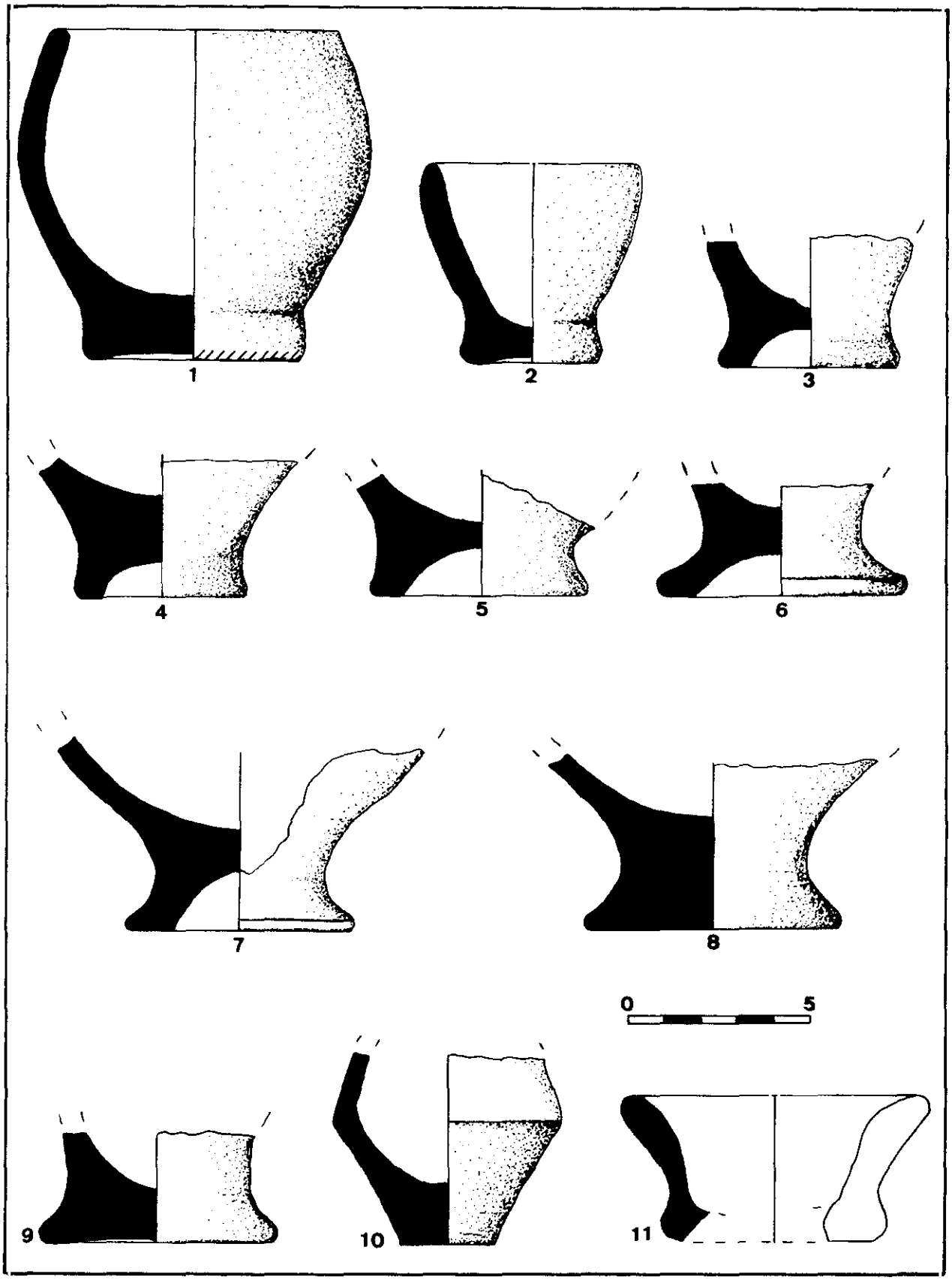


Fig. 75.- Vasijas a mano de Santa Cruz de la Sierra (1-10) y a torno (11).

Entre la cerámica a mano destaca un lote depositado por Roso de Luna al Museo de Cáceres integrado por 9 copas de pie alto y 1 vasito troncocónico. Las copas tienen sus mejores paralelos en los recipientes a mano aparecidos en el altar prerromano de Capote (Berrocal, 1994: 138 ss.) hasta el punto de que las dos que se conservan enteras pueden integrarse sin dificultad en los tipos ID y IID establecidos por Berrocal (Ibidem)(Fig. 75, 1 y 2) ; del resto sólo se conservan los pies altos salientes, algunos de ellos macizos pero la mayoría con ónfalo.

91.- Castrejón (Plasenzuela). (39° 25' N. y 6° 03' W. Greenwich. Hoja 705 I.G.N.).

Poblado situado sobre una pequeña elevación amesetada que destaca sobre la llanura, protegido por los escarpes naturales de las laderas. Se encuentra a 6 km. en línea recta del castro de Villasviejas del Tamuja; en cambio, sus emplazamientos son totalmente diferentes. Mientras aquél se ubica sobre un meandro encajonado del río Tamuja, el Castrejón está apartado de la zona de riberos, quizás con la finalidad de aprovechar los suelos más profundos de la llanura.

El yacimiento estuvo ocupado durante el Calcolítico, durante la Edad del Hierro y en época medieval, según los que lo han excavado (González et alii, 1991: 16-17). Tan sólo se han documentado, sin embargo, estructuras fechadas durante el Calcolítico, momento en el que los autores sitúan la época de construcción de la muralla que rodea al poblado.

Como sucede en otros casos, resulta difícil valorar estos datos, pues tan sólo se conocen por breves informes y no sus memorias de excavación. A pesar de ello, ese dato se contradice con el dibujo publicado de su perfil estratigráfico (González et alii, 1991: Fig. 3), donde la muralla se sitúa en la fase Castrejón II que corresponde a la Edad del Hierro. Por otro lado, los autores fechan la muralla en el Calcolítico debido a que arranca desde la misma roca, por tanto la abscriben al nivel inferior que también ocupan las cabañas de la Edad del Cobre. Pero ese sólo indicio no es suficiente para datarla, pues también pudiera ser de época posterior aunque se cimente sobre la misma roca, como es habitual en la mayoría de las murallas de los castros. Es difícil pensar que la muralla de la Edad del Hierro tendría que aparecer sobre los niveles calcolíticos, pues

para ello se tendría que haber acumulado un potente estrato estéril de separación entre ambos, como sucede en el Jardinero; pero aquí tan sólo existe una fina capa de separación, por lo que parece lógico que la muralla arranque desde la roca. Por todo lo expuesto, habrá que esperar a la publicación definitiva de la memoria de excavación para conocer de forma cierta la fecha de esta muralla.

Las referencias a los materiales de la Edad del Hierro son escuetas y en ellas sólo se indica que se documentan cerámicas a torno, fragmentos de plomo y una cuenta de pasta vítrea oculada (González et alii, 1991: 17).

92.- Villasviejas del Tamuja (Botija). (39° 22' N. y 6° 05' 10'' W. Greenwich. Hoja 705 I.G.N.).

Este es uno de los castros más emblemáticos de todos los de la cuenca extremeña del Tajo debido a que desde hace años se están publicando trabajos realizados en él. Es el único caso en el que contamos con memorias de excavación del poblado (Hernández et alii, 1989) y de una de sus necrópolis (Hernández y Galán, e. p.), más numerosas publicaciones cortas sobre hallazgos recientes (Hernández y Rodríguez, 1990; Hernández, 1991; 1993; 1994). Por ese motivo tendremos como referencia los datos proporcionados por este yacimiento para interpretar otros más parcos en información.

El castro está situado en un meandro del río Almonte en el que confluye también un pequeño arroyo, lo que origina que se forme una península bien defendida por los cursos de agua. Aunque el Tamuja discurre bastante encajonado labrando en algunos casos profundos riberos, el paisaje que rodea al poblado no es abrupto sino ligeramente ondulado. El castro ocupa un lugar que no destaca en ese paisaje quizás para pasar inadvertido ante posibles enemigos, tónica general en los castros contemporáneos.

La meseta donde está el castro está formada por dos cerros comunicados por un estrecho pasillo; la muralla rodea por completo los dos cerros amoldándose a la topografía, pero en su trazado predominan los tramos rectos. Al parecer se optó por construir dos recintos independientes separados por ese pasillo (Fig. 76), aunque se conservan mal los lienzos que cierra los dos recintos por esa zona, por lo que F.

Hernández ha preferido marcarlos con trazo discontinuo en la planimetría del castro, hasta que futuros trabajos permitan documentarlos fehacientemente (Hernández et alii, 1989, fig. 3). La técnica de construcción de las murallas no es la misma en todo su recorrido. En el recinto "B" se construyeron levantando los paramentos exteriores con granito y rellenándolos con pizarras; la anchura de la muralla alcanza en algunos puntos los 3,30 m. (Hernández et alii, 1989: 26). Pero el recinto "A",el mejor protegido por el meandro, conserva importantes tramos levantados exclusivamente con lajas de pizarra. Este recinto se dotó con un torreón cuadrangular macizo para proteger la esquina Sureste que, al igual que el recinto "B", está construido con bloques de granito bien tallados y la cara externa en talud, con una escalera para subir a la parte alta (Hernández et alii, 1989: 35 y ss.).

Hay que destacar que el uso del granito en los paramentos exteriores supone un esfuerzo adicional porque el material que brinda el medio es la pizarra y ésta es la piedra que se usó en las viviendas y en algunos tramos de las construcciones defensivas. El granito hay que acarrearlo desde el batolito de Plasenzuela cuyos primeros afloramientos aparecen a 1 km. del poblado.

Sería interesante conocer si toda la construcción es contemporánea y en qué época se realizó. Sin embargo, los sondeos que se han realizado junto a la muralla no aportan ninguna información al respecto. Aunque los datos obtenidos son poco concluyentes, vamos a repasar lo que se sabe de ella para conocer los problemas que plantea.

Las excavaciones realizadas por Ongil a partir de 1985 están aún sin publicar, pero existe un informe que puede arrojar cierta luz (1991: 247 y ss.). En el llamado Sector NW. se excavaron varias estancias situadas a 3 m. de distancia de la muralla del recinto "A" por lo que no parece que estuvieran adosadas. En esta excavación se puso de manifiesto una superposición de estructuras a lo largo de tres fases. La más antigua está sobre la roca madre y se selló en el siglo III a. C. como demuestra la cerámica Campaniense A encontrada en sus capas más altas. Por cima de ese nivel aparece el suelo de otra estancia en la que se encontraron Campanienses C o D, por ello fechado en el s. II a. C.. Por último, se construyó otra estancia encima que apoya sobre los muros de la anterior y esta vez sí sabemos que apoyan encima del relleno central de la muralla. Por los materiales encontrados parece que datarían de fines del siglo II y el s. I a. C. En

el Sector NE. se excavó otra zona de la muralla pero sin llegar a su cimentación; sobre ella se construyeron estructuras de fines del II y principios del I a. C. que apoyan sobre un nivel de relleno que anulaba a la muralla convirtiéndola en una plataforma para construir encima; el relleno, traído desde algún otro punto del castro, contenía materiales del siglo IV a. C.

Con estos datos sólo podemos concluir de forma clara que a fines del siglo II a. C. la muralla se utilizó como plataforma para construir las viviendas, por lo que podemos deducir que había perdido total o parcialmente su misión defensiva. No está tan claro qué sucedió en las fases anteriores, fundamentales para conocer el momento de su construcción. Pero parece que las viviendas que se destruyeron en el siglo III a. C. son independientes del trazado de la muralla, a menos que en futuras excavaciones se pueda conocer si el espacio de 3 m. que existe entre ellas estaba o no ocupado por otras estancias de la misma vivienda.

Con anterioridad a esos trabajos F. Hernández había excavado junto a la muralla del recinto "B", cuyos resultados sí se conocen porque está publicada la memoria de excavación (Hernández et alii, 1989). En ellos se consiguió documentar la muralla, pero ningún material aporta luz sobre su cronología. Junto a la cara interna de granito de la muralla se adosaron viviendas de pizarras que parecen de época posterior por las diferencias constructivas, ya que no sería lógico construir un buen paramento de granito para quedar inmediatamente oculto por las casas. En ellas aparecieron materiales de época romana (Idibem, 27) que confirman esa impresión. También se excavó el exterior del torreón del recinto "A" sin que se obtuviera ningún dato que nos ayude a fijar su cronología; en las viviendas que se adosaron a él aparecieron ánforas romanas (Ibidem, 44), por lo que parecen ser contemporáneas a las fases más recientes documentadas por Ongil, pero ello sólo confirma que estuvieron en uso en la última etapa de la vida del poblado.

Además de la muralla, se ha excavado en el centro del Recinto "A"para conocer las viviendas y el urbanismo del poblado (Hernández et alii, 1989: 77 y ss.). Las casas que salieron a la luz no han proporcionado estratigrafías pero en alguna de ellas aparecieron monedas íbero-romanas que señalan una fecha del siglo II-I y un semis fechado en el 211 a. C. (Hernández et alii, 1989: 132), por lo que es evidente que

conocemos las casas utilizadas en el último momento de la vida del castro. Sin embargo, debajo de los muros que configuran estas casas, parece reconocerse en los esmerados dibujos publicados y las fotografías otros muros con aparejo también de pizarra, pero con trazado ligeramente diferente y a menor cota, sobre los que están apoyadas las viviendas superiores, que podrían corresponder a la fase antigua del poblado. En cualquier caso, es significativo que en la remodelación de las viviendas se mantuviera prácticamente el mismo trazado en las dos fases.

Las viviendas están adosadas formando núcleos amplios separados por espacios vacíos que pudieron ser calles. La planta habitual de las casas es de forma rectangular dividida en dos estancias por un muro de menor consistencia que los exteriores, aunque varía notablemente el tamaño de unas a otras (Hernández et alii, 1989: fig. 44). Todas están realizadas con los muros de pizarras unidas con barro; una de las estancia tenía en el centro una serie de piedras dispuestas en círculo que pudieron servir para sujetar un pie derecho de madera en el que apoyaría la cubierta. Los hogares suelen situarse junto a alguno de los muros, para estar protegidos.

No parece que las casas se distribuyeran siguiendo un plan ordenado. Al Oeste del núcleo de casas adosadas se construyó otra separada por un espacio de casi 3 m. de anchura que parece ser una calle. En el lado Este aparece también un ancho espacio que pudo ser otra calle, aunque al tener un hogar pegado a los muros y aparecer junto a él grandes vasijas de almacenaje cabría conjeturar que fuera una casa más adosada al mismo núcleo por su pared trasera, aunque sólo futuras excavaciones podrán desvelar cómo se configuraba ese espacio. En cambio, al Sur aparece el muro de otra vivienda separada de las demás tan sólo unos 60 cm., lo que evidencia que no debieron existir manzanas y calles regulares sino una disposición un tanto desordenada, quizás con algunos espacios más amplios a modo de calles principales (Fig. 76).

- *Las necrópolis:*

Se conocen dos necrópolis en este poblado, la del Mercadillo, situada a unos 200 m. de la entrada principal al castro (Hernández y Rodríguez, 1990; Hernández, 1991) y la del Romazal, a 1 km. de él en línea recta (Hernández, 1991: 261; Hernández, 1994).

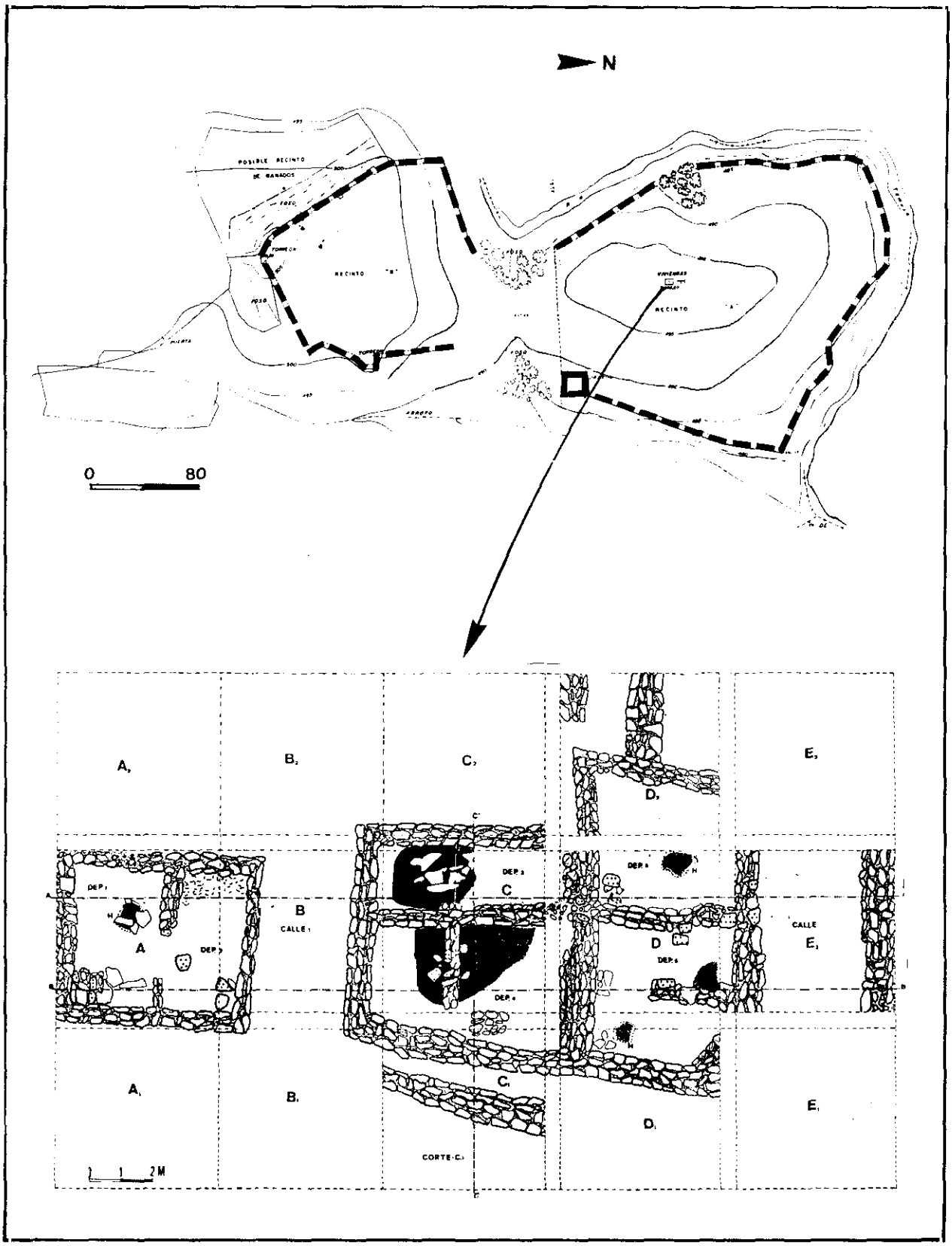


Fig. 76.- Levantamiento topográfico de Villasviejas del Tamuja y viviendas excavadas en el recinto A (según Hernández *et alii*, 1989).

Aunque estos enterramientos se encuentran en fase de estudio todavía, los datos que se han publicado son enormemente interesante para profundizar en el estudio de las poblaciones prerromanas de este área.

La más antigua de las dos es la que está más cerca del castro. Se excavaron 46 enterramientos documentándose que el ritual utilizado es el de cremación del cadáver, depositando los restos en urnas junto con alguna pieza de ajuar. Destaca el hecho de que 9 de ellos estuvieran protegidos por encachados circulares o túmulos cuadrangulares (Hernández y Rodríguez, 1990), que hasta ahora no se han documentado en ninguna otra necrópolis de la Alta Extremadura. Cada uno de ellos contenía una urna, salvo los dos más grandes que tenían dos. Todas las urnas están fabricadas a torno y muchas de ellas llevan motivos pintados en tonos rojos vinosos; el 50 % están acompañadas de platos de casquete esférico y en algunos casos de ungÜentarios troncocónicos. Es excepcional la presencia de un vaso calado similar a los documentados en la Beturia céltica por Berrocal (1994). El ajuar que continen se limita a fusayolas, fíbulas anulares, cuentas de collar y en un caso un pendiente de oro. Las armas están ausentes y sólo aparecen cuchillos afalcatados y un regatón de lanza (Hernández, 1991: 256 y ss.).

La necrópolis del Romazal se sitúa en una loma al Este del poblado y casi no se divisa desde él (Hernández, 1991: 261 y ss.; 1994). El ritual utilizado es el mismo, aunque han desaparecido los encachados circulares y tumulares. Las formas de las urnas han variado también, siendo cada vez más raras las decoraciones con motivos en rojo vinoso; es significativo que también desapareczcan los ungüentarios y los platos. En cambio, están presente ahora las armas en el 14 % de los enterramientos; suelen aparecer puñal y espada, entre ellas una de antenas atrofiadas y dos de La Tène, aunque son más frecuentes los puñales biglobulares. Los demás elementos que componen la panoplia son cuchillos afalcatados, tahalíes o regatones. Otro 19,6 % contiene otro tipo de ajuar como fíbulas, fusayolas o pequeños elementos de adornos. Es excepcional la presencia de un bocado de caballo acompañado de unas tijeras, espada, regatón y fíbulas (Ibidem). Los enterramientos 2, 18, 116 y 161 contenían como ajuar elementos romanos fechados a finales del siglo II a. C. (Hernández, 1993: 119), contemporáneos de la última fase de ocupación del castro.

Aunque esta necrópollis están aún en fase de estudio, los datos publicados hasta

la fecha permiten conocer cómo evolucionó la población local a lo largo de cuatro siglos. La necrópolis del Mercadillo corresponde a los primeros momentos de ocupación del poblado durante el siglo IV a. C., aunque es muy posible que existan otras necrópolis contemporaneas aún por descubrir. El lugar elegido es el habitual en otras necrópolis de la cuenca como la del Castillejo de la Orden, el Zamarril, Valdecañas o Alconétar; en cambio los túmulos son un rasgo exclusivo de ésta. La falta de ajuar guerrero y la presencia de urnas pintadas la diferencia notablemete de la de Alcántara, documentándose una mayor influencia meridional en el Mercadillo que en aquella.

En cambio, la necrópolis del Romazal denota unas influencias muy diferentes. Los motivos pintados se enrarecen y se generalizan las armas de influencia meseteña, como las espadas de La Téne y los biglobulares, que denotan una profunda vinculación con las áreas celtibéricas puesta ya de manifiesto por otros autores (Lorrio, 1995: 108)[1].

7.- **El Castillejo (Salvatierra de Santiago - Robledillo de Trujillo)**. (39° 16' 45'' N., 6° 00' 20'' W. Greenwich. Hoja 730).

El Cerro del Castillejo es un enclave fácilmente divisable desde varios km. antes de llegar a él, pues la cima alcanza los 656 m. de altitud y su entorno inmediato no sobrepasa los 500 m. Prueba de ello es que existe allí un vértice geodésico y es punto de separación de tres términos municipales.

El poblado que se asentó sobre él presenta la particularidad de estar ubicado en la ladera Sur, bajo los grandes afloramientos que coronan la cima y le sirven de resguardo. Una muralla construida con bloques de granito lo rodea por completo, utilizando los afloramientos bien como cimentación bien como apoyo, al quedar embutidos en el muro. La superficie total es pequeña, ligeramente inferior a 1 Ha. Sin embargo, aunque la parte alta no está dentro del recinto murado, es posible que sí estuviera ocupada pues también se recogió allí material cerámico.

[1] Por otra parte, se ha publicado una Tésera de Hospitalidad como procedente de Villasviejas del Tamuja (Almagro y Lorrio, 1992: 446), a lo que habría que añadir la presunta identificación de la ceca de Tamusia con este castro (Sánchez Abal y García, 1986; Blázquez Cerrato, 1995: 254; García y Bellido, 1995: 267 y ss.; Hoz, 1995: 318).

Son muy abundantes los berrocales en el interior, por lo que hay que imaginar que las viviendas no se pudieron construir siguiendo un plan ordenado, sino aprovechado los pequeños rellanos que existen entre las peñas.

El material cerámico recogido en superficie es muy escaso, tan sólo 15 fragmentos, de los que únicamente 2 están hechos a mano. El resto son producciones a torno, de tonos anaranjados y pastas decantadas aunque ricas en desgrasantes. El único destacado fue un fondo con pie anular.

Tampoco son especialmente significativos los objetos metálicos de un lote de 5 piezas depositado en los fondos del Museo Provincial de Cáceres. Está integrado por algunas piezas del Bronce Final (*vid. supra*), un fragmento de bronce de forma arqueada y sección anular, rematado en una esfera, que pudiera pertenecer a un brazalete (Núm. inv. 2524) y una plaquita cuadrangular de plomo con perforación en el centro (Núm. inv. 2526). Estos materiales permiten conocer que el poblado estuvo ocupado durante el Bronce Final, como ya vimos, y durante la Edad del Hierro, período en el que se encuadran las cerámicas a torno y a la que cabe atribuir la construcción de las defensas.

93.- Los Castillejos (Arroyomolinos de Montánchez). (39° 04' 40'' N. y 6° 10' 10''W. de Greenwich. Hoja 753 I.G.N.).

Este topónimo designa unas grandes extensiones de dehesas situadas en el límite de la provincia de Cáceres con Badajoz, hoy día divididas entre varios propietarios; ello ha dado lugar a que se duplique el topónimo en Castillejos Reunidos y Los Castillejos de Abajo, que es donde se encuentra el yacimiento.

El yacimiento está en un promontorio cuarcítico en cuyo extremo oriental se encuentra el vértice geodésico del Picorro; en cambio el yacimiento se sitúa sobre el extremo occidental, de menor altura. La elección de este enclave parece estar determinada por la posición estratégica que ocupa entre los terrenos de la cuenca del Tajo y del Guadiana. Desde él se divisa un amplio espacio limitado al Norte por la Sierra de Montánchez, la gran barrera natural que separa las dos cuencas; por el Sur se alcanza a divisar un amplio territorio de la cuenca del Guadiana, por lo que en días claros se ven Mérida y Medellín.

Este emplazamiento en altura, en cambio, no le proporciona unas buenas defensas naturales, ya que las laderas no son excesivamente abruptas. Hoy resulta difícil acceder a él debido a los densos jarales que invaden el cerro, sobre todo la cima, que impiden prácticamente ver el suelo. La principal defensa del encalve es una muralla de bloques de cuarcita que rodea la parte alta con un pequeño recinto que amolda su trazado a la topografía, aprovechando los afloramientos para embutirlos o cimentar sobre ellos los lienzos, como es habitual en este tipo de construcciones.

No se puede observar ningún lienzo, pues están cubiertos por los derrumbes; en cualquier caso, la construcción no debió ser de demasiada envergadura, pues es poco importante la cantidad de piedra conservada en los derrumbes y por las laderas del cerro. Por las reducidas dimensiones parece tratarse más de un enclave relacionado con el control de esta zona estratégica que de un poblado. A él se refiere A. Alonso (1988: 58) quien lo atribuye a época romana sin aportar ningún argumento más que "por las referencias históricas" (Idem: 59). Nosotros pensamos que la construcción es muy diferente a la de los fortines propiamente romanos y, en cambio, la muralla se asemeja bastante a las construcciones prerromanas; es posible que sea una construcción defensiva de época prerromana avanzada, quizás de la época en que se inician las hostilidades con Roma.

El material cerámico de superficie recogido es muy escaso, dadas las dificultades para prospectar a las que hemos hecho alusión. Se reduce a unos cuantos fragmentos de cerámica a torno de buena calidad pero de cronología imprecisa.

94.- EL Castillejo (Madrigalejo). (39° 09' 05'' N. y 5° 40' 05'' W. Greenwich. Hoja 754 I.G.N.).

Este poblado se encuentra sobre la margen izquierda del río Ruecas, afluente del Guadiana; por tanto, aunque se encuentra dentro de la provincia de Cáceres pertenece ya a la cuenca del Guadiana y no se debería incluir en este estudio. A pesar de ello hemos querido documentarlo porque está en una zona de transición entre una cuenca y la otra, por lo que resulta muy interesante poder compararlos ya que este poblado presenta características que lo diferencian por completo del resto de los castros vistos

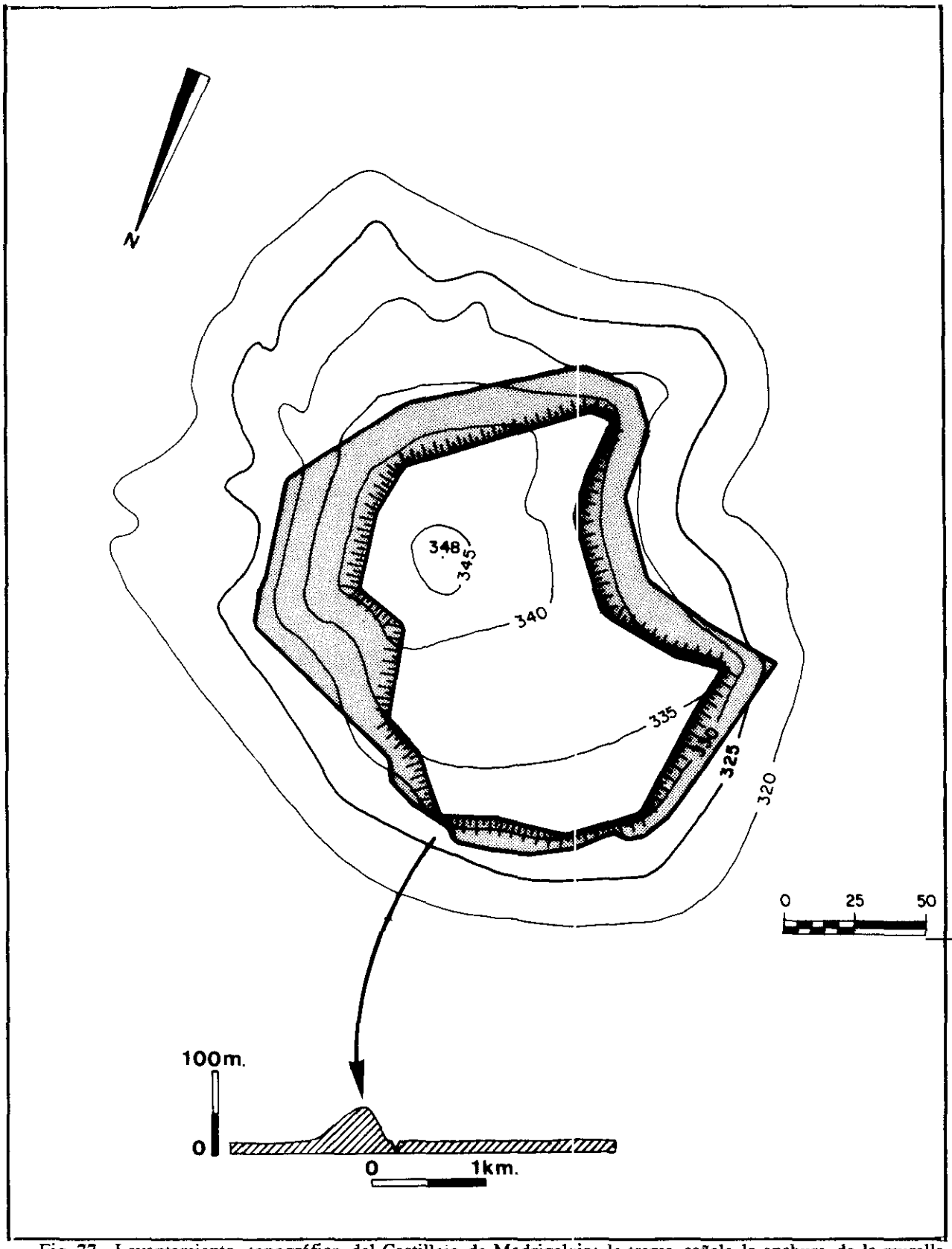


Fig. 77.- Levantamiento topográfico del Castillejo de Madrigalejo; la trama señala la anchura de la muralla de tierra, con indicación del talud artificial.

hasta ahora, rasgos que pudieran explicarse en función esa situación geográfica.

Se eligió para ubicar el castro una pequeña colina, una de las escasas elevaciones que se alzan sobre este paisaje tan llano. Al contrario de lo que sucede en las áreas de riberos del Tajo, estas tierras son profundas, fértiles y altamente productivas.

El poblado está rodeado de unas murallas construidas con tierra que contribuyen a reforzar esa imagen de tell que se obtiene al divisar el cerro. El trazado va siguiendo las irregularidades del terreno, amoldando su planta a la topografía. Hoy sólo se conservan de ellas los fuertes taludes artificiales de tierra, sobre los que afloran algunas piedras que pudieron haberse empleado en levantar la parte alta de la muralla. En algunos puntos ese talud todavía conserva varios metros de altura y para poderlo apreciar se ha dibujado en el levantamieto topográfico el contorno exterior e interior de la muralla, indicando en ella el sentido del talud (Fig. 77). La superficie total del poblado es de 2 Ha. En la parte Este del castro hay un túmulo de 17 m. de diámetro, con la parte inferior de tierra y la superior de guijarros, totalmente destruido en el centro, del que carecemos de cualquier tipo de indicios para fecharlo.

Uno de los elementos más conocidos procedentes de este yacimiento es la arracada de oro fechada en el siglo IV a. C. (Almagro-Gorbea, 1977: 230). Sin embargo, no hemos hallado en superficie cerámicas que puedan fecharse en ese momento, similares a las localizadas en el poblado de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín, 1993) o a las de Entrerríos (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1986). La cerámica más antigua procedente de allí es un fragmento de campaniense estudiada por S. Haba (1994). Las cerámicas recogidas por nosotros pueden ser contemporáneas e, incluso, más modernas pues aparecen abundantes materiales ya de época romana que permiten saber que este sitio estuvo ocupado hasta época imperial, pero no nos proporcionan evidencias para fechar la ocupación inicial del castro.

6.-Cerro de San Cristóbal (Logrosán). (39° 19' 50''N y 5° 29' 40''W. Greenwich. Hoja 732).

Junto a Logrosán se levanta un enorme batolito con forma de pirámide truncada de 2 km. de longitud en la cima, cuya altura máxima es de 680 m., unos 200 m. más alta

que su entorno. Ello le proporciona unas excepcionales condiciones tanto de defensa natural como de control visual sobre su alrededor, que han sido aprovechadas por asentamientos de diversa cronología.

A ello hay que añadir la existencia de filones de cuarzo que contienen casiterita en la cima, de donde se obtienen el estaño, que según algunos autores "parecen ser conocidos desde épocas prehistóricas, aunque no vuelven a explotarse hasta 1949 en que es redescubierto por aventureros que buscaban oro (Minería, 1987: 73). Las minas de estaño se estuvieron explotando desde 1950 hasta 1962 bajo la dirección de Sos Baynat que nos dice que entre los millares de metros cúbicos removidos aparecieron diversos objetos arqueológicos (1977: 261).

En el extremo Este existe un castro con las líneas de defensa bastante alteradas, reutilizadas para cercados o para edificaciones posteriores. A pesar de ello, todavía se observa la línea de las murallas, construida con grandes bloques de granito bien aparejados que a veces se asemeja a un aparejo poligonal, con la cara exterior en ligero talud, que ya fue observada por Roso de Luna (1904: 508). El acceso al poblado se situaba en el flanco Sureste, donde los derrumbes son mayores tal vez debido a que los muros se construyeron más anchos para proteger la entrada. Desde allí, la muralla se trazó siguiendo la línea de ruptura entre la cima y la pendiente, amoldando su trazado a la topografía (Fig. 78).

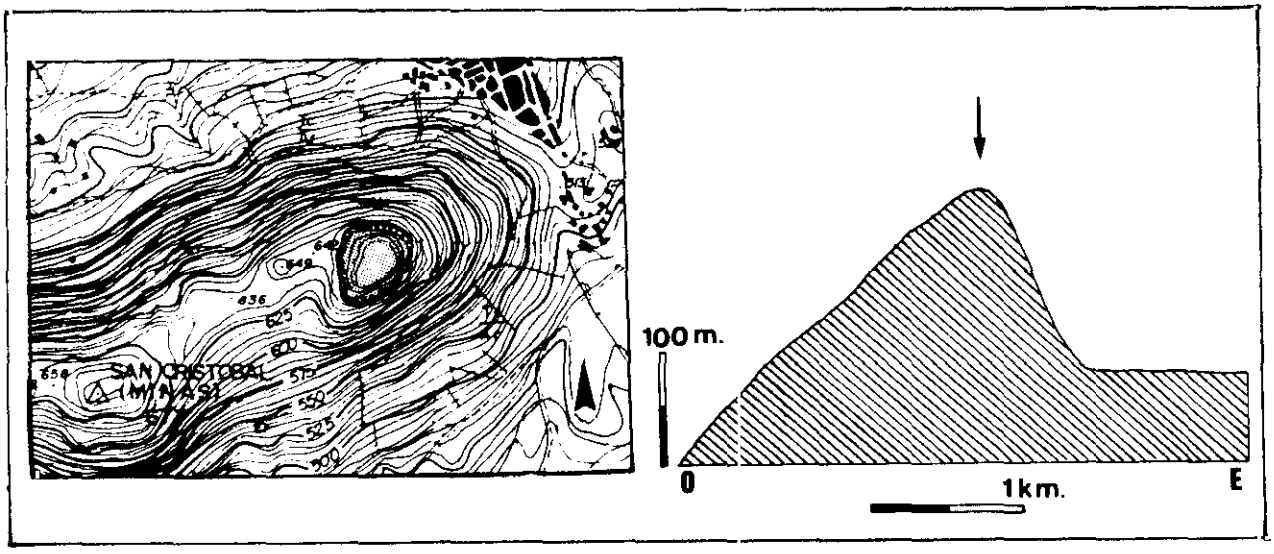


Fig. 78.- Croquis y emplazamiento del castro de S. Cristóbal de Logrosán.

El único complemento añadido a estas defensas es una torre circular unida a la muralla mediante dos lienzos que configuran un espacio triangular en cuya unión está la torre, aunque sería necesaria una limpieza de los paramentos para saber si es contemporánea a la muralla. Otras estructuras de planta rectangular afloran en superficie tanto dentro como fuera del recinto amurallado, por lo que es imposible abscribirlas cronológicamente. Además, eran abundantísimos los fragmentos de tejas de época moderna y contemporánea, que avalan una ocupación continuada de la superficie del castro hasta la actualidad, más las continuas remociones del terreno producidas por las minas. El material cerámico que corresponde a la Edad del Hierro está fabricado a torno, con pastas poco depuradas de tonos naranjados, con formas globulares rematadas en bordes engrosados y vueltos. Hay que añadir la presencia de varios fragmentos de molinos circulares de granito.

Existen más yacimientos sobre la superficie del cerro, que testimonian el valor estratégico de este lugar. Destaca un poblado de la Edad del Bronce en el extremo Oeste, al que ya hicimos alusión. En el pequeño cerrito próximo al castro, de 649 m. de cota, aparecen algunas tégulas y cerámicas muy rojas a torno, posiblemente de un pequeño asentamiento romano de época bajo imperial.

95.- El Castrejón (Alía).

Cuando esta Tesis estaba prácticamente redactada se puso en contacto con nosotros la Asociación Cultural "Guadarranque" de Alía para informarnos de la existencia de un yacimiento rodeado de una muralla, conocido con el topónimo de Castrejón, situado sobre un cerro en las proximidades del límite con la provincia de Toledo. Por las fotografías que nos adjuntaron se puede asegurar que se trata de un castro más situado en las proximidades de la Sierra de Altamira, es decir, junto a la divisoria natural que separa la cuenca extremeña del Tajo de las tierras de Toledo y de la cuenca del Guadiana. En superficie aparecían abundantes materiales cerámicos que por las fotografías paracen corresponder sin ninguna duda a cerámicas a torno, algunas decoradas con motivos estampillados en forma de aspas. Además, se recogió una piedra de molino circular en granito.

V.2.- CARACTERISTICAS DEL POBLAMIENTO.

Después de señalar los rasgos específicos de cada uno de los poblados que se habitaron en esta fase vamos ha establecer las pautas generales que determinaron la elección de los emplazamientos y la distribución de los poblados en el territorio. Se ha optado por repetir el mismo esquema seguido al estudiar el poblamiento del Hierro Inicial, para lo cual analizaremos a continuación una serie de variables que permiten identificar los modelos de emplazamientos que caracterizan al Hierro Pleno. Lógicamente se han elegido las mismas variables que se tuvieron en cuenta al estudiar el poblamiento del Hierro Inicial, porque son las que mejor definen las características de los poblados y porque así se podrán contrastar los resultados obtenidos para una y otra fase.

- Emplazamientos: situación, altitud absoluta y relativa.

SITUACION:

I. En sierras: 20 % (6 % ocupados H.I.)
II. En cerro aislado: 22 %
III. En llano: 2 %
IV. En cerro sobre el río: 10 % \
V. En espigón fluvial: 32 % - 54 %
VI. En meandro fluvial: 12 % /

ALTITUD RELATIVA:

En sierras: 137; 240; 413; 277; 123; 156; 200; 250; 200; 300 m. sobre la llanura.
En cerro aislado: 100; 173; 130; 80; 200; 20; 40; 150; 25;
En cerro sobre el río: 160; 60; 80; 30; 160 m. sobre el río.
En espigón fluvial: 80; 90; 60; 80; 40; 60; 75; 100; 20; 40; 80; 80; 90; 100 m. sobre el curso del río.
En meandro fluvial: 60; 80; 60; 20; 100; 20 m. sobre el río.

I. <u>En sierras:</u> de los datos expuestos interesa destacar, en primer lugar, que sólo

el 6 % de los castros de esta fase estuvieron ocupados en la fase anterior. El resto son castros de nueva planta que continúan con la tradición de los asentamientos en altura; hay que precisar que, sin embargo, esos sitios no corresponden a los emblemáticos crestones habitados durante el Bronce Final o Hierro Inicial, salvo en contadas excepciones como Estena o Puerto de Santa Cruz. En esta nueva etapa ya no existe el interés por ocupar los puntos más altos de las sierras y generalmente se buscan otros lugares más amesetados que reúnen mejores condiciones de habitabilidad. Cuando se elige una sierra suele deberse a la cercanía de algún puerto estratégico y zona de comunicación importante.

Prueba de ese "traslado" desde los puntos más altos a otros cercanos pero más cómodos es el caso de Sta. Marina, junto al Puerto de los Castaños pero no tan abrupto como la Silleta donde estaba el castro de la fase anterior. En la Sierra de S. Cristóbal habíamos documentado un poblado de la Edad del Bronce en el extremo más abrupto de la sierra, que no se reocupa ahora sino que se prefiere el extremo contrario. El caso del Castillejo de Salvatierra de Santiago es diferente porque lo que se observa es que el poblado amurallado se instaló no en la cumbre, como es habitual, sino en la ladera.

II. Los castros sobre cerros aislados a penas se daban en la fase anterior y en cambio son frecuentes en ésta. En la mayoría de los casos son emplazamientos junto a una cadena montañosa por lo que más que de cerro aislado habría que hablar de una elevación independiente de la cadena, de menor cota pero que reúne mejores condiciones de habitabilidad. Son un tipo intermedio entre los emplazamientos en sierras y los auténticos cerros aislados y expresan muy bien la evolución que se ha producido en las pautas de asentamiento desde el Bronce Final y Primer Hierro hasta ahora, al quedar excluidas las cadenas en favor de estos otros sitios. Los únicos casos en que verdaderamente se puede hablar de cerros aislados sobre la llanura están en la zona de Valencia de Alcántara y la colindante área portuguesa, al sur de la Sierra de San Pedro. Sus características se apartan del resto de los poblados de la cuenca del Tajo, pero justamente se encuentra fuera de ella, en una zona de transición hacia la cuenca del Guadiana y la zona litoral del Tajo.

III. Prácticamente no se conocen en esta época asentamientos en la llanura, ni castros ni poblados abiertos, salvo el castro de Los Castellanos, de cronología avanzada

dentro de esta fase y que parece sustituir al cercano castro de Estena ubicado en la sierra que está a sus espaldas.

IV, V y VI. Sin duda, el grupo mayoritario es el de los poblados instalados en los cerros junto los ríos, los espigones o los meandros de cauces escarpados, que envuelven un espacio de terreno con forma de península bien protegida por todos los flancos salvo por el istmo que los une al exterior. Estos emplazamientos ya se frecuentaron durante el Bronce Final y se empezaron a construir los primeros castros en ellos en la época de transición entre el Hierro Inicial y Pleno. La novedad de esta época reside en que el 54 % de los poblados optaron por esta ubicación, frente al escaso porcentaje que representaron en el Bronce Final y el 17 % durante el Hierro Inicial.

En definitiva se constata el afianzamiento de un nuevo patrón de asentamiento que empezó a vislumbrarse ya a comienzos del Hierro Inicial y que supone la culminación de un lento proceso de cambio en las estrategias de control sobre el territorio. Ello es lógico que sucediera porque el patrón de asentamiento no es más que un reflejo de la sociedad que lo crea y esa sociedad ha cambiado profundamente desde el Bronce Final hasta el Hierro Pleno.

Se han indicado las alturas relativas de los castros para que se pueda observar el descenso respecto a la de los poblados de la fase anterior; en cualquier caso continúan estando protegidos por altas laderas que si bien tienen menos metros de altura cuentan con la defensa del río. No hemos incluido la altitud absoluta porque no añade información nueva si bien queremos recordar que al estar ubicados junto a los cauces encajonados tienen menos cota que la penillanura. Será importante este dato cuando analicemos otros aspectos como la visibilidad.

- **Accesibilidad**.

El grado de las pendientes que rodean a los poblados se sitúa en la mayoría de los castros del ribero en torno al 20 % ; en los castros sobre cerros aislados de la llanura puede descender hasta el 10 % y, en cambio, en los cerros desgajados de una cadena aumenta hasta el 40 %. Ello quiere decir que los castros de esta fase también estuvieron protegidos por fortísimas pendientes, si bien es cierto que de menos altura y que

desaparece la tónica dominante de pendientes superiores al 20 %.

A diferencia de los castros en sierra, los del ribero tienen casi siempre un lado donde la pendiente es prácticamente nula, que es por donde se accede al poblado de forma cómoda. Eso es importante porque a lo largo de todo el milenio puede observarse una evolución paralela entre los tipos de emplazamiento y el desarrollo paulatino de la arquitectura defensiva, de forma que no se debe desvincular el cambio que se produjo en los patrones de asentamiento de la mayor capacidad de la sociedad para organizar un sistema de protección artificial cada vez menos dependiente de la defensa natural que proporciona el terreno. De hecho, en un principio los poblados del Bronce Final, que carecen de cualquier sistema de amurallamiento que pueda ser considerado como tal, se refugiaron en sitios que ya hemos calificado de auténticamente inexpugnables pero que fuerzan a unas condiciones de vida muy duras. Durante el Primer Hierro ya señalamos cómo empezaron a surgir en esos lugares auténticos sistemas de amurallamiento que no encerraban en su totalidad al poblado, porque sería innecesario allí donde los cortados de más de 100 m. de altura eran casi verticales. Con el tiempo, vemos aparecer sistemas defensivos más complejos en sitios que sí necesitan defensa artificial en todos sus flancos para contrarrestar la disminución de las pendientes. Y, por último, durante el Hierro Pleno se asiste a la consolidación de un modelo que prefiere lugares menos abruptos, aunque no se renuncie a las escarpadas laderas de los riberos, pero que necesitan un complejo sistema de puertas protegidas por torreones y fosos allí donde la defensa natural es insuficiente.

Sin duda en esta evolución intervinieron muchos más factores y no es consecuencia de un simple "determinismo" geográfico como pudiera parecer. Tan sólo hemos querido dejar constancia de cómo la evolución de alguna de las variables que intervienen en la elección de los emplazamientos, en este caso el grado de accesibilidad a los poblados, está motivada y repercute en otros mucho aspectos de la organización socio-económica de la sociedad relacionados con la capacidad de defenderse y el control sobre determinados territorios.

- **Visibilidad.**

Esta variable es una de las que mejor refleja la transformación sufrida en el patrón de asentamiento porque se pasa de un modelo en el que priman los sitios que divisan y son divisados desde muchos kms. a la redonda, a otro en el que el control visual sobre el entorno es un aspecto secundario. Si hacemos un cálculo aproximado de la distancia que se puede divisar desde los diferentes castros concluiremos señalando que los emplazamientos en sierras o cerros aislados junto a cadenas montañosas controlan visualmente una distancia que oscila entre los 20 km. y los excepcionalmente 50 o más que se divisan desde el castro de Estena. En cambio los poblados asentados junto al ribero no tienen un campo visual de más de 6-8 km. en el mejor de los casos, que normalmente no supera los 2 km.

Si se tiene en cuenta que los poblados del ribero representan el 54 % del total, frente al 17 % que representaban en el Hierro Inicial y el escaso porcentaje que suponían durante el Bronce Final, se puede concluir señalando que ha desaparecido el interés por ocupar lugares destacados y se ha pasado a primar el hecho de no ser divisado desde lejos, pasando desapercibidos desde la penillanura. Es decir, se ha cambiado una estrategia basada en "destacar" por otra en la que los poblados se prefieren "camuflar" en el territorio. Es posible que ello se deba a que durante estos siglos han surgido nuevas tensiones entre los grupos y resulta más operativo ocultarse en lugares encajonados en el ribero como táctica de defensa, ya que los enclaves son difícilmente localizables hasta que no se está muy cerca de ellos. No olvidemos, sin embargo, que acabamos de ver que ese fenómeno va unido a una mayor capacidad para construir impresionantes sistemas defensivos, por lo que las comunidades ya no necesiten marcar su dominio sobre el entorno ocupando lugares visualmente destacados porque la muralla es ya un elemento ostentorio de afirmar quiénes son los señores de un territorio.

De todas formas, los puertos más importantes de la cuenca continuaron estando controlados por poblados situados en alto como los del Aljibe, Estena, Puerto de Santa Cruz o Logrosán desde los que se divisan las zonas principales para acceder a la cuenca, o el de Santa Marina, para divisar el Puerto de los Castaños, o el Camocho y Villasviejas de Casas del Castañar para controlar el paso a través del valle del Jerte.

De todo ello podemos deducir que la mayoría de los castros de este período no

ejercen un control visual sobre el terreno que los rodea pues han dejado de ocupar los puntos destacados del paisaje, salvo en aquellos lugares de alto valor estratégico para las comunicaciones a través de la cuenca del Tajo que, por esa misma razón, estuvieron ocupados con anterioridad y en muchos casos volverán a estarlo en épocas posteriores.

- Superficies.

A continuación recogemos los datos sobre la extensión amurallada de los poblados que consideramos oportuno reunir en este apartado para facilitar su análisis conjunto, aunque ya se han ido anotando al describir cada uno de ellos. Las medidas que se indican son absolutamente precisas tan sólo en aquellos casos en los que se ha realizado un levantamiento topográfico y, en consecuencia, han podido ser tomadas con los aparatos topográficos pertinente y un programa específico para calcular las superficies. En el resto de los casos se ha tenido que hacer sobre las restituciones hechas sobre las fotografías (según el procedimiento que ya explicamos en el capítulo anterior) y por tanto su exactitud depende de la calidad de los mapas topográficos manejados y las fotografías. Para diferenciar estas mediciones de las otras, se indica en cada caso qué medida es aproximada y cuál no lo es, para que futuros trabajos de topografía en esos yacimientos puedan ir corroborando esos datos. En aquellos en los que ha sido imposible conocer su extensión de forma precisa se indican los valores entre los que oscilan, separados por un guión, que al menos nos ayudan a encuadrarlos dentro de una categoría de tamaño.

Yacimiento	Ha.
Castillejo de la Orden	4.28
Castillejo Villa Rey	1.5 aprox.
Morros Novillada	4 aprox.
Castillejo Gutiérrez	2.12
El Cofre	1.5 aprox.
Castelos	1.5 aprox.
Alburrel	1.2 aprox.
Sansueña	6
Aljibe	2.4

Castillejo Santiago C.	2 aprox.
La Torrecilla	1-1.5
Castillejo del Casar	1.42
Castejón de Sta. Ana	2 aprox.
Muralla Aguijón P.	1.3
Castrejón del Pardal	1.6 aprox.
La Burra	4-4.5
La Coraja	1.6
Castillejo Hoya	1.5 aprox.
Dehesilla	1
Castrejón Berzocana	1-1.5
Castillejo Hergijuela	0.5 aprox.
Valdeagudo	3 aprox.
Logrosán	0.8 aprox.
Castillejo Salvatierra	0.5-1
Castillejo Navilla	0.5 aprox.
Castillejo Castañar	0.5 aprox.
Villasviejas del Tamuja	6.7
Castillejo Madrigalejo	2
Estena	1-1.5
Zamarril	12 aprox
Castillo de las Moreras	1 aprox
Berrocalillo	5.10
Camocho	1.7 aprox.
Villaviejas Casas Castañar	40 aprox.
Castillejo Aldeanueva	3.18
Castillejo Sta. Cruz Paniagua	1 aprox.
Muralla de Salvaleón	3 aprox.
Cáceres Viejo-Sta. Marina	10 aprox.
Almaraz	10 aprox.
Castillejo Salvatierra	0.5-1
Alto del Moro (Idanha)	1-2
Torrejón S. Vicente	1 aprox.
Alconétar	No se ha podido medir pero debió estar entre 1-2

Según estos datos podemos agrupar los castros en varias categorías:

- Más de 10 Ha.: Villasviejas Casas del Castañar
- En torno a las 10 Ha.: Zamarril, Santa Marina y Almaraz.
- Entre 5 y 6 Ha.: Berrocalillo, Sansueña y Villasviejas del Tamuja.
- Entre 3 y 4: Castillejo de la Orden, Morros de la Novillada, Muralla de Salvaleón, La Burra, Valdeagudo y Castillejo de Aldeanueva.
- Entre 1 y 2 Ha.: prácticamente el resto de los poblados salvo los que se incluyen a continuación.
- Menos de 1 Ha.: poblados de zonas de sierras como el Castillejo de la Navilla, el del Castañar, el de Herguijuela y el de Logrosán.

Los hemos agrupado en estos cinco grupos porque muestran de forma precisa cómo se jerarquizó el poblamiento. No existen categorías intermedias entre las que hemos señalado, es decir, el caso de Villasviejas de Casas del Castañar es único y rompe el ranking por arriba; la categoría siguiente es la de aquellos que rondan las 10 Ha. que también suponen una ruptura con el resto de los poblados pues no existe eslabón intermedio hasta la categoría de las 5-6 Ha. A partir de ahí sí están escalonados, porque existen algunos de entre 3-4 Ha. y a continuación se engloba el grueso de los poblados, que oscilan entre 1 y 2 Ha. Los de categoría inferior son escasos y se encuentran en unas zonas muy concretas donde quizás las características del terreno no permitieran mantener a asentamientos de mayor tamaño.

Si estos datos los agrupamos en porcentajes resulta:

Porcentaje de yacimientos	Superficie total amurallada de cada grupo y %
Más de 10 Ha. 2 %	40 ha. ....26.8 %
Sobre 10 Ha. 6.5 %	32 ha. ....21.4 %
Entre 5-6 Ha. 6.5 %	17 ha. ....11.4 %
Entre 3-4 Ha. 15 %	21 ha. ....14 %
Entre 1-2 Ha. 62 %	36 ha. ....24.1 %
Entre 0-1 Ha. 4 %	3 ha. ....2 %

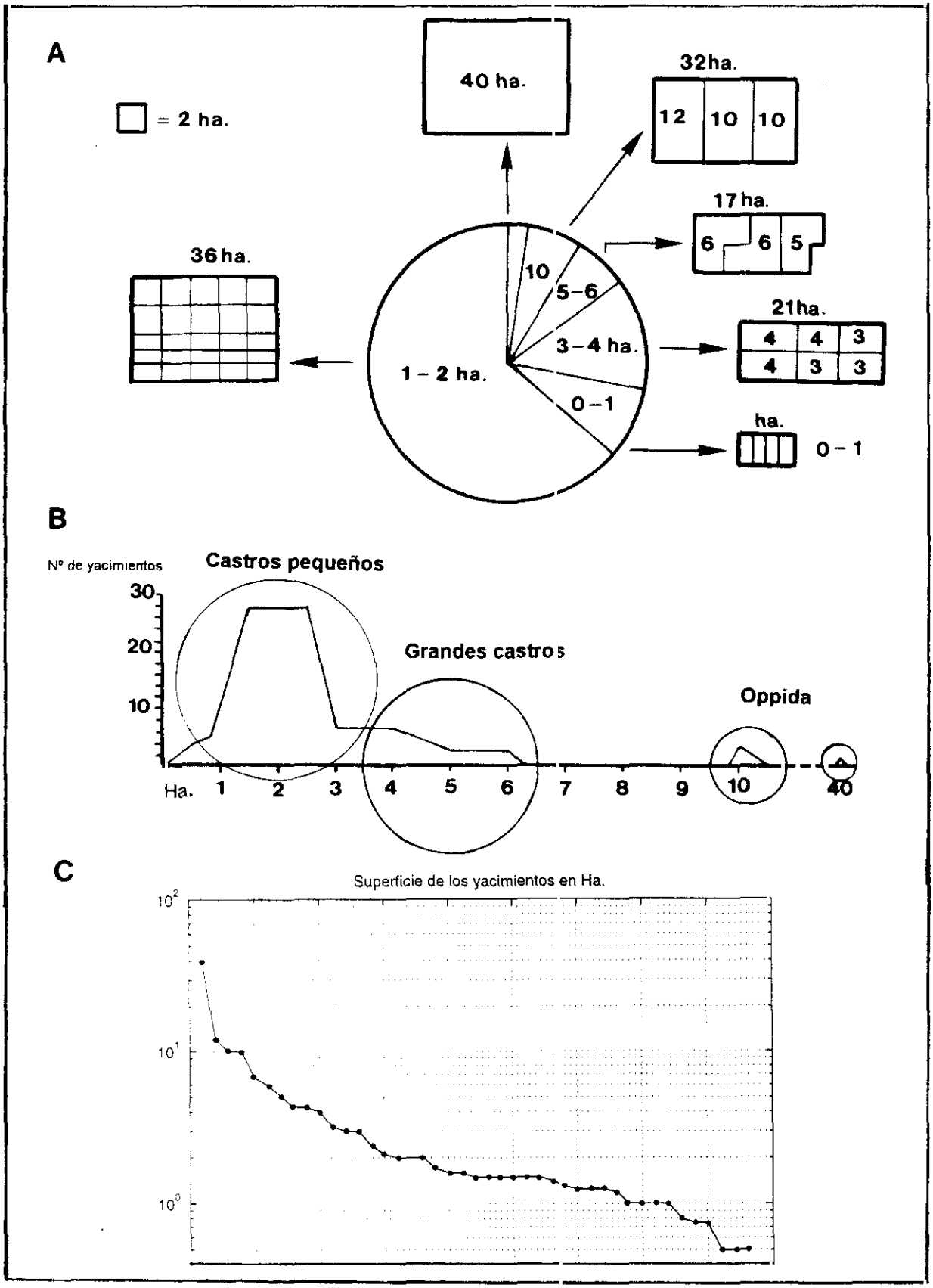


Fig. 79.- A. Gráfico de sectores con los seis grupos de castros según su tamaño y representación total de la superficie ocupada por cada grupo. B. Agrupaciones de los castros por tamaño. C. Gráfico semilogarítmico con el tamano de los castros.

No hemos querido separar el porcentaje que representan cada grupo del total de hectáreas amuralladas que suma cada uno de ellos, porque es muy elocuente que, por ejemplo, el 2 % del único caso conocido de más de 10 ha. englobe una superficie mayor que todo el grupo mejor representado de los pequeños castros de entre 1-2 ha. (Fig. 79). Se ha hecho así para que cuando analicemos la distribución de esos poblados en el territorio ya tengamos claro que cuanto más pequeños más numerosos son y, al revés, los grandes castros son sumamente raros pero concentran en ellos una amplia superficie, que puede ser la explicación de su aislamiento respecto a los pequeños.

Ahora bien, no se puede analizar por separado la extensión de los poblados de la cronología, porque sería sesgar la información. Aunque de la mayoría de ellos tan sólo se puede señalar una amplia cronología que abarca desde el siglo IV al I a. C., el caso concreto de los más grandes poseen evidencias que permiten fecharlos en una época muy reciente. En el caso de Sta. Marina, por ejemplo, no se puede separar el gran poblado fortificado de los vestigios de época romana, dándose la circunstancia de que los materiales más antiguos aparecen exclusivamente en una pequeña zona del poblado, o el de Almaraz, que tiene elementos en su necrópolis que señalan al siglo I a. C. Por ello hay que concluir diciendo que los grandes poblados fortificados de más de 6 Ha. son escasos y representan la última etapa en la evolución de un patrón de asentamiento caracterizado por la existencia de pequeños núcleos de entre 1 y 2 Ha..

- Entorno inmediato y lejano de los poblados.

Si las variables anteriores estaban relacionadas con factores estratégicos y de defensa, el análisis del entorno lo está con aspectos vinculados a las actividades económicas de la población. No es que el medio "imponga" una determinada forma de subsistencia, pero sí es cierto que a través de la reconstrucción de los recursos que les brindaba el entorno podemos conocer cuál fue la orientación dominante de la economía de estas gentes porque determinadas actividades, como el comercio, la minería y en menor media la agricultura necesitan ciertas condiciones que permitan su desarrollo por lo que es posible conocer si influyeron o no en la configuración de un determinado patrón de asentamiento.

Si ojeamos la distribución de los poblados sobre un mapa actual de usos y aprovechamientos del suelo observaremos que la ubicación sobre los riberos o en las sierras lleva implícito un alejamiento de las tierras más productivas, en las que no aparece ninguna evidencia de poblado amurallado. Los suelos que rodean a los poblados son de escasa potencia, lo que obliga a la población a mantenerse con los recursos que proporcionan las zonas con suelos más pobres de toda la cuenca. La Fig. 80, A permite observar cómo las zonas catalogadas de aprovechamiento agrícola están vacías salvo en los casos de Madrigalejo y Los Castellanos, curiosamente en áreas próximas a la cuenca del Guadiana. Por tanto hay que dejar clara la idea de que existe una perfecta correlación entre las zonas vacías del poblamiento y las zonas de suelos profundos y de mayor rentabilidad económica.

De todas formas es necesario conocer con más detalle cuál pudo ser el terreno más directamente explotado desde los castros. Cuando analizamos los poblados del Hierro Inicial ya abordamos el problema de determinar ese territorio. Las pautas que establecimos entonces, siguiendo las indicaciones de otros autores y contrastadas en nuestro territorio (*vid. supra* Cap. IV-2), son las que aplicaremos también ahora. Por ello, recordaremos que utilizando el varemo ideal del espacio recorrido en una hora desde que se sale del poblado llegábamos a la conclusión de que en el llano se recorrían 5 km., por tanto teóricamente ninguno de los castros (salvo el de Los Castellanos) llegó a explotar un territorio tan amplio. Cuando el terreno tiene una pendiente de entre el 10-20 %, como sucede en la mayoría de los castros de ribero, la distancia que se recorre en una hora se reduce a 4 km. Sólo en los casos en los que esas pendientes son mucho mayores, como sucede en los poblados en sierras donde alcanzan el 30-40 %, se reduciría a 3 km.

Aunque estos varemos son ideales, nos sirven para constatar que la mayoría de los castros del Hierro Pleno tienen más facilidades para aprovechar el entorno que los castros de las sierras que proliferaban en el Hierro Inicial; en cambio, reducen la distancia por término medio que se explotaría desde los poblados abiertos de la llanura que se documentaban en la fase anterior y han desaparecido en ésta.

Si contrastamos esas medidas ideales con el mapa de distribución de los poblados resulta que en aquellas zonas más intensamente ocupadas como la cuenca del Almonte,

el último tramo del Alburrel o del Jartín, el patrón de asentamiento permite apreciar que la separación entre los castros es de unos 10 km. por término medio, lo que nos lleva a establecer que cada cual pudo explotar un territorio de unos 5 km. a su alrededor sin entrar en confrontación con el vecino más próximo. Ello no se contradice con lo expuesto más arriba donde teóricamente se había calculado un territorio de unos 4 km. para los castros del ribero, puesto que ya hemos dicho que estos castros siempre cuentan con algunos flancos de más fácil acceso que permite el desplazamiento con relativa comodidad lo que hace posible abarcar en poco más de una hora entre 4 y 5 km. siempre que sea en dirección opuesta al ribero. Insistimos en ello para señalar que los cálculos teóricos no se alejan demasiado de lo que se observa sobre el terreno en cuanto al "entorno inmediato" de los poblados. Otra cosa es conocer cuál fue el papel que los castros ejercieron sobre el "entono lejano" porque pueden existir fórmulas para controlarlo sin que sea directamente por los que residen en los castros.

Siempre cabe plantearse la posibilidad de que existieran estructuras de escasa entidad de tipo granjas instaladas en esas zonas vacías que han desaparecido del registro arqueológico. Al carecer de defensas estarían supeditadas a la protección del castro en caso de peligro y a cambio de esa protección el castro obtiene recursos complementarios. Así, los tentáculos de control de los castros se proyectarían de forma directa sobre su entorno inmediato e indirecta sobre el lejano. Pero esto no deja de ser mera hipótesis hasta que no se constate con datos arqueológicos. Sin embargo, no hay que olvidar que los escasos documentos conservados de época medieval nos muestran que en toda Europa coexistió un sistema en que convivieron los "castella", según Sidonio de Apolinar, y los pequeños enclaves campesinos diseminados por el "ager" (Duby, 1984: 25) que también han desaparecido del registro arqueológico y sólo conocemos gracias a esos documentos. Incluso para nuestra época es válido un argumento similar puesto que en aquellos sitios que conocemos mejor hemos indagado sobre la estructura de la explotación del campo durante la primera mitad de la centuria y hemos constatado que los terrenos alejados de los núcleos de población se explotaban por campesinos que no se desplazaban a diario a los pueblos sino que residían en cabañas de paja y ramajes (las majadas).

En definitiva, la penillanura extremeña prácticamente no estuvo ocupada por los

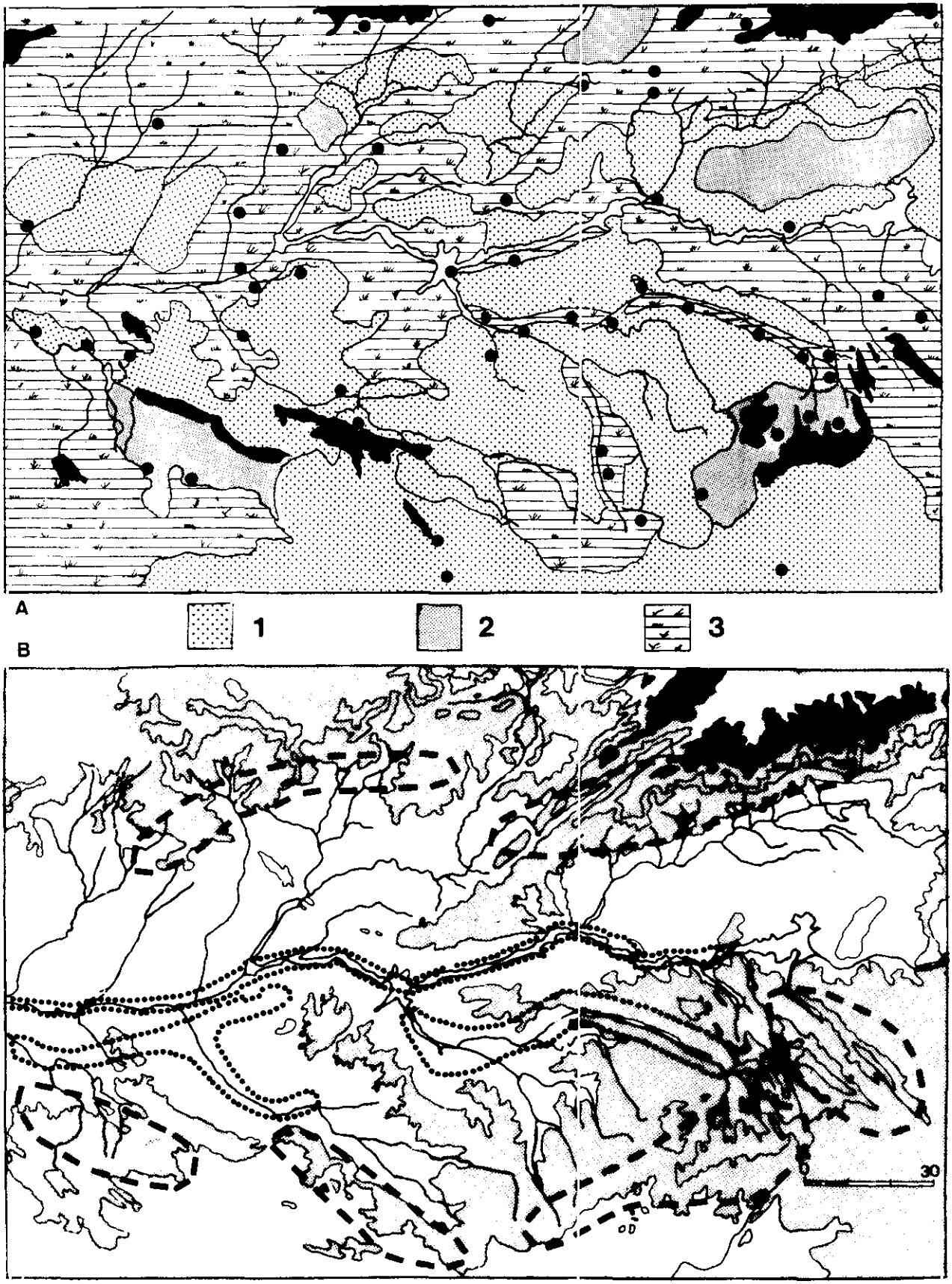


Fig. 80.- A. Distribución de los castros en el territorio: 1. Areas de labor, 2. de pastos 3. matorrales-pastizales. B. Pautas de agrupamiento de los castros: --- en función de la orografía; ...en función de los cursos fluviales.

poblados amurallados del Hierro Pleno, estando muy bien aprovechados los riberos más abruptos de toda la cuenca del Tajo y sus afluentes. Pero es posible que la extensa llanura no estuviera yerma y sus frutos contribuyeran a mantener al conjunto de la población de la Edad del Hierro.

- Pautas de distribución de los poblados en el territorio.

Después de analizar las características de situación, accesibilidad, visibilidad y entorno de los emplazamientos castreños resulta comprensible que esos poblados se agrupen en determinadas zonas que reúnen las condiciones buscadas por los castros, mientras en otras áreas no se localiza ninguno. La elección no es caprichosa sino el resultado de una selección voluntaria y consciente de aquellos sitios que mejor se adecuan a las necesidades de la sociedad.

Hemos repetido en numerosas ocasiones que la Alta Extremadura está formada por un solar delimitado por cadenas montañosas que la aíslan del entorno y surcada por ríos de cubetas profundas que la fraccionan. En ese amplísimo territorio, los castros se distribuyeron en torno a estos dos elementos naturales de forma que las alturas que controlan el acceso o salida al valle del Tajo y los principales ríos de la cuenca se convirtieron en los ejes vertebradores del poblamiento. Por ello la orografía y las arterias fluviales serán las responsables de que los castros se concentren en determinadas áreas mientras otras se quedaron vacías. En función de esos factores surgieron las siguientes agrupaciones (Fig. 80, B):

CASTROS CUYO EMPLAZAMIENTO ESTA DETERMINADO POR LA OROGRAFIA:

1. Poblados que controlan el acceso a la cuenca del Tajo desde la del Guadiana:

1.1 Agrupa a los tres poblados situados en la Sierra de Altamira, en la zona de acceso desde el Guadiana al Tajo por el portillo del Zújar y desde la llanura toledana al área extremeña del Tajo.

1.2 Engloba a los 7 poblados que aparecen en las Sierras de Montánchez y Guadalupe, separando la cuenca del Guadiana y el Tajo por el extremo meridional de

la región.

1.3 Castros sobre la Sierra de San Pedro. Se conocen tan sólo dos castros pero tienen entidad al estar situados junto a los puertos de entrada a la cuenca del Tajo desde el Sur por la zona central de la región.

1.4 En este grupo se incluyen una serie de poblados situados en pequeñas elevaciones de esta zona llana donde se difuminan los contornos de la encajonada cuenca extremeña del Tajo al entrar en las tierras portuguesas. Son castros de escasa entidad y similares características que constituyen un conjunto homogéneo entre sí aunque se alejan de los prototipos de castros extremeños.

2. Poblados desde los que se controla el acceso a la cuenca del Tajo a través de Gredos:

2.1 Castros situados en el reborde Noroeste de la cuenca. Conocemos tan sólo dos, aunque es probable que en la zona portuguesa exista alguno más. No están propiamente en la sierra sino en pequeñas elevaciones que se benefician de su defensa natural y el estratégico control visual que se obtiene desde ellas.

2.2 Castros del reborde Noreste de la cuenca. Se agrupan poblados situados sobre las últimas estribaciones de Gredos ocupando estratégico sitios que controlan la principal vía de acceso a la Meseta a través de los valle del Jerte y el Tiétar.

3. Castros en puntos altos en medio de la cuenca controlando pasos intermedios, como el del Puerto de los Castaños, o la llanura, como S. Martihno.

CASTROS SITUADOS EN TORNO A CURSOS FLUVIALES:

4. Castros situados sobre la cuenca del Tajo. Se engloban los poblados de Almaraz, desembocadura del Tiétar, La Torrecilla y Alconétar, ocupando sitios con muy buenas condiciones de defensa natural o de control sobre un vado.

5. Castros en torno al curso del Almonte. Este río se convirtió en un auténtico atractivo para las poblaciones del Hierro Pleno, puesto que en torno a él se asentaron 10 poblados distribuidos a distancias regulares desde el nacimiento hasta su desembocadura.

6. Poblados sobre los afluentes del último tramo encajonado del Tajo: Sever, Alburrel, Aurela, Salor, y Jartín. Agrupa a los poblados distribuidos sobre los riberos de

ríos pequeños que ejercen el mismo atractivo que el Almonte sobre el poblamiento. La diferencia es que el Almonte es un río largo que discurre paralelo al Tajo por lo que a penas existen otros afluentes menores y es él quien acapara en su cauce a todos los poblados de la mitad oriental de la cuenca, mientras que la occidental tiene varios riachuelos en cuyas márgenes más escarpadas se asentaron los poblados.

7. Existen otros castros que aparecen aislados en medio de la penillanura, aprovechando algún tramo escarpado de un riachuelo. Están colocados en puntos intermedios entre unos grupos y otros y, al no tener cerca otros poblados, suelen ser de gran tamaño. En este apartado se incluye Villasviejas del Tamuja, Sansueña, el Zamarril y el Alto del Moro.

Junto a los grupos señalados existieron zonas vacías que son tan significativas como las zonas ocupadas, ya que representan el negativo que deja el poblamiento en el territorio. Entre ellas se encuentran el Campo de Arañuelo, las Vegas del Alagón, los Llanos de Brozas y la penillanura trujillano-cacereña. Al hablar del entorno lejano de los castros ya dijimos que esas áreas pudieron estar habitadas por grupos familiares que se encargan de explotarlas, pero ello no impide afirmar que el poblamiento estable rechazó las zonas más llanas.

En definitiva, las estrategias de ocupación del territorio de la Alta Extremadura se definen por su interés en controlar los accesos a la cuenca y por camuflarse en los riberos más escarpados que existen dentro de ella. Surgió así un poblamiento agrupado en torno a los principales ríos y sierras que dio lugar a la aparición de áreas con un patrón muy concentrado, con poblados separados por distancias en torno a los 10-15 km., frente a amplias zonas llanas en las que aparece un castro como cabecera de un territorio de unos 30 km. a su alrededor.

V.3.- ARQUITECTURA DEFENSIVA.

La consolidación de la nueva estrategia de ocupación del territorio es inseparable del importante desarrollo que experimentaron los sitemas defensivos. La mayor accesibilidad y menor dominio visual que ofrecen los emplazamientos junto a los ríos, frente al que ofrecían las serrezuelas, se compensó con un reforzamiento de la arquitectura militar, cuya evolución continúa las pautas establecidas en el Hierro Inicial.

El análisis detallado de cada uno de los poblados nos ha proporcionado un elenco de información sobre las construcciones defensivas que nos permiten abordar el espinoso tema de la arquitectura defensiva, uno de los aspectos más emblemáticos de los castros de toda la Meseta y, sin embargo, bastante mal conocido. Para ello nos basamos en las observaciones que hemos realizado a simple vista, sin haber podido excavar en ningún caso. Tan sólo en algunos castros se observaba el interior de las murallas o las caras internas, debido a que existían remociones del terreno que las dejaban al descubierto, lo que ha permitido conocerlas con mayor precisión aunque lamentamos profundamente que el mayor nivel de información conseguido sea a base del deterioro que sufren estos yacimientos. Esos datos se completarán, en la medida de lo posible, con los obtenidos en los castros excavados a los que ya hemos hecho alusión más arriba.

Este análisis es continuación del que hicimos de las fortificaciones del Hierro Inicial en el capítulo anterior. Puesto que el nivel de información es mayor y las murallas son más complejas, nos detendremos en aspectos parciales que en la fase anterior no pudimos abordar.

1. ACONDICIONAMIENTO DEL SUELO PARA CIMENTAR LAS MURALLAS:

En pocos sitios ha sido posible observar cuál fue la infraestructura preparada para recibir el peso de la muralla. Sin embargo, en algunos puntos todavía se observa que se recurrió a dos tipos de soluciones: la más usual fue allanar el suello preparando una plataforma estable sobre la que edificar, cosa absolutamente necesaria sobre todo en los sitios donde existía una fuerte pendiente para evitar corrimientos. Si afloraba la roca, se procuró cimentar sobre ella para proporcionar mayor estabilidad a los paramentos; en

esos casos es más fácil observar las tareas de preparación porque se talló para conseguir una superficie plana sobre la que construir.

En otros casos en que existían fuertes irregularidades del terreno, sobre todo desniveles entre los afloramientos rocosos, se optó por colmatarlos a base de acumular cascajos y tierra hasta conseguir un nivel horizontal sobre el que construir, como sucede en el Castillejo de Santiago del Campo (Esteban y Salas, 1988: lám. II,b).

La técnica de rebaje de la roca nunca se utilizó en las murallas más arcaicas de los castros del Hierro Inicial (murallas de la Fase I, *vid. supra* Cap. IV,3) empezándose a utilizar en los castros de la transición del Hierro Inicial al Pleno (murallas de la Fase II, *vid. supra* Cap. IV,3) aunque es durante el Hierro Pleno cuando se generaliza, lo cual indica que la larga tradición de amurallar los poblados proporcionó a estas gentes un cierto bagaje de conocimientos prácticos sobre recursos constructivos que no son importados sino adquiridos por propia evolución interna, como ya Moret intuía para los castros de la Meseta (1991: 6).

2. LOS PARAMENTOS:

La mayoría de las murallas documentadas están construidas con aparejo de piedra, salvo el caso de Madrigalejo, el Torrejón y el Pardal que presentan fortificaciones levantadas con tierra, lo que supone una novedad respecto a la fase anterior. En todas ellas se observaban todavía algunas piedras colocadas en la parte externa, por lo que hay que imaginar que el paramento exterior sería de piedra, aunque de poca entidad porque prácticamente ha desaparecido dejando al aire un inmenso talud de tierra que, por ejemplo, en Madrigalejo alcanza en algunos tramos los 30 m. de anchura (Fig. 77).

El resto de los castros se fortificaron utilizando la piedra que les brinda el entorno, aunque aquí también hay que hacer la salvedad de mencionar el caso de Villasviejas del Tamuja y el Castillejo del Casar ya que utilizan en algunos paramentos una piedra diferente a la que aflora *in situ*, con la consiguiente mayor inversión de fuerzas que se necesita para ello.

La técnica de construcción de los paramentos parece estar bastante condicionada por el material que se empleó. En el caso de las pizarras se utilizan grandes lajas

colocadas en seudo soga y tizón en los paramentos exteriores y en el interior piedras más pequeñas ordenadas también en capas y unidas con barro. De todas formas, se observan notables variaciones en la aplicación de la misma técnica de unas murallas a otras, porque a veces el relleno tiene bastante barro y piedras de pequeño tamaño y en otros casos, en cambio, a penas hay diferencia entre las caras exteriores y el interior. Las que están fabricadas con mayor esmero presentan, incluso, bloques de granito acarreados desde lejos para dar solidez a la parte interna, como sucede en el Castillejo de la Orden. En el aspecto final que ofrece la obra influye mucho el cuidado con el que se haya hecho el desbastado de las lajas, observándose en algunas una tremenda regularidad que nunca aparecía en las murallas del período anterior.

Cuando se utilizó el granito se talló en bloques de forma irregular, salvo en contadas ocasiones en las que aparece con cierta tendencia a la regularidad. Sólo lo hemos constatado así en algunos paramentos del Jardinero (Bueno et alli, 1988: 98), en el bastión frontal del Castillejo del Casar, en la muralla y el torreón de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 35) y en algún paramento del castro de la Burra. En todos contrasta con el resto de la obra defensiva, que bien utiliza la pizarra o bien el mismo granito pero sin escuadrar. Ello pudiera deberse a diferencias de cronología, ya que durante el largo período de tiempo en que se estuvieron usando las murallas pudieron sufrir reparaciones, pero sin datos de excavación no podemos constatarlo. Sin embargo, es cierto que el uso de sillares cuadrangulares se data en época bastante reciente en la Península Ibérica. Un buen ejemplo de las primeras utilizaciones del aparejo isódomo lo encontramos en la Puerta de Sevilla de la muralla de Carmona, fechada por A. Jiménez a finales del siglo III a. C. (Bendala et alii, 1986: 124). Es significativo que en algunos recintos fortificados ibéricos, como el Higuerón, se haya podido fechar la muralla de bloques irregulares en el siglo IV a. C. y la de aparejo regular en el I a. C. (Fortea y Bernier, 1970; Moret, 1990: 17).

En cuanto a la técnica de construcción de la muralla de granito, la excavación de Villasviejas del Tamuja puso de manifiesto que los paramentos de las caras exteriores se levantaron con bloques de ese material, pero se rellenó el interior con tierra y pizarras; en algunos tramos sólo se empleó el granito en la cara externa, siendo la interna de pizarra. En el Jardinero también se reservó el granito para las caras

exteriores, aunque se empleó la pizarra para calzar los bloques de granito; esta muralla presenta la peculiaridad de que algunos tramos se reforzaron y ensancharon notablemente a base de construir paramentos adosados a la cara interna, no sabemos si contemporáneamente o en una fase posterior a la construcción de la muralla (Bueno et alii, 1988: 98), hipótesis que consideramos más probable.

Hay que destacar como característica común a la mayoría de las murallas de los castros de la Alta Extremadura el construir en talud al menos la cara externa, independientemente de la materia prima que se utilice. Este rasgo ya había hecho su aparición en las murallas del Hierro Inicial y se mantiene durante el Hierro Pleno. De los 26 castros en los que se conservaba una altura suficiente para observar si eran rectos o en talud, sólo en 4 aparecían murallas rectas y en otros 3 alternaban los paramentos rectos con otros en talud. De ellos es significativo que en el caso de La Burra la mayor parte de la muralla esté en talud y tan sólo el recinto más externo, quizás más reciente, sea recto.

Por lo que respecta a la anchura de los paramentos, hemos podido medirlos en los siguientes casos:

- Morros de la Novillada, 0,75 m.
- Castillejo Herguijuela, 1 a 2,50 m.
- Castillejo de la Orden, 1 a 5 m.
- Torrecilla, 1,30 m.
- Cerro de la Torre, 1,55 m.
- Camocho, 1,60 a 2,75 m.
- La Burra, 1,70 a 5,30 m.
- Castillejo Castañar, 1,75 m.
- Sansueña, 2 a 4 m.
- Castillejo Aldeanueva, 2 m.
- Valdeagudo, 2,10 m.
- El Cofre, 2,50 m.
- Castillejo del Casar, 2,50 m.
- Castillejo de Gutiérrez, 2,50 m.
- Jardinero, 2,50 a 5 m.
- Castillejo de la Hoya, 2,70 a 3,20 m.
- La Dehesilla, 2,70 m.

- Castrejón de Berzocana, 2,70 m,
- Villasviejas del Tamuja, 2,80 a 3,30 m.
- La Coraja, 3 m.
- Pardal, 4 m.
- Berrocalillo, 5 m.

Estos datos revelan que no existe uniformidad entre las murallas de unos castros y otros, pero también que dentro de un mismo recinto la anchura de la muralla variaba notablemente dependiendo de las necesidades defensivas de cada punto, generalmente coincidiendo los tramos más potentes con las zonas de acceso y los más débiles con las zonas bien protegidas por las defensas naturales.

En muchos casos se constata que la muralla era más un elemento disuasorio que una protección segura, sobre todo en aquellos casos en los que mide incluso menos de 1 m. o entorno al metro, casi lo que miden algunos muros de las viviendas. Ello nos lleva a pensar que no sólo es la seguridad lo que se busca: la muralla parece ser ante todo un elemento emblemático que proporcionan al asentamiento carta de naturaleza. No queremos decir que carezca de función defensiva, porque no pensamos que se hubieran llevado a cabo tales obras sin una necesidad real de protegerse, sino que no debieron llevarse a cabo verdaderos enfrentamientos con tropas quizás hasta la llegada de los ejércitos cartagineses y romanos, y debe ser en esa época cuando se construyeron los más potentes muros y bastiones. Hasta ese momento la muralla debió servir para proteger a la población de las incursiones de bandas y de los enfrentamientos entre las élites de diferentes poblados.

En ese sentido conviene resaltar que en aquellos sitios donde hemos localizado murallas muy anchas, en torno a los 5 m., convergen ciertos rasgos de modernidad, aunque carecemos de datos seguros para fecharlas. Es el caso del Berrocalillo, donde la muralla que medía 5 m. era un tramo absolutamente recto con independecia de la topografía, o junto a una de las puertas de La Burra, situada junto a otra anterior que se tapió para amortizarla, o la muralla del Jardinero, en la que se habían superpuesto con el tiempo varios lienzos de refuerzo hasta alcanzar ese ancho.

3. PUERTAS:

Las zonas de acceso a los castros no siempre se conservan bien, pero en aquellos casos en los que se observan hemos comprobado la diversidad de soluciones a las que se recurrió para defenderlos, muchas veces sencillos ingenios a base de engrosar los lienzos o retranquearlos y en otros casos complicadas soluciones para protegerlas con bastiones de muy diferentes formas, algunos de los cuales también aparecen en otros castros de la Meseta (Esparza, 1986: 247). Aunque en sentido estricto ninguna puerta es idéntica a otra, las hemos intentado agrupar según el tipo de solución adoptada en los siguientes tipos:

1.- Vano sencillo, generalmente con engrosamiento de los laterales. Es el tipo más representado porque desde que aparece en los primeros castros no dejó de adoptarse, si bien es verdad que en los castros del Hierro Pleno este tipo se relega a las zonas alejadas de la entrada, utilizadas como poternas (Fig. 81, 1).

2.- En esviaje, prolongando uno de los laterales hasta que discurra paralelo al otro, conformando entre los dos un pasillo que puede ser estrecho o amplio y con forma de embudo. Esta solución tampoco supone ninguna complicación técnica y de hecho ya aparece en los castros de la transición del Hierro Inicial al Pleno, como en La Muralla de Alcántara. De todas formas, no es un tipo muy difundido ya que sólo la hemos documentado en el Aljibe, Castillejo de la Hoya, Castillejo del Casar y La Torrecilla (Fig. 81, 2).

3.- Puerta flanqueada por torres o bastiones circulares, documentadas tan sólo en las puertas de comunicación con el recinto interno del Castillejo del Casar y el de Sansueña y una de las entradas del Castejón del Pardal (Fig. 81, 3).

4.- Puerta protegida por bastiones de forma irregular. Es el tipo más generalizado en los castros del Hierro Pleno y da lugar a múltiples y complicadas soluciones a base de engrosar los lienzos y disponerlos en formas diversas dependiendo de la topografía. Lo usual es levantar un gran bastión que sirve de parapeto defensivo y abrir la puerta ligeramente retranqueada protegida por otro bastión de dimensiones menores (Fig. 81, 4-6).

En cambio no se conocen las torres cuadrangulares flanqueando las puertas de los

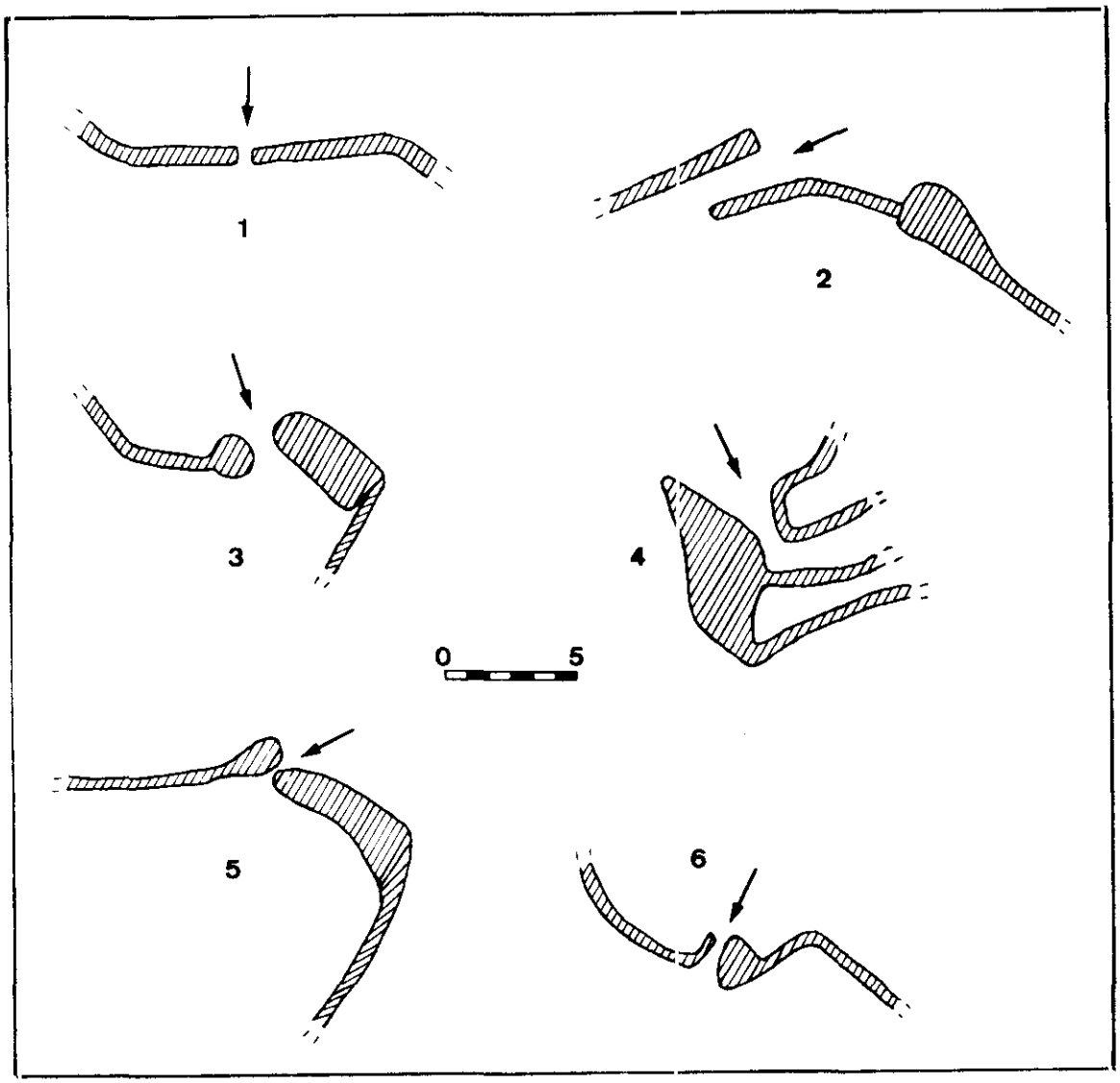


Fig. 81.- Tipos de puertas documentados en los castros de la Alta Extremadura: 1. Vano simple 2. Puerta en esviaje 3. Con torreones circulares a cada lado 4-7. Con bastiones de diferentes tipos.

castros; lo más parecido a ellas que hemos observado es la entrada al castro de La Torrecilla, en la que los lienzos terminan adoptando una forma cuadrangular que los asemeja a torres aunque en realidad no lo son, porque no forman un cuerpo destacado del lienzo de la muralla. Lo mismo sucede con la estructura cuadrangular que aparecen en la entrada al Castillejo de la Orden, de la que sólo se conserva la planta.

Las anchuras de las puertas oscilan entre 2,20 m. y 3,70 m. en La Torrecilla; 3 m. en el Castillejo de la Orden, Zamarril, Cerro de la Torre, 3,5 m. en el Alburrel; 4 m. en

el Castillejo del Casar; 6,50 m. en la puerta tapiada de La Burra y 5,80 de la puerta más moderna y 10 m. en el Castejón del Pardal. En cambio las pequeñas puertas distribuidas por el resto de la muralla, que hemos llamado "poternas", oscilan entre 1,65 y 1,95 m. Junto a algunas de las puertas principales aparecían huellas de carros, aunque no siempre se ha podido medir con precisión la anchura de las carriladas; las más fiables son las huellas del Castillejo de la Orden donde se estableció que el eje máximo mediría 105 cm., lo que les permitiría entrar sin dificultad por cualquiera de las puertas documentadas.

En definitiva, los distintos tipos de puertas muestran la evolución regional de los sistemas constructivos desde los sencillos vanos documentados en las primeras fases del surgimiento de los castros, hasta los ingentes bastiones que llegan a alcanzar los 13 m. de anchura. Ello nos permite volver a insistir en que lo que se produjo fue un proceso de evolución interna de la arquitectura militar desde inicios de la Edad del Hierro que desembocó en la creación de un aparato defensivo de gran envergadura pero sin ninguna complicación técnica. Sencillamente se recurrió a engrosar los lienzos de la muralla de forma espectacular y hacerlos girar para convertirlos en un eficaz modo de proteger la entrada y de impresionar al enemigo, de forma semejante a lo que se observa en la Baja Extremadura (Berrocal, 1992: 213) o el área vettona (Alvarez-Sanchís, 1993).

4. LOS TORREONES:

A diferencia de los bastiones, las torres no son un engrosamiento de la muralla sino un cuerpo destacado aunque perfectamente trabado a ella; hay que señalar que no fueron tan usuales como lo fueron los bastiones. Generalmente se reconocen tan sólo por los ingentes derribos adosados a la muralla, que impiden reconocer la planta de la torre.

Las torres circulares ya vimos que aparecían en los castros de la transición del Hierro Inicial al Pleno, a pesar de lo cual no fue una solución que se generalizara. En los pocos casos en los que las hemos localizado, aparecen junto a las puertas, como en el Castillejo del Casar de Cáceres (Fig. 60), o separadas de la muralla y unidas a ella mediante un lienzo que sirve de nexo de unión, como en Sansueña y posiblemente en Logrosán.

El caso más espectacular es el torreón exento del castro del Aguijón de Pantoja, de unos 18 m. de diámetro, concebido como una estructura hueca compartimentada en estancias rectangulares distribuidas a ambos lados de un eje central. Es el único caso que conocemos de una construcción así, aunque por sus dimensiones recuerda a las de los castros de La Muralla de Alcántara y Valdehúncar, teóricamente de un momento anterior. Impresionante es también el torreón circular que protege la entrada del castro de Almaraz, en este caso macizo y unido la muralla.

Respecto a las torres cuadrangulares, la mejor información la proporciona el castro de Villasviejas del Tamuja, donde F. Hernández (1988) excavó una torre colocada en uno de los extremos donde gira la muralla. Está construida con bloques de granito bien escuadrados con las esquinas en perfecto ángulo recto y la cara exterior en fuerte talud. Por los dibujos publicados intuimos que era hueca y la muralla apoyaba en su lado Oeste (Hernández et alii, 1988: fig. 36). En el lado Norte se adosó una escalera de granito para acceder al interior del poblado. Los materiales arqueológicos que ha deparado su excavación no aportan datos para fecharla, porque provienen sobre todo de la limpieza de sus paramentos exteriores; en cualquier caso hay que decir que se recogieron ánforas romanas. Tan sólo durante la excacvación del tramo de muralla donde se une a la torre se percibe, como indica la autora (Hernández et alii, 1988: 66), que el material cerámico está fabricado en su mayoría a mano. Pero desconocemos si provienen del interior de la muralla o está despositado encima de ella, por lo que el dato carece de valor.

También hemos visto torres adosadas a la muralla del Castejón del Pardal; como el interior de esas murallas es de tierra, es difícil conocer la forma que tuvieron, aunque en las que quedan en pie algunas de las piedras de la cara exterior se ha podido reconocer una forma rectangular. Otra posible torre rectangular aparece en el castro de la Dehesilla (Fig. 72) aunque es una construcción muy alterada porque se reutilizó como zahurda, por lo que se necesitan datos de excavación para precisar su cronología exacta. En cambio sí se conserva perfectamente el torreón rectangular de la acrópolis de Valdeagudo, de 11,40 x 6,50 m., una potente construcción que refuerza uno de los ángulos de la acrópolis. En el castro de la Burra también se levantaron estructuras cuadrangulares tanto en la acrópolis como protegiendo las poternas.

Existe otro tipo de construcciones cuadrangulares que habría que considerar fortines porque su tamaño supera al de las torres y no están adosadas a los lienzos de muralla, sino levantadas a modo de acrópolis en pequeña escala. Un buen ejemplo aparece coronando el poblado de Los Castellanos; tiene 23,8 x 8,2 m. de dimensiones máximas, está construido con bloques regulares perfectamente alineados en las esquinas, sin campartimentaciones internas. El peñón fortificado del Mato es otro buen ejemplo de fortín inscrito en otro cinturón defensivo que repite la estructura del fortín a mayor escala. Estas cosntrucciones son obras de la población indígena y no deben confundirse con los fortines romanos, que tienen diferente planta y técnica de contrucción. Su mejor paralelo lo encontramos en el fortín del Raso de Candeleda, lo cual nos lleva a datarlas en el siglo II a. C.

Por tanto, se puede señalar que las torres aparecen en contadas ocasiones en los castros, debido a que en lugar de torres se prefirieron los bastiones, una solución técnicamente más fácil de construir. La referencia cronológica más próxima nos la ofrece el Raso de Candeleda, donde se conoce una docena de torres cuadrangulares y construcciones a modo de fortines que se construyeron a partir de finales del siglo III a. C. (Fernández, 1986: 506 y 517), dato que puede ser igualmente válido para los torreones cuadrangulares de las murallas extremeñas. En cambio, las circulares podrían ser de fecha anterior, porque estuvieron en uso desde la transición del Hierro Inicial al Pleno.

5. FOSOS:

Constituyen un eficaz sistema de defender al castro ya que dificultan notablemente que se acerque el enemigo hasta los pies de la muralla. A pesar de ello sólo aparecen en la tercera parte de los castros que conocemos.

No existen pautas fijas sobre la forma de construirlos, debido a que se aprovechan al máximo las condiciones del terreno. La única característica común es que prácticamente siempre están colocados defendiendo la puerta principal, abiertos en los estrechos espacios de terreno que no están rodeados por los ríos. En algunos casos están totalmente rebajados en la roca; si ésta no existe, se recurrió a construir con piedra los laterales del foso con un aparejo similar al de las murallas, también en talud. No existe

una norma sobre el número y el tamaño de los fosos. Cuando existe uno sólo suele ser de grandes proporciones, como el del Zamarril, de 6 m., el del Castillejo del Casar, de 7 m. (Fig. 60) o el de Villasviejas del Tamuja, de 10 m. de anchura. En otros casos se abrieron dos, separados por un terraplén, cuya anchura oscila en torno a los 3 m.

Es posible que la finalidad de los fosos fuera la de convertir el terreno llano en quebrado, para dificultar el acceso con cualquier tipo de máquina de guerra. De hecho, en los casos en los que existen dos, separados por un terraplén, el sólo hecho de tener que salvar estas barreras ya suponían una importante dificultad para acercarse a la muralla. En los casos en los que están tallados delante del paramento exterior de la muralla pensamos que sirvieron, ante todo, para elevar su altura.

6. TIPOS DE RECINTOS:

El progresivo reforzamiento de los sistemas defensivos que venimos observando provocó la aparición de recintos amurallados de trazado cada vez más complejos, al multiplicarse el número de líneas de muralla. En cualuier caso, ese fenómeno estaba ya documentado desde la transición del Hierro Inicial al Pleno en dos castros excepcionales, el de la Muralla de Alcántara y Valdehúncar. Por ello la tipología básica que establecimos al analizar las murallas de la II Fase del Hierro Inicial (*vid. supra* Cap. IV,3) puede mantenerse también para el Hierro Pleno, aunque en ella se engloben plantas más complicadas.

- El Recinto único continúa vigente, tanto en castros pequeños como en los grandes, desde el principio hasta el final de la Hierro Pleno, constatándose de forma contundente que la mayor o menor simplicidad del trazado de la muralla no es un indicio de cronología.

- Recintos múltiples: En este apartado tienen cabida un amplio repertorio tanto de forma de los recintos como de soluciones para multiplicar la defensa con el mínimo esfuerzo. Por ello encontramos:

- recintos adosados, generalmente con la acrópolis fortificadas más uno o más recintos rodeando el cerro. En estos casos, siempre existen tramos de murallas

comunes a más de un recinto.

- recintos independientes, de trazado a veces casi concéntrico. Este tipo exige un mayor esfuerzo constructivo, puesto que cada recinto de muralla es independiente del trazado de las demás.

- Dos cerros independientes fortificados. Este tipo aparece en Villasviejas del Tamuja y los Morros de la Novillada, aunque en ambos casos plantea alguna reserva. En Villasviejas no se conservan los tramos que cierran ambos recintos, al ser la parte más deteriorada de las construcciones, por lo que hay que esperar a futuros trabajos de excavación para tener evidencias seguras de si se trata de un mismo recinto o de dos. En los Morros de la Novillada habría que constatar con datos de excavación si estuvieron ocupados simultaneámente o uno de ellos pudo ser posterior al otro, pues el material de superficie es similar y no permite establecer matices cronológicos.

El espectacular desarrollo de todo este aparato defensivo, que supone la culminación de un largo proceso de desarrollo desde el Hierro Inicial, nos lleva a plantearnos cuál fue la **función** y el **significado** de estas murallas. En algunos casos hemos encontrados fortificaciones que no superaban 1 m. de anchura, es decir, tan sólo 40 cm. más que los muros de las viviendas. No parece del todo satisfactorio pensar que actuaran como elemento disuasorio, sobre todo porque esa justificación serviría para explicar una situación coyuntural, pero no una larga evolución del mismo elemento a lo largo de los siglos. La explicación de que esas construcciones defendieron los ganados tampoco parece convincente, porque tal inversión de esfuerzos resulta desproporcionada con el afán de proteger a unos animales que generalmente estaría dispersos en el campo, por lo que la muralla casi nunca serviría de elemento real de protección.

En otras zonas del Norte de la Meseta se ha conseguido demostrar que la muralla es la primera obra que se realiza al construirse un poblado, "dando cohesión al grupo que lo ocupa" (Fernández-Pose et alii, 1994: 201) y Cunliffe las considera más que un elemento defensivo, un símbolo de legitimación del poder (1994: 72)[1]. Por ello, el desarrollo de los primeros recintos amurallados es paralelo al de consolidación de un

[1]El mundo romano nos ha transmitido también la existencia de un ritual de fundación de las ciudades, posiblemente vinculado a tradiciones muy antiguas, en el que la delimitación por medio de una muralla tenía un significado jurídioco-religioso (Liv. 1,44,3; Varrón, V, 143).

patrón de asentamientos estables, desde los que se controla la explotación de un territorio, en un momento de mayor rivalidad entre los grupos. Surge el poblado cerrado, destacado en el paisaje por la muralla, con el que se identifica el grupo de población que vieve tanto en el poblado como disperso en los campos abiertos.

Es evidente que la función de la muralla fue variando a lo largo de de los siglos, al mismo tiempo que cambiaban las condiciones socio-económicas y políticas. Pero lo cierto es que no hay que esperar a que exista una agresión externa para que se empezaran a construir recintos fortificados; los encontramos desde los primeros tiempos de la Edad del Hierro y continúan sin solución de continuidad hasta los últimos siglos del milenio. En ese momento, la presencia de los ejércitos cartagineses y romanos tan sólo agudizaría la necesidad de protegerse. Ya en el siglo I a. C., cuando Roma impone su dominio, pierden su significado, momento en el que se construyen viviendas encima de las murallas de algunos castros.

La **cronología** de las murallas y sistemas defensivos anejos es un asunto que no podemos dejar zanjado. Ya hemos dicho que existen algunos rasgos arquitectónicos que parecen más modernos que otros, sobre todo lo que atañe a la construcción de lienzos totalmente rectos, con independencia de las imposiciones del terreno, el uso de los sillares, las esquinas en ángulos rectos o los torreones cuadrangulares, rasgos que suelen presentarse asociados. Tampoco se han podido fechar estas construcciones en el resto de la Meseta, pero sí se ha podido determinar que las torres cuadrangulares aparecen a partir de fines del siglo III a. C. (Moret, 1991: 35), generalmente asociadas a buenos aparejos de tipo sillar y a la generalización de los ángulos rectos, dato que ratifica el cercano castro del Raso con sus fortines de planta rectangular (Fernández, 1986: 510 y 520).

Estos rasgos se documentan, por ejemplo, en algunas zonas del castro de Villasviejas del Tamuja; coincide que el área más próxima al meandro del río está construida con lajas de pizarra y la zona más alejada con sillares, por lo que es posible que se deba a una ampliación del recinto incorporando las nuevas técnicas constructivas, pero no podemos precisar cuándo. En otros casos se documentan potentes bastiones en puertas construidas después de tapiar otra anterior de menos envergadura, como en La Burra, lo que ratifica la impresión general de que las murallas estuvieron en uso un largo

período de tiempo durante el cual fue necesario ampliarlas o reforzarlas, incorporando las nuevas técnicas constructivas.

Es muy posible que en ello influyera de forma decisiva la llegada de las tropas cartaginesas y romanas, que debieron forzar a tener a punto todo el aparato defensivo; también pudo tener alguna repercusión el conocimiento que algunos mercenarios oriundos de esta región pudieron aportar, cuando regresaron, sobre las técnicas constructivas que hubieran visto en otras áreas. Pero insistimos que ello no es más que la última etapa de desarrollo de una arquitectura militar que surge a comienzos del Hierro Inicial y evoluciona sin interrupción hasta que termina la conquista romana. En Villasviejas del Tamuja se han documentado viviendas del siglo I a C. construidas sobre la muralla (Ongil, 1991: 250 y 253), lo cual nos indica que en esa época hay que situar el final de la arquitectura defensiva de los castros.

V.4.- ARQUITECTURA DOMESTICA.

Las excavaciones realizadas en el interior de los castros de Villasviejas del Tamuja, La Coraja y Castillejo de Santiago del Campo nos permiten conocer el tipo de viviendas utilizadas por los habitantes de los castros, aunque dejan sin desvelar cómo se distribuían dentro de los recintos amurallados. Aunque todavía esos datos son muy limitados, al menos documentan cuáles eran los rasgos principales de la edilicia doméstica, profundamente transformada desde el Hierro Inicial al distribuirse en torno a calles y manzanas.

En Villasviejas del Tamuja se han sacado a la luz en un área de 376 m^2 tres viviendas, dos de ellas adosadas por su lado más largo, separada de la tercera por un espacio que pudo ser una calle. Las casas tienen planta rectangular y parecen estar formadas por dos habitaciones contiguas en una de las cuales se situaba el hogar, aunque no existe la certeza de haber excavado una vivienda completa (Hernández et alii, 1989: fig. 44). Los muros se levantaron con un primer tramo de lajas de pizarras unidas con barro y encima adobes rectangulares de 13x8 cm. La cubierta debió ser de ramajes, quizás apoyadas directamente en los muros si las habitaciones eran estrechas o en pies derechos si eran amplias. Los interiores se acondicionaron con suelos de tierra roja o enlosados de pizarras que regularizaban el nivel de la vivienda (Fig. 82, 2).

Los espacios libres entre las casas no son regulares. Entre las casas adosadas y la otra tercera existe una separación de casi 3 m. de anchura que parece ser una calle. En cambio, al Este aparece el muro de otra vivienda separada de las demás tan sólo unos 60 cm., lo que muestra la variabilidad de los espacios de separación entre las casas, quizás con algunos espacios más amplios a modo de zonas de tránsito principales.

Durante la excavación se recuperaron un semis romano fechado en el 211 C. y tres ases ibéricos datados en los siglos II-I a. C. (Hernández et alii, 1988: 132) que indican que las viviendas conservadas corresponden a la última etapa de ocupación del poblado. Pero la excavación del castro ha deparado cerámicas áticas fechadas en el siglo IV a. C. que señalan que estuvo ocupado durante un largo período de tiempo de cuyos momentos iniciales es difícil conocer las casas, debido a que están arrasadas por las edificaciones posteriores. Sin embargo, gracias a los minuciosos planos y las fotografías

publicadas de la excavación se puede apreciar que algunos muros se cimentaron encima de otros que se encuentran a menor cota y tienen un trazado ligeramente diferente. Esta superposición testimonia que las construciones inferiores corresponderían a la fase más antigua de ocupación, observándose que en algunos sitios (departamentos 3 y 4) el trazado de las inferiores y las superiores difiere muy poco, amoldándose las casas más modernas a los restos anteriores (Fig. 82,2) .

Esa misma conclusión puede extraerse de las excavaciones realizadas por Ongil cerca de la muralla, donde se superponen las construcciones del siglo II sobre otra anterior sin a penas variar el trazado, que no se alterará hasta después del siglo II a. C. (Ongil, 1991: fig. 3).

En el castro de La Coraja se han podido documentar también distintas fases de construcción de las viviendas, aunque en este caso no existen superposiciones verticales sino horizontales. La casa más antigua aparece exenta y está orientada al Este; tiene planta rectangular dividida longitudinalmente en dos estancias, con un porche delante de la puerta cubierto con un voladizo que apoyaba sobre tres pies derechos de los que se conservan las basas de granito. A ella se adosaron nuevas construcciones orientadas al Sur que inutilizan el porche anterior. Las nuevas casas están dispuestas formando manzanas, unidas unas a otras por los muros laterales y adosadas a otro grupo de casas a sus espaldas. Son de tamaño ligeramente inferior a la más antigua y no parecen tener porche delante de la puerta (Esteban 1993, 62) (Fig. 82, 1).

La distribución del espacio interior es similar a la de la fase más antigua. Desde la puerta, abierta en el centro de la fachada, se accede directamente a la estancia más grande de la casa variando el número y tamaño de habitaciones de unas a otras, pues de las cuatro que se conocen una tiene un espacio único (C-3), otras dos cuentan con un muro longitudinal que la divide en dos (C-1 y 2) y la cuarta tiene al fondo una habitación donde está el hogar. Suele aparecer una zona dedicada a guardar los grandes recipientes de provisiones, generalmente al fondo de la casa (Idem).

En la casa 2 se hallaron abundantes restos de fundición concentrados en la estancia lateral, donde las escorias formaban una capa de 50 cm. (Esteban, 1993: 63) y en la que también apareció un crisol para fundir hierro. Por ello se ha considerado una herrería, aunque carece de un sitio para hacer fuego que es esencial en los trabajos de

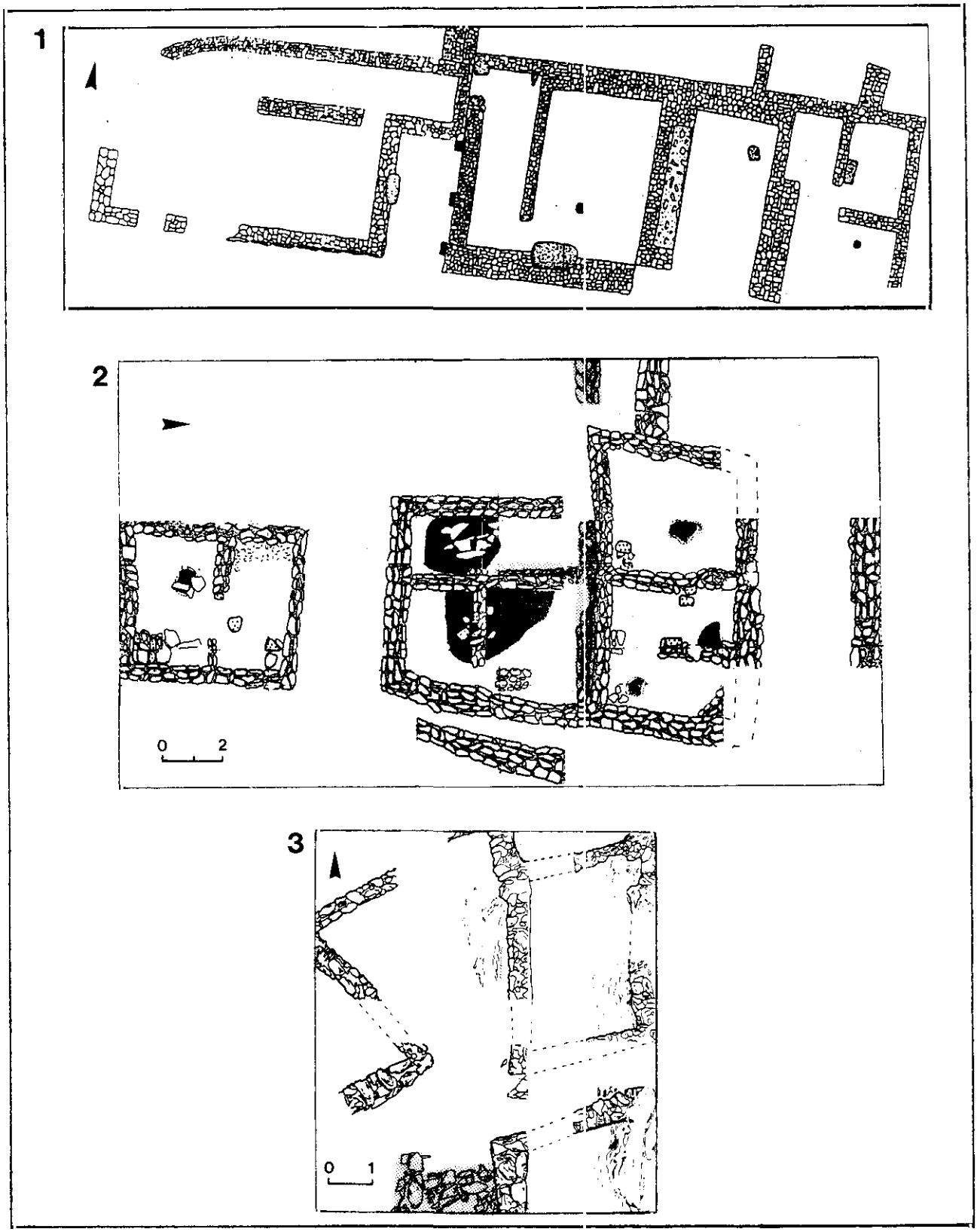


Fig. 82.- Croquis de las viviendas excavadas en La Coraja (Esteban, 1993); planta de las casas de Villasviejas del Tamuja (Hernández *et alii*, 1989) y el Castillejo de Santiago del Campo (Esteban y Salas, 1988).

fundición. Podría ser que la pequeña habitación con hogar adosada a esta casa perteneciera a ella, aunque no se indica si se encontraron cenizas o escorias en sus proximidades. De confirmarse este dato sería de gran interés, primero porque se constata la manipulación del hierro dentro del poblado, aunque debió ser a pequeña escala dada la ausencia de auténticos hornos de fundición; segundo porque demuestra que las tareas artesanales no se realizaban en zonas específicas dentro del poblado en los pequeños castros.

Lo mismo sucede en otros castros conocidos del Sur de Extremadura, como Belén, Capote, Castillejos 2 o Jerez de los Caballeros, en los que la actividad metalúrgica se realizaban dentro de edificios idénticos al resto de las construcciones aunque con estancias reservadas a este uso (Berrocal, 1992: 191).

Todas las viviendas se levantaron con muros de pizarras que pudieron estar recrecidos con adobes y cubiertos con vigas de madera y ramajes que apoyarían en un pie derecho del que se conserva su basamento de granito, material cuyas cantera más próxima se encuentra a 18 km. del poblado. Se han localizado enlucidos en las paredes interiores de las estancias y zócalos de lajas de pizarras hincadas en el exterior de las paredes cuya única misión es ornamental. Además, los suelos estaban preparados con capas rojizas que uniformaban la superficie, todo lo cual indica un especial esmero en acondicionar las viviendas.

Otro castro del que se conocen las casas es el Castillejo de Santiago del Campo, a pesar de que no se completó la excavación de ninguna vivienda (Esteban y Salas, 1988: 137). Lo poco que se sacó a la luz resulta interesante porque también aquí pensamos que se documenta una estratigrafía horizontal, a juzgar por las plantas de las casas publicadas. Se distinguen claramente unas habitaciones de orientación Norte-Sur de otros muros intencionadamente cortados y de orientación diferente que deben corresponder a viviendas de época anterior, de ahí que el conjunto que se observa son "muros confusos debido a la proximidad inexplicable entre ellos" (Esteban y Salas, 1988: 130) (Fig. 82, 3). Ello no es de extrañar debido a la larga ocupación del yacimiento, cuyos materiales más antiguos recogidos en superficie (dejando a parte las ocupaciones de fases anteriores a la Edad del Hierro) apuntan al siglo V a. C. y los más recientes al siglo I a. C., como señala el denario de Lucius Caesius aparecido durante la excavación (Idem), fechado en

el 103 a. C.

A pesar de que los datos expuestos son muy escaos, nos permiten señalar que la arquitectura doméstica del interior de los castros se caracteriza por adoptar la planta rectangular al menos desde el siglo IV a. C. La superposiciones de viviendas documentadas testimonian que desde esa época hasta el siglo I a. C. se llevaron a cabo importantes remodelaciones de las casas, pero que los rasgos esenciales no variaron substancialmente es esos cuatro siglos. Las viviendas se levantaron adosadas unas a otras tanto por los laterales como por las paredes de fondo, por lo que hay que imaginar que se construyeron abigarradas manzanas para aprovechar las zonas más llanas de los emplazamientos castreños, separadas unas de otras por calles.

Es de suponer que la adopción de la planta rectangular estuviera influenciada por la aparición de edificios orientalizantes en Extremadura y, más concretamente, en la cuenca del Tajo. Ya vimos cómo en el siglo VI a. C. se construyó el edificio del Torrejón de Abajo, que consta de varias habitaciones rectangulares adosadas. Teniendo tan cercanos estos modelos arquitectónicos, no es de extrañar que ya en el siglo IV a. C. esté plenamente generalizado su uso.

La distribución de los espacios internos de las casas varía de unos poblados a otros, pero por lo general tenían dos grandes habitaciones separadas por un murete. En otros castros donde aparecen en superficie las plantas de las viviendas, como sucede en Sansueña, se ha podido comprobar que se repite ese mismo esquema. Una de las habitaciones tiene el hogar y aparecen otros elementos relacionados con las tareas domésticas como los molinos. Al fondo de la estancia principal suelen aparecer concentradas las grandes vasijas para almacenar provisiones. En algunas han aparecido pesas de telar y en otras restos de fundición, lo cual indica que las actividades artesanales se realizaban dentro de las viviendas, amoldando el trazado de las casas a las necesidades específicas de cada una.

Es posible que próximas excavaciones revelen otros tipos de casas de mayores dimensiones y más complejas, porque resulta extraño que no aparezcan en la Alta Extremadura casas como las del Raso de Candeleda, a pesar de que parece confirmada la procedencia meridional de ese tipo de plantas (Fernández, 1991: 47; 1995: 170). Tan sólo una vivienda de La Coraja utilizó el característico porche que precede a las casas

del Raso; pero en ninguna de las que conocemos hasta el momento se utilizó la planta cuadrada con disposición nuclear de las habitaciones alrededor de la cocina que es habitual en el Raso (Fernández, 1986: 486). Aunque existen también en el Raso unas viviendas de planta rectangular con habitaciones contiguas que están más en consonancia con las de la cuenca del Tajo, incluso pequeñas casas de sólo dos habitaciones que recuerdan mucho a las extremeñas.

Intuimos que las casas ocupaban gran parte de los recintos amurallados, a pesar de que tan sólo se han excavado pequeños núcleos en cada uno. En ese sentido, la prospección eléctrica realizada en el castro de Alcántara reveló que incluso en los laterales con más pendientes del poblado se construyeron casas porque se podían diferenciar en esa zona estructuras rectangulares que prolongaban el muro de una casa excavado por Ongil (1988).

También se han podido documentar estancias adosadas a las murallas en las excavaciones realizadas en Villasviejas del Tamuja y Castillejo de Santiago del Campo, a los que hay que añadir otros ejemplos donde afloran en superficie los muros perpendiculares a ella como el Castillejo del Casar o el Aguijón de Pantoja. Pero de ninguna se conoce la planta completa por lo que no podemos compararla con otros casos conocidos en áreas colindantes de la Meseta como Las Cogotas (Cabré, 1930).

Aunque estos datos analizados en conjunto nos permiten conocer de forma aproximada cómo fueron las viviendas de los castros, son insuficientes para poder hablar de la distribución de casas y espacios abiertos dentro del poblado. Es cierto que se ha podido comprobar la existencia de manzanas compactas de casas que abren sus puertas en la misma dirección, lo cual es un indicio de que existirían amplios espacios a modo de calles bordeando un extremo y otro de la manzana. Pero desconocemos cómo se articulaban unas calles con otras y si existían áreas con menor densidad de viviendas.

De momento podemos concluir señalando que esos datos muestran un aprovechamiento intensivo de las zonas que han sido excavadas, donde aparecen las casas agrupadas en núcleos formados por casas adosadas con muros medianiles laterales y traseros, construidas siguiendo un esquema bien organizado que podemos calificar de urbano.

V.5.- LA CULTURA MATERIAL.

- LA ORFEBRERIA.

1. JOYAS DE ORO.

La arracada aparecida en el Castillejo de Madrigalejo, los tres pendientes de la necrópolis de La Coraja y el pendiente de la necrópolis del Mercadillo son los únicos objetos de oro que conocemos hasta el momento fabricados durante el Hierro Pleno. Estas piezas son de enorme interés porque ponen de manifiesto el proceso de evolución de la orfebrería durante el siglo IV a. C., ya que con posterioridad a esa fecha no se conocen adornos de oro en los castros de la Alta Extremadura.

La arracada de Madrigalejo es circular, de doble lámina, con decoración de repujado y puntillado en forma de media luna y dos figuras en forma de aveso o ureos, rodeadas de meandros en filigrana; lleva crestería de esferas huecas rematadas con glóbulos y apéndice inferior con doble alveolo (Fernández Oxea, 1953; Almagro-Gorbea, 1977: 230; Perea, 1991: 224). Aunque la falta de contexto impide fechar esta pieza con seguridad, hay que situarla en un momento de transición entre la época orientalizante y el Hierro Pleno. Repite el tipo de arracada circular documentado en dos ejemplares de Serradilla, aunque el modelo sea muy diferente; su precedente está en las de Marchena, aunque la crestería de cilindros ha sido substituida por las esferillas. Es posible que se fabricara a fines del V o principio del siglo IV a. C. aunque no existe ningún otro indicio que permita fechar el yacimiento donde pareció en esa época.

Los pendientes de La Coraja son de los de tipo en creciente (Grupo 8, Tipo F de Perea, 1991: 158), diferenciándose de las arracadas por carecer de anillas en los extremos; no podemos profundizar en las técnicas de fabricación porque sólo se ha publicado una somera descripción de ellas y la fotografía (Esteban, 1993: 78 y Lám. II).

A pesar de ello podemos indicar que uno es un sencillo creciente con los extremos adelgazados en hilos para anudar, decorado soldando en los bordes un hilo de filigrana de bocel torsionado. Los otros llevan añadido a la parte inferior del creciente una figura zoomorfa muy esquematizada; aunque son similares no forman pareja, pues existen diferencias en los crecientes. Uno de ellos es de sección circular, recrecido en los bordes con un hilo de filigrana sobre lámina; el apéndice es de forma triangular constituido por

una serie de cabujones soldados sobre lámina que dibujan los rasgos de una cabeza zoomorfa, posiblemente un bucráneo, que conserva engastada la piedra original en uno de los ojos; encima de la cabeza se soldó un cordón de filigrana. El tercer pendiente lleva creciente de extremos adelgazados para anudar, con un cordón de filigrana soldado en el centro; el apéndice está soldado sobre el creciente, es de forma aproximadamente triangular y está formado por el bucráneo dibujado también por los cabujones. Lleva sobre la frente una prolongación triangular decorada con círculos concéntricos (Esteban, 1993: 79), aunque no se indica con qué técnica se hicieron.

La composición de los pendientes con creciente y apéndice triangular zoomorfo tiene su paralelo más cercano en la arracada aparecida en una de las necrópolis de Lacimurga (Cogolludo, Orellana) (Aguilar y Guichard, 1993: 32; Idem, 1995: 28) que dichos autores fechan en los siglos IV-III a. C., aunque los de La Coraja han perdido la crestería de cilindros y esferas y la decoración con granulado. Sin embargo, el parecido con el apéndice lleva a conjeturar que no debe existir mucha diferencia cronológica entre ellos, por lo que parece adecuado fecharlas en el siglo IV a. C. No conocemos los conjuntos en los que aparecieron, pero los elementos más antiguos de la necrópolis datan del siglo IV a. C., momento en el que se debieron enterrar estas piezas.

Por otro lado, el esquema de creciente y apéndice es también conocido en la Meseta en época prerromana (Delibes et alii, 1993: 435); sin embargo, el apéndice suele estar formado por glóbulos en forma de racimos o algún otro motivo triangular, como el de la bellota de los pendientes de Padilla de Duero (Delibes et alii, 1993: Fig. 3), motivos que se consideran heredados de prototipos orientalizantes (Nicolini, 1990: 312) pero fabricados con posterioridad a los de La Coraja, pues su ocultación se realizó en el siglo I a. C. (Delibes et alii; 1993: 462).

El pendiente del Mercadillo se encuentra en fase de estudio y de momento sólo se ha avanzado la noticia de su existencia (Hernández, 1991: 261) aunque debió ser un objeto sencillo porque la autora de la excavación no lo considera una pieza excepcional dentro de los ajuares de la necrópolis (Idem).

Las joyas extremeñas evidencian la evolución sin ruptura de la orfebrería de los siglos anteriores, pues recuerdan a modelos orientalizantes, pero cada vez más alejadas de los gustos y prototipos de aquella época. Se observa, no obstante, la rarificación de

los hallazgos de joyas de oro conforme avanza el período prerromano, incluso parece desaparecer el trabajo de los orfebres, al tiempo que comienzan a proliferar los hallazgos de armas ricamente adornadas.

2. JOYAS DE PLATA.

La mejor muestra de la orfebrería en plata es el tesorillo encontrado junto a las murallas de Monsanto de Beira en el que se escondieron 8 torques, 4 fíbulas de plata y denarios de plata republicanos (Leite de Vasconcelos, 1919-20; Raddatz, 1969: 278 ss.). Dos de las fíbulas tienen un esquema que recuerda los modelos de La Tene I de dos piezas, aunque el resorte tiene la particularidad de estar enrollado sobre un vástago trasversal rematado en esferas. La tercera tiene el pie largo que se pliega sobre sí mismo para unirse al puente, con el extremo final moldurado y con muescas laterales. La cuarta presenta esquema de la Téne II con dos prótomos de caballos colocados en la zona del resorte; el puente es rectangular y en la parte alta lleva tres cabezas zoomorfas muy esquematizadas similares al que remata el pie. Esta fíbula está emparentada con las aparecidas en Cañete de las Torres y Pozoblanco (Córdoba) y Chiclana (Jaén), aunque al ser una representación menos naturalista se considera una derivación más moderna (Raddatz, 1969; 53). También tiene sus paralelos más próximos en Andalucía la tercera fíbula descrita, pues es casi idéntica a una encontrada en Pozaleón (Jaén). En total se conocen en la Península 6 fíbulas similares a la tercera de las descritas y 8 con escenas de caza parecidas a la cuarta fíbula, la mayoría concentradas en el Alto Guadalquivir (Angosto y Cuadrado, 1981: fig. 14).

Estas fíbulas suelen aparecer junto a torques de plata fabricados con dos alambres torsionados (Angosto y Cuadrado, 1981: 29), asociación que se repite en Monsanto, donde aparecieron 8 torques de diversos tipos. Tres de ellos están constituidos por dos alambres circulares trenzados de similar grosor; uno presenta un alambre grueso y otro fino torsionados; otro es de varilla rígida que se estrecha hacia los extremos, rematando en una argolla donde se engarza el otro extremo, decorado en la parte central con hilos enrollados dibujando un zig-zag. Otro es un torques acintado decorado en los extremos con líneas paralelas, sogueados y triángulos incisos. El último tiene forma de espiral, con

los extremos rematados doblando el alambre sobre sí mismo para formar una argolla.

Del concelho de Idañha procede otro torques formado por dos alambres torsionados rematado por una argolla en cada extremo, también asociado a monedas republicanas.

Torques trenzados similares a éstos se conocen tanto en la zona ibérica como en la Meseta, aunque el remate en anillo es más típico del Alto Guadalquivir (Angosto y Cuadrado, 1981: 29), de hecho se considera un sistema de cierre ibérico. Los modelos más parecidos a los de Monsanto provienen de la provincia de Badajoz donde se encontró un torques torsionado muy similar a los de Monsanto y otro acintado decorado con incisiones y troquelados que recuerda a otro de los de allí (Raddatz, 1969: 200). En cualquier caso no hay que pasar por alto los recientes hallazgos de tesoros celtibéricos en Padilla de Duero, donde se asocian torques de alambres torsionados, aunque diferentes de los de Monsanto porque tienen en el centro un nudo hercúleo, espiriliformes, brazaletes, pendientes y denarios republicanos (Delibes et alii, 1993: 397 ss.) enterrados con motivo de las guerras sertorianas (Idem, 461) y los numerosos hallazgos de atesoramientos de torques y monedas de plata aparecidos en la Meseta que se fechan a finales del siglo II a. C. (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1991: 39 ss.). En definitiva, los modelos de joyas encontrados en Monsanto e Idanha responden a tipos muy difundidos en el área ibérica y celtibérica a finales de la época prerromana, especialmente los torques, por lo que no es de extrañar su presencia en la cuenca del Tajo a donde estaban llegando manifestaciones culturales de ambas zonas, fruto de su especial situación de área de paso entre la Meseta y Andalucía.

El otro hallazgo de joya en plata es una cadenita de espiga procedente del Berrocalillo, partida por los dos extremos (Museo de Cáceres, sin núm. de inv.). El análisis metalográfico mostró que su composición es 96,95% de Ag., 1,92 de Cu., y 1,12 de Au. Por su forma parece que formaría parte de un torques o un brazalete de tipo similar al aparecido en Menjíbar (Jaén) formado por una cadena de espigillas que se va adelgazando hacia los extremos (Raddatz, 1969, fig. 26: 3a y b). Lo más interesante del hallazgo ha sido constatar la aparición de pequeños lingotes de plata en el castro, cuya composición es 92,23 Ag., 4,50 Cu. y 3,27 Au., ligeramente diferente de la cadena a pesar de lo cual es un indicio de que la plata se trabajaba en el yacimiento.

En el repertorio de objetos de plata hay que incluir una tésera de procedencia dudosa, atribuida al castro de Villasviejas del Tamuja (Almagro y Lorrio; 1987: 114; Id., 19 :425). Su silueta tiene forma de cabeza humana y en el reverso lleva escritos caracteres ibéricos.

Por último hay que mencionar el hallazgo de un tesoro formado por 4 vasos de plata en Monsanto de Beira (Varela y Mello, 1938). Tres de ellas tienen forma de casquete esférico y la cuarta tiene cuerpo globular decorado con una cenefa incisa donde se dibujaron rombos unidos por los extremos dando lugar a triángulos que se rellenaron con puntos. Sin embargo, lo más destacado de este tesoro es el hecho de que uno de los vasos presente una inscripción celtibérica en la que se lee la fórmula *alisos asas balaisokum*, escrita en caracteres ibéricos de la variante característica del valle del Ebro (Idem; Gorrochategui, 1990: 311; Unterman, 1990: 352), aunque la ordenación de las palabras sigue un esquema que no es la habitual en la Celtiberia, pero sí se encuentra en otras inscripciones de la cuenca del Tajo, como Alconétar, o de Salamanca (González, 1986). Por otro lado, la distribución del antropónimc Balaesus al que hace referencia la última de las tres palabras se concentra en la región de Zamora y Tras-os Montes (Varela y Mello, 1988: fig. 7). Por tanto, lo fundamental de este hallazgo es que ratifica el afán de atesorar objetos de plata en una fecha que podría situarse en torno al siglo II a. C. y que en esas fechas existen individuos que utilizan la lengua celtibérica, coincidiendo con que en esa época se documentan otras manifestaciones típicamente celtibéricas en las necrópolis y los castros de la Alta Extremadura.

En definitiva, se constata al final del Hierro Pleno un auge de la producción de objetos de plata en detrimento del oro. Ya durante el Hierro Inicial se apreciaba una rarificación del oro respecto al Bronce Final, desapareciendo entonces las pesadas joyas de oro, substituidas por piezas de escaso peso. La tendencia parece continuar durante el Hierro Pleno hasta el punto de que son muy raras las joyas fabricadas en ese metal. Pero esta tendencia no es exclusiva de la Alta Extremadura; también en la Meseta Norte la llamada orfebrería vaccea es fundamentalmente de plata y lo mismo sucede en la Celtiberia (Alamgro-Gorbea y Lorrio, 1991: 40). Es evidente que ello no se debió a una mayor dificultad de aprovisionamiento de este metal, sino a que el oro había dejado de desempeñar el papel emblemático que representó en épocas anteriores. El control de la

riqueza no parece expresarse ahora exclusivamente mediante la exhibición pública del atesoramiento de joyas. Otros emblemas de poder surgirán a partir del siglo IV a. C., época en la que vemos proliferar, sin embargo, un riquísimo armamento profusamente decorado en algunos casos. Esta transformación de los emblemas de poder no es ajena a la lenta evolución que experimentó la sociedad hasta fraguar en lo que denominamos la Plena Edad del Hierro, de los que ha salido reforzada la figura del guerrero, si bien es verdad que a partir del siglo II a. C. vuelven a aparecer las joyas en el registro arqueológico, aunque en atesoramientos compuestos exclusivamente por elementos de plata.

- OBJETOS DE BRONCE.

En este material se fabricaron la mayoría de los adornos que conocemos, incluyendo fíbulas, brazaletes, placas de cinturón y una amplia gama de pequeños objetos ornamentales. En general se aprecia que el uso del bronce quedó restringido a la fabricación de objetos de prestigio; este metal parece otorgar carácter noble a las piezas que se realizaban con él, lo que explica que incluso algunas armas habitualmente de hierro se fabricaran en bronce, como la falcata de La Coraja, perdiendo su utilidad práctica, o se cubren con láminas de bronce las cachas de armas de hierro para realzarlas. Sin embargo, lo habitual es que se reserve el bronce para un uso ornamental, coincidiendo con la rarificación de los adornos en oro.

1. LAS FIBULAS.

Se van a analizar un total de 58 fíbulas procedentes de los castros de la cuenca del Tajo, en su mayoría depositadas en los fondos del Museo Provincial de Cáceres. El interés de estas piezas reside en que son objetos bien documentados en el resto de la Península y han sido estudiadas sistemáticamente por diversos autores (entre otros Cuadrado, 1957 y 1963; Cabré y Morán, 1979 y 1982; Argente, 1990), por lo que sus tipos son conocidos. Ello permite, en principio, que se puedan ordenar cronológicamente, siempre que se conozcan bien los contextos donde han aparecido. Pero nos encontramos con el problema de que casi todas las piezas carecen de referencias a un contexto

arqueológico. Por esta razón, trataremos de seriar las fíbulas atendiendo exclusivamente a su tipología, apoyándonos en los pocos datos publicados de los poblados y necrópolis de la cuenca del Tajo (Fig. 83). Afortunadamente podemos contrastar esa información con los datos que proporcionan los castros bien conocidos de la cuenca del Guadiana y los de la provincia de Avila.

1.1. **Fíbulas anulares.** Los ejemplares más antiguos de este tipo ya vimos que aparecieron en el castro del Risco en un contexto de Hierro Inicial datado hacia mediados del siglo V a. C. Del Hierro Pleno conocemos otras 11 fíbulas: 2 proceden de las tumbas 1 y 6 de la necrópolis del Castillejo de la Orden (más algunos fragmentos de otras que no vamos a tener en cuenta por ser poco significativos) (Sánchez Abal et allii, 1988); 2 de la tumba 15 (1) de la necrópolis del Mercadillo de Villlasviejas del Tamuja (Hernández, 1991, Fig. 3) y 5 de la necrópolis de la Coraja, publicadas sin el resto de los elementos del enterramiento (Esteban, 1993, Fig. 19). Procedentes de poblados existen dos, una de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 130) y referencia a otra encontrada en el poblado del Jardinero (Bueno et alli, 1988: 95).

Las del Castillejo de la Orden son de tipo 9.b de Cuadrado, con el puente formado por un alambre del que surge el muelle y la aguja. En el Mercadillo, las más representadas, según quien lo excava, son las de navecilla con pie largo (Tipo 4.a de Cuadrado). Las de la Coraja corresponden a las de navecilla semifundida y de timbal (Tipo 2.c de Cuadrado).

En cuanto a su cronología, las mejor fechadas son las del Castillejo de la Orden, pues en el ajuar de la sepultura 1 aparecía junto a la fíbula un Kylix griego de principios del IV a. C.; este tipo de fíbulas es muy abundante en las necrópolis vettonas como La Osera y Las Cogotas. Los enterramientos de la necrópolis del Mercadillo también están fechados en el siglo IV a. C. (Hernández, 1991: 259). Más difícil es fechar las fíbulas de la Coraja, pues pertenecen a tipos de una amplia cronología, ya que las de navecilla abarcan los siglos IV -III y las de timbal alcanzan el siglo II a. C.; habrá que esperar a la publicación definitiva de los ajuares para precisar esa fechas.

Por último, nos falta referirnos a las fíbulas anulares aparecidas en los poblados; tan sólo se conocen dos ejemplares, una de navecilla, encontrada en una casa adosada a la muralla del poblado del Jardinero, de cronología incierta; otra de puente de cinta

y resorte de charnela (Tipo 10 de Cuadrado) (Hernández et alii, 1989: 130) encontrada en el poblado de Villasviejas del Tamuja, próxima a un hogar, fechando el hallazgo en el siglo III a. C. (Idem).

En la necrópolis del Raso de Candeleda, a la salida de la cuenca del Tajo, aparecen las anulares de navecilla en contextos de finales del siglo IV y principios del III a. C. (Fernández, 1986: 780 y 874).

Las fíbulas anulares también están bien representadas en la cuenca del Guadiana, tanto en los castros como en sus necrópolis. Ya hemos señalado que las más antiguas son las documentadas en la fase II de la necrópolis de Medellín, fechada entre la segunda mitad del siglo VI y la primera del V a. C. (Almagro Gorbea, 1977; Lorrio, 1988-89:309). En el resto de la cuenca, el tipo más habitual es el de navecilla de pie largo (Tipo 4.a de Cuadrado), datado desde fines del V y durante todo el siglo IV, aunque otras variedades del tipo de navecilla (4.b, c, f, g) se encuadran en el s. III y, ocasionalmente, hasta inicios del siglo II a. C. (Berrocal, 1992: 132). Las anulares de puente filiforme también son usuales, fechadas durante el siglo IV y mediados del III; las de timbal se enmarcan en los siglos IV-III a. C., por lo que es necesario en cada caso conocer los contextos de aparición para fecharlas como mayor precisión.

1.3 **Fíbulas con el pie rematado en botón terminal**, (Tipo 7 A de Argente, 1990). Tan sólo se conoce un posible ejemplar, procedente del castro del Camocho, del que se conserva únicamente un característico remate cónico del pie de fíbula, aunque ello no nos sirve más que para conocer a qué forma genérica pudo pertenecer. En Extremadura no conocemos otros ejemplares que nos ayuden a fechar éste, que está fuera de contexto.

1.4 **Fíbulas de La Téne**. A este grupo pertenece la gran mayoría de las fíbulas conocidas, 16 localizadas en poblados (más 6 arcos que probablemente pertenezcan a este grupo); 8 en la necrópolis de la Coraja y un número indeterminado en la del Romazal (Villasviejas del Tamuja), indicando la autora de la excavación que constituyen la mayoría de las encontradas en esa necrópolis.

Se han realizado numerosos cuadros tipológicos de estas fíbulas, pero tienen como base la agrupación tradicional de Téne I, II y III, que en el caso de Argente se corresponden con sus tipos 8 A, B y C; más detallada es la tipología de Cabré y Morán

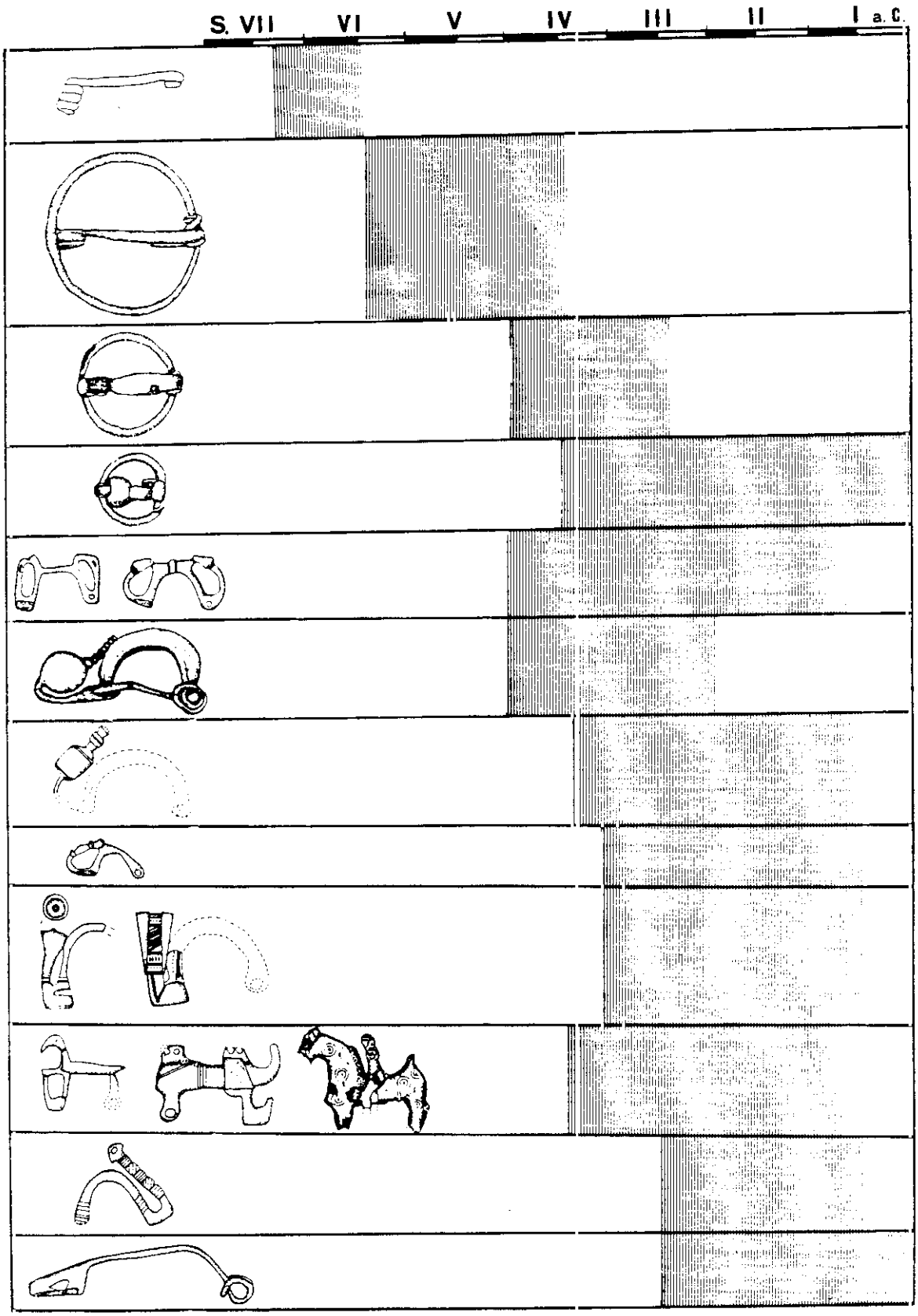


Fig. 83.- Tipos y cronologías de las fíbulas aparecidas en la Alta Extremadura.

(1979), que establecen 4 subgrupos para las de Téne I, 3 para las de Téne II y 2 para las de Téne III, a los que vamos a remitir.

Todas las fíbulas de las que conocemos su cabeza la tienen perforada para sostener el resorte y la aguja; por tanto creemos que todos los fragmentos también se deben atribuir a fíbulas de dos piezas, salvo las de la necrópolis de la Coraja y el ejemplar de La Téne III de la de Almaraz:

- La Téne I de una pieza y arco peraltado (Grupo I de Cabré y Morán). Se conocen 6 ejemplares, todos de la necrópolis de la Coraja. Este es el tipo de fíbula mejor representado en la necrópolis de Las Cogotas, fechada en el siglo III a. C., cronología que debe ser similar a la de La Coraja (dadas las similitudes que también existen con otros materiales, como la urna decorada a peine).

- La Téne I de una pieza y arco rebajado (Grupo II de Cabré y Morán): 1 ejemplar, procedente de la necrópolis de la Coraja.

- La Téne I de dos piezas, con apéndice caudal de bulto entero (Grupo III.a de Cabré y Morán): A este grupo pertenecen los 7 apéndices documentados en el Castillejo del Casar de Cáceres, una de ellas con la variante de incrustación. Esta variante está bien representada en la cuenca del Guadiana, con cronologías que abarcan desde fines del siglo IV hasta principios del siglo I a. C. (Berrocal, 1992: 137) y en la provincia de Avila, en Las Cogotas y La Osera, donde las fechas no sobrepasan el siglo III a. C. En la Meseta estas fíbulas están en uso hasta finales del siglo II a. c. (Cabré y Morán, 1982: 25).

- La Téne I, de dos piezas con apéndice cuadal de medio bulto (Grupo III.b de Cabré y Morán): 1 de la necrópolis de Almaraz y otra del poblado de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 92), donde no se ha podido precisar su amplia cronología (fines del siglo IV al II a. C.). Aparecen en Cáceres el Viejo, lo cual es un indicio de su utilización hasta principios del siglo I a. C., como sucede también en los castros de la cuenca del Guadiana (Berrocal, 1992:137).

Al grupo III, sin poderse determinar si a o b, pertenecen otras dos fíbulas más, una de la Coraja y otra del castro de Villasviejas del Tamuja.

- La Téne I evolucionada, con el final del apéndice caudal fusionado al arco (Grupo IV de Cabré y Morán): 1 del Castillejo del Casar de Cáceres. Aparecen en

castros al Sur del Guadiana en contextos de la segunda mitad del siglo II a. C. (Berrocal, 1992: 137). Se conocen también en el Berrueco, necrópolis de Las Cogotas y La Osera, cuyas cronologías abarcan todo el siglo III a. C.

- La Téne II con flexión caudal curva (Grupo VI.a de Cabré y Morán): 1 de la necrópolis de Almaraz y otra de la Coraja. También son habituales en la cuenca del Guadiana, fechándose a fines del siglo II en Capote (Berrocal, 1992, 138).

- La Téne III Tipo Nauheim (Grupo VIII de Cabré y Morán): 1 ejemplar en la necrópolis de Almaraz. El mismo tipo está bien representado en el campamento de Cáceres el Viejo, fechado entre el 100-80 a. C. (Ulbert, 1984, Fig. 7).

Queremos anotar que las fíbulas de La Téne no aparecen en la necrópolis del Raso, fechada en el siglo IV a. C. ni tampoco en la del Castillejo de la Orden, con elementos similares a los del Raso y también de principios de ese siglo; en cambio, sí aparecieron en el castro del Raso, donde se encontró una de La Téne II junto a un tesorillo de denarios de mediados del siglo I a. C. Por tanto parece evidente que la cronología de este grupo de fíbula abarca desde el siglo III hasta mediados del siglo I a. C. en la Alta Extremadura.

1.4. **Fíbulas con prolongación del pie fundida al puente mediante dos barras**; conocemos sólo 1 ejemplar, procedente del Camocho, que ha perdido el disco que remata al pie. Son las más evolucionadas dentro del grupo de fíbulas de pie vuelto, siendo imprescindible recurrir a las cronologías que tienen en la Meseta para fecharla, puesto que en Extremadura no se conoce hasta el momento ningún otro ejemplar. En la Meseta se empiezan a fabricar en el siglo IV pero llegan hasta finales del II a. C. según los datos aportados por la necrópolis de Numancia (Jimeno y Morales, 1994: 256). Por los materiales que ha aportado el Camocho, la fíbula extremeña habría que fecharla a finales del III o el siglo II a. C.

1.5. **Fíbulas de Torre**. Este tipo se caracteriza por sustituir el pie vuelto por una torre, con dos variantes:

- Con un cilindro simple, con la parte superior decorada con círculos concéntricos o en forma de roseta. De este tipo se conocen 7 ejemplares, 4 en la necrópolis de Almaraz y otra del castro (Cordero y Quijada, Lám. 43); 2 proceden de la necrópolis de la Coraja. El único ejemplo similar documentado en Extremadura es una hallada en

Mérida, sin contexto. Las más cercanas a las altoextremeñas son las aparecidas en el Berrueco y el castro de las Cogotas. Las fechas de estas fíbulas se sitúan en los siglos III-II, según Argente (1990: fig. 12), aunque debieron seguir en uso al menos hasta la primera mitad del siglo I a. C.

- Con cuatro cilindros alrededor del central; se conocen 2, una del Camocho y otra de la necrópolis de Almaraz. En los dos casos las fíbulas están profusamente decoradas con círculos y triángulos troquelados y líneas de granete. Hasta el momento no se conocen pararelos a estas fíbulas en Extremadura, pero existen 6 en la necrópolis de Las Cogotas, cuatro asociadas a cerámicas a torno y dos a mano; su cronología es similar al grupo anterior.

1.6. Fíbulas de pie vuelto (transmontanas), de arco peraltado y pie vertical decorado con molduras estrechas pero muy numerosas. Se conocen 3, una del Castillejo de la Orden, otra de la necrópolis de Almaraz y otra del Cerro de la Mina. Modelos similares se documentaron en Cáceres el Viejo, lo que indica que este tipo se usó hasta inicios del siglo I a. C., dato que confirman las excavaciones del Sur de Extremadura, donde estas fíbulas alcanzan el final del siglo II a. C. (Berrocal, 1992: 137).

1.7. **Fíbulas zoomorfas**. En la cuenca del Tajo se conocen tres variantes de este tipo: con forma de ave, localizada en el Camocho; con forma de elefante, decorada con cuatro anillas en el lomo, procedente de la necrópolis de Almaraz y, por último, con forma de caballito con jinete, encontrada en la necrópolis de la Coraja. De este último tipo existe un ejemplar sin jinete en el campamento romano de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: lám. 9,34), lo que obliga a rebajar las fechas de este tipo hasta inicios del siglo I a. C., aunque su origen se remonte a comienzos del siglo III (Esparza, 1991-92: 543). Al Sur del Guadiana, se documentan fíbulas de caballito en la necrópolis de Heredade das Casas, fechada en el siglo III a. C. (Berrocal, 1992: 137). En el área vettona han aparecido las de caballito y las de ave en la necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1930: 87) y el Berrueco. Todo ello indica que las aparecidas en los castros extremeños se deben fechar desde mediados del siglo III hasta el primer cuarto del I a. C. Lo fundamental es el hecho de que esta fíbula tan típicamente celtibérica se localice en Extremadura, donde están apareciendo otros significativos elementos típicos de la Celtiberia.

1.8. **Fíbulas simétricas o de doble prolongación**. De este tipo se conocen 5

ejemplares, todos del castro del Berrocalillo. De ellas, dos tienen el remate del pie en forma de ave y tres en forma de bóvido. Los paralelos más cercanos están en el área vettona, en los castros de las Cogotas, Chamartín y Solosancho, aunque no en las necrópolis; en cambio no se han documentado al Sur del Tajo. La cronología de estas fíbulas abarca los siglos IV y III en la Meseta según Argente (1990), sin embargo alcanzan el siglo I en los tesorillos del área vaccea (Delibes et alii, 1993: 434), fecha que parece más acertada para los ejemplares del Berrocalillo.

2. BRAZALETES.

2.1. Brazaletes acintados:

Brazaletes de bronce se han encontrado en los ajuares de 2 enterramientos en Los Pajares, de forma elíptica acintada y sección rectangular, abiertos en los extremos. Se fechan en el siglo IV a. C. y son idénticos a los aparecidos en otras necrópolis de su mismo ámbito cultural, como el Raso (Fernández, 1986: 785) y La Osera (Cabré et alii, 1950: 195).

En el castro del Pardal se encontraron dos brazaletes muy deformados, uno incluso partido. Son acintados y de sección rectangular, decorados con finas líneas incisas en la parte central y en sus extremos signos simétricos. No se conocen piezas con las que poderlos comparar, por ello resulta complicada su datación. El tipo de decoración incisa recuerda a la que aparece en los torques del Bronce Final, pero no parece que estos brazaletes sean herederos suyos, entre otras razones porque estas piezas no se conocen en el Hierro Inicial. Están más en sintonía con la progresiva desaparición de las joyas de oro y la substitución por piezas de plata o bronce durante el Hierro Pleno, aunque tampoco tienen parecido formal con los brazaletes de plata que se conocen en la región. De momento sólo podemos considerarlos como obra de los artesanos locales en un momento impreciso del Hierro Pleno.

2.2. Brazaletes circulares con los extremos en esferas:

Del Castillejo de Salvatierra de Santiago procede un ejemplar partido, de sección circular y rematado en una tosca esfera (Museo de Cáceres, sin núm. inv.). El ejemplar del Berrocalillo, en cambio, es de sección plano cóncava; va decorado en la parte cóncava con bandas concéntricas en resalte, la central con líneas incisas paralelas y las

esferas de los extremos van enmarcadas entre pequeñas molduras.

De todas formas, este ejemplar del Berrocalillo parece concebido para ser visto sólo desde la cara superior, por lo que pudiera no ser un brazalete sino una "falera".

3. OTROS OBJETOS DE USO ORNAMENTAL.

3.1. Placas circulares, decoradas con motivos incisos a base de círculos concéntricos o estrellados, procedentes de la necrópolis de Almaraz.

3.2 Placas rectangulares, con remaches (a veces de hierro) en los extremos, decoradas con líneas incisas paralelas, que enmarcan bandas rellenas, incisiones oblícuas o con motivos troquelados, a base de triángulos, círculos o "S".Son habituales los motivos de círculos concéntricos a troquel. Más rara es la decoración con damasquinados de plata dibujando nudos, como la aparecida en el Castillejo de la Orden.

3.3 Placas caladas, con una argolla para sujetarlas en el centro del reverso. Se conoce una, decorada con sencillos dibujos a base de círculos, en el Camocho.

3.4 Láminas de cinturón para ir remachadas sobre el cuero. Tanto la de Almaraz como la de Santiago del Campo tienen paralelos idénticos en Cáceres el Viejo, lo que confirma la baja cronología de estas piezas.

4. OTROS OBJETOS DE BRONCE.

4.1. Pinza de depilar, procedente de la necrópolis del Zamarril. Es idéntica a las documentadas en el Raso (Fernández, 1986: 787) aunque ésta lleva decoración damasquinada a base de motivos de 5 parejas de "S" enfrentadas, enmarcadas por una cenefa de triángulos damasquinados y circulitos troquelados, que también aparecen rellenando los espacios vacíos entre las "S".La cronología de esta pieza debe situarse en el s. IV a. C., comtemporánea a las del Raso; el motivos de las SS damasquinadas enfrentadas aparece en la espada de la tumba 438 de la Osera (Cabré et alii, 1950: lám. 73), también del s. IV, aunque las pinzas no aparecen en los ajuares de esa necrópolis.

4.2. Tahalí. Aunque estas piezas suelen ser de hierro, el ejemplar que conocemos de la necrópolis de Almaraz es de bronce con los remaches de hierro. Dado la estrechez

de la lámina, pudiera ser que ésta estuviera recubriendo un alma de hierro, como sí es habitual en La Osera y otros puntos de la Meseta (Ruiz y Elorza, 1991-92: 580). Lleva decoración de líneas incisas dibujando finas bandas rellenas por circulitos troquelados o rayas oblícuas incisas.

4.3. Representaciones figurativas en bulto redondo. En este grupo hay que incluir una pieza fragmentada de la necrópolis de Almaraz, plana en el reverso y con la representación en el anverso de un hombre con la nariz y la boca muy marcados. Está partido por la parte superior e inferior, pero por la estrechez que alcanza en la parte de arriba parece ser el remate de algún asa.

- OBJETOS DE HIERRO.

1. EL ARMAMENTO.

La única información que poseemos sobre las armas de estas gentes nos la proporcionan las necrópolis del Castillejo de la Orden, Pajares, las de Villasviejas del Tamuja y la de La Coraja. Además de ellas, sólo conocemos dos enterramientos con armas depositados en el Museo Provincial de Cáceres, uno de Alconétar y otro del Zamarril. A pesar de que la información es escasa, su diferente cronología y las marcadas diferencias entre ellas permiten reconstruir la evolución de las panoplias de guerreros a través de los ajuares funerarios. Se podría estudiar cada uno de los elementos por separado, pero nos ha parecido más interesante analizar cada necrópolis como un conjunto, para poder destacar los rasgos de los equipos de armas según las áreas y las épocas.

- Los Pajares (Villanueva de la Vera)

Se conocen 10 tumbas de esta necrópolis (González Cordero et alii, 1990); las únicas armas depositadas en los ajuares son una **punta de chuzo** de 13 cm., similar a las aparecidas en la sepultura 350 de La Osera (Cabré et alii, 1950: 186), y un **cuchillo** de hoja ligeramente curva y enmangue puntiagudo para ir clavado en la madera. Tanto la punta como los cuchillos son totalmente diferentes a los que aparecen en el resto de la cuenca, encontrándose sus paralelos en el área vettona al Norte de Gredos, ámbito cultural en el que se engloba este poblado.

-El Castillejo de la Orden (Alcántara)

Las 14 tumbas excavadas entre las dos necrópolis del Castillejo de la Orden, tienen la particularidad de ofrecer las únicas panoplias conocidas hasta el momento en la Alta Extremadura de inicios del Hierro Pleno. Cada una de las dos zonas excavadas muestra ajuares diferentes, por lo que conviene analizarlas por separado.

La tumba 1 de la Zona B es una de las más ricas de todas las que se han sacado a la luz. Su ajuar lo componen una **espada de frontón** con su vaina, dos **largas puntas de lanza** (34 cm.) de fuerte nervio central, más otra punta fragmentada, un **cuchillo afalcatado** y una **manilla de escudo de aletas planas triangulares**. Este tipo de espada aparece a inicios del siglo V a. C. en el Sureste peninsular, difundiéndose hacia la Celtiberia durante ese siglo (Lorrio, 1993, 223). Por ello es posible que el ejemplar de Alcántara se depositara hacia el final del siglo V. El tipo de empuñadura de escudo formada por una varilla curva, engrosada en el centro, y rematada en apéndices triángulares también es característica del área ibérica (Cuadrado, 1989: 81 ss.) y no suele aparecer en las necrópolis de la Celtibérica, aunque sí está bien representada en algunas necrópolis abulenses como la de La Osera, en la que aparecieron 87 ejemplares (Cabré, 1939-40: 66), y dos en el Raso (Fernández, 1986: 790).

Existe un enterramiento con un ajuar muy parecido en la necrópolis del Raso, en la tumba 13 (Fernández, 1986: 583), con una espada de frontón, dos puntas de lanzas y una manilla de escudo similar. Podría tratarse de una panoplia "tipo" que o bien la adoptaron diferentes grupos étnicos o bien los de Alcántara fueron guerreros desplazados del área abulense que traen sus armas, pues lo cierto es que en Alcántara acompaña a una urna a torno y en el Raso su propietario se enterró en una urna a mano.

En la Zona A las espadas que aparecieron eran de **antenas atrofiadas**. Llevan la vaina y están acompañadas de puntas de lanza más pequeñas a las de la zona B, algún regatón y los cuchillos afalcatados, que deben fecharse en la primera mitad del siglo IV. Se han documentado dos de estas espadas, más otra con su lanza depositada en el Museo Arqueológico de Cáceres (Núm. inv. 5726) (Fig. 46 y 47). De estas tres, dos son una hibridación del tipo Arcóbriga con el tipo Alcacer. La tercera es de antenas atrofiadas, tipo Alcacer-do-Sal, similar a las dos únicas espadas de antenas documentadas en la necrópolis del Raso (Fernández, 1986: 790) y 3 en La Osera, todas ellas en contextos del

siglo IV a. C. En la Celtiberia también las espadas de antenas atrofiadas hacen su aparición en el siglo IV a. C., pudiéndose establecer su aparición en una fase más avanzada que la de las espadas de frontón (Lorrio, 1993: 226).

Las **puntas de lanza** acompañan a la mayoría de los enterramientos; las diferencias entre ellas está en el tamaño, unos 10 cm. mayores las de la Zona B, y en la forma del nervio central que puede interrumpirse a la altura del tubo o ser una prolongación de él. Los análisis del armamento hispano han puesto de manifiesto que el largo tamaño de las puntas de lanza va relacionado con su mayor antigüedad (Lorrio, 1993: 219; 1994: 218) a lo que hay que añadir que en esta necrópolis las más largas van asociadas a una espada de frontón y las más cortas a espadas de antenas atrofiadas que se fechan en época más moderna.

Los **regatones** cónicos también son usuales; no coincide casi nunca su número con el de puntas de lanzas depositadas por tumba, lo cual indica que tenían una misión independiente de éstas.

Por último, los **cuchillos afalcatados**, más o menos curvos, que miden entre 15 y 20 cm., son similares a los aparecidos en el resto de las necrópolis extremeñas y abulenses.

Las únicas armas defensivas representada en esta zona son también los **escudos**, de los que sólo se han conservado las **manillas de extremos discoidales**, de las que se han documentado 5 ejemplos en un total de 13 tumbas de esa zona. Por tanto, se observa que cada tipo de manilla aparecen en áreas diferentes de la necrópolis, aunque conviene recordar que ello no es indicio ni de cronología ni de tradiciones diferentes, pues también en el Raso aparecen indistintamente uno u otro tipo, incluso en la tumba 59 se dan los dos juntos (Fernández, 1986: 684).

En definitiva, entre las dos zonas parece que existe una pequeña diferencia cronológica, a lo que se suma el hecho de que en la zona B, probablemente de finales del siglo V, se depositara una espada y una manilla de escudo cuyos tipos recuerdan a modelos ibéricos que serán sustituidos por tipos claramente meseteños en los enterramientos de la zona A, probablemente en uso hasta mediados del siglo IV a. C.

- La Coraja.

La necrópolis excavada en el castro de La Coraja tan sólo la conocemos por algunos materiales publicados por Esteban (1993), sin que se hayan dado a conocer los ajuares completos ni las asociaciones. A pesar de ello dicho autor señala que las panoplias estaban compuestas por **lanza** y/o **cuchillo** afalcatado, más algunos regatones; son excepcionales un **soliferreum** con hoja de sauce, una **espuela** y, junto a ella, una argolla que pudiera pertenecer a una manilla de escudo de extremos discoidales. Se trata de una necrópolis prácticamente sin armas, lo cual contrasta con el repertorio documentado en el Castillejo de la Orden. En cualquier caso, falta la publicación definitiva de las 70 tumbas excavadas, lo que obliga a ser cautos a la hora de sacar conclusiones, pudiéndose fechar por el resto de materiales desde un momento impreciso del siglo IV y, sobre todo, a lo largo del III-II a. C.

Fuera de contexto se encontraron dos **falcatas**, una de hierro y otra de bronce, material poco usual en las armas ofensivas. Llama la atención, además, el que sean las falcatas las únicas armas documentadas en la necrópolis, aunque se conocen otros 4 ejemplares en la cuenca del Tajo: dos sin contexto, del embalse de Rosarito (Enríquez, 1981), otra en Alconétar (*vid. infra*) y otra de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: lám. 25).

La de bronce presenta decorada toda la hoja, con líneas longitudinales y dibujos geométricos; su empuñadura es del tipo de "cabeza de caballo" (Quesada, 1992). La de hierro ha perdido parte de la empuñadura aunque es parecida a las de Rosarito. Desgraciadamente, su localización fue fruto de la casualidad (Esteban, 1993: 80) lo que dificulta su datación.

- Alconétar.

Solamente se ha recuperado un enterramiento de esta necrópolis, que lleva como ajuar una **falcata** de la que únicamente se conserva un fragmento de la empuñadura con uno de sus remaches para las cachas; debió estar depositada bajo la urnita pequeña porque en su pared externa se conservan aún restos de óxido. Es el único ejemplar de los de la Alta Extremadura hallado junto a urnas cinerarias, pues los de Rosarito (Enríquez, 1981: 47) y La Coraja carecen de sus contextos y la de Cáceres el Viejo proviene de un campamento romano. Esta última ofrece un dato importante sobre la

perduración de esas armas en estas tierras, por lo que Quesada opina que en el interior de la Península las falcatas se usaron hasta época de Sertorio (1992: 140).

Los paralelos más próximos están en las necrópolis del área abulense, donde tan sólo se conocen 3 ejemplares: 1 en el Raso, fechado en la segunda mitad del siglo IV a. C. (Fernández, 1986: 797), y 2 en La Osera (Cabré et alii, 1959: 181), de cronología similar. En la cuenca del Guadiana se han documentado 4 además de las 11 de Alcacer-do-Sal), cuyas cronologías abarcan desde finales del siglo V hasta fines del II a. C. (Berrocal, 1994c: 272).

- Villasviejas del Tamuja.

De este yacimiento se han excavado hasta el momento dos necrópolis. La más antigua es la del Mercadillo, que se sitúa a 200 m. frente a la entrada principal del castro y en ella a penas se depositaron armas en los enterramientos. Tan sólo han aparecido algunos cuchillos afalcatados, 1 punta de lanza y 1 regatón en un conjunto de 46 tumbas (Hernández, 1991: 261). Aunque la memoria de excavación definitiva se encuentra en prensa, por los elementos que se han publicado parece que su fecha abarcaría el siglo IV a. C., posiblemente a mediados de esa centuria, ya que no están presentes la fíbulas anulares más antiguas, abandonándose quizás iniciado el siglo III a. C.

Sin embargo, sí aparecen armas en las tumbas de la necrópolis del Romazal, situada a 1 km. del castro, que se empezaría a utilizar a lo largo del siglo III y estuvo en uso al menos hasta fines del siglo II y posiblemente hasta el abandono del poblado (Hernández, 1993: 119 y ss.). Frente a la práctica ausencia de armas en la necrópolis más antigua, en ésta el 14,20 % de las sepulturas llevan armas (Hernández, 1991: 262). Las **puntas de lanza**, los **cuchillos afalcatados** y los **regatones** continúan siendo los elementos más habituales. Además, se documentaron 3 **espadas**: una **de antenas atrofiadas** con damasquinados y 2 de tipo **La Téne**. Las primeras son de las más habituales en la Meseta, estando también representadas, por ejemplo, en la necrópolis de La Osera. Sin embargo, las espadas de La Téne no son frecuentes en el occidente peninsular, pues sólo han aparecido 4 en La Osera y dos ejemplares en la cuenca del Guadiana, uno en Capote y otro en Herdade das Casas (Fig. 84, 1), datado en el siglo III a. C. (Berrocal, 1992: 158). En cambio, las espadas de La Téne aparecen concentradas

en el área celtibérica, donde se han documentado un centenar de ellas (Lorrio, 1993: 309), fechadas durante el siglo III a. C. (Lorrio, 1994: 243), momento en el que las ponoplias celtibéricas se caracterizan por presentar asociadas la espada y el puñal, introduciendo una importante novedad frente a siglos anteriores en los que se utilizaba una u otra arma, lo cual motivó la proliferación de nuevos tipos de puñales destacando los llamados de frontón y los biglobulares (Idem).

Por ello resulta de gran interés que aparezcan **puñales biglobulares** en la necrópolis del Romazal, otro de los elementos emblemáticos de las panoplias celtibéricas desde el siglo III y todo el II a. C. (Lorrio, 1994: 238), que en el Romazal acabará sustituyendo a las espadas en los enterramientos (Hernández, 1991: 262).

Por tanto, aparecen en esta necrópolis los modelos de armas más emblemáticos de las panoplias celtibéricas. Como muestra la Fig. 84, la asociación de espadas de La Téne y biglobulares en las necrópolis sólo se da en el área estrictamente de la Celtiberia. Los nuevos datos sacados a la luz en la necrópolis del Romazal permiten documentar la dispersión de esos modelos hacia el oriente de Extremadura, con algunos puntos intermedios que ponen de manifiesto la existencia de fuertes contactos con aquella zona a partir del siglo III a. C., datos que ratifican otros elementos arqueológicos encontrados en yacimientos de esa zona como son las fíbulas de caballito tan típicamente celtibéricas.

- Castillo del Zamarril.

Tan sólo hemos podido localizar un conjunto en el Museo Provincial de Cáceres que parece corresponder a un enterramiento con su ajuar. Lo componen una punta de lanza sin nervio central; un cuchillo de hoja recta con el extremo final curvo; un cuchillo de dorso ligeramente curvo y un punzón, éste último elemento extraño en el cojunto del ajuar. Ese tipo de punzones se documentan en el siglo I a. C., por ejemplo, en Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984: lám. 30,282). El resto de los elementos también parecen de cronología avanzada. Sin embargo, existen referencias a un soliferreum encontrado en esta necrópolis (Esteban, 1993: nota 50); por otro lado, la prospección nos deparó media pinza de depilar, cuya cronología habría que situarla en el siglo IV, quizás primera mitad del III a. C., únicas referencias a las fases más antiguas de esta necrópolis que por el soliferreum podemos imaginar que también tuvo armas.

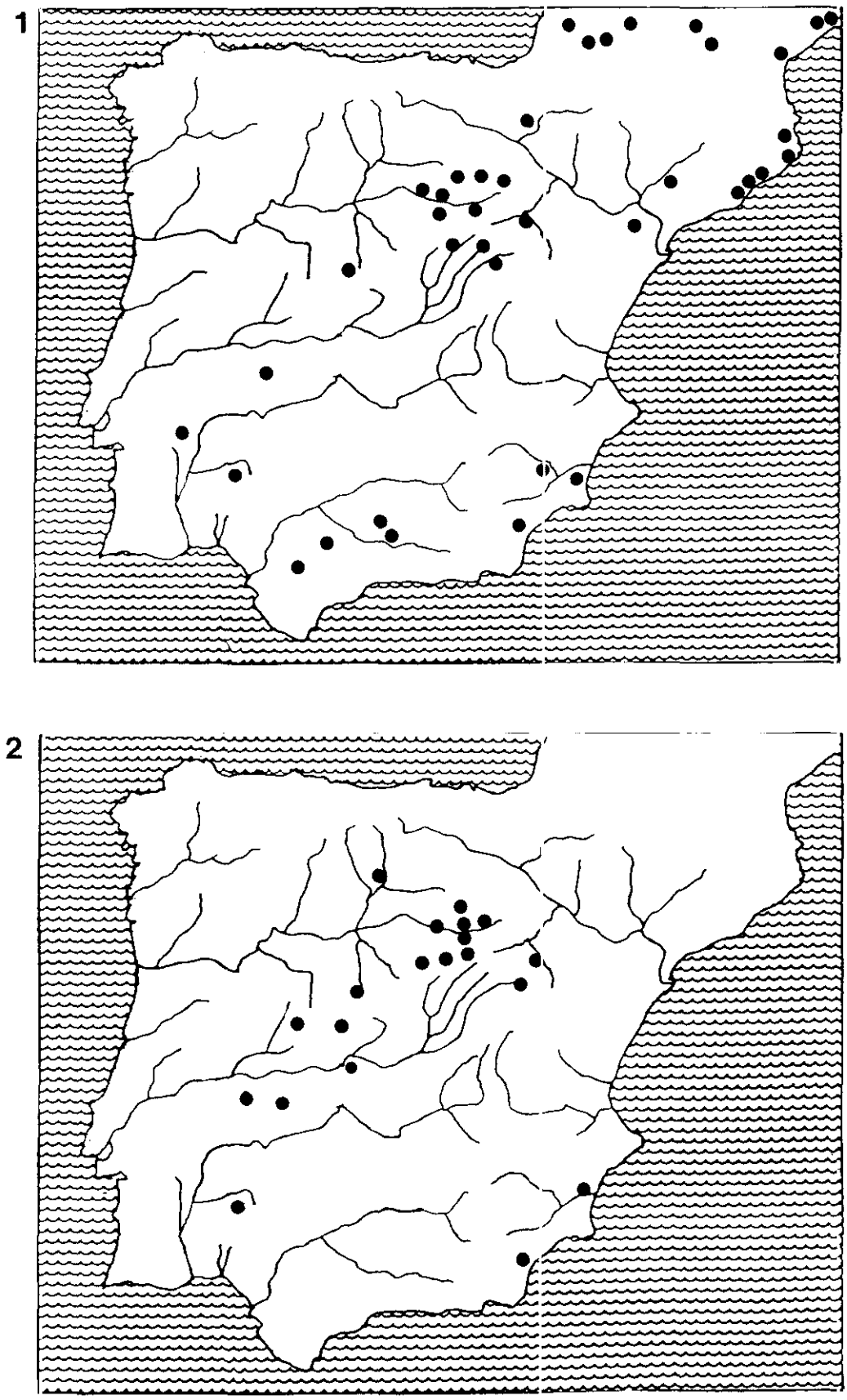


Fig. 84.- 1. Distribución peninsular de las espadas de La Téne; 2. de los puñales biglobulares.

- Armas en poblados.

Aunque son realmente escasos los hallazgos con los que contamos, es conveniente valorarlos para completar la visión general del armamento. Destaca el hallazgo de un puñal biglobular en el castro de Sansueña y un cuchillo con dorso recto de 31 cm. de longitud del Castillejo de Santiago del Campo.

Los puñales biglobulares son frecuentes en los poblados a partir del siglo III y el II en la Meseta y en esas fechas aparecen, por ejemplo, en el cercano castro del Raso (Fernádez, 1986: 452) y en Arroyo Manzanas (Toledo) (Jimenéz de Gregorio, 1992: 16). También aparecieron 4 ejemplares durante la excavación de Cáceres el Viejo (Ulbert, 11984: lám. 25), lo que evidencia su uso hasta el siglo I a. C.

Por tanto, la evolución de la panoplia está bien documentada desde fines del siglo V hasta el I a. C., a pesar de que faltan las publicaciones definitivas de los hallazgos y sus contextos, lo que nos obliga a establecer periodos amplios en la secuencia.

- **Finales del siglo V y el IV a. C.** Las panoplias de esta fase muestran la asimilación de elementos meridionales, como las espadas de frontón y las manillas de escudos de aletas triangulares, con los meseteños, como las espadas de antenas y los manillas de extremos discoidales, si bien es verdad que unos y otros nunca aparecen juntos en una tumba sino en necrópolis diferentes del mismo castro. Quizás la mejor prueba de esa asimilación sea la creación de espadas que mezclan esas influencias, resultando tipos de hibridación absolutamente peculiares de estas gentes, como son las espadas del Castillejo de la Orden.

Contrasta esta rica representación de espadas y escudos con su ausencia en las otras necrópolis del área oriental de la cuenca, de fecha ligeramente posterior. Durante el siglo IV, quizás ya avanzado, se enterraron en La Coraja exclusivamente con cuchillos y puntas de lanza; lo mismo hicieron sus contemporáneos de Villasviejas del Tamuja, enterrados en el Mercadillo, donde las armas son casi inexistentes.

- **Siglos III- finales del II a. C.**. La segunda necrópolis de Villasviejas del Tamuja, el Romazal, nos informa de la evolución de las tradiciones desde que se abandonara la antigua necrópolis, a lo largo del siglo III, y todo el siglo II. Dos cuestiones se ponen de manifiesto: primero, que las armas recuperan su protagonismo

(aparecen en el 14,20 % de los enterramientos); segundo, que las panoplias están fuertemente influidas por las tradiciones celtibéricas ofreciendo armas que tan sólo son frecuentes en esa zona (Fig. 84). Ello se pone de manifiesto en la aparición, en la misma necrópolis, de las espadas de La Téne y los puñales biglobures que terminan por sustituir a las espadas en los ajuares.

Sin embargo, durante el siglo III y el II a. C. continuaron enterrándose los habitantes de La Coraja sin armas, lo cual indica que la llegada de los influjos celtibéricos no fue homogénea, sino que debieron existir áreas donde se establecieron gentes que traen sus armas, frente a otras áreas donde no lo hicieron, aunque existieran contactos que han quedado reflejados en la aparición de otros elementos celtibéricos como las fíbulas de caballito.

- **Siglo I a. C.** Durante este siglo se produjo una asimilación cada vez mayor de los influjos romanos, como pone de manifiesto la necrópolis del Romazal. El establecimiento de los romanos en Extremadura supuso el abandono de muchos poblados y la paulatina desaparición de las tradiciones de enterramientos con armas. Quizás en este momento se deba fechar la tumba del Zamarril, pues el tipo de punzón, cuchillos y lanza es del siglo I a. C.

2. APEROS DE LABRANZA.

En dos castros, de cinco excavados en toda esta área, han aparecido instrumentos relacionados con los trabajos agrícolas. Los podemos clasificar en:

1. Instrumentos para segar, de hoja curva enastada a un mango de madera, con el enmangue tubular o macizo. Dependiendo de su forma son (Fig. 85, 1):

Tipo A.- Con el primer tramo de la hoja recto, curvándose hacia la mitad, parecida a la de las actuales podaderas, tipo del que se conocen 3 ejemplares en Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: fig. 63) y otro en el Jardinero (Bueno et alii, 1988: fig. 7).

Tipo B.- Con la hoja curva desde su arranque, de forma similar a una hoz, de las que aparecieron 2 en el Jardinero. En cualquier caso, no es posible determinar si estas diferencias se debieron a que cada tipo se usaba para una función distinta.

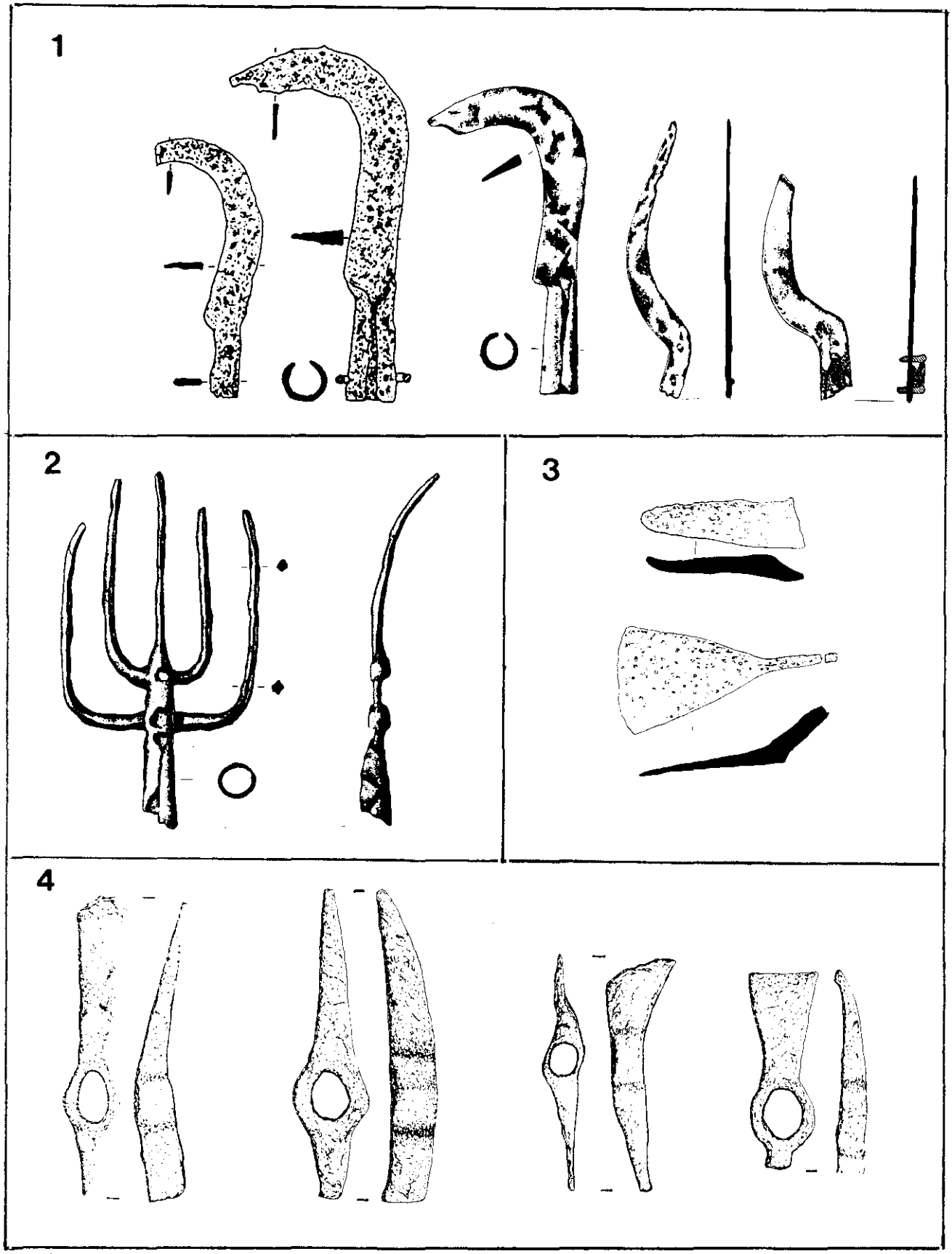


Fig. 85.- Diferentes herramientas de hierro documentadas en los castros de la Alta Extremadura.

2. Instrumento formado por un eje vertical del que arrancan 5 púas, la central recta, las laterales en forma de U, enastado a un mango de madera (Fig. 85, 2). El único ejemplar conocido procede del Jardinero (Bueno et alii, 1988: fig. 7). Su función debió estar relacionada con la recogida de pasto o cualquier planta ya cortada.

3. Pieza de hierro de forma ligeramente triangular rematada en una pronunciada punta, aparecida en Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1989: 106), que por su forma podría haberse utilizado para romper y mover la tierra (Fig. 85, 3).

4. Instrumento en forma de hoja triangular, con el borde convexo y cortante, enastado a un mango de madera que forma ángulo obtuso con ella, encontrada en Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: fig. 62) (Fig. 85, 3). Se desconoce la funcionalidad de estas piezas, poco conocidas hasta ahora; dos similares han aparecido en el Castrejón de Capote y su excavador las ha considerado paletas de sembrador (Berrocal, 1992: 148), pues parece lógico relacionarlas con el trabajo de abrir pequeños surcos.

5. Herramientas de cantería y minería (Fig. 85, 4): cuatro ejemplares del Berrocalillo, 3 de ellos son picos y 1 es un pico hacha. Utiles semejantes han aparecido en la Beturia Céltica, donde Berrocal también los relaciona con el trabajo de la piedra y la extracción de minerales (1992: 150), y en el Raso (Fernández, 1995: fig. 77).

- LA CERAMICA.

Hemos dejado para último lugar el análisis de los recipientes cerámicos aparecidos en los castros debido a que, en la mayoría de los casos, para poder conocer la cronología de las cerámicas hay que recurrir a su asociación con otros objetos, generalmente metálicos, siendo imprescindible haberlos analizado con anterioridad. Ello se debe a que carecemos de los elementos estratigráficos necesarios para establecer una ordenación que sea al mismo tiempo tipológica y secuencial, porque ninguno de los yacimientos excavados hasta el momento ha deparado una mínima estratigrafía. En estas circunstancias, son las necrópolis las que nos permiten conocer conjuntos cerrados con vasos de cerámicas y algún otro elemento que nos ayuda a situar en el tiempo el período de utilización de los recipientes.

A pesar de estas limitaciones, se pretende analizar el conjunto de todo el material cerámico que han proporcionado los castros de la Alta Extremadura y sus necrópolis. Hay que dejar constancia de la enorme desigualdad que existe entre la información que proporcionan aquellos que han sido excavados y el material de superficie del resto de los yacimientos. Estos últimos casi nunca han proporcionado formas completas ni referencias cronológicas, pero aún así es necesario tenerlos en cuenta porque permiten documentar la dispersión de las formas cerámicas o sus decoraciones dentro de la cuenca extremeña del Tajo.

El criterio seguido para ordenar el conjunto cerámico ha sido establecer grandes grupos en función de la técnica de fabricación de los recipientes. Ello nos ha llevado a distinguir primero entre la cerámica a mano y la fabricada a torno y dentro de cada cual, subdivisiones determinadas por el acabado de los productos o la técnica de cocción. Dentro de cada grupo se ha pretendido seguir una ordenación cronológica que permita seguir la evolución diacrónica de la producción cerámica a lo largo del Hierro Pleno, estableciendo en cada fase diferentes tipos basados fundamentalmente en la forma, intentando, cuando ha sido posible, que esos tipos hagan referencia a la funcionalidad de los recipientes.

En definitiva, se ha intentado realizar una ordenación de la producción cerámica coherente con el esquema general de análisis, seguido en este trabajo, en el que se pretende tener una visión global de la evolución de las distintas manifestaciones culturales de la sociedad durante el primer milenio a. C., donde el poblamiento ocupa el lugar preferente de análisis pero su estudio está imbricado con el de los restantes componentes del sistema socioecomómico y cultural, entre ellos los objetos que fabrica y utiliza. Este apartado, por tanto, es continuación del análisis de las cerámicas del Bronce Final y el Hierro Inicial, siendo importante no perder de vista este enfoque porque nos permitirá ver qué tradiciones son heredadas y cuáles son fruto de la nueva época. Con ello pretendemos que nuestra clasificación no sea sin más "infinita y acumulativa" (Ruiz y Molinos, 1992: 48), sino que responda al objetivo conocer la transformación de la sociedad castreña a partir del siglo IV a. C.

- La Cerámica a mano.

Al analizar la totalidad de vasos cerámicos fabricados a mano en los yacimientos de la Alta Extremadura se observa que pueden definirse dos áreas culturalmente diferentes en función de los tipos de recipientes que aparecen en una y otra. Por una parte, los yacimientos de la zona en torno a Gredos, un área pequeña comparada con el resto de la región y cuya producción cerámica es diferente a la del resto de la cuenca. Aunque geográficamente esos poblados pertenecer al área extremeña, sin embargo, culturalmente están vinculados con la zona al Norte de Gredos. La cerámica aparecida en los poblados del Cardenalillo y los Pajares (González Cordero et alli, 1990) procede de contextos funerarios idénticos a los documentados en las cercanas necrópolis del Raso de Candeleda, yacimiento situado entre el área abulense y la extremeña, y los poblados de la provincia de Avila, por lo que hay que considerarlas un grupo diferente al del Tajo, de rasgos vettones, coincidiendo con que tampoco existe allí un castro como los conocidos en la Alta Extremadura.

Las urnas documentadas en el Cardenalillo y Pajares se pueden clasificar sin ningún problema dentro del cuadro tipológico establecido por F. Fernández (1986: 856 ss.) para el Raso. Son del Tipo 1 del Raso, de perfil en S, aunque alguna sea más acampanada; del Tipo 2, semejante al anterior, pero con cuello desarrollado; del tipo 4, de perfil esférico, que van acompañadas de un soporte cónico, pues su base es muy reducida, y Tipo 8, urnas bitroncocónicas. Existen, además, platos de casquete esférico, ungüentarios de perfil carenado y vasitos con asa de cesta (González Cordero et alii, 1990: lám. II-III).

Están fabricadas en pastas ricas en desgrasantes, de tonos amarillentos o grisáceos, con la superficie alisada. Las decoraciones están realizadas a peine, describiendo bandas horizontales que enmarcan cenefas a base de rombos o líneas quebradas; aparecen también mamelones gallonados de misión ornamental, todo ello con idénticos paralelos en el Raso (Fernández, 1986: 807 y ss.) o los castros de Avila (Cabré y Cabré, 1932; Cabré et alii, 1950: 166 y ss.).

El resto los poblados de la Alta Extremadura sí ofrecen unas producciones de cerámica a mano con un comportamiento homogéneo dentro de la cuenca, aunque

existen yacimientos que por su especial situación en zona de paso entre el área del Guadiana y el Tajo se benefician de influjos culturales de ambas zonas, como sucede con el castro de Santa Cruz de la Sierra. En él se documenta una importante muestra de copas cuyos mejores paralelos se encuentran en la Beturia céltica, especialmente bien documentados en el depósito votivo del altar prerromano de Capote (Berrocal, 1992: 142 y ss.).

Del resto de los yacimientos hay que señalar que en las memorias o los informes de excavación disponibles no aparece indicado el porcentaje que representan las cerámicas a mano, aunque F. Hernández expresa categóricamente que "es un grupo poco significativo" en Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 114), dato que coincide con la información obtenida de las prospecciones. Por ello resulta extraño que en La Coraja representen un 60 % del total, dato del que vamos a prescindir mientras no se confirme, pues vasos que fueron catalogados como a mano, posteriormente han vuelto a ser publicados por E. Civantos (1993) como cerámicas a torno grises o, incluso, cerámicas ibero-turdetanas.

Los tipos de recipientes fabricados a mano fueron los siguientes (Fig. 86):

Contexto de poblado:

1.- Ollas de paredes ligeramente cóncavas, cuello ligeramente estrangulado y borde saliente, con el fondo plano.

2.- Vasos de paredes ligeramente oblícuas, abriéndose hacia el exterior, con pie realzado.

3.- Ollitas globulares de bordes entrantes sin diferenciar de la pared. En la mayoría de ellas no se conserva el fondo, salvo en la aparecida en Santa Cruz de la Sierra con pie realzado.

4.- Vaso troncocónico, con el borde saliente y base plana.

5.- Vaso bitroncocónico, con base plana.

Contexto funerario:

6.- Quemadores con cuerpos semiesféricos, bordes entrantes y pies altos. Pueden llevar asas. Lo más característico es la decoración de calados de formas geométricas que se combinan formando cenefas. Estos recipientes han aparecido en su mayoría en contextos funerarios, aunque el fragmento 635 de la memoria de excavación de

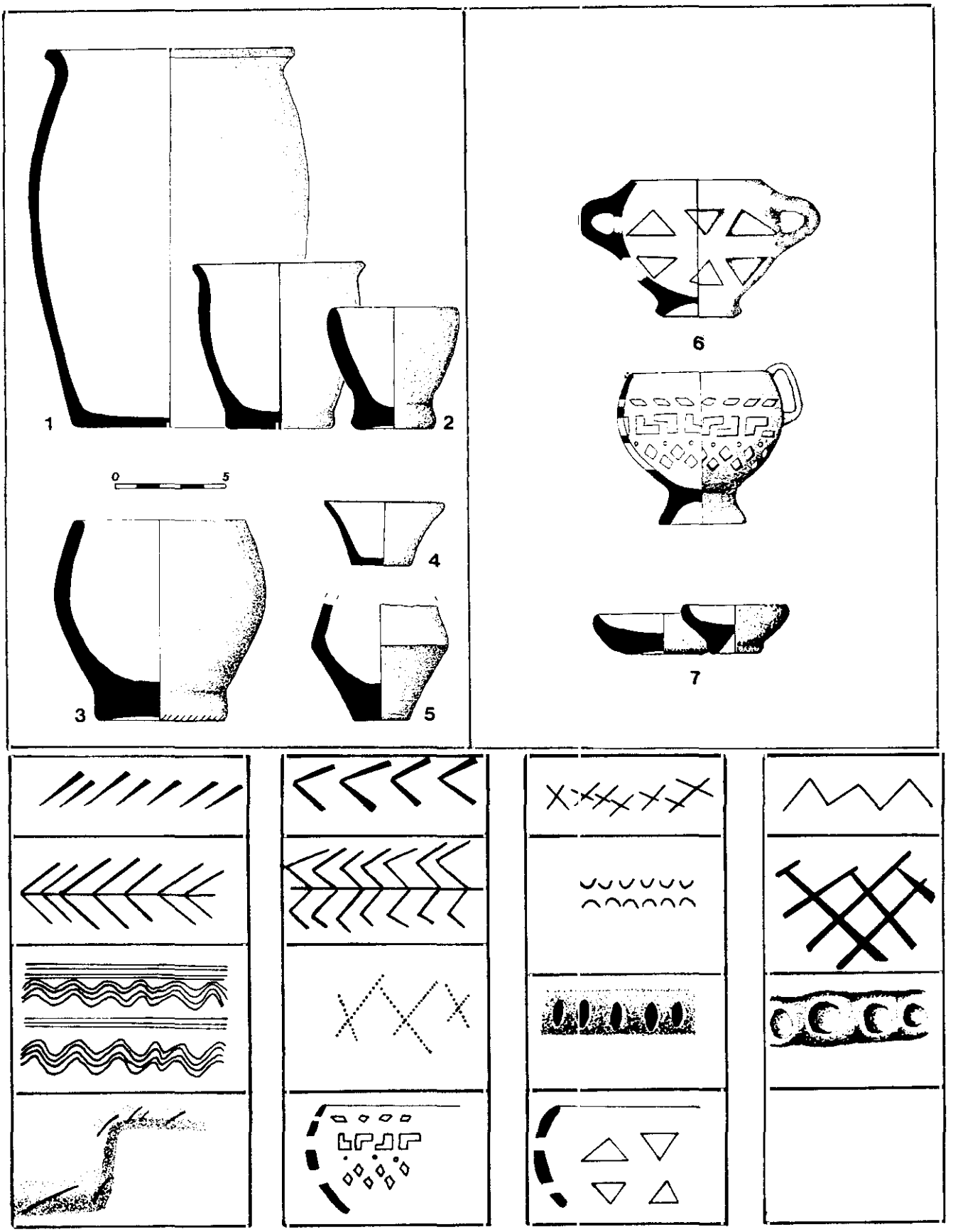


Fig. 86.- Formas de cerámicas a mano documentadas en castros delHierro Pleno: dcha. en poblados, izda. en necrópolis. Debajo, temas decorativos de las cerámcias a mano.

Villasviejas del Tamuja podría corresponder a uno de estos vasos (Hernández et alii, 1989: 75). Este tipo de recipientes también aparece en los castros de la zona abulense (1 en El Raso (Fernández, 1986: fig. 175) y otro en Las Cogotas (Cabré, 1930: Lám. 35 y 63)), más excepcionalmente en el resto de la Meseta (como Aguilar de Anguita (Schüle, 1969 fig. 11) o los vasos de Cuéllar (Barrio, 1983: 381) incluso en el Sur y Levante de la Península, fabricados a torno (Alahoz, El Amarejo o El Cigarralejo). Sin embargo, el núcleo donde mejor están representados estos quemadores es el Suroeste, bien estudiados por Berrocal (1992: 108), donde han aparecido ejemplares muy parecidos a los de Villasviejas o La Coraja. En cualquier caso, el número de piezas con esta decoración es muy limitado en la cuenca del Tajo, por lo que no se puede considerar que este tipo sea característico de la zona. La función de estos vasos no se conoce con exactitud; su peculiar forma parece indicar que sirvieron para contener brasas (como los "fogones" que todavía hoy se fabrican en algunos alfares de esta región, muy parecidos a estos quemadores), por lo que Almagro-Gorbea los ha relacionado con los "focolari" que servía para transportar el fuego sagrado desde el hogar doméstico a las piras (Almagro-Gorbea, e.p. b). Sin embargo, Berrocal señala que tan sólo en un caso se observaron huellas de fuego, y en otro, restos de quemar azafrán (Berrocal, 1992: 109); en los de las necrópolis de Cáceres no se indica si tienen o no señales de contener fuego. En lo que se refiere a su cronología, hay que señalar que la de Villasviejas del Tamuja apareció en la necrópolis del Mercadillo, fechada en el siglo IV a. C., y ninguno en la necrópolis más moderna del Romazal; de los quedadores de La Coraja desconocemos sus asociaciones.

7.- Cuencos semiesféricos con la base plana o pie alto.

Todas las vasijas a mano son de mediano o pequeño tamaño, en general no superando los 30 cm. de altura, sin que se hayan documentado grandes recipientes de almacenaje hechos a mano. Tampoco se han documentado estas cerámicas en las necrópolis del Castillejo de la Orden o Villasviejas del Tamuja, por lo que parece que su uso fue exclusivamente doméstico (salvo una copa con decoración a peine de La Coraja, aunque como indicamos más arriba, prescindimos de la información de este yacimiento hasta la publicación definitiva de la memoria de excavación, pues de momento es dudosa la atribución de la cerámica a mano de este yacimiento), siendo los

quemadores los únicos vasos a mano que se han documentado en las necrópolis.

Las decoraciones:

1. La incisión es la técnica más empleada. Los motivos utilizados son: 1. las líneas oblícuas simples, 2. líneas oblícuas contrapuestas formando ángulos, 3. las aspas, 4. los zig-zag, 5.las espinas de pescado 6. banda de dobles ángulos, 7. sucesión de medias circunferencias contrapuestas formando una banda, motivo documentado una sóla vez, 8. reticulado (Fig. 86). En algunos raros casos se combina la incisión con el estampillado, como aparece en dos vasijas de Villasviejas del Tamuja. Lo más frecuente es que aparezcan en forma de banda bajo el borde o sobre los cordones aplicados. Hay que destacar la ausencia de las barrocas composiciones de líneas y segmentos que caracterizan a las cerámicas a mano de la cuenca del Guadiana y el Suroeste, lo que viene a incidir, una vez más, en la diferente personalidad de los habitantes de estas zonas.

2. Carácter excepcional tiene la decoración realizada a peine. Se conoce una copa en La Coraja que lleva en el centro de la panza alternancia de bandas de líneas rectas y onduladas grabadas con peine de 4 púas (salvo la banda central que es de 3). No se conocen más ejemplos en el resto de la cuenca, aunque este esquema es muy usual en el mundo de los castros vettones, por lo que podría tratarse de una pieza venida de esa zona (hipótesis que sólo se podría contrastar mediante un análisis de pastas cerámicas).

3. Decoración con "peine impreso" o con punzón. Se realiza clavando un instrumento con una o más púas sobre el barro fresco, en lugar de ir arrastrándolo como en el apartado anterior; así se decoró la pieza 308 de la memoria de excavación de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 68), con motivos de aspas impresas con un instrumento de 16 púas. La pieza 475 (Ibidem: 91), en cambio, se decoró con punzón. En cualquier caso, son los dos únicos ejemplos conocidos de este técnica.

4. Cordones aplicados, relativamente frecuentes bajo los bordes o en el centro de la panza. Se suelen decorar con incisiones (generalmente de líneas oblícuas), con ungulaciones o digitaciones. En algunos casos, el cordón se colocó dibujando meandros.

5. Mamelones. Es un tipo de aplique poco usual, aunque aparece alguno circular, alargado vertical u horizontal.

6. Decoración calada, que caracteriza a los quemadores. Se realizaron recortando el barro tierno, lo que origina unas oquedades de formas geométricas triangulares, de rombos, rectángulos o círculos combinados entre ellos formando cenefas habitualmente sobre la panza. Son abundantes en el Suroeste, pero su número se va reduciendo a medida que nos alejamos de él como ya se indicó al analizar los quemadores. Una variedad dentro de este grupo la constituye los pequeños calados en forma de "ojal" que decoran un pie de copa de Villasviejas del Tamuja, de carácter muy distinto al de los calados de los quemadores.

Excepto este último tipo de decoración, vinculado con la función concreta de esos vasos, el resto de los motivos de la cerámica a mano son idénticos a los que aparecen en fases anteriores desde comienzos del milenio, algunos eran ya característicos en el Bronce Final, como las aspas, las incisiones oblícuas, las espinas de pescado, etc, y se mantendrán esos temas durante el Hierro Inicial, por lo que no hay que recurrir a buscar un origen foráneo para estas decoraciones.

7. Motivos estampillados en forma de ángulos y sencillas rosetas de 4 pétalos; los primeros tienen idénticos paralelos en el Suroeste también en producciones a mano y, en cambio, no aparecen en las del área vettona. Las rosetas aparecen en las cerámicas a mano tanto del área vettona (como La Osera, Cabré et alii, 1930: Lám. 96) como del Suroeste (Berrocal, 1992: 101), pues es uno de los motivos más repetidos en el repertorio del estampillado de todo el mundo prerromano. Sin embargo, están ausentes los sencillos estampillados circulares tan característicos del Suroeste.

- La Cerámica a torno:

- Cerámica ática.

En la actualidad se conocen unos pocos ejemplares de recipientes fabricados en talleres áticos que llegaron a la Alta Extremadura a finales del siglo V y primera mitad del IV a. C. Aunque su número es pequeño, no hay que olvidar que también son pocos los poblados excavados, lo cual pone de manifiesto el dinamismo de los centros comerciales situados en la cuenca del Guadiana, incluso hasta comienzos del siglo IV a. C., desde donde se distribuyeron las áticas a los castros de la cuenca del Tajo y la Meseta.

Hasta el momento se conocen dos ejemplares de copas de la necrópolis del Castillejo de la Orden (Sánchez Abal et alii, 1984: 20 y 39) y varios fragmentos de cerámicas áticas en el poblado de Villasviejas del Tamuja, de las cuales sólo sabemos con seguridad que uno corresponde a un kylix de figuras rojas (Hernández et alii, 1989: 136).

Los ejemplares del Castillejo de la Orden se conservan incompletos, a pesar de lo cual podemos señalar que el mejor conservado se caracteriza por su cuerpo ancho y poco profundo, aunque le falta el fondo, con el labio diferente del resto del cuerpo por una suave carena y dos asas; es una copa de paredes anchas, lo que le confiere un aspecto robusto y el barniz se desprende con facilidad. Sus características coinciden con las de los kylikes llamadas copas Tipo Cástulo por Shefton (1982), poco estilizadas pero, por ese mismo motivo, mejor adaptadas para viajar a muy largas distancias sin peligro de romperse (Sánchez, 1992: 330). La mala calidad del barniz denota que su tratamiento superficial no es muy esmerado, de hecho están pensadas para exportar hacia mercados lejanos poco exigentes, siendo más frecuente su aparición en asentamientos indígenas que en ciudades griegas (Shefton, 1982: fig. 24; Cabrera, 1987: 217).

Los ejemplares del Castillejo de la Orden no conservan el fondo, elemento clave para fechar estas copas. A pesar de tan escasos datos, lo interesante es documentar la existencia de estas copas en castros de la Alta Extremadura a donde llegaron sin duda desde Cancho Roano, en la cuenca del Guadiana, donde han aparecido hasta el momento más de 300 copas de este tipo (Celestino y Jiménez, 1993: 159).

En castros del Hierro Inicial ya pudimos documentar la existencia de un horizonte orientalizante muy vinculado con Cancho Roano; de hecho, vimos cómo numerosos materiales del Risco tenían sus paralelos más cercanos en dicho yacimiento. A fines del siglo V a. C. éste y otros castros en altura se han abandonado en favor de nuevos poblados junto al ribero, sin embargo los contactos con la cuenca del Guadiana se mantienen y la presencia de estas copas son su mejor testimonio.

En Cancho Roano estas copas se fechan en las últimas décadas del siglo V a. C. (Cabrera, 1987: 217; Maluquer, 1987); sin embargo, P. Cabrera señala que entre el 380 y el 350 a. C. se alcanzó el mayor volumen de importaciones, generalizándose su uso en numerosos poblados de la época (1994: 91; Rouillard, 1991: 125), por lo que a los castros de la cuenca del Tajo debieron llegar también durante la primera mitad del siglo IV a.

C. Efectivamente, los ejemplares del Castillejo de la Orden tienen el exterior totalmente barnizado, lo cual es un indicio seguro, según Sánchez (1992: 331) de que se fabricaron muy a finales del V o principios del IV a. C.

Además de los kylikes de tipo Cástulo llegaron a los castros extremeños otros decorados con figuras rojas, como el aparecido en Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 136). El fragmento es tan pequeño que no se puede precisar su tipo, a pesar de lo cual parece acertado fecharlo en el siglo IV (Idem); kylikes de figuras rojas han aparecido también en Cancho Roano y han sido fechados a finales del siglo V a. C. (Cabrera, 1987: 219). Otros 3 fragmentos más de cerámicas griegas han aparecido en Villasviejas, durante las excavaciones realizadas por Ongil (1991: 253), de los que no precisa la autora ningún dato al respecto.

En definitiva, las cerámicas áticas muestran que las élites indígenas de la Alta Extremadura continuaron demandando bienes de prestigio, llegados a través del comercio mediterráneo vía los centros redistribuidores situados en la cuenca del Guadiana. Ello a pesar de que a finales del siglo V a. C. se habían producido importantes cambios en la sociedad respecto al período anterior, que hemos visto reflejada en el abandono de los castros de altura y cuyo mejor reflejo es el que estas cerámicas aparezcan depositadas en tumbas de guerreros, que son un elemento nuevo respecto a la fase anterior.

- **Cerámica común.**

Dentro de este grupo se engloban la inmensa mayoría de los recipientes fabricados en los castros, lo que origina gran variedad de formas y calidades (Fig. 87,88). Habría que distinguir entre recipientes de pastas groseras y los de pastas cuidadas, pero nos encontramos con que los mismos tipos se fabrican indistintamente con unas u otras. La única distinción entre ellas suele estar determinada por el tamaño de los recipientes: a mayor tamaño corresponde, generalmente, pastas más groseras. En cualquier caso, de las memorias o informes de excavación publicados se deduce que dominan las pastas ricas en desgrasantes de mediano o gran tamaño que confieren un aspecto tosco a las cerámicas; las cocciones suelen ser oxidantes, por lo que predominan los tonos anarajados o rojizos, pasando por una amplia gama de colores ocres. Poco se sabe de la

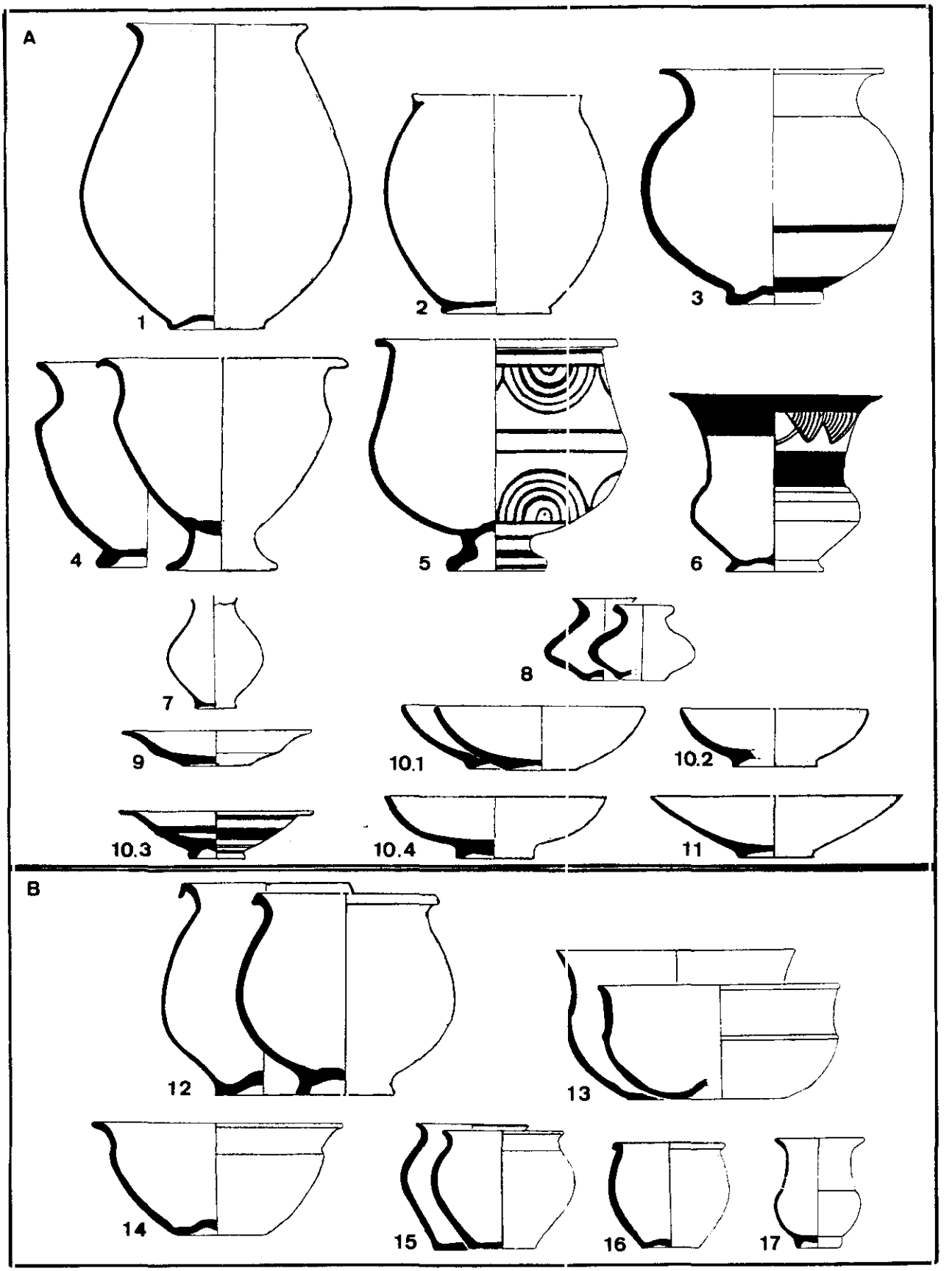


Fig. 87.- Formas de las cerámicas a torno documentadas hasta el momento en las necrópolis del Hierro Pleno: A. Siglos IV-III a. C. B. Siglos III-II a. C.

funcionalidad, salvo la que se desprende de su aparición en necrópolis o poblados; dentro de éstos no se han realizado análisis micro-espaciales que ayuden a ir precisando la utilidad de cada forma cerámica, que intentaremos deducir de su parecido con formas actuales.

- Contexto funerario (Fig. 87):

S. IV - principios del III:

1. Urnas ovoides con un pronunciado ensanchamiento de la panza en su mitad inferior, de cuello estrangulado y borde saliente.

2. Urnas globulares con cuello recto.

3. Urnas globulares de cuello ligeramente saliente y borde saliente.

4. Urnas de carena alta, cuello saliente y borde exvasado:

4.1. con el pie alto;

4.2. con pie de copa.

5. Urnas acampanadas con borde exvasado y pie de copa moldurado.

6. Urnas caliciformes, tipo del que sólo se conoce 1 ejemplar.

7. Ungüentarios de perfil en S.

8. Ungüentarios bitroncocónicos.

9. Platos de carena media y labio exvasado.

10. Platos de casquete esférico. Las bases son indistintamente rehundidas o con pie anular:

10.1. con el borde triangular,

10.2. con el borde apuntado,

10.3. con amplio borde exvasado.

10.4. con cambio de dirección en el tercio inferior de la pared.

11. Plato de perfil cónico.

S. III-II:

12. Urnas globulares con cuello poco desarrollado y bordes engrosados o vueltos; el pie puede estar indicado o .

13. Urnas bajas de boca ancha (tipo cuenco en poblados) con perfil en S, borde saliente y base con umbo.

14. Urna baja de boca ancha con carena alta, borde saliente y base con umbo.

15. Urnas de perfil en S y base plana.

16. Urnitas globulares sin cuello con borde saliente.

17. Vasos caliciformes con pie anular.

- Contexto de poblado (sin posibilidad de diferenciar por siglos) (Fig. 88):

18. Ollas globulares u ovoides con cuello recto y borde exvasado. El cuello puede ser:

18.1. muy desarrollado;

18.2. poco desarrollado (también usadas como urnas).

19. Ollas globulares u ovoides con cuello poco desarrollado o sin cuello y borde de diferentes tipos:

19.1. cuello estrangulado y borde saliente;

19.2. pico de ánade;

19.3. vuelto;

19.4. engrosado;

19.5. engrosado y vuelto.

20. Tinajas globulares u ovoides sin cuello y bordes entrantesantes:

20.1. engrosados;

20.2. biselados.

21. Ollitas de perfil en S, con asa.

22. Cuencos de casquete esférico con base plana o pie anular; el borde puede ser:

22.1. con labio bífido;

22.2. simple redondeado.

23. Pátera con borde recto.

24. Carrete de sustentación con perfil bitroncocónico.

25. Barril de forma cilíndrica y una boca pequeña situada en la mitad de uno de los lados largos. Tan sólo se conoce un ejemplar en la Alta Extremadura (Hernández, 1979), al que hay que añadir otro aparecido en el castro abulense del Raso donde también se documenta un solo ejemplar de este tipo (Fernández, 1986: 462).

26. Olla ovoide con cuello recto y labio exvasado. Lleva en la parte superior de

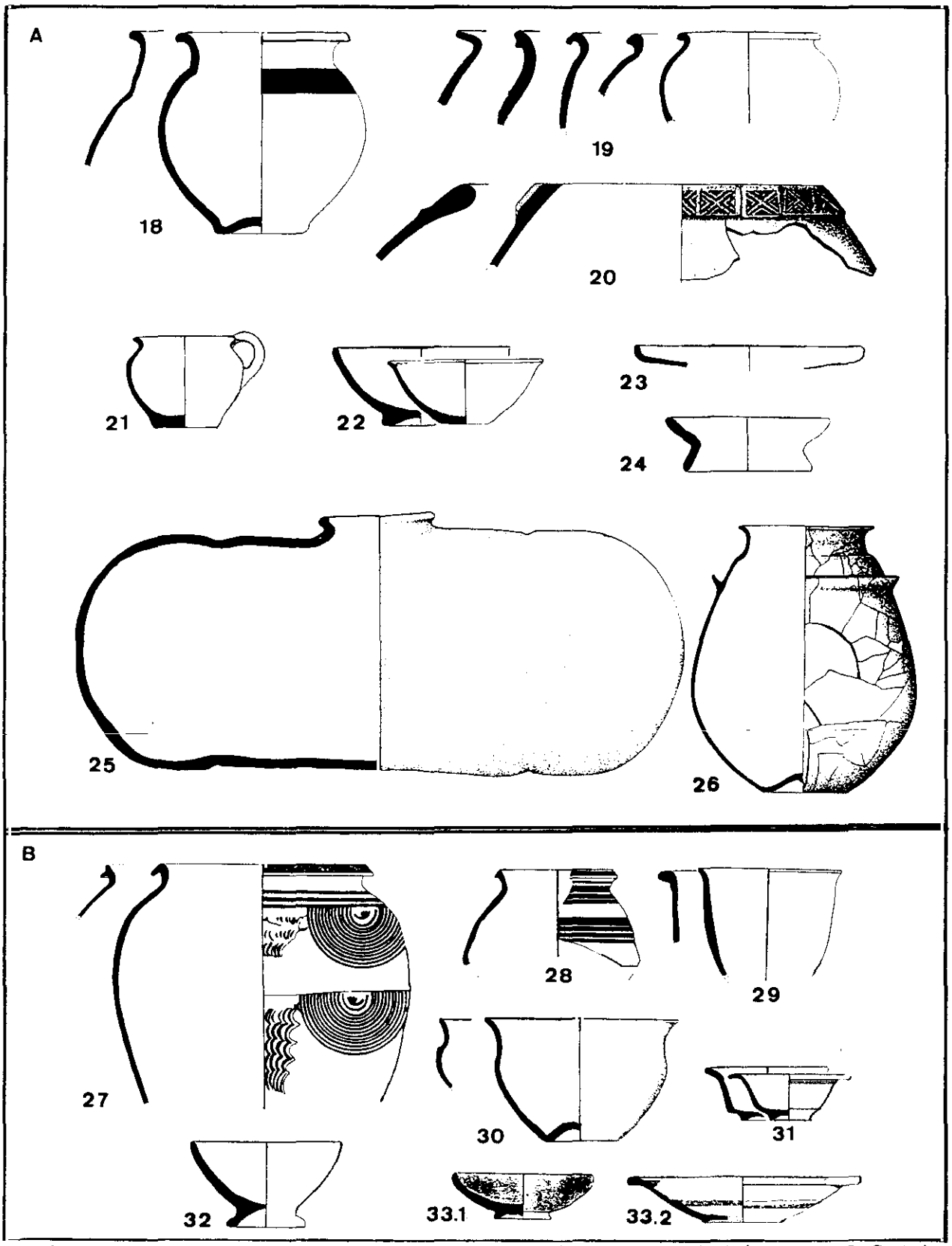


Fig. 88.- Formas de las cerámicas a torno de los castros del Hierro Pleno: A. Cerámica común. B. Cerámica anaranjada fina.

la panza una amplia moldura sobresaliente de forma triangular. Tampoco es un tipo habitual pues sólo ha aparecido uno.

- **Cerámica anaranjada fina a torno.**

Se caracteriza por estar fabricada con pastas muy bien decantadas, con desgrasantes muy finos. Son de tonos anaranjados fuertes, a veces más rosáceos, que pueden llevar en el centro una franja gris resultado de una cocción mixta. El color, la calidad, los finos grosores de las paredes y el buen acabado diferencia claramente a este grupo del resto de la producción, aún en el caso de que aparezcan durante la prospección habiendo perdido su decoración y teniendo alteradas las paredes.

Contexto funerario:

Siglos III-II a. C.: Urnas tipo 15 y 16.

Contexto de habitación (sin posibilidad de diferenciar por siglos):

27. Ollas globulares con cuello poco desarrollado y rematadas en bordes de diferentes tipos:

27.1 pico de ánade;

27.2 vueltos.

28. Ollas troncocónicas con cuello saliente y borde triangular.

29. Vasos de paredes casi rectas.

30. Cuencos de perfil en S, borde saliente y base generalmente con umbo (similares a las urnas tipo 15 y 16)

30.1. con carena media.

30.2. Suave perfil en S;

31. Cuencos troncocónicos con labios exvasados y pie anular.

32. Cuencos de casquete esférico, borde redondeado, con pie anular o de copa.

33. Platos de casquete esférico rematado en

33.1 labio redondeado;

33.2 labio exvasado.

Decoraciones de la cerámica a torno:

1. Lo más usual es que se decoren con motivos en color rojo vinoso, aunque

existan ejemplos de colores marrones, blanco y negro. En un reciente estudio sobre las cerámicas pintadas de 4 castros extremeños se especifica que representan el 24,8 % del total de la producción cerámica en Villasviejas del Tamuja, un 19,9 % en La Coraja, un 0,38 % en el Castillejo de la Orden y 0,04 % en el Jardinero (Cabello, 1991-92: 101 ss.) Este desigual comportamiento entre un extremo y otro de la cuenca lo confirman los datos de la prospección, pues han aparecido cerámicas pintadas en superficie en Santa Cruz de la Sierra, el Castillejo de Santiago del Campo, La Burra y el Aguijón de Pantoja, todos en la zona Este y ninguno en la zona occidental.

Los motivos más utilizados son las líneas y bandas horizontales que pueden aparecer desde el borde hasta la base cubriendo parte o toda la superficie del recipiente; en la muestra publicada de Villasviejas del Tamuja (110 fragmentos decorados publicados, de los 560 que según Cabello han aparecido (1991-92:101) representan el 51 % del total. Otro tema usual son las semicircunferencias concéntricas, enteras (20 %) o cuartos (5 %); las cabelleras, formadas por varias líneas verticales serpenteantes (9 %). Más raros son los motivos de SS formando bandas (tan sólo 1 ejemplar), las líneas verticales unidas (1 ejemplar) y los trazos discontinuos, unidos en algún caso a líneas horizontales (9%) (Fig. 89)[1].

Los mismos temas aparecen en el castro de La Coraja, donde además se ha documentado algún motivo figurativo como el del jinete con faltaca al cinto (Rivero, 1974: 359; Esteban, 1993: fig. 10).

Estos motivos son idénticos a los que presenta la cerámica ibérica, existiendo fuertes conexiones formales y estilísticas especialmente con la zona del valle del Guadalquivir, de donde parecen inspirarse la mayoría de los temas geométricos simples y estandarizados que aparecen sobre los recipientes. A este grupo mayoritario hay que añadir algunas representaciones figurativas como el ejemplar del jinete antes citado y los motivos vegetales, a modo de roleos y volutas que aparecen en vasijas tanto de La Coraja como de Villasviejas del Tamuja, temas que remiten al área levantina más que

[1] Estos porcentajes son meramente indicativos, pues los hemos calculado sobre el número de fragmentos publicados, auqnue suponemos que las restantes 450 piezas pintadas no publicadas deben corresponder a sencillos motivos de líneas o bandas, por lo que su porcentaje se elevaría hasta el 89 %.

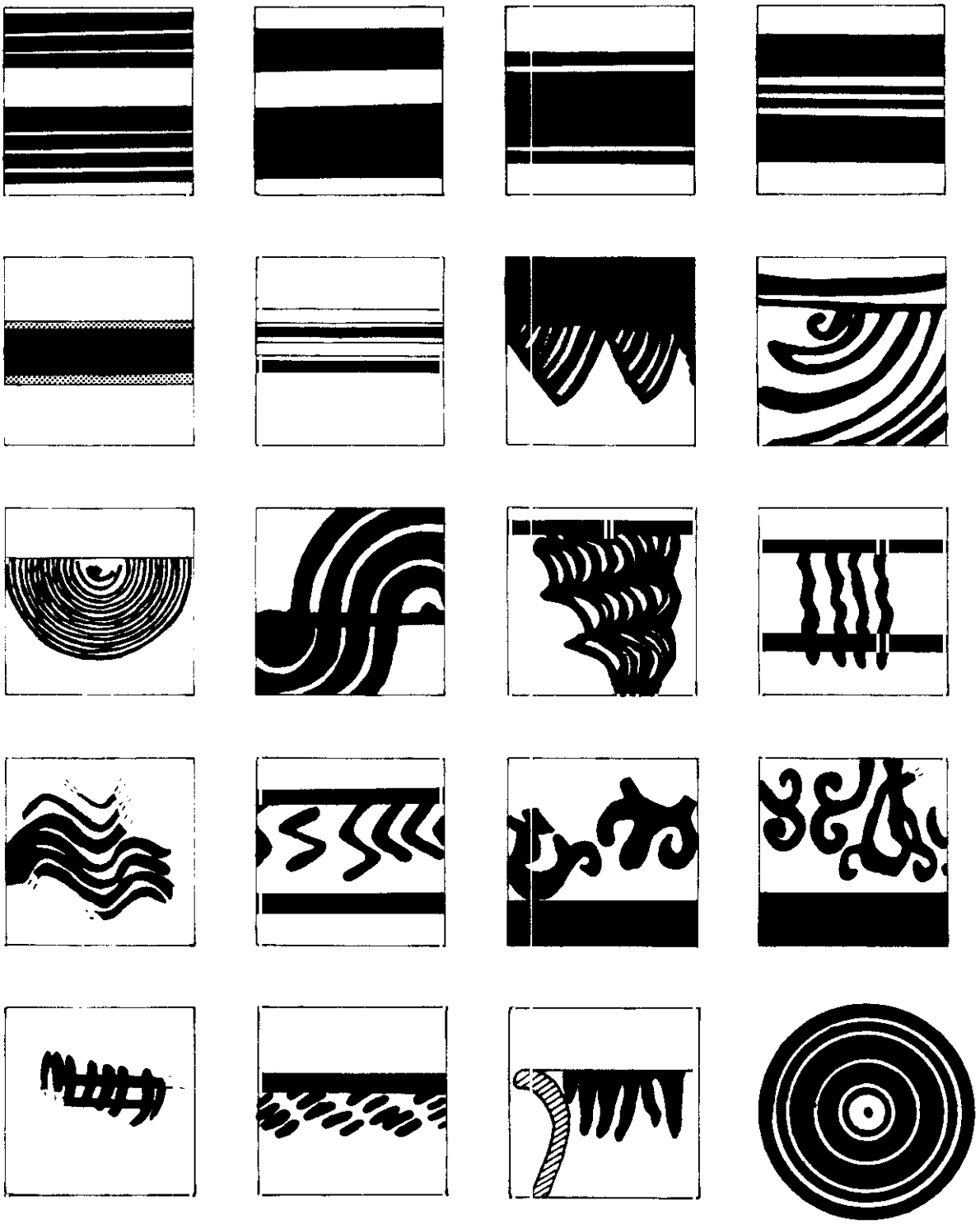


Fig. 89.- Motivos pintados sobre las cerámicas de los castros del Hierro Pleno.

al Guadalquivir. El jinete de la Coraja recuerda a las escenas de caza o lucha documentadas mayoritariamente en el Levante, asociada a temas de relleno vegetales que también han aparecido en ese yacimiento y cuyos mejores paralelos se encuentra en la zona de Liria (Maestro, 1989).

En algunos casos los motivos pintados se asocian a otras técnicas decorativas; se conocen 14 ejemplos de bandas pintadas enmarcando estampillados en Villasviejas del Tamuja (Hernández et elii, 1989), 9 en La Coraja (Cabello, 1991-2) y 1 en Santa Cruz de la Sierra; 2 a cordones con incisiones en Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: frag. núm. 102 y 454).

Los primeros ejemplos de cerámica ibérica pintada documentados en Extremadura aparecen en el yacimiento de Medellín. La secuencia estratigráfica de su Corte 2 muestra un fragmento decorado con semicírculos concéntricos datado en la primera mitad del siglo V a. C., momento a partir del cual será frecuente la aparición de líneas y bandas de color rojo vinoso (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 100). En los castros de la zona Oeste de la Alta Extremadura aparece la cerámica pintada en las necrópolis desde el siglo IV a. C. y es lógico suponer que también en los poblados en esa misma fecha. En cambio, ya en la necrópolis del Romazal, fechada en los siglos III-II a. C. (Hernández, 1991: 266), la decoración pintada es muy escasa y se reduce a alguna sencilla línea de color rojo.

2. El estampillado es la técnica que sigue en importancia a la pintura, aunque es difícil cuantificarla debido a que no poseemos la totalidad de los datos de las excavaciones. En Villasviejas del Tamuja se publicaron 55 fragmentos estampillados; si corresponden a la totalidad de los aparecidos durante la excavación representan tan sólo un 0,4 % del total de los fragmentos sacados a la luz, aplicándose únicamente sobre cerámicas a torno. En cambio, parece ser que en La Coraja aparecieron también sobre cerámicas a mano.

Según la forma que adopte el marco de la estampilla, y el motivo las podemos clasificar siguiendo los criterios de Ruiz y Nocete (1981) (Fig. 90):

-Cuadrangular: en eje (Castillejo de Villa del Rey); radial (La Coraja y Villasviejas del Tamuja); reticulado (Castillejo del Casar, Villasviejas del Tamuja y Almaraz); con dos mitades simétricas (2 variantes en Villasviejas del Tamuja).

-Rectangular: con triángulos (Villasviejas del Tamuja) o con líneas quebradas sin cerrar (2 variantes Villasviejas del Tamuja, 1 en La Coraja); con líneas paralelas en el interior (La Coraja).

-Circular: radial (Estena, 5 variantes en Villasviejas del Tamuja, 4 en La Coraja); concéntrico (La Dehesilla, Aguijón de Pantoja, Villasviejas del Tamuja); reticulado (Villasviejas del Tamuja).

-Triangular: reticulado (La Burra).

-Marco adaptado al dibujo de la estampilla: líneas curvas no cerradas (4 variantes en Villasviejas del Tamuja y 4 en La Coraja); líneas quebradas no cerradas (Villasviejas del Tamuja y 3 variantes en La Coraja); en aspas (2 variantes en Villasviejas del Tamuja); reticulado en forma de hoja (Jardinero).

El estudio comparado de estos motivos con los utilizados en otras áreas cercanas revela que la utilización de ciertos motivos es común a todo el occidente de la Meseta; entre ellos, las estampillas cuadrangulares o circulares con reticulado, que aparecen en los castros vettones (Las Cogotas, p. e. (Cabré, 1930: lám. 49.) y el área de Madrid (Fuente el Sanz del Jarama, Cerro de la Gavia) (Blasco y Alonso, 1983: 125), así como en los castros de la cuenca del Guadiana (Hornachuelos, Belén o Capote) (Berrocal, 1992: 100). En cambio, las grandes matrices de reticulado con enmarque triangular son más escasas y, aunque se conoce alguna en la zona de Madrid, los mejores paralelos están en la cuenca del Guadiana (Capote, Belén y Sur de Portugal).

Los motivos circulares radiales, entre los que se incluyen las rosetas y los soliformes, están representados en infinidad de variedades en todo el Suroeste (18 variantes en el Alto Guadalquivir, al menos 4 en el Sur de Portugal, 2 en la Tabla de las Cañas, 4 en Capote, 4 en Belén, el Turuñuelo) y en el área vettona (7 variedades en Las Cogotas, 9 en el Raso, 1 en Chamartín de la Sierra). En cambio no aparecen las estampillas circulares simples tan características del Suroeste (Berrocal, 1994a: 106).

A los reticulados y circulares radiales les siguen en importancia los motivos de líneas quebradas o curvas abiertas, dibujando desde simples motivos de "3" hasta abigarradas composiciones geométricas. Los más sencillos aparecen en cerámicas a mano, como hemos visto, pero la mayoría lo hacen sobre producciones a torno cuyos mejores paralelos están documentados en el área vettona (12 variantes en Las Cogotas, 3 en

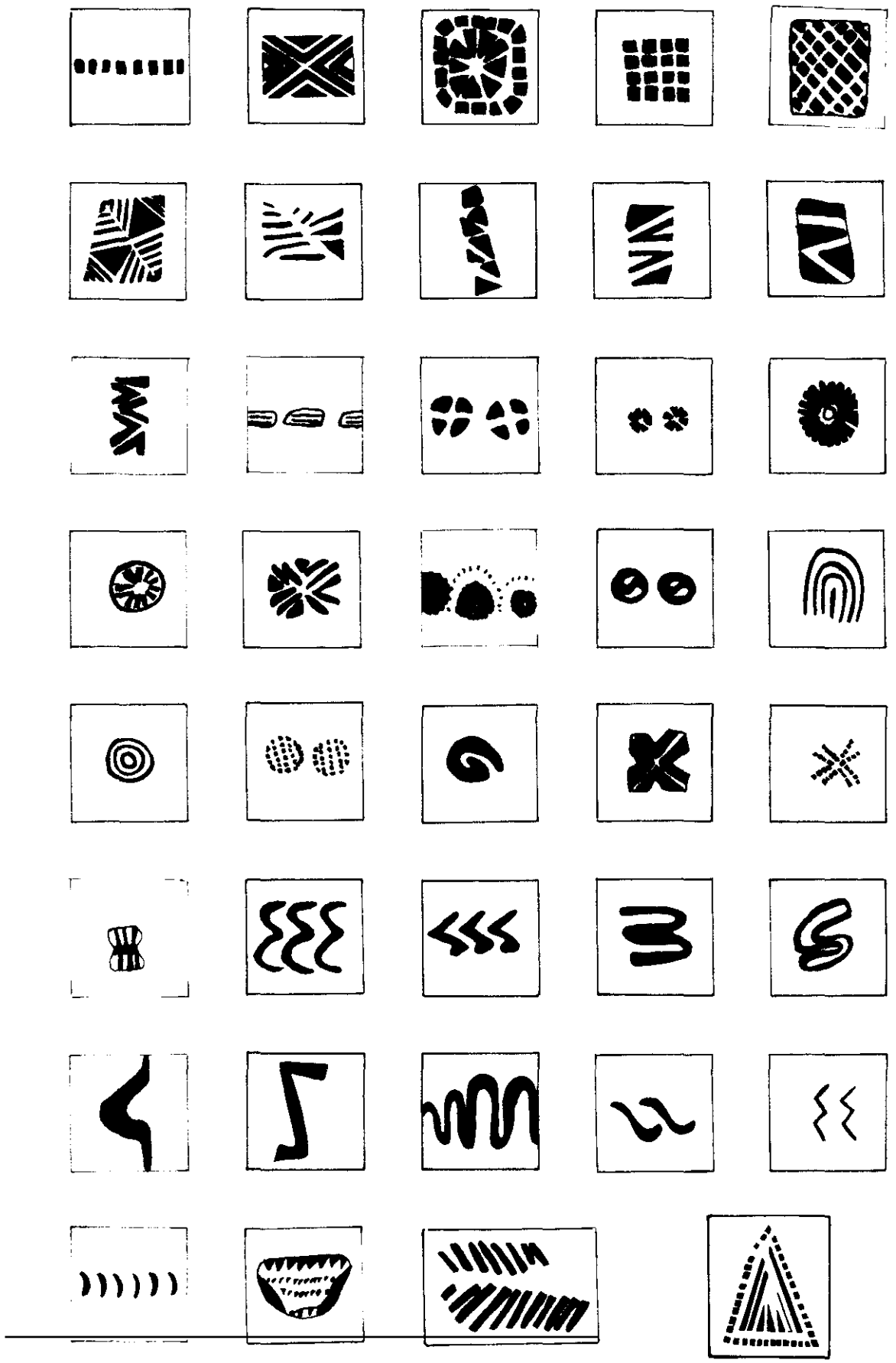


Fig. 90.- Principales motivos estampillados aplicados sobre las cerámicas del Hierro Pleno.

Chamartín, 3 en el Raso), 4 en poblados madrileños y más concretamente 14 variantes de este tema en Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985: 103); en cambio, a penas están presentes en los poblados de la cuenca del Guadiana.

Respecto a su origen hay que señalar que el ejemplo más antiguo de una matriz en forma de estampilla sobre el barro fresco se documenta en Extremadura en el nivel 8 del Corte 2 del poblado de Medellín, fechado en la primera mitad del siglo VI a. C. (Almagro-Gorbea y Martín, 1994: fig. 17), aunque esa utilización no sirvió de punto de arranque, pues no han aparecido ejemplos similares en el resto de la estratigrafía. La eclosión se produjo en fechas similares en todo el occidente de la Meseta, aunque en cada área cultural con personalidad propia: en el área vettona aparece asociada a la decoración a peine, que no aparece en la cuenca del Tajo, y en el Suroeste a las recargadas composiciones incisas que tampoco aparecen en el área cacereña. Es posible que en ello haya que ver un signo de identidad cultural y, de ser cierto, los estilos decorativos de la cerámica serían un buen instrumento para ayudarnos a definir grupos posiblemente con carácter étnico, como se ha podido llegar a realizar en otras zonas de Europa (Cunliffe, 1991: 533).

En el Norte de la Meseta su desarrollo fue mucho más limitado, de hecho se conocen tan sólo 4 ejemplos en los castros zamoranos (Esparza, 1986: 341). En Galicia los motivos estampillados se desarrollaron sólo en la cuenca del Miño y las Rías Bajas, apareciendo casi exclusivamente los motivos triangulares y los círculos concéntricos o radiados, aunque su mayor desarrollo es tardío, ya durante el siglo II a. C. (Castiñeira, 1990-91: 143 y 156). Están casi ausentes en los castros sorianos. Se conocen motivos de patos, SS y círculos concéntricos en Simancas (Palol y Watteenberg, 1974: 144) y los conocidos conjuntos de Numancia no son anteriores al siglo II-I a. C.). En cambio en la zona centro de la Meseta tuvieron un desarrollo paralelo al del área occidental; de hecho, la zona madrileña presenta motivos muy similares a los de la zona vettona de donde pudieron llegar esas influencias a través de los pasos de Somosierra (Blasco y Alonso, 1985: 101). En la Meseta Sur alcanzaron un gran auge aplicadas sobre cerámica ibérica pintada, surgiendo núcleos de gran personalidad como el de Valdepeñas (Almagro-Gorbea: 1976).

Es difícil precisar la cronología de esta decoración. Los ejemplos más antiguos

documentados en el área cacereña serían los que aparecen sobre cerámicas a mano de la necrópolis de la Coraja que se fechan, genéricamente, en el s. IV; sus motivos son las líneas angulares en forma de < y las rosetas de cuatro pétalos. En Villasviejas del Tamuja también aparecen estas rosetas sobre la cerámica a mano (Hernández et alii, 1989: 49), pero se carece de estratigrafía que precisen su antigüedad. También al siglo IV a. C. remiten las estampillas sobre cerámicas a mano de la Osera (Cabré et alii, 1930: Lám. 96) y en los poblados de Badajoz (Berrocal, 1992: 101). La proliferación del estampillado se produjo, sin embargo, en la cerámica a torno y su uso continuó hasta el final del mundo prerromano.

3. Otra técnica decorativa habitual es la de líneas acanaladas que se dibujan sobre el hombro de las vasijas. Suele aparecer formando ondulaciones enmarcadas en líneas rectas dibujando un motivo sogeado (Jardinero, La Burra, Villasviejas del Tamuja, Castillejo de Santiago del Campo, la Torrecilla, Alto del Moro y Castillejo de la Orden). Este sencillo motivo aparece idéntico en castros cercanos como el Raso (Fernández, 1986: 854), pero en cambio no es frecuente en los castros pacenses.

4. La decoración incisa presenta un repertorio de motivos similares a los que aparecen sobre las cerámicas a mano, generalmente realizada sobre recipientes de pastas groseras (cuyo aspecto se parece bastante al de las cerámicas a mano). El más frecuente es el de líneas oblícuas trazadas sobre un baquetón, a veces aspas o ungulaciones; en menor medida aparecen las espinas de pescado o sencillas combinaciones de líneas oblícuas contrapuestas dibujando espigas.

- La Cerámica gris.

Este grupo es heredero de la importante producción de cerámicas grises orientalizantes que durante la fase anterior se estuvieron fabricando fundamentalmente en los poblados de la cuenca del Guadiana y, en menor medida, en algunos de los enclaves de carácter orientalizante de la Alta Extremadura. Estas cerámicas deben fecharse durante el siglo IV y principios del III a. C., siendo paulatinamente sustituidas por vasijas de tonos obscuros, pero que nada tienen que ver con la producción gris.

Los tipos documentados hasta el momento son similares a los fabricados en pastas comunes o anaranjadas:

- Urnas de perfil en S, con o sin pie alto (Tipo 15).
- Platos de casquete esférico, borde redondeado y pie anular (Tipo 33).

Decoraciones:

Líneas de pintura roja aplicada sobre la cara externa de los platos. Esta técnica se documenta en Medellín en los niveles 4 y 3, datados a partir de la segunda mitad del siglo V a. C., fruto de la generalización del uso de la pintura que, en principio, se aplicó sólo sobre cerámicas oxidantes (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994: 109). Representa un buen ejemplo de la asimilación de nuevas influencias sobre las tradiciones orientalizantes, tendencia que caracteriza al mundo de los castros.

- REPRESENTACIONES EN PIEDRA.

Este apartado se dedica al análisis de una serie de representaciones zoomorfas realizadas en piedra, tradicionalmente conocidas con el nombre de "verracos". Consideramos de gran interés revisar el catálogo de esculturas aparecidas en la Alta Extremadura por dos motivos fundamentales: primero, porque es imprescindible contrastar los datos conocidos y segundo porque contribuyen de forma notoria a reforzar la visión de zona bisagra entre la Meseta y Andalucía que señalaban el resto de sus manifestaciones culturales.

Contamos para ello con un interesante trabajo publicado por González, Alvarado y Barroso (1988) en el que se recogen todas las referencias a esculturas aparecidas en la provincia de Cáceres, en las que se incluyen: Ahigal, Alcántara, Arroyo de la Luz, Baños de Montemayor, Botija (5 ejemplares), Cáceres (2 ejemplares), Cáparra, Carrascalejo de la Jara, Coria, Jaraiz de la Vera, Madrigalejo (2 ejemplares), Malpartida de Plasencia, Montehermoso, Pasarón de la Vera, Plasencia, Rebollar, Segura de Toro (2 ejemplares), Talavera la Vieja (7 ejemplares), Torrequemada, Trujillo, Valdelacasa y Villar del Pedroso (5 ejemplares) (Idem: 20 ss.).

A pesar de su exhaustivo estudio, consideramos que de algunas no hay indicios suficientes de haber existido como para incluirlas. Entre ellas el teórico verraco de la finca de la Bicha, en Alcántara, puesto que a pesar de nuestras indagaciones, nadie

vinculado a esa finca pudo recordar la existencia del verraco. Por otro lado, a 200 m. de la puerta principal del castro del Castillejo de la Orden se ha localizado una gran piedra sin tallar de granito que parecía destinado a esculpir un verraco, pero posteriores comprobaciones han puesto de manifiesto que es un bloque sin desbastar, cuya presencia no es extraña porque aparece el granito utilizado tanto en la muralla como en otro tipo de objetos, por ejemplo los molinos, etc. Tampoco hay ninguna referencia contundente al teórico verraco de Arroyo de la Luz, a pesar de que tradicionalmente se considere que su antiguo nombre (Arroyo del Puerco) estaría vinculado con una escultura prerromana. Cáceres tampoco hay que considerarlo un punto de localización de zoomorfos, debido a que se desconoce de donde vienen los que actualmente se encuentran en ella. Por último, tanto el de Torrequemada como el de Trujillo parace claro que hay que vincularlos con el núcleo de Botija.

Estas matizaciones creemos que son importantes porque con ellas se limitan las zonas de aparición de esculturas zoomorfas a las áreas en torno al valle del Jerte y al extremo oriental de la cuenca del Tajo, aunque existan núcleos aislados como el de Botija o Madrigalejo.

La aparición de escultura zoomorfa en esas zonas se explica por la vecindad con las tierras salmantina y abulense, donde se encuentra el principal núcleo de las representaciones zoomorfas. De hecho, el valle del Jerte constituye un pasillo natural de comunicación entre Extremadura y la Meseta, salvando la barrera de Gredos a través del puerto de Tornavacas; la vía natural de comunicación que constituye este valle llega desde el Norte de la provincia de Cáceres hasta el corazón de Avila y es uno de los pocos pasos de comunicación entre ellas. Por otro lado, existe la posibilidad de acceder a Extremadura bordeando la Sierra de Gredos, a través de las actuales tierras del Oeste de las provincias de Madrid y Toledo. A lo largo de estas dos zonas de comunicación es donde precisamente se concentran las esculturas de verracos.

En este sentido no debemos olvidar las recientes interpretaciones de estas esculturas como hitos demarcadores de zonas de pastos propuesta por Alvarez-Sanchís para el valle del Amblés (1990) y las zonas de pastos críticos que alcanzan hasta la cuenca media del Tajo (1993b), coincidiendo la desaparición de los verracos con una línea imaginaria de frontera entre vettones y carpetanos (González Conde, 1987: 89;

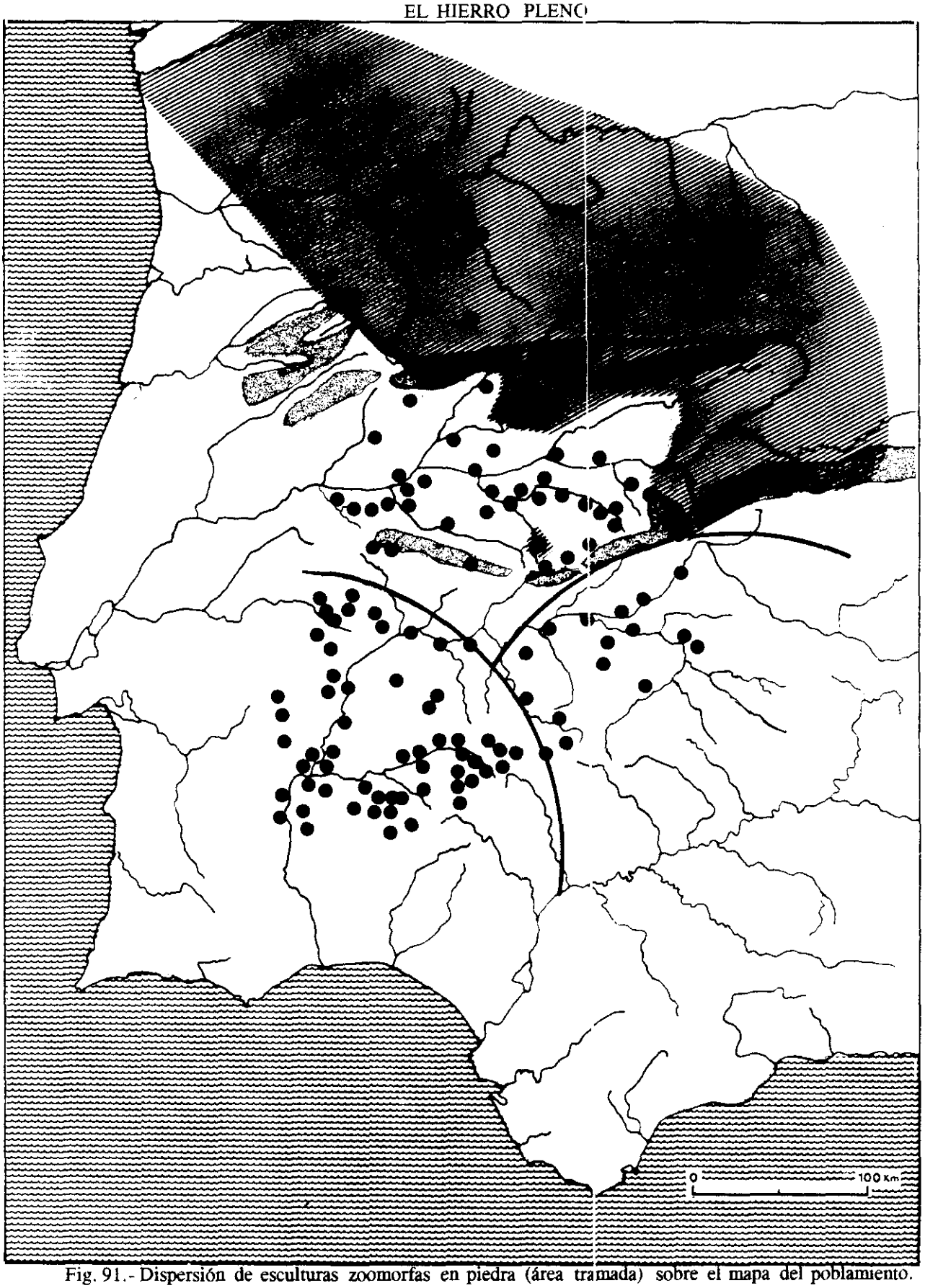


Fig. 91.- Dispersión de esculturas zoomorfas en piedra (área tramada) sobre el mapa del poblamiento.

Alvarez-Sanchís, 1993b: 165). Esta misma argumentación puede ser válida para explicar la presencia/ausencia de verracos en la provincia de Cáceres, pues también aparecen en las zonas que comunican la región altoextremeña con las áreas colindante y desaparecen en el resto de la provincia, a pesar de que pueda haberse asimilado la idea de forma puntual, lo mismo que se asumieron otro tipo de manifestaciones culturales.

La superposición del mapa de dispersión de los verracos sobre el del poblamiento refleja cómo el núcleo central se localiza en las provincias de Salamanca y Avila, caracterizado por tener un patrón de asentamiento en el que destacan los grandes núcleos urbanos, y desaparecen en el área de los castros extremeños, con un patrón de poblamiento diferente (Fig. 91). Además, los últimos estudios realizados en esta línea de trabajo por Alvarez-Sanchís (e. p.) muestran claramente cómo las zonas de distribución de la escultura zoomorfa coincide con la de otro tipo de manifestaciones que se consideran características del pueblo vettón, como la cerámica a peine, delimitando entre ellas un solar específico que abarca las provincia de Salamanca, Avila, Zamora y parte de Toledo. Las esculturas de la provincia de Cáceres se encuentran en el reborde de esa zona de distribución, ocupando zonas de contacto entre ellas. Ello se traduce en que las esculturas tienen rasgos distintos a los del núcleo salmantino-abulense, claramente uniforme (Alvarez-Sanchís, 1993b: 164). En cambio, los verracos de Cáceres presenten rasgos que son más propios de la escultura meridional, profundamente influida por la ibérica (González et alii, 1988: 29), aspecto que ya habían recogido otros autores (Hernández, 1982; Fernández Oxea, 1950: 71) debido a que efectivamente existen unas marcadas diferencias estilísticas entre ellas. Prueba de ello es que por lo general son representaciones menos hieráticas, en ocasiones dotadas de movimiento en sus cuartos delanteros; los rasgos anatómicos se representan de forma más naturalista que en los verracos clásicos de la Meseta, insistiendo en el detalle de las orejas, los ojos o las fauces. Aparece incluso la figura del león, que no se ha documentado en la Meseta, siendo en cambio la especie más representada en la escultura ibérica (Chapa, 1988: 106). Por tanto, volvemos a destacar que en la zona altoextremeña se conjugan rasgos propios de las zonas meseteña y andaluza, surgiendo unas manifestaciones culturales que rezuman sabor local a pesar de responder a modelos foráneos, en lo que es una clara manifestación de área de delimitación entre ámbitos culturales muy diferentes.

V.6.- NUMISMATICA.

El conocimiento del numerario que circuló por los castros está muy sesgado debido no sólo a que hasta nosotros únicamente ha llegado una mínima parte de la masa monetal en uso, que García-Bellido llama moneda perdida (1995: 271), sino a que del escaso porcentaje conservado se ha extraído una parte por métodos que nada tienen que ver con la Arqueología [1]. De ellas, algunas se han conservado en manos de colecciones particulares que han tenido a bien cederlas para su estudio, pero otro importante porcentaje nos es desconocido. A ello hay que añadir las eventualidades que ha marcado la investigación, pues hasta ahora se ha concedido más atención al numerario hispánico que a las monedas acuñadas en Roma.

La mayor parte de las monedas conocidas hasta el momento proceden de un único yacimiento, Villasviejas del Tamuja, a las que hay que añadir los escasos ejemplares aparecidos en los castros de Castillejo de la Orden, Sansueña, Castillejo de Santiago del Campo, Camocho, Alconétar, el Pardal, el Berrocalillo, Sta. Ana de Monroy, Morros de la Novillada y Castillejo de Villa del Rey.

La monedas con cronología más antigua que conocemos son las dracmas ampuritanas del Museo de Cáceres aparecidas en el Camocho y Villasviejas del Tamuja, más otra de imitación de Rhodes también de este último yacimiento (Martín Bravo, 1995). Tres de ellas son monedas partidas cuidadosamente por la mitad, a las que hay que añadir la referencia a una cuarta, perforada, de Alconétar en una colección particular que no hemos podido estudiar. La del Camocho corresponde a un tipo de la serie séptima u octava de Guadán (1968), de llamados Pegaso-cabiro, o en el tipo II de Amorós (1933), fechada a finales del siglo III-principios del II a. C.; pesa 2,39 gr. y su composición es 97,16% Ag. y 2,84% Cu. La dracma ampuritana de Villasviejas del Tamuja es similar a las de la clase VI, tipo VII de Guadán, fechadas entre el 250-218 a. C., aunque son raros los ejemplares de esas series. Lleva en el anverso una cabeza femenina a la derecha de aspecto bárbaro, con dos delfines delanteros cruzándose a la

[1] No hay que perder de vista el hecho de que del conjunto de monedas que se conocen en la actualidad, de las cuales unas 500 monedas ibéricas están depositadas en el Museo de Cáceres (Blázquez, 1992: 128) tan sólo 3 proceden de excavaciones en los castros.

Según Sánchez Abal y Esteban (1987: 1021) se conocen 103 monedas de cecas andaluzas procedentes de Villasviejas del Tamuja, de las cuales 57 proceden de **Castulo**, 21 de **Corduba**, 11 de **Obulco**, 4 de **Malaka**, 3 de **Carbula**, 3 de **Carteia**, 2 de **Urso**, 1 de **Ilipense** y 1 de **Iliberri**. Hay que añadir 1 as de **Carmo** y otro de **Castulo** aparecidos en el Castillejo de la Orden (López Melero et alii, 1984: apéndice IV).

En un reciente estudio, Blázquez Cerrato publica otro importante conjunto de 103 monedas procedentes de Villasviejas del Tamuja (1995a: 247) en que se incluyen monedas de Roma junto a las monedas hispanas, lo cual permite a la autora dar fechas a los hallazgos.

Para completar la visión general de la circulación monetaria falta por conocer la moneda de Roma de los castros extremeños, que al estar bien fechada nos permitiría precisar no sólo en qué momentos llegó el numerario, sino cuándo dejó de aparecer, es decir, cuándo se abandonaron los castros. Sin embargo, es la peor conocida. La mejor información nos la proporciona Blázquez Cerrato en su trabajo sobre hallazgos procedentes de Villasviejas (1995a), donde analiza conjuntamente la moneda romana con la hispana; según esta autora, en Villasviejas del Tamuja la moneda romana representa tan sólo un 3,58 % del total del numerario del siglo II-principios I a. C. recogido en ese yacimiento (1995a: 249). El único hallazgo de moneda de Roma durante la excavación fue el semis del 211 a. C. que citamos más arriba. Hay que añadir 10 monedas más, entre denarios y quinarios, procedentes de allí que Blázquez Cerrato fecha entre el 122 y 75 a. C. (1995a: 247), más la referencia de Sánchez Abal y García (1988: 158) a "denarios que no sobrepasan el 40 a. C.".

En el Castillejo de Santiago del Campo se localizó en el curso de las excavaciones un denario de L. CAESIUS (Esteban y Salas, 1988: 130), que se fecha hacia el 103 a. C. (Calico, 1991: 63). En el Castillejo de la Orden han aparecido 4 denarios: uno con cabeza de Roma fechado entre el 115-116 a. C.; otro de M. HERENNI fechado entre el 108 al 101 a. C.; otro de C. PISO L. F. FRUG., fechado en torno al año 67 a. C. y otro de CAESAR que data del año 45 a. C., a los que hay que añadir 1 as de AVGVSTA EMERITA, emitido en época de Tiberio, es decir, a partir del 14 d. C. (López Melero et alii, 1984: apéndice IV).

A estos datos recogidos en la bibliografía tan sólo podemos añadir 4 monedas

procedentes de castros de los alrededores de Alcántara, zona que hemos tenido ocasión de conocer con mayor detalle, entrevistando a numerosos conocedores de los yacimientos, lo cual nos ha permitido localizar estas monedas. Dos proceden del Castillejo de Villa del Rey, uno tiene en el anverso cabeza de Roma a derecha y en el reverso jinete a izquierda con una cabeza de galo en el campo y debajo la leyenda: Q. M. SERGI, en exergo, SILVS; su cronología se sitúa hacia el 108 a. C. (Calico, 1991) El otro también tiene en el anverso cabeza de Roma a derecha y detrás leyenda ROMA y en el reverso escudo macedónico con la leyenda M. MELVS Q.F. dentro de una corona de laurel; su cronología se sitúa entre el 125-120 a. C. (Calico, 1991).

Otros dos denarios proceden de Los Morros de la Novillada. El primero de ellos presenta en el anverso una cabeza de Baco joven y en el reverso un pegaso a la derecha, debajo del cual aparece la leyenda Q. TITI dentro de una tablilla. Según Calico, estas monedas datan del 88 a. C. (1991: 336). El otro es un *serrati* que lleva en el anverso cabeza de Roma con la leyenda ROMA y en el reverso Hércules estrangulando al león de Nemea, debajo la maza y a la derecha la leyenda C. POBLICI. Q. F., datado por Calico hacia el 78-77 a. C. (1991: 291).

Además de estos hallazgos, se conocen dos ocultaciones de monedas de plata: una ha sido encontrada en Valdesalor, con 160 denarios romanos que se fechan entre el 82-81 a. C. (Hildebrant, 1979: 125 ss.); la otra procede de Monroy, con 24 denarios romanos datados en el año 79 a. C. (Hildebrant, 1979: 124).

La presencia de este numerario no se debe en exclusiva a fenómenos de intercambio o comercio, puesto que la moneda utilizada en la región es insuficiente para cubrir las necesidades de una economía monetal. Como bien indicó García-Bellido, la aparición de importantes masas monetales es un hecho vinculado muy directamente a la existencia de "horizontes de inestabilidad" (1995: 283), debido a que gran parte de este numerario estaba destinado al pago de los ejércitos. Por ello son interesantes los datos cronológicos que aporta la moneda de Roma para detectar esos horizontes.

Hemos indicado que el numerario romano aparece por primera vez en estas tierras a fines del siglo III, época en la que tuvieron lugar los enfrentamientos de la II Guerra Púnica, por lo que su testimonio muestra que esta región debió servir de zona de reclutamiento de mercenarios. Con posterioridad a esos enfrentamientos, desciende

la cantidad de masa monetal documentada en los castros, que vuelve a aumentar de forma notoria en dos ocasiones durante los siguientes siglos: por un lado hacia los años 120-100 y, por otro, en la década de los 70. En el primer caso, se puede relacionar con la inestabilidad a la que hacen alusión los escritores greco-romanos durante las dos últimas décadas del siglo II a. C., que nos informan sobre las reiteradas incursiones de las tropas de Roma a estas tierras para pacificarla entre el 114 y el 99 (Francisco, 1989: 72), cuyo mejor testimonio es la *deditio* del Castillejo de la Orden del 104 a. C.

El otro momento en el que se acumuló una importante cantidad de monedas corresponde cronológicamente con el desarrollo de las llamadas guerras sertorianas (*vid. infra*), aunque Amelia (1990: 28) señala que el comportamiento del numerario romano en Lusitania de esa fecha es diferente al de otras regiones, llegando más tardíamente. En cambio, a esa época cabe atribuir la llegada masiva de gran parte del numerario celtibérico recogido en los castros extremeños. Lo que es evidente es que se aprecia en la alta Extremadura una rarificación de la moneda de Roma respecto a regiones más al Sur, tendencia que en general se aprecia en toda la Península a medida que se asciende hacia el Norte (García-Bellido, 1995: 282).

Coincidiendo con el horizonte de inestabilidad de las guerras sertorianas habría que situar las emisiones de la problemática ceca de TAMUSIA, cuyas monedas se concentran fundamentalmente en la provincia de Cáceres (Fig. 93, 2), y de la que se ha encontrado más de 100 en el yacimiento de Villasviejas del Tamuja (Sánchez Abal y García, 1988; Blázquez Cerrato, 1995a: 247). Estas emisiones responden a un tipo monetal idéntico a las últimas series de Sekaisa, lo cual llevó a algunos investigadores a situar esta ceca en el valle del Ebro (Villaronga, 1990). A pesar de ello, la abrumadora concentración de monedas en Villasviejas y su entorno frente a la ausencia en el resto de la Península junto a la similitud del nombre Tamusia-Tamuja ha inclinado a la mayoría de los especialistas en la materia a aceptar la ubicación de la ceca en Extremadura, primero propuesta por Sánchez Abal y García (1987) y más tarde por Blázquez Cerrato (1995a), García-Bellido (1995) y de Hoz (1995a). García y Bellido solventaba el problema de la problemática lectura de la leyenda monetal afirmando que la correcta es ta.m.u.s.i.a, correspondiendo a una grafía de la zona occidental de la Celtiberia donde la letra N corresponde a al sonido "m" (1995: 268), quedando clara la

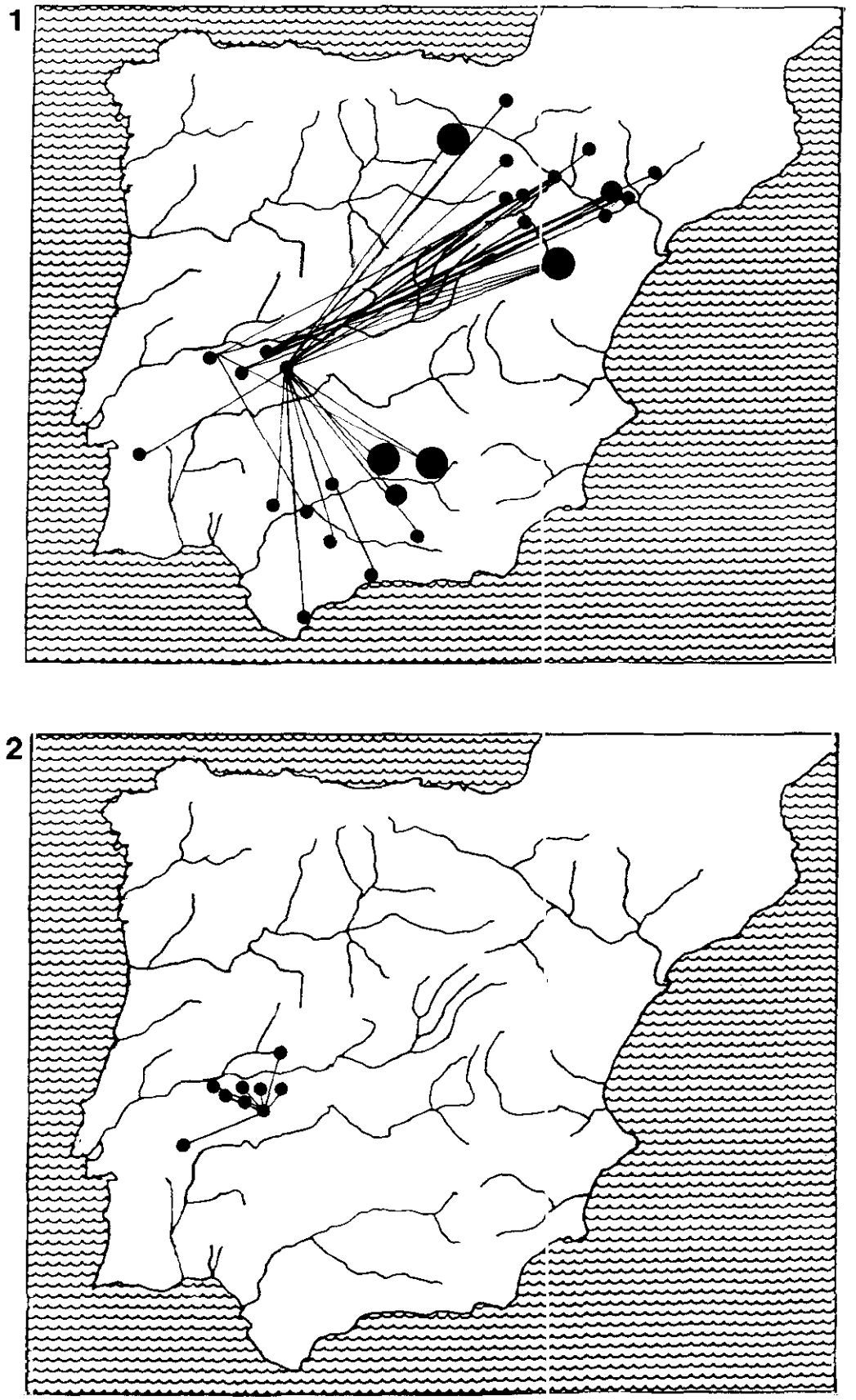


Fig. 93.- 1. Procedencia de las monedas hispanas aparecidas en los castros de la Alta Extremadura.

2. Distribución de la moneda de Tamusia (datos de Blázquez, 1995).

relación Tamusia-Tamusiens (en latín)-Tamuja. En esa línea insiste el último trabajo de Villar sobre el hidrónimo de "Tamusia", cuya área de dispersión no coincide con la Celtiberia, inclinándose también a identicar Tamusia con Tamuja (Villar, 1995: 269).

Lo cierto es que todas las monedas parecen corresponder a una única serie que se emitiría en la primera mitad del siglo I a. C., más concretamente a partir del año 89 pues se enmarcan dentro del sistema semiuncial (Sánchez Abal y García, 1986: 158; Blázquez Cerrato, 1995a: 253). Puesto que además las monedas romanas indican una especial concentración de numerario en la década de los 70 a. C. y las fuentes histórico-literarias nos relatan en esas fechas los acontecimientos de las guerras contra Sertorio, en las que los lusitanos se pusieron bajo sus órdenes (Plutarco, *Sert.*, 10), parece que fueron los gastos militares de esa contienda los que empujaron a emitir moneda. No se puede desvincular este hecho del trasfondo histórico y cultural de fuertes relaciones que existían entre Extremadura y la zona celtibérica a partir del siglo III a. C., en el que no descartamos la existencia de desplazamientos puntuales de gentes desde éste área hacia los castros extremeños, todo lo cual debió favorecer las alianzas en momentos de guerra generalizada y permitió la existencia de apoyos concretos entre ciudades que mantuvieran algún tipo de contacto más directo, como pudo ser el caso de Sekaisa y Villasviejas. Las "teseras de hospitalidad" a las que se hace alusión en la bibliografía especializada (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992, fig. 10; García-Bellido, 1995: 267), alguna aún inédita, podrán informarnos quizás con mayor precisión sobre esas alianzas.

V.7.- ECONOMIA Y SOCIEDAD.

- Los cambios en la explotación del campo.

Aunque para esta época existen algunas informaciones escritas sobre los pueblos de la Península, son testimonios que exageran el carácter bárbaro de los pueblos del interior y silencian todo lo referido a la explotación del campo y las actividades diarias de subsistencia. La única información disponible nos la proporcionan algunos instrumentos de trabajo aparecidos en el curso de las excavaciones de los poblados, lo cual ya es una novedad importante respecto a épocas anteriores porque significa que se empieza a emplear utillaje metálico en las faenas del campo.

Conocemos varios ejemplares de hoces de hierro, de distintos tamaños y formas. Las más pequeñas estaban unidas al mango mediante clavos remachados y las de mayor tamaño se enastaban mediante un enmangue tubular en un hastil, probablemente largo. Ello indica una especialización del instrumental que revela cierto desarrollo de las actividades de recogida y siega de especies vegetales; además, cuando se han localizado estos instrumentos no han aparecido aislados sino en conjuntos depositados cuidadosamente en una parte de las viviendas, donde se habían colocado varias hoces dispuestas de mayor a menor tamaño en el suelo junto a otros instrumentos como la horquilla (Bueno et alii, 1988: 95; Hernández et alii, 1989: 106). Ello nos muestra que ciertas familias disponen de un equipo completo de aperos de labranza, donde están ausentes los elementos relacionados con la siembra.

En cambio, pudieron estar relacionados con tal fin una cuña de hierro y una posible "reja" de forma triangular que se sujetaría aun mango de madera con el que se la empujaría para abrir surcos (Fig. 85, 3) aparecidas en Villasviejas del Tamuja, (Hernández et alii, 1989: 108). Estos sencillos aperos tienen enormes ventajas respecto a los útiles de madera que se habrían utilizado hasta entonces, porque al ser más resistentes permiten abrir la tierra con mayor facilidad. Sin embargo, no consiguen removerla ni airearla, como haría un verdadero arado (Duby, 1985: 17), por lo que no favorecen su regeneración.

El nuevo utillaje debió permitir la extensión de las labores agrícolas y el aumento del rendimiento; ese proceso de lentas mejorías ya vimos que se inició a raíz del contacto

con los núcleos orientalizantes durante el Hierro Inicial, favorecido por la introducción de nuevos cultivos y técnicas agrarias llegadas del Mediterráneo (Almagro-Gorbea, e.p.), pero su eco en las tierras de la cuenca del Tajo debió llegar muy mitigado y, en principio, no debió modificar la forma tradicional de explotar el campo. En cambio, la incorporación del hierro al instrumental agrícola de roturación y siega, con la creación de unos útiles especializados, sí debió repercutir favorablemente en el desarrollo de las tareas agrícolas. En cualquier caso no hay que perder de vista que los cultivos continuarían limitados a pequeñas zonas en las cercanías de los poblados, donde ya hemos dicho que los frágiles suelos de las zonas de ribero no favorecían el desarrollo de la agricultura. Por ello hay que imaginar que la dieta alimenticia seguiría incluyendo a los frutos de recolección que proporcionaba el entorno, fundamentalmente la bellota, que posiblemente se consumió transformada en harina como nos dice Estrabón (III, 3,7), pudiendo constituir el elemento básico de la alimentación. Por tanto, del bosque de encinas que debió rodear a la mayoría de los poblados, más tupido sin duda que en la actualidad, se obtendrían los alimentos que se consumirían a diario. A pesar de ello, la cebada se conoce en estas tierras desde el Bronce Final (*vid. supra*) por lo que hay que imaginar que sería una de las especies cultivadas.

Aunque no se han documentado semillas durante las excavaciones, la sustitución de los molinos barquiformes por los circulares es un testimonio indirecto de esas mejoras en la producción de especies panificable, aunque ciertamente también se pudieron moler las bellotas en ellos. Al menos los nuevos molinos suponen un avance relacionado con la transformación de las especies vegetales y la elaboración de alimentos. No se conoce en qué momento se produjo tal cambio, pero con seguridad fue durante el Hierro Pleno porque durante el Hierro Inicial tan sólo se utilizaron los molinos barquiformes. La mayoría de los molinos circulares que conocemos proceden de hallazgos de superficie, salvo la parte superior de uno que se halló en un ángulo del departamento 4 de Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 86) por lo que se desconoce su forma completa, aunque hay que suponer que al estar provistos de un perforación central para rotar sobre un eje irían colocados sobre una plataforma dura, quizás también de piedra, sobre la que se colocarían los productos para moler, sin poder determinar cómo se ejercía el impulso de rotación.

El moderado crecimiento de las actividades agrícolas se complementaría con la cría de ganados, que debió ser una de las principales fuentes de riqueza de una sociedad eminentemente pastoril. Estrabón insiste en que los lusitanos de las montañas comían carne de cabra (III 3-7) y Varrón (*De Rus.* 2,4,11) en que en esta región se criaban una clase especial de cerdos. Los datos arqueológicos avalan y enriquecen esa información. Los análisis de las muestras de fauna recogidas en los castros excavados (Castaños, 1991) indican un predominio absoluto de las especies ovicaprinas sobre el resto de animales consumidos, representando el 41.3 % del total en Villasviejas del Tamuja (Bustos et alii, 1989: 149), el 41.5 % en el Castillejo de la Orden (Castaños, 1988: 110) y la especie mayoritaria en La Coraja (Esteban, 1993: 66). Los bóvidos les siguen en importancia, siendo un 39.1 en el Castillejo de la Orden y un 22,7 % en Villasviejas del Tamuja. Los cerdos representan un 10, 6 % en el Castillejo y un 20,69 en Villasviejas. En este último yacimiento también está representada la gallina, aunque representa tan sólo un 1,8 % del total de la muestra recogida.

Ya precisamos en otro momento que estas muestras pueden ser el reflejo de los hábitos alimenticios más que de la composición real de la cabaña; en ello puede intervenir el hecho fundamental de que no se sacrifiquen las especies grandes (bóvidos o caballos) por el alto coste que tiene uno de esos animales, que sólo se consumiría en caso de accidente o de ejemplares muy viejos que ya sean improductivos [2]. A pesar de estas reservas, hay que señalar que las muestras indican una especialización en favor de la ganadería ovicaprina, especie que mejor se adapta a las abruptas condiciones del terreno, porque tienen mayor agilidad que el bovino y aprovecha mejor los pastos de la zonas de matorral. Estas especies son las únicas que aprovechan las vainas de las retamas (*Retama spherocarpa*) lo cual permite mantener a los rebaños en el verano aún cuando escasean los pastos [3]. Los bóvidos y los cerdos les siguen en importancia, variando su porcentaje de un yacimiento a otro en función, sin duda, de la muestra recogida. Los bóvidos debieron aprovecharse para otros usos secundarios, como la obtención de leche

[2] Al menos esa es la forma de actuar entre las familias ganaderas que viven aún hoy en zonas rurales, que hemos podido documentar durante la realización del trabajo de campo.

[3] Información proporcionada por los ganaderos entrevistados en aquella zona.

o quizás como animal de tiro, antes de ser sacrificados, como indica la avanzada edad de algún ejemplar del Castillejo de la Orden (Castaños, 1988: 111); poco se puede decir sobre la teórica disminución del tamaño de estas reses desde el Período Orientalziante, porque los restos de fauna recuperados en los castros no permiten pronunciarse al respecto a los especialistas en este tema (Castaños, 1991: 48). Los cerdos, especie que se adapta muy bien a los bosques de encinas, se debió criar con especial facilidad en el entorno de los castros, a pesar de lo cual en todos los yacimientos analizados de esta época ocupa siempre la tercera posición en volumen de restos, detrás de ovicápridos y bóvidos (Castaños, 1991: 54).

Por último, hay que referirse a los caballos como animal de prestigio sin duda vinculado a la clase de los guerreros que pueden adquirirlos y mantenerlos. Están presentes en la alta Extremadura desde los principios del Hierro Inical, aunque su presencia sólo se intuye por ciertos elementos de arreos documentados fuera de contexto. En los castros se ha documentado la presencia de caballos y asnos en las muestras de fauna recogidas en los poblados (Castaños, 1991: 43) y, a partir del siglo III a. C., en los arreos de caballos depositados en las tumbas (Hernández, 1991: 262).

Los animales salvajes complementaron la dieta alimenticia, variando las especies cazadas y su porcentaje de unos a otros: el ciervo supone el 6.7 % de los animales consumidos en el Castillejo y tan sólo un 1.62 en Villasviejas; en cambio, el conejo y la liebre suponían un 8.82 en Villasviejas frente al 0.5 % del Castillejo. Ello evidencia una adecuación a los recursos que brindaba el entorno, aprovechando del bosque no sólo sus frutos sino también sus animales, aunque se mantuvo la tendencia a la disminución de la caza iniciada en la fase anterior.

Este sistema de explotar el campo, con pequeñas zonas reservadas para la agricultura y amplias extensiones de tierra donde pastarían los ganados, se mantuvo arraigado en estas tierras durante siglos, incluso algunos de sus rasgos se han conservado hasta tiempos recientes. Por ello, ya dijimos que no sería extraño que también durante el Hierro Pleno las amplias extensiones de tierras que quedan libres lejos de los poblados estables fueran explotadas por familias de pastores que vivieran en chozas parecidas a las "majadas" que han llegado hasta nuestros días. En este sistema tradicional de aprovechar el campo, los pastores no residen en el núcleo urbano sino que se desplazan

con sus ganados aprovechando los pastizales, moviéndose de forma estacional, acudiendo al pueblo periódicamente a intercambiar productos.

Para comprobar qué huella arqueológica dejaba esta forma de explotación del suelo, hicimos una prueba prospectando sobre zonas de antiguos emplazamientos de "majadas" y ya hemos indicado (*vid. supra* Cap. I) que no existe prácticamente testimonio de ellas. Por tanto, es muy difícil que podamos conocer cómo se aprovecharon las tierras que se encuentran alejadas de los poblados, una vez comprobado que los pastores que tradicionalmente se han encargado de explotarlas hasta la actualidad no dejan evidencias que se puedan detectar en el registro arqueológico. En ese sentido, Gómez Pantoja señala que el ejercicio del pastoreo y la cultura que se asocia a ellos son casi "invisibles" (1993: 452).

- La sociedad.

Las escasas referencias recogidas por los escritores grecorromanos sobre esta época, aportan alguna luz sobre estos desplazamientos de bandas de guerreros fuera de su territorio, aunque al ser referencias muy tardías en su mayoría, nos informan de un período en el que las estructuras indígenas se han visto alteradas ya por la presencia de Roma. En cualquier caso, para conocer a la sociedad del Hierro Pleno son interesantes una serie de citas a los pueblos que habitan al Norte del Tajo o, en otras ocasiones, a los lusitanos, en un sentido muy general. De sus aventuradas incursiones nos ha dejado constancia Diodoro (V,34,6) quien nos dice:

> "Hay una costumbre muy propia de los iberos, más sobre todo de los lusitanos, y es que cuando alcanzan la edad adulta, aquellos que se encuentran más faltos de recursos, pero destacan por el vigor de sus cuerpos y su denuedo, proveyéndose de valor y de armas van a reunirse en las asperezas de los montes; allí forman bandas considerables que recorren Iberia, acumulando riquezas con el robo y ello lo hacen con el más completo desprecio de todo".

Algunas de estas bandas pudieron instalarse definitivamente en este territorio, contribuyendo a crear relaciones con la Meseta Oriental que se mantuvieron durante más de un siglo. En algún caso pudieron conseguir aniquilar a la élite local e imponerse en alguna comunidad, acaparando el poder sobre las tierras y sus habitantes, dando lugar a un movimiento de pequeños grupos cuya evidencia en el registro arqueológico ya

hemos visto que pudieran ser las tumbas de guerrero con armas ajenas a una región y claramente vinculadas a territorios lejanos. Pero en la mayoría de los casos, ese ejercicio debió limitarse a aventuras esporádicas que consolidan los límites de un territorio y proporcionan gloria y botín, aunque puedan tener como resultado exclusivamente el robo de ganados o, sencillamente, la caza. La guerra debió ser una mezcla de ejercicio militar y búsqueda de bienes que complementaran a las actividades de subsistencia, aunque el fin último fuera proteger el territorio de cada comunidad y asegurar la preeminencia política de la élite militar (Parcero, 1995: 131). Estrabón (III, 3,6) nos proporciona otro interesante pasaje en el que relaciona estas incursiones la búsqueda de botín:

"En la región sita entre el Tajo y los ártabroi habitan unas 30 tribus. Esta región es rica en frutos y ganados, así como en oro, plata y muchos otros metales; sin embargo, la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra para medrar con el bandidaje, en luchas continuas con ellos mismos o, atravesando el Tajo, contra las tribus vecinas... El origen de esta anarquía está en que las tribus montañesas, habitando un suelo pobre y carente de lo más necesario, deseaban como es natural los bienes de los otros. Más como éstos hubieron de abandonar sus propias labores para rechazarlos, hubieron de cambiar el cuidado de los campos por la milicia y, en consecuencia, la tierra no sólo dejó de producir incluso los frutos que crecían espontáneos, sino que se pobló de ladrones".

Depurando este testimonio de la distorsión que provoca la óptica del historiador griego, observamos que la actividad militar fue en este momento el mecanismo que alimentó la formación de una élite compuesta por una banda de guerreros que se agrupan en torno a un jefe, formando un tipo de organización que es común a amplias zonas de la Península (Ruiz-Gálvez, 1985-86: 75; Jimeno y Arlegui, 1995: 121) e, incluso, Europa (Almagro-Gorbea, 1993: 135; Kristiansen, 1991: 34).

Las razzias y los movimientos de gentes hay que entenderlos en el seno de una sociedad en la que la élite se sirve de su poder militar para acaparar gran parte de los derechos sobre la tierra, ejerciendo su autoridad para controlar los excedentes y conseguir así la riqueza que necesita para mantener su status. De hecho, encontramos continuas referencias de los escritores grecorromanos a promesas de repartos de tierra a los guerreros a cambio de paz; en el 152 a. C., M. Atilio llega a un acuerdo con los lusitanos y vettones a cambio de un reparto de tierras. En el 150 a. C., Galba vuelve a prometer unas tierras para renovar el tratado anterior y la misma situación se prolonga mientras persiste la organización social indígena, por lo que aún Varrón (I, 16,2) habla

de la inseguridad que provocan las incursiones de los lusitanos (Salinas, 1993: 27). Todo ello refleja que el ejercicio de la guerra debió ser la vía para alcanzar prestigio y poder, formar parte de los que rodean a la élite, lo que empujó a los guerreros contra pueblos vecinos o hacia territorios alejados.

Aunque no podemos recomponer la pirámide social, hay que suponer que en el vértice se sitúan los "señores", una minoría a la que acompañan sus "fieles". A pesar de que en la Alta Extremadura no tengamos testimonios escritos de la existencia de organizaciones como la "devotio", sí debieron existir clientelas personales semejantes a las que se conocen en otros regiones (Almagro-Gorbea, 1993: 152), formada por los "parientes" o los "amigos" que participan en las incursiones guerreras y conforman el segundo peldaño de la pirámide social. Están representados en las necrópolis por las tumbas con algún arma o, incluso, junto a las tumbas de los guerreros aunque no contengan ninguna. Por debajo debió existir un grupo desvinculado de la actividad militar, pero con ciertos privilegios, quizás relacionados con la posesión de ganados o de algunos derechos sobre la tierra, incluso los artesanos especializados. Son los que se hacen enterrar acompañados de algún elemento de ajuar, que marque su diferencia respecto a los que no poseen nada, acompañándose de adornos o ungüentarios con aceites perfumadas, que no debieron estar al alcance de todos. Por último, tan sólo podemos intuir una amplia base social, quizás formando más de un escalón en la pirámide, pero que desconocemos porque en las necrópolis excavadas tan sólo han salido a la luz un escaso número de enterramientos que no corresponden a la totalidad de una población asentada en un lugar durante varios siglos. Este amplio colectivo estaría formado por los que se encargan de realizar las tareas del campo, cuidar los ganados o recoger las cosechas. Esta estructura no fue estática, como lo demuestra el hecho de que a finales de la Edad del Hierro se produjera un aumento de la clase militar, que se trasluce en el incremento del número de tumbas de guerrero en las necrópolis a partir del siglo III, sobre todo durante el II y principios del I a. C. (Fig. 94). Es posible que en ello influyera la llegada de los ejércitos romanos, pues la creación de una situación de permanente enfrentamiento entre la población local y el poder de Roma acentuaría los mecanismos de defensa de esa sociedad, reforzando los poderes de la élite militar y contribuyendo a la formación de bandas más numerosas de guerreros en torno a ella.

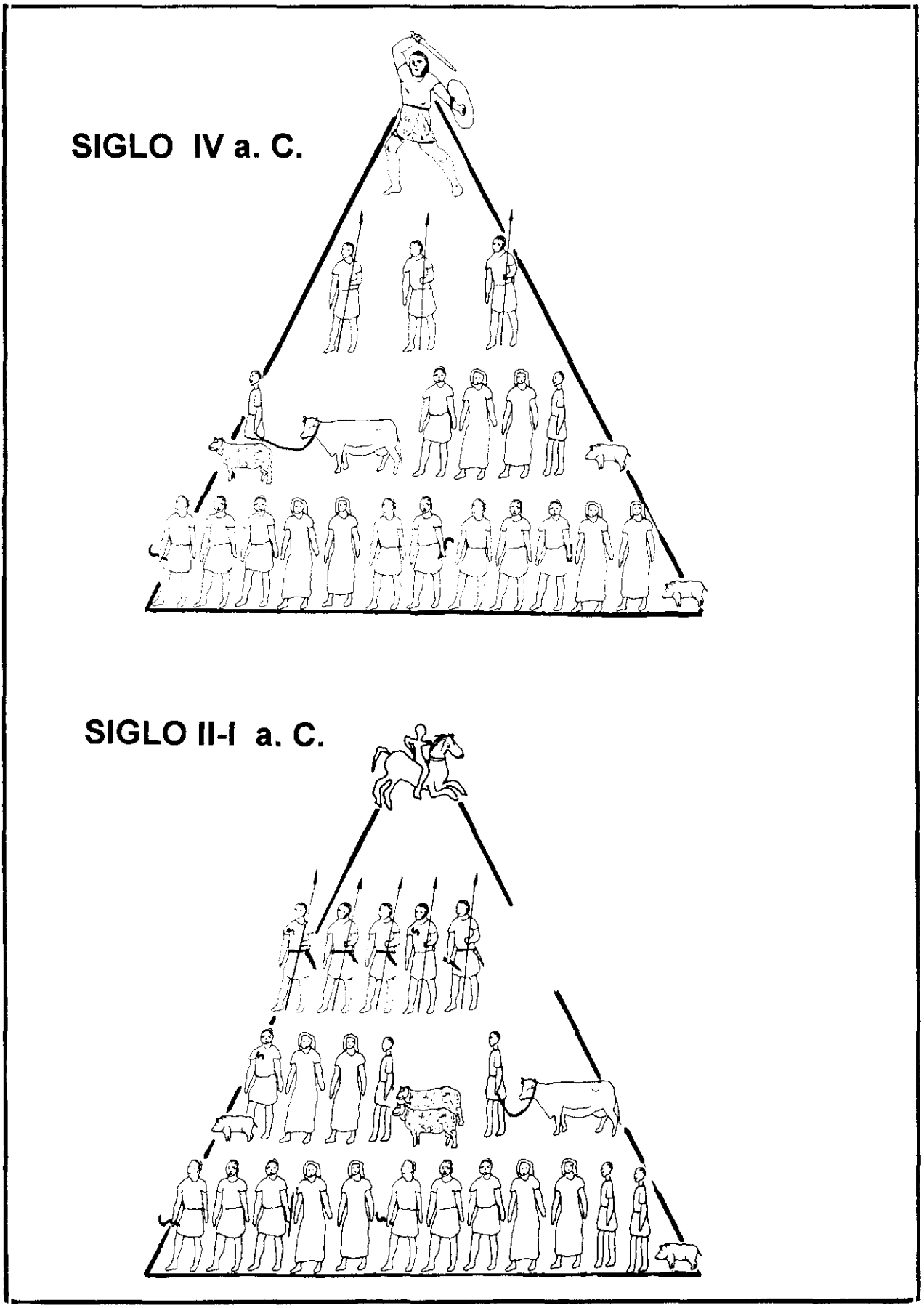


Fig. 94.- Modelo teórico de organización de la sociedad durante el Hierro Pleno.

V.8.- LA RELIGION.

Al arqueólogo le resulta muy difícil reconstruir el mundo de las creencias religiosas de los pueblos que estudia, porque sus manifestaciones materiales tan sólo reflejan una mínima parte de lo que fue todo un conjunto de reverencias, devociones, cultos y prácticas rituales que sólo es posible conocer si han quedado descritas. Por ello, tenemos que asumir que no podemos llegar a percibir la esencia de su religión (Hoz, 1986:32), pero al menos contamos con una serie de datos dispersos en epígrafes latinos y en evidencias arqueológicas de lugares sagrados que nos permiten intuir algunas de sus creencias.

La Alta Extremadura es una zona privilegiada por la cantidad de epígrafes que contienen alusiones a divinidades prerromanas que han sido estudiadas por numerosos especialistas (Blázquez, 1983; Salinas, 1982 y 1985; Untermann, 1985; Hoz, 1986; García Fernández-Albalat, 1990 y Marco, 1994; Abascal, 1995, entre otros). Nuestra aportación a este tema se basa estrictamente en los datos obtenidos durante el trabajo de campo, que nos han permitido localizar algunos lugares que, por sus peculiares características, podemos relacionar con cultos practicados en época prerromana. En dos casos son grandes afloramientos rocosos que han sido remodelados tallando oquedades que permiten acceder a la zona superior, donde se abrieron cubetas de poca profundidad.

Una de ellas se encuentra en el término municipal de Mata de Alcántara y es conocida con el topónimo de "Peña Carnicera", nombre que hace alusión a las especiales características que presenta. En su cara Este se tallaron oquedades colocadas alternativamente a derecha e izquierda que permiten ir poniendo un pie en cada una y subir a la cima. En la zona superior se talló una concavidad de forma circular y unos 10 cm. de profundidad situada en el centro. En la zona inferior, junto a la escalera, se grabaron tres cruces mediante una profunda incisión que son la señal de que este lugar fue cristianizado (Almagro-Gorbea, comunicación personal), un claro indicio de que se estuvo usando aún en época romana y los cultos no se abandonaran hasta la generalización del cristianismo, siendo necesario un ritual de cristianización para suplantar a las antiguas tradiciones. De hecho, en el concilio de Braga todavía se recoge una referencia a que perduraban estos rituales en rocas (Tovar, 1985: nota 37).

La otra se encuentra en el término municipal de Malpartida de Cáceres, a unos 40 km. de la anterior. Es más baja que aquella y se diferencia en que las oquedades para facilitar la subida se disponen alineadas unas encima de las otras, a modo de peldaños, teniendo en la cima labrada una cubeta cuadrangular. Además de estas dos estructuras, en algunos castros hemos señalado la existencia de cubetas rebajadas en algunas peñas, destacando por su forma elíptica la de Villasviejas de Casas del Castañar, situada en los afloramientos rocosos de su acrópolis.

Estos lugares se asemejan en su forma y significado a otros santuarios rupestres en roquedos, con escaleras y cubetas labradas en la roca y, en algún caso, con epígrafes que hacen alusión a los rituales practicados. Esos datos permiten relacionarlos con celebraciones donde se sacrificarían determinados animales, como ponen de manifiesto las inscripciones de Cabeço das Fráguas, en el que Tovar (1985: 245) lee "una oveja para Trabopala y un cerdo para Labbo, una ...para Iccona Loiminna, una oveja de un año para Trebarun- y un toro semental para Rev-", que dieron lugar a rituales característicos del ámbito cultural del noroeste de la Península (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 424), que recuerdan a la *suovetaurilla* romana (Tovar, 1985: 245), en los que se recogería la sangre de los animales sacrificados en las cubetas abiertas para ese fin en lo alto de las peñas sagradas.

Se conocen otros varios yacimientos similares distribuidos por todo el cuadrante Noroeste de la Península. El más cercano es el de Ulaca (Martín Valls, 1985: 117), ubicado en el centro de un importante oppidum, que por su carácter de santuario "intra" muros podría relacionarse con la cubeta en las rocas de la acrópolis de Villasviejas del Castañar. Los demás están en el exterior de los núcleos habitados, generalmente en parajes con abundantes afloramientos rocosos, como el emblemático de Panoias (Silva, 1986: 300), cuyo paisaje circundante recuerda bastante al de los extremeños. Marco (1994: 358) considera estos lugares como "paradigmas del espacio sagrado al aire libre" que caracteriza a la religión de los pueblos prerromanos, en la que también se consideraban lugares sagrados algunos enclaves en lo alto de sierras o montes (Ibidem), o sencillamente espacios naturales con una especial significación para la población local, que bien pudiera ser un bosque o un accidente destacado del paisaje.

En el caso de las inscripción de Cabeço das Fraguas no existen dudas sobre la

relación de determinados rituales o divinidades anicónicas (Almagro-Gorbea, 1993: 130) o acuáticas (Villar, 1993-1995: 381) con lugares concretos asociados a las piedras o a los bosques. Pero de ese panteón a penas conocemos más que su *interpretatio* en época romana que nos ha llegado a través de los epígrafes latinos (Marco, 1992; 1994: 320), por lo que conocemos una hibridación de la religión indígena con la romana. A pesar de ello, hay que destacar el que sea precisamente en el cuadrante occidental de la Península donde mayor número de divinidades prerromanas se conocen, excluyéndose las zonas que conservan más teónimos indígenas y las que, por el contrario, dejaron plasmadas las fórmulas onomásticas de genitivo de plural (Hoz, 1986: 35).

En Castelo Branco y en Monsato se han conservado aras dedicadas a un dios masculino asimilado a Marte *Borus*, *interpretatio* que según Marco (1993:485) no hay que identificar con un dios guerrero sino con un "padre de todo", que protege a la comunidad frente a peligros exteriores pero también garantiza la fecundidad (Idem). Ese mismo carácter pudo tener el Júpiter *Solutorius* que aparece citado dieciséis veces en la Alta Extremadura, divinidad que no se documenta fuera de ella y que es la "interpretatio" del dios local *Eaeco* (Salinas, 1985: 324), aunque Júpiter también se asocia a deidades relacionadas con la luz y los montes (Almagro-Gorbea, 1993: 130; Blázquez, 1983: 283), por lo que esos atributos también debía caracterizar al dios indígena.

En Trujillo se conserva una inscripción al dios *Neto* (Blázquez, 1962: 94), divinidad de carácter solar de raigambre céltica documentada en otros puntos del occidente de la Meseta y en la zona celtibérica (Marco, 1993: 488). En Coria y Cáparra aparece la divinidad *Trebaruna* (Albertos, 1983: 486) que también se cita en un epígrafe de Idanha-a-Velha haciendo alusión, posiblemente, a una divinidad femenina de carácter acuático (Villar, 1993-1995: 370) a la que se le ha atribuido también cierto cariz guerrero (Tovar, 1985: 242) que se relaciona con la *Trebopala* de Cabezo das Fraguas y con la *Triborunnis* de Lisboa (Marco, 1993: 491; Villar, 1993-95). Sin embargo, frente a los anteriores dioses más locales, destacan por su número las alusiones a *Bandua*, asociada a algunos epítetos como Ataecina. Hoz considera que la raiz *Band-* no se refiere a ninguna divinidad concreta sino que es un nombre común de carácter genérico que sirve para referirse a la divinidad, asimilable al término latino *deus* (1986: 39; Marco, 1993: 488), de ahí que se asocie a otros teónimos con tanta frecuencia, independientemente de

que tengan carácter femenino o masculino, como *Roudeaeo* o *Roudeaeco* que se cita en los tres epígrafes de Trujillo y Madroñera (Hoz, 1986: 40). Hay que destacar, por último, el arraigado culto a Ataecina en esta región, documentado gracias a los numerosos epígrafes dedicados a esta diosa (Abascal, 1995) tradicionalmente considerada de carácter infernal (Blázquez, 1962: 145); recientemente se han sacado a la luz un importante número de ellos en el área de la iglesia visigoda de Santa María del Trampal (Alcuéscar), lo que ha llevado a considerar que cerca de ese sitio estuviera el enclave principal dedicado a su culto (Abascal, 1995: 31).

En definitiva, las divinidades que conocemos a través de los epígrafes latinos muestran un substrato religioso similar al de gran parte del occidente peninsular, sobre todo galaico-lusitano (García Fernández-Albalat, 1990: fig. 6), que muestra un trasfondo común por encima de las divisiones étnicas que se fraguaron durante el Hierro Pleno. Aparecen divinidades con nombres de raigambre céltica como el dios Neto, relacionado con la raiz céltica *nei*; *Trebaruna* o *Trebopala*, con la raiz *treb* (= casa, aldea); Endovelico o Ataecina. Pero también otras de carácter más amplio, paracéltico (Marco, 1993: 486) como el dios Borus, o el genérico nombre de *Band-*, de raíz lusitana, que permite conocer la extensión de esta lengua y con ella del substrato indoeuropeo por todo el occidente hasta Galicia. Algunas de estas divinidades estarían relacionadas con los cultos en los "santuarios" en las peñas que hemos documentado y que se conocen bien en el cuadrante noroeste de la Península.

V.9.- EVIDENCIAS LINGüISTICAS Y EL PROBLEMA DE LA LENGUA.

La aparición en la zona altoextremeña de algunos epígrafes que recogen una lengua indoeuropea de raíz muy antigua y diferente a las restantes conocidas en la Península, a la que se viene denominando lusitana, permiten integrar a toda esta zona en el ámbito de las lenguas precélticas o, al menos, más antiguas que el celtibérico (Tovar, 1985 y 1987; Schmidt, 1985; Gorrochategui, 1987 y Villar 1990 y 1991).

La documentación que tenemos de esta lengua es muy fragmentaria debido a que el único epígrafe conocido en esta región es el aparecido en Arroyo de la Luz, actualmente desaparecido y del que sólo se conservan calcos; a él se podría añadir la inscripción de Talaván, aunque es muy corta y hay que considerarla con reservas (Tovar, 1985, nota 36; Schmidt, 1985: 326). La lengua que recogen estos epígrafes es la misma que aparece en las inscripciones rupestres de Lamas de Moledo (Viseu) y Cabeço das Fraguas (Guarda) y quizás las inscripciones cortas de Freixo de Numão (cerca de Viseu), Filgueiras (Guimaraes) y Mosterio de Ribeira (Guinzo de Limia, Orense) (Idem; Hoz, 1995b: 22 ss.).

Las tres inscripciones que con seguridad se han atribuido al lusitano se caracterizan por ser inscripciones rupestres (la de Arroyo de la Luz está perdida pero cabe aventurar que también lo fuera (Hoz, 1993: 363) y están escritas con alfabeto latino. A pesar de tan escasos testimonios, algunos autores han podido individualizar algunas características que diferenciarían a esta lengua de otras célticas como el celtibérico, basándose en que en el lusitano se conservó:

- la /p/ inicial e intervocálica,
- el diptongo /eu/,
- el nominativo plural de la declinación en -o terminado en -oi,

Estos rasgos se perdieron en el celtibérico pero aparecen en otras lenguas indoeuropeas. Además:

- utilizó la conjunción copulativa *indi*, rasgo común con otras lenguas germánicas,
- desarrolló una forma de presente del verbo dar, con raíz "do" que no se conoce en otras lenguas célticas (Tovar, 1985; Schmidt, 1985: 338).

Para estos autores, estas características arcaicas son la prueba de que la lengua

lusitana es indoeuropea pero no céltica. De esa misma opinión es Gorrochategui, para quien el lusitano puede tener algunos préstamos de las vecinas lenguas célticas, pero sus rasgos son claramente no célticos (1987; 1993: 419).

Ahora bien, puesto que los textos conservados son tan escasos, otros investigadores no aceptan la propuesta de Tovar. Unterman ha sido quien se ha encargado de argumentar que el lusitano es indudablemente más antiguo que el celta, pero no por ello diferente sino más arcaico (Unterman, 1962 y 1987). Su argumentación se basa tanto en los rasgos lingüísticos del lusitano como en otras evidencias lingüísticas conservadas en el occidente de la Península, tales como la onomástica y los topónimos. En resumen, Unterman considera que el mantenimiento de /p/ es un arcaísmo que pudo llegar a la Península con los primeros grupos célticos; a ello se añade el que exista una gran homogeneidad en la distribución de la onomástica y de algunos topónimos, como los terminados en -briga, todo lo cual vendría a confirmar la uniformidad del subtrato indoeuropeo del que se derivarían con el tiempo diferentes dialectos.

Sin embargo, las últimas revisiones sobre el tema parecen decantarse definitivamente por el carácter no céltico del lusitano (Hoz, 1993: 384), basándose en la existencia de varios testimonios no célticos tanto en las inscripciones recogidas como en los antropónimos, destacando además del mantenimiento de la /p/, la existencia de oclusivas aspiradas o la raíz "pent-", rasgos que desaparecen en las lenguas célticas. Gorrochategui postula, incluso, que pudo existir más de una lengua no céltica, aunque la falta de textos escritos dificulta el análisis, teniendo como única evidencia la onomástica (Gorrochategui, 1993: 422).

En ese sentido, interesa resaltar los resultados conseguidos del análisis de los antropónimos y topónimos puesto que se han podido establecer una serie de áreas afines. A partir de los datos de Albertos (1985 y 1985-86) Domínguez ha realizado un estudio estadístico que le ha permitido reconocer una serie de grupos dentro de la zona occidental, identificando un comportamiento espacial diferente de la onomástica que coincide con la existencia de relaciones de parentesco también diferentes en cada área y que el autor identifica con distintos grupos étnicos, que a grandes rasgos coinciden con los lusitanos y vettones (1995: 126 ss.).

Sobre el origen de esta o estas lenguas se ha defendido tradicionalmente la

existencia de llegadas de grupos humanos indoeuropeos en una fecha muy antigua (Unterman, 1962: 71) que la arqueología no ha podido identificar. Sin embargo, la propuesta más innovadora es la planteada por Ruiz-Gálvez (1990b y 1991) para quién el lusitano pudo llegar al occidente de la Península por vía atlántica, como lengua de comercio durante el Bronce Final. Es evidente que esta propuesta atlántica elimina uno de los más graves inconvenientes que planteaba la explicación tradicional que mantenía su llegada a través de los Pirineos, pues sólo en el Oeste de la Península Ibérica es donde se conservó. A pesar de este último intento de explicación coherente, esta teoría no justifica el profundo arraigo de los topónimos y antropónimos ya señalados. Éstos y ciertos rasgos de contexto ideológico han servido a Almagro-Gorbea para definir un subtrato protocéltico (1992:8); como no se documenta la llegada de aportes foráneos durante la Edad del Hierro, el autor lo retrotrae a la Edad del Bronce (1993: 128), pero el problema está lejos de alcanzar una respuesta definitiva.

Por tanto, aunque no podemos conocer la lengua que se hablaba en estas regiones ni en qué momento arraigó, al menos los últimos estudios de la onomástica y los topónimos van perfilando la existencia de diferencias lingüísticas, que podrían ser el reflejo de realidades étnicas o culturales también diferentes. Conviene recordar que la lengua, como el resto de las manifestaciones culturales de una sociedad, debió ir enriqueciéndose con préstamos tomados de las lenguas de áreas colindantes que llegarían al intensificarse los contactos con esas zonas. Es lógico pensar que las distintas gentes que llegaron a Extremadura, cuya huella hemos detectado en otros aspectos de la cultura, dejaran su poso también en la lengua, aunque de ello tenemos constancia sólo de forma muy fragmentaria a través de los escasos epígrafes conservados en la provincia de Cáceres, primero en escritura del S.O.[4] y, varios siglos después, en los epígrafes celtibéricos y latinos en diversos soportes aparecidos en la región, todo lo cual dificulta todavía más conocer su subtrato lingüístico.

[4] Recordemos que no sólo han aparecido epígrafes sobre estelas como la de Almoroquí, sino que también está documentado su uso en el castro de Villasviejas del Tamuja, donde apareció un fragmento de cerámica reutilizado para escribir sobre él (Hernández, 1985), además de varios grafitos sobre las cerámicas, lo que evidencia que los habitantes del castro conocían este sistema de escritura.

V.10.- RELACIONES CON EL EXTERIOR Y PERSONALIDAD DEL AREA ALTOEXTREMEÑA: INFLUENCIAS MERIDIONALES Y MESETEÑAS DETECTADAS EN EL REGISTRO ARQUEOLOGICO.

Durante el Hierro Inicial, hasta finales del siglo V a. C., habíamos observado cómo las zonas orientales de la cuenca extremeña del Tajo estuvieron fuertemente conectadas con la zona del Guadiana y, más remotamente, con Andalucía. Con posterioridad a ese siglo se siguen manteniendo esos vínculos, como pone de manifiesto la llegada de cerámicas áticas a los castros cacereños. De hecho el dinamismo económico de algunos centros situados en la cuenca del Guadiana, entre los que destaca el bien conocido Cancho Roano, aunque no sea el único, no perdió su pujanza hasta finales del siglo IV a. C., lo cual garantizó la continuidad de esas relaciones hasta bien entrado el siglo.

La cerámica es el elemento donde mejor han quedado reflejados esos contactos entre la zona oriental de la Alta Extremadura, el Guadiana y, en último término, la zona andaluza. Ello no es de extrañar si tenemos en cuenta que en la Alta Extremadura la adopción del torno se debió producir por influencias de los enclaves orientalizantes instalados en la cuenca del Tajo y el Guadiana. De hecho, gran parte de las cerámicas del siglo IV a. C. son vasijas, platos y cuencos que recuerdan a los que aparecen en los niveles post-orientalizantes del poblado de Medellín.

Los motivos pintados en rojo se documentan por primera vez en Extremadura durante la primera mitad del siglo V a. C. (Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 100) llegados desde el valle del Guadalquivir o la zona oretana, panorama que no cambiará durante los siglos siguientes. Suponen, por tanto, la continuación de las relaciones abiertas desde el Hierro Inicial con el Sur, si bien ahora el mayor auge de la zona Sureste provoca que la balanza de las relaciones se decante hacia esa zona en detrimento del Suroeste andaluz.

Ahora bien, hay que volver a insistir en la profunda diferencia que se aprecia entre una zona y otra de la cuenca en la adopción de los temas pintados. En la zona Oeste, donde las influencias orientalizantes habíamos visto que apenas llegaron, el porcentaje de cerámicas pintadas se sitúa entre el 0,04 % del Jardinero o el 0,3 % del

Castillejo de la Orden (Civantos, 1991-92: 101 y ss.). En cambio, en la zona oriental aparece en superficie en numerosos yacimientos y representa entre un 20 y 25 % en los que han sido excavados (Idem). También algunas formas cerámicas aparecidas en castros del área oriental responden a tipos muy similares a los creados por Pereira para el valle del Guadalquivir (1988), como el que hemos denominado con el número 5, que corresponde a la variante 9BII de dicho autor (Idem, 162) o el tipo 6, que se asemeja al Tipo IIB de los establecidos por Pereira (1988: 150).

De todas formas, desde el siglo IV a. C. el panorama se diversifica y prueba de ello es la aparición de formas cerámicas que revelan la existencia de contactos con otros pueblos situados bien en el entorno de la Alta Extremadura bien en puntos alejados de la Meseta. Destaquemos la presencia de unos recipientes fabricados a mano muy llamativos, denominados quemadores, que son característicos de la Beturia céltica, pero también aparecen en la Meseta Norte y el Levante (Berrocal, 1992: 107 y 1994). Estos recipientes han aparecido en las necrópolis de La Coraja y el Mercadillo, más algunos fragmentos en el poblado de Villasviejas del Tamuja. También las copas a mano documentadas en los castros de la Alta Extremadura, con unos característicos pies altos que las diferencia claramente del resto de la producción, remiten al foco del Suroeste. Sin embargo, hay que señalar que ni los quemadores ni las copas representan un porcentaje elevado dentro del total de la producción cerámica de los castros. Es significativo que el conjunto más importante de copas proceda del castro de Santa Cruz, situado en una zona de paso entre la cuenca del Tajo y el Guadiana, lo que indudablemente contribuye a que asimile manifestaciones de una y otra zona. A pesar de las semejanzas señaladas, hay que indicar que en los castros de la Alta Extremadura no están presente los ricos repertorios decorativos que caracterizan a las cerámicas a mano del Suroeste.

Diferentes relaciones indica la urna decorada con motivos sogeados a peine aparecida en la necrópolis de La Coraja (Esteba, 1993: fig.12,a). La forma y la decoración es frecuente en el área vettona, encontrándose tipos parecidos en la cercana necrópolis del Raso de Candeleda y las de la zona abulense. A esta urna hay que añadir otro ejemplar de Villasviejas del Tamuja decorado con aspas realizadas clavando las púas de un peine, sin arrastrarlo, tema que también es característico de la zona vettona. Sin

embargo, hay que destacar que de momento representan únicamente dos casos dentro del amplio conjunto de cerámicas que se conocen ya en los castros de la Alta Extremadura.

Por otro lado, las decoraciones estampilladas que ya hemos visto que caracterizan a todo el occidente peninsular también muestran la existencia de grupos regionales. El análisis de los motivos (*vid. supra*) pone de manifiesto que existen temas comunes, pero cada zona tiene su personalidad. Los conjuntos cerámicos de la Beturia céltica presentan grandes y barrocas matrices junto al recurrente tema de los círculos sencillos que no son usuales ni en el área cacereña ni la Meseta occidental. En cambio, en ésta última aparece un repertorio con algunos temas similares a los de la Alta Extremadura, aunque los motivos estampillados suelen aparecer junto a decoraciones a peine en una asociación que jamás se ha documentado en la cuenca extremeña del Tajo. En definitiva, ésta se benefició de su condición de zona de paso entre la Meseta Norte y Andalucía, incorporando rasgos de una y otra zona, como ya hemos señalado de forma repetida a lo largo de este estudio.

Sin embargo, exceptuando las piezas ya comentadas que indican claramente modelos foráneos, el resto de la cerámica asimila y transforma tanto las tradiciones heredadas del período orientalizante como las nuevas influencias, hasta el punto de que sólo se puede señalar su carácter local. Son diferentes tanto de las cerámicas del área abulense como de las zonas del Guadiana. El desconocimiento actual de este período en las áreas colindantes del centro de Portugal y la zona de Toledo nos impide conocer las mutuas interrelaciones que debieron existir.

No sucede lo mismo con los **instrumentos metálicos**, pues aunque se puedan alterar algunos de sus rasgos, los prototipos se transforman con menos facilidad que en las cerámicas. Por ello es interesante la información que nos aporta tanto el armamento como los elementos de adorno que, como hemos visto al analizarlos en el capítulo correspondiente, corroboran la información que proporcionan las cerámicas. Las panoplias de armas más antiguas incluyen espadas de frontón y manillas de escudos de aletas triangulares cuyos prototipos se encuentran en la zona ibérica, si bien es verdad que están ampliamente representadas en las necrópolis del área abulense. En cambio, las espadas de antenas y las manillas de extremos circulares son características de la

Meseta, donde se encuentran tanto en la zona celtibérica como en la vettona.

Conforme avanzamos en el tiempo esas influencias se decantan de forma notoria exclusivamente hacia la Celtiberia, de donde proceden las espadas de La Tène (Fig. 84, 1) o los puñales biglobulares (Fig. 84, 2). A estos elementos hay que añadir la aparición de otros que también son típicamente celtibéricos, entre ellos las fíbulas de caballito, de las que se conocen dos ejemplares en la provincia de Cáceres, los vasos de plata con epigrafía celtibérica de Castelobranco o la tésera de plata que parece haberse encontrado en Villasviejas del Tamuja, aunque éste último dato no se haya podido contrastar por las rocambolescas circunstancias del hallazgo.

Para poder conocer con exactitud el alcance de este fenómeno, habría que determinar en qué momento se produjo esa llegada de los elementos celtibéricos. En este sentido, los datos arqueológicos son contundentes: la necrópolis del Romazal (Villasviejas del Tamuja) donde se han localizado las panoplias celtibéricas estuvo en uso desde el siglo III hasta, por lo menos, finales del siglo II (Hernández, 1993: 120) y el campamento de Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984), donde han aparecido biglobulares y fíbulas de caballito, se fecha entre el 100-80 a. C. Otros datos, como las monedas, apuntan también hacia la transición entre el siglo II-I a. C.

Ello sin olvidar que cuando analizamos las armas señalamos que estas influencias no se detectaban en otras necrópolis en uso por esa época, si bien es verdad que los biglobulares aparecen también en los poblados y los pocos elementos de adornos recuperados de la necrópolis de Almaraz también remiten a la Celtiberia. Todo ello parece indicar que efectivamente llegaron puntualmente gentes procedentes de la Meseta oriental que se instalan en sitios concretos en un momento avanzado de la Edad del Hierro[1], que podría fecharse hacia finales del siglo III a. C., relaciones que se mantuvieron durante el siglo II e incluso pudieron ser más intensas durante las Guerras Sertorianas (Burillo, 1995: 171). Por tanto, todo ello tuvo como transfondo la nueva situación de inestabilidad creada en la Península a raiz de la llegada de los ejércitos

[1]Plinio nos ha dejado una interesante cita en la que alude a esos posibles movimientos de celtíberos: "Los Célticos, oriundos de la Celtiberia, son venidos de la Lusitania y ello se manifiesta en los cultos, lengua y los nombres de los oppida, por cuyos cognomina se distinguen en la Bética." (*Hist. Nat.*, III, 113-114).

romanos.

Ahora bien, estos movimientos no debieron ser los únicos ni los primeros que se produjeran entre las poblaciones prerromanas, si bien es verdad que la buena documentación que nos proporcionan los ajuares militares nos podría llevar a exagerar el fenómeno. Extremadura mantuvo siempre ese carácter de zona bisagra entre el Norte y el Sur, lo cual llevó inexorablemente a que existiera un importante trasiego de gentes e influencias a través de esta zona. Recordemos que ya durante el Hierro Inicial detectamos la llegada de aportes foráneos procedentes del Sur que crearon enclaves de carácter orientalizante bien diferenciados de la población local. A comienzos del Hierro Pleno documentábamos unos enterramientos de guerreros en el Castillejo de la Orden, claramente diferentes a los existen en el resto de las necrópolis, fruto posiblemente de la llegada de pequeños grupos que se salen fuera de su territorio, posiblemente animados por el afán de prosperar que rige entre la clase guerrera, cuyos resortes para conseguir autoridad, es decir, para alcanzar poder y riqueza se nos escapan. La consolidación de la clase guerrera durante el Hierro Pleno debió favorecer ese trasiego, para mejorar su situación personal dentro o fuera de su comunidad, por lo que su movilidad debió ser sin duda mayor que la de los campesinos. Ese movimiento afectó también a otras zonas de la Península y de Europa (Almagro-Gorbea, 1993: 136 ss.; 1995b).

Algunos autores han explicado ese movimiento de gentes hacia Extremadura debido a la atracción que ejercen las tierras del Suroeste por su riqueza minera, especialmente la zona de la Beturia, lo que llevó a A. Canto incluso a acuñar el término *ferrum Baeticorum* (1991: 275; 1995: 304). A pesar de estas atractivas hipótesis, los recientes estudios que han profundizado en el tema demuestran que debe matizarse la valoración de esos recursos mineros (Berrocal, 1995a: 162), pues la documentación arqueológica de actividades mineras en esas zonas son muy escasa en relación a otras zonas (Idem: 168) y la mayoría de los afloramientos mineros son de baja ley y difícil explotación (Idem: 161).

Por tanto, hay que concluir señalando que no fueron unos determinados recursos los que actuaron de atracción. Los datos muestran la llegada puntual de individuos que se instalan en entre la población indígena sin aportar a la cultura material más que el armamentos que traen consigo, auténtico símbolo de estatus. Durante el siglo IV a. C.

algunos de estos guerreros pudieron llegar desde la zona al Norte de Gredos y, ya en el siglo III a. C., desde la Meseta oriental. La existencia de una organización gentilicia entre los celtíberos, en la que se desarrollaron fuertes lazos entre clientelas personales (Almagro-Gorbea, 1993: 152), sin duda favoreció la continuidad de unas incursiones que en principio debieron ser tan sólo esporádicas. La existencia en la región extremeña de una estructura socioeconómica más afín a la celtibérica que la que esos pueblos podrían encontrar en el mundo ibérico, carpetano o incluso vacceo y, posiblemente menos cohesionada, pudo contribuir a atraer ese flujo intermitente hacia el Oeste. Los enfrentamientos con Roma a finales de la Edad del Hierro distorsionaron el proceso, al introducir la necesidad de reforzar las alianzas para hacer frente a las contiendas, lo cual explica la aparición de elementos nuevos como son las monedas; además, la mayor presión de Roma sobre la Celtiberia Citerior pudo favorecer el movimiento de guerreros hacia otras zonas.

A pesar de la llegada de esos aportes foráneos, la personalidad del territorio extremeño seguirá estando claramente definida frente a las zonas colindantes, a lo que debieron contribuir de forma notoria las barreras orográficas que delimitan este territorio. Los **patrones de asentamientos** son un claro reflejo de esas diferencias, porque nos trasmiten un modelo de ocupación del espacio distinto al de las regiones vecinas, por lo que constituyen una de las mejores evidencias de que estamos ante pueblos diferentes, ya que como indicó Burillo (1993: 234), son la mejor herramienta para reconocer diferenciaciones étnicas a través del registro arqueológico.

La localización sobre un mapa de los principales asentamientos en torno a las cuencas medias del Guadiana, Tajo y las tierras al Sur del Duero (Fig. 95) muestra esas diferencias. En las tierras salmantinas apenas se conocen poblados, salvo el asentamiento de la propia Salamanca, que pudo alcanzar las 20 ha. en el siglo III a. C. (Martín Valls et alii, 1991: 155). En cambio, los castros aparecen concentrados en torno al Duero y sus afluentes el Camaces y el Yeltes (Santonja, 199[illegible]: 27), donde existió un núcleo de poblados pequeños pero muy próximos entre sí, patrón que quizás traduzca la existencia de algún *populus* con rasgos étnicos diferenciados dentro del solar tradicionalmente atribuido a los vettones (Idem).

Al Norte del Sistema Central existió un patrón caracterizado por los grandes

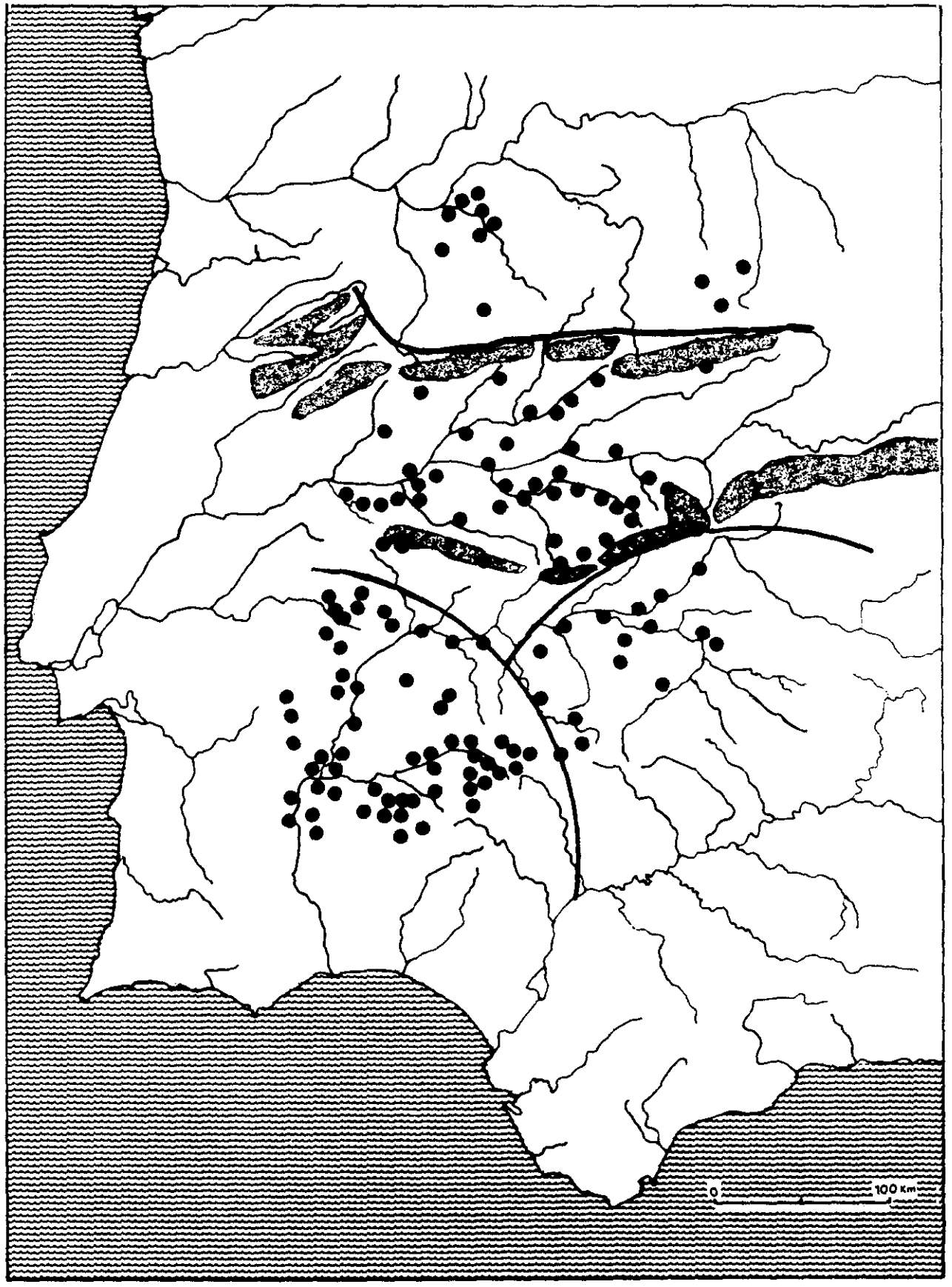


Fig. 95.- Areas con patrones de asentamiento y cultura material diferentes, que pudieran reflejar variaciones étnicas.

oppida de la zona de Avila, donde Ulaca alcanza las 60 ha., La Mesa de Miranda 30 ha. y Las Cogotas 14, 5 ha., que coexistieron junto a pequeños enclaves distribuidos por la llanura (Zapatero y Alvarez-Sanchís, 1995: 226).

En cambio, al Sur del Sistema Central el patrón de asentamiento se caracteriza por pequeños castros que se distribuyen en torno a las cuencas más abruptas de los ríos o bordeando los sistemas montañosos, controlando las zonas de acceso o salida a la cuenca extremeña del Tajo. Esa uniformidad tan sólo se rompe en poblados con evidencias de ocupación muy tardía, como el Zamarril o el castro de Almaraz, ligeramente por encima de las 10 ha., o en poblados con fuertes influencias romanas, como el de la Sierra de Sta. Marina de Cañaveral.

Tan sólo en las zonas colindantes entre las actuales Avila y Cáceres encontramos dos grandes *oppida* que actúan de elementos de transición entre un patrón y otro, jalonando las vías que comunican el Norte y el Sur de Gredos. Villasviejas de Casas del Castañar, con unas 40 ha, controla el valle del Jerte y el Raso de Candeleda, con unas 20 ha., divisa el acceso a la Alta Extremadura por el Campo de Arañuelo.

Por último, en la cuenca del Guadiana aparecen dos áreas claramente diferenciadas. La cuenca media y sus afluentes Zújar y Matachel estuvo ocupada por castros de entre 1 y 7 ha., que buscaron para asentarse zonas destacadas por su valor estratégico, buena defensa natural y control de los principales vados de los ríos (Rodríguez, 1995a: 122; 1995b: 22 ss.). Este patrón y los peculiares rasgos que ofrece su cultura material han permitido identificar esta zona con el solar de los pueblos túrdulos (Idem), claramente distintos de sus vecinos del Guadiana Medio y la Beturia céltica, donde se ha reconocido un patrón de pequeños núcleos que caracteriza a los pueblos de la Beturia céltica (Berrocal, 1992, 1994, 1995).

V.11.- EL PROBLEMA DE LA ETNICIDAD.

No resulta nada fácil llegar a relacionar los datos que nos proporciona la Arqueología, con colectivos humanos que sentían pertenecer a un mismo pueblo, porque ni los objetos que usan, ni sus viviendas, ni siquiera la lengua son elementos diferenciadores. A pesar de ello, en los últimos años se está haciendo un esfuerzo importante por llegar a trazar el mapa de las etnias prerromanas sobre la realidad de los datos arqueológico que hasta el momento se conocen en la Península. En ese sentido, el congreso sobre Paleoetnología de la Península Ibérica celebrado en la U. Complutense (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992), ilustra bien esa corriente que ve factible reconstruir la etnogénesis siguiendo un hilo conductor desde comienzos del I milenio hasta los tiempos históricos.

Sin embargo, ya Pereira en ese mismo congreso ponía de relieve las dificultades para establecer una correspondencia entre un pueblo y un registro arqueológico, porque "no existe ningún complejo histórico-arqueológico que sea verdaderamente distinto a todo" (1992: 35 ss.). A ello hay que añadir el hecho de que conocemos la existencia de esas etnias a través de los testimonios trasmitidos por los escritores greco-romanos que, como señala Pérez Vilatela, "tuvieron un nulo interés en la etnología indígena" (1990: 138).

Puesto que la información antropológica es inexistente y la lingüística escasa y tardía, nos queda retomar el hilo del registro arqueológico para contrastarlo con la información de las fuentes históricas. En este sentido, Burillo destaca que la identidad de un pueblo se puede detectar no sólo en la presencia de determinados elementos, sino en las "ausencias" (Burillo, 1993: 223) y en su peculiar patrón de ocupación del espacio (Idem: 234). Por otro lado, al analizar las cerámicas del Hierro Pleno, apuntábamos algunas diferencias regionales que podrían ser un indicio del "deseo de expresar etnicidad mediante signos visuales" (Cunliffe, 1994: 78).

Tradicionalmente se atribuye el solar de la Alta Extremadura a lusitanos y vettones. La principal fuente de referencia para conocerlos es el Libro III de la Geografía de Estrabón. Pero Pérez Vilatela se pregunta si realmente el autor quiso realizar una "geografía histórica", llegando a la conclusión de que lo que primó fue su

interés por alabar la obra civilizadora de Roma (Pérez Vilatela, 1991: 460; Edmondson: 151). Recoge para ello diversas fuentes de información, recurriendo a Posidonio y a través de él a Polibio, cuando no tiene datos más recientes (Idem). Ello se traduce en la existencia de contradicciones en el propio libro, al mezclar datos antiguos con otros más recientes; por ello primero dice que el Tajo cruza entre los vettones, carpetanos y lusitanos (Str. III, 3,2); más adelante señala que el límite Sur de la Lusitania está en el Tajo (Str. III, 3,3) y en una referencia posterior indica que Augusta Emertia se incluye en la Lusitania (Str. III, 420), abarcando, por tanto, todo el territorio hasta el Guadiana.

Peréz Vilatela y Roldán ven en ello el reflejo de las distintas fuentes que utilizó el autor. Las más arcaicas serían anteriores a la discutida división provincial de Augusto, mientras que en los datos más recientes ese concepto se amplía una vez que se ha fundado *Augusta Emerita* (Pérez Vilatela, 1989-90: 208; Roldán, 1968-69: 84). Lo más interesante es que el análisis de esas fuentes llevan a Pérez Vilatela a insistir en que las étnias fueron utilizadas por Estrabón únicamente para referirse a las divisiones administrativas romanas (1989-90: 210).

Esta idea explica el que Estrabón aluda exclusivamente a las etnias que considera oportuno, ignorando al resto. Así, al describir los límites de la Lusitania por el Este, habla de carpetanos y vettones, "por no citar más que a los más conocidos. Los demás pueblos no son dignos de mención por su pequeñez y poca importancia, aunque algunos autores modernos llaman también a éstos lusitanos' (III, 3,3).

Conforme avanza el Imperio y se consolida la división administrativa romana, los escritores que se refieren a los distintos pueblos utilizarán lo étnico en aras de lo administrativo. De hecho, la Lusitania de Ptolomeo ya en el siglo II d. C., se amolda a la división administrativa del Imperio y en ella quedarían reflejada la reorganización de las etnias por Roma (Pérez Vilatela, 1987: 254), por lo que Pérez Vilatela considera que "el panorama ptolemaico no se puede transplantar a la época prerromana, aunque evidentemente persistían en las listas ptolemaicas muchas ciudades cuya etnia era la misma que en época prerromana" (Idem: 323).

Por tanto, conviene ser cautos a la hora de fijar los territorios de los distintos grupos, sobre todo si sabemos que no conocemos la totalidad de los pueblos que habitaron en una zona. Además, el único documento escrito de finales del siglo II a. C.,

la "deditio" del Castillejo de la Orden, recoge el nombre de un *populus*, el de los Seano[], pero no hace ninguna alusión a su adscripción étnica.

En el caso que nos ocupa, la información arqueológica y la geografía ayudan a resolver el dilema de lusitanos y vettones en la Alta Extremadura, donde pudieron existir otros colectivos menores cuyo nombre étnico desconocemos. La Fig. 95 mostraba las diferencias que revela el patrón de ocupación del espacio entre las zonas al Norte del Sistema Central, la cuenca extremeña del Tajo y la del Guadiana, cada cual con su personalidad. La superposición de la trama con el área ocupada por los verracos ayuda a perfilar esas diferencias. El resultado final es que **las cadenas montañosas aíslan la encajonada cubeta extremeña del Tajo de las tierras de Avila, Salamanca y su prolongación natural hacia las llanuras de Toledo.** Las puntos de paso de una a otra parte, sobre todo el vado de Augustóbriga en el Tajo y la zona occidental de la provincia de Toledo, más la vía natural del valle del Jerte, que cruza el Sistema Central, fueron áreas de contacto donde coexisten manifestaciones culturales de las dos regiones, o incluso futuras zonas de expansión del pueblo vettón.

Por ello coincidimos con otros autores (Sayas y Melero, 1991: 79) en que las barreras naturales debieron actuar en la antiguedad para separar también a los grupos humanos con diferente identidad étnica. En cambio, Roldán (1968-69), atendiendo con excesivo celo a los datos que transmite Ptolomeo, hace una delimitación de los vettones que no concuerda con la información arqueológica que conocemos actualmente. Es posible que esa realidad que nos trasmite Roldán corresponda al siglo II d. C., porque los límites de la Vettonia se fueron ampliando con el tiempo, llegando incluso a incluir a Emerita Augusta (Prud. *Peristeph.*,3, 186-90) (Pérez Vilatela, 1987: 324), pero no se amolda a los pueblos prerromanos de casi tres siglos antes.

En conclusión, podemos terminar señalando que los estudios tradicionales dividían el solar altoextremeño entre lusitanos y vettones, atendiendo a las noticias trasmitidas por los escritores greco-romanos, marcando una línea ideal según la lista de ciudades recogida por Ptolomeo (Roldán, 1968-69). Sin embargo, el análisis de esas fuentes ha puesto de manifiesto los anacronismos que contienen, amoldando las étnias prerromanas a la realidad administrativa romana. De hecho, bajo el etnónimo de lusitanos se incluyen

en las fuentes más antiguas a gran parte del Norte de la Península (Str. III, 3,3), que en informaciones posteriores se irá reduciendo y concretando, pierde parte del Norte, pero se incorpora a ella las tierras hasta el Guadiana y durante las guerras civiles, según Pérez Vilatela (1987: 356) se consideraba lusitana a las tierras del Sur de Portugal.

Bajo ese calificativo global es lógico que subyazcan realidades culturales muy diferentes (Edmonsondson, 1990: 156), como pone de relieve el registro arqueológico. Siguiendo el criterio marcado por Burillo de rastrear las diferencias étnicas en los modelos de la ocupación del territorio (1993: 234) vemos que la región altoextremeña presenta un patrón homogéneo que la diferencia de las tierras situadas al Norte, al Sur y al Este (siendo casi desconocido al Oeste). A ello contribuyó de forma notable el hecho de que este territorio se encontrara bordeado de barreras montañosas que la aíslan de las otras regiones y debieron propiciar el que se gestaran sociedades con una marcada personalidad dentro del territorio que las rodean; aún así, al ser una zona de paso entre el Sur de la Península y la Meseta se entrecruzaron aportes culturales, incluso de población, muy diferentes que no desfiguran el carácter peculiar de esta región sino que, muy al contrario, contribuyeron a enriquecer.

Por esa razón, consideramos que esta zona situada en el extremo de la Lusitania y próxima al solar tradicional de los vettones estuvo habitada por algún grupo que posiblemente englobarían a diversos *populi* que no fueron "dignos de mención por su pequeñez y poca importancia" (Str. III, 3,3).

VI.

LA PRESENCIA DE ROMA Y EL FINAL DE LA EDAD DEL HIERRO

VI.1.-EL TERRITORIO EXTREMEÑO EN EL MARCO DE LAS CONTIENDAS MILITARES CARTAGINESAS Y ROMANAS.

- Los cartagineses y la II Guerra Púnica.

A partir de finales del siglo III a. C. empiezan a sentirse en Extremadura las repercusiones de nuevos movimientos de carácter bélico, de las que tan sólo tenemos constancia en el registro arqueológico por la temprana aparición de algunas monedas hispano-cartaginesas, dracmas ampuritanas o de Rhodas en los castros. Sin embargo, para conocer los acontecimientos de este período contamos por primera vez con una nueva fuente de información, los textos de los escritores grecorromanos, que permiten una mejor interpretación de las evidencias arqueológicas gracias al relato de los acontecimientos históricos.

La primera vez que llegan a estas tierras ejércitos dirigidos por una potencia del Mediterráneo es hacia los años 221-220 a. C., si prescindimos de la problemática noticia sobre una incursión anterior de Amílcar, que habría alcanzado la tierra de los vettones hacia el 228 a. C. (Roldán, 1968-69: 93; Canto, 1995: 155). Hacia el 221 a. C., Aníbal realiza una expedición hacia el Noroeste de la Península que, según Polibio (III, 13,5), alcanza las ciudades de *Helmantica* y *Arbucala*, identificadas con Salamanca la primera y con Ledesma (Blázquez y Tovar, 1975: 14) o Toro (Lozano, 1987: 395) la segunda. Para ello debió cruzar el Tajo por algún punto vadeable bien del actual territorio extremeño o más bien por la zona de Toledo, donde es más fácil salvar el río, ya que tiene mejores vados para que cruzara el ejército y los elefantes que, según Polibio, llevaba con él (Fig. 96).

A pesar de haber conseguido derrotar a los pueblos indígenas, este territorio se encontraba muy alejado de las bases de operaciones cartaginesas, por lo que hay que imaginar que se trató de una expedición destinada a conseguir esclavos y botín

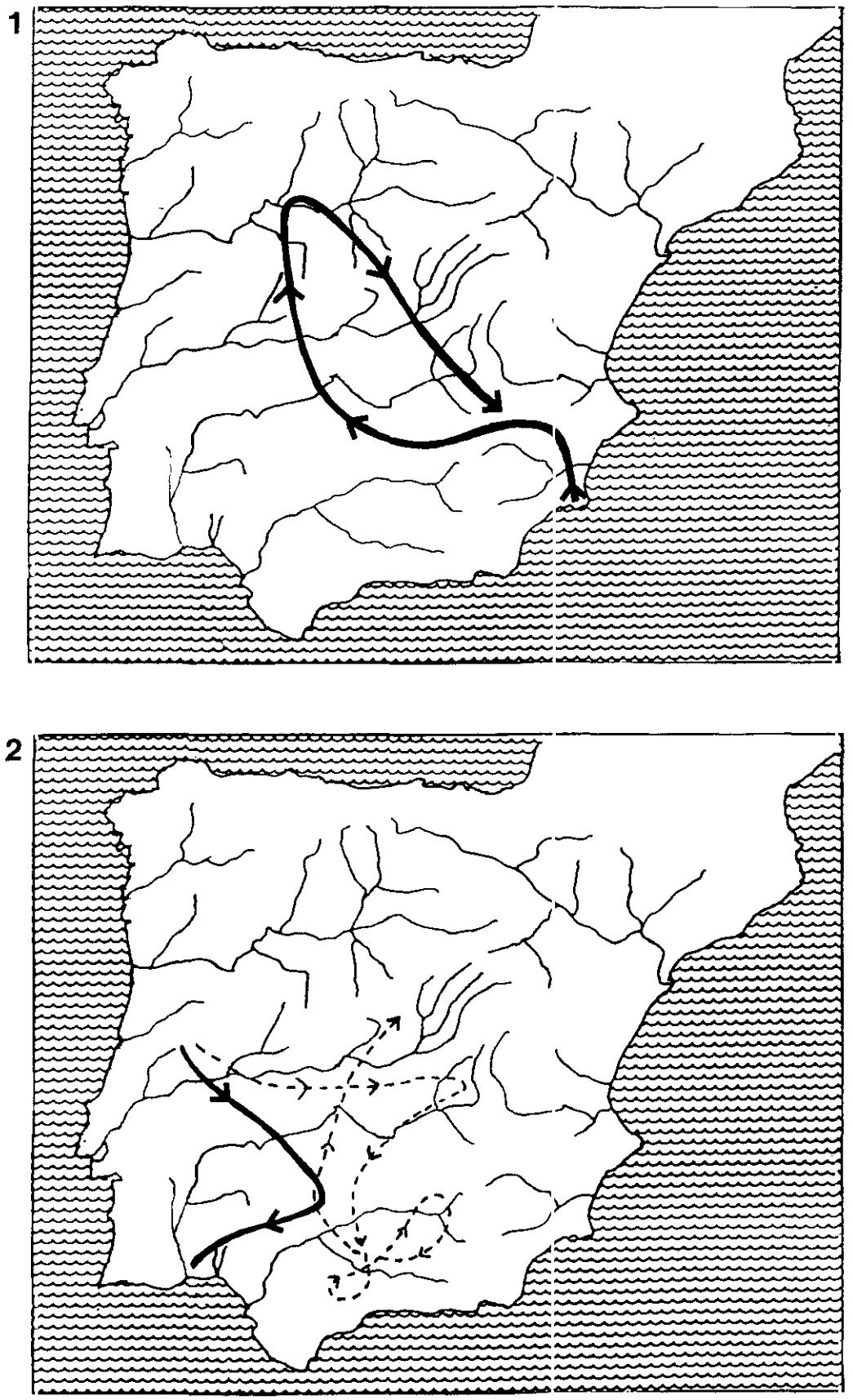


Fig. 96.- 1. Recorrido teórico de las tropas de Anfbal por la Meseta. 2. Incursiones lusitanas en la Bética.

(Francisco, 1989: 59), sin intención de someterlo al control cartaginés de forma estable, sino de hacer una demostración de fuerza a los pueblos del interior para prevenir su ataque y conseguir tener al ejército entrenado y satisfecho con el botín (Lozano, 1987: 395 ss.). Por ello, las consecuencias de esta primera incursión no debieron ser mucho mayores que las de otras razzias protagonizadas por las élites indígenas de comunidades más o menos próximas, excepto que el general cartaginés movilizó a un número de guerreros muy superior y a sus famosos elefantes, que asombraron a la población local, hasta el punto de que su imagen se adoptó en algunos adornos como las fíbulas zoomorfas que representan a elefantes.

Hay que resaltar que no resulta extraña la presencia de las tropas de Aníbal en el interior de la Península, a donde no le sería difícil acceder siguiendo las rutas abiertas por el comercio desde varios siglos antes. De hecho, aunque se considerara tradicionalmente que este territorio no se vio afectado por la II Guerra Púnica, la aparición de las dracmas en los castros que jalonan la ruta natural de penetración hacia la Meseta (Martín Bravo, 1995), del semis del 211 a. C. de Villaviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 132), de un siclo hispano-cartaginés datado entre el 237-206 a. C en Medellín (Haba, 1994: 190) y de un as de Roma con símbolo de punta de lanza, fechado en el 209 a. C. (Almagro-Gorbea y Martín, 1994: 120) hacen suponer que las consecuencias de ese conflicto bélico también afectaron a la zona de la actual Extremadura.

Durante el tiempo que duró el enfrentamiento bélico, es posible que cartagineses y romanos buscaran en estas tierras a mercenarios, como ponen de manifiestos las alusiones de T. Livio a las proezas de los lusitanos en el bando cartaginés (Liv. 21,43-8; 21, 57-5) y el hecho de que las monedas correspondan a numerario partido, hecho que suele estar relacionado con los pagos al ejército (Blázquez Cerrato, 1995: 297), sobre todo en áreas con una economía pre-monetal. Ello pondría a Roma en contacto con la región que estudiamos; posiblemente se daría cuenta entonces de las dificultades de conquista que suponía y la conveniencia de buscar la línea del Guadiana como límite fronterizo de la Ulterior, dada la complicación que entrañaba la línea del Tajo (Tovar y Blázquez, 1975: 43; Pérez Vilatela, 1990: 134).

- La imposición del dominio de Roma.

Durante el siglo II a. C. se sucederán los encuentros entre las tropas romanas y los pueblos del interior. Los escritores grecorromanos nos han dejado numerosas citas sobre las incursiones de lusitanos, a veces aliados con los vettones, sobre las tierras bajo dominio romano, por lo que no cabe duda de que parte de esos contingentes procedían del área extremeña. En realidad, estos enfrentamientos sirvieron para encauzar hacia el exterior la actividad bélica de unas sociedades en las que la guerra pudo ser uno de los mecanismos habituales de obtener riqueza. Por su parte Roma, que estaba extendiendo su dominio sobre todo el Mediterráneo, se veía en la necesidad de implantar su control sobre toda la Península para consolidar su política imperialista y asegurarse el aprovisionamiento de materias primas, quedando convertida ésta en una "zona de explotación romana" (Lozano, 1987: 410 ss.).

Las primeras referencias a los ataques de los lusitanos a las tierras bajo control romano son del año 194 a. C. (Liv., 35,1) y se repiten en el año 190 (Liv., 37 46-7); entre medias, en el 193, son los vettones los que se enfrentaron a los romanos (Liv., 35, 7-6). Por otro lado, en el 188-87, tiene lugar una alianza celtíbero-lusitana para atacar a los dominios bajo control de Roma, dato interesante porque permite conocer la existencia de lazos entre ambos que explican la abundancia de evidencias celtibéricas en el área Extremeña y el Suroeste durante el siglo II a. C. Vuelve a repetirse la alianza en el 155, aunque serán derrotados (Liv., 39, 30-31). A partir de ese momento comienzan las llamadas "guerras lusitanas", en las que participan en determinados casos lusitanos y vettones como aliados (Appiano, 56-57), donde tienen lugar los conocidos episodios de Viriato como jefe militar de las tropas indígenas (Fig. 96,2), que se prolongarán hasta aproximadamente el 136 a. C. (Lozano, 1987: 430 ss.; Francisco, 1989: 61 ss.), cuando los romanos consigan imponer la paz después de la muerte del jefe indígena. En general, parece aceptado que con ello se consiguió someter a la Lusitania del Suroeste, pero no alcanzar la línea del Tajo y, mucho menos, a los territoiros de más al Norte (Pérez Vilatela, 1990: 136; García Moreno, 1987: 69).

Sin embargo, durante el resto de la centuria se suceden los enfrentamientos entre ejércitos romano e indígena, prueba de que Roma sólo había impuesto un teórico control

CUDARO RESUMEN DE LA CONQUISTA DE LA LUSITANIA

Año	Autor	General	Pueblo	Consecuencias
194	Liv. 22, 27-6	Escip. Nascia	Lusitanos	Derrota lusitana
193	Liv. 35, 7-6	?	Vettones	Escaramuzas
190	Liv. 37, 46-7	Paulo Emilio	Lusitanos	Derrota romana
188	Liv. 37, 46-7	?	Lus-Celt.	Sublevación
155	App. 56-57	Manlio	Lus-Vett.	Guerra Lusitana
154	App. 56-57	Calpurnio	Lus-Vett.	Llegan al Océano
153	Diod. 31, 42	Nummnio	Lus-Vett.	Derrota lusitana
152	Polib. 35, 2	Marco Marcelo	Lus-Vett.	Derrota lusitana
151	App. 58-60	Galba	Lusitanos	Derrota romana
150	App. 58-60	Galba Lúculo	Lusitanos	Derrota lusitana
147	App. 61-63	Vetilio	Lusitanos	Saqueo Turdetania
146-143		?	Lus-vett.	Escaramuzas
143	App. 66	?	Lus-vet-celt.	Alianza
141	App. 67-69	F. Max. Servil.	Lusitanos	Reconquista Bética
139	App. 70	Cepión	Lusitanos	Asesinato Viriato
136	App. 71	J. Bruto	Lusitanos	Derrota lusitana
114	Plut. *Gr.*6	Mario	Lusitanos	Escaramuzas
112	App. 99	C. Pisón	Lusitanos	Muerte del pretor
111	App. 99	S. Sulpicius	Lusitanos	Somete la provincia
109	V. Max. 6,9	S. Cepión	Lusitanos	Derrota lusitana
104	Deditio Alcántara			Rendición Seanos
101	*Actas Triunf.*	?	Lusitanos	Escaramuzas
100	*Actas Triunf.*	?	Lusitanos	Escaramuzas
99	*Actas Triunf.*	?	Lusitanos	Escaramuzas
94	*Actas Triunf.*	C. Scipión	Lusitanos	Sometimiento Lus.
80-71	Plut. *Sert.*	Sertorio	Lus-Celt.	Guerras sertorianas
61	Dion Cas. 37,52	César	Lusitanos	Obligación de bajar de las montañas
43	Cic. *Fam.* 10,33		Lusitanos	Ultima revuelta

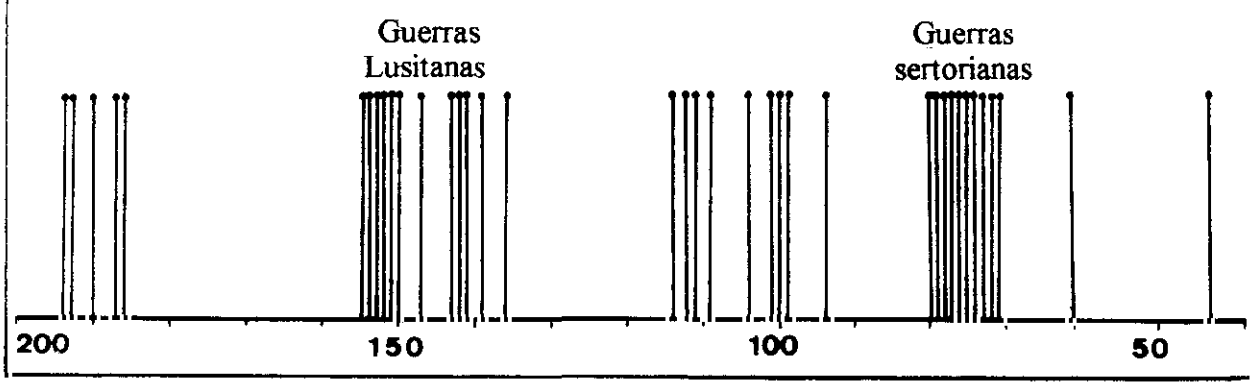


Fig. 97.- Cuadro resumen de la conquista de la Lusitania y gráfico con los años de las batallas.

militar sobre estas zonas, sin conseguir a alterar las estructuras sociales, a cuya cabeza se encuentran unas élites militares muy reforzadas por el ambiente bélico vivido durante todo el siglo, que no pueden renunciar al ejercicio de la guerra.

A finales del siglo II a. C. diversos autores nos trasmiten referencias aisladas sobre conflictos con los lusitanos, que debemos entender afectaban a los diversos pueblos situados en torno al Tajo pues, como indica Pérez Vilatela, "Lusitania sirvió para designar a varias étnias en una gran área del Oeste peninsular" (Pérez Vilatela, 1990: 138). En general, no parece que se hubiera sometido todo el territorio que se extendía hasta la línea del Tajo, como ponen de manifiesto las referencias a que lusitanos y vettones se aliaron contra Roma por esas mismas fechas (Idem, 139) y que, hasta que C. Escipión reprima las revueltas en el año 94, existan numerosos episodios en las fuentes que aluden a conflictos bélicos en el 114, 112, 109, 102, 101, 100 y 96-94 a. C. (Francisco, 1989: 72; Schulten, 1937, IV: 144 ss.) (Fig. 97).

- La *deditio* de Alcántara.

El mejor testimonio sobre esa situación, a parte de las referencias en las fuentes a encuentros ocasionales (App. 99; Val. Max. 6, 9,13;), es la *deditio* de Alcántara. En ese bronce se escribió un documento jurídico de *deditio* del *populus Seano*[] al general *L. Caesius* (López Melero et alii, 1984; Richardson, 1986: 199 ss; García Moreno, 1987: 67). El contenido del texto es el siguiente:

C.MARIO C.FLAVIO
L.CAESIO.C.F.IMPERATORE POPVLVS.SEANO
DEDIT.L.CAESIVS.C.F.IMPERATOR POSTQVAM
ACCEPIT.AD.CONSILIVM.RETOLIT.QVID.EIS.IM
CENSERENT.DE.CONSILI.SENTENTIA.INPERAV
CAPTIVOS.EQVOS.EQVAS.CEPISENT
OMNIA.DEDERVNT.DEINDE EOS.L.CAESIVS.C.
ESSE.IVSSIT AGROS.ET.AEDIFICIA.LEGES.CETE
QVAE.SVA.FVISSENT.PRIDIE QVAM.SE.DEDID
EXTARENT EIS.REDIDIT.DVM POPVLVS
ROOMANVS.VELLET DEQVE.EARE EOS
EIRE.IVSSIT LEGATOS CREN
ARCO CANTONI.F. LETATES

"Siendo cónsules Cayo Mario y Cayo Falvio. El pueblo de los seano[] se rindió incondicionalmente a Lucio Caesio, hijo de Cayo, "imperator". Después de que Lucio Caesio, hijo de Cayo, "imperator", hubo aceptado su rendición, preguntó al Consejo lo que consideraba adecuado exigirles. A partir del dictamen del Consejo, exigió los prisioneros, los caballos y las yeguas que hubieran cogido. Lo entregaron todo. Lucio Caesio, hijo de Cayo, determinó que quedaran como estaban los campos y las construcciones, las leyes y las demás cosas que hubieran tenido hasta el día de la rendición se les devolvió para que siguieran en uso mientras el pueblo romano así lo quisiera. Para tratar de ello ordenó que fuesen sus legados ...Cren.. y Arco, hijo de Cantono, legados".

Con ello se pone de manifiesto que a finales del siglo II a. C.,el ejército romano no había conseguido asegurar todavía la línea del Tajo, sometido a una guerra difícil en que se tuvieron que enfrentar a una sociedad fragmentada en *populus*. Las tropas de Roma no debieron conseguir imponerse cuando se vieron obligados a firmar acuerdos de rendición tan parciales.

Este episodio es fundamental para conocer el equilibrio de fuerzas que se producía en aquellos momentos, porque revela que la sociedad castreña tenía suficiente capacidad militar para enfrentarse a Roma con éxito, aunque a la postre acabara por ser sometida. Ello implica que estas gentes tenían a punto todo el aparato de defensa tanto de tipo material, sobre todo las murallas, como de las clases sociales dedicadas a la guerra.

Pero el dato más interesante para este estudio es que se pactó con un *populus*; no se hace alusión a que la parte sometida esté representada por una *civitas*, un *castrum* o un *oppidum*, lo cual es un indicio de que los asentamientos de este área no habían alcanzado el grado de desarrollo que conlleva una organización urbana, en el que la ciudad tiene entidad para representar a todo su territorio.

Sin embargo, estos castros sí podían tener un aspecto similar al de cualquier ciudad, pues en el texto de la *deditio* se dice expresamente de quedaron como estaban los *aedificia*, lo que quiere decir que el enviado romano observó que existía una arquitectura desarrollada. Además, rodeando al castro debieron extenderse campos cultivados, puesto que se mencionan las tierras con el nombre específico de *agros*, término que hace alusión a terrenos de labor. También se hace referencia en el texto a las leyes de este *populus*, lo cual es una clara referencia a que se les consideraba una

sociedad evidentemente desarrollada, que se caracteriza por tener sus propias normas para legislarse; es posible una de esas normas fuera el sistema de doble magistratura para gobernar al pueblo, representada en la deditio por las dos personas que actúan de legados.

Con éste y posiblemente otros acuerdos similares, que desconocemos, parece que se consiguió un periodo de cierta calma, porque no vuelven a aparecer menciones de enfrentamientos hasta el año 80 a. C., fecha en que los lusitanos se pusieron bajo las órdenes de Sertorio (Plutarco, *Sert.*, 10) para volverse a enfrentar a Roma (Lozano, 1987: 460 ss.). Estos acontecimientos son importantes porque a raíz de estos nuevos levantamientos el cónsul Q. Cecilio Metelo Pio, gobernador de la Ulterior, inicia la fundación de enclaves militares destinados a garantizar la seguridad de la ruta natural de penetración desde el Sur hacia la Meseta por Extremadura, con el fin de garantizar definitivamente la línea del Tajo. Con esas primeras fundaciones se dió el primer paso para organizar una reestructuración del territorio de acuerdo a la política de ocupación romana.

Hasta el 71 a. C. no consiguieron los romanos liquidar la resistencia sertoriana, pero aún después, en el año 62 a. C. tendrán que enfrentarse a una sublevación de los lusitanos que se resistían a abandonar sus poblados en alturas para instalarse en el llano (Dion Cass., 37, 52-53; Plutarco, *Caes.* 12). César consigue definitivamente someter bajo dominio romano a toda la Lusitania y funda en la Alta Extremadura la colonia de Norba Caesarina. Con ello se logra la incorporación definitiva de todo este territorio al control de Roma.

VI.2.- EL POBLAMIENTO.

- El surgimiento de los *oppida*.

A finales de la Edad el Hierro se observa la aparición de núcleos de población de gran tamaño que rompen la homogeneidad del poblamiento que había caracterizado hasta entonces a la Alta Extremadura. Algunos poblados llegan a superar las 10 ha.,

como el Zamarril, Sta. Marina de Cañaveral o el castro de Almaraz, alcanzando en algunos casos incluso las 40 ha. como en Villasviejas de Casas del Castañar. Con ellos aparece lo que denominamos el *oppidum*, elemento jerarquizador del control del territorio que acapara las funciones de centro político y administrativo frente a los demás castros (Collis, 1984: 8; Woolf, 1993: 227; Almagro-Gorbea, 1994: 26).

En ningún caso parece que estos centros surgieran *ex novo* en este momento; al contrario, debieron crearse durante los siglos anteriores, por lo que los hemos analizado en el capítulo anterior, aumentando su preeminencia sobre los demás poblados en un momento avanzado de su existencia. De hecho, esos grandes poblados ofrecen elementos de cultura material que se inscriben en el siglo II-I a. C., y a esta última etapa de su ocupación debe atribuirse la creación de los grandes recintos que han llegado hasta nosotros. Ello resulta evidente sobre todo en el caso de Sta. Marina de Cañaveral, con abundantes muestras de época romana que superan con creces la zona donde se concentra el material estrictamente prerromano.

Lo mismo podría señalarse de otros castros cuyo tamaño se sitúa entre las 6-7 ha., como Villasviejas del Tamuja, Sansueña o el Berrocalillo, que también suponen una ruptura en el ranking de los tamaños y, además, están aislados en un territorio amplio. Villasviejas del Tamuja estuvo ocupada durante la primera mitad del siglo I a. C. (Hernández, 1993: 124), pero en su última etapa se construyeron las viviendas sobre la muralla (Ongil, 1991:250), rebasándose por tanto sus límites. Lo importante es que ya vimos cómo este castro, ocupado desde el siglo IV a. C., ofrece tramos de sus murallas construidas con lajas de pizarra en los lados que dan sobre el río, mientras que las zonas de acceso presenta los tramos construidos con un paramento de bloques regulares, técnica que no es habitual en la región y que sin duda es de cronología posterior. Por ello no sería descartable que fuera en una época relativamente reciente, en torno al siglo II, cuando este castro alcanza las dimensiones actuales.

En Sansueña también se comprueba que el segundo recinto se adosa al primero, utilizando en él unos tramos absolutamente rectos que evidencian una cronología más reciente que el resto de la construcción. En el Berrocalillo se documenta un fenómeno similar, además de contar con el testimonio del abundante numerario de época romana republicana depositado en el Museo Provincial de Cáceres, que pone de manifiesto la

pujanza de este enclave en su etapa final.

Algo similar se ha observado en los castros de la zona de Avila, concretamente en el emblemático caso de Las Cogotas, donde las recientes excavaciones han permitido constatar que el recinto más externo debió construirse muy al finales del siglo III o comienzos del II a. C. (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís, 1995: 222).

Aunque en Extremadura estamos faltos de cronologías que daten las murallas de los castros, existen indicios más que probables de que el crecimiento de estos recintos fortificados debió producirse en un momento muy avanzado del Hierro Pleno, que debe situarse en el siglo II a. C., poco tiempo antes de la conquista romana, como sucedió en otras zonas hacia donde se extendió el dominio de Roma (Buchsenschutz, 1990: 193). En esa época, los acontecimientos bélicos que tuvieron lugar en estas tierras debieron obligar a cohesionarse a la sociedad y, en consecuencia, al surgimiento de auténticas ciudades que en algunos casos incluso llegan a emitir moneda, como Tamusia (*vid. supra*; García y Bellido, 1995: 281; de Hoz, 1995: 318).

Por lo general, fueron los castros que controlaban un amplio territorio a su alrededor o zonas de paso, los que alcanzaron una mayor extensión, alterando la uniformidad de tamaños que caracterizaba al patrón concentrado en torno a los ríos durante la etapa anterior. Es evidente que los factores de índole estratégica debieron contribuir al desarrollo de unos centros más que otros, pero sin duda a ello ayudaría el poder alcanzado por las oligarquías locales, cuyo prestigio pudo servir para encumbrar a determinadas ciudades. Se asiste con ello a la última etapa de desarrollo del patrón de asentamiento de los castros, antes de que se tuvieran que abandonar en favor de los nuevos asentamientos romanos ya en la segunda mitad del siglo I a.C. o comienzos de la centuria siguiente.

- La nueva estructuración del territorio: las ciudades romanas y los asentamientos rurales.

La conquista del territorio por las tropas romanas dio paso a la implantación de un nuevo modelo de ocupación y explotación del territorio dirigido desde Roma. Los

primeros enclaves romanos en Extremadura surgen para hacer frente a las exigencias bélicas, lo que determinó que estas fundaciones tuvieran un fuerte carácter militar, cuya misión fue guarnecer determinadas áreas dejando destacamentos estables en puntos estratégicos del territorio, bien protegidos, desde los cuales lanzar una ofensiva hacia territorios vecinos. Ello explica que las primeras fundaciones romanas en este territorio, cuya conquista se presentaba difícil, fueran los "castra". El más antiguo fue "**Castra Servilia**", que toma el nombre de su fundador Servilio Cepión durante las guerras contra Viriato (Schulten, 1937: 123), del que se desconoce su ubicación aunque se han propuesto diversos emplazamientos en las proximidades de la ciudad de Cáceres (Roldán, 1971: 82; Sayas, 1985; Salas y Esteba, 1994: 35).

Por iniciativa de Q. C. Metelo se crean nuevos enclaves cuya finalidad fue hacer frente a las necesidades que le planteaba la guerra contra Sertorio. Para asegurarse una buena base de operaciones, dejando una retaguardia segura, decide fundar ***Metellinum*** junto al Guadiana, en el 79 a. C. (Tovar, 1976: 231 ss.; Haba, 1994). Aprovechó la existencia de un núcleo urbano anterior desde el que se controlaba uno de los pasos con más facilidad para vadear el río de todo su tramo medio y con fácil acceso desde *Corduba*. Desde allí se proponía trazar un eje de dirección Norte Sur que le permitiera cruzar el Tajo y adentrarse hacia la Meseta siguiendo una ruta natural de comunicación (Alvarez et alii, 1985: 109). Para ello funda dos sólidos campamentos: "Castra Caecilia", en las inmediaciones del actual Cáceres, y "Vicus Caecilius", aún sin localizar.

Castra Caecilia se ha identificado con el enclave conocido con el topónimo de Cáceres el Viejo, excavado por Schulten (Ulbert, 1984; Sánchez Abal, 1983). Según esos trabajos, el campamento estuvo poco tiempo en uso, una campaña según Schulten y algunos años más según Ulbert, aunque bastantes años después Plinio (N.H., 4, 17) lo cita como tributario de la colonia de Norba (Alvarez et alii, 1985: 110), por lo que algunos autores consideran que pudo seguir ocupado por un reducto pequeño de gentes suficiente para que se considerara oportuno anexionarla a la colonia (Sayas, 1983: 243). El problema está sin resolver, porque los últimos hallazgos en torno a la vía romana apuntan para Castra Caecilia un emplazamiento cercano a la actual plaza de toros (Alvarez Rojas, 1985: 116; Salas y Esteban, 1994: 39).

Mucho menos se sabe de ***Vicus Caecilius***, puesto que no se ha podido localizar.

Lo cierto es que debió estar al Sur de las estribaciones del Sistema Central, bien en las proximidades del Puerto de Béjar según Roldán (1974) o bien cerca de Baños de Montemayor (Schulten, 1949). En cualquier caso, controlando el paso desde la cuenca del Tajo a la Meseta por cualquiera de estos dos pasos naturales.

Sin embargo, la verdadera política romana de implantación sobre este territorio no se materializará hasta la fundación de la ***Colonia Norbensis Caesarina***, en el sitio donde se encuentra el actual Cáceres. La identificación de este lugar con dicho nombre ha sido posible gracias a la aparición de varios epígrafes en los que se puede leer el nombre completo (García y Belido, 1959: 478; Salas y Esteban, 1994: 22 ss.), junto al nombre de su patrono Cornelio Balbo. Ello, unido al hecho de que la colonia se llame Norba, lleva a suponer que debió fundarse hacia el año 35 a. C., siendo cónsul *Norbanus Flaccus*, yerno del patrono de la colonia (García y Bellido, 1966: 279 ss.; Galsterer, 1971: 23), aunque el cognomen de *Caesarina* pudiera hacer referencia a un campamento anterior, de época de César (Idem).

Aunque se conoce muy poco sobre la historia de este sitio, lo cierto es que en sus proximidades fue frecuente la presencia de tropas, de donde pudo surgir algún núcleo de población que luego se transformó en colonia (Sayas, 1983: 244). En cualquier caso, no creemos que fuera tanto la anterior presencia de campamentos lo que motivó la elección de este enclave como el hecho de que se encuentre estratégicamente situada sobre una antigua ruta natural de paso que comunicaba los vados de la zona central del Guadiana con el vado de Alconétar en el Tajo, en el centro de una amplia penillanura que ofrecía unas buenas condiciones para ser explotada.

Se inicia así la verdadera estrategia romana para controlar el territorio, que estará basada en una nueva ordenación de los asentamientos. El resultado final es la aparición de una serie de ciudades que controlan un amplio territorio a su alrededor delimitado por barreras naturales, destacando entre ellas tres ciudades estipendiarias: *Augustobriga*, *Caparra* y *Caurium*, más al menos otros dos grandes núcleos de los que desconocemos su "status" jurídico: *Valentia* y *Turgalium* (Fig. 98).

De todas ellas tenemos una información muy fragmentaria. La mejor conocida es ***Cáparra***, cuyo nombre se ha conservado casi sin variaciones hasta la actualidad. La cita Ptolomeo dos veces, una como ciudad vettona (*Geo.* II,5) y otra como lusitana (*Geo*, II,6-

7), lo cual ha dado lugar a diversas explicaciones: para unos es la prueba de que estaba en los límites entre una y otra étnia o la delimitación variaró con la imposición de la política de Roma (Blázquez, 1965: 6). Para otros, ello pudo estar relacionado con el hecho de que surgiera de un antiguo asentamiento prerromano (Cerrillo, 1993: 150), dato que está sin contrastar porque las excavaciones no han documentado más que algunas piezas aisladas de clara raigambre local en la ciudad y su necrópolis (Cerrillo y Herrera, 1992: 13), hecho que también pudiera deberse al traslado de población indígena desde sus núcleos de orígenes. En cualquier caso queremos destacar el hecho de que a tan sólo 20 km. en línea recta existía un *oppidum* prerromano que estuvo ocupado al menos hasta finales del siglo I a. C.,el Berrocalillo, dotado de unas sólidas murallas, próximo a la ruta natural de penetración que más tarde se convertiría en Vía de la Plata y estratégicamente situado para controlar un territorio similar al de la futura Cáparra. Sin embargo, los romanos no favorecieron el desarrollo de este asentamiento, que se abandona. En su lugar surge Cáparra, quizás para romper con la organización territorial indígena. La ciudad alcanzó una extensión de unas 16 ha. y el *status* de *municipium* en época flavia.

También de ***Caurium***, otra de las ciudades estipendiarias, se ha dicho que pudo estar situada sobre un asentamiento prerromano anterior, cuya existencia tan sólo estaría avalada por la aparición de esculturas zoomorfas en sus proximidades; sin embargo, Martín Valls ya indicó que el lugar no es el habitual de los poblados indígenas (1970: 448) y las excavaciones realizadas allí hasta el momento no han deparado ningún material prerromano (Martín Valls, comunicación personal). En cambio, existió un *oppidum* prerromano a tan sólo 10 km. de la futura Caurium que, como sucedió con otros *oppida*, se abandonó en favor de los nuevos establecimientos romanos. Esta ciudad estipendiaria alcanzó más tarde el rango de *municipium*, asignándole la tribu Quirina (Francisco, 1989: 250). De ella se conserva gran parte del trazado de la muralla, con al menos tres de sus antiguas puertas flanqueadas por torres, aunque se desconoce su organización interna porque prácticamente no se han realizado excavaciones en su interior.

La tercera ciudad estipendiaria fue ***Augustobriga***, situada bajo Talavera la Vieja, en el límite con la Citerior. Ocupa precisamente el enclave donde se situaba el antiguo

asentamiento orientalizante (*vid. supra*), como sucede en Medellín, aunque no hay indicios seguros de que estuviera ocupado hasta época prerromana pues no existen evidencias de esa época si se exceptúan las esculturas zoomorfas; además este enclave no reúne las habituales características de los castros prerromanos que se señalaron más arriba (*vid. supra*). Sin embargo, el sitio sí se adecúa a la estrategia romana, pues está situada sobre una importante zona de paso desde la que se puede acceder a la zona central de la Meseta. De hecho, Augustobriga nace como una mansio del *Alio itinere ab Emerita Caesaraugustam* (Corrales, 1988: 37), quizás en época de Augusto como pone de manifiesto su nombre, aunque en época flavia se dotó de una organización administrativa que copia a la de Roma, como pone de manifiesto el epígrafe en el que consta un *senatus populusque Ausgustobrigensis* (C.I.L.,II, 5.346).

De esta ciudad se conocen algunos de sus monumentos más destacados, entre ellos el templo rescatado de las aguas del embalse de Valdecañas que se conserva en una de sus orillas, junto a la carretera Navalmoral-Guadalupe. Ello muestra el fuerte desarrollo monumental que experimentó la ciudad, que puede reflejar un fenómeno similar al de otras peor conocidas. Las características constructivas del templo, edificio tetrastilo de granito, con pronaos y amplia cella, que presenta un arco de descarga en el tímpano, similar al del llamado "templo de Diana" de Mérida, permite fecharlo en el siglo I d. C.. Además, al bajar las aguas del pantano y dejar al descubierto la antigua ciudad, hemos podido comprobar que existían otros edificios de granito rodeando al que ahora se encuentra desplazado; estos edificios aparecen en torno a la plaza del pueblo moderno, algunos bajo sus más importantes edificios modernos, como la Iglesia, lo cual permite confirmar que allí se ubicaría el foro de la ciudad romana, compuesto por un conjunto monumental destinado a servir de propaganda a la política urbanística de Roma.

Turgalium y ***Valentia*** se supone que ocuparon los mismos enclaves que las actuales Trujillo y Valencia de Alcántara, a pesar de que de las antiguas ciudades se desconoce casi todo. Tan sólo las inscripciones epigráficas confirman su ubicación y, en el caso de Valencia, los restos de un acueducto y puentes romanos (Fernández Corrales, 1988: 40). En este último caso eixste una polémica sin resolver sobre si la Valentia fundada por Bruto con los veteranos del ejército de Viriato es Valencia de Alcántara o

Valencia del Cid. La mayoría de los autores se inclinan por identificarla con Valencia del Cid (Torres, 1951; García y Bellido, 1962) puesto que fue esa ciudad la que se convirtió en colonia romana en el siglo I d. C. aunque no existen actualmente argumentos definitivos para confirmar esa hipótesis (Fletcher, 1963: 206; Francisco, 1989: 71), siendo factible que los veteranos de Viriato se asentaran en la *Valentia* lusitana.

Aunque no se conocen con exactitud los límites de los territorios que administraban estas 6 ciudades, parece acertado considerar las barreras geográficas como límites naturales entre ellas (Cerrillo et alii, 1990: 55 ss.). Sin embargo, hasta ahora no se han podido precisar con mayor detalle los territorios adjudicados a esas ciudades, dado que no han llegado hasta nosotros testimonios epigráficos que nos ayudaran a conocer donde se situaban el final de los *termini* de cada ciudad. Un intento de reconstrucción teórica ha realizado Fernández Corrales (1988) aplicando los polígonos de Thiessen, adecuando en la medida de lo posible los límites teóricos a ciertas barreras naturales que hubieran podido servir de delimitación; en trabajos posteriores se han seguido matizado esos límites (Cerrillo et allii, 1990), pudiéndose entrever cuál fue la distribución lógica de los territorios de las principales ciudades de la lusitania, aún sin conocerse sus límites reales (Fig. 98).

En esa línea, un reciente trabajo sobre el territorio de la colonia metelinense (Haba, 1994) ha podido determinar cúal pudo ser ese territorio a partir de argumentos geográficos e históricos (Idem: 316). El resultado no se aparta subtancialmente de las dimensiones propuestas por Cerrillo et alii (1990), pero sus límites son más reales. En cambio, se ha observado una concordancia total con el territorio que constituyó la Comunidad de Villa y Tierra de Medellín (Haba, 1994: 324).

Siguiendo esa línea de trabajo y aprovechando la experiencia que proporciona el caso de Medellín, se podrían intentar reconstruir los territorios de algunas ciudades romanas de la Alta Extremadura a partir de las Comunidades de Villa y Tierra que posteriormente se erigieron sobre ellas. Resulta interesante, por ejemplo, el caso de *Turgalium*, porque los límites de su Comunidad coinciden con elementos del paisaje (Martínez, 1983: 649 ss.) que también pudieron haber actuado como demarcadores en la Antiguedad. Resultaría un territorio delimitado por el río Tamuja, el Almonte, la Sierra de las Villuercas y, al Sur, la Sierra de Montanchéz, desde donde se aprecia un

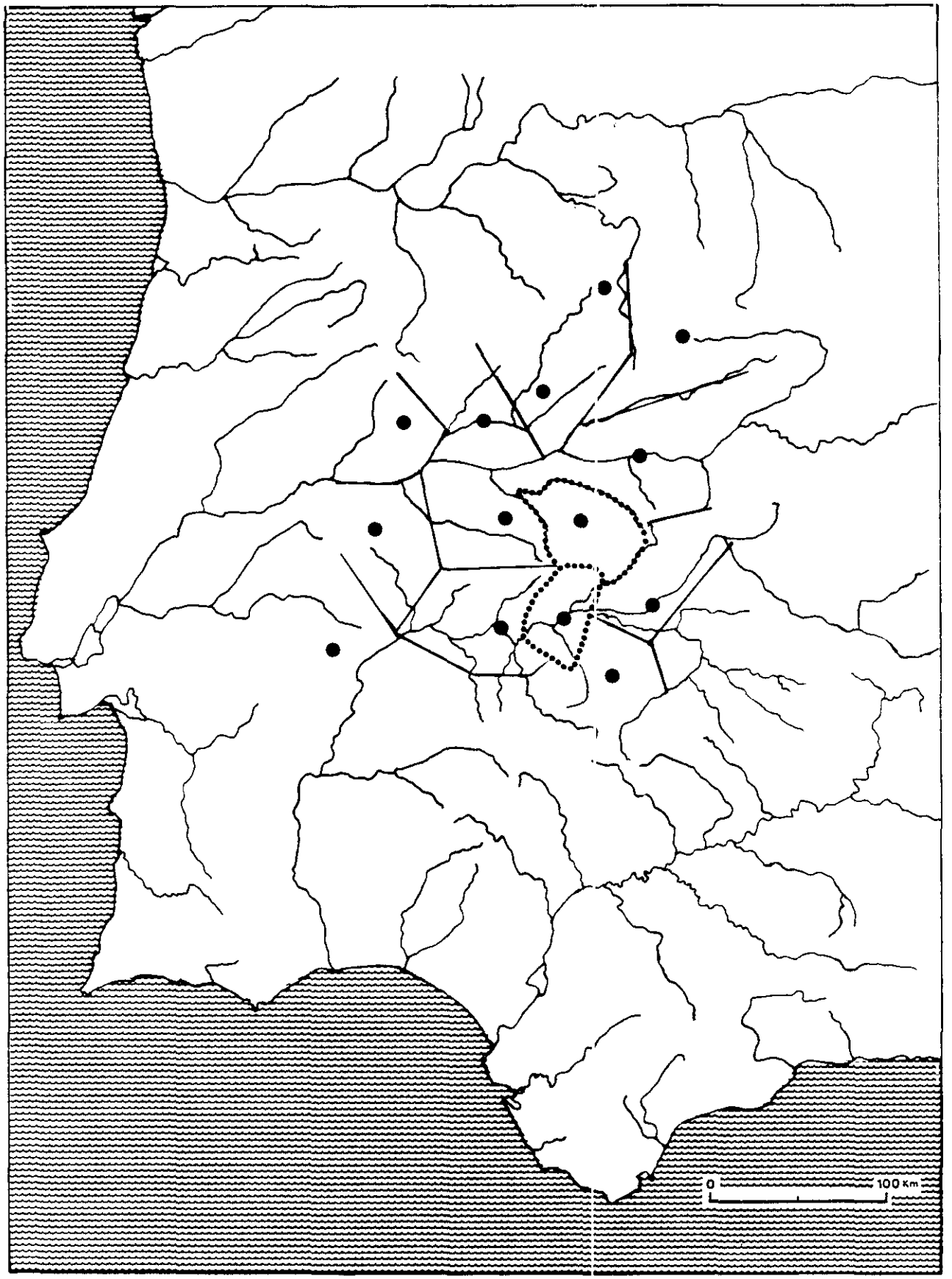


Fig. 98.- Delimitación de los territorios de las ciudades romanas según los polígonos Thiessen (—) y los datos aportatados por las posteriores Comunidades de Villa y Tierra (...).

cambio importante con el territorio que ya pertenecería a la Comunidad de Medellín, que también pudo servir para separar los territorios de las dos ciudades romanas, más o menos coincidiendo con el límite actual de Miajadas (Haba, 1994: 319). Ahora bien, si en este caso es verosímil la reconstrucción de su territorio a partir de esa información medieval, en los demás resulta arriesgado porque no existen elementos paisajísticos tan claros que actúen de delimitación.

Quedó así el territorio dividido en espacios regulares separados por cursos de ríos o cadenas montañosas (Fig. 98). Cada uno de esos espacios es administrado desde una ciudad que se sitúa en el centro y desde la que se organiza una trama de explotaciones agrícolas perfectamente planificada. Ello determinó que a partir del siglo I la llanura aparezca intensamente ocupada, frente al vacío de estructuras estables que había caracterizado al período anterior.

Los trabajos de prospección realizados en la comarca de Alcántara nos han permitido localizar algunos de esos asentamientos rurales romanos en las tierras con mayor potencialidad agrícola, separados unos 4 kms. entre ellos. En cualquier caso, al no ser una prospección de cobertura total no se ha podido conocer la totalidad del patrón, limitándose los resultados a constatar la presencia de los asentamientos regularmente distribuidas en las zonas más llanas y con mejores suelos de toda la comarca. La amplia dispersión que alcanzaban algunos de estos yacimientos, cuyos materiales de superficie aparecían en un radio de 400 m. en torno al punto central, hacen pensar en la existencia de importantes explotaciones agrícolas que se debieron ir consolidando a lo largo del Imperio.

En otras áreas de la provincia se ha podido constatar un fenómeno similar (Cerrillo et alii, 1990: 61 ss.). Especialmente interesantes son los resultados obtenidos en los alrededores de Cáparra, donde se ha podido documentar que los asentamientos rurales se distribuyen por el territorio en intervalos regulares de unos 2,5 km. entre ellos, aumentado esa distancia hasta los 4 km. en las zonas marginales. En torno a Norba la separación media entre los asentamientos es de unos 3 km., acercándose hasta un 1,5 km. en determinadas áreas y distanciándose en las zonas con tierras pardas meridionales sobre granitos, menos productivas (Alonso, Cerrillo y Fernández, 1992-93: 81 ss.).

En definitiva, el dominio de Roma sobre este territorio se percibe de manera

contundente en la transformación del modelo de ocupación del espacio indígena, implantando unas nuevas directrices que, con algunas alteraciones, se han mantenido hasta la actualidad.

* * * *

De todo lo expuesto se deduce que las pautas cronológico-culturales que determinaron la configuración de las estrategias de ocupación del territorio en la Alta Extremadura durante todo el último milenio a. C., pueden ser leídas en el paisaje. Por ello resulta de gran interés terminar este trabajo reconstruyéndolas en un micro espacio que, en unos pocos kilómetros, nos permita contrastar el esquema de evolución propuesto en las páginas anteriores.

Para ello hemos escogido una estrecha franja de terreno que reunían en unos 20 km. de longitud las formaciones geomorfológicas más representativas de la región, representada en la Fig. 99. Corresponde a un tramo de la falla de Plasencia a su paso por Araya, desde el Cerro de la Cebeza de Araya hasta el vado de Alconétar, espacio en el que se ha localizado una secuencia de poblamiento que abarca desde el Calcolítico hasta época medieval y moderna. Estos datos nos permiten señalar cómo en un territorio concreto cada sociedad "elige" para asentarse unos lugares concretos que reúnen determinadas condiciones y rechazan lo demás. Esa selección se materializa en unas pautas que son comunes a grupos que comparten identidad cultural, porque es su respuesta ante determinada coyuntura histórica, económica y social.

La Fig. 99 nos permite observar gráficamente como las comunidades del Bronce Final efectivamente se asentaron sobre los puntos más destacados del paisaje, de acceso difícil, pero desde donde se divisa un amplio territorio a su alrededor (Fig. 99, 1-2). Algunos de estos poblados continuaron en uso durante el Hierro Inicial, con el añadido de una incipiente muralla (Fig. 99, 2).

Sin embargo, durante el Hierro Inicial se aprecia un paulatino abandono de los

lugares en alto en favor de sitios camuflados en el paisaje que buscan las márgenes escarpadas de los ríos; ello les asegura también una buena defensa natural pero acarrea una notoria pérdida de control visual sobre el terreno circundante (Fig. 99, 5), proceso

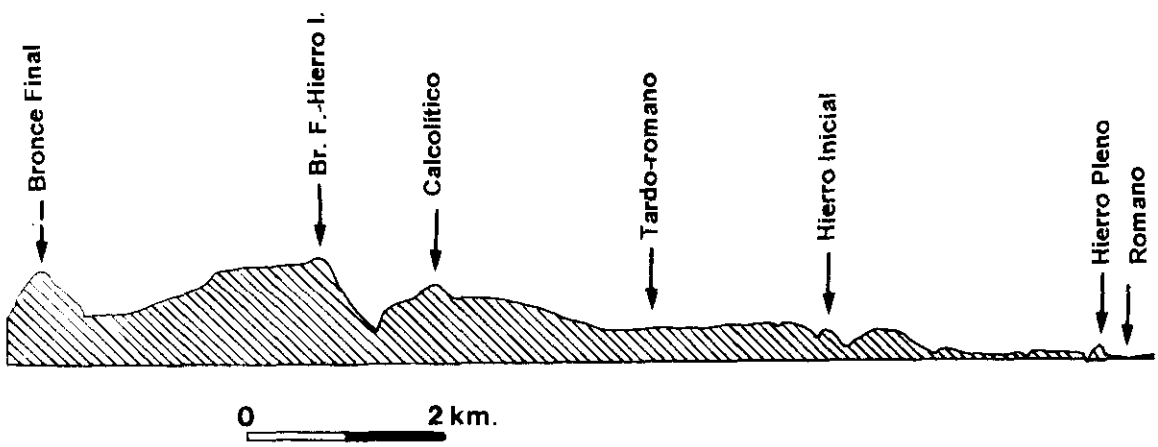


Fig. 99.- Perfil topográfico del valle de Araya y principales yacimientos documentados.

que continúa durante el Hierro II (Fig. 99, 6) porque gran parte de ellos se asientan en puntos de menor altitud que la penillanura, aunque se observa de forma paralela un reforzamiento de la arquitectura defensiva. En el siglo I d. C. los castros se han abandonado y surgen en los terrenos más llanos asentamientos rurales romanos sin ningún tipo de preocupación defensiva y de clara vocación agrícola (Fig. 99, 7), que responden a una estrategia de ocupación del espacio muy diferente a la que había caracterizado a la Edad del Hierro.

VII.

CONCLUSIONES: LAS SOCIEDADES DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA ALTA EXTREMADURA

A lo largo de este trabajo hemos estudiado las manifestaciones culturales más representativas de las poblaciones de la Alta Extremadura desde el Bronce Final hasta la imposición del dominio romano. Ello nos ha permitido conocer la evolución socio-cultural de una región bien delimitada por barreras orográficas, que a su vez se constituye como una zona de paso entre la Meseta y el Suroeste peninsular, por lo que ofrece particular interés en su desarrollo para entender los procesos de cambio ocurridos durante el último milenio a. C. en gran parte del Occidente Peninsular. Nuestro objetivo ha sido reflexionar sobre la lenta transformación de la sociedad durante ese largo espacio de tiempo en el que se modificaron profundamente las formas de vida, que se tradujo en la aparición de poblados cada vez más estables y, posteriormente, los castros fortificados.

En esta región, el registro arqueológico muestra que no existe una ruptura entre las poblaciones que empezaron a construir poblados permanentes amurallados y las generaciones que les habían precedido en al menos dos o tres siglos. La lectura atenta de las huellas dejadas por esas gentes indicaba que las condiciones que posibilitaron ese fenómeno durante la Edad del Hierro se habían producido en el período anterior.

Desde finales del II milenio a. C. se observa cómo los grupos humanos invierten cada vez mayor esfuerzo en acondicionar las viviendas, que son cabañas de ramajes, pero que en algunos casos cuentan con suelos de piedras y muretes interiores, posiblemente debido a que los habitantes están residiendo en ellas durante períodos cada vez más largos. Además, las minuciosas excavaciones de los últimos años están detectando varios momentos de ocupación separados por cortos intervalos de tiempo en un mismo yacimiento (Vilaça, 1995: 150) evidenciando que los habitantes vuelven periódicamente

a los mismos sitios. Los poblados se asientan sobre puntos destacados del paisaje, generalmente eligiendo crestones de serrezuelas cuyo acceso es francamente difícil, desde donde dominan un amplio territorio a su alrededor y, al mismo tiempo, son divisados desde muchos km. a la redonda.

Los análisis polínicos revelan que el bosque atlántico-mediterráneo estaba sufriendo un proceso de degradación y en su lugar surgen plantas poco exigentes que se encargan de recolonizar el suelo, como las cistáceas. Ese proceso debió ser consecuencia de un paulatino aclarado de las especies arbóreas que existieran junto a los poblados, para favorecer la siembra de algunas especies vegetales, de las que hasta el momento se ha documentado la cebada (*Hordeum vulgare L.*), testimonio del continúo avance de la agricultura. Sin embargo, la base de la economía siguió siendo la actividad pastoril, mejor adaptada al entorno de estos poblados en alturas, que se complementaría con la recolección de frutos del entorno. Los ovicaprinos fueron las especies más consumidas en los poblados y en mucha menor medida los bóvidos y algunos cerdos. Se han encontrado abundantes restos de fauna junto a los hogares, evidenciando un consumo de carne mantenido, en el que no están presentes las especies cazadas (Telles, 1992: 36). Estos datos ponen de manifiesto un desarrollo de las fuerzas productivas, con una lenta extensión de la agricultura en detrimento del bosque y una cabaña ganadera en crecimiento que permite prescindir en gran medida de los animales salvajes, iniciándose un proceso que dará lugar a la aparición del actual paisaje de "dehesa".

Estas mejoras de las bases de la economía repercutieron positivamente sobre otras actividades que hasta entonces estaban poco desarrolladas, como el artesanado y los intercambios. En los poblados de principios del I milenio a. C. empezaron a ser abundantes los pequeños objetos de bronce de uso doméstico, pero junto a ellos comienzan a aparecer los primeros objetos de hierro, adornos y objetos suntuarios que imitan modelos lejanos, incluso el ámbar o el oro, que sugieren una ocupación de estos sitios por parte de las élites (Cunliffe, 1990: 333). La función de estos raros y preciados objetos debió ser la de afirmar el prestigio de unas minorías que se esfuerzan en demostrar su poder atesorando, además de comida, objetos inalcanzables para el resto de la población (Bradley, 1984: 137).

Por otra parte, las estelas decoradas del Suroeste nos dibujan a ciertos individuos

rodeados de sus emblemas de distinción personal, precisamente el armamento y los objetos exóticos. Y nunca habían sido tan abundantes los hallazgos de armas como hasta ahora, época en que se multiplican las espadas, lanzas y puntas de flecha, la mayoría de ellas de clara tipología atlántica y muchas localizadas en lugares estratégicos de las vías naturales de comunicación, depositadas como parte de un ritual que pretende asegurar el control sobre esos sitios (Ruiz-Gálvez, 1995: 135). En una época en la que casi todos los útiles de trabajo son de piedra o madera, se está produciendo un crecimiento espectacular de la metalurgia, cuyas producciones circulan por toda la fachada atlántica y llegan hasta estas tierras del interior, dedicándose una parte importante de ella al servicio de los elementos de guerra o de ostentación, pero a la larga, ello redundó en su aplicación al ámbito cotidiano y las faenas domésticas.

Por tanto, se observa que el fenómeno que posibilitó el aumento de poder de ciertos individuos debió estar sustentado en el crecimiento agrícola y pastoril, que permitió la acumulación de bienes de primera necesidad. Junto a ello se empiezan a notar los efectos positivos de otro motor que contribuyó de forma decisiva al enriquecimiento de esos individuos: el control de los recursos mineros de la Alta Extremadura, especialmente la casiterita, y los intercambios. De hecho, las afloraciones más importantes de casiterita de la región tienen algún poblado en las cercanías, como S. Cristóbal de Logrosán o La Silleta, aprovechando también la proximidad de vías naturales de comunicación. Este proceso genera una conflictividad y tensiones entre los grupos, que les lleva a asentarse en sitios bien defendidos. La inestabilidad favorece la consolidación de las élites, porque se convierten en garantes de la defensa del grupo. Por ello, en las estelas, estas élites se nos presentan como auténticos "señores de la guerra", aunque su encumbramiento estuvo sin duda vinculado al control de los excedentes agrícolas, ganaderos y mineros, que serán utilizados para adquirir los elementos de prestigio que les permitirán hacer público su poder (Ruiz-Gálvez, 1989: 52). De ahí la importancia de tener acceso a los bienes llegados de fuera y acumular riqueza. El aprovisionamiento de esos bienes pudo funcionar de varias formas: el intercambio de los excedentes locales por objetos foráneos; el intercambio de regalos entre distintos jefes de clanes (Renfrew, 1986) o la acumulación de riqueza mediante el saqueo, forma que es difícil de documentar en la arqueología, pero que por ejemplo Duby considera que

en época medieval fue una forma habitual de enriquecimiento y uno de los factores que aceleró el crecimiento (1985: 62 y 95). Paralelamente a estos cambios económicos y sociales, es de suponer que se produjeran también en la ideología, para legitimizar el poder de estos señores que, por ejemplo, se hacen representar en las estelas.

A partir del siglo VIII a. C. se observa que muchos de los poblados que habían estado habitados durante el Bronce Final no vuelven a estarlo, empezándose a vislumbrar una diferente organización del poblamiento que trasluce un nuevo orden en la sociedad. Aunque los primeros cambios no fueron rápidos ni profundos lo cierto es que desde entonces encontramos a las comunidades cada vez más enraizadas en la tierra que explotan y el lugar donde habitan, dedicando un gran esfuerzo en rodear a los poblados de construcciones defensivas pétreas, que sugieren una ocupación prolongada de esos poblados. Con ellos surgen los primeros castros, que serán la célula básica sobre la que se organizará el poblamiento hasta el cambio de Era, pero sobre todo son el signo visible de que existe una nueva situación económica, política y social.

El repaso a las formas de emplazamiento nos lleva a señalar que durante el Hierro Inicial las sierras continuaron siendo los lugares de asentamiento más frecuentes, aunque empieza a ser decisivo el basculamiento de los poblados hacia el borde los ríos. La elección entre un emplazamiento en sierra o en reborde del río lleva implícito un cambio radical en lo que se refiere a su preeminencia sobre el paisaje, pues los poblados sobre las sierras están en enclaves que se levantan más de 200 m. sobre el nivel medio de la penillanura extremeña (que oscila en torno a los 400 m.), mientras que los castros situados sobre el río están en puntos deprimidos respecto a la penillanura, contrastando su elevada altitud sobre el entorno inmediato (80-100 m.) con su bajísima cota respecto a la penillanura (inferior a los 300 m. en muchos casos).

Esta dualidad es tanto más interesante si recordamos que los emplazamientos en sierras o lugares destacados del paisaje caracterizaban a los poblados del Bronce Final, tanto de la zona española como la portuguesa (Vilaça, 1994; Senna-Martínez, 1994:217). Este hecho pone de manifiesto que a comienzos de la Edad del Hierro se continuó con un tipo de patrón de asentamiento que era el habitual de estas gentes, aunque paulatinamente aparece un nuevo prototipo de emplazamientos que parece buscar camuflarse y pasar desapercibido. Junto a ellos coexistieron poblados abiertos situados

sobre la llanura, algunos en cerros que son puntos dominantes del paisaje y otros en pequeñas elevaciones que prácticamente no destacan en él.

Hay que destacar que de los 16 castros que conocemos del Hierro Inicial, al menos 7, estuvieron ocupados durante el Bronce Final. Con ello no estamos diciendo que estos sitios estuvieran habitados sin interrupción durante toda la primera mitad del I milenio a. C., puesto que ello supondría la ocupación del mismo lugar durante varios siglos, dato que se contradice con las escasas evidencias dejadas en el registro arqueológicos. De hecho, la excavación del Risco puso de manifiesto que existía "una ocupación dispersa durante el Bronce Final y el Período Orientalizante" (Rodríguez, 1994: 113) y si hubiera existido un asentamiento permanente de varios siglos se hubieran documentado niveles con mayor potencia.

Lo que sí demuestra la aparición de los poblados fortificados en los cerros que ya fueron habitados en el período anterior es que no existió discontinuidad en la transición a la Edad del Hierro, sino una transformación que culmina con la aparición de las murallas en lugares con idéntico criterio de ocupación del territorio del Bronce Final, paralelamente a la elección de enclaves que responden a una nueva estrategia.

El mero control visual del entorno no justifica que los poblados se asentaran en la cima de sierras que imponen unas durísimas condiciones de vida; al mayor azote del viento hay que añadir las dificultades de abastecimiento de agua y menor potencialidad del suelo, sobre todo cuando hemos visto que las mismas condiciones de control se podrían tener desde lugares más cómodos para vivir pero, eso sí, más desprotegidos. Es la búsqueda de seguridad y el afán por ocupar los puntos más destacados del paisaje, con lo que ello conlleva de demarcación y control territorial, lo que está obligando a las poblaciones a refugiarse en los crestones. Esta gente que parece vivir más insegura, atesoraba en los poblados objetos con extraordinario valor de prestigio tanto durante el Bronce Final como en el Hierro Inicial. Por tanto, se observa que la estructura de la sociedad no cambia durante la primera mitad del I milenio a. C., únicamente se asiste a un proceso de consolidación de las élites[1]. Hay que destacar que sólo cuando esas

[1] Por ello no nos parece acertada la propuesta de Alarçâo (1992: 43) que considera que a partir del siglo VII a. C. se produce una "*reversâo a uma estructura igualitaria e acéfala, com desaparecimiento dos chefes*".

élites tienen suficiente poder para organizar a un importante número de personas para realizar un trabajo colectivo, se pudieron levantar las murallas, por lo que éstas se convierten en un símbolo manifiesto de su autoridad (Audouze y Buchsenschutz, 1989: 107).

Por ello conviene reflexionar sobre el papel que desempeñaron las murallas, pues se ha constatado que en muchos casos son más un elemento emblemático que una verdadera defensa, sobre todo durante el Hierro Inicial, cuando ni siquiera rodean por completo a los poblados, lo que lleva a preguntarnos por qué se fortificaron. Hay que pensar que el poblado se convirtió por primera vez en un elemento de delimitación territorial y por ello se amuralla. Debió ser un elemento de identificación del grupo con un lugar donde establecerse y con la autoridad de unos jefes que aseguran la protección de la colectividad y su territorio. Al aparecer sobre un lugar destacado y representar el esfuerzo de una comunidad, tiene un carácter emblemático con el que se identificarán también aquellos que viven en los pequeños enclaves abiertos de la llanura.

Al mismo tiempo que se produce el fenómeno de amurallamiento de algunos poblados, se observa cómo se eclipsa la circulación de bronces atlánticos y se intensifican las influencias llegadas desde el Suroeste. La diferente intensidad de los contactos con el comercio tartésicos y los enclaves orientalizantes del Guadiana, provocó que en torno a las principales zonas de comunicación Norte-Sur se produjera una asimilación más intensa de las tradiciones orientalizantes, mientras otras mantuvieron sus formas de vida tradicionales, eso sí, incorporando objetos de valor traídos del ámbito tartésico.

Las élites del interior debieron ver con buenos ojos la posibilidad de mantener contactos con estos nuevos proveedores de bienes de prestigio. El proceso fue gradual porque ya desde las últimas etapas del Bronce Final estaban llegando a la cuenca del Tajo objetos venidos desde el Sur. Pero con el paulatino ensanchamiento de la zona de influencia tartésica hacia el Guadiana y su interés en abrirse camino hacia las tierras del interior, se intensificaron las relaciones.

De hecho, las joyas, las cerámicas realizadas a torno y la gran variedad de objetos de bronce de carácter ornamental o ritual que han aparecido en los castros de la Alta Extremadura se caracterizan por ser reflejo de una tradición iconográfica y técnica ajena a esta tierra, cuyos paralelos hemos visto que se sitúan en Andalucía, llegados con los

colonizadores tartésicos. Resultan extraños en la cuenca del Tajo, donde hemos anotado cómo el poblamiento continuaba sin alterar las tradiciones del Bronce Final. Esta falta de sintonía entre el mundo de lo cotidiano y el que reflejan los objetos de prestigio, no es más que el resultado de la confrontación de dos sistemas socio-económicos muy diferentes: el indígena, de tipo pastoril, y el tartésico, agrario y mucho más pujante. Las élites locales se debieron sentir atraidas por los modos de vida orientalizantes, sin duda asociados al auge y las nuevas formas de riqueza que representa el mundo tartésico tras la paulatina desmembración de las redes comerciales atlánticas.

La llegada de estos objetos debió producirse desde los enclaves situados en la cuenca del Guadiana; desde allí el comercio tartésico se adentraría hacia el interior de la Meseta a través de los caminos naturales que salvan las barreras orográficas y el Tajo, fundamentalmente por el Este de la provincia, justamente las zonas donde los hallazgos de tipología atlántica desaparecían. Ello pone de manifiesto un cambio en las rutas de comercio más transitadas respecto al período anterior, revalorizándose ahora los pasos que permiten un acceso más fácil desde el Suroeste a la Meseta. Jalonando esa ruta han aparecido bien enterramientos orientalizantes en poblados indígenas, bien enclaves de fuerte similitud con los poblados orientalizantes del Guadiana.

Particularmente interesante es el hallazgo de enterramientos femeninos de ritual orientalizante, como el hallado junto al castro del puerto de Santa Cruz, cuyas urnas "a chardon" son idénticas a las fabricadas en el Bajo Guadalquivir durante el siglo VI a. C. y utilizadas en necrópolis como la de Setefilla (Aubet, 1976). En esa misma ruta, pero más hacia el Norte, se encuentra el poblado y la necrópolis orientalizante de Augustobriga, junto a un importante vado del Tajo y, a unos 40 km. hacia el Este de allí, el enterramiento femenino de la Casa del Carpio y el ajuar funerario de las Fraguas (Fernández Miranda y Pereira, 1992). Más hacia el Norte aún, a los pies de Gredos, encontramos los ajuares orientalizantes de la necrópolis de Villanueva y, pasado Gredos, objetos orientalizantes en el Barranco. Alejado de esta ruta, pero junto a otro puerto de acceso a la cuenca del Tajo, se encuentra el enterramiento femenino de la Aliseda. Lo interesante es que los ajuares y el ritual suponen una novedad en esta zona. Sin embargo, en Santa Cruz y Aliseda se asocian a un poblado indígena encaramado en la cima de una sierra donde nunca se hubiera instalado un poblado orientalizante.

Almagro-Gorbea ya identificó el tesoro de Aliseda con un enterramiento femenino (1977: 220) que Ruiz-Gálvez interpretaba como de una mujer de origen tartésico casada con un jerarca local (1992: 238). Los nuevos datos confirman la llegada de mujeres desde el Bajo Guadalquivir probablemente para sellar alianzas de sangre con la élite que controla los principales zonas de paso de la cuenca. Estos matrimonios mixtos facilitarían la aceptación de los extranjeros entre la población local y permitían establacer relaciones cordiales con los poderes indígenas, imprescindible para el desarrollo de las relaciones comerciales. Como consecuencia de esta convivencia, a la cuenca del Tajo llegarán innovaciones técnicas en el campo de la metalurgia, la fabricación de cerámicas y de telas, nuevos cultivos y especies domésticas, además del uso de la escritura. Con la propagación de estas innovaciones llegó mucho más: nuevas creencias que se tradujeron en la adopción del ritual funerario de la incineración y posiblemente el culto a nuevas divinidades, como la *pothia thenon* que aparece en el vaso de Valdegamas o la divinidad femenina astral de los bronces del Berrueco, quizás vinculadas con conceptos sacros afines en algunos aspectos a los pueblos indígenas. La aceptación de estos rituales por parte de la élite favoreció su difusión, porque se realizaría desde arriba a abajo de la sociedad.

Las élites que acaparan el comercio de bienes de prestigio se sustentan en el control de los excedentes agrícolas y ganaderos de las comunidades, pero sobre todo en el poder político de controlar determinados territorios. La organización de esas élites no puede desvincularse de los castros, pues consideramos que cada uno de estos poblados fortificados representan una célula independiente de poder. Desde cada castro se controla un territorio en el que vive una población dispersa en la llanura en pequeños núcleos abiertos, cuya referencia es el poblado cerrado. Esta estructuración es heredera de la del Bronce Final, que se ha consolidado gracias a la coyuntura favorable que supuso estar situados en el hinterland del activo foco del Guadiana, debido a que la difusión de los intercambios exige entablar relaciones con una clase que centralice en su poder las materias primas que se intercambiarán (carnes, pieles, minerales) y garantice la seguridad y protección para adentrarse en el territorio; a cambio de ello, la élite recibe objetos de lujo que serán utilizados como símbolos de su preeminencia social.

A través de estos "bienes" las poblaciones del interior se forjarían una imagen

ideal del mundo orientalizante, que conocen sólo a través de sus magníficas producciones en metales y al que quieren emular. Por ello las joyas desempeñarían, mejor que ninguna otra manufactura exótica, el papel de "regalos de embajada" para entablar relaciones con los jefes locales. Con el tiempo, toda una serie de objetos de adorno o relacionados con los hábitos de la comida y la bebida, característicos del mundo colonial, pasarán también a ser utilizados por las élites indígenas. La adopción de los objetos orientalizantes es, por tanto, una nueva forma de exibición de poder utilizando para ello los mismos emblemas que los régulos tartésicos.

No se conoce dónde pudo estar situado el taller que abasteció de joyas al área extremeña, aunque lo más probable es que fuesen artesanos itinerantes. Sólo los régulos con mayor poder podrían mantener cerca a un artesanado dedicado en exclusiva a enriquecer su patrimonio, transformando con su trabajo las pequeñas cantidades de oro en vistosas piezas. Son artistas especializados que dominan las técnicas traídas por los fenicios, que los poderosos tratarían de reunir en su entorno, por lo que es posible pensar en algunos de los pujantes enclaves de la cuenca del Guadiana, de los que se conoce mejor Medellín, alcazaba de Badajoz y Cancho Roano o de los que están saliendo a la luz con parecidas características. Desde allí se redistribuirían a otros centros de menor importancia, porque, no lo olvidemos, estas joyas no sólo sirven para ensalzar la riqueza del que la posee, sino para regalarlas, con el fin de afianzar las relaciones entre los poderosos (Sherrat, 1984).

A finales del siglo VI a. C. el comercio tartésico se eclipsa y, en cambio, la zona del Guadiana se revigoriza (Celestino, 1995: 76). Durante el siglo V a. C. centros monumentales como Cancho Roano, Campanario y posiblemente el Turuñuelo, serán la sede de los poderes locales renovados que han emergido tras el período orientalizante [2]. En este proceso debió ser fundamental el hecho de que el área del Guadiana hubiera estado menos vinculado con el comercio fenicio que la zona del Guadalquivir, lo cual les permitió desarrollar una economía menos dependiente de los contactos con el exterior

[2] Este proceso se podría explicar sirviéndonos de los modelos teóricos de "centro-periferia", porque resulta habitual que el ocaso de las economías que se consideran "el centro" conlleve una etapa de auge para la zonas situadas en su periferia, al poder desarrollar una economía independiente (Ruiz-Gálvez, 1995: 142).

y más estrechamente vinculada con la explotación de la tierra. Es posible que los régulos locales pudieran mantener el sistema economómico gracias al control indirecto que ejercen sobre los excedentes y la explotación directa de las tierras de sus dominios[3]. Pero, además, ocuparon durante el siglo V a. C. un importante papel como centros redistribuidores de los productos de lujo que llegan ya no a través del comercio fenicio sino griego ampuritano (Cabrera, 1987:219).

En la cuenca del Tajo, las transformaciones que ha vivido la sociedad como consecuencia de la aceleración del desarrollo agrícola-ganadero y el intercambio de materias primas con el comercio tartésico, fortalecieron a las élites, pero también permitieron un aumento de la población. Como contrapartida, a finales del siglo V se observa una competencia por el control del territorio más fuerte de lo que había sido hasta entonces.

El Hierro Pleno supuso la consolidación del patrón de asentamiento basado en la existencia de pequeñas células independientes que controlan un territorio cuya cabeza visible es el poblado fortificado. A partir del siglo V a. C. definitivamente se impone una estrategia en la que el castro desaparece de los puntos visibles del paisaje, ocupando a partir de ese momento zonas bien protegidas por las defensas naturales y camufladas en el territorio. Es significativo que ese cambio se produzca al mismo tiempo que se deteriora el sistema de intercambios comerciales con los activos centros situados en la cuenca del Guadiana, cuyo colapso definitivo parece que se produjo a finales del siglo V a. C., y que empiezan a aparecer enterramientos de guerreros en el registro arqueológico, mientras se rarifican o desaparecen las joyas de oro.

Todo ello sugiere que se asiste a un período de fuertes tensiones entre las comunidades, a cuya cabeza se encuentran unas élites locales cuyo poder se basará en la capacidad de controlar a un colectivo de guerreros a su servicio. Surgen así unas jefaturas militares que se encargan de defender el territorio del grupo frente a las comunidades vecinas o de extender su control hacia otros territorios (Early, 1991: 6). Es

[3] Almagro-Gorbea considera que la modesta cantidad de alimentos almacenada en Cancho Roano prueba que no se ejercía el control sobre la producción, sino que se recibía un diezmo en el palacio (1991: 105). Además del control indirecto de las explotaciones, el palacio tendría poseseión directa de ciertas tierras, de las que se beneficiaban las monarquias sacras y las élites gentilicias que residieran en él (Almagro-Gorbea, e.p. a y b).

cierto que esas tensiones no son nuevas, ya que el proceso de aparición desde el Bronce Final de poblados en alturas con buena defensa natural, dejaba entrever cierta rivalidad entre los grupos. Pero sin duda el largo proceso de fortalecimiento de las élites, que se beneficiaron durante el Hierro Inicial del desarrollo de la economía y la extensión de los intercambios, se vió afectado por la desaparición del comercio tartésico que les privó de una importante fuente de enriquecimiento, lo que provocaría un aumento del interés en el control de los beneficios de la tierra, acentuando los enfrentamientos para apropiarse del territorio. Ello cristalizó en un sociedad dividida en grupos que se identifican cada vez de forma más notoria con su castro y los guerreros que los defienden.

En ese momento la muralla no es sólo un elemento emblemático sino defensivo. En la transición del Hierro Inicial al Pleno vemos aparecer impresionantes poblados fortificados, algunos de los cuales alcanzan las 11 Ha. de extensión, abandonados poco tiempo después, fenómeno que no volveremos a observar de nuevo hasta varios siglos después, cuando tengan lugar las incursiones bárquidas y después romanas. Durante todo el Hierro Pleno se asiste a un crecimiento espectacular de la arquitectura defensiva que necesita para ello una importante concentración de mano de obra al servicio del interés colectivo en defenderse.

Los poderes fácticos de la nueva sociedad estarán apoyados en su poder militar. Es posible que a los jefes que habían basado su prestigio en el control de los excedentes de materias primas para comerciar, les sustituya otra clase que se apoya en la posibilidad de guerrear y los derechos sobre la tierra. Ello reforzaría el mecanismo de las razzias y el botín como una forma de enriquecerse, asegurándose con ello autoridad y prestigio dentro del grupo.

Ahora bien, estas élites de guerreros debieron ser reducidas, como demuestra el escaso número de enterramientos con armas aparecidos en las necrópolis excavadas, a pesar de lo cual, en una sociedad eminentemente dedicada a la explotación del campo, son suficientes para imponer su dominio.

La comparación entre los datos aportados por las necrópolis indica, sin embargo, la existencia de importantes diferencias entre unas comunidades y otras. En el siglo IV a. C. tan sólo aparecen ajuares de auténticos guerreros en el Castillejo de la Orden, mientras en otros castros contemporáneos prácticamente no existen: dos enterramientos

con lanza en La Coraja entre 70 tumbas excavadas (Esteban, 1993: 73) y una lanza y regatón en el Mercadillo (Villasviejas del Tamuja), de un total de 46 tumbas sacadas a la luz (Hernández, 1991: 261).

A estas fuertes diferencias hay que añadir el hecho de que las armas del Castillejo de la Orden sean muy similares a las aparecidas en los castros abulenses, lo cual podría ser un indicio de que llegaron pequeños grupos de guerreros desplazados desde su núcleo de origen en busca de nuevos lugares donde establecerse (Diod. V,34,6; Estr. III, 3,6), si bien es verdad que las especiales características de los conjuntos de esta necrópolis indican que se asimilaron influencias de orígenes diversos. También en el castro de Villasviejas del Tamuja se observa que a partir del siglo III a. C. se abandona la antigua necrópolis en favor de otra nueva en la que se enterrarán un importante número de guerreros con panoplias de tradición celtibérica, algunas de las cuales pudieron llegar con sus propietarios, alguna banda de guerreros lanzados lejos de su tierra en busca de riqueza. Estos posibles desplazamientos y las razzias se documentan también en otras áreaas de la Meseta (Jimeno y Arlegui, 1995: 121) y han sido clasificadas por Almagro-Gorbea en el tipo 3 dentro de los movimientos de gentes en tiempos protohistóricos (1995b: 15), calificándolos de "expediciones de fortuna" (Idem). Con ellas las élites militares consiguieron convertir a la guerra en una práctica habitual, necesaria para imponer su autoridad, siendo la principal misión de sus jefes el dirigir a la banda y sus ataques. Estas incursiones proporcionan prestigio al guerrero, siendo esas élites las que acaparan las riquezas e imponen su superioridad social. Ello explica el fuerte valor emblemático que adquieren las armas, enterrándose los guerreros con su armamento, y aún más los caballos, símbolo del jinete[4].

En cualquier caso, no se debe desvincular este fenómeno de una auténtica concentración del control de la tierra en pocas manos, más acentuada a finales de la Edad del Hierro, y la necesidad de buscar otros mecanismos para conseguir riqueza. A pesar de ello, en la Alta Extremadura se observa que no se alteró el sistema de ocupación del territorio y se continuó sin levantar poblados en las zonas llanas,

[4] Sobre el significado de los jinetes representados en las monedas hispánicas ver Almagro-Gorbea, 1995c, donde se explica la profunda relación de la figura del jinete con las élites ecuestres, que representan a la nueva aristocracia que tiene poder para emitir moneda (Idem: 60 y 61).

aparentemente más productivas, mientras las márgenes de los ríos más encajonados estaban aparentemente sobrecargados de poblados. La llanura probablemente no conoció otro tipo de asentamiento que hábitats parecidos a las "majadas" que han llegado hasta nuestros días, porque hasta fechas muy recientes, las tierras más aleadas de los núcleos de población han estado explotadas por pastores que vivían junto a sus rebaños.

A finales del siglo III a. C., el proceso de evolución de estas sociedades se vió alterado por la presencia de ejércitos extranjeros. No hace falta insistir en que ello sólo acentuó la necesidad de defenderse, pero no fue su origen. Supone la culminación de un largo proceso de interacción de la población indígena con fuerzas económicas y políticas llegadas desde el Mediterráneo que, a finales del milenio, acabarán con el sometimiento de toda la Península bajo el control directo de una de sus potencias emergentes: Roma.

Coincidiendo con la llegada de esas tropas aparece la moneda en los castros, a finales del siglo III a. C., posiblemente traida por guerreros que hubieran participado como mercenarios en los ejércitos cartagineses o romanos. Pero la cantidad de monedas que en ellos circuló era insuficiente para considerar que existía una economía monetal, ya que las transaciones cotidianas no debieron verse afectadas por la llegada de la moneda. De hecho, no estuvo presente en todos los poblados con la misma intensidad y las fuentes de aprovisionamiento fueron lejanas y dispares, porque ninguno de ello acuñó, salvo el caso excepcional de Villasviejas del Tamuja. Las últimas investigaciones demuestran (Blázquez Cerrato, 1995: 253; García-Bellido, 1995: 267) que lo hizo durante un brevísimo período de tiempo durante la década de los años 70 a. C., por lo que parece lógico relacionarla con la necesidad de sufragar unos gastos concretos ocasionados por los enfrentamientos bélicos de la guerra sertoriana, uniéndose a los celtíberos para apoyar al ejército de Sertorio. Acuñó según un patrón y un modelo tomado de una ciudad celtibérica, Sekaisa. Esta acuñación extraña al territorio altoextremeño, no se entendería si no se tiene presente que desde hacía más de un siglo existían fuertes contactos entre esta zona y la Celtiberia que, en el momento de los conflictos bélicos frente a un ejército exterior, tendieron a reforzarse.

Durante el siglo II a. C. se observa un movimiento de cohesión del poblamiento que provocó el abandono de algunos poblados y el ensanchamiento de otros, con un importante reforzamiento de los sistemas defensivos. Ello provocó que determinados

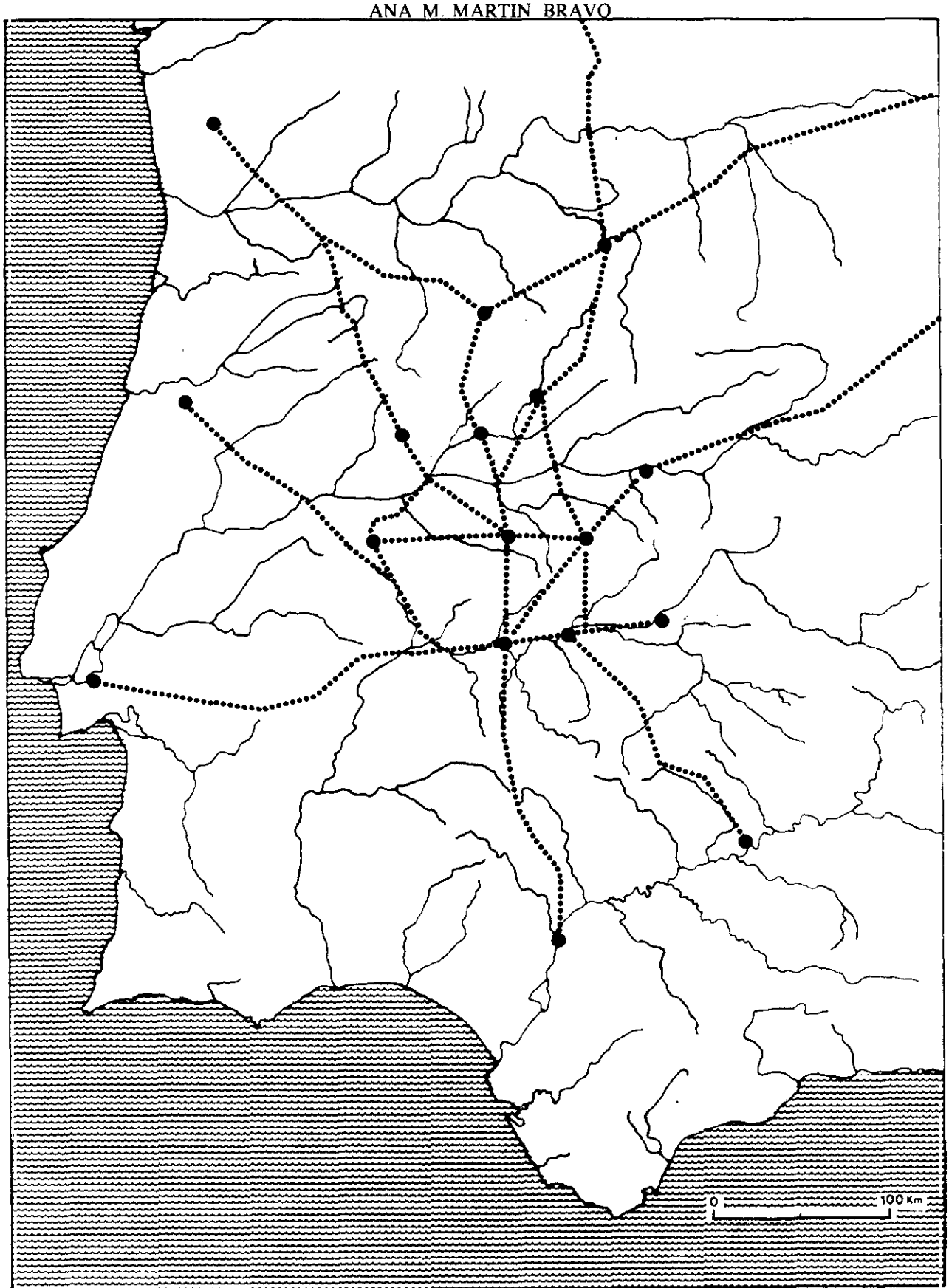


Fig. 100.- Principales caminos romanos que cruzaron por Extremadura.

castros se convirtieran en grandes aglomeraciones de población comparadas con los restantes castros de la región, aunque no adquirieron las dimensiones que caracterizan por ejemplo el poblamiento al Norte del Sistema Central.

Aunque la aparición de estos grandes asentamientos debió ser consecuencia de la inestabilidad que generó la conquista, el enfrentamiento con Roma no alteró el sistema de organización territorial. Continuaron vigentes las mismas pautas de ocupación del espacio donde el castro ejerce de centro de control de un territorio que generalmente no se divisa desde él y en el que vivirían familias de pastores que se identifican con el poblado amurallado.

A finales del siglo II a. C. se pactó en el Castillejo de la Orden una *deditio* con el ejército romano, testimonio de gran importancia porque tenemos documentado en él el nombre del *populus*, el uso de leyes, campos cultivados alrededor del poblado y una arquitectura desarrollada, porque se habla de edificios en el poblado (*agros et aedificia leges cetequae sua fuissent*). Sin embargo, no se menciona el nombre del poblado sino el de la comunidad, lo cual quiere decir que todavía estos castros no tienen carácter de ciudad como "entidad suprema y única" que sí parecen tener en otras regiones como la Celtiberia (Burillo, 1995: 167). En él reside la élite, los señores que tienen autoridad para iniciar la guerra y también para detenerla, a los que Roma reconoce como poder local con el que debe pactar.

Pero Roma continuó inexorablemente su proceso de conquista y durante el último tercio del siglo I a. C. había conseguido imponer su política y formas de control del territorio. En el año 35 a. C. se crea la colonia de Norba Caesarina, la manifestación más característica de la nueva organización administrativa, social y económica colonial romana.

Algunos castros siguen ocupados durante los primeros años del siglo I d. C., pero son pocos y cada vez más debilitados al haber perdido su significado básico: ya no residen en ellos las élites que tienen el poder militar y económico. Estas élites vivirán a partir de ahora en las nuevas ciudades, incorporándose a las oligarquías ciudadanas e integrándose en la organización social y administrativa romana (Salinas, 1985: 321; Redondo, 1993: 50), sin dudar en aceptar la ciudadanía de Roma. La mejor prueba de

ello son los epígrafes en los que vemos a individuos de origen indígena adoptar el sistema de denominación romano y desempeñar cargos públicos (CIL, II, 5276).

En el campo, la asimilación al mundo romano fue mucho más lenta y permanecieron vigentes antiguas formas de organización indígenas. En el comportamiento religioso tampoco se aprecia una transformación rápida, continuando en uso antiguos lugares de culto y las mismas divinidades, por más que se intente su asimilación al panteón romano. Con posterioridad, el cristianismo seguirá luchando para erradicar la religiosidad indígena y en los concilios de Braga, en pleno siglo VI d. C., aún era preocupante el arraigo de los cultos tradicionales a las peñas (Tovar, 1985, nota 37).

A partir del siglo I d. C. se produce un verdadero despegue de la economía; se ponen en explotación las tierras llanas, surgiendo una estructurada red de asentamientos rurales y *villae* que se encargan de sacar beneficios de los mejores suelos, borrando definitivamente el antiguo sistema de ocupación del territorio. Se incorporan avances técnicos importantes que impulsan el crecimiento de la agricultura, como fue el uso del arado. Se construye una compleja red de caminos (Fig. 100) que facilitaron el desarrollo de las comunicaciones y el comercio, al permitir que confluyan en las ciudades una cantidad y variedad de mercancías como nunca antes se había visto y se generaliza la moneda, que pasará a usarse en las transaciones cotidianas. Se difunde la escritura y el latín terminará sustituyendo a la lengua local, hasta el punto de que a penas podemos los investigadores reconstruir sus rasgos esenciales.

En ese momento, la sociedad castreña había llegado a su fin después de un proceso de casi mil años de evolución y fortalecimiento de sus élites. Durante ese tiempo, se configuró un patrón de asentamiento basado en el castro como emblema de una sociedad en la que sus "señores" controlan los excedentes de la tierra y aseguran la defensa tanto del territorio como del poblado y la comunidad que vive en él o en su entorno. La imposición de la política colonial de Roma supuso una ruptura con esa tradición y el inicio de una nueva época: la de las ciudades y la cultura romana.

Este ha sido, en resumen, el devenir de las sociedades de la Edad del Hierro en un territorio que en líneas generales coincide con la Alta Extremadura.

BIBLIOGRAFIA

Abascal Palazón, J. M. (1995) Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Tampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de atecina en Hispania. *Archivo Español de Arqueolog'a*, 68: 31-105.

Aguilar Sáenz, A. y Guichard, P. (1993) Lacimurga, la ciudad antigua y su entorno. *Revista de Arqueología*, 144: 32-38.

- (1995) *La ciudad antigua de Lacimurga y su entorno rural*. Badajoz.

Alarçâo, J. de. (1992) A evoluçâo da cultura castreja. *Conimbriga*, 31: 39-71.

Albertos Firmat, M. L. (1985) La onomástica personal indígena del noroeste peninsular (astures y galaicos). En Hoz, J. (ed.) *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca: 255-310.

- (1985-86) La onomástica personal indígena de la región septentrional. *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas. Vitoria. (Veleia, 2-3)*: 155-194.

Almagro Basch, M. (1940) El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa. *Ampurias*, II: 85-143.

- (1958) *Inventaria Archaeologica. España*, 1-4. Madrid.

- (1961) El Depósito del Bronce III Hispano de Cabezo de Araya, Arroyo de la Luz (Cáceres). *Revista de Estudios Extremeños*, XVII: 5-26.

- (1966) Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, 8. Madrid.

- (1967) *Inventaria Arqueologica, España*, E-7, 11.

- (1972) Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León). *Trabajos de Prehistoria*, 29: 83-124.

Almagro-Gorbea, M. (1974) Los asadores de bronce del Suroeste peninsular. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 77: 351-195.

- (1976-78) La iberización de las zonas orientales de la Meseta. *Ampurias*, 38-40: 93-156.

- (1977) El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, 14.

- (1983) Collonizzazione e acculturazione nella penisola iberica: Forme di contatto e processi di transformazione nelle societá antiche. *Collection de l'Ecole Française de Roma*, 67: 429-461.

- (1990) *El Periodo orientalizante en Extremadura. La Cultura tartésica y Extremadura (Cuadernos Emeritenses, 2)*: 85-125.

- (1991) La alimentación en el palacio orientalizante de Cancho Roano. *Alienta. Estudios en Homenaje al Dr. M. Ponsich. (Gerión, Anejos* III): 95-113.

- (1991b) El mundo orientalizante en la Península Ibérica. II *Congresso Internazionale di Studi Fenici e*

Punici. Vol II. Roma: 573-599.

- (1991c) La necrópolis de Medellín. *Extremadura Arqueológica*, II: 159-173.

- (1992) El origen de los Celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y Celtas. *Polis*, 4: 5-31.

- (1992b) Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce Final. Actas del Congreso *Aragón/Litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza: 633-658.

- (1993) Los Celtas en la Península Ibérica: orígen y personalidad cultural. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 121-173.

- (1994a) Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, dispersión, cronología y significado. *La statuaria antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizazzione. (Atti del Congresso La Spezia-Pontremoli 1988)*. La Spezia: 69-108.

- (1994b) Urbanismo de la Hispania "Céltica". Castros y Oppida del centro y Occidente de la Península Ibérica. En Almagro-Gorbea y Martín (eds.): 13-75.

- (1995) Ireland and Spain in the Bronze Age. *Ireland in the Bronze Age*.

- (1995b) Les mouvements celtiques dans la Peninsule Iberique. Une revision critique. *L'Europe celtique du Ve. au IIIe. siècle avant J.-C..contactas, ecanges et mouvements de populations*. (*Memoire de la Societé archéologique champanoise*, 9): 13-26.

- (1995c) Iconografía y numismática hispánica: jinete y cabeza varonil. *La moneda hispánica. ciudad y Territorio*. (Anejos *Archivo Español de Arqueología*, 14): 53-64.

Almagro-Gorbea, M. y Benito-López, J. E. (1993a) Evaluación de rendimientos y optimización de resultados en prospección arqueológica: El Valle del Tajuña. *Inventarios y Cartas Arqueológicas*. Soria: 151-158.

- (1993b) La prospección arqueológica del Valle del Tajuña. Una experiencia teórico-práctica de estudio territorial en la Meseta. *Complutum*, 4: 297-310.

- (1994) Prospección arqueológica de Perales de Tajuña (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9: 99-109.

Almagro-Gorbea, M.; Domínguez, A. y López-Ambite, F. (1990) Un palacio orientalizante en la Península Ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 31: 251-308.

Almagro-Gorbea, M. y Lorrio, A. (1986) El castro de Entrerríos (Badajoz). *Revista de Estudios Extremeños*, 42: 617-631.

- (1991) Les Celtes de la Péninsule Ibérique au III siècle av. J.-C. *Etudes celtiques*, 28: 33-46.

- (1992) Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica. *II Symposium de Arqueología soriana*. Soria: 411-451.

Almagro-Gorbea, M. y Martín, A. M. (eds.)(1994a) *Castros y Oppida en Extremadura. (Complutum*, Extra 4).

- (1994) Medellín 1991. La ladera Norte del Cerro del Castillo. En Almagro-Gorbea y Martín (eds.): 77-

127.

Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (ed.) (1992) *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum, 2-3)*.

- (1993) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid.

Alonso Hernández, P. (1993) El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vigo: 431-436.

Alonso Sánchez, A. (1988) *Fortificaciones romanas en Extremadura: la defensa del territorio*. Universidad de Extremadura.

Alonso Sánchez, A. Cerrillo, E. y Fernández Corrales, J. M. (1992-93) Tres ejemplos de poblamiento rural romano en torno a ciudades de la Vía de la Plata: Augusta Emerita, Norba Caesarina y Capara. En Gerard, G. y Salinas, M. *El medio rural en Lusitania romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo. (Studia Historica. Historia Antigua*, X-XI): 67-87.

Alvarez Martínez, J. M.; de la Barrera, J. L. y Velázquez, A. (1985) El tiempo antiguo. *Historia de Extremadura*, I. Badajoz: 101-180.

Alvarez Rojas, A. (1985) Contribución al estudio de las calzadas romanas en Extremadura. *Homenaje a J. Canovas. (Estudios de Arqueología Cacereña)*. Badajoz: 111-117.

Alvarez-Sanchís, J. (1990) Los "verracos" del valle del Amblés (Avila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica. *Trabajos de Prehistoria*, 47: 201-233.

- (1993) Los castros de Avila. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 255-284.

- (1993b) En busca del verraco perdido. Aportaciones a la escultura zoomorfa de la Edad del Hierro en la Meseta. *Complutum*, 4: 157-168.

- (e. p.) Los vettones. Etnia e identidad cultural. En Almagro-Gorbea, M. (dir.) *Los Celtas en la Meseta: Orígenes y nuevas interpretaciones*. U.I.M.P.(Cuenca, 1993). *(Arqueología Conquense)*.

Amelia Valverde, L. (1990) La circulación monetaria romano-republicana durante la Guerra sertoriana según las acuñaciones de la época (82-72). *Gaceta Numismática*, 97-98: 19-30.

Amorós, J. (1933) *Les dracmes ampuritanes*. Barcelona.

Ampolo, C. (1980) Le condizioni material della produzione. Agricoltura e paesaggio agrario. *La formazione della città nel Lazio. (Dialoghi de Archeologia*, 2): 15-46.

Angosto, C. y Cuadrado, E. (1981) Fíbulas ibéricas con escenas venatorias. *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 13: 18-30

Argente Oliver. J. L. (1990) Fíbulas en las necrópolis celtibéricas. II *Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza.

Arias, G. (1992) *Mapa índice de las vías romanas en Hispania*

Arribas, A. y Wilkins, J. (1971) *La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)*.

Granada.

Aubet Semmlet, M. E. (1975) *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla. (P.I.P., II)*. Barcelona.

- (1976) La cerámica púnica de Setefilla. *Studia Archaeologica*, 42.

- (1977-78) Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico. *Pyrenae*, 13-14: 81-107.

- (ed.)(1989) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.

- (1990) El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción. *La Cultura tartésica y Extremadura (Cuadernos Emeritenses, 2)*: 29-44.

- (1994) *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Edición ampliada y puesta al día. Barcelona.

- (1995) El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas. *I Fenici: Ieri Oggi Domani*. Roma: 227-243.

Audouze, F. y Buchsenschutz, O. (1989) *Villes, villages et campagnes de L'Europe celtique*. (Bibliotheque d'Archéologie. Hachette). París.

Barceló, J. A. (1988) Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la arqueología: un análisis de las estelas antropomorfas de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 45, 51-85.

- (1989) Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica, en M. E. Aubet (coord.) *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell, 189-208.

Barrientos Alfageme, G. (1985) Introducción geográfica a la Historia de Extremadura. *Historia de Extremadura*. T. I. Badajoz: 13-60.

- (1990) *Geografía de Extremadura*. Badajoz.

Beirao, C. M. (1986) *Une Civilisation Protohistorique du sud du Portugal (I Age du Fer)*. París.

Bendala Galán, M. (1997) Notas sobre las estelas decoradas de Suroeste y los orígenes de Tartessos. *Habis*, 8, 177-205.

- Tartessos. *Historia General de España y América*, I-1: 593- 642.

- (1987) Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 27, 12-17.

Bendala Galán, M.; Fernández Ochoa, C; Fuentes, A. y Abad Casal, L. (1986) Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid.: 121-140.

Benet, N.; Jiménez, M. C. y Rodríguez, M. B. (1991) Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la Plaza de San Martín. *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca: 117-136.

Benito-López, J. E. (1991) *Perales de Tajuña (Madrid): un estudio de arqueología territorial. Teoría y práctica de la prospección arqueológica*. Tesis de Licenciatura inédita. Universidad Complutense.

Beltrán Lloris (1973) *Estudios de arqueología cacereña*. Zaragoza.

BIBLIOGRAFIA

Berrocal Rangel, L. (1989) El asentamiento "céltico" de Capote (Higuera la Real, Badajoz). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16: 245-296.

- (1992) Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica. *Complutum*, Extra 2.

- (1994a) *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*. Madrid.

- (1994b) El oppidum de Badajoz. Ocupaciones prehistóricas en la alcazaba. En Almagro-Gorbea, M. y Martín, A.M. (ed.): 143-187.

- (1994c) La falcata de Capote y su contexto. Aportaciones a la fase tardía de la Cultura céltico-lusitana. *Madrider Mitteilungen*, 35: 258-291.

- (1994d) Oppida y castros de la Beturia Céltica. En Almagro-Gorbea, M.y Martín, A.M. (ed.): 189-241.

- (1995a) La Beturia: definición y caracterización de un territorio prerromano. *Celtas y Túrdulos: La Beturia. (Cuadernos Emeritenses, 9)*: 151-204.

- (1995) Indoeuropeos, célticos y celtíberos en el territorio extremeño. *Extremadura Arqueológica*, IV: 123-149.

Bintilff, J. (1984) Iron Age Europe in the Context of Social Evolution from the Bronce Age through to Historic Time. Bintilff (ed.) *European Social Evolution. Archaeological Perspectives*. Bradford: 157-225.

Blanco Frejeiro, A. (1956)

Blasco Bosqued, C. (1987) Un ejemplar de fíbula de codo "ad occhio" en el Valle del Manzanares. *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 23: 18-28.

- (1992) Etnogénesis de la Meseta Sur. *Paleoetnología de la Península Ibérica. (Complutum, 2-3)*: 281-297.

Blasco Bosqued, C. y Alonso Sánchez, M. A. (1983) Aproximación al estudio de la Edad del Hierro en la provincia de Madrid. *Homenaje a M. Almagro*: 93-156.

- (1985) *Cerro Redondo. Fuente Sanz del Jarama. (Excavaciones Arqueológicas en España*, 143).

Blázquez, J. M. (1962) Religiones primitivas de Hispania. I *fuentes literarias y epigráficas*. Madrid.

- (1965) *Cáparra. (Excavaciones Arqueológicas en España*, 34). Madrid.

- (1983) Primitivas religiones ibéricas. II *Religiones Prerromanas*. Madrid.

Blázquez Cerrato, C. (1995) Consideraciones sobre los hallazgos de monedas partidas en la Península Ibérica. *La Moneda hispánica. Ciudad y territorio. I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*. (Anejos de *Archivo Españos de Arqueología*, 14): 297-304.

- (1995a) Sobre las cecas celtibéricas de Tamúsia y Sekaisa y su relación con Extremadura. *Archivo Español de Arqueología*, 68: 243-258.

Bosch Gimpera, P. (1915-1920) La cova de Boquique a Plasencia. *A.I.E.C.*, 14, 513-516.

Bradley, R. (1984) *The Social Foundations of Prehistory Britain. Themes and Variations in the Archaeology*

of Power. Londres.

- (1990) *The Passage of Arms. An Archeological analysis of hoards and votive deposits*. Cambridge.

Broncano, S. y Alfaro, M. M. (1990) *Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de "el Castellar de la Meca" (Ayora, Valencia). (Excavaciones Arqueológicas en España, 162)*. Madrid.

Brun, P. y Pion, P. (1992) L'organisation de l'espace dans la Vallée de L'Aisne pendant l'Age du Bronze. En Mordant, C. y Richard, A. *L'habitat eet l'ocupation du sol à l'Age du Bronze en Europe. (Documents Préhistoriques, 4)*. París.

Buchsenschutz, O. (1990) Urbanisme et oppida. En Duval,A., Bihan,J. y Menez,Y. (eds.) *Le Gaulois d'Armorique. La fin de l'Age du Fer en Europe Tempéré. (Rev. Archéol. Ouest, Supplément, 3)*: 191-194.

Bueno, J. (1991) La ruta de los lusitanos. *Miliario Extravagante*, 34: 8.

Bueno Ramírez, P. (1991) Estatuas menhir y estelas antropomorfas en la Península Ibérica. La situación cultural de los ejemplares salmantinos. *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca, 81-97.

Bueno Ramírez, P.; Municio, L.; Alvarado, M. y González, A. (1988) El yacimiento del Jardinero (Valencia de Alcántara). *Extremadura Arqueológica*, I: 89-102.

Burillo Mozota, F. (1993) Aproximación a la arqueología de los celtíberos. En Almagro-Gorbea M. y Ruiz Zapatero, G. (ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 223-253.

- (1995) Celtiberia: monedas, ciudades y territorios. *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*. I *Encuentro Peninsular de Numismática Antigua (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 14)*: 161-177.

Bustos Pretel, V.; Molero, G. y Brea, P. (1989) *Estudio faunístico del yacimiento de Villasviejas (Botija, Cáceres)*. En Hernández et alli (1989), Apéndice I.

Caballero Zoreda, L. (1970) *Alconétar en la Vía romana de la Plata. Garrovillas (Cáceres). (Excavaciones Arqueológicas en España, 70)*.

Cabello Caja, R. (1991-92) La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la Cuenca Media del Tajo. *Norba*, 11-12: 99-128.

Cabré Aguiló, J. (1930) *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)*. I. *El Castro*. (*Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110). Madrid.

- (1932) *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)*. II. *La Necrópolis*. (*Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 120). Madrid.

- (1939-40) La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*,VI: 57-83.

Cabré, J.; Cabré, E. y Molinero, A. (1950) *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila).(Acta Arqueológica Hispánica*, V). Madrid.

Cabré, E. y Morán, J. A. (1979) Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Téne en la Meseta hispánica. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12: 10-26.

- (1982) Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Téne en la Meseta hispánica. *Boletín de la*

Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 15: 4-27.

Cabrera Bonet, P. (1987) Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V en Extremadura. *Oretum*, 3: 216-221.

- (1994) Cádiz y el comercio de productos griegos en Andalucía occidental. *Trabajos de Prehistoria*, 51 (20: 89-101.

Calico, X. y F. (1991) *Los denarios romanos anteriores a J. C.* Barcelona.

Callejo Serrano, C. (1958) *La cueva prehistórica de Maltravieso junto a Cáceres*. Cáceres.

Callejo, C. y Blanco Frejeiro, A. (1960) El Tesoro de Berzocana. *Zephyrus*, 11, 250-255.

Canto de Gregorio, A. (1991) Noticias arqueológicas y epigráficas sobre la Beturia Céltica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18: 275-298.

- (1995) La Beturia céltica: Introducción a su epigrafía. *Celtas y Túrdulos: La Beturia. (Cuadernos Emeritenses, 9)*: 293-329.

Castaños Ugarte, P. M. (1988) Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de "La Villavieja del Castillejo de la Orden" (Alcántara, Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, I: 109-112.

- (1991) Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución. *Revista de Estudios Extremeños*, 47,I: 9-66.

Castiñeira Rey, J. (1990-91) Cerámica indígena de los castros de la Galicia occidental: Rías Bajas. Valoración dentro del contexto general de la cultura castreña. *Castrelos*, 3-4: 141-163.

Celestino Pérez, S. (1989) El poblado calcolítico de Santa Engrancia. Badajoz. *Revista de Estudios Extremeños*: 281-325.

- (1990) Las estelas decoradas del S. W. Peninsular. La Cultura Tartésica y Extremadura. *Cuadernos Emeritenses*, 2, 45-62.

- (1995a) El Periodo Orientalizante en Extremadura. *Extremadura Arqueológica*, IV: 67-89.

- (1995b) Reflexiones en torno a la cosntrucción del santuario "A" de Cancho Roano. *Extremadura Arqueológica*, V: 151-156.

Celestino Pérez, S.; Enríquez, J. J. y Rodríguez, A. (1992) Paleoetnología del área extremeña. *Paleoetnología de la Península Ibérica. (Complutum, 2-3)*: 311-327.

Celestino Pérez, S. y Jiménez Avila, J. (1993) *El palacio-santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Badajoz.

Cerrillo Martín de Cáceres, E. (1983) Materiales de superficie de la cueva del Conejar junto a Cáceres. *Homenaje al Profesor M. Almagro Basch*, 37-43.

- (1993) Leyenda y arquelogía de las ciudades prerromanas: Capara. *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*. Madrid: 149-158.

Cerrillo, E.; Fernández Corrales, J. M. y Herrera, G. (1990) Ciudades, territorios y vías de comunicación

en la Lusitania meridional española. *Les villes de Lusitanie romaine (Talance, 1988)*. París: 51-72.

Cerrillo, E. y Herrera, G. (1992) Ruinas romanas de Cáparra. Guías Arqueológicas, 1. *Patrimonio Histórico de Extremadura*. Mérida.

Chisholm, M. (1968) *Rural Settelment and Land Use*. Londres.

Civantos Mayo, E. (1993) La cerámica ibérica, gris y con barniz rojo de la necrópolis de La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres). Rodríguez J. F. (coord.) *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*. Córdoba, 1988. Tomo I: 283-297.

Coffyn, A. (1985) *Le Bronze Final Atlantique*. París.

Coldstream, J. N. (1993) Mixed Marriages at the Frontiers of the Early Greek World. *Oxford Journal of Archaeology*, 12(1): 89-107.

Collis, J. (1984) *Oppida. Earliest Towns North of the Alps*. Sheffield.

Colmenero, A. y Gasperini, L. (eds.) (1995) *Saxa Scripta (Inscripciones en Roca)*. (Anejos de *Laouco*, 2).

Cortez, F. R. (1970) Dos moldes de fundicâo do castro de Santa Luzia-Viseu. *XI C.N.A.* (Mérida, 1968). Zaragoza: 395.

Coria, F. de (1608) *Descripción e Historia General de Extremadura*.

Criado Boado, F. (1993) Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56.

Cuadrado, E. (1957) La fíbula anular hispánica y sus problemas. *Zephyrus*, 8: 5-76.

- (1989) *La panoplia ibérica de "El Cigarralejo" (Mula-Murcia)*. Murcia.

Cunliffe, B. (1990) Before Hillforts. *Oxford Journal of Archaeology*, 9 (3): 323-336.

- (1991) *Iron Age Communities in Britain. An account of England, Scotland and Wales from the Seventh Century until Roman Conquist*.

- (1994) After Hillforts. *Oxford Journal of Archaeology*, 13 (1): 71-84.

Chapa Brunet, T. (1988) Escultura zoomorfa ibérica. Escultura ibérica. *Revista de Arqueología*: 106-113.

De la Bandera, M. L. y Ferrer, E. (1994) El timiaterio orientalizante de Villagarcía de la Torre (Badajoz). *Archivo Español de Arqueología*, 67: 41-61.

De la Peña, A. (e. p.) Muerte y transfiguración. Una perspectiva socioeconómica pra la transición Bronce-Hierro en el área galaica. *III Congreso Gallaecia*. A Guarda, 29-30 mayo de 1993.

Delibes, G. (1995) Del Neolítico al Bronce. *Historia de Avila, I, Prehistoria e Historia Antigua*. Avila.

Delibes, G. y Romero, F. (1992) Ultimo milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. Paleoetnología de la Península Ibérica. *Complutum*, 2-3, 233-258.

Delibes, G.; Esparza, A.; Martín Valls, R. y Sanz Mínguez, C. (1993) Tesoros celtibéricos de Padilla de

Duero (Valladolid). En Romero, Sanz y Escudero (ed.): 397-470.

Domínguez de la Concha, A. (1995) Areas onomásticas en el S.O. peninsular. En Ruiz-Gálvez, M. (ed.): 115-128.

Early, T. (1991) The evolution of chiefdoms. *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Oxford: 1-15.

Edmondson, J. C. (1990) Romanization and Urban Development in Lusitania. En Blagg, T. y Millet, M. *The Early Roman Empire in the West*. Oxford.

Enríquez Navascués, J. J. (1981) Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. *Revista de Estudios Extremeños*, 37: 47-54.

- (1990) El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica. *La Cultura Tatésica y Extremadura. (Cuadernos Emeritenses, 2)*: 63-84.

- (1991) Apuntes sobre el Tesoro del Bronce Final llamado de Valdeobispo. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 215-224.

Enríquez Navascués, J. J. y Rodríguez Díaz, A. (1988) Campaña de Urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I: 113-128.

Enríquez Navascués, J. J. y Domínguez, C. (1984) Yacimientos pre y protohistóricos de Badajoz y sus alrededores. *Revista de Estudios Extremeños*, 40 (3): 565-582.

Enríquez Navascués, J.J. y Jiménez, E. (1989) *Las tierras de Mérida antes de los romanos (Prehistoria de la comarca de Mérida)*. Mérida.

Esparza Arroyo, A. (1986) *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora.

- (1991-1992) Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fíbulas de la Edad del Hierro de la meseta española. *Zephyrus*, 44-45: 537-552.

Esteban Ortega, J. (1988) El yacimiento protohistórico de "el cerro de la Muralla" (Alcántara, Cáceres). Hallazgos metálicos. *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela. Vol I, 265-294.

- (1993) El poblado y la necrópolis de Aldeacentenera, Cáceres. *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana. (Cuadernos Emeritenses, 2)*: 57-112.

Fabián, J. F. (1986-87) El Bronce final y la Edad del Hierro en "el Cerro del Berrueco" (Avila-Salamanca). *Actas del coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte (Zephyrus, 39-40)*: 273-287.

Fernades Gomes, J.J. y Barreto Domingos, J.B. (1983) A 'xorca" da serra das Ripas (Alenquer). *O Arqueólogo Portugués*, Serie IV: 287-300.

Fernández Corrales, J. M. (1984) "Toponimia y arqueología en la provincia de Cáceres". *Norba*, 5: 29-38.

- (1988) *El asentamiento rural romano en Extremadura y su análisis espacial*. Cáceres.

Fernández Corrales, J. M.; Sauceda, M. I. y Rodríguez, A. (1988) Los poblados calcolíticos y prerromano de "Los Castillejos" (Fuente de Cantos, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I: 69-88.

Fernández García, S. (e. p.) Los puñales "Tipo Porto de Mos" de la Península Ibérica. *Complutum*, 7.

Fernández Gómez, F. (1982) Nuevos asadores de bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 389-410.

- (1985) El Tesoro de Mairena. Nuevos tesoros de oro y plata en Andalucía. *Revista de Arqueología*, 76: 29-39.

- (1986) *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda*. Vol. I y II. Avila.

- (1991) Los poblados y las casas. *Los Celtas en la Península Ibérica*: 42-51.

- (1995) La Edad del Hierro. *Historia de Avila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Avila: 103-269.

Fernández Manzano, J. (1986) *Bronce final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Junta de Castilla y León.

Fernández Miranda, M. y Pereira, J. (1992) Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera. *Actas de las I Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: 57-75.

Fernández-Posse, M.D. (1982) Consideraciones sobre la técnica de boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 138-159.

Fernández-Posse, M. D.; Sánchez-Palencia, F.J.; Fernández Manzano, J. y Orejas, A. (1994) Estructura social y territorio en la cultura castreña prerromana. *I Congreso de Arqueología Peninsular*, IV. Porto: 191-212.

Fernández Oxea, J. R. (1950) Nuevas esculturas zoomorfas prehistóricas en Extremadura. *Ampurias*, 12: 55-78.

Ferreira da Silva, A. C. (1986) *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.

- (1991) Influências orientalizantes na formaçâo da cultura do Noroeste peninsular. *Estudos Orientais*, I: 135-155.

- (1992) Proto-história do Norte e Centro de Portugal, en Ferreira da Silva, A. C. y Varela Gomes, M. *Proto-historia de Portugal*. Universidade Aberta.

Ferreira da Silva, A. C., Silva, C. T. y Lopes, A. B. (1984) Depósito de fundidor do Final da Idade do Bronce do Castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu). *Lucerna*: 79-109.

Figueiral, I. (1995) *O Bronze final da Beira Interior. As informaçôes fornecidas pela Antracologia*. En Vilaça, R. (1995) Apêndice 2.

Fletcher Valls, D. (1963) Consideraciones sobre la fundación de Valencia. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 10: 193-206.

Fortea, J. y Bernier, J. (1970) *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*. Salamanca.

Francisco Martín, J. de (1989) *Conquista y romanización de Lusitania*. Salamanca.

Frankenstein, S. y Rowlands, M. (1978) The internal structure and regional context of Early Iron age society in south-western Germany. *Bulletin of the Institute of Archaeology Univ. London*, 15: 73-112.

Galán Domingo, E. (1993) Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica. *Complutum*, Extra 3.

BIBLIOGRAFIA

Galán Domingo, E. y Martín Bravo, A.M. (1991-92) Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo. *Zephyrus*, 34-35: 193-205.

Galsterer, H. (1971) *Untersuchungen zum Romischen stadtewesen auf der Iberischen Halbinsel*. (*Madrider Forschungen*, 8)

García, J. M. (1976) Contributo para a compreçaodas divinidades do "Grupo Band". Una nova ara. *Conimbriga*, 15: 147-150.

- (1979) Epigrafia e Romanizaçao de Castelo Branco. *Conimbriga*, 18: 149-167.

García, J. M. y Leitâo, M. (1982) Inscriçôes romanas do Monte de S. Martinho, Castelo Branco. *Cuadernos de Epigrafía*, 6. Castelo Branco.

García y Bellido, A. (1956) Materiales de arqueología hispanopúnica: Jarros de bronce. *Archivo Español de Arqueología*, 29: 85-104.

- (1959) Las colonias romanas de Hispania. *Anuario de H. del Derecho español*, 29: 447-515.

- (1962) Las colonias romanas de Valentia, Carthago Nova, Libisosa e Ilici. *Homenaje al Prof. C. Mergelina*. Murcia: 367-372.

- (1966) Dictamen sobre la fecha fundacional de la colonia Norbensis Caesarina, actual Cáceres. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 159, II: 279-294.

García-Bellido, M. P. (1993) El proceso de monetización en el levante y sur hispano. En Unterman, J. y Villar, F. (ed.) *Lengua y Cultura en la Hispania prerromana*. Salamanca: 317-347.

- (1995) Célticos y púnicos en la Beturia según los documentos monetales. *Celtas y Túrdulos: la Beturia*. (*Cuadernos Emeritenses*, 9): 255-292.

García Fernández-Albalat, B. (1990) *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania antiguas*. La Coruña.

García Jiménez, S. (1989) Las monedas del jinete ibérico aparecidas en la provincia de Cáceres. *Gaceta Numismática*, 95: 139-148.

García Moreno, L. A. (1987) *Reflexiones de un historiador sobre el Bronce de Alcántara. Hispani Tumultuantes: De Numancia a Sertorio. (Memorias del Seminario de Historia Antigua. I)*. Alcalá de Henares.

García Sanz, F. (Redactor) (1987) *Estudio territorial de la comarca de Alcántra. Vol. II, Medio Físico y Recursos naturales*. Junta de Extremadura.

Garrido, J. P. y Orta, M. E. (1978) Excavaciones en la necrópolis de La Joya. Huelva. *Excavaciones Arqueológicas en Expaña*, 96.

Gerrero, V. M. (1991) El palacio-santuario de Cancho Roano (Badajoz) y la comercialización de las ánforas fenicias. *Revista di Studi Fenici*, 19, 1: 49-87.

Gil-Mascarell Boscá, M.; Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J.J. (1986) Enterramientos en cistas de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura. *Saguntum*, 20: 9-41.

Gómez Amelia. D. (1985) *La penillanura cacereña. Estudio Geomorfológico*. Unversidad de Extremadura.

Gómez Pantoja, J. (1993) Buscando a los pastores. *I Congreso de Arqueología Peninsular*. Actas, II. Porto: 445-459.

González Conde, M. P. (1987) Elementos para una delimitación entre Vettones y Carpetanos en la provincia de Toledo. *Gerión*, 5: 87-93.

González Cordero, A. (1991) La secuencia estratigráfica en los yacimientos calcolíticos del área de Plasenzuela (Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, II: 11-26.

- (1993) Evolución, yacimientos y secuencia en la Edad del Cobre en la Alta Extremadura. *I Congreso de Arqueología Peninsular*. Actas II. Porto: 237-259.

González Cordero, A., Alvarado, M. y Barroso, F. (1988) Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres. *Anas*, 1: 19-33.

González Cordero, A., Alvarado, M. y Blanco, J. L. (1993) Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres). *Trabajos de Prehistoria*, 50: 249-262.

González Cordero, A.; Hernández, M.; Castillo, J. y Torres, N. (1990) Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal y Villanueva de la Vera (Cáceres). *Studia Zamorensia*, 11: 129-160.

González Cordero, A. y Quijada González, D. (1991) *Los orígenes del Campo de Arañuelo y la Jara cacereña*. Navalmoral de la Mata.

González-Tablas Sastre, F. J. (1983) *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de la Meseta Norte*. Salamanca.

- (1986-87) Transición a la Segunda Edad del Hierro. *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. (Zephyrus, 39)*: 49-57.

-(1989) Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.

- (1990) *La necrópolis de "Los Castillejos" de Sanchorreja*. Salamanca.

González-Tablas Satre, F. J.; Fano Mrtínez, M. A. y Martínez Liquiniano, A. (1991-92) Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración. *Zephyrus*, 44-45: 301-329.

González Rodríguez, M. C. (1986) *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de España*. Vitoria/Gasteiz.

Gorrochategui, J. (1987) En torno a la clasificación del lusitano. *Actas del IV Coloquio de Estudios Paleohispánicos. Vitoria (Veleia, 2-3)*: 77-91.

- (1990) Consideraciones sobre la fórmula onomástica y la expresión del origen en algunos textos celtibéricos menores. En F. Villar (ed.) *Studia Indogermanica et Paleohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena*. Salamanca: 291-312.

- (1993) Las lenguas de los pueblos paleohispánicos. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. *Los Celtas: Hispania y Europa*: 409-429.

Guadán, A. (1969) *Numismática Ibérica e Ibero-romana. (Bibliotheca Archaeologica, 6)*. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

Guerrero, V. M. (1991) El palacio-santuario de Cancho Roano y la comercialización de ánforeas indígenas. *Revista di Studi Fenici*, 19, 1: 49-87.

Haba Quirós, S. (1994) *La colonia Metelinesis*. Universidad de Extremadura. Tesis doctoral inédita.

Harrison, R. J. (1993) La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce. *I Congreso de Arqueología Peninsular*. Actas, II. Porto: 293-299.

Hedeager, L. (1992) *Iron-Age Societies*. Oxford.

Hernández Giménez, F. (1967) Los caminos de Córdoba al Noroeste en época musulmana. *Al-Andalus*, 32: 37-123 y 278-358

Hernández Hernández, F. (1979) Tonel ibérico procedente del castro de Villasviejas del Tamuja (Cáceres). *Trabajos de Prehistoria*, 36: 459-463.

- (1982) La escultura zoomorfa del occidente peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 211-239.

- (1991) Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, II: 255-267.

- (1993) El yacimiento de Villasviejas y el proceso romanizador. *El proceso Histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana (Cuadernos Emeritenses, 7)*: 113-144.

- (1994) La necrópolis de "El Romazal". Plasenzuela (Cáceres). En Mangas, J. y Alvar, J. (eds.) *Homenaje a José M. Blázquez*. Madrid.

Hernández Hernández, F. Rodríguez, D. y Sánchez, A. (1989) *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.

Hernández Hernández, F. y Rodríguez, D. (1990) Enterramientos de empedrado tumular de la necrópolis I de Villasviejas (Cáceres). *Verdolay*, 2: 71-75.

Hildebrant, H. J. (1979) *Beiträge zum römischa republickanischen Münzumlauf in Spain*.

Jimeno Martínez, A. y Morales Fernández, F. (1993) El poblamiento de la Edad del Hierro en el Alto Duero y la necrópolis de Numancia. *Complutum*, 4: 147-156.

- (1994) La localización de la necrópolis celtibérica de Numancia. I Congreso de Arqueología Peninsular. Porto, 1993. *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 34: 249-265.

Jimeno Martínez, A. y Arlegui Sánchez, M. (1995) El poblamiento en el Alto Duero. *Poblamiento Celtibérico (III Simposio sobre los Celtíberos)*. Zaragoza: 93-126.

Hodder, I. R. y Orton, C. R. (1976) *Spatial Analysis in Archaeology*. Cambridge.

Hoz, J. de (1986) La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania. *Actas de las Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania*. Cáceres: 31-49.

- (1993) Testimonios ligüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. *Los Celtas: Hispania y Europa*: 357-407.

- (1995a) Notas sobre nuevas y viejas leyendas monetales. *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*. I *Encuentro Peninsular de Numismática Antigua (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 14)*: 317-324.

- (1995b) Panorama provisional de la epigrafía rupestre paleohispánica. En Colmenero, A. y Gasperini, L. (eds.) *Saxa Scripta (Inscripciones en Roca)*. (Anejos de *Laouco*, 2): 9-33.

Jiménez Avila, J. y Domínguez de la Concha, C. (e. p.) Materiales protohistóricos de "el Turuñuelo" (Mérida, Badajoz). *Pyrenae*.

Judice Gamito, T. (1986) Os espetos de bronze do Sudoeste peninsular. Sua interpretaçao sócio-idelógica. *Conimbriga*, 25: 23-39.

Kalb, Fh. (1976) Ladermesser der Atlantischen bronzezeit in Portugal. *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 6: 201-205.

- (1978) Senhora da Guia, Baioes. *Madrider Mitteilungen*, 19: 112-138.

Kristiansen, K. (1985) The place of chronological studies in Archaeology: a view from the Old world. *Oxford Journal of Archaeology*, 4 (3): 251-266.

- (1991) Chiefdom, States and Systems of Social Evolution. en Early, T. (ed.) *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Cambridge: 16-43.

- (1992) From Villanova to Seddin. The Reconstruction of an Elite Exchange Network during the Eighth Century B.C. en Scarre and Frances (ed.) *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*. Oxford: 143-151.

Laborde, A. (1908) *Itinéraire descriptif de l'Espagne*.

Leisner, G. y Leisner, V. (1956) Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen 1. *Madrider Forschungen*, 1.

Liz Giral, J. (1988) *El puente de Alcántara. Arqueología e Historia*. Madrid.

Lo Schiavo, F. (1991) La Sardaigne et ses relations avec le Bronze Final Atlantique. En Chevillot, Ch. y Coffyn, A. (dir.) *L'Age du Bronze Atlantique*: 213-226.

Lorrio Alvarado, A. (1993) El armamento de los celtas hispanos. *Los Celtas: Hispania y Europa*: 285-326.

- (1994) La evolución de la panoplia celtibérica. *Madrider Mitteilungen*, 35: 212-257.

- (1995) Celtas y celtíberos en la Península Ibérica. *Celtas y Túrdulos: La Beturia*. (*Cuadernos Emeritenses*, 9): 77-126.

Lozano Velilla, A. (1987) Conquista de España por Roma. *Historia General de España y América*. Vol. I-2: 385-502.

Madoz, P. (1850) *Diccionario geográfico, histórico, estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*.

Maestre, M.D. (1990) *Doce viajes por Extremadura en los libros de viajes ingleses. 1760-1843*. Plasencia.

Maestro Zaldivar, E. (1989) *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. (*Monografías Arqueológicas*, 31). Zaragoza.

Mancebo Dávalos, J. (1991-92) La cerámica de barniz o engobe rojo de Montemolín (Sevilla). *Zephyrus*, 44-45: 269-296.

BIBLIOGRAFIA

Maluquer de Motes, J. (1956) *Carta Arqueológica de España: Salamanca*. Salamanca.

- (1958a) Excavaciones arqueológicas en el Berrueco. Salamanca. *Acta Salmanticensia*, 14.

- (1958) *El Castro de los Castillejos de Sanchorreja. Avila*. Salamanca.

- (1981) *El santuario Protohistórico de Zalamea de La Serena, Badajoz. 1978-1981*. (*P.I.P*, IV).

- (1982) Notas de arqueología extremeña. Los asadores del yacimiento de Cancho Roano en Zalamea de la Serena (Badajoz). *Homenaje a C. Fernández Chicarro*: 187-193.

- (1983) En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura. *Estudios en Homenaje a D. C. Sánchez Albornoz en sus 90 años*. Buenos Aires: 29-36.

- (1987) *Ceramiques gregues i hellenistiques a la Peninsula Ibérica* (Ampurias, 1983). Barcelona

Maluquer de Motes, J.; Celestino, S; Gracia, F. y Munilla, G. (1986) *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. III. 1983-1986*. (*P.I.P.* 16).

Marco Simón, F. (1992) Integración, interpretatio y resistencia religiosa en el Occidente del Imperio. En Alvar, J. y Blázquez, J. M. *La romanización en Occidente*. Madrid.

- (1993) La religiosidad en la Céltica hispana. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 477-512.

- (1994) La religión indígena en la Hispania indoeuropea. *Historia de las religiones de la Europa Antigua*. Ed. Catedra. Madrid: 313-395.

Margarida Arruda, A. (1993) "Orientalismo" e "Orientalizante": génese e aplicaçao dos conceitos na Idade do Ferro do Centro/Sul de Portugal. *Revista da Faculdade de Letras*, 15, 5 Serie: 17:22.

- (1993) O Oriente no Ocidente. En D. Mecina (dir.) *Historia de Portugal. Dos tempos prehistóricos aos nossos días*. Vol. II.

Martín Bravo, A. M. (1991) Aproximación a la economía de los castros del Norte de Extremadura. *Gerión*, Anejos III: 169-180.

- (1993) El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro. *Complutum*, 4: 337-360.

- (1994a) Metodología de prospección para la Edad del Hierro en la zona de Alcántara (Cáceres). *Zephyrus*, 46: 183-194.

- (1994) Los castros del Occidente de la provincia de Cáceres, en Almagro-Gorbea, A. y Martín Bravo, A. M. (ed.): 243-286.

- (1995) Dracmas aparecidas en Castros de la provincia de Cáceres. *La Moneda hispánica. Ciudad y Territorio. I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*. (Anejos de *Archivo Español de Arqueología*,14): 139-142.

Martín Valls, R. (1970) Hallazgos procedentes de Coria. *Boletin del Seminario de Arte y Arqueología*, 36: 447-451.

- (1985) Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromans. En J. Valdeón (ed.) *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid: 104-131.

- (1986-87) La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. (Zephyrus, 39)*: 59-86.

Martín Valls, R., Benet, N. y Macarro, C. (1991) Arqueología de Salamanca. *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca: 137-163.

Martínez Díez, G. (1983) *Las Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura castellana*. Madrid.

Martins, M. (1990) *O povoamento proto-histórico e a romanizaçâo da Bacia do curso medio do Cávado*. Braga.

Mélida, J. R. (1921) *Tesoro de Aliseda*. Madrid.

- (1924) *Catálogo Monumental de España*. Cáceres. Vol. I-III.

Mena Ojea, A. (1959) Restos prehistóricos en Santa Cruz de la Sierra. *Revista Alcántara*: 42-44.

Mendes Pinto, M. C. (1987) O povao do Monte de Sâo Martinho. *Informaçao Arqueológica*, 8: 20.

Mezquiriz, M. A. (1961) *Terra Sigillata Hispánica*. Valencia.

Moreno Arrastio, F. J. (1990) Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo). *I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 275-308.

- (1995) La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo). *Gerión*, 13: 275-294.

Morel, J. P. (1981) *Ceramique Campanienne. Les formes*. Roma.

Moret, P. (1991) Les fortifications de l'Age du Fer dans la Meseta espagnole: origine et difusion des techniques de construction. *Melanges de la Casa de Velázquez*, 27 (1): 5-42.

Muñoz López-Astilleros, K. (1993) El poblamiento desde el Calcolítico a la primera Edad del Hierro en el valle medio del Tajo. *Complutum*, 4: 321-336.

Murillo Mariscal, M. (1975) Tres castros prehistóricos en Cáceres. *XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 471-480.

Nicolini, G. (1990) *Techniques des Ors Antigues. La bijouterie ibérique du VII et IV siècle*. París.

Leitâo, M. (1988) Uma fíbula Tipo Transmontano do povoado de S. Martinho, Castelo Branco (Beira Baixa). *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 25, (2-4): 407-410.

López Melero, R. Sánchez Abal, J. L. y García Jiménez, S. (1984) El bronce de Alcántara. Una deditio del 104 a. C. *Gerión*, 2: 265-323.

López Monteagudo, G. (1989) *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica. (Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 10).

Oliveira Jorge, S. (1986) *Povoados da pré-historia recente da regiâo de Chaves, Vila Pouca de Aguilar*. Porto.

BIBLIOGRAFIA

Ongil Valentín, M. I. (1985) "La toponimia como técnica de investigación arqueológica. Aplicación a la Edad del Hierro en Extremadura". *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Prehistoria y Arqueología*. Cáceres: 107-109.

- (1988) Excavaciones en el poblado prerromano de "Villavieja del Castillejo de la Orden" (Alcántara, Cáceres). I Campaña. *Extremadura Arqueológica*, I: 103-108.

- (1991) Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). El poblado (1985-1990). *Extremadura Arqueológica*, II: 247-253.

Ortiz Romero, P. (1986) *Introducción a una Historia de la Arqueología en Extremadura*. Biblioteca de bolsillo de la Universidad de Extremadura. Cáceres.

- (1991) Excavaciones y sondeos en los recintos tipo torre de La Serena. *Extremadura Arqueológica*, II: 301-318.

Palol, P. y Wattenberg, F. (1974) *Carta Arqueológica de España*. Valadolid.

Pallotino, M. (1963) Orientalizzante. *Enciclopedia Universale dell'Arte*, 10: coll. 223-27

Parcero Oubiña, C. (1995) Elementos para el estudio de los paisajes castreños del Noroeste peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 127-144.

Parra, F. La dehesa. *Quercus*, 2: 15-18. *Quercus*, 3: 45-47.

Pavón, I. (1991-92) La Solana del Castillo de Alange: una propuesta de secuencia cultural de la Edad del Bronce en la cuenca Media del Guadiana. *Norba*, 11-12: 75-98

- (1995) La Edad del Bronce. *Extremadura Arqueológica*, IV: 35-65.

- (1995a) Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el corte 3 de la Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). *Homenaje a M. Gil-Mascarell. (Extremadura Arqueológica, V)*: 81-96.

Pellicer i Bru, J. (1992) Metrología antiga-I vuit pesals púnics, ièdits. *Acta Numismatica*, 12: 57-61.

Pellicer Catalán, M. (1993) Crítica analítica de la arqueología tartesia y turdetana. En Unterman, J. y Villar, F. *Lengua y Cultura en la Hispania prerromana*. Salamanca: 189-207.

Perea, A. (1991) *Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro* Madrid.

Pereira Menaut, G. (1992) Aproximación crítica al estudio de etnogénesis: la experiencia de Callaecia. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. *Paleoetnología de la Península Ibérica. (Complutum 2-3)*: 35-43.

Pereira Sieso, J. (1988) La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 143-173.

- (1989) Nuevos datos para la valoración del hinterland tartéssico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara). Tartessos. *Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell: 395-409.

Pereira Sieso, J. y Alvaro, E. (1986) Aportes orientalizantes en el valle del Tajo. *Revista de Arqueología*, 62: 29-39.

- (1990) El enterramiento de la Casa del Carpio, Belbís de la Jara (Toledo). *I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Talavera de la Reina: 225-234.

Pérez Vilatela, L. (1987) *La etnología de los pueblos prerromanos hispanos según los autores clásicos: los lusitanos*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Valencia.

- (1989-90) Etnias y divisiones interprovinciales hispo-romanas en Estrabón. *Kalathos*, 9-10: 205-214.

- (1990) Identificación de Lusitania (155-100 a. C.) *Homenatge a J. Esteve Forrial*. Valencia: 133-140.

- (1991) Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas en Estrabón. *Klio*, 73 (2): 459-467.

Pingel, V. (1974) Bemerkungen ze der ritzferzierten Stelen und begginenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel. *Hamburger Beiträgen zur Archälogie*, 4: 1-19.

Ponz, A. (1784) *Viaje de España*.

Poulsen, F. (1912) *Der Orient und fie frünggriechische Kunst*. Leipzig.

Quesada Sanz, F. (1992) *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante.

Raddatz, K. (1969) *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. (M. F., 5).

Redondo, J. A. (1993) Organizaciones suprafamiliares vettonas. *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana. (Cuadernos Emeritenses, 7)*: 37-53.

Redondo, J. A.; Esteban, J. y Salas, J. (1991) El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres. *Extremadura Arqueológica*, II: 269-282.

Redondo, J. A. y Esteban J. (1992-93) El hábitat indígena en la provincia de Cáceres: problemática de su estudio. En Gerand, J. y Salinas de Frías, M. (ed.) *El medio rural en Lusitania romana. Formas de Hábitat y ocupación del suelo. (Studia Historica. Historia Antigua*, X-XI): 161-175.

Richardson, J. R. (1986) *Hispaniae. Spain and the Developpent of Roman Imperialism. 218-82 B.C.* Cambrigde.

Rivero de la Higuera, M. C. (1972-73) Materiales inéditos de la cueva de Boquique. *Zephyrus*, 33-34: 101-130.

Rodero, A. (1991) La ánforas del Mediterráneo occidental en andalucía. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 275-298.

Rodríguez Díaz, A. (1989) La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento. *Saguntum*, 22: 165-224.

- (1991a) *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*. Mérida.

- (1991b) Dos cortes estratigráficos en la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, II: 211-234.

- (1991c) "Proyecto Hornachuelos": 1986-1990. *Extremadura Arqueológica*, II: 283-300.

- (1994) El Valle Medio del Guadiana, "Espacio de Frontera" en la Protohistoria del Suroeste (I). *Saguntum*,

27, 107-124.

- (1995a) El Valle Medio del Guadiana, "Espacio de Frontera" en la Protohistoria del Suroeste (II). *Saguntum*, 28: 111-130.

- (1995) Territorio y etnias prerromanas en el Guadiana Medio: Aproximación arqueológica a la Beturia Túrdula. *Celtas y Túrdulos: la Beturia (Cuadernos Emeritense, 9)*: 205-254.

Rodríguez Díaz, A.; Navascués, J. J. y Pavón, I. (1995) El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres): materiales de superficie y perspectivas. *Saguntum*, 29: 43-56.

Roldán Hervás, J. M. (1968-69) Fuentes antiguas para el estudio de los vettones". *Zephyrus*, 19-20: 73-106.

- (1971) *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*. Salamanca.

- (1974) *Hispania y el ejército romano*. Salamanca.

Romero Carnicero, F. (1991) *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria. (Studia Archaeologica, 80)*. Valladolid.

Romero, F. y Jimeno, A. (1993) El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro. En Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (ed.) *Los Celtas: Hispania y Europa*: 175-222.

Romero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero, Z. (1993) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid.

Roso de Luna, M. (1901) Poblaciones celto-lusitanas o citanias cacereñas. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 38: 422.

- (1901b) Ruinas protohistóricas de Logrosán, Santa Cruz y Solana de Cabañas. *Revista de Extremadura*, III: 249-255.

- (1902) Excavaciones en la Sierra de Santa Cruz. *Revista de Extremadura*, IV: 253-258.

- (1904) Sobre las citanias extremeñas. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 45: 507-510.

Rouillard, P. (1991) *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant J.-C.* Paris.

Rowlands, M. (1987) Centre and perifery: a rewiew of a concept. En Rowlands, M., Larsen, M. Y Kristiansen, K. (eds) *Centre and Periphery in the Ancient World*. C.U.P. Londres: 1-11.

Ruiz-Gálvez Priego, M. (1982) Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas. *El Museo de Pontevedra*, 36 (In Memoriam A. García Alen): 179-196.

- (1984) *La península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Madrid. Ed. Complutense. 2 Tomos.

- (1985-86) El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la "Arqueología Social". Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro. *Kalathos*, 5-6: 71-106.

- (1988) Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular. *Espacio, Tiempo y Serie (Serie I), Prehistoria*, I: 325-338,

- (1990) La metalurgia de de Peña Negra I. En González Prats, A. *Nueva Luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Alicante: 317-357.

- (1990b) Canciones del muchacho viajero. *Veleia*, 7: 79-103.

- (1991) Songs of a wayfaring lad. *Oxford Journal of Archaeology*, 10 (3): 277-306.

- (1992) La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Prehistoria de la Península Ibérica. *SPAL*, 1: 219-251.

- (1995) *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. (Complutum, Extra 5).*

Ruiz Rodríguez, A. y Molinos, M. (1992) *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.

Ruiz Rodríguez, A. y Nocete, F. (1981) Un modelo sincrónico para el análisis de la producción cerámica ibérica estamplillada del alto Guadalquivir. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6: 355-383.

Ruiz Zapatero, G. (1983) Notas metodológicas sobre prospección en Arqueología. *Revista de Investigación del C. U. de Soria*, 7(3): 8-23

- (1992) Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del Hierro y el Torno de alfarero en el NE. de Iberia. *Gala*, 1: 103-116.

Ruiz Zapatero, G. y Burillo Mozota, F. (1988) Metodología para la investigación en arqueología territorial. *Munibe*, Supl. 6: 54-64.

Ruiz Zapatero, G. y Fernández Martínez, V. (1993) Prospección de superficie, técnicas de muestreo y recogida de información. *Inventarios y Cartas Arqueológicas*. Soria: 87-98.

Ruiz Zapatero, G. y Alvarez-Sanchís, J. (1995) Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta. En Cunliffe, B. y Keay, S. (ed.) *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century A. D. (Proceedings of the British Academy, 86)*: 209-235.

Ruiz Vélez, I. y Elorza Guinea, J. C. (1991-92) Tahalí damasquinado en plata de Miranda de Ebro (Burgos). *Zephyrus*, 44-45: 579-585.

Salas Martín, J. y Esteban Ortega, J. (1994) *La Colonia Norba Caesarina y la gens Norbana en Hispania*. Cáceres.

Salinas de Frías, M. (1982) La religión indígena del oeste de la Meseta: los vettones. *Studia Zamorensia*, 2: 325-340.

- (1985)La religión indígena de la Hispania cental y la conquista romana. *Studia Zamorensia*, 6: 307-331.

- (1993) Problemática social y económica del mundo indígena lusitano. *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana. (Cuadernos Emeritenses, 7)*: 9-36.

San Miguel Mate, L. C. (1992) El planteamiento y el análisis del desarrollo de la prospección: dos capítulos olvidados en los trabajos de Arqueología territorial. *Trabajos de Prehistoria*, 49: 35-49.

BIBLIOGRAFIA

Sánchez, C. (1992) Las copas tipo cástulo en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 49: 327-333.

Sánchez Abal, J. L. (1979) El castro de Sansueña, Aliseda (Cáceres): situación y descripción del sistema defensivo. *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*. Cáceres: 659-662.

- (1983) Sertorio, Metelo y Castra Cacilia. *Vettonia*, I: 21-29.

Sánchez Abal, J. L. y García, S. (1988) La ceca de Tanusia. *I Congreso Peninsular de H. Antigua*. Santiago de Compostela: Vol II 149-190.

Sánchez Abal, J. L. y Esteban, J. (1987) Monedas de cecas andaluzas procedentes de Tanusia. *Actas del Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*. Ceuta: 1017-1031.

Sanz Gallego, N. (1993) Para una lógica social del espacio en Prehistoria. *Complutum*, 4: 239-252.

Sauceda, M. I. y Cerrillo, J. (1985) Notas para el estudio de las cerámicas de la cueva de Maltravieso (Cáceres). *I Jornadas de Arqueología del Nordeste alentejano*.

Sayas Abengoechea, J. J. (1983) Estacionamiento de tropas en Lusitania y el campamento de Cáceres: esquema para la comprensión de un problema. *Homenaje al Prof. M. Almagro Basch*, III. Ministerio de Cultura. Madrid: 235-245.

- (1985) El caso de Norba Caesarina y sus "contributa" Castra Servilia y Castra Caecilia. *Melanges de la Casa de Velázquez*: 61-75.

Sayas Abengoechea J. J. y López Melero, R. (1991) Vettones. *Las entidades étnicas de la Meseta Norte en época prerromana. (Anejos de Hispania Antiqua)*: 73-124.

Schauer, P. (1983) Orient im spätbronze und früheisenzeitlichen Occident. Kultur Beziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und dem Vorderen Orient während des Späten 2en. und des Ersten Drittes des 1. Jahrtausend vor Chr. *Jarhbuch des Römish-Germanischen Zentral Museum*, 30: 175-194.

Schmidt, K. H. (1985) A Contribution to the Identification of Lusitanian. En Hoz, J. (ed.) *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca: 319-241.

Schüle, W. (1969) Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. *Madrider Forchungen*, 3.

Schulten, A. (1937) *Fontes Hispaniae Antiquae*. Barcelona.

- (1949) *Sertorio*. Barcelona.

Senna-Martínez, J. C. de (1992) The Late Prehistory of Central Portugal: A First Diachronic View. En Lillios, K.T. (ed.) *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia. International Monographs in Prehistory*. Ann Arbor, MI.

- (1993) A ocupaçâo do Bronze Pleno da "Sala 20" do Buraco da Moura de Sâo Româo. *Travalhos de Arqueologia da Associaçao para o Estudo Arqueológico da Bacia do Mondego*, 1: 55-75.

- (1994) Entre Atlântico e Mediterrâneo: algumas reflexoes sobre o Grupo Baioes/Santa Luzia e o desenvolvimento do Bronze Final Peninsular. *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, 2: 215-232.

Sevillano S. José, M. C. (1991) Conexiones de las estelas antropomorfas salmantinas y extremeñas. Análisis de nuevos datos para su estudio en la provincia de Salamanca. *Del Paeolítico a la Historia*. Museo de

Salamanca, 99-116.

Shefton, B.B. (1982) Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaelogical evidencie. En H.G. Niemeyer (ed) *Phöenizier im Westeen*: 337-370.

Sherratt, A. (1984) Social evolution: Europe in the Later Naeolithic and Copper Ages". En Bintilff, J. (ed.) *European Social Evolution. Archaeological Perspectives*: 123-134.

- (1993) What would a Bronze-Age World System look like?. Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory. *Journal of European Archaeology*, 2 (1): 1-56.

Silva, A. C. F. (1986) *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.

Silva, C. T. et alii (1985) El castro de Santa Luzia - 1982. *Información Arqueológica*, 5, 145.

Siret, L. (1913) *Questions de Chronologie et d'Ethnographie Iberique*. París.

Solano, M.C. (Marqués de Monsalud) (1901) Citanias extremeñas. *Revista de Extremadura*, III: 6-13.

Sos Baynat, V. (1977) Los hallazgos prehistóricos de Logrosán (Cáceres). *Revista de Estudios Extremeños*, 33: 261-283.

Stevenson, A. C. y Harrison, R. J. (1992) Ancient Forests in Spain: A Model for Land-use and Dry Management in South-west Spain from 4000 BC to 1900 AD. *Proceedings of Prehistoric Society*, 58: 227-247.

Telles Antunes, M. (1992) Povoados do Bronze Final da Beira Baixa -Alegrios, Moreirinha e Monte do Frade: elementos arqueozoológicos. *Conimbriga*, 31: 31-38.

Torelli, M. (1981) *Storia degli Etruschi*. Roma-Bari.

Tovar, A. (1976) *Iberischen Landeskunden, II, 2, Lusitanien*. Baden-Baden.

- (1985) La inscripción de Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos. *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca: 227-253.

- (1987) Lenguas y pueblos de la antigua Hispania: lo que sabemos de nuestros antepasados protohistóricos. Studia Paleohispánica. *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas. Vitoria. (Veleia, 2-3)*: 15-34.

Tavares Provença (1910) *Archeologia do Distrito de Castelo Branco*. Lisboa.

Torres, C. (1951) La fundación de Valencia. *Ampurias*, 13: 113- 121.

Tovar, A. y Blázquez, J. M. (1975) *Historia de la Hispania romana*. Madrid.

Ulbert, G. (1984) Cáceres el Viejo. Ein Spätrepublicanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura. *Madrider Beiträge*, 11.

Untermann, J. (1985) Los teónimos de la región lusitano-galaica como fuente de las lenguas indígenas. *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca: 343-363.

- (1987) Lusitanisch, Keltiberisch, Kelsch. Studia Paleohispánica. *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y*

Culturas Paleohispánicas. Vitoria. (Veleia, 2-3): 57-76.

- (1990) Comentarios sobre inscripciones celtibéricas "menores". En F. Villar (ed.) *Studia Indogermanica et Paleohispanica in Honorem A. Tovar et L. Michelena.* Salamanca: 351-374.

VV. AA. (1987) *La minería en Extremadura.* Junta de Extremadura. Consejería de Industria.

Varela Gomes, M. (1992) Proto-historia do Sul de Portugal. En Ferreira da Silva, C. A. y Valreal Gomes, M. *Proto-historia de Portugal.* Universidade Aberta. Lisboa.

Varela Gomes, M. y Mello Beirao, C. de (1988) O Tesouro da Colecçao Barros e Sá, Monsanto da Beira (Castelo Branco). *Veleia,* 5: 125-136.

Vasconcellos, L. (1919-20) Estudos sobre a epoca do Ferro en Portugal. *O Archeologo portugués,* 24: 99-107.

Velázquez, L. J. de (1755) *Observaciones sobre las Antiguedades de Extremadura de León.*

Vilaça, R. (1990) Broche à rotir articulée de Cachouça (Idanha-a-Nova, Castelo Branco, Portugal). *B.S.P.F.,* 87 (6), 167-169.

- (1991) O povoado Pré-histórico dos Alegrios (Idanha-a-Nova). Noticia Preliminar. *Beira Alta,* L (1-2), 139-167.

- (1992) Integraçâo cultural dos restos faunísticos de três povoados do Bronze Final da Beira Baixa. *Conimbriga,* 31: 5-29.

- (1995) Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze. Vol I-III. *Trabajos de Arqueología,* 9.

Villar, F. (1990) Indo-européens et pre-indo-européens dans la Péninsule Ibérique. En Marke, T. L. y Greppin, J.A.C. (eds.) *When Worlds Callide. The Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans.* Michigan: 363-394.

- (1991) *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa.* Madrid.

- (1993-1995) Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalangaigae, Trebopala, Pales, Vispálá. *Kalathos,* 13-14: 355-388.

- (1995) El hidrónimo prerromano Tamusia, moderno Tamuja. En Eska, J; Gruffydd, G. y Jacobs, N. (eds.) *Hispano-Gallo-Brittonica.* Cardiff: 260-277.

Villaronga, L. (1990) El hallazgo de monedas. El caso de Tamusia. *Gaceta Numismática,* 97-98: 79-85.

Vita-Finzi, C. y Higgs, E. S. (1970) Prehiistoric economy in the Mount Carmel area of Palestina: site catchement analysis. *Proceedings of the Prehistoric Society,* 36: 1-37.

Wagner, C. G. y Alvar, J. (1989) Fenicios en Occidente: La colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici,* 17-1: 61-102.

Wagner, C. G. (1995) Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria,* 52 (1): 109-126.

Wells, P. (1988) *Granjas, aldeas y ciudades*. Barcelona.

Woolf, G. (1993) Rethinking the oppida. *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (2): 223-234.

Zaccagnini, C. (1991) "Nuragic" sardinia: metrological notes. *Atti del II Congresso Internazionale di Studi fenici e Punici. Vol I.* Roma: 343-347.